

# **LOS PAPELES DE LA ABUNDANCIA**

**Historia del periodismo agropecuario en Colombia**

**(1800 – 1850: El origen)**

**JUAN CARLOS POLANÍA VELANDIA**

**Premio Nacional de Periodismo Agropecuario SAC 2009**

**(Sociedad de Agricultores de Colombia)**

**Categoría televisión**

**FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LOS LIBERTADORES**

**Facultad de Ciencias de la Comunicación**

**Programa de Comunicación Social y Periodismo**

**Bogotá D.C., Colombia**

**2014**

# **LOS PAPELES DE LA ABUNDANCIA**

**Historia del periodismo agropecuario en Colombia**

**(1800 – 1850: El origen)**

**JUAN CARLOS POLANÍA VELANDIA**

**Premio Nacional de Periodismo Agropecuario SAC 2009**

**(Sociedad de Agricultores de Colombia)**

**Categoría televisión**

**Código N° 199320001101**

**Trabajo de grado para optar al título de Profesional en Comunicación Social y Periodismo**

**GUILLERMO CÁRDENAS PINTO**

**Docente asesor del trabajo de grado**

**FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LOS LIBERTADORES**

**Facultad de Ciencias de la Comunicación**

**Programa de Comunicación Social y Periodismo**

**Bogotá D.C., Colombia**

**2014**

## DEDICATORIA

Volver al pasado es la más bella utopía que muchos hombres y mujeres han ilusionado por siglos. Y aunque todavía nadie ha diseñado la ambicionada máquina del tiempo, decantar el ayer no resulta un reto tan imposible como parece, pues existe un camino, casi tan antiguo como la humanidad, que le ha permitido a la sociedad del conocimiento adentrarse en la historia, gracias a esa máquina sin tiempo que es la imaginación y a esa puerta sin fronteras que ha sido construida con tinta y papel. Por ese sendero, plagado de libros y documentos antiguos, caminé durante cinco años, sumergido en una época ajena y viviendo la vida de otros sin perder la mía, logro que no hubiera sido posible sin el apoyo decidido, paciente y amoroso de un grupo de amigos, amigas y familiares, quienes supieron rodear mi sueño para que yo pudiera viajar en ese tren solitario que es el ejercicio, paradójico por cierto, de sentarse a leer y embriagarse en el gozo de la escritura.

Por eso, agradezco a todas esas personas que entendieron el esfuerzo inentendible así como el sacrificio que exigió la realización de esta investigación y les dedico con todo mi aprecio y cariño cada palabra que he puesto en ella: A Dios, por la sabiduría y los dones que me ha dado; a mis adorados padres, Jaime y Stella, a mi hermano Alfredo, a mi hermana Luz Stella, por confiar en mí y acompañarme incondicionalmente en esta larga travesía; a mi tío Jorge Velandia y la tía Hilda Cristancho, por todo lo que han hecho por mí y mi familia; a mi querido y recordado primo Christian Camilo Trujillo (Q.E.P.D.), amigo fiel de mis letras, quien se marchó anhelando saborear los frutos de este trabajo; a Rafael Pinaud, el mejor periodista agropecuario de Colombia, por ser mi maestro, mi apoyo y quien supo mostrarme con generosidad el camino que debía recorrer; a María Victoria Guinand, porque su ayuda fue fundamental para soportar las cargas del tiempo; al profesor Guillermo Cárdenas, por creer en mí y darle rienda a toda mi creatividad para permitirme hacer realidad lo que parecía una quimera; y, finalmente, a Marlene Rocío Herrera Rojas, ya que sin ella nada de esto hubiera sido posible; sus consejos, su aporte profesional y, sobre todo, su fe en mis cualidades y habilidades como periodista, comunicador y escritor, me enseñaron que siempre hay una oportunidad esperando a la vuelta de la esquina. Ella me hizo ver cuán grandes eran mis alas y me invitó a volar...

## RESUMEN

Poco o nada se sabe sobre el periodismo agropecuario en Colombia, porque no hay registros de su historia ni teorías que expliquen su quehacer, a pesar de existir hace más de dos siglos en el país y contribuir en la conformación de una nación libre, gracias al mensaje que subyace entre sus líneas, el cual promete mucho más que cosechas abundantes y que en sus inicios fue comunicado, con ayuda de la iglesia, por hombres de ciencia, abogados y terratenientes, quienes tenían un interés que superaba el simple deseo de escribir sobre el cultivo del campo para analfabetos que no se preocupaban por aprender, ya que las costumbres y necesidades de estas personas se enfrentaban con las novedades que los periodistas querían promover. Así, en sus primeros cincuenta años, la información agropecuaria colombiana, cuyo origen, características y corta vida fueron abordadas por esta investigación, floreció con disimulo en apenas diez periódicos, hasta que fue relegada y casi olvidada, cuando la revolución industrial convirtió a los agricultores en una comunidad de artesanos y trabajadores de ciudad.

Palabras clave: Agricultura, agricultor, campo, cultivo, enseñar, información, periódico.

## ABSTRAC

Little o nothing is known about the agricultural journalism in Colombia, because there are no records of his history nor theories to explain their work, despite to exist for more than of two centuries in the country and to contribute in the conformation of a free nation, thanks the message that sublies between his lines, which promises much more that plentiful harvests and that in his beginnings was communicated, with help by church, by men of science, lawyers and landowners, whom had an interest that surpassed the simple desire to write about cultivation of countryside to illiterates that did not cared by to learn, since the customs and needs of this persons were facing with the novelties that the journalists wanted to promote. Thus, in his first fifty years, the Colombian agricultural information, whose origin, characteristics and short life were approached by this research, flourished with dissimulation on just ten newspapers, until that was relegated and almost forgotten, when the industrial revolution converted the farmers into a community of artisans and city workers.

Keywords: Agriculture, farmer, farming, countryside, teach, information, newspaper.

## CONTENIDO

PRESENTACIÓN: El exordio de un fruto olvidado.....	7
UNA DUDA PLANTADA: El problema.....	18
UN CAMINO EN RACIMO: Los objetivos.....	19
MARCO TEÓRICO, HISTÓRICO Y CONCEPTUAL: Cuando el agro inventó las palabras...	21
PRIMER CAPÍTULO: De la raíz al cuerno, un universo agropecuario.....	66
Parte 1. La fruta en el gusano: Presente y futuro del agro en una sociedad gris.....	66
Parte 2. El breve viaje a las reliquias de un viejo agricultor.....	96
SEGUNDO CAPÍTULO: Lozania y caldasia, semillas de libertad.....	131
Parte 2.....	162
TERCER CAPÍTULO: El trébol que bailaba bajo la noche helada.....	193
Parte 2.....	233
CUARTO CAPÍTULO: El nido que empolló un canto de hambre.....	266
Parte 2.....	290
QUINTO CAPÍTULO: Una cosecha en el surco de las manos.....	325
Parte 2.....	351
Parte 3.....	374
SEXTO CAPÍTULO: Conclusiones de una era.....	409
LISTADO DE REFERENCIAS.....	454
TABLAS.	
– <b>Tabla 1.</b> Cuadro comparativo de la agroinformación publicada en Colombia entre 1800 y 1850.....	525
APÉNDICES.	
– <b>Anexo No 1.</b> Copia del primer artículo con información agropecuaria que se publicó en Latinoamérica.....	527
– <b>Anexo No 2.</b> Copia del primer artículo con información agropecuaria que se publicó en Colombia.....	534
– <b>Anexo No 3.</b> Copia de la portada del primer número del <i>Semanario del Nuevo Reyno de Granada</i> .....	538
– <b>Anexo No 4.</b> Copia de la portada y de la primera página de la memoria 3 <sup>a</sup> que explica la	

forma de cultivar la cochinilla, publicadas en la <i>Continuacion del Semanario del Nuevo Reyno de Granada</i> .....	539
– <b>Anexo No 5.</b> Copia de las dos primeras páginas del primer número de <i>La Miscelanea</i> .....	541
– <b>Anexo No 6.</b> Copia de la portada del número nueve del <i>Eco del Tequenthama</i> con información sobre Agricultura.....	543
– <b>Anexo No 7.</b> Copia del encabezado del primer número del <i>Constitucional de Cundinamarca</i> y un extracto con información sobre el cultivo del cacao.....	544
– <b>Anexo No 8.</b> Copia de las dos primeras páginas del número nueve de <i>El Cultivador Cundinamarqués; ó Periódico de la industria agrícola, y de la economía doméstica</i> con información sobre el añil.....	545
– <b>Anexo No 9.</b> Copia de la portada y una página con información sobre las vacas, publicadas en el número seis de <i>El Amigo del País</i> de Santa Marta.....	547
– <b>Anexo No 10.</b> Copia de la primera y última página del número 7 de <i>El Labrador i Artesano</i> con la segunda parte de la información sobre la linaza y el cáñamo.....	549
– <b>Anexo No 11.</b> Copia de la portada y una página con información sobre el plátano, publicadas en el número trece de <i>El Amigo del País</i> de Medellín.....	551

## PRESENTACIÓN

### *El exordio de un fruto olvidado*

Antes de iniciar con esta historia, por favor permítame darle la bienvenida y extenderle una respetuosa y cordial invitación a cavilar por un momento sobre la siguiente cuestión: ¿Qué es lo primero que llega a su cabeza cuando escucha, lee o piensa la palabra campesino o campesina?..

“¡Oiga, no sea tan campesino!”, dice alguien, sarcásticamente, para ofender a otro. Y hay quienes pueden llegar a pensar que el campesino es aquel que cuida la portería del elegante edificio donde viven o el que han visto por ahí arreglando los jardines; otros, tal vez, asumen que la campesina es la que les lava la ropa y cocina sus alimentos, y quizás hay algunos que intuyen que los campesinos son todos aquellos que se paran junto a los semáforos con un cartelito sin ortografía y un montón de niños mocosos y harapientos pidiendo limosna y alegando ser una cifra más de los tantos desplazados por la violencia; otro tanto dirá que son aquellos que, sin discriminación de género, usan bigote, sombrero, poncho y cotizas, y que se divierten bebiendo cerveza en botella o aguardiente en copita mientras volean tejo, juegan a la rana, al parqués o se alborotan apostando a los gallos al son de alguna tonada carranguera, ranchera, corrido mejicano y hasta vallenato en los lugares bullosos de los arrabales o los barrios populares de las grandes ciudades. Algunos simplemente mencionarán que son personas analfabetas que hablan raro y viven en la pobreza por allá, bien lejos, “echando” machete y labrando la tierra. Al igual que esas, seguramente, habrá muchas otras percepciones; sin embargo, y ante cualquier respuesta dada, lo único claro que todos poseen en común es que siempre hablarán de los habitantes del campo como si fuesen algo ajeno o una especie menor que está separada del mundo por una extraña línea divisoria. ¿A qué conclusión llegó usted?

Pues yo pienso que está en un grave error el que señala y desprecia a estas personas, tan nuestras como nosotros de ellos, sin saber que el campo pervive en la sangre de todos los habitantes de este país, y del planeta en general, ya que la mayor parte de nuestros ancestros recientes y, sobre todo, los más remotos, fueron alguna vez trabajadores del agro; por ende, se puede decir que de una u otra forma todos los seres humanos llevamos un ADN rural que nos hace campesinos por esencia y súbditos del agro, cuya majestad es madre y nutricia de la humanidad. Incluso, vistas sobre el mapa, las ciudades no son más que un conjunto diminuto de estructuras imperceptibles entre una gran figura amorfa de tonos verdes. Entonces, el campo no

es el patio de recreo de las urbes, según se suele interpretar; por el contrario, ellas son un elemento más dentro del verdor de la geografía, plantadas como si fueran grandes celdas de castigo para aquellos que se creen más sabios y poderosos que los viejos espíritus del reino natural.

Infortunadamente, es una verdad que duerme oculta en una muchedumbre ignara y estulta, apegada a ese escenario de falsa comodidad que es la ciudad. Quizás, por esa razón, fue el mismo campo el que un buen día tuvo que venir a buscarme a intramuros para llevarme consigo y hundir mis pies en sus praderas, sacudirme con la bofetada del frío sabanero y con ese olor único del bosque calentano y arrastrar mis ojos por ríos y montañas haciéndome testigo de la realidad de una campiña colorida que se esconde bajo el rumor de una serie de voces disfuncionales y, a la vez, extrañamente melódicas y cautivantes, aun cargadas de cierta nostalgia por los tiempos antiguos, pero también víctimas de ese dolor que sembraron en ella los españoles de antaño, el cual ha sido heredado por generaciones como un castigo inmarcesible a la espera de alguien que se atreva a cuestionar la herida para que esta pueda empezar a cerrarse.

Tras esa invitación, pensé que era necesario tratar de devolverle al campo una minúscula parte de lo que le han arrebatado los ladrillos y las manos de una sociedad gris que parece sufrir una rara fobia hacia lo rural. Es un esfuerzo que bien vale la pena hacer, pues, a pesar de que la historia agraria se ha relatado con el mismo susurro con el que se han encumbrado los grandes hitos que la rodean, es tan sólo el vociferar tímido de los platos sobre la mesa lo que hecho tangible su importancia en la cotidianidad de la sociedad a través de los siglos. Ese vacío deja en evidencia la necesidad de escribir textos que describan y expliquen el agro y su desarrollo a partir del momento en que el cerebro humano creció y empezó la inagotable evolución del pensamiento hasta el presente, tarea que ya adelantan las ciencias, pero que requiere también del aporte y visión de otras áreas del conocimiento; por ese motivo, creí necesario hacer mi aporte rastreando y rescatando del olvido, desde la óptica del periodista y con la misma pasión del arqueólogo, esas voces valerosas que en algún momento del tiempo decidieron narrar la campiña colombiana. ¿Y eso para qué sirve?, preguntarán algunas personas. Se me ocurrió que la falta de una adecuada información es lo que ha creado la vana imagen que hoy día se tiene sobre esta zona y sus habitantes y, por lo tanto, quería averiguar si había sido siempre de esa manera o si por el contrario, en el pasado remoto el campo colombiano era exaltado y recibía el aporte del periodismo. Para ello, necesitaba rescatar nombres, hechos, lugares y sueños que pudieran ser

erigidos como un llamado vehemente para recordarle al país y a los medios actuales de información que existe una deuda pendiente con aquello que no sólo impulsa la economía del mundo sino que, además, nos viste, protege y alimenta.

En el caso colombiano, hay que decir que esa deuda es muy grande, pues una buena parte de la campaña nacional aun vive en el letargo colonial a causa de la discriminación que ha sufrido desde los tiempos de la independencia, ya que los ilustrados que forjaron la libertad, así como sus hijos y sus nietos y toda su prole, fueron los únicos que en el siglo XIX tuvieron acceso a un sistema educativo a través del cual, desde el inicio de la vida republicana, privilegiaron la formación en valores democráticos y pronacionalistas con el fin de limpiar cualquier nexo con los españoles y buscar desde allí, y en todo sentido, el progreso de un país con identidad propia. Esa determinación se reflejó política, económica y socialmente en quienes vivían en las ciudades; sin embargo, nunca se les ocurrió contarles a los habitantes del campo para hacerlos también parte, y de manera integral, de un cambio que ellos, paradójicamente, ayudaron a propiciar. Por eso, aparte de no tener derechos por ser analfabetos a la fuerza, siguieron enclaustrados en la pobreza virreinal, al punto que al principio muchos no sabían si llamar al jefe patrón o decirle amo, señor o excelencia, como en el pasado. Los olvidaron y, por ende, no pudieron salir de esa burbuja histórica que hace que todavía se use el “sumercé” y que a todo el que llegue de la ciudad lo traten como “doctor”. La sociedad rural no ha cambiado y ese atavismo lleva a que hogaño actúe como el perro que vela al lado de la mesa esperando los sobrados del gran convite; tristemente, se menosprecia así misma cada vez que se niegan a salir del pasado y empieza repetir más o menos las mismas palabras que sus integrantes han dicho en los últimos quinientos años: “Mírennos, somos campesinos, somos pobres, vengan y dennos algo”; en lugar de decir: “Aquí estamos, somos productores del campo, tenemos riqueza y ustedes nos necesitan”. Pero nadie les enseñó a pensar así, no convenía; incluso hasta los medios informativos los han hecho a un lado, ya que hoy día la agroinformación está escrita y dicha para los que hablan de macroeconomía en varios idiomas y describen el mundo con cuadros estadísticos. Entonces, mientras no haya un cambio que involucre la entrega oficial de sus derechos, en especial el de gozar de una adecuada educación, los trabajadores agropecuarios seguirán siendo los mismos incultos, agresivos, autocompasivos, manipulados y ninguneados de hace dos siglos, a quienes seguiremos viendo agachados entre los pastizales buscando a la

majestad y a los virreyes que hace rato se volvieron de piedra o simplemente se fundieron en letras que parecen recuerdos que ya nadie sabe recordar.

Así, cuando la agroinformación se convierte apenas en un blablablá poco incluyente con un discurso que no beneficia o propende por un desarrollo justo y, aparte de todo, se ampara en contenidos incapaces de crear una impronta positiva del campo entre la Colombia urbana, que es donde realmente se hace útil la producción agropecuaria, se puede afirmar que se está ante la presencia de un periodismo estéril. El problema puede estar en el hecho de que no existe una estructura o un modelo teórico que aglutine el deber ser de esta información y, por ende, todo termina transformado en un contenido fantasma del que se habla pero no se conocen sus motivos ni sus objetivos. Por eso, frente a esa situación, mi primera reacción fue sentar en el banquillo de los acusados a ese personaje de bajo perfil que nació para abanderar al agro: El periodismo agropecuario. ¿Y por qué? ¿Cuál es su culpa?, dijo exaltada mi conciencia. Está vacío, le contesté. Entonces, supe de inmediato que allí había un resquicio para empezar la tarea. Empero, una hábil jugada del destino destapó una de sus cartas poniendo sobre la mesa, y a su favor, una nueva cuestión: ¿Existe el periodismo agropecuario? La verdad es que al sumergir cualquier interés dentro del tema lo primero con lo que un investigador se puede encontrar es que no hay una definición o parámetros que permitan catalogar teóricamente a la agroinformación para evaluar su pertinencia y comportamiento. Esta situación trastornó el primer intento de estudio y obligó a posponer el juicio previsto, haciéndose necesario el planteamiento de un nuevo norte, pues ahora tenía que empezar por investigar qué es el periodismo agropecuario.

Ante este nuevo panorama surgió repentinamente otro obstáculo: ¿Dónde buscar y a partir de qué? Infortunadamente, al indagar la bibliografía existente lo único que se halló fue un libro que recopila con apuro el devenir del periodismo agropecuario en España. No se encontró nada más. ¿Nada, en pleno siglo veintiuno, el siglo de la información donde todo se sabe y se dice con un clic o un simple toque? En ese instante de duda dimanó de una boca extraña una palabra llena de magia que se derramó como un amanecer brillante sobre la oscuridad intelectual del tema para definir el eje del trabajo y argumentar la razón por la cual se realizó esta investigación. Fue una serendipia que arrojó como conclusión la necesidad de escribir, sin ninguna pretensión adanista por cierto, la historia de la agroinformación en Colombia y a partir de ella crear un concepto que la defina y, además, decante las bases que conlleven a una adecuada práctica de este tipo de periodismo, como un primer paso de varios que se requieren para que se pueda estudiar y

calificar su actuar en el futuro. Por ese motivo, la investigación se incoó con una búsqueda preliminar en los archivos de la prensa antigua del país, ejercicio que permitió conocer inicialmente la fecha de nacimiento del periodismo agropecuario colombiano así como definir la época que se iba a historiar, la cual al final se delimitó a los primeros cincuenta años del siglo diecinueve. ¿Y por qué un decalustro? Aquel tiempo marca el inicio y evolución de una agroinformación que no logró consolidarse y prácticamente desapareció de las páginas de los periódicos al término de ese periodo, lapso que también coincide, curiosamente, con la transición que señaló el fin del gobierno colonial y el surgimiento y formación de una república que desde 1850 empezó a mostrar la cara social, política y económica que aun mantiene. A todas luces esos primeros cincuenta años fueron una etapa de incubación en la que se puede encontrar al periodismo agropecuario en el estado más puro para poder extraer sus fundamentos, amén de dar una idea de cómo se incrustó social, política y económicamente y, de paso, develar qué tan importante era esta información para el agro y cuán valioso resultó este último para el país durante aquella época.

La concordancia entre los dos acontecimientos centró la diligencia investigativa en un interés particular: Diseccionar la información del agro para conocerla e interpretarla y, desde allí, buscar la existencia de alguna relación con la independencia del país; esto permitiría plantear de entrada su inoperancia o su aporte histórico y social. De esta manera, y pensando en un posible resultado positivo, la investigación podría tomar, a manera de referencia, los resultados de lo que ocurrió en el pasado para validar el servicio de este tipo de información en el crecimiento del país y, de paso, reposicionar al periodismo agropecuario dentro de los contenidos mediáticos que deben ser realmente importantes en la cotidianidad colombiana; es decir, permitir que este trabajo se convirtiera en un llamado de atención para que hoy día se aprovecharan las fortalezas de la agroinformación con el fin de ayudar a construir patria, o patria, como dirían algunas damas, al igual que ya lo había hecho en sus inicios. Era un ideal que ilusionaba.

De esta manera, con una meta claramente trazada, se hizo la planificación y se dio inicio al trabajo investigativo desde el primer semestre del 2010, planteando la construcción del texto desde varios frentes: Por un lado, la selección cronológica de los periódicos con información agropecuaria, la búsqueda de su historia y la evaluación del contenido y la forma. Por otra parte, se decidió que esos datos irían acompañados por una semblanza del fundador o fundadores de cada impreso para conocer las posibles motivaciones que determinaron la publicación e impulso

del periodismo agropecuario, queriendo con ello forjar una génesis más profunda y, quizás, más humana. Por esta misma razón, la investigación quiso hacer mención de las personas que se convirtieron en los primeros agroperiodistas y rastreó los antecedentes más lejanos de cada periódico, intentando llegar hasta las bases ideológicas y los modelos primarios que se originaron en Europa e inspiraron los que se publicaron en Colombia, ya que se encontró que ninguno de los papeles informativos que se imprimieron en el país tenía un carácter original.

Todo ese conjunto se rodeó con detalles de la situación económica, política y social del país, tanto en el momento previo a la aparición de cada periódico como aquella que lo acompañó durante su tiempo de existencia, buscando determinar su incidencia en la aparición de cada uno de los impresos o, por el contrario, saber si estos se transformaron en actores que contribuyeron a modificar de alguna forma la realidad. En este punto es importante recalcar que la investigación necesitaba profundizar en los vericuetos de la situación que vivía el campesinado durante el periodo seleccionado, tarea que no resultó para nada fácil, pues hay que decir que el primer decalustro del siglo XIX es un tiempo oscuro del que infortunadamente existen pocos registros históricos sobre la ruralidad colombiana. Sin embargo, lo hallado fue suficiente para dar forma a una atmósfera en la cual se intentó recrear un espacio lo más cercano posible al duro y difícil mundo que ellos tuvieron que enfrentar. Por esta razón, la persona que se adentre en el contenido de la investigación quedará inmersa en un cuerpo narrativo que aborda una temática anclada a unos objetivos académicos claros, pero también, y sin darse cuenta, se hallará en medio de una historia de vida, amor y dolor que atraviesa cuidadosamente el texto y con la cual se intentará retratar el inesperado encuentro y el infortunado desencuentro del periodismo agropecuario con la cotidianidad de los habitantes del campo, quienes, obviamente, debían ser los primeros beneficiados con su publicación.

De ahí puede surgir la duda de si al inmiscuir ficción con eventos reales se estaría pervirtiendo el resultado de una investigación de carácter histórico y, por lo tanto, este trabajo debería abordarse más como una novela histórica que como una historia novelada. En cualquier caso, la respuesta se puede empezar a configurar a partir del pensamiento del escritor armenio Varujan Vosganian, quien afirma que “la historia habla de los vencedores y la literatura habla de los vencidos” (Citado en Serrato, 2012, 22 de septiembre, p. 4). Rumiando un poco la expresión, pensé que esos dos caminos no eran necesariamente excluyentes y, por ende, se podía unir y contrastar lo histórico y lo literario, a vencedores y vencidos, a ilustres y payos, todos en un

mismo espacio, para darle realce a los hechos y convertir cada página en una cápsula del tiempo rica en detalles que invitara a un análisis más contextualizado y cercano al momento original, tal como lo proponen la Escuela de los Anales y la Historia de las Mentalidades, para quitarle así el mármol a la historia. Y, además, por qué no hacerlo si al fin y al cabo eso le aporta al texto, pues, como lo dice Eric Hobsbawm, “predecir el futuro es tan difícil como predecir el pasado” (Citado en Constain, 2012, 4 de octubre, p. 17). Para Pierre Bourdieu, “la historia está inscrita en las cosas, es decir, en las instituciones (las máquinas, los instrumentos, el derecho, las teorías científicas, etcétera), y también en los cuerpos”; y agrega: “Todo mi esfuerzo está dirigido a descubrir la historia allí donde mejor se esconde, en los cerebros y en los pliegues del cuerpo” (2013, p. 50). Por eso, es lógico pensar que ningún historiador aglutina hechos sin apelar a un poco de su imaginación, ya que el pasado no es más que un conjunto de palabras e imágenes suspendidas en una conciencia colectiva que se alimenta de un imaginario individual al que se le cree de buena fe partiendo de la idea de que ninguna verdad es absoluta, mucho más cuando se trata de acontecimientos que no se han atestiguado directamente. El historiador y escritor colombiano Juan Esteban Constain dice que “recrear e inquirir el pasado, convocarlo de nuevo al presente que es lo que hace el historiador para sembrar de dudas y de conjeturas su propio tiempo, su vida, y la de sus contemporáneos – contemporáneos del tiempo, luego recuerdos – es una labor adivinatoria en cuyo éxito influyen por igual las fuentes y las metáforas. El rigor, los documentos, la imaginación, la ciencia, la nostalgia. Inventar también quiere decir descubrir” (2012, 4 de octubre, p. 17). Así, al intentar predecir el pasado, el historiador no sólo le está ayudando al lector a acomodar el relato dentro de su discurso interno para posibilitarle una mejor comprensión del asunto, sino que a través de ello le puede propiciar un mayor gozo de aquello que se le está narrando.

Por este motivo, los personajes creados se supeditaron a moverse dentro de hechos reales y, por ende, es la historia la que los manipula y no al contrario; ergo, no se estaría faltando a la verdad. Incluso, para hacer más acertada la historia, se consultaron registros que ofrecieran las posibles situaciones y lugares donde normalmente se hubiera podido encontrar a los habitantes del campo y se llegó a tal punto de rigurosidad buscando el enriquecimiento de la propuesta que hasta los diálogos o expresiones que se presentan guardan algunos arcaísmos y vocablos que pudieron acompañar tanto al campesinado como a la ilustre sociedad bogotana de aquel tiempo, en la que convivían varios dialectos de origen español, todos muy disímiles entre sí, y que en

1809, según don José María Salazar, tenía el lenguaje “mas puro del Reino”, pues estaba libre de “la mezcla de voces indianas” que afectaba a otros pueblos (Acosta, 1849, p. 402). Por eso, y para desfacar cualquier duda, se revisaron audios y videos de las regiones ibéricas mencionadas, se buscó información teórica al respecto y se indagaron varios documentos y narraciones costumbristas que fueron publicadas en periódicos y libros de la época, como las del egregio soachuno don Eugenio Díaz Castro, para intentar recrear algunas de esas voces.

Por otro lado, se apeló a un estilo literario con el objetivo de enriquecer el relato y dar ritmo a la narración, obedeciendo a uno de los valores de la literatura que destaca, con bastante acierto, el escritor estadounidense Jonathan Frazen: “Debilita tus certidumbres y te invita a tener simpatía por cosas por las que normalmente no las tendrías” (Rueda, 2012, 30 de enero, p. 24). Así, al presentar una redacción menos rígida se busca posibilitar el acercamiento de un mayor número de personas a un tema que puede ser de un interés limitado; además, es un elemento a tener en cuenta en cualquier redacción, pues, tal como lo enseña el escritor nicaragüense Sergio Ramírez, en un relato, ya sea real o ficticio, es al “lector al que es necesario atrapar, antes de atrapar al asesino” (2012, 5 de agosto, p. 12). En últimas, el lector, aunque tácito, es un personaje más, es el principal testigo de la historia y, por lo tanto, atraparlo en ese acto a través de la literatura hace más atractivo el vínculo. Por eso, se recurrió a una estructura de trenza que permitiera articular cada uno de los frentes propuestos por la investigación, creando una narración cargada de hechos que pese a su relevancia habían sido despreciados en otros contextos. De esta manera, se recuerdan fechas segregadas de sus propios calendarios y nombres a los que se les ha negado por años el derecho al lustre que otros ostentan por mucho menos; se erigen detalles que se asientan entre las páginas, como esos viejos querendones que se atavían de experiencias y apuntes a flor de boca para facilitar todo tipo de emociones; se develan mitos desconocidos que reclaman su magia perdida y se aclaran otros cuya sombra opacaba las verdades que nadie parecía querer oír. Incluso, al husmear en los rincones de algunas páginas se pueden beber sorbos de esas melodías que han sido deliciosamente añejadas por los barriles del tiempo, ya que definitivamente el pasado no se parece en nada al silencio.

En fin, este trabajo es sólo un relato histórico que no pretende entrar en análisis profundos sino hacer una narración descriptiva, tanto de los hechos que rodearon e impulsaron la aparición del periodismo agropecuario en el mundo como de cada uno de los periódicos que hicieron parte de sus primeros cincuenta años de existencia en Colombia, y extraer una parte de la esencia que

dejaron sus raíces, a partir de una revisión bibliográfica en la que se consultaron más de mil documentos, de los cuales seiscientos ochenta sustentan esta investigación, buscando decantar las características primigenias del periodismo agropecuario que permitan identificarlo para poder abordarlo y entenderlo y, de paso, divulgar algunas bases para la elaboración de sus contenidos.

Para hacer posible todo esto, se trabajó arduamente durante cincuenta y cuatro meses, sustentando el resultado, básicamente, en los hallazgos que se hicieron en la Biblioteca Luis Ángel Arango y en la Biblioteca Nacional de Colombia, al igual que en documentos obtenidos mediante la internet en archivos extranjeros como la Biblioteca Nacional de España y la Real Academia Española. Además, se consultaron datos en las páginas de algunas entidades oficiales de Colombia así como en libros electrónicos de autores cuya trayectoria investigativa y académica permitiera dar mayor peso al relato; también se indagó en las publicaciones en línea de organizaciones privadas, instituciones académicas y, sobre todo, revistas y periódicos reconocidos, ya que se pretende demostrar que el periodismo también es una fuente histórica y documental importante, puesto que muchas veces se descarta como si fuera información de segunda clase condenada a ser leída y olvidada al instante. Vale la pena rescatar el uso recurrente del ciberespacio en esta investigación, lo cual honra al llamado periodismo de datos, cuyo ejercicio fue galardonado en el 2013 con el Reconocimiento a la Excelencia del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo, que entrega la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, otorgado a la periodista costarricense Giannina Segnini, experta en el tema, quien lo definió como una entrevista a los “millones de datos y océanos de información”; es decir, cuestionar la red (Citada en Oquendo, 2013, 19 de noviembre, p. 7). Paralelamente, la investigación se fortaleció con visitas de observación a varios de los lugares donde ocurrieron los hechos relatados, como algunos pueblos de la sabana de Bogotá o las casas y calles en el centro histórico de la capital colombiana, intentando olfatear los ambientes coloniales para complementar las descripciones de los registros históricos consultados.

De este proceso resultaron seis capítulos más la bibliografía y el marco teórico. Este último abre la investigación planteando las bases de la propagación de la información y el ejercicio del periodismo en la historia del mundo, al igual que su relación con el tema agropecuario, y cuya mirada permite hallar, más que definiciones específicas, conceptos que argumentan la necesidad de la agroinformación y preparan al lector para abordar con un mejor criterio sus antecedentes en el país. Luego, y para lograr un mayor acercamiento al tema, el capítulo número uno aborda la

historia del agro a partir de dos miradas: En la primera de ellas, se desmenuza en cifras el presente del sector agropecuario en Colombia y se identifican sus modalidades productivas de cara al futuro, todo para demostrar el esplendor que pocos parecen percibir en él. En la segunda parte, la investigación hace un barrido de los principales hitos del agro desde su origen, los cuales permiten explicar tanto su valor social como la grandilocuencia de los números que lo explican en el presente, hechos que se convierten en la antesala perfecta para entender cuán meritoria es la tarea del periodismo agropecuario y, por lo tanto, este capítulo es la plataforma justa y necesaria para adentrarse en el discurso histórico que viene inmediatamente después.

Del segundo al quinto capítulo se relatan los detalles de la vida de los periódicos que acogieron a la agroinformación entre 1800 y 1850, señalando también a los que nunca la publicaron y que erróneamente podrían ser considerados cercanos al tema. Su contenido se dividió teniendo en cuenta una serie de etapas que la misma historia se encargó de indicar; así, el capítulo dos se destinó para hablar del periodismo agropecuario que apareció al final de la era colonial y cuya narración inicia en el 2011, pero rápidamente se ubica en el año 1800 y comprende hasta 1816, tras el fusilamiento de algunos de los próceres que gestaron la independencia. ¿Quiénes eran ellos y realmente por qué los asesinaron? ¿Acaso fue por cuenta de un par de extrañas semillas? El periodo de 1817 a 1836 corresponde a los capítulos tercero y cuarto y presenta el renacimiento de la agroinformación en los días de la Gran Colombia, cuando las calles aun tenían el olor acre de la libertad mezclada con pólvora, páginas que tienen en común a un hombre que creció en el sustrato de la filosofía y la fe, que fue presidente sin llegar a serlo y que resultó acusado de traición en la época en que los colombianos querían ser franceses. ¿Sería posible que de la mano del periodismo del agro se haya conspirado para cambiar el chocolate y la arepa por un trozo de roquefort con champaña? Además, el capítulo cuatro finaliza en los primeros años en que Colombia caminó sin las viejas ataduras geopolíticas, rotas tras la muerte del libertador Simón Bolívar, lo cual hizo florecer el liberalismo del general Francisco de Paula Santander. ¿Quizás por eso la campaña nacional se quitó el sostén para mostrar los tesoros del país? El quinto capítulo se conecta un poco con el anterior y marca los días en los que un secreto masón quedó libre y comenzó a rodar de boca en boca. ¿Qué decía? ¿Habría el dialecto del campo? Esto ocurrió entre 1837 y 1850 en un país que vivía la lucha y el crecimiento político y económico del artesanado así como el consecuente decaimiento del interés por el sector rural, al punto que la agroinformación terminó infértil en la mochila de hombres que pescaban rocas

áureas en montañas que parecían esmeraldas y luego cayó sepultada bajo las ruinas y el polvo de una vieja y caída hermandad religiosa. ¿Qué le sucedió? ¿Se autodestruyó? ¿La aniquiló la Iglesia? ¿Tal vez fue víctima del matoneo del comercio o del gobierno de turno o quizás de todos los gobiernos que la antecedieron por más de tres siglos? Lo único cierto es que aquello que haya acaecido marcó el fin de la primera etapa del periodismo agropecuario colombiano y, por lo tanto, el límite de esta investigación.

Finalmente, el último capítulo devela unas conclusiones que entrañan todo lo que significó la agroinformación en sus inicios y definen y argumentan tanto su origen como su existencia. Por ende, a través de ellas las voces del tiempo ya sin tiempo se suman al presente trabajo para aportar su experiencia y plantear las primeras líneas del quehacer de esta actividad periodística y sirven, además, para explicar la razón del nombre elegido para la investigación: *Los Papeles de la Abundancia*, título que hace referencia al imaginario que rodeaba a la agricultura desde el siglo XVIII y la mostraba como una fuente inagotable de riquezas, las cuales se intentaban multiplicar a través del periodismo. Era un símbolo de bienestar que los protagonistas de este relato, siempre sabios, visionarios y eternos, quisieron sembrar en cada una de las páginas que hoy, con humildad y respeto, presentó a su nombre para dar otro paso en la historia del periodismo agropecuario luego de más de dos siglos de haber dado el primero. Ellos lo crearon, ellos lo escribieron, ellos se levantaron de sus tumbas para seguir cultivando el pensamiento. He aquí sus vestigios convertidos en abono por la asfixiante sombra de Cronos y el abrazo del silencio...

## UNA DUDA PLANTADA: EL PROBLEMA

“Ser o no ser”, reflexionaba Hamlet, atormentado por la idea de que el no ser resultaba siendo, paradójicamente, una atractiva forma de llegar a ser (Shakespeare, 2005, p. 50). No obstante, su benemérito creador nunca le explicó que no había necesidad de morir físicamente para dejar de ser, pues la vida también cuenta con un mecanismo infalible capaz de obliterar cualquier existencia: El olvido. Así, las cosas y las personas son en la medida en que los demás puedan confirmar su presencia y vayan dejando una estela residual, que son los recuerdos, para retroalimentar el proceso; por ende, nada ni nadie puede existir sin ellos. Lo que se es, es lo que se fue. Todo es historia y es ella la que certifica el presente y le asigna un espacio en el mundo; de lo contrario, es como si nunca se hubiera existido.

Por otro lado, no se puede ignorar que la calidad que hay en el fruto de una planta se debe en gran parte a la fuerza oculta que tienen sus raíces, ya que sin ellas nada crece. El escritor y filósofo italiano Umberto Eco plantea crudamente esta situación a través de Giambattista Bodoni, el amnésico protagonista de una de sus obras literarias: “Dije que me sentía débil y que quería dormir. Se fueron, y yo lloraba. Las lágrimas son saladas. Así pues, todavía tenía sentimientos. Los del pasado ya no eran míos. Quién sabe, me preguntaba, si alguna vez he sido religioso: desde luego, fuera como fuese, había perdido el alma” (2005, p. 28). Entonces, se comete un terrible agravio y hasta una injusticia cuando la sociedad convierte el rastro de alguna de sus infinitas extremidades en una ostensible sombra, tal como sucede con el periodismo agropecuario colombiano, cuyos antecedentes hoy día son sólo hojas al viento naufragando sin destino y marchitándose en el olvido. Es como si tampoco tuviera alma. Eso, quizás, explica su escasa presencia en los actuales medios de comunicación y los grandes vacíos que presenta su contenido.

Eco dice que “recordar es reconstruir” (2005, p. 32); por lo tanto, se hace imperioso empezar a resarcir lo que no se ha hecho, para lo cual se requiere recoger, uno a uno, los trozos que la agroinformación ha ido dejando silenciosamente esparcidos sobre la línea del tiempo, con la certeza de que se va a recorrer un sendero desconocido, un territorio de niebla al que se debe entrar sin olvidar el peso de la gran incógnita: ¿Cómo nació y se desarrolló, durante sus primeros cincuenta años de existencia, el periodismo agropecuario en Colombia? Es un problema que sin

duda se debe afrontar con todo el rigor investigativo, pues, de lo contrario, al escavar mal o en el lugar equivocado se corre el riesgo de sumergir su historia aun más en el lodo de la indiferencia.

### **UN CAMINO EN RACIMO: LOS OBJETIVOS**

El Objetivo principal de la presente investigación es averiguar cómo nació y se desarrolló, durante sus primeros cincuenta años de existencia, el periodismo agropecuario colombiano. A partir de ello se plantearon tres objetivos secundarios, subdivididos, a su vez, en algunos otros que permiten dar pábulo al plan trazado. El primero de ellos, quizás el más importante, es escribir la historia de la agroinformación en su primer decalustro en Colombia, ejercicio que se determinó con base en la siguiente hoja ruta:

1. Buscar y consultar toda la información relacionada con la actividad agropecuaria en los periódicos coloniales y republicanos del país en los siglos XVIII y XIX.

2. Con base en los hallazgos, establecer la fecha de inicio de la agroinformación para conocer el año hasta el cual se va a realizar la indagación histórica.

3. Averiguar los antecedentes históricos e ideológicos del periodismo agropecuario que permitieron crearlo y modelarlo en Colombia.

4. Buscar datos biográficos del fundador o fundadores de cada uno de los periódicos con información agropecuaria que se publicaron dentro del periodo de tiempo establecido por la investigación, así como de los redactores de la agroinformación que había allí.

5. Recabar información sobre la situación socioeconómica y sociopolítica que se vivió en Colombia durante la época señalada, con el fin de determinar su influencia en la aparición y desarrollo del periodismo agropecuario.

6. Indagar sobre la vida de la sociedad rural colombiana, antes y después del nacimiento del periodismo agropecuario en el país, para identificar el tipo de público al que se pretendía beneficiar con esta información.

7. Establecer si existió alguna incidencia del periodismo agropecuario en el devenir de la historia nacional y, por ende, cuál fue su relación con la sociedad colombiana, tanto urbana como rural, durante el periodo investigado.

8. Realizar una narración históricoliteraria para formar una atmósfera detallada que facilite la profundización en los pormenores de las diversas realidades y momentos que circundaron la

agroinformación en el país durante sus primeros cincuenta años de existencia, con el fin de conocerla y comprenderla mejor para poder caracterizarla.

Finalizada la primera etapa entra en juego el segundo objetivo secundario que es crear, a partir de toda la información obtenida, una definición que sirva para identificar al periodismo agropecuario colombiano. Esto permite movilizar rápidamente el tercer objetivo, el cual busca proponer un mecanismo de acción para este tipo de contenido; es decir, presentar las primeras bases para la adecuada práctica de la agroinformación, teniendo en cuenta las pautas que en ese sentido arroja la investigación histórica, labor que se sustenta en el cumplimiento de tres pasos: Primero, revisar el contenido de los artículos proagro publicados antes y después del nacimiento del periodismo agropecuario en Colombia, teniendo en cuenta el final del marco temporal estipulado por la investigación; segundo, identificar las características y cualidades que diferencian la redacción agropecuaria de otro tipo de informaciones periodísticas; tercero, determinar las principales características y cualidades que debe tener el periodismo agropecuario colombiano, tomando como punto de partida los elementos estructurales hallados en el texto agroinformativo que se consultó durante el desarrollo de la investigación así como las particularidades a tener en cuenta, tanto en aciertos como en los posibles errores encontrados, y que se derivan del proceso de obtención, construcción y difusión de la agroinformación.

Así, mediante el cumplimiento de todos estos objetivos, se pretende empezar a forjar una memoria histórica que pueda aportar al rescate del periodismo agropecuario del país, ya que mediante él las comunidades rurales no sólo pueden informarse y progresar sino que tienen la posibilidad de visibilizarse y reconocerse. De ahí que devolverle a la agroinformación su pasado es regresárselo también al campo y, por lo tanto, es una tarea doblemente valiosa y una alternativa para contribuir a crear un presente y un futuro próspero para ambos, que camine muy lejos del alcance de la tortuosa disyuntiva shakesperiana.

### *Marco teórico, histórico y conceptual*

## **CUANDO EL AGRO INVENTÓ LAS PALABRAS**

Aunque al carácter del labrador repugna la novedad, sin embargo, si se le sabe presentar la utilidad y los medios fáciles de conseguirla, es constante que se aprovechará de ella. Y así es que las naciones mas adelantadas de Europa han ido alterando y renovando poco á poco su cultivo y artes, al paso que los sabios agricultores y científicos les han comunicado sus observaciones y experiencias (*Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos*, 1797, p. 11).

El ser humano es un juego inteligente de palabras; de ahí que la articulación de las letras, al igual que sus sonidos, sirvan para certificar, identificar y explicar la presencia del hombre y la mujer en el planeta. Por lo tanto, el legado del conocimiento comporta una ritualidad que está arraigada a la vida de las personas y que sigue la vieja tradición oral en la que el proceso de transmisión de la información se basa en la confianza en el mensaje, como una forma de romper no sólo con el cerco de la ignorancia sino también para comprender sus mecanismos de acción y modelar el esquema comunicativo a la hora de retransmitir los contenidos aprendidos y procesados a través de la experiencia. Entonces, cuando alguien se comunica comparte pedazos de sí mismo con el otro y, por ende, cada quien es una multitud de gente, un yo compartido.

Eso se ha hecho así desde hace miles de años; sin embargo, el avance en la formalización del proceso se produjo sólo en una época mucho más reciente gracias, entre otros mecanismos, al periodismo, cuyo punto de partida es la aparición de la imprenta a mediados del siglo XV y el nacimiento del primer periódico con algunas de las características de la prensa moderna en el albor del siglo XVII. ¿Esto quiere decir que de ese momento hacia atrás, en el mundo antiguo, no hubo una sociedad de memorias sino una sociedad de oídos limitada a realizar apenas eco de lo que se escuchaba? Es claro que no, pues existieron otros modos para analizar y registrar la realidad, y a los cuales se hará referencia en este capítulo, ya que también cumplieron un roll importante para socializar, debatir e interiorizar la información; ellos se enmarcan dentro de lo que se considera como la prehistoria del periodismo, periodo que tuvo una época esencial que caminó de forma paralela al desarrollo de las cuatro grandes culturas del pasado remoto: los mesopotámicos, los griegos, los romanos y los egipcios; estos dos últimos con mayor preponderancia en el tema, pues ellos creyeron en la necesidad de narrar todos los hechos de su

cotidianidad como un medio de informar, pero también, dada su visión de lo eterno, con el fin de crear anales pensando en el futuro.

El caso egipcio es igualmente importante porque en sus registros se pudieron dar los primeros asomos de información agropecuaria en el mundo, debido al valor que poseía la producción agropecuaria para esa sociedad; era tal la relevancia, que en el más allá, es decir, en el reino de Osiris, padre de la agricultura, el trabajo en el campo se consideraba como la principal actividad. Ese espacio paradisiaco al que aspiraba a llegar el alma de todo difunto se denominaba campo de *Ialu* o campo de cañas, y lo imaginaban “como un lugar muy parecido a Egipto, con ríos, montañas, caminos, cuevas y campos muy fértiles, en los que crecía la cebada hasta los cinco codos de altura. El difunto, sin embargo, debía preocuparse por obtener su sustento. Aun siendo un ‘glorificado’, según decía una fórmula del *Libro de los muertos*, tenía que ‘arar y segar, comer y beber, y realizar todas las cosas que se hacen en la tierra’ ” (Castellano, 2012, mayo, p. 2). Para todo ello, los egipcios podían contar con la ayuda de unos sirvientes conocidos con el nombre de *ushebtis* o respondedores, así como con una guía de viaje que muchas veces se dejaba en la tumba y que estaba compuesta por oraciones registradas a través de pinturas murales y pictogramas, conocidos como jeroglíficos, mediante los cuales, entre otras cosas, se le comunicaba al difunto los diversos modos de cultivar y producir sus alimentos en su paso por el mundo de los muertos. Este tipo de representación fue, además, la primera manifestación del estrecho vínculo de la palabra con la imagen y convirtió al acto agropecuario en una forma de trascendencia para el ser humano, resaltando, a la vez, la firme relación que ha existido desde el tiempo antiguo entre la tierra y el hombre.

Y aunque los frutos de la información agropecuaria prehistórica parecen muy lejanos, basta con dar una mirada a los campos del mundo para descubrir que, en realidad, muchos de ellos están más cerca de lo que se piensa y se hacen presentes cada vez que alguien ingiere sus alimentos, pues para producirlos hoy día se necesitó empezar con el trabajo de alguien en algún punto del planeta hace miles de años y se requirió de un mecanismo difusor para circular el conocimiento a través del tiempo. Así, el yo compartido trasciende a sociedad compartida, lo cual transforma a las personas en una suma de universos compartidos. Por lo tanto, se puede afirmar que la comunicación de lo agropecuario tiene tantos años y tantas caras como la historia de la humanidad y merece no sólo respeto sino también consideración, de modo que quien deguste cualquier alimento pueda saber que detrás de su sabor hay una fatiga de miles de años

que exige, por lo menos, un compromiso de agradecimiento con lo que se come y menos indiferencia hacia la parte que nunca se ve desde el plato.

Empero, llegar a ese nivel de valoración no es fácil, como tampoco lo fue el arribo al primer momento cuando se escribió acerca de las labores del campo; tal vez se requirieron muchos siglos de incubación de la primera palabra, como lo cree el historiador británico Peter Burke al afirmar que todo proceso tiene un pasado y, por lo tanto, “los estudiosos de la comunicación deberían darse cuenta de que hay en los medios fenómenos más antiguos de lo que en general se reconoce” (2002, p. 12). Por esta razón, para hablar de la comunicación como herramienta de información, así como su relación con el tema agro, es necesario hacer una regresión en algo más de 30.000 años hasta los días cuando los hombres y las mujeres del paleolítico, con sus cuerpos peludos y las mandíbulas grandes, comenzaron a esbozar la necesidad de reportar el mundo que veían y a registrarlo en rocas y en las paredes y cuevas de las montañas, con lo cual, y seguramente sin proponérselo, guardaron para la posteridad los hechos de una cotidianidad dominada por rituales de cacería que se convirtieron en el primer registro de un sistema de producción de alimentos. Por ende, no es descabellado decir que la memoria humana se inició mediante un periodismo de piedra que dejó en claro que el concepto del muro no lo inventó el *Facebook*. Y así se inició todo: observando, cuestionando, retratando cada momento de la vida, tal como se hace hoy día según la apreciación del memorable periodista Ryszard Kapucisky:

Este oficio se ocupa de nuevos datos, nuevos hechos y nuevos problemas. Mientras el mundo progresa y se mueve, nosotros estamos dentro de esos cambios porque la sociedad espera que lleguemos a ella para que contemos qué está pasando, para que interpretemos qué quiere decir la novedad. Eso nos impone la obligación de estudiar, permanentemente y de todo. El periodista es un cazador furtivo en todas las ramas de las ciencias humanas (2003, p. 18).

Entonces, el periodismo es mucho más que el concepto simple y académico que habla de la búsqueda y el registro de una noticia. Periodismo es el inventario de los días hecho a través del ejercicio honrado del arte de comunicar y de una información constante narrada a través de historias que le enseñen a la persona a creer y digerir la realidad que ve para permitirle apropiarse de su derecho a ser parte del mundo. Este es un compromiso maravilloso con la historia, pero una responsabilidad muy grande con la sociedad.

Quizás, y de forma inconsciente, ese mismo compromiso y esa misma responsabilidad existían en la edad de piedra, ya que la relación entre la evolución del pensamiento y la necesidad de comer, que era el objetivo principal de los grupos humanos de esa época, implicaba no sólo explorar la realidad sino crear y conservar lo aprendido empíricamente para luego socializarlo. Dicha experiencia se transformó en un conocimiento que con el tiempo fue determinando las cualidades de las actividades y significándolas para darles sentido al transmitirlos. Incluso, algunas de ellas se convirtieron en raíces que dieron origen a las palabras modernas del agro; por ejemplo, y de acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española (RAE), agropecuario es un adjetivo que identifica todo aquello “que tiene relación con la agricultura y la ganadería” (2010); también especifica que la palabra agro tiene su origen en el griego *agri*, cuyo significado en primera acepción es campo o tierra de labranza y, por ende, comprende todas las actividades que se realicen en ella y con ella; de ahí surge el término agricultura, que es definido como “el arte de cultivar la tierra” (RAE, 2010b). Esta última parece una definición sencilla; sin embargo, por todo lo que comprende, es una expresión que va un poco más allá.

Jorge Soria Velasco, magíster en agricultura y *Ph.D.* en genética vegetal, usa un concepto para expresar el significado de lo que es la agricultura tropical que bien puede usarse para definir la palabra agricultura de una forma más amplia. Él dice que “es el arte y la ciencia que, mediante la aplicación de recursos técnicos, prácticos y administrativos modernos permite aumentar económicamente la producción y productividad de los cultivos” (1975, p. 1). Estas son palabras que abarcan la realidad de una forma más transversal y, además, no difieren mucho de las que se decían cuando entró en acción la ilustración, que fue la que marcó el renacer del agro en el siglo XVIII. No obstante, la agricultura dieciochesca se pensaba desde dos visiones diferentes que, por fortuna, al ser combinadas le proporcionaron al trabajo en el campo una dimensión socioeconómica bastante importante, cuya fuerza fue clave para dar origen al periodismo agropecuario.

Por un lado, estaba la noción política, que se puede palpar, por ejemplo, en un estudio sobre el tema agrario que realizó don Claudio Boutelou, quien fue profesor de botánica, agricultura y economía rural, y director de Real Jardín Botánico de Madrid en 1808; en la introducción de su trabajo él asegura que “la agricultura es la primera y la mas principal ocupacion del hombre reunido en sociedad; es la base fundamental de la poblacion, de la prosperidad y de la riqueza

pública; y el mas firme apoyo de la independencia de las naciones” (1817, p. 1). Por otro lado, está la definición desde el marco académico y científico, como la que publicó en México el *Semanario economico de noticias curiosas y eruditas, sobre agricultura y demas artes, oficios, &c.*, según el cual agricultura es “aquel conjunto de reglas que se adquiere por la meditacion ó por la practica, y que nos enseña a cultivar y fertilizar la tierra para hacerla producir granos, frutos, plantas y arboles que sirven á las necesidades del hombre. Puede añadirse tambien á esta definicion, que abraza el arte de multiplicar y cuidar de la conservación de los animales útiles” (1809, 23 de marzo, p. 129). Las dos definiciones parecen diferir, pero son válidas y complementarias, y coinciden en asignar a la agricultura la categoría de arte.

Ahora, si se mira con mayor detenimiento, ese tipo de arte implica, al mismo tiempo, la conjunción de una serie de usos y costumbres alrededor del trabajo agropecuario que dieron forma a la otra parte del término: Cultura, que según la RAE significa “cultivo, crianza”, (2010c); por lo tanto, pareciera ser que a través del agro no sólo se han cultivado alimentos sino también al hombre. Cultura enmarca todo lo que se cultiva: “Conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.” (RAE, 2001c); es decir, cultura es todo aquello que realiza el hombre y que lo identifica; incluso, tiene una acepción que la define como “culto religioso”. El filólogo, lingüista y abogado español Joan Corominas afirma que el término cultura fue usado por primera vez en la lengua hispana en el año 1515 (Zaid, 2006); además, se dice que tiene su origen en la palabra indoeuropea *kwel*, de donde se derivó el latín *colo*, que significa “andar habitualmente en el campo, y de ahí pasó a los significados de ‘hablar’ y ‘cultivar’”. Como los dioses del lugar también lo habitan y protegen, *colo* se extendió al significado de ‘cuidar’ y, recíprocamente, ‘venerar’ (a los dioses protectores). Finalmente, se extendió a ‘cultivar las virtudes, las artes’” (Ernout y Meillet citados en Zaid, 2006). Gabriel Zaid menciona que de la raíz *colo* derivaron las palabras cultura, agrícola, colono, cultivar y culto; entonces, cada vez que se habla de cultivo también se está hablando de cultura y, por lo tanto, se puede concluir que las actividades agropecuarias determinaron al humano como ser cultural gracias a la interacción de sus estructuras de lenguaje con el mundo que iba descubriendo.

Por lo tanto, se puede decir que gracias a la aparición de las prácticas agropecuarias se dio inicio a “una revolución social poderosa” (Bronowski, 1979, p. 60). A través del trabajo en el campo se logró articular la creciente capacidad del pensamiento humano con los requerimientos

de su nuevo estilo de vida sedentaria que, por cierto, fueron útiles para asignarle a la sociedad un nuevo papel, pues, como dice Jacobo Bronowski, al domesticar las plantas y los animales el hombre “se echó a cuestras la responsabilidad de la naturaleza” (1979, p. 61). En ese proceso también incluyó a su propia especie, ya que todas las intervenciones realizadas sobre su ambiente terminaron por incidir sobre su evolución física y social, impulsando, igualmente, y a través de los requerimientos de su cotidianidad, la capacidad para domesticar las palabras.

Por otro lado, y de forma simultánea a las prácticas del laboreo, definido como la actividad de “cultivo de la tierra o del campo” (RAE, 2013), el desarrollo del hombre estuvo ligado a su relación de dominio con la especie animal, que desde esa época se convirtió en herramienta, alimento e insumo; es decir, era un medio y un objetivo. Para Bronowski “hubo un entrelazamiento, una especie de salto entre el cultivo de plantas y la domesticación de animales. Y a través de ella se manifiesta la realización crucial de que el hombre domina su ambiente en el aspecto más importante, no físicamente, si no al nivel de los seres vivos: plantas y animales” (1979, p. 60). De esta manera, el ser humano logró ubicarse por primera vez como determinante de un nuevo orden dentro de la escala biológica en el planeta.

El perro fue el primer animal que caminó al lado de los humanos en el periodo neolítico; sin embargo, el ganado, integrado inicialmente por vacas, cabras, cerdos y ovejas, poco a poco fue incrustándose en la vida de la sociedad primitiva, ya no sólo como proveedor de alimento y materia prima, sino también como riqueza, puesto que muy pronto adquirió la connotación de capital. De ahí surgió la palabra pecuario, originada en el griego *Pekos*, que significa vellocino y que evolucionó en la expresión latina *Pekus*, cuya definición es ganado (Etimología de la lengua española, 2007). Esta última procede de la voz indoeuropea *Peku*, la cual representaba la propiedad mobiliaria, es decir, los bienes materiales de las personas (El Castellano.org, 2010). Con el paso de los siglos, todas estas palabras terminaron agrupadas en el latín *Pecora*, que identificaba a una “res o cabeza de ganado lanar” (Philippe, 2010); su uso cotidiano, junto con el latín *Pecunio* (propiedad y riqueza), creó la palabra *Peculio*, que indicaba la riqueza de un individuo por el número de cabezas de ganado que poseía (Espinosa, 2010). En conclusión, es claro que lo pecuario relaciona al ganado con lo productivo, idea que hoy día se ha extendido a todos los animales domésticos de carácter rural que son cultivados para generar riqueza.

Finalmente, hay que decir que la conjunción de agro y pecuario se transforma en el sustantivo agropecuario, el cual incluye el sufijo *ario*, que determina pertenencia, relativo a o relacionado

con; por ende, agropecuario engloba todo lo perteneciente, relativo o relacionado con el cultivo de la tierra de labranza y el ganado que la habita. Así, la suma de esas definiciones indicaría que el periodismo agropecuario es aquel que habla de todo lo perteneciente, relativo o relacionado con el cultivo de las plantas y los animales domésticos de carácter productivo, base sobre la cual se puede empezar a estudiar, comprender y construir este tipo de información.

La elaboración de ese concepto ha caminado de la mano con el proceso que llevó al cazador nómada a convertirse en un ser adicto al sedentarismo y que se ancló en la naciente labor agropecuaria para establecer un nuevo *modus vivendi* que determinó el destino del ser humano en lo que se ha denominado como “la revolución Neolítica” (Giovannini, 1987, p. 23). Dicha transformación abarcó no sólo el conjunto de actividades cotidianas y la rotulación del mundo sino los rituales derivados de lo uno y de lo otro, entre los que están, por ejemplo, los procesos comunicativos que nacieron a partir de los nuevos roles sociales y escalas de poder y la masificación de aquello que la humanidad iba descubriendo o creando para su beneficio, lo cual significa que el espíritu del periodismo agropecuario rondaba por el mundo desde mucho antes de nacer, porque todo en algún momento tuvo que ser compendiado y socializado.

Se puede decir que la revolución neolítica también se convirtió en la revolución de los *habitus*, concepto que el sociólogo francés Pierre Bourdieu asignó al espacio donde se desarrolla su reconocida estructura estructurada estructurante, que explica la relación de las personas con su entorno social y viceversa. Bourdieu unifica en su teoría la dimensión social e individual del ser humano, tomando como eje la unión del cuerpo, visto como un objeto que se puede transformar, junto con los hechos que lo moldean diariamente; a esto lo define como la historia encarnada, pues dice que “el cuerpo está en el mundo social, pero el mundo social está en el cuerpo. Y la incorporación de lo social que realiza el aprendizaje es el fundamento de la presencia en el mundo social que supone la acción que es un éxito social y la experiencia común de este mundo como algo que cae por su peso” (2013, p. 29). Por eso, Bourdieu habla de la estructura estructurada, que es el círculo social en el que nace y se desarrolla el cuerpo, y que lo nutre con un estilo de vida y unas características propias del grupo que lo rodea; por otra parte, está la estructura estructurante, que le permite al cuerpo, a partir de lo que ha recibido de su núcleo radicular, crear sus propias percepciones y juicios del mundo para poder interactuar con y a través de él, lo que le permite, al mismo tiempo, retroalimentarse.

Mediante este engranaje, el *habitus* se convierte en un capital social que le da un valor a cada persona, situación que, según Bourdieu, ayuda de forma simultánea a redimensionar el valor del grupo al que pertenece el cuerpo. Esto se produce a partir de una cualidad innata del término, tal como él mismo lo confiesa: “¿Por qué no usé hábito? El hábito se considera en forma espontánea como algo repetitivo, mecánico, automático, más reproductiva que productiva. Y yo quería hacer hincapié en la idea de que el *habitus* es algo poderosamente generador”; es decir, que es un principio activo que evoluciona para facilitar la relación en doble sentido entre el cuerpo social y la sociedad, los cuales también cambian día tras día. Por ende, Bourdieu agrega: “Es una especie de máquina transformadora que hace que ‘reproduzcamos’ las condiciones sociales de nuestra propia producción, pero de manera relativamente imprevisible” (2013, p. 69). Esta conceptualización del *habitus* automodificable, particular y evolutivo, explica el motivo por el cual una clase social se comporta de determinada forma y por qué es diferente de otra; de igual manera, el concepto se puede aplicar a grupos humanos que comparten un espacio social en común, ya sea geográfico o intelectual, como los profesionales o las hermandades, y que son sociedades dentro de la sociedad y se comportan como ramificaciones de un gran tronco social en el que se miran sin tocarse.

Entonces, se puede decir que las características que definen al *habitus* fueron las que condujeron a que los antiguos seres humanos integraran en sus actividades diarias y a su propio ser un lenguaje común para denominar y dominar cada uno de los ingredientes de su estilo de vida experimental y diferenciarse de otros. Es lo que denomina Bourdieu como capital lingüístico, el cual sólo adquiere sentido cuando se negocia dentro de los llamados mercados lingüísticos, que se presentan “cada vez que alguien produce un discurso dirigido a receptores capaces de evaluarlo, apreciarlo y darle un precio” (2013, p. 64). Incluso, Bourdieu agrega que en la comunicación entre dos personas se generan micromercados que están dominados por el grupo o el universo social dentro del cual se intenta mercadear cada mensaje; por lo tanto, cualquier intercambio necesita de su beneplácito, pues “para que las palabras sean atinadas, para que sean redituables, para que produzcan el efecto deseado, hay que decir no solo las palabras que son gramaticalmente correctas, sino las que son socialmente aceptables” (Bourdieu, 2013, p. 64). En definitiva, al ser el *habitus* una presencia tácita que ejerce un poder silencioso sobre cada persona, sobre cada grupo y sobre sus acciones, se puede comprender el motivo por el cual se hace tan difícil llegar desde el periodismo a una sociedad que, como la misma teoría

bourdieunesca lo demuestra, es variopinta, disímil y cerrada, teniendo en cuenta que el periodismo es una sociedad que tiene que negociar con otra. Todo esto será fundamental a la hora de evaluar la acción del periodismo agropecuario en la vida de los colombianos y para entender la forma en que se dio su gestación y desarrollo inicial.

De igual forma, al observar el concepto de *habitus* no cabe duda de que la condición inexorable de uso sistemático de los sonidos, convertidos en palabras ligadas al ser humano y al acontecer diario, fue la que terminó por dar origen a la escritura. El filósofo de origen ruso Mijaíl Mijáilovich Batjin afirmaba que “el hablante de una lengua tiene que apropiarse, partiendo de la boca de los demás, de la lengua que habla y adaptarla a sus propias necesidades” (Citado en Burke, 1993, p. 15); entonces, el potencial evolutivo de la sociedad se debe al hecho de que las palabras se convirtieron no sólo en pinceles para describir y dibujar el mundo sino en herramientas mutuas para tallarlo. Además, a partir de su llegada, la escritura se autoproclamó como foco de desarrollo y, desde ese mismo momento, ha sido fundamental para todos los procesos humanos, gracias, también, a la capacidad que tienen las palabras para convertirse en memoria informativa. En definitiva, cuando el hombre creó al agro, el agro creó la sociedad y la sociedad creó la escritura; luego el agro, la sociedad y la escritura descubrieron al hombre.

Hay que decir que la escritura no reemplazó a la información gráfica, sólo la complementó, pues, como bien lo dijo el papa Gregorio Magno, todas “las imágenes hacían por los que no sabían leer, lo que la escritura hacía por los que si sabían” (Citado en Burke, 2002 p. 18). Y aunque no se puede negar que el dibujo fue la primera palabra, hubo un momento en que la imagen comenzó a perder protagonismo frente a la escritura mediante un hecho que resultó fundamental para la historia de la comunicación, cuando los archivos de información mural fueron apoyados por un sistema más práctico: el registro en pieles, pergaminos y papiros (Giovannini, 1987, p. 31). En este punto vuelven a ser protagonistas los egipcios, como lo relata el historiador Plinio en su *Naturalis Historia*, ya que él logró hallar en esa cultura un documento que describía el trabajo que se realizaba con la planta del *Cyperus Papyrus*, desde su producción en el campo hasta su proceso en poscosecha, para lograr obtener el tan reconocido material para escritura llamado papiro, método que era muy parecido al que desarrollaron los chinos desde el año 105 a.C. para crear papel usando una tecnología que incluía “trapos, corteza de árbol, fibras vegetales e hilos de cáñamo” (Weise citado en Caloca, 2003, p. 36). Fue un gran avance. Sin embargo, y a pesar de la corta distancia, la técnica que llegó a Europa, casi mil años después de

su invención, no fue la egipcia sino la China, entrando por Sicilia proveniente de Arabia, donde los italianos empezaron a fabricar el papel con fibras de lino y algodón. Estos hechos atestiguan, una vez más, que el agro fue insumo y materia para la creación de un medio de expresión que facilitó y revolucionó la forma de socialización de la información, y, por lo tanto, empujó el desarrollo del mundo.

Es importante destacar que junto a los contenidos agropecuarios, los egipcios dejaron datos de actividades administrativas, legislativas, científicas, religiosas, entre otras, a través de las cuales el escriba adquirió una categoría especial dentro de la sociedad, llegando a ser considerado como un hombre sabio con un estatus que lo ubicaba a la altura de los poderosos sacerdotes, ya que era visto como transmisor de saber (Giovannini, 1987, p. 31). La escritura egipcia fue creada entre el año 1500 y el 2000 a.C., y sin duda fueron maestros en el arte de comunicar; pero para su infortunio no fue la primera, pues la escritura pionera, llamada cuneiforme, se inventó en Mesopotamia entre el año 3000 y el 4000 a.C. en medio de la cultura sumeria; acercamiento que fue motivado por la necesidad que tenían los sacerdotes de llevar registros contables de los productos agrícolas que eran ofrecidos en los templos a sus dioses (Giovannini, 1987, p. 24). A esto se sumó el desarrollo del alfabeto fenicio, cuyo registro más antiguo data del 1200 a.C. y fue origen del actual alfabeto occidental. La popularización de la escritura fenicia se originó debido al uso que se le dio para los manejos de información comercial, principalmente de especias, ovinos, bovinos y textiles, siendo modelo de un sistema de documentación que más adelante replicaron otras sociedades como la griega, mediante los micénicos. Los fenicios usaron tablillas de arcilla para guardar información contable de forma minuciosa como las “listas de personal empleado en el palacio, inventario de cabezas de ganado para donar como contribución, ofrendas votivas, inventarios de armas” (Giovannini, 1987, p. 37). Así, y sin que hubiese conexión comprobada entre las formas de comunicación de estas culturas, la historia demuestra que las actividades del agro crearon y posibilitaron de manera independiente el uso de la escritura como medio de información para servicio del comercio y la religión.

Con el paso del tiempo, los registros escritos sobre temas agropecuarios, contables y sacros pasaron a un segundo plano. Eso sucedió el día que los griegos dejaron de usar el *papyrus* para reemplazarlo por el *byblos*; es decir, el libro. Se dice que se utilizó esta palabra en homenaje a la población fenicia Biblos, donde se cree que se originó el alfabeto de esa cultura así como el primer libro de la historia, creado a partir de la unión de varias hojas de papiro. No obstante, los

griegos no los emularon empleando el libro para el comercio sino para socializar una nueva categoría de contenido, pues tanto ellos, como posteriormente lo hicieron los romanos, concedieron mayor importancia al concepto de ciudad y ciudadano, con lo cual empezó también el protagonismo de lo que será el mayor alimento del periodismo hasta nuestros días: la política, ya que eran grupos humanos organizados en urbes y con una menor preocupación por la ritualidad de lo rural y una mayor preponderancia de la reflexión social, donde ya no primaba lo comunal sino lo individual; es decir, el ser en su esencia.

Entonces, cuando el libro se apoderó del pensamiento, la información miscelánea de la vida cotidiana buscó otros medios. Por eso, y de acuerdo con el historiador Suetonio, en el año 59 del siglo primero antes de Cristo, el emperador romano Julio César creó la *Duirna Populi Romani Acta* o *Diurna Urvis Acta*, cuya publicación, como su nombre lo indica, se hacía diariamente con el registro de la opinión del gobernante frente a algunos temas de relevancia. La *Diurna* también presentaba información legal, edictos y noticias varias de gran importancia para la época como “el estado civil, los juicios públicos, las penas, los resultados de los comicios, los nacimientos, muertes, matrimonios, divorcios, y finalmente, todo lo perteneciente á la construcción de los edificios, y las noticias del día” (Cantú, 1854, p. 150). Mucha de esta información no era de poca monta como ocurre hoy día, ya que, por ejemplo, el reporte de los matrimonios y divorcios era muy necesario, pues la soltería o el celibato eran castigados por la sociedad romana.

Las actas se realizaban bajo la supervisión de un senador y por esclavos conocidos como *actuarii*, *fabularii*, *scribae* y *logographi*, quienes hacían de actuarios, taquígrafos o escribanos, cumpliendo un oficio que “se tenía sin duda por honroso”, pues Adriano, quien llegó a ser emperador, lo había ejercido en algún tiempo por encargo del entonces emperador Trajano (Cantú, 1854, p. 419). Además, la *Diurna* llegaba no sólo a los habitantes de Roma, también era publicada con información local en las provincias y en los ejércitos del imperio.

Junto a la *Diurna* circularon otros periódicos que estaban igualmente ligados a situaciones políticas como la *Senatus Acta*, que informaba las actividades del Senado; los *Annales Maximi*, donde se registraban los hechos más importantes del imperio anualmente; y la *Acta Pública*, que trataba temas legislativos y comerciales, lo que evidencia que en estas publicaciones también se presentaban datos simples en relación con el tema agropecuario. Por ejemplo, en una de ellas decía: “Día 7, antes de los calendas de agosto. En la tierra de Trimalción, han nacido 30 niños y 40 niñas. Se han levantado de las eras para encerrarlas en las trojes, 500 mil fanegas de trigo. Se

han reunido en los establos 500 bueyes de labor. En el mismo día ha sido crucificado el siervo Miltrídates, por haber blasfemado contra el genio del señor” (Alvear citado en Caloca, 2003, p. 50). Todo contaba en la antigua Roma; por eso, fue allí donde el periodismo comenzó a concebir a la sociedad como una suma de hechos.

Las hojas informativas romanas se hacían en tablas escayoladas con textos en letras negras o en arcilla para evitar la adulteración de la información. Ellas no sólo fueron modelos informativos del periodismo prehistórico, sino que también resultaron siendo poderosos mecanismos de propaganda que, en palabras de Burke, terminaron por convertir a los medios en especialistas del “arte de vender” (1993, p. 40). ¿Y qué mercadeaban? Nombres, ideas, personas que buscaban ser personalidades, falsas realidades e historias ligadas a un interés particular, todo ello con una finalidad que fue fundamentando y delineando un perfil poco deseable del periodismo que es su potencial uso como herramienta de control y poder.

Y así como en Roma nacieron los primeros periódicos también surgieron los pioneros del periodismo, encabezados por los *duirnali*, quienes iban por la ciudad recolectando detalles de eventos y sucesos para ser publicados. Otro grupo eran los *praeco*, encargados de recolectar y pregonar noticias por las calles, como si fueran locutores ambulantes; era una forma prehistórica de la radio en movimiento. A su lado trabajaban los *strilloni*, quienes acompañaban el pregón informativo con la narración de avisos publicitarios para fomentar el comercio de los artesanos, manufactureros y agricultores. Finalmente, estaban los *subrostani*, que eran “un equivalente a las agencias de noticias ya que vendían las noticias y no siempre transmitían información confiable sino de tinte sensacionalista, inclusive se los acusaba de escribir libelos políticos” (Lorenzo, 2009, julio, p. 9). Todos estos hombres realizaron una labor excepcional en pro del naciente periodismo, puesto que debían competir con el liderazgo que tenía el libro entre el gusto de la sociedad, ya que a través de este no sólo podían documentarse sobre datos administrativos sino que les permitía registrar y disfrutar ampliamente, en una sociedad egotista como la romana, las gestas de sus eminentes generales. En ese entonces parecía que la literatura era más interesante que las noticias; es decir, la imaginación primaba sobre la realidad.

Mucho tiempo después, en el siglo noveno, cuando Roma no era más que una colcha de microimperios, periodismo y literatura convergieron en un mismo punto gracias a la afortunada creación de la tipografía en la China y al auge de las bibliotecas en Europa (Balle, 1991, p. 75). Durante esa época, quienes por muchos siglos habían sido los encargados del contenido de los

libros, es decir, los escribanos, lograron reinventarse y hallar un nuevo destino para sus habilidades técnicas y literarias, dejando atrás esos días cuando fijaban al final de su trabajo una advertencia que más parecía una súplica: “Atención a los dedos, lector; no los pongas sobre la escritura. No sabéis cuánto cuesta escribir; es una tarea abrumadora; encorva la espalda, oscurece los ojos, cansa el vientre, quebranta las costillas” (Jiménez, 2003). Escribir era un arte costoso y agotador; no obstante, con el tiempo, aquellos hombres sumaron a sus virtudes la capacidad para recopilar noticias y hacer difusión de ellas mediante hojas informativas, lo cual terminó por transformarlos en los primeros periodistas medievales.

Los escribanos eran hombres de perfil bajo que lograron ejercer su nueva labor en medio de un periodo difícil para quienes buscaban la libertad así como el desarrollo y la difusión del pensamiento, pues se vivía el acoso de los bárbaros, el inicio del feudalismo y el gobierno del oscurantismo, en el que todo el poder, al igual que el manejo de la información y el conocimiento, recaían celosamente en manos de la monarquía al igual que en el papado y su clerecía. Un ejemplo bastante dicente de este control, y que tocaba directamente las fibras socioeconómicas, es el de la administración y desarrollo del campo, realizado por la Iglesia desde el mismo momento en que los grupos bárbaros se apoderaron de Europa, debido a que “los monjes no sólo preservaron la literatura, la ley, la filosofía y el arte grecoromano, sino la agricultura. Los bárbaros nómadas no eran agricultores por naturaleza. Desconocían eso de criar animales de granja, sembrar, cosechar, y demás, pero los monjes lo hacían como parte normal de sus vidas – esa parte que se llama *labora* de su lema *ora et labora*, (oración y trabajo). Los monjes enseñaron a los bárbaros cómo cosechar su comida” (Trigilio y Brighenti, 2008, p. 376). Esa relación de dominio ejercida por la Iglesia sobre el campo, la información y la sociedad rural trascendió hasta la ilustración, que era la respuesta al oscurantismo, y se mantuvo reinante, como en el caso de Colombia, durante buena parte del siglo XX. Por ende, es importante no perder de vista este antecedente para poder comprender el motivo por el cual las huellas de los religiosos están incrustadas en las páginas de esta investigación.

El nuevo periodismo de escribanos permaneció vigente por varios siglos y evolucionó durante la época medieval tras la especialización de los contenidos ofrecidos, particularmente el de los mercaderes de noticias, quienes efectuaban la venta de su trabajo “preferentemente en los puertos y suministraban informaciones procedentes del Mediterráneo Oriental (zona de conflicto bélico en tiempos de las Cruzadas), así como también ofrecían noticias que hacían circular marineros y

peregrinos. Aunque estas publicaciones alcanzaron un gran éxito, pronto fueron censuradas por los poderosos de toda Europa” (Lorenzo, 2009, p. 10). Este cambio se hizo mayormente visible durante el siglo XIII, mientras el comercio caminaba y singlaba por los rincones y las aguas de la Venecia italiana; allí existían los *avvisi*, que eran los avisos de tipo comercial de los puertos, y solían moverse los llamados *menanti*, quienes inicialmente eran hombres expertos en contar historias sobre las aventuras de viaje de los marineros y luego se transformaron en hábiles recolectores de noticias para la aristocracia y los mercaderes, pues les pagaban muy bien por el suministro de información útil y estratégica relacionada con el comercio. De acuerdo con la escritora e investigadora Patricia Lorenzo a estos periodistas también se les llamaba *novellanti*, *rapportisti* o *gazzetanti*.

Por la misma época existieron los *price - Courrents*, quienes fueron famosos por hacer circular datos sobre los horarios de los barcos en el puerto así como información comercial con el registro de precios y desembarque de productos traídos del medio oriente y Asia, casi siempre especias, aromáticas y tejidos. Con el tiempo, y por ser puntos estratégicos para socializar otro tipo de información, como la relacionada con la política, algunos de estos comunicadores fueron perseguidos y señalados tanto por los aristócratas como por la jerarquía eclesiástica que aun dominaba los hilos del poder en Europa. Por ejemplo, se cuenta que el papa Sixto V llamó a los periodistas “pestiferi oumini”, algo así como hombres apestados o apestosos, y que el papa Gregorio XIII en su bula *Ea est*, publicada en 1572, los amenazó anunciando que “no se podían reunir noticias, ni recibirlas, ni copiarlas, ni difundirlas, bajo pena de galeras perpetuas o temporales, incluidos quienes no las denunciaren” (Guillamet, 2008, p. 46). Y por supuesto que cumplieron: al *menanti* Annibale Capello lo acusaron de falsario y traidor, y le cortaron una mano y la lengua (Weill citado en Guillamet, 2008, p. 46). Gracias a esta persecución, el periodista medieval, visto como un espía y un enemigo, fue convirtiéndose lentamente en un personaje popular, un símbolo de la lucha contra el poder establecido.

La labor de los *menanti* estuvo acompañada, paralelamente, y a través de un estilo narrativo similar, por los *nouvellistes* franceses. Ellos desarrollaron la *Nouvelle Manuscrite*, cuyas historias tenían una estructura cercana a lo que hoy día se podría denominar como literatura periodística. Francis Balle dice que todos esos grupos fueron sucedidos en el Medievo tardío por los *Gazzetiers*, quienes regresaron a la información miscelánea de la antigua Roma con la publicación de noticias sobre el clima, anécdotas y chismes de pueblo, además de la descripción

de batallas y fiestas populares (1991, p. 74). Todos estos medios, al igual que cada uno de sus representantes, permiten comprobar que el agro, esta vez a través del comercio de sus productos, contribuyó a incentivar el trabajo informativo como ya lo había hecho desde el paleolítico. Además, y de una u otra forma, al regresar a las noticias del vulgo las comunidades rurales volvieron a ser parte de un mundo que plagaba de sombras su existencia e importancia debido al esclavismo y al desprecio que sufrían por parte del inicuo sistema feudal europeo.

Y aunque esos impresos no pasaban de ser hojas que se repartían en las ciudades o poblados, de casa en casa, y sin ninguna regularidad, con el discurrir del tiempo y la entrada del renacimiento lograron evolucionar del manuscrito sencillo al legajo impreso, que fue el gran paso del periodismo para poder multiplicar la información con mayor agilidad y extender así su cubrimiento a más personas y lugares. Aquí jugó un papel importante la imprenta, pues permitió democratizar las noticias gracias a que muchos impresores, ante el alto costo de los libros y la poca demanda de ellos, buscaron ampliar sus productos y, por supuesto, ganar dinero extra o, incluso, salvarse de la bancarrota, “mediante la publicación de hojas que narraban hechos reales como el estallido de guerras, acontecimientos políticos, descubrimientos en tierras de ultramar o sucesos tan extraordinarios que hasta por momentos, resultaban poco creíbles” (Lorenzo, 2009, p. 12). Esto se hizo desde dos vertientes informativas; una de ellas fue la de los impresos llamados *Ocasionales*, que tenían portada con ilustración y formato de libro, y en los que registraban solamente hechos relevantes como, por ejemplo, los ocurridos alrededor del descubrimiento de América. Además, fueron usados como medios propagandísticos.

La otra línea informativa estuvo a cargo de lo que se denominó *Relaciones*, que eran publicaciones con la recopilación de los eventos sucedidos en Europa y que se presentaban en Frankfort con motivo del encuentro semestral de editores y libreros en esa ciudad alemana. Se destacan las que llevaban el nombre de *Frankfurter Messrelationen*, creadas por el aristócrata de origen austriaco Michael Von Aitzing, conocido también como Michael Eyzinger, quien entre 1588 y 1598, año en el que falleció, publicó diecinueve; de ellas, las últimas cuatro, entre del 1594 y 1597, fueron publicadas anualmente. Las *Relaciones* eran registros de tipo mercantil que iban en pequeños libros con “fines de publicidad e incluso propagandísticos”, pero no noticiosos, debido al amplio margen de tiempo que había entre cada una de las publicaciones (Pieper, 2005, p. 65). Esa situación hizo que las personas interesadas en informarse siguieran prefiriendo la

agilidad de los manuscritos o de las hojas impresas, pues aseguraban datos frescos, teniendo en cuenta que la información que circulaba tenía valor político y económico.

El historiador español Jaume Guillamet dice que los *Ocassionels*, es decir, los *Ocasionales*, tuvieron origen en Francia y los presenta como el antecedente inmediato a la aparición de la información periódica. Además, afirma que las *Relaciones* utilizaban formas narrativas que eran tomadas de la literatura popular, como las cartas y romances de ciego:

Son la forma más genuina de hoja de noticias y, aunque este nombre sirve también para la presentación de relatos fantásticos donde se mezclan elementos de realidad e invención, fue a través de su evolución desde los años inmediatos a la imprenta como se llegó al nacimiento de los primeros periódicos y gacetas. Durante casi un siglo y medio, cada relación se ocupaba con detalle de un único hecho o suceso, preferiblemente político o militar, con cuatro u ocho páginas en formato de cuarto, o en un cuaderno más extenso en formato de octavo y una portada con un grabado alusivo al tema o ilustraciones decorativas alrededor del título (2008, p. 51).

En el siglo XVI también surgió en Francia un periódico denominado *Canards*, nombre que hacía eco a una característica propia de los patos, ya que se suponía que la información que suministraban hacía mucho ruido y tenía una gran influencia sobre las costumbres de las clases campesinas y obreras (Balle, 1991, p. 78). El más antiguo data de 1529. Eran periódicos cuyo contenido se mezclaba con temas sensacionalistas como relatos sobre mitos y milagros religiosos; incluso, los sacerdotes alemanes los usaban “con el propósito de asustar a los fieles para el arrepentimiento de sus pecados” (Guillamet, 2008, p. 53). Posteriormente, durante la contrarreforma, y con el protagonismo de Martín Lutero, aparecieron los *Libelles* o *Líbelos*, que eran hojas de opinión usadas para difamar, razón por la cual rápidamente fueron atacadas por el poder establecido para sacarlas del panorama informativo, ya que se les acusaba de nutrir conflictos alrededor de situaciones políticas y religiosas, pues, según la Iglesia católica, ejercían en los lectores o espectadores “influencia y estímulo de las pasiones” (Burke, 2002, p.12). Esto ocasionó la persecución del periodismo, como sucedió antes y como ocurriría después y en otros aspectos de las artes, particularmente en la pintura, el teatro, la ópera y la literatura, actividades en las que se realizó un fuerte control por parte de los grupos religiosos sobre todo tipo de mensaje que fomentara la libertad de pensamiento.

Sin embargo, esta censura religiosa tenía un doble fin, pues la necesidad de control social iba acompañada por el interés de recuperar el protagonismo político que la Iglesia había ido perdiendo desde el siglo XV. Para ello, la curia implantó su propio sistema de comunicación como estrategia de dominio, beneficiado por la labor del orfebre alemán Johann Gänsefleisch, conocido como Johannes Gutenberg, cuando en 1455 creó el primer texto impreso, que fue la *Santa Biblia*, iniciando así una nueva etapa para el libro y la sociedad, y en cuyo desarrollo tuvieron mucho que ver las abadías y monasterios, pues, de acuerdo con el sociólogo e investigador Francis Balle, fue en esos lugares donde se encargaron del trabajo de impresión y control de la información para el resto de Europa (1991, p. 75). Esto ocurrió porque los religiosos alemanes pasaron la tecnología de imprenta a los italianos y la ubicaron estratégicamente en el monasterio de Subiaco, muy cerca de Roma, para sacarle provecho.

Dice Burke que esta fue la forma en que la iglesia extendió su “monopolio” del conocimiento (2002 p. 17). Así, el control de la palabra escrita se unió al uso de la imagen como medio y a la fuerza oratoria que tenían los curas, permitiéndole a la Iglesia implementar un sistema comunicativo bastante efectivo y con gran incidencia tanto en la Europa medieval como en la Europa temprana moderna. Además, el trabajo con la palabra escrita fue la reiteración de lo que venían haciendo desde mucho antes, pues “la gente aprendía de las imágenes todo lo que era necesario que supiera. La historia del mundo desde su creación, los dogmas de la religión, los ejemplos de los santos, la jerarquía de las virtudes, la variedad de ciencias, artes y oficios. Todo esto se les enseñaba mediante las vidrieras de las iglesias o mediante las estatuas del pórtico” (Burke, 2002, p. 20). Entonces, la estrategia era atrapar las miradas, el pensamiento, la devoción y la esperanza de un pueblo lleno de necesidades; esto explica el motivo por el cual la comunicación con el campesinado estuvo siempre a cargo de las comunidades religiosas, ya que la sociedad aprendió a creer y confiar en ellas.

No obstante, y pese a tal empoderamiento, para la investigadora Elizabeht Eisenstein la imprenta fue un poderoso “agente de cambio” que determinó una nueva forma de ver el mundo (Citada en Burke, 2002, p. 33). Y tiene razón, pues fue en el excesivo control de la información donde nació la creciente necesidad de saber más. Es un punto en el que, junto al florecimiento del libro impreso, el periódico encontró su propio renacimiento; quizás lo hicieron al liberarse el uno del otro, ya que hubo un momento, en 1513, cuando por gracia de los londinenses fueron uno mismo en *The Treve Encountre*, el primer libro de noticias en la historia del periodismo

(Giovannini, 1987, p. 114). Este fue un ensayo que no tuvo mayor aceptación por su lento proceso de construcción y, por el contrario, terminó por darle un mayor auge a las hojas informativas, las cuales evolucionaron para tomar posesión definitiva de la noticias como proveedoras de un tipo de conocimiento que era inherente a su esencia. Así, con la llegada del siglo XVII, un nuevo periodismo, mucho más maduro, empezó a caminar y “los flujos de información siguieron tradicionalmente los flujos del comercio” (Burke, 2002, p. 35); fue, entonces, cuando las noticias se anclaron definitivamente en los puertos, en los centros de comercio y en los productos que circulaban a través de ellos, a la espera de ser contadas.

De esta manera, se empezó a hablar en Francia de las *Gacetas* y en Inglaterra de los *News Papers*; sin embargo, la evolución no fue sana, ya que todos los impresos terminaron siendo controlados por los gobiernos monárquicos de la época para favorecer sus intereses políticos. Entre los más importantes estaba el *Die Nieuwe Tidjngler* (*Las noticias de Ambéres*), que apareció en Bélgica el 17 de mayo de 1605 y es considerado el primer periódico moderno junto con el semanario alemán *Aviso-Relation Order* que circuló desde 1609 (Giovannini, 1987, p. 114). A partir de ellos, poco a poco fueron apareciendo nuevos impresos que a través de los años dieron marco y estilo a la comunicación de las noticias, y que para fortuna de la sociedad optaron por abordar la cotidianidad buscando suministrar información que pudiese impulsar el desarrollo y el bienestar; por supuesto, también sirvieron para tratar de asegurar la confianza necesaria hacia aquellos que gobernaban y alardeaban con haber sido ungidos por la divinidad, como la Iglesia, la aristocracia y los monarcas. Infortunadamente, ellos aprovecharon que el periodismo es visto desde su origen como la respuesta a un acto de fe y desde allí aprendieron que las palabras se podían insertar en la sociedad como anzuelos entre el agua.

La primera gaceta circuló en París desde el 30 de mayo de 1631; se llamaba *Gazette* y fue fundada, con el apoyo del rey Luis XIII y el famoso cardenal Armand du Plessis Richelieu, por el médico Théophraste Renaudot, considerado el primer periodista de la historia moderna, cuya vocación por la información nació de forma anecdótica en su interés por salvar vidas:

Se le ocurrió que un gran remedio para muchas enfermedades imaginarias era distraer a los enfermos comunicándoles noticias diversas. Un amigo suyo, llamado Hozier, mantenía una activísima correspondencia con todas las cortes de la época y con gran número de nobles. Por él se informaba de cuántas novedades de interés general llegaban a aquel celoso contertulio. Renaudot se entretenía en transmitir a sus enfermos tales novedades (Gil, 1993, p. 48).

Así, aprovechando lo mejor de la información del genealogista Pierre Hozier, Renaudot decidió armar un impreso que terminó por dar vida a la gaceta, cuyo nombre se cree que viene de una pequeña moneda en cuya cara iba esculpida la imagen de una urraca, llamada *gazza*, y que se usaba en Venecia, ciudad donde “apareció la costumbre de fijar carteles en lugares públicos con noticias de los acontecimientos notables, que todo el mundo podía leer abonando una pequeña cantidad. Tales hojas se llamaban *Notizie scrite* o *Gazzetta*, moneda pequeña, por el escaso precio que se pagaba por leerlas” (Weise, 2005, p. 69). El formato de las gacetas fue, quizás, el más importante del siglo XVII.

Y aunque todos los periódicos de esa época estuvieron supeditados a las monarquías y a la iglesia romana, el ímpetu intelectual que gestó el movimiento cultural ilustrado durante el siglo XVIII logró abrir un resquicio en medio de la censura oficialista para fecundar un periodismo más comprometido con la causa social y en el que, según Burke, los diversos usos de la escritura y la lectura facilitaron el desarrollo de “una fuerza activa dentro de la sociedad, un medio que tienen individuos y grupos para controlar a los demás o para resistir a tal control, un medio para modificar la sociedad o para impedir el cambio” (1993, p. 38); desde esa óptica, la voz de la inconformidad se transformó en tinta y papel, y, por ende, todas “las rebeliones iban acompañadas de la formulación de quejas por escrito” (Burke, 2002, p. 47). Así, lo dicho y lo no dicho iban presentes al mismo tiempo en el mensaje que subyacía en las palabras, tal como sucedió durante la revolución francesa y, de forma un poco más romántica, en la emancipación de las colonias en América, ya que por fortuna el periodismo hispanoamericano tuvo que aliarse a la población hablando de ciencia, naturaleza y literatura más que de ideales y reflexiones políticas o filosóficas.

¿Y por qué resultó tan valioso ese contenido? La respuesta se puede empezar a concebir a partir de la aparición de *Le Journal des Sçavants*, es decir, el periódico de los sabios, dirigido por Denis de Sallo, el cual se publicó en París desde el 5 de enero de 1665 con una visión protoilustrada que parecía adelantada en el tiempo y que abarcaba áreas sobre las que no se acostumbraba a leer en los papeles informativos de la época:

El papel consistiría, por una parte, en un catálogo exacto de los principales libros impresos en Europa, en los que se proveía una breve idea de su contenido y utilidad. Por otra parte, en sus páginas se celebraría la memoria de los eruditos recién desaparecidos, dando cuenta de sus producciones y de las circunstancias de su vida. El papel presentaría, finalmente, los

experimentos de física y de química que podían servir para explicar los efectos de la naturaleza y revelarían, además, los nuevos descubrimientos que se hacían en las artes y las ciencias, como las máquinas e invenciones útiles o curiosas (Hébert, 2010, septiembre, p. 140).

Tomando en cuenta estas características, Jean Paul De la Roque, director del periódico en 1683, invitó a los eruditos de Europa a replicar el trabajo que se hacía en *Le Journal des Sçavants* con el fin de formar, con el aporte de todos, lo que llamaba “una historia perfecta de las Artes y de las Ciencias”, lo cual, según se decía, era el principal objetivo del periódico (Cocheris citado en Hébert, 2010, septiembre, p. 140). Es obvio que el primer propósito no era ese, pues de nada valía el esfuerzo si no se hacía, primordialmente, por difundir un conocimiento productivo y evolutivo. Y si bien el plan no se logró como quería De la Roque, la difusión del modelo sí se cumplió. En España, por ejemplo, se instaló a mediados del siglo XVIII gracias a la visión progresista de don Mariano Nipho y luego llegó a las colonias hispanoamericanas, más exactamente a México, el 12 de marzo de 1768, a través del *Diario Literario de México*; posteriormente, en 1772, fue publicado el intitulado como *Asuntos varios sobre ciencia y artes*, y en 1787 circuló el periódico *Observaciones sobre Física, Historia Natural, y Artes Útiles*, convertido un año después en la *Gaceta de literatura de México*. Todos fueron creados por don José Antonio de Alzate y Ramírez, un sacerdote de gran polimatía, pues era filósofo, teólogo, cartógrafo, geógrafo, historiador, naturalista, botánico y periodista. Unos años más tarde, la información de los sabios se leyó en Perú y al inicio del siglo XIX apareció en Argentina y Colombia. Es importante rescatar aquí el valor de dicho contenido, pues fue la raíz donde se originó el periodismo agropecuario; por ende, *Le Journal des Sçavants* permite entender el sentido de esa información y reflexionar y dimensionar sobre lo que ocurrió con ella en sus primeros años de historia en el país, ya que parecía inocua, pero no lo era, porque, en últimas, la ciencia terminó siendo la verdadera revolución.

El Virreinato de Nueva España, como entonces se llamaba a lo que hoy día es México, también fue pionero del periodismo en Hispanoamérica con la *Hoja de Méjico*, fundada en 1614. Sin embargo, y como ocurriría más adelante en algunas de las colonias españolas, las noticias que se publicaban allí no pasaban de ser simples registros de actividades comerciales y administrativas de sus gobiernos y gobernantes, puesto que los detalles cotidianos de la vida de la gente del común, es decir, indígenas y mestizos de los poblados y zonas rurales, así como la

impartición de la educación, permanecían, como era costumbre, en manos de los misioneros. Ellos, en sus recorridos por las tierras descubiertas, y mientras trataban de realizar su actividad evangelizadora, creaban sus propios textos a partir de crónicas en las que describían sus experiencias a través de una selva anclada en diversos pisos térmicos y en medio de unas comunidades de naturaleza exótica. Por eso, no resulta para nada extraño que la primera persona que se atrevió a publicar un periódico de sabios en las colonias españolas haya sido un sacerdote.

La información que publicaban los misioneros iba en formato de *Relaciones*. Las realizaron desde el momento en que inició la conquista y uno de los mejores ejemplos es *La Historia Moral y Natural de las Indias*, escrita en 1589 por el padre José de Acosta como regalo de entretenimiento para la infanta doña Isabella Clara Eugenia de Austria. En ese texto, el sacerdote hace un extenso registro de la geografía, flora y fauna de las colonias españolas en América y presenta una semblanza de los grupos indígenas descubiertos así como la relación que ellos mantenían con los europeos. El padre José de Acosta también habló de la existencia en América de metales y alimentos desconocidos en el viejo continente y que en su concepto podrían fortalecer el comercio y la economía española, tal como lo hizo al describir su fascinación con el maíz:

Nace en cañas, y cada una lleva una, o dos mazorcas, donde está pegado el grano: y coger granos tienen muchos, y en alguna contamos setecientos granos. Siémbrale a mano, y no esparcido: quiere tierra caliente y húmeda. Dase en muchas partes de Indias con grande abundancia: coger trescientas hanegas de una sembradura, no es cosa muy rara. Hay diferencia en el Maíz como también en los trigos: uno es grueso, y sustancioso: otro chico, y sequillo que llaman Moroche: las hojas del maíz y la caña verde es escogida comida para cabalgaduras, y aun seca también sirve como de paja. El mismo grano es de más sustento para los caballos y mulas, que la cebada, y así es ordinario en aquellas partes teniendo aviso de dar de beber a las bestias, primero que coman el maíz, porque bebiendo sobre él se chinchán, y les da torzón, como también lo hace el trigo. El pan de los indios es el Maíz: comenlo comúnmente cosido así en grano y caliente, que ellos llaman mote: como comen los chinas y los japonés el arroz también cosido con su agua caliente. Algunas veces lo comen tostado: hay maíz redondo y grueso, como lo de los Lucanas, que lo comen Españoles por golosina tostado, y tiene mejor sabor que garbanzos tostados. Otro modo de comerle más regalado es moliendo el maíz, y haciendo de su harina masa, y de ella unas tortillas,

que se ponen al fuego, y así calientes se ponen a la mesa, y se comen: en algunas partes las llaman Arepas (1998, pp. 236 - 237).

Aquí se nota nuevamente la presencia de la Iglesia como albacea de la información del agro y, muy seguramente, este tipo de contenido fue útil no sólo como antecedente de una experiencia científica sino también como inspiración, con un mejor propósito, para aquellos que mucho tiempo después creyeron en la importancia del periódico de sabios. Y es que los religiosos jugaron un papel preponderante en América para asegurar el poder político y económico de la monarquía, pues con su labor en las zonas rurales también contribuyeron a formar personas dentro de una doctrina de obediencia, que era lo que necesitaba la corona española; así lo reconoció alguna vez el rey Carlos I: “En tiempos de paz, el púlpito gobierna más a la gente que la espada” (Citado en Burke, 2002, p. 41). De esta manera, los virreyes aseguraban control social y, al mismo tiempo, obtenían mano de obra dispuesta y manipulable, especialmente en tiempos cuando los esclavos resultaban caros e insuficientes para cumplir las metas planteadas en explotación minera.

Sin embargo, esta situación terminó siendo funesta para el agro, ya que la ambición que sustentaba la extracción de metales propició el descuido de la producción de alimentos. Además, el mal uso de las tierras terminó por agotar su capacidad productiva, causada, muchas veces, por la escasa información sobre el tema y por el reto que ofrecía la geografía americana. Paradójicamente, el descubrimiento y registro de las novedades agropecuarias, sumadas al conocimiento de aquellas que fueron traídas desde Europa, no se usó para promover el crecimiento rural y, por lo tanto, el sector presentó un nulo desarrollo desde el inicio de la colonia, tendencia que se mantuvo a través del tiempo y cuyas consecuencias todavía se perciben en muchas zonas del país.

La problemática que presentaba el agro hispano en el continente americano no era nueva; ya venía enfermo desde España. Esto ocurrió porque aquella sociedad desarrolló una dependencia de lo servil en la que se acostumbraron a tener siempre alguien que hiciera los oficios por ellos; verbigracia, destinaban al “judío, en las labores bancarias, financieras y comerciales, y el moro, en las labores agrícolas y artesanales” (Jaramillo citado en Tirado, p. 22, 1985). Por ende, y a pesar de que estas dos culturas eran consideradas inferiores política, cultural y religiosamente,

las necesitaban, pues los españoles de raza no eran suficientes para desarrollar muchas de estas labores.

Empero, el rey Fernando II de Aragón y su esposa la reina Isabel de Castilla decidieron sacarlos de sus reinos; a los judíos los expulsaron poco antes del descubrimiento de América, el 10 de agosto de 1492, hecho que se realizó a través del *Edicto de Granada*, también conocido como *Decreto de Alhambra*, firmado el 31 de marzo de ese mismo año y redactado por el famoso y vitando inquisidor fray Tomás de Torquemada. De acuerdo con el documento, se invitaba a los judíos a convertirse al cristianismo so pena de ser expulsados por la fuerza y perder todas sus posesiones o terminar juzgados por la inquisición, que era lo mismo que asegurar una condena a muerte.

Un año antes, los reyes católicos habían recuperado el Reino de Granada, que estuvo durante 254 años en manos de los musulmanes con el nombre de Reino Nazarí de Granada. Tras la derrota, los musulmanes que se quedaron en España fueron presionados a convertirse a la religión católica en 1502, mediante la *Pragmática Conversión Forzosa* del 14 de febrero para evitarles el exilio; pero tres días después, con la *Pragmática* del 17 de febrero, se echó atrás la expulsión coercitiva y se mantuvo el bautizo obligatorio creando con ello a los primeros moriscos, quienes, sin embargo, se rebelaron contra el rey en 1568, en la llamada Revuelta de Alpujarras, provocando su expulsión definitiva varias décadas después. La orden fue dada por el rey Fernando III el 9 de abril de 1609.

Todo esto tuvo implicaciones a ambos lados del océano, ya que tras el descubrimiento del continente americano los europeos se encontraron con un medio geográfico agresivo que dificultaba la producción de alimentos, no sólo porque no hallaron los que acostumbraban a consumir sino por las dificultades que presentaba el transportar semillas desde España y su consecuente producción. Por tal motivo, decidieron aplicar la exitosa técnica que usaron en las islas Azores, Madeiras y Canarias, donde aprendieron a domeñar el cultivo de plantas africanas y asiáticas que no se cosechaban fácilmente en Europa, como el plátano, el arroz, el trigo, la cebada, la caña de azúcar, la lechuga, el ajo, la cebolla, la haba, el garbanzo y la lenteja, además de algunos frutales y plantas aromáticas (Lucerna, 2005d). Así lo hicieron también en la América española, y sumaron a ello la labor pecuaria con la cría de ovejas, reses, aves de corral, cabras, cerdos, caballos y asnos.

Todo lo que llegó en los barcos, incluyendo al grupo humano representado por los europeos, fue denominado como “biota mixta” (Crosby, citado en Lucerna, 2005d). “La biota es la suma de los organismos que habitan la tierra: microorganismos, plantas y animales vivos. La biosfera, que se extiende unos 8 kilómetros por encima de la superficie del planeta y unos 12 kilómetros por debajo, es el lugar donde reside la biota” (Margulis, 2003, p. 296); por ende, la biota comprende todo lo que hay sobre la faz de la tierra. Es claro que los españoles no trajeron el mundo en sus embarcaciones, sólo una pequeña parte de él; sin embargo, y de acuerdo con los registros de la época, “los peninsulares lograron llevar a América más de 300 especies vegetales en un puente marítimo sin precedentes en la Historia, iniciando el proceso de mundialización de la agricultura” (Wallerstein, citado en Lucerna, 2005). Y como este acontecimiento requería de una gran cantidad de trabajadores, cinco años después del descubrimiento hubo necesidad de trasladar al nuevo continente un contingente de hortelanos y labradores integrado por sesenta personas (Lucerna, 2005b). Con ese primer grupo se implantaron las primeras tecnologías de cultivo europeas en América, puestas en práctica a través de la nueva y recia casta de “esclavos” integrada por las comunidades indígenas del continente.

Esa situación ocasionó un conflicto para los conquistadores, ya que muy pronto se hizo sentir la queja de los residentes en España, quienes alegaban que poco a poco se estaban enviando hacia América a los únicos que sabían trabajar la tierra y, por ende, en la península se estaban quedando sin personas que trabajara sus campos, teniendo en cuenta que tampoco estaban los judíos para hacerlo; por este motivo, en 1523, la corona española limitó el número de agricultores en las colonias hasta reducirlo casi en su totalidad, quedando la producción en manos de sus vejados aprendices nativos. De esto se puede concluir que fueron los indígenas quienes se convirtieron en los verdaderos artífices del agro en América al mezclar sus técnicas ancestrales con lo aprendido en el corto tiempo junto a los expertos europeos; así, lograron no sólo la adaptación de las plantas foráneas sino la socialización de las propias, como el maíz, la papa, la yuca y el cacao, con lo cual se creó lo que se denominó como una “agricultura mestiza” (Lucerna, 2005). Obviamente, todo el manejo estuvo siempre bajo la supervisión de la Iglesia.

Infortunadamente, la introducción forzosa y el desconocimiento de las características así como el manejo inadecuado de cada una de las plantas traídas por los españoles generó un cambio medioambiental brusco que empezó con la destrucción del bosque nativo, el mal uso de los suelos y la rápida expansión de arvenses, también llamadas malas hierbas o maleza, que

llegaron con las semillas europeas; entre ellas, estaban: el diente de león, el llantén, el trébol, la hierba mora, la ortiga, los helechos y ciertas pasturas (Lucerna, 2005). La ausencia de información permitió que estas plantas hicieran su propio trabajo de colonización apoderándose rápidamente de grandes extensiones y, con ello, modificando de cierta manera los comportamientos del ecosistema nativo. Por fortuna, el rigor científico de la ilustración y la capacidad indígena para dialogar con la naturaleza terminaron por encontrarles algún valor productivo, a tal punto que muchas de ellas, con el paso de los años, se convirtieron en plantas de uso comercial, medicinal y alimenticio.

Todo esto sucedía sin mayor control, ya que para los españoles el agro no simbolizaba riqueza sino alimento. Lo resume una frase que escribió Cristóbal Colón en su diario de viaje como una premonición, cuando, supuestamente, desconocía el lugar al que había llegado: “Que el señor me dirija en su misericordia para que yo descubra oro” (Citado en Tirado, p. 13, 1985). Por eso, el verdadero tesoro, es decir, la tierra y sus frutos, fueron dejados en manos de una tradición nativa que tenía su propio protocolo y que, incluso, causaba sorpresa a los españoles, como el uso de la tacla, que era una especie de azadón, o las actividades de fertilización en las zonas de cultivo, realizadas con excremento humano, estiércol de aves o de animales como la llama, en el caso del Perú, y con cabezas de pescado en algunas tribus de las costas americanas (Lucerna, 2005c). Al final, parece que el aporte de los conquistadores al agro se limitó apenas a la observación con asombro de la forma cómo se realizaba el trabajo en el campo:

Es admiración ver que con tan flacos instrumentos (la tacla) hagan obra tan grande, y la hacen con grandísima facilidad, sin perder el compás del canto (con el que acompañan el trabajo). Las mujeres andan contrapuestas a los varones, para ayudar con las manos a levantar los céspedes y volver las raíces de las yerbas hacia arriba, para que se sequen y mueran, y haya menos que escardar. Ayudan también a cantar a sus maridos, particularmente con el retruécano haylly (De la Vega, citado en Lucerna, 2005c).

Esos procesos demuestran la forma como lo agropecuario fue determinando un modelo de cotidianidad rural a la que se fue sumando la cultura de las personas mestizas y que dio forma, con diferentes matices, a la idiosincrasia de los actuales poblados hispanoamericanos, lo cual ratifica la esencia y sentido original del agro como forjador de un acervo cultural que se abrió camino solo y que se hizo muy fuerte frente a la actitud pasiva y despectiva de la sociedad

española. Es una situación que no se puede perder de vista para poder entender el tipo de sociedad campesina que el periodismo agropecuario abordó tras su llegada al país.

En la Colombia colonial las cosas no eran muy diferentes del resto del continente. Inicialmente, el cultivo de alimentos se realizó en la costa Atlántica en terrenos que se denominaron plantaciones, muy cerca al puerto, con la idea, quizás, de sembrar para exportar algunos excedentes de producción. Sin embargo, la baja calidad de los suelos y el mal manejo de la siembra agotaron no sólo las posibilidades productivas sino también la mano de obra esclava indígena, que disminuyó drásticamente al pasar de 3 millones en 1550 a cerca de 600.000 personas un siglo después (Población y sociedad esclavista, 2010). Por esa razón, los terrenos costeros fueron destinados junto con las tierras en los llanos a la producción extensiva de la ganadería mediante el sistema de latifundio (Ardila y López, 1983, p. 4). Aquellas tierras fueron asignadas a un reducido grupo de españoles, quienes se convirtieron en los primeros grandes terratenientes del país.

Y cuando casi se habían menguado las comunidades indígenas en las zonas bajas, los ojos de la corona apuntaron hacia las zonas altas del centro, donde encontraron un tipo de indígena menos beligerante y acostumbrado por tradición a tributar, lo que resultaba muy adecuado para el estilo de esclavitud que requería el gobierno español. “Para ello fueron seleccionadas las mejores tierras, de climas benéficos (generalmente fríos), que tuvieran poblaciones indígenas sanas y relativamente avanzadas (con una organización jerárquica que contuviera el principio de obediencia) y además con tierras muy fértiles” (Ardila y López, 1983, p. 8). Sin embargo, ellos no eran suficientes para las labores productivas y, por eso, al comienzo del siglo XVI llegaron los primeros esclavos africanos, cuyo aporte fue sólo por algo más de un siglo, pues resultaban costosos para la corona y, por otro lado, se volvieron innecesarios para la producción minera, puesto que la explotación de oro en el país, que alguna vez llegó a sumar el cuarenta por ciento de la producción total en el mundo, comenzó una caída que tocó fondo hacia mediados del siglo XVII (Colombia Info, 2010b). El comercio de la población afro, junto a la extracción de metales, fue uno de los renglones comerciales más atractivos y rentables para los españoles, ya que de acuerdo con los registros históricos cerca del 47,9 por ciento de los barcos que salían de España hacia el nuevo mundo iban, exclusivamente, destinados al transporte y mercadeo de esclavos (Mellafe, citado en Tirado, 1985, p. 97). Por lo tanto, como el campo no era un negocio rentable, no se requería de ellos y, por ende, lo agropecuario continuó en manos de los pocos grupos

indígenas que sobrevivieron, quienes, además, se dedicaban a la servidumbre, continuando así la rancia costumbre española de tener bajo su dominio a personas que hicieran las cosas por ellos (Tirado, p. 25, 1985). A esto hay que agregar que los aborígenes perdieron toda propiedad sobre sus tierras en beneficio exclusivo de los colonos y, para colmo de males, tuvieron que trabajarlas para ellos.

Los terrenos se dividían en caballerías y cada una de ellas estaba conformada por cinco peonías que abarcaban un total de “cinco fanegadas de labor para pan de trigo o cebada; cincuenta para maíz; diez hierbas de tierra para huertas, cuarenta para plantas de otros árboles de secadal; tierra de pastos para cincuenta puercas de vientre, cien vacas, veinte yeguas, quinientas ovejas y cien cabras” (Tirado, p. 71, 1985). Además, en la *Recopilación de Leyes de Indias*, según la ley 11 de 1537, el rey ordenaba que aquellos que recibían tierras debían “a los tres meses tomar posesión de ellas, plantarlas de sauces y árboles de modo que pueda aprovecharse la leña, bajo pena de perder dichas tierras para darlas a otros moradores” (Tirado, p. 70, 1985). Así, el gobierno español buscaba aumentar y asegurar sus ingresos tributarios a partir de la tenencia de la tierra y, por ende, recabar más riqueza para la corona. Queda claro, entonces, que administrativamente el agro era visto apenas como una excusa para cobrar un impuesto.

Alrededor de 1630 surgió en el país el sistema productivo de economía campesina, desarrollado por colonos españoles, criollos y mestizos, todos de clase media con vocación agrícola, muchos de los cuales habían llegado con la segunda inmigración de agricultores europeos (Lucerna, 2005b). Ellos tenían conocimientos del trabajo en el campo más no el poder económico de los terratenientes para poder acceder a las mejores tierras; por este motivo, se agruparon en algunas zonas de lo que hoy es Antioquia y la región santandereana, ocupando terrenos que eran despreciados por la corona debido a su difícil topografía. De ahí que el trabajo haya recaído sobre las mismas familias, “generando los comienzos de una agricultura de medianos propietarios” (Ardila y López, 1983, p. 3). Este modelo socioeconómico sobrevivió y legó a la Colombia del presente no sólo una rica tradición cultural sino sus conocimientos sobre la producción del agro, además de las muchas de poblaciones que se originaron a partir de esos pequeños asentamientos familiares.

Así, mientras más crecía y se extendía la población, había también más necesidad de tierras y, por ende, aumentaba el descontento. Tirado Mejía afirma que “por el dominio de la tierra se han presentado y presentarán los más graves conflictos sociales en América. Nuestra historia ha

estado enmarcada en el cuadro de desposesión territorial de las masas en beneficio de unos pocos” (1985, p. 68). Ese fenómeno de desplazamiento empezó durante el reinado de Felipe II, entre 1556 y 1598, cuando el gobierno español inició una práctica que quizás dio origen a ese malestar social que fue acumulando rencores contra la corona, puesto que algunos aristócratas españoles solían pagar a la monarquía para que ésta legalizara títulos sobre la posesión de franjas de tierra que pertenecían a colonos americanos o les usurpaban los terrenos de la misma manera abusiva que lo hacían con los nativos, ya que “mientras los indígenas tenían que salir del resguardo para trabajar con el objeto de adquirir dinero para pagar los tributos, muchos colonos blancos invadían sus tierras” para luego reclamar derechos sobre ellas (Tirado, 1985, p. 76). Otras veces, simplemente remataban terrenos baldíos o realengos mediante el sistema de “vela y pregón”, que consistía en buscar el mejor postor para un lote mientras duraba encendida una vela (Ots Capdequí citado en Tirado, 1985, p. 74). En todo caso, la tierra productiva siempre quedaba en manos de unos cuantos terratenientes quienes, en su mayoría, poco se preocupaban por darle uso, pues sólo buscaban valorizarla o darla en alquiler (Tirado, 1985, p. 74). Ese poder que se ejercía sobre el paisaje rural arrojaba a todas luces un desinterés por el agro que, al abordar la historia del periodismo agropecuario, obliga a pensar en el motivo por el cual se llevó a cabo su publicación en el país. Allí había algo que resultaba poco congruente.

Entre el grupo de terratenientes que sí sacó provecho del campo estaban los jesuitas. La Compañía de Jesús fue creada en 1540 para algo más que atender, como decían ellos, “a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gratia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos” (Loyola, 2013, p. 3). Ese ideal tan espiritual luce un poco gazmoño frente a las cifras que ubicaban a los jesuitas como la institución que mayor riqueza acumuló durante la colonia en América; según los registros, antes de su expulsión en 1767, eran poseedores de ciento tres predios y trece colegios (Pérez citado en Tirado, 1985, p. 84). A esto hay que agregar que eran dueños de entre el 3 y el 5 por ciento de los esclavos del país, que equivalían a cerca de 3.500 indígenas, y, además, manejaban en todo el virreinato ciento setenta *misiones-haciendas* de su propiedad, cuya producción tenía como fin el pan coger, la yuca, la caña de azúcar y, principalmente, la ganadería; eran tierras avaluadas en conjunto en cerca de 3,5 millones de pesos en plata de la época, que era una cifra bastante grande teniendo en cuenta que durante la colonia los más ricos alcanzaban fortunas alrededor de los doscientos cincuenta mil pesos (Colmenares, 1984). Esto

demuestra claramente que al cambiar el agro por las vetas de oro, el gobierno español, infortunadamente, estuvo buscando por años en la mina equivocada.

Las *misiones-haciendas* les permitieron a los jesuitas obtener entre 1740 y 1749 “la concesión del abasto de carne para la capital del Nuevo Reino de Granada. De cada una de la haciendas partían sacas de reses destinadas a satisfacer las necesidades de las carnicerías públicas capitalinas” (Salcedo, 2000, p. 106). Las más productivas estaban en los llanos orientales de Colombia: Tocaría, Cravo, Apiay y Caribare; esta última, asentada en lo que hoy son los departamentos del Casanare y Arauca, era la más importante y tenía la considerable extensión de 447.700 hectáreas (Rueda citado en González, 2004, p. 115). En el inventario de 1767 Caribare poseía 57 esclavos, 16.606 reses, 1.384 équidos, 20 mulas, 1 burro y 7 muleros, amén de los cultivos de caña y plátano (González, 2004, p.118). Los jesuitas sabían muy bien lo que tenían que hacer y, por eso, su trabajo resalta una de las mayores características de la congregación que es la bondad del sistema de complejos agroindustriales, los cuales se anticiparon al modelo capitalista por los excelentes resultados del esquema empresarial que desarrollaron y en el que la base productiva era la mano de obra de los indígenas, a quienes protegían sin destruir sus estructuras sociales a cambio de evangelización y trabajo voluntario:

Esta producción, combinada con la del trapiche y otros cultivos de subsistencia, le permitían desembolsos bajos en la compra de raciones para sus esclavos. Como este era el costo principal de la producción, todo el sistema parece haber sido proyectado para obtener el máximo de ingresos en metálico con el mínimo de desembolsos. Su ventaja residía en la posibilidad de atesoramiento y de poseer liquidez en medio de una economía en la que las especies metálicas se destinaban casi todas al pago de las mercancías que se importaban desde Europa. Este mecanismo de atesoramiento permitía a su vez a la Compañía acrecentar sus medios de producción, tierras, esclavos y herramientas (Colmenares, 1984).

Las comunidades indígenas eran iniciadas por los sacerdotes en la labor agropecuaria con base en la teoría agronómica europea; la mayoría pertenecían a la misión, pero también había indígenas externos con quienes se “establecían compromisos laborales anuales, bajo el sistema de concierto que regularmente se hacían de julio a agosto y con una remuneración que osciló entre los 12 y 20 pesos, incluyendo la comida” (Salcedo, 2000, p. 103). El resultado del trabajo de estas personas estaba destinado al sostenimiento de la congregación, pero, también, al

incremento día por día de sus riquezas, construidas a partir de un par de dogmas: por un lado estaba el *Campo de Dios*, a través del cual la producción comunitaria se obtenía con herramientas comunitarias y se destinaba para la Iglesia; por otra parte, se desarrollaba el dogma del *Campo del hombre*, en el que se dividía la tierra en pequeñas parcelas para trabajo individual, cuya producción era para el sustento del indígena y se negociaba mediante trueque con los mismos jesuitas a cambio de elementos de poco valor (Tirado, p.81, 1985). Obviamente, en esta relación los grandes beneficiados eran los jesuitas, hecho que los llevó a ser los mayores tenedores de tierras, sin olvidar que gran parte del desarrollo formativo, técnico y comercial del sector agropecuario también permanecía bajo su control. Igual ocurría con otras áreas, como la producción editorial, ya que fueron ellos los que trajeron en 1737 la primera imprenta y, por ende, de su máquina salieron los primeros libros del país: la *Novena del Corazón de Jesús* y el *Septenario al Corazón Doloroso de María Santísima*, obra realizada por el impresor catalán H. Francisco de la Peña (Pacheco, 2013, p. 6). Todo esto confirma que la comunidad jesuita tenía el interés de mantener a través de todas sus actividades el exitoso monopolio comercial que habían forjado durante muchos años y que estaba casi al mismo nivel de su misión evangelizadora.

El acaparamiento de tierras así como el de la fuerza de trabajo indígena y la defensa de sus resguardos les generó a los jesuitas cierto conflicto con pequeños y medianos terratenientes, quienes se quejaban de la escasa mano de obra que les dejaban los religiosos y, por lo tanto, acusaban el declive de sus cultivos. En España tampoco eran muy queridos, pues allá creían que el jesuitismo estaba buscando prosélitos para su causa política y económica con el fin de azuzarlos contra el gobierno del rey Carlos III, situación que obligó al monarca a tomar la decisión de extrañarlos de todos los territorios de la corona española; esto se hizo mediante la *Pragmática Sanción*, documento que fue publicado en la Villa de Madrid el 2 de abril de 1767. Ese día, con trompetas y timbales, un pregonero leyó un documento firmado por YO EL REY en el que se ordenaba la expulsión de los jesuitas sin dar mayores explicaciones; no obstante, en él había algunas pistas que permitían interpretar el motivo por el cual se llevó a cabo, pues decía:

Que el Consejo haga notoria en todos estos Reynos la citada mi real determinacion; manifestando á las demás Ordenes Religiosas la confianza, satisfaccion y aprecio que merecen por su fidelidad y doctrina, observancia de vida monástica, exemplar servicio de la iglesia, acreditada instruccion de sus estudios, y suficiente número de Individuos, para ayudar á los Obispos, y Párrocos en el

pasto espiritual de las Almas, y por su abstracción de negocios de gobierno, como agenos, y distantes de la vida ascética, y monacal (Carlos III, 1767, p. 6).

De acuerdo con el texto, la injerencia en asuntos políticos y la forma castrense en que organizaban su estructura operativa, como si fueran un ejército, llevó a cerca de cinco mil jesuitas a un agrio exilio, que por estrategia ocurrió en los tres días anteriores a la publicación del bando oficial, entre el 31 de marzo y el 1° de abril de aquel año.

Las políticas que Carlos III ordenó para desterrar a los jesuitas también fueron útiles para impulsar el fin de fenómenos como el mayorazgo, pues en esa época los grandes terratenientes acostumbraban a dejar como único heredero al hijo mayor para evitar fraccionar sus propiedades (Ardila y López, 1983, p. 11). Todo esto permitió la liberación de muchos terrenos en el país que se sumaron a los obtenidos con la disminución de los resguardos que estaban a cargo de las comunidades religiosas, quedando sólo unos pocos que fueron a parar a tierras lejanas e improductivas. De esta manera, la venta de la superficie rural trajo consigo tanto la disminución del poder clerical como la proletarización del indígena, “dando comienzo a la existencia del peón asalariado y al arrendatario o terrasquero de nuestros días” (Ardila y López, 1983, p. 9). Era una nueva forma de esclavitud, pues la libertad también es una cárcel donde el cuerpo somete al ser que lo posee obligándolo a responder por su existencia. Entonces, con el aumento de las zonas productivas por la atomización de la tierra, creció también el número de trabajadores y, por ende, el de consumidores; lo cual fue dando vida a más poblados y, con ello, a la necesidad de más alimento, nuevas necesidades por satisfacer, mayor tributación y un aumento ponderado del descontento hacia lo político, que simbolizaba poder y opresión.

Esta situación de sentimientos caldeados se manifestó en 1781, durante el gobierno del virrey Manuel Antonio Flórez. Quizás, fue el trasfondo para la revolución de los comuneros, acaecida a partir de un tema tan sensible para la población como era el de los impuestos, ya que a los españoles se les ocurrió renovar el tributo de la Armada de Barlovento y aumentar el del tabaco, planta que junto al cacao era la de mayor cultivo y, por lo tanto, fuente de explotación laboral y de aprovechamiento económico y tributario por parte de la corona española. Esto ocasionó una ola de indignación y rechazo que se trasladó a otras regiones productoras, como la zona antioqueña y el sur del país, hallando, además, un eco importante en las húmedas y frías calles de Santafé de Bogotá, gracias al ímpetu soterrado de una parte de la aristocracia criolla que decidió

luchar de forma intelectual “por medio de pasquines que amanecían fijados en las esquinas de parajes concurridos” y que les permitían aprovechar la revuelta social para sacar sus propios beneficios (Gutiérrez citado en “La revolución de los comuneros”, 2010). Por lo tanto, se puede afirmar que aquel uso de la información fue la entrada del periodismo al país y el primer paso para consolidar la estrecha unión entre este y la sociedad, hecho que se formalizó durante el siglo XIX con las argollas del poder político y económico, algunas de las cuales a veces terminaban convertidas en lastres de pesados eslabones; no obstante, la aparición de los pasquines fue como un amor a primera vista que le dio al periodismo colombiano un rostro contestatario con un cariz revolucionario. Este es un detalle importante a la hora de evaluar el papel del periodismo agropecuario en la historia del país, ya que a partir de esa época el aprovechamiento de los periódicos se volvió un asunto de cultura política.

Al descontento social se sumaban otros detalles, como el manejo de la economía. Un factor clave, acaecido por la guerra entre Francia y España, y por el robo pirático en el mar Atlántico, es la decadencia del libre mercado entre los puertos de América y España, con el cual se había logrado un aumento en el comercio en un 700 por ciento entre 1778 y 1788 (Ots Capdequí citado en Tirado, 1985, p. 96). Este hecho fracturó la economía neogranadina y creó la necesidad de hallar nuevos destinos para el comercio; empero, España constreñía todo intento por mejorar. Por ejemplo, la materia prima nacional, que correspondía apenas al 15 por ciento del total exportado, ya que lo restante correspondía a la producción aurífera, se vendía barata y regresaba de España convertida en manufactura costosa para la clase adinerada; ese era el caso de la fibra del algodón y el lino que se utilizaban en la manufactura de los textiles. Incluso, un subproducto como la harina de trigo tenía que ser importada, ya que salía más barata traerla de Europa que llevarla de Bogotá hacia las zonas costeras del país (Tirado, 1985, p. 100). Esto era resultado del pobre desarrollo del agro colonial, sin recursos técnicos en cultivo ni vías de comunicación para el transporte de los productos y, para colmo de males, sin la fuerza suficiente para superar la adversidad política y económica, pues los criollos que se atrevían a ser agricultores tenían que enfrentarse al monopolio español, tal como lo denunciaron don Camilo Torres y don Joaquín Frutos Gutiérrez en 1810: “El señor Lazo plantó el Lino en Bogotá, el gobierno reprobó aquel plantío, el señor Neira puso algunas cepas en Sutatenza, el gobierno las arrancó; Girón costeó la fábrica de paños en Quito, el gobierno dio en tierra con la fábrica y con Girón” (Citado, en Tirado, 1985, p. 95). Esta situación aumentó la inconformidad y halló consonancia en el

idealismo construido a partir de la aparición de los ilustrados, en su mayoría juristas con asiento en la clase alta criolla, quienes también eran terratenientes y querían defender lo suyo. Ellos aprendieron que el manejo del sector agropecuario junto al control político eran las dos piezas que aseguraban poder; por ende, es comprensible que leer y escribir sobre los dos temas hubiera terminado por darle al periodismo un protagonismo único en su historia y, ante todo, un marco importante al desarrollo de la agroinformación.

Aquella época preindependentista fue testigo de un momento crucial en el país, pues el hábito del grito francés, ungido por el conjuro de la ilustración, se había esparcido como una epidemia por las calles del continente americano, donde el periodismo jugó un papel valioso para formar el músculo poderoso que intentó esculpir el nuevo rostro de la sociedad democrática, partiendo de la idea de que el trabajo de los enciclopedistas franceses era un modelo a replicar, pues eran vistos como “verdaderos periodistas” (Giovannini, 1987, p. 117). Y es que el eje de la ilustración, al igual que el del periodismo, era comunicar el conocimiento como soporte de la autonomía del ser humano; este ideal reflujo en una nueva corriente de pensamiento llamada *deísmo*, que era la doctrina base de la ilustración y que reconoce a Dios como creador, pero no exige culto ni algún otro tipo de relación con él. En el deísmo la humanidad es totalmente autónoma frente a la divinidad, ya que no la puede explicar con la razón, tal como lo afirma el filósofo y teólogo español Rafael Corazón González: “Puesto que nos ha dado la inteligencia y una voluntad libre, nos bastamos para conocer lo necesario para vivir y para ser felices. Naturalmente, el conocimiento es el que nos proporcionan las ciencias experimentales, la ciencia nueva, dirigido a dominar la naturaleza; y la felicidad que se desea no es la eterna sino la terrenal. El deísmo es la religión que renuncia a la trascendencia, una religión para pasar esta vida sin preocupaciones acerca del más allá” (p. 130). De ahí que Immanuel Kant haya definido la ilustración como el uso de la razón “emancipada de cualquier tutela y basada en la libre expresión pública. A partir de aquí se ordenan los temas de la libertad, de la tolerancia religiosa, de la búsqueda de la felicidad, del ejercicio de la virtud como medio moral para conseguirla sin referencias a lo sobrenatural, así como los temas científicos, sobre todo de las ciencias biológicas, en relación a una armonía de la naturaleza, tal como se concibe en esta época” (Dino, 2010, p. 14). Por fortuna, esa nueva visión del mundo comenzó a devorar una realidad que poco antes lucía intocable e inasible, y en la que todo aparecía como un secreto por descubrir.

Entonces, por la gracia de Dios, la ilustración fue el octavo día, cuando el hombre y la mujer empezaron a escudriñar el paraíso que les había sido dado.

Esa vocación racional e intelectual del ser humano, que es una clara invitación a conocer su espacio de vida y aprender de él, es inmanente a su esencia; por lo tanto, la ilustración fue un llamado al viejo *homo sapiens* para que volviera a recorrer los vericuetos del mundo y, al redescubrirse, necesariamente empezara por apropiarse del mundo natural al igual que lo había hecho en el pasado, pero con la diferencia de que en el siglo XVIII, gracias a la capacidad multiplicadora de la tinta y el papel, y a ese amor apasionado entre la imprenta y la ilustración, podía comunicar de mejor manera para su presente y el futuro, para su círculo más cercano así como para la persona más lejana en el espacio y el tiempo, todo lo que veía, sentía y pensaba.

El movimiento ilustrado pronto llegó a España, donde logró posicionarse gracias al rey Carlos III, quien promovió cambios livianos de efecto cometa, pues el gobierno daba libertad para que las ilusiones se elevaran lo necesario, pero sin dejar que la sociedad se le fuera de las manos y evitar así movimientos revolucionarios como el que ocurrió en Francia. A esto se lo llamó despotismo ilustrado. Un factor importante para posibilitar dichas mejoras en el pueblo español europeo e hispanoamericano fue el extrañamiento de los Jesuitas, lo que permitió forjar un sistema de educación que fomentaba el acceso a un conocimiento más universal e ideológicamente menos conservador.

En el caso del Nuevo Reino de Granada el detonante del principio ilustrado fue el fortalecimiento la educación básica y superior con base en el plan de estudios del 22 de septiembre de 1774 elaborado por el fiscal Francisco Antonio Moreno, que tenía como objetivo crear una universidad pública e introducir al currículo académico la formación en ciencias básicas, vistas no sólo como novedad sino como áreas claves para el desarrollo del conocimiento. En esto tuvo mucho que ver la participación del médico, botánico y sacerdote de origen gaditano, don José Celestino Bruno Mutis y Bosio, mediante el discurso que pronunció el 13 de marzo de 1762 en la capilla de la Bordadita, que era su salón de clases, durante la apertura del curso de matemáticas en el Colegio Mayor del Rosario; ese día, en alusión a la importancia de aquella materia, Mutis dijo que los “rústicos, ciudadanos, plebeyos, cortesanos, militares, artífices, sabios, seculares, eclesiásticos, todos, en una palabra, de cualquier condición y estado deberían aplicarse a un estudio tan útil. [...] No en vano decía un sabio, que el mundo era un gran libro y aunque abierto para todos, muy pocos sabrán leerlo, por estar escrito con cifras y caracteres

matemáticos” (2010, p. 65). En otras palabras, Mutis, como un gran profeta, creía que la ciencia era el lenguaje y el motor del mundo.

El antropólogo e historiador Jorge Eduardo Rueda Enciso enmarca este momento como “el inicio de la revolución científica e ideológica del Virreinato del Nuevo Reino de Granada” (2010, p. 11), pues fue desde esa época cuando Mutis comenzó a expresar abiertamente su posición a favor de la ciencia y la razón como centro del universo, promoviendo el eclecticismo, las teorías de Newton y Copérnico, así como el conocimiento de la naturaleza, y la práctica de método experimental. De ahí que Rueda Enciso afirme: “Si todos los sabios se hubiesen destinado a no fingir, sino a buscar los movimientos de la naturaleza por la observación hubiera sido más corto el camino para hallar la verdad” (2010, p. 67). Y no está equivocado. Muy pronto las acertadas palabras de Mutis dejaron disperso, como un perfume que se enreda en el recuerdo, un mensaje que sería importante para reconstruir el comercio y la economía del país a partir del entendimiento claro de la ciencia y la matemática, y, por ende, de todo lo que rodeaba a esa área, entre lo que se encontraba la producción agropecuaria y la artesanal. Mutis lo comprendía claramente cuando expresó que “la lógica es quien da estas reglas sin las cuales es mucha casualidad salir bien en todos los empleos, en todas las empresas, finalmente en todos los negocios de la vida”. Y agregaba: “Quien desea formar sólidamente su juicio debe ejercitarse en las demostraciones de las matemáticas” (2010, p. 66). Estas pautas fueron suficientes para que él se transformara desde ese momento, y quizás sin proponérselo, en gen y soplo místico para el nacimiento de una camada de libre pensadores que un par de décadas después cambiaron la historia del país usando, entre otras estrategias, al periodismo como su mejor aliado. ¿Y cómo se articularon los postulados científicos del sabio gaditano con la labor informativa de esos hombres? El presente trabajo plantea una hipótesis y una posible respuesta para ello.

La razón de la paternidad intelectual que supo elaborar Mutis entre los jóvenes, desde el seno del nuevo esquema educativo, tiene como fundamento el apoyo que hallaron en don José Manuel Ezpeleta, el virrey ilustrado, quien durante su gobierno, entre 1785 y 1799, fomentó las artes y el uso de la imprenta dando origen al *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* en 1791, aunque seis años atrás ya se había dado el primer paso para el inicio del periodismo de manera oficial mediante la publicación de *El Aviso del Terremoto* y *La Gazeta de Santafé de Bogotá*. El *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* fue dirigido por don Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria, un cubano que había llegado con el virrey proveniente de la ínsula, donde trabajaba

como bibliotecario, labor que también desarrolló en Santafé de Bogotá. Él fue el que introdujo el gusto por la información en el país y ayudó a formar a los primeros lectores de noticias, quienes, posteriormente, conformaron la primera generación de periodistas en Colombia.

Y aunque el nacimiento de los periódicos fue importante, hubo un par de hechos impulsados con el beneplácito del virrey Ezpeleta que resultaron fundamentales en el desarrollo de la gesta independentista y, por supuesto, en el protagonismo del naciente periodismo en el país, incluyendo el que atañe a la agroinformación. Se trata de las bibliotecas personales así como las tertulias literarias, de las cuales surgieron, entre otras, algunas reflexiones “enmarcadas dentro de la economía política; sobre la defensa de lo americano en contraposición a Jorge Luis Conde de Buffon y al abate Corneille de Pauw, lo que implicó que disertaran tanto sobre la Conquista y la Colonia española y sus efectos devastadores sobre las culturas existentes al llegar los españoles, y sobre la conveniencia del redescubrimiento científico y cultural del nuevo continente” (Rueda, 2010, p. 12). Entre las tertulias más destacadas estaban la *Eutropélica*, dirigida por don Manuel del Socorro Rodríguez, y la del círculo literario *El buen Gusto*, que se realizaba en casa de doña Manuela Santa María de Manrique, quien era literata y naturalista, y se decía que “tenía un valioso y curiosísimo gabinete de historia natural, formado y clasificado por ella misma. De noche se llenaba su salón con todos los literatos de Santafé, y pasaban la velada entretenidos en ejercicios literarios” (Vergara, 2010, p. 102). En estas reuniones participaron personas distinguidas de la sociedad capitalina como el sabio Mutis, don Camilo Torres, don Francisco José de Caldas, don Francisco Antonio Zea, don Joaquín Frutos Gutiérrez y don Antonio Nariño, quien luego orientó la *Tertulia del Casino* donde también eran asiduos visitantes los integrantes de la familia del marqués de San Jorge, entre quienes se destacaba uno de los hijos del marqués: don Jorge Tadeo Lozano. Todos ellos, en palabras de Rueda Enciso, fueron “los iniciadores de la reflexión antropológica del país” (2010, p. 12); por lo tanto, se puede afirmar que la ilustración forjó en aquellas personas una capacidad de asimilación de su entorno que les permitió hallar la forma para apropiarse de la realidad y ponerla bajo su control sin salirse de la línea.

En cuanto a las bibliotecas personales, el investigador colombiano Jesús Bohórquez destaca la biblioteca de la condesa viuda de Torre Velarde, la de don Camilo Torres, la de don Antonio Nariño, la del sueco D’elhuayar y, en especial, la de Mutis, considerada una de las mejor dotadas; así lo destacaba Alexander Von Humbolt el día que le escribió a su hermano Wilhelm: “Después de la de Banks, en Londres, nunca he visto una biblioteca botánica tan grande como la

de Mutis” (Silva, 2002, p. 245). Era de tal magnitud que una parte de ella está en la Biblioteca Nacional de Colombia y la conforman 4.789 volúmenes.

Cabe destacar que una buena parte de la biblioteca del sabio versaba sobre agro, industria y comercio, particularmente con “tratados que se ocupaban de la agricultura, las actividades ganaderas o manufactureras. Una de las preocupaciones constantes de estos textos era la de ‘informar’ y volver ‘creíble’ ciertas maneras de optimizar, de *volver eficaz la producción*” (Bohórquez, 2008, p. 8). Aquí vale la pena mencionar una expresión que fue fundamental en la historia del periodismo agropecuario en Colombia y que se empezó a usar en el país desde esa misma época: la *economía rústica* o *economía rural*, vista como un área cuyo conocimiento proveía “información sobre todas las actividades del campo como conjunto, es decir, intenta buscar sus relaciones. No se trata ya de hablar de la manera de cultivar tal planta sino de la instauración de una economía de tipo rural que pueda encadenar en una forma óptima los diferentes ciclos de vida de la vida en el campo” (Bohórquez, 2008, p. 8). Era el planteamiento de una nueva forma de ver el campo que anunciaba un cambio brutal en la cultura rural del país. Como este, muchos de los contenidos pertenecían a libros que provenían de naturalistas franceses, españoles y suecos, como el médico y botánico Carl Von Linneo, considerado el padre de la ecología y de la taxonomía moderna, y de quien Mutis era amigo y discípulo.

Linneo, de formación Luterana, y sin proponérselo, se anticipó a muchos de los procesos tecnológicos y científicos que hoy día impulsan el desarrollo de la agricultura moderna, principalmente en cuanto al mejoramiento genético. Lo hizo, por ejemplo, cuando habló de la posibilidad de obtener una planta original por hibridación o cruce de dos variedades diferentes (Piñero, 2004, p. 369). Mutis creía firmemente en su maestro y por eso, cuando los españoles le cerraron las puertas a sus doctrinas, decidió seguir en contacto con él, pues “sabía que Linneo era la vanguardia de las ciencias naturales del continente, y no estaba dispuesto a permitir que prejuicios pseudopatrióticos primaran sobre la necesidad de modernizar a España” (Ospina, 2010, junio). Además, había que leer y escuchar a Linneo, puesto que planteó ideas importantísimas como aquella en la que hablaba de la necesidad de obtener y comunicar información relativa a la producción en el campo. Él dijo: “Nuestro pobre conocimiento de la ciencia nos obliga a comprarle a extranjeros hierbas medicinales, té, quina, que anualmente nos cuesta una grandiosa cantidad de dinero... Sin ciencia nuestras sardinas serían pescadas por extranjeros, nuestras minas explotadas por extranjeros y nuestras bibliotecas invadidas por los

trabajos de extranjeros”. De esta manera, hacía un llamado a la apropiación del espacio nativo proponiendo un tipo de nacionalismo construido desde la ilustración a través del dominio de la geografía, el comercio y los negocios agroproductivos; por eso, creyendo vital la formación en esos temas, sentenció de forma punzante: “Un economista sin conocimiento de la naturaleza es como un físico que no sabe de matemáticas” (Nieto, 2008). Seguramente, a través de Mutis esos argumentos se instalaron en el pensamiento de los primeros criollos ilustrados y en parte pudieron impulsar la necesidad de socializar entre ellos información relativa a lo económico, científico y agropecuario, para lo cual fueron de gran utilidad tanto el embeleso de las tertulias como el pragmatismo de los periódicos.

Tras la muerte de Linneo, en 1778, Mutis inició una gran amistad con el botánico Hans Jacob Gahn, cónsul sueco en Cádiz, con quien mantuvo una extensa relación epistolar que desempeñó un “papel clave en la formación de la biblioteca de historia natural de Mutis” (Amaya, 1995, junio). Gahn no sólo se convirtió en el surtidor de sus libros sino también en su asesor y consejero en cuanto al discurrir de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada, dejando bastante ilustrado que la investigación y difusión en América estaban sustentadas sobre una sólida base científica. Por eso, y pese a que los asistentes a las tertulias eran en su mayoría juristas, filósofos y literatos, la existencia de la nueva literatura, tanto de botánica, agronomía como de economía, evidencia que en las reuniones, ya fuese en casa de Mutis o en la de otros prestantes santafereños, tenía gran interés el discutir sobre el agro, no sólo por las ideas de Linneo sino también por el aporte que recibían a luz de la ilustración, en especial de los teóricos fisiócratas, quienes “consideraban a la agricultura como la única actividad realmente productiva; en cambio la industria, el comercio, y los servicios eran considerados económicamente estériles, puesto que toda riqueza provenía de la tierra y de todas las demás ramas de la actividad sólo la agricultura producía más de lo que se necesitaba para mantener a los que se ocupan de ella” (Ávila, 2004, p. 75). A partir de este concepto la fisiocracia afirmaba que el agro era la base de la sociedad y hacía oposición a las corrientes de pensamiento de la segunda mitad del siglo XVIII en las que el mercado era el eje de la economía.

Mucho antes de llegar al país, el ideal de los fisiócratas ya se había paseado por las páginas de algunos periódicos españoles, los cuales, sin duda alguna, fueron nutricios de los que nacieron en Colombia. Allí se vivió una tardía pero rápida evolución del periodismo, pues de la *Gazeta*, que fue la primera, fundada en 1661 con carácter oficial y militar, se pasó a impresos de carácter

privado divididos, por un lado, en periódicos populares dedicados a informar sobre los astros, el horóscopo, calendarios e historias sensacionalistas; y, por el otro, en periódicos cultos que publicaban temas de política, literatura y economía (Bernabeu, 2002). En esta última categoría se destacaron, entre otros, la *Gazeta de Madrid* (1697); el *Diario de los literatos de España* (1737); el *Mercurio histórico y político* (1738); los *Discursos mercuriales: Memorias sobre la agricultura, marina, comercio, y artes liberales, y mecánicas* (1755); el *Diario Noticioso, curioso - erudito, comercial público, y económico* (1758); *El Pensador* (1762); el *Semanario Económico* (1765); el *Correo de los ciegos de Madrid* (1786), que un año después recibió el nombre de *Correo de Madrid*; y el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos* (1797). Entre estos nueve periódicos hay cinco que manejaron contenidos relacionados con el sector agropecuario y muy seguramente en algunos de ellos debió existir alguna influencia de la famosa *Agricultura General* de don Alonso de Herrera, libro de cabecera en el tema y precursor de la agronomía en España, publicado en 1563.

Para fundamento histórico y teórico de esta investigación hay que destacar uno de estos impresos, ya que tuvo gran relevancia en la formación del periodismo agropecuario: los *Discursos mercuriales: Memorias sobre la agricultura, marina, comercio, y artes liberales, y mecánicas*, periódico fundado en Madrid por don Juan Enrique De Graef, que circuló desde el miércoles 1º de octubre de 1755 y, quizás, fue el pionero en temas agropecuarios en España, tal como lo indica un aparte de su primer número:

Esperamos, y con razón, que los curiosos y apasionados al cultivo, en lugar de defestimar este trabajo sobre la Agricultura, verán con gusto examinarle con definterés, y cuidado: y que, reconociendo una congruente uniformidad entre los métodos, y experiencias nuevas que expondremos, y las leyes, y principios univerfales de la naturaleza, fin oponerse á fu regular, y acoftumbrado modo de obrar, procurarán con el tiempo facar de ellas los mas preciosos, y sobrefalientes beneficios (p. 57).

La información agropecuaria registrada por De Graef provenía de los adelantos desarrollados en Inglaterra, Irlanda, Francia, Alemania, Países Bajos e Italia. Las primeras notas fueron publicadas en la edición número 3, que circuló el 4 de noviembre de 1755, día en el que los españoles pudieron leer desde la página 26 un artículo sobre el método de siembra de una variedad de pino llamada pinavete, que era promovida gracias a su utilidad para el comercio y la

artesanía, y como alternativa para evitar la deforestación. A continuación, en la página 35, había un análisis de los costos para adelantar una buena producción pesquera al estilo francés; más adelante, en la hoja número 46, iba un texto que indicaba la forma en que se debía cultivar el lino y luego, en la 62, aparecía el siguiente título: “Multiplicación, y mejora del Trigo”. Así, por primera vez, la campaña era tenida en cuenta por la ilustración y lo hacía a través de un periódico quincenal que mezclaba el estilo de las *Relaciones* con el naciente interés por el periódico de sabios.

En ese primer contacto entre el periodismo y el agro, De Graef apeló al *discurso* de carácter expositivo, el cual “persigue la finalidad comunicativa de ofrecer informaciones culturales, técnicas o científicas al lector con el objeto de aumentar sus conocimientos, pero no explica por qué se produce ese fenómeno ni por qué ha de tener esos rasgos y no otros, es decir, no persigue una finalidad *demostrativa* porque no enfoca el tema tratado como una respuesta justificada a una cuestión problemática” (Herrero, 2006, p. 128); por ende, es apenas un texto divulgativo de carácter científico descriptivo, cuya función informativa está ligada a la labor pedagógica, pues, aunque el texto va dirigido a un público general, su principal lector es aquel que necesita o desea aprender sobre un determinado hecho o fenómeno. No obstante, “esta clase de texto no es científico, en el sentido de ciencia especializada; da cuenta de una parcela de conocimiento en un lenguaje accesible, a través de un circuito que puede pasar por varias manos. Es decir, hay todo un proceso de bajada desde la ciencia especializada hasta el texto divulgativo, pasando por enciclopedias, manuales, diarios, revistas y *cd-rom*” (Padilla, 2005, p. 116). Así, lo científico remite a un conocimiento práctico que es interactivo porque requiere de un receptor; es activo, ya que actúa en ese receptor; y es reactivo, pues busca impactar o generar cambios en el discurso del interlocutor. Para ello, se surte de una serie de procesos e involucra la transmisión del conocimiento a través de un contexto informativo que especifica el tema del que se habla; un contexto explicativo que se anticipa a resolver posibles dudas, motivos y mecanismos de acción; y un contexto narrativo, con frases cortas y concisas, que puede apelar a las anécdotas o relatos a modo de ejemplo, para acercar el público objetivo al tema tratado.

El estilo discursivo normalmente se presentaba mediante *memorias*, cuyos textos son muy afines a los temas de corte histórico y biográfico, pero también a los científicos; por eso, se definen como un “estudio, o disertación escrita, sobre alguna materia” (DRAE, 2013). Esto se hace dentro de un marco temporal y testimonial, por lo cual el contenido va muy ligado a su

autor; un ejemplo son las *Memorias instructivas, y curiosas sobre Agricultura, Comercio, Industria, Economía, Chymica, Botánica, Historia Natural, &c.*, escritas por don Miguel Gerónimo Suárez en 1778, quien dedica, por ejemplo, su memoria número 7 al cultivo del lino o la número 36 a enseñar, como reza su título, “Sobre el modo de criar los bueyes, y sacar de este ganado las ventajas posibles para la agricultura” (p. 143). Valga la oportunidad para decir que este impreso es uno de los pioneros en España en tratar el tema pecuario, pues también publicó información sobre la cría de cabras, ovejas y lo que el autor llama ganado de cerda. Tanto las *memorias* como el *discurso* hicieron parte del texto que dio vida al periodismo agropecuario colombiano y, por lo tanto, esas líneas son una invitación a descubrir cuál fue su aporte en la construcción del país.

También es importante mencionar el *Diario noticioso, curioso - erudito, y comercial público, y económico*. Es un periódico de sabios que nació el 1° de febrero de 1758 y fue el primero con circulación diaria en España, gracias al tesón de su fundador, don Francisco Sebastián Manuel Mariano Nipho y Cagigal, quien firmaba aquel impreso bajo el seudónimo de Manuel Ruiz de Uribe, uno de varios que manejó en una vida entregada a la información, por lo cual es considerado como el padre del periodismo español. Nipho introdujo algunas reformas para dar forma a un tipo de periódico que es la base de los impresos modernos, pues le dio un cuerpo integrado por cuatro páginas o medio pliego, una estructura con el texto a dos columnas y la información dividida en secciones: una para la opinión, otra para los contenidos noticiosos de carácter general y una tercera para la publicación de cartas de los lectores, lo cual implicaba posibilitar, por primera vez, la participación de la opinión pública; además, le dio cabida al concepto de periodismo como empresa con la publicación de avisos y suscripciones al medio. Así, “su esfuerzo por difundir los nuevos saberes de la minoría ilustrada, con su criterio a la vez tradicional y novedoso, mostró que había captado los problemas que impedían la recuperación del país. Su legado al periodismo español fue considerable” (Labrador y De Pablos, 1989, p. 36). Nipho fue importante, además, porque creyó en la necesidad de llevar al público temas eruditos y valiosos para el desarrollo económico y social como el agro.

Gracias a Nipho se volvió significativo exaltar el papel del periodismo como propiciador de las bases de un conocimiento especializado, tal como lo mencionaba don Santiago Thevin, quien fue su heredero en la dirección del *Diario noticioso, curioso - erudito, y comercial público, y económico* en 1786, año en que tomó el nombre de *Diario curioso, erudito, económico y*

*comercial*, y que desde 1788 pasó a llamarse simplemente *Diario de Madrid*. Lo prueba el hecho de que en todos ellos siempre hubo interés por comunicar información agropecuaria y lo ratifica Thevin en una de las páginas de su prospecto, con la bendición del real decreto del 19 de mayo de 1786: “Si estamos en la necesidad de instruirnos para saber, y los papeles periódicos arreglados con buen método y discernimiento sobre las materias que mas interesan, ofrecen el modo mas fácil y oportuno para la instrucción ¿quién negará que no podemos dilatar por mas tiempo el procurar á nuestra Nación este grande é inestimable beneficio?” (1786, pp. 2 - 3). En sólo tres palabras: fácil, oportuno y beneficio, Thevin manifiesta para dónde va este tipo de información y en quién se piensa al escribir, pues se puede interpretar que uno de sus objetivos era educar a la población y, ante todo, a la que tenía menos posibilidades de acceder a algún tipo de ilustración, como era el caso de las comunidades rurales y artesanas, quienes resultaban muy importantes para la economía del país.

Junto al informativo de Nipho y Thevin se destacó el *Semanario Económico*, el cual anunciaba que sus páginas contenían “noticias prácticas, curiosas y eruditas, de todas ciencias, artes y oficios, traducidas y extractadas de las memorias de las ciencias de París, de las de Trevoux, y de muchos otros libros de fama franceses, ingleses, italianos, alemanes, etc.” (1765, 11 de abril, p. 1); por supuesto, entre las artes que promovía estaba el desarrollo de la agricultura y el trabajo artesanal. Sin embargo, ni este ni ningún otro periódico del siglo XVIII pudo alcanzar una dimensión importante en la comunicación del agro, como lo hizo el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, periódico agropecuario de corte oficial que fue publicado desde el jueves 5 de enero de 1797, por orden del rey Carlos IV, para que los sacerdotes o “maestros de la moral”, como él los llamaba, se capacitaran y difundieran los conocimientos sobre el tema (1797, p. 4). Su Majestad estaba seguro que a través de los religiosos se podía mejorar la capacidad productiva del campo, tanto en la península como en las colonias, y creía, mediante “una observación tan justa como lastimosa”, que se habían invertido grandes sumas en colegios y universidades y que nunca hubo dinero ni interés por fundar escuelas para el “fomento de los labradores, artistas y gentes industriosas, que son los que proporcionan la abundancia, riqueza y comodidad de todos”; allí había un problema y por eso necesitaba a los curas; así se los mando a decir en una carta dirigida al prelado español, fechada el 28 de noviembre de 1796 y escrita por su ministro de Estado, conocido también como el Príncipe de la Paz: don Manuel Godoy y Álvarez de Faria (p. 5). Anexo a ese documento, Godoy

incluyó el prospecto del periódico y algunos detalles de la forma como debía operar el proceso divulgativo, esquema que dejó un antecedente que luego sería trascendental en el desarrollo de la historia del periodismo agropecuario en Colombia:

S. M. me manda dirigir á V. I. dicho prospecto para que lo comunique á los Párrocos de su Obispado, que por su importante ministerio merecen su predilección, á fin de que los que persuadidos de su utilidad quieran servirse del periódico, lo hagan voluntariamente, ó de su cuenta, ó de los caudales de las Iglesias, mediante su pequeño coste, y al beneficio que les resulta de los progresos de la agricultura: en cuyo caso cuidarán los visitadores de que permanezcan en ellas uno ó dos exemplares para que se les pueda consultar en qualquiera ocasión que se ofreciere. Por este medio, no solo se proporcionará el Párroco una ocupación agradable para sí, y utilísima para su pueblo, sino que hallará medios fáciles de mejorar la suerte de los aplicados, de emplear á los ociosos, y desterrar la mendiguez, que siempre está acompañada de los vicios: puntos esenciales á la prosperidad nacional, y en que tanto interesa la pureza de las costumbres (1796, pp. 6 - 7).

De acuerdo con el mencionado prospecto de Godoy, el pretendido modelo de propagación de la información agropecuaria imitaba lo que en el mismo sentido hacían los pastores protestantes en Inglaterra, Alemania, Dinamarca y Suecia. El semanario llegó al país en los primeros años del siglo XIX y la suscripción anual costaba doscientos veinte reales; su presencia corroboraba que las ideas se trasladaban de Europa a América y se plasmaban en la cotidianidad colonial a través de las tertulias, como si fuesen un tema de moda que había que vestir para estar a la altura. Igual ocurrió con muchos otros periódicos europeos. Cabe destacar la participación en este impreso, desde 1805, de don Francisco Antonio Zea, quien fue uno de los botánicos más cercanos a don José Celestino Mutis y, por ende, uno de los más connotados integrantes de la Real Expedición Botánica, además de ser uno de los próceres de la independencia, lo cual confirma que en las charlas de los ilustrados debió estar presente sobre la mesa el tema agropecuario.

A través de todos esos impresos se puede observar que la información utilizada en el viejo continente para sacar al agro de las sombras no sólo se vendía como fuente de riqueza y alimento sino como un servicio presto para el desarrollo y el bienestar social, político y económico, tal como lo describió con tanta ilusión don Santiago Thevin en el prospecto del *Diario curioso, erudito, económico y comercial*:

No de otra suerte el Artesano, oyendo en su mismo taller lo *que* avisan estos papeles, ahorrará ó facilitará la mano de obra, y hará mas favorables sus ganancias con beneficio de los compradores. Pero para qué nos cansamos, si hasta el Labrador, poco afecto á la lectura y estudio teórico, hallará aquí muchas veces el descanso de sus fatigas y sudores, aprendiendo al tiempo mismo que se entretiene cosas que le son de suma importancia para multiplicar ó mejorar sus cosechas. Así pues, de esta unión y enlace de beneficios particulares, resulta infaliblemente al Estado aquel general y común que forma la verdadera felicidad pública (1786, p. 2).

De esta manera, la sociedad del conocimiento halló una excusa más para afincar sus esperanzas en la búsqueda del hombre y la naturaleza que lo rodea, particularmente a través del agro y los procesos industriales que de él se derivan. Eso se dio gracias a la conjunción de un entorno incensado por los aires de la ilustración con el hechizo que reside en la “cualidad mágica” de las palabras y que rescata bellamente el periodismo para que todos se sirvan de ella (Burke, 1993, p. 43). Así, al desenmascarar la realidad florecieron voces de cambio y el periodismo pudo hacer comunión con la sociedad y convertirse en blasón de su libertad y bienestar. Incluso, según el sociólogo Jean Stoezel, pudo llegar a ser un principio catártico, pues considera que la información es también un modo de proyectar la ilusión de aquello que no se puede ser o tener y recrea el espacio para forjar las múltiples oportunidades donde es posible construir ese mundo que le hace falta a cada persona (Citado en Balle, 1991, p. 414). Por lo tanto, el periodismo se podría comprender desde allí como un componente social que complementa al individuo.

Quizás, esa necesidad de ser hizo que durante el siglo XIX muchos optaran por buscar las páginas de un periódico para liberar su voz; en ese entonces, y sin importar cuál fuera el motivo, escribir se volvió un asunto político. Y es en ese contexto donde nació el periodismo agropecuario en Colombia, a la sombra de una información idealista que buscaba movilizar a una sociedad mayormente campesina y con anhelos de progreso, pero con poca vocación para hacerlo, teniendo en cuenta, además, que durante la mayor parte del siglo XIX la tasa de analfabetismo se mantuvo muy alta. Por ejemplo, “en la época de los gobiernos liberales (de 1830 hasta 1865), un 40 por ciento de la población de Colombia no conocía la lengua nacional, (y) más de tres cuartos de esa población era analfabeta” (Gutiérrez, 2000). Por eso, es tan importante conocer qué era lo que se pretendía con la agroinformación, definirla y saber de

dónde dimanaba el recurso técnico que se publicaba, y hallar si los cimientos de la ilustración con los que nació este tipo de periodismo pervivieron durante su desarrollo en el primer decalustro del decimonónico.

El irlandés Edmund Burke fue quien dijo en 1787 que el periodismo es el cuarto poder. El catedrático e investigador español Norbert Bilbeny afirma que Burke lo hizo “para referirse a quienes tomaban nota de las sesiones del parlamento británico” y anota que ese día aquel hombre expresó: “La galería en la que están sentados los reporteros se convertirá en el cuarto poder”. Es una reflexión que le permite a Bilbeny decir que “la prensa incide en la sociedad de muchos modos. Puede darle libertad o manipularla, unirla o dividirla; estimular el progreso o la reacción; estar a favor de la identidad cultural o borrarla; ilustrar a la sociedad o embrutecerla” (2012, p. 19). Quizás, no haya necesidad de escoger uno u otro camino, tal vez son todos al mismo tiempo; lo único cierto es que la responsabilidad de aprovechar lo mejor que tiene el periodismo está en manos de quien escribe, pues este es el que hace valer el poder que se le confiere a la información a través de la palabra o, por el contrario, puede convertirlo en uno de esos cuatro poderes indecorosos que representó en 1926, y con bastante acierto, el pintor alemán George Grosz, maestro de la crítica social, en su obra *Los Pilares de la Sociedad*, donde, lamentablemente, el periodismo aparece representado con una bacinilla en la cabeza (Artehistoria, 2013); eso lo dice todo. Por eso, demostrar a través de esta investigación que Edmund Burke no estaba equivocado y que el periodismo agropecuario puede ser un ejemplo catalizador del poder que se le ha conferido, es una tarea que bien vale la pena realizar para que una información de semejante talante social e histórico nunca pase al olvido.

## **Capítulo primero**

### **DE LA RAÍZ AL CUERNO, UN UNIVERSO AGROPECUARIO**

Las labores campestres son la ocupación más noble y más digna de los hombres honrados. Ninguna tiene más provecho, ni ofrece más tranquilidad, ni encierra tanta poesía, si el cultivador aplica a ella, además de sus brazos, un corazón libre de bastardas ambiciones y una inteligencia verdaderamente ilustrada (Gutiérrez de Alba, 1878, p. 81).

#### ***1***

#### ***La fruta en el gusano: Presente y futuro del agro en una sociedad gris***

El trabajo agropecuario es el invento más importante, ambicioso e inagotable en la historia humana; es un hito en sí mismo. Por eso, según Jacobo Bronowski, la necesidad de controlar la naturaleza a través de la agricultura fue la que impulsó el desarrollo cognitivo de las personas obligándolas a crear elementos que fueran útiles para permitirles producir alimento (1979, p.77). Entonces, la inteligencia ilustrada a la que hace referencia Gutiérrez de Alba nació a partir de esa relación con el campo, que es el lugar común donde aun se construye el discurso continuo y objetivo que ha permitido enfrentar el reto de una humanidad en constante evolución y crecimiento. Así, en un mundo industrializado y sustentado en un voraz desarrollo tecnológico, como el actual, y cuando el total de la población rural ha disminuido considerablemente frente a la urbana, la actividad agropecuaria sigue siendo eje fundamental dentro del componente socioeconómico, sin llegar a perder el argumento que ha sido su soporte por más de doce mil años: La conjunción de las virtudes de la tierra con la fuerza de la mano del hombre y la mujer.

Durante todo ese tiempo el agro ha ido modelando no sólo el pensamiento sino también el estilo de vida del mundo. Y es un periodo que, incluso, se puede extender hasta mucho antes del inicio de la vocación agraria, quizás hasta el cenit de la época del cazador nómada, cuando la humanidad descubrió el valor del fuego y la importancia de la cocción de los alimentos, situación que fue determinante para su posterior vida sedentaria. Se puede afirmar que la domesticación del fuego por el *Homo Erectus* hace cerca de 790.000 años, de acuerdo con restos hallados recientemente por la Universidad Hebrea en Israel, marcó un punto de partida para la evolución de los seres humanos y la colonización del planeta, pues “una vez dominaron el fuego para

protegerse a sí mismos de los predadores y proporcionarse calor, tenían la suficiente seguridad para trasladarse y poblar un territorio desconocido” (Alperson-Alfil citada en *Reuters*, 2008, 26 de octubre). Por lo tanto, alrededor del fuego el ser humano se reinventó y, con ello, cambió su relación con la naturaleza, ya que al ejercer control sobre el fuego y los alimentos se posesionó del mundo, tal como lo afirmó el investigador español Faustino Cerdón Bonet al decir que “cocinar hizo al hombre” (Citado en Castillo, O. y González, E., 2007). Así, cuando las personas iniciaron su vida como trabajadores del campo ya tenían el dominio de una herramienta fundamental para asumir su nueva vida, puesto que con el fuego crearon la cerámica y transformaron “la comunicación, el almacenamiento, la cocción y la conservación de los alimentos” (Castillo, O. y González, E., 2007). Entonces, y parafraseando a Cerdón Bonet, se podría decir que la luz inventó al hombre.

A través de su labor, los primeros hombres y mujeres agropecuarios se convirtieron también en semilla de sociedad, pues al abandonar la vieja vocación recolectora y cazadora cada grupo tuvo que aprender a convivir con los demás para trabajar y defender las tierras de cultivo, así como sus productos, de la invasión de aquellos que tenían menos alimento disponible. Esto motivó la creación de las primeras murallas, los primeros centros de almacenamiento, los primeros poblados con una cultura agrícola ligada al rito político y religioso o viceversa, como es el caso de Göbekli Tepe o Monte Panzudo, al sudeste de Turquía sobre la frontera con Siria, que es la construcción más antigua hasta ahora conocida, datada en un tiempo cercano al año 11.600 a.C. Igual relación se ha evidenciado en el yacimiento sirio de Tell Qaramel, 25 kilómetros al norte de la ciudad de Aleppo, cuyo origen se dio entre el 11.000 y el 9.500 a.C., en el poblado israelí Uadi en Natuf del 10.800 al 8.300 a.C. y en Catalhöyük, en el 7.000 a.C., población turca con gran desarrollo que llegó a tener cerca de ocho mil habitantes. Estos asentamientos abonaron la necesidad del descubrimiento constante de una vida mutua en la que plantaron las primeras raíces de una sociedad donde aprendieron a desnudar la naturaleza para apropiarse de ella y, sin proponérselo, trazaron el destino agropecuario del mundo.

Mediante el aprendizaje de lo social y el entretrejimiento de las primeras relaciones de poder que se dieron al interior de cada una de las comunidades a través del agro, surgieron las primeras estructuras de idiosincrasia política y cultural que condujeron, con el transcurrir de los siglos, a la primeros ensayos de una división social entre seres humanos así como entre géneros, hecho en el que no todos ganaron, pues en la repartición de actividades se le asignó a las mujeres un rol que

se suponía importante, pero que terminó convertido en un horrible estigma, ya que desde esa época son ellas las que “ordeñan los animales, cocinan e hilan para remendar la ropa que usan” (Bronowski citado en Moreno, 1996). Infortunadamente, las habilidades femeninas frente a la fuerza bruta masculina que se necesitaba para algunas tareas, como la cacería, terminó por relegarlas a un papel complementario, liviano y servil, pese a ser vistas y representadas desde la era paleolítica casi como seres supremos debido a su capacidad de dar vida a través de la vagina y producir alimento con sus senos; por esta razón, en el arte prehistórico su “sexo, pecho y nalgas son magnificados de forma expresionista con el fin de presentarlas como Madres de la fecundidad que además deben desempeñar un papel más complejo como señoras de los animales, de la caza, de la luna, de los antepasados” (Lévêque, 1991, p. 8). Esto explica el motivo por el cual en el periodo de transición entre el humano recolector y el agropecuario fue la mano de la mujer la que veló por los primeros cultivos y la cría de animales. En ese entonces, aun eran como deidades encarnadas; sin embargo, al ser vistas en el papel de administradoras del hogar y de las labores productivas menores y domésticas, la humanidad permitió el inicuo encarcelamiento de la cualidad y la virtud femenina en desmedro de su capacidad para dominar el mundo a la par del hombre. Por suerte, actividades como el periodismo han ido saldando de cierta manera esa deuda milenaria, pues a través de él las ideas se mueven como sables que resplandecen al choque sin importar la mano que los impulsa. La historia reciente ha demostrado que el periodismo ha capitulado ante la capacidad del pensamiento femenino, ya que es un arte de seres humanos y no un oficio de géneros.

De una forma u otra, la sociedad permitió que la producción agropecuaria se transformara en determinante de poder, en un símbolo de riqueza y, sobre todo, de civilización. Así ocurrió, por ejemplo, el día que “las especias (clavo de olor, pimienta, azafrán, etc.) lo mismo que el aroma y el azúcar llegaron a ser de consumo general entre los europeos” (Tirado, 1985, p. 13). Ese simple detalle llevó a que el comercio de los productos del agro socializara los aromas del mundo y le concedió a la humanidad un momento crucial en su historia: El descubrimiento de América, acontecimiento que también fue clave para el desarrollo agropecuario, pues originó lo que se ha denominado como “la mundialización de agricultura” (Lucerna, 2005). En otras palabras, la conquista del nuevo mundo fue el primer paso hacia la globalización económica, siendo una prueba fehaciente de que el control del agro ha sido desde siempre una representación de supremacía.

En la actualidad, el sector agropecuario continúa siendo un renglón con una tremenda incidencia en la economía de las naciones del mundo y, por ende, en la vida de las personas. No obstante, su boyante existencia parece flaquear cada vez que las cifras demuestran que hay un aumento constante en el número de bocas para alimentar, mientras que las políticas enfocadas a la producción de alimentos y el espacio destinado al cultivo empiezan a escasear. De acuerdo con la Organización de la Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO, en el año 2050 se requerirá duplicar la producción bovina y aumentar en un 70 por ciento las cosechas en el área agrícola (FAO, 2009b). Ese esfuerzo se requiere para poder alimentar a una sociedad que, según se estima, alcanzará ese año los 9.100 millones de habitantes.

Es una meta que parece un gran desafío frente a las cifras que hoy día muestra el agro. Por ejemplo, se requiere llegar a 463 millones de toneladas de carne (Milenio.com, 2010); sin embargo, de acuerdo con estadísticas de FAOSTAT, en el 2013 sólo había algo más de 3.500 millones de cabezas de ganado, entre bovinos, búfalos, ovinos y caprinos, y la producción mundial llegó a 308,2 millones de toneladas de carne (FAO, 2014, p. 21). De ese consolidado, según el censo del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), el país poseía ese año alrededor de 23 millones de reses para cría, carne y leche; 3,9 millones de porcinos; 1,2 millones ovinos; 1 millón de caprinos y 188.000 búfalos, que arrojan un total de 29,3 millones de animales, a los que se suma una población aproximada de 156 millones de aves de corral (Colombia, ICA, 2014). Esas cifras muestran al país con un gran potencial pecuario, en el que sobresale la producción de carne vacuna, que en el 2013 llegó a las 988.000 toneladas (Federación Nacional de Ganaderos [Fedegán], 2014). Entonces, aquí vuelve la duda: ¿Los datos que revela el presente serán una base fuerte y suficiente para lo que reclama angustiosamente la sociedad del futuro?

Por lo menos en Colombia existe tierra para lograrlo. Se sabe que dentro del cuerpo variopinto del territorio se destinan 39,2 millones de hectáreas exclusivamente para la labor bovina, que equivalen al 34,33 por ciento del área continental del país. En ella se destaca la ganadería extensiva, actividad que según Fedegán destina el 58,3 por ciento del hatos nacional para la producción de carne, es decir, ceba y cría, y el 6,3 por ciento para la producción láctea, a través de la cual se extraen 18,1 millones de litros diarios, que suman 6.617 millones de litros por año. También se destaca el modelo de ganadería doble propósito en el que se utiliza el 34,9 por ciento de la vacada y en el cual se trabajan razas que permiten tener varias opciones productivas en un solo animal: Carne y leche; leche y cría; carne y cría. (2012, p. 5). Esto demuestra las

ventajas de la tecnificación y diversificación del sector y el aprovechamiento de los diversos pisos térmicos que hay en el país. Además, los datos de Fedegán señalan que la ganadería genera alrededor de un millón de empleos directos (2012, p. 4); situación que habla de la gran incidencia que tiene esta actividad en la economía colombiana y en general en los mercados del mundo.

No obstante, al sector ganadero se le acusa de causar daño a los suelos, arrebatarle al medio ambiente zonas forestales vitales para la conservación de la biodiversidad y restarle espacio a la agricultura. Pese a esto, y a que el país no es exportador de carne, y a que en el 2013 apenas pudo comerciar cerca de 300.000 animales vivos, casi la mitad de los 688.000 que vendió Brasil (*CONtextogadero*, 2014), la ganadería logra aportar el 1,6 por ciento al Producto Interno Bruto nacional (PIB), y el 20 por ciento al PIB agropecuario (Fedegán, 2012, p. 4). Incluso, de acuerdo con el Departamento Nacional de Estadística (DANE), en el 2013 el sector pecuario exportó 314 millones de dólares con una participación del 0,5 por ciento en la economía nacional (2014, 14 de febrero); por ende, no se puede desconocer que la relación que la humanidad inició con los animales productivos hace miles de años aun sirve para empujar el desarrollo de la sociedad.

Sin embargo, debajo de la huella dorada que deja cualquier pezuña domesticada gobierna la majestad de la tierra, que en el caso colombiano equivale a la otra cara de la moneda. De acuerdo con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), “la subutilización de los suelos en agricultura y su sobreutilización en ganadería son fenómenos indicativos del uso inadecuado del suelo (conflictos de uso) que introducen factores de ineficiencia económica y social, y que además originan conflictos por la tierra, pues la ganadería concentra de manera extensiva suelos aptos para la agricultura, cerrando posibilidades y opciones para la pequeña y mediana propiedad” (2011, p.77). Ante esta situación, las cifras del gobierno nacional, en cabeza del Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (MADR), son bastantes dicentes: De las 114,2 millones de hectáreas de suelo que posee el país se utilizan 50,9 millones para labores agropecuarias y de ellas sólo 4,9 millones son para el cultivo de alimentos (2010, p. 10); es decir, que en una minúscula parte, el 4,3 por ciento del territorio nacional, se cosecha un producción que en el 2013 se estimó en 25,6 millones de toneladas. De ese total, 16,3 millones corresponden a cultivos de ciclo largo o permanentes, como el café, el plátano, la palma aceitera, la caña o el cacao, y los 9,3 millones restantes son cultivos de ciclo corto o transitorios que incluyen, por ejemplo, papa, arroz, maíz, trigo, yuca, frijol y arveja (SAC, 2014). Además, dentro de ese gran conjunto agroproductivo el 90 por ciento pertenece a productos de la canasta básica familiar,

encabezados por el café, el maíz y el arroz (Colombia, MADR, 2010, p. 11). En conclusión, esos números evidencian la infinita vocación agrícola del país, pese a la diminuta porción que se destina para su desarrollo.

Frente a esa baja cifra, los gremios de la producción agropecuaria han calculado la existencia de 28 millones de hectáreas que hoy día no se usan y que serían importantes para aumentar el potencial de la agricultura (*El Tiempo*, 2013, 6 de noviembre). Esto permite tener una idea de todo el bienestar que podría generar la campaña colombiana; por eso, el Gobierno nacional sabe que ese es un objetivo en el que no se puede fallar, tal como lo expresó el exministro de agricultura Juan Camilo Restrepo mientras estaba al frente de esa cartera durante el mandato del presidente Juan Manuel Santos: “Es evidente que el mejor uso del suelo y la modernidad del país requieren ir cambiando gradualmente la composición de esas cifras, es decir un poco menos en ganadería, y más en función de comida y agricultura” (Vidal, 2012). Así, la pretensión del Estado es duplicar a diez millones de hectáreas la frontera agrícola y reducir la franja ganadera a veintiocho millones, meta en la que está comprometida Fedegán y que cumplirá en el 2019, que es el tiempo límite para terminar la devolución del territorio prometido (Colombia, MADR, 2010, p.13). A parte del agro, ese espacio se usaría también para la siembra forestal con el fin de incentivar la extracción maderera, lo cual se sumaría a una extensión de entre 16 y 25 millones de hectáreas que según el PNUD son aptas para este tipo de producción (2011, p. 81). Por lo tanto, es innegable que en ese rostro de piel verde intensa que el país revela al universo todavía queda mucho por hacer y, por ende, el futuro parece menos sombrío que aquel que se prevé en otras naciones del planeta.

Ahora, si se trata de colores, no se puede olvidar que el azul también genera alimento y dinero. Entonces, a las cifras productivas de la tierra firme colombiana hay que agregarle los 928.660 millones de kilómetros cuadrados de superficie marítima, a los que se suman los ríos y cuerpos de agua, los cuales contienen 2.112 kilómetros cúbicos de recurso hídrico. En todo ese volumen se desarrolla la producción acuícola nacional, integrada por la pesca y las actividades de acuicultura, las cuales se subdividen en camaronicultura y piscicultura; en esta última, por ejemplo, se usan 1.685 hectáreas de espejos de agua a partir de estanques, jaulas y jaulones (Colombia, Autoridad Nacional de Acuicultura y Pesca [AUNAP] – FAO, 2013, p. 55). Entre todas, según los datos más recientes de la AUNAP, en el 2011 se extrajeron 161.868 toneladas de alimento; de ellas, 83.733 correspondían a la acuicultura, con predominio del cultivo de la

Tilapia roja o Mojarra, de la que se obtuvieron 38.393 toneladas. Toda esa producción benefició a 29.400 acuicultores y, en especial, a 75.700 pescadores artesanales, 40.000 de ellos en la cuenca Magdalénica y 10.000 en la del Pacífico (Colombia, AUNAP-FAO, 2013, p. 41 y 42). Estos resultados certifican no sólo las cualidades del suelo sino también las bondades y las riquezas tácitas de las aguas colombianas, que en conjunto aportan el 0,7 por ciento al PIB nacional.

No obstante, hay que decir que las ventajas productivas tanto del sector agropecuario como del pesquero son posibles gracias al trabajo honesto de los hombres y mujeres del campo, cuyas manos le permitieron al país exportar 2.642 millones de dólares en el 2013 (Colombia, DANE, 2014, 14 de febrero). Ese año, además, las actividades del agro lograron un aporte significativo del 5,2 por ciento al PIB nacional (Colombia, DANE, 2014, 20 de marzo, p. 5); por ende, según la SAC, esos valores aseguraron que en el 2013 el renglón agropecuario creciera un 5,4 por ciento (2014), manteniéndose como el primer renglón económico en 19 de los 32 departamentos del país (SAC, 2009, p. 46). Y esa relevancia del campo en la economía nacional se puede ver representada en la tasa de empleo agropecuario que a lo largo del 2014 ha logrado mantenerse en el tercer puesto con una participación laboral del 15,9 por ciento (Colombia, DANE, 2014, 30 de mayo, p. 18). Eso prueba que el modesto e invisible sector agropecuario continúa siendo un músculo económico cuyas fibras se extienden mucho más allá de la finca, ya que de los agroproductos también se derivan otros tantos, conocidos como subproductos, que generan empleo y riquezas en el sector industrial, movilizándolo buena parte del comercio.

Toda esa producción es sustento y alimento para algo más de 47,6 millones de colombianos (Colombia, DANE, 2014). Entre estos, 10,3 millones son población rural, lo que equivale al 21,6 por ciento del país, con un aporte a la fuerza laboral de 6,2 millones de trabajadores, entre los cuales el 59,5 por ciento, cerca de 3,7 millones, se dedican únicamente a las actividades agropecuarias y a la pesca; sin embargo, hay que decir que el 9,8 por ciento de ellos, alrededor de 360.000 personas, no reciben remuneración por su trabajo (Colombia, DANE, 30 de mayo, p. 23 y 36). Pese a esa lamentable cifra, el campo colombiano hoy día tiene una tasa de desempleo inferior al porcentaje nacional, con un 6,4 por ciento, contabilizando apenas 305.000 cesantes; de ese total, el 32 por ciento, es decir, 97.600 personas, pertenecen a la rama agropecuaria (Colombia, DANE, 2014, 30 de mayo, p. 15 y 49). Esa estadística podría variar un poco si se tiene en cuenta el más reciente informe sobre el país realizado por el PNUD, en el que se reporta

que el 31,6 por ciento de la población nacional vive en el área rural y, por ende, la cifra aumentaría a más de 15 millones de habitantes (2011, p. 56). Es un dato mucho mayor que el oficial; no obstante, lo que cuenta aquí es resaltar que sólo un puñado de personas, alrededor del 7,77 por ciento de los colombianos, tiene la responsabilidad de alimentar a todo un país, aun contando con el 45,9 por ciento de su población en la pobreza, según el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM), y el 19,1 por ciento en la pobreza extrema, de acuerdo con el estudio sobre la pobreza monetaria y la desigualdad en el 2013 realizado por el DANE, el cual determinó que esa situación surge, principalmente, por el trabajo informal y el bajo logro educativo (2014, 21 de marzo, p. 1 y 25). Aun así, los agrotrabajadores laboran los siete días de la semana sin importar horario, edad, género, estado físico, ni las condiciones laborales, económicas, sociopolíticas, climáticas y topográficas que presentan las diversas regiones de Colombia. Tristemente, es un esfuerzo sin recompensa porque el mundo cosmopolita acostumbra aplaudir sólo lo frívolo y lo baladí.

Las cifras del agro, ocultas entre las hojas, las raíces, los frutos y la piel de los animales, varían mes tras mes, año tras año, dependiendo de factores políticos, económicos y medioambientales; sin embargo, es indudable que tienen una gran incidencia en el desarrollo de una nación como Colombia, cuya superficie equivale apenas al 0,7 por ciento del total terrestre, “alberga cerca del 14 por ciento de la diversidad biológica de la tierra [...] y es una de las siete potencias mundiales en mega diversidad” (SAC, 2009, p. 22). Esos valores resaltan aun más la importancia del sector agropecuario no sólo dentro de la sociedad colombiana sino en el planeta, ya que destacan su aporte como despensa para el mundo. No obstante, y a pesar de toda la riqueza y capacidad productiva que tiene el país, el 30,6 por ciento de los colombianos vive en condiciones de pobreza y el 9,1 por ciento sobrevive en la pobreza extrema (Colombia, DANE, 2014, 21 de marzo, p. 1). Lamentablemente, Colombia come con cubiertos de plata, pero tiene el plato vacío. Esa imagen es una arista más de la infausta estadística latinoamericana en la cual, según un informe en conjunto de la FAO, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y el Programa Mundial de Alimentos (PMA), hay 47 millones de personas con hambre (2013, p. 12); de ellas, 6,9 millones son menores de cinco años con desnutrición crónica (baja talla) y 1,9 millones tienen desnutrición global (bajo peso), para un total de 8,8 millones de niños y niñas desnutridos (FAO, 2014, p. 6 y 7). Infortunadamente, en la sociedad moderna un mundo que es de todos no es lo mismo que un mundo para todos.

De ahí que la razón principal de la desnutrición y muerte infantil no sea la ausencia de alimentos sino la baja calidad, la inequidad en su distribución y el excesivo desperdicio que se hace de ellos, tal como lo afirmó José Graziano Da Silva, director de la FAO: “Se tiene que trabajar en la distribución y el acceso a la comida porque no falta en el mundo, sino que se distribuye mal” (Citado en *La Jornada*, 2013, 5 de abril). Así de simple. Es un hecho grave en el que cabe la aseveración del ex relator de la ONU por el Derecho a la Alimentación, Jean Ziegler, quien expresó que “un niño que muere de hambre es un niño asesinado” (2013, *Agencia Europa Press*). La sentencia es dura, pero más duras son las cifras cuando toman forma en esas dolorosas figuras desnutridas que se anclan a las calles enfermizas de un mundo inicuo a pesar de la existencia de unas quinientas millones de explotaciones agrícolas en todo el planeta, que son trabajadas por algo más de 1.300 millones de personas, quienes equivalen a casi el cuarenta por ciento de la población económicamente activa del mundo (FAO, 2012, p. 42 y 128). Por ende, si el campo se mide en millones, ¿por qué hay tantos con tan poco?

Según la FAO, el 80 por ciento de las explotaciones agropecuarias en los países en desarrollo son de tipo familiar (2013, 22 de noviembre). Por eso, cultivar para más de 7.000 millones de personas no es fácil, sobre todo porque dentro de las 13.500 millones de hectáreas que conforman el suelo terráqueo, el agro sólo utiliza 1.620 millones, que representan apenas el 12 por ciento; mientras que los bosques ocupan 4.185 millones, es decir, el 31 por ciento, y una cifra similar se destina a otros usos, como la construcción urbana, quedando disponibles 3.510 millones de hectáreas entre pastizales y praderas, que equivalen al 26 por ciento (FAO, 2013e). Por lo tanto, el mundo no es mayormente agropecuario como se podría pensar; pero, incluso, si llegara a serlo la humanidad tampoco dejaría de padecer hambre porque existe un gran desperdicio de comida, ya que anualmente se pierden 1.300 millones de toneladas de alimentos, lo que significa una tercera parte de lo que se produce (FAO, 2012b, p. 4). Entre lo que se vota a la caneca hay comestibles que corresponden a la dieta básica de los niños, pues el 50 por ciento está integrado por tubérculos, hortalizas y frutas, y el 30 por ciento son cereales (FAO, 2012, p. 118). A parte de todo, y para infortunio de la sociedad actual y de las generaciones venideras, el uso de la tierra y sus frutos se valora, de manera infame, como un activo más de la industria capitalista; en otras palabras, es maquinaria para generar dinero, perdiendo así su sentido esencial como promotor del bienestar, la subsistencia y la evolución de las personas. Infortunadamente, la invención de la agricultura le dio valor a la tierra e hizo que la humanidad

olvidara que por derecho natural el planeta es seno de todos los hombres y mujeres que lo habitan. Desde ahí empezó el problema del poder y control de unos sobre otros.

De ahí que resulte penosa la estadística del Fondo de la Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), cuando reporta hoy día la muerte anual de 6,8 millones de infantes menores de cinco años; un promedio de 18.700 por día (2014, 20 de mayo). De ellos, fallecen poco más de 2,6 millones por desnutrición; eso significa que por culpa del hambre un niño o una niña muere cada doce segundos (PMA, 2014). Tristemente, mientras alguien se sienta y se acomoda en la mesa, dos niños perecen; ¿cuántos se van de este mundo en una cena de negocios?, ¿cuántos pierden la vida durante el tiempo que algunas personas se dedican a renegar del menú del día?, ¿cuántos fallecen a la vez que el niño malcriado hace pataleta y escupe lo que no se quiere comer?

Todo esto ocurre en la cotidianidad del siglo XXI muy a pesar de los esfuerzos de muchas organizaciones y países comprometidos con los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), y las metas de la Cumbre Mundial de Alimentos de 1996 (CMA). Sin embargo, las cifras muestran que la situación alimentaria del mundo todavía está muy lejos de ser óptima, ya que una de cada ocho personas, el 12 por ciento de la humanidad, aun vive con hambre, es decir, alrededor de 842 millones de personas, entre los cuales el mayor número habita en Asia meridional con un 35 por ciento de su población (FAO, FIDA y PMA, 2013, p. 8). Además, dichas estadísticas arrojan que del gran total sólo 15,7 millones de personas pertenecen a países desarrollados, mientras que el 75 por ciento vive, paradójicamente, en zonas rurales (Graziano, Nwanze y Cousin, 2014). Esta situación ha determinado la búsqueda de alternativas que faciliten la producción y el abastecimiento, creando un interés que marque desde lo rural, al igual que en el pasado, el derrotero de una sociedad que debe elevar una vez más al sector agropecuario como uno de los ejes de la evolución y existencia humana.

No obstante, los cálculos a corto plazo resultan poco alentadores, pues se prevé que la productividad se reducirá del 2,6 por ciento que presentó en la primera década del presente siglo al 1,7 por ciento en el 2021 (FAO, 2012, p. 116). Ante tal panorama, los expertos de la FAO consideran que se requiere una inversión de 209.000 millones de dólares anuales “para satisfacer la demanda de productos agrícolas prevista para el 2050” (Schmidhuber, Bruinsma y Bödeker citados en FAO, 2012, p. 38). Por su parte, Schmidhuber y Bruinsma ven necesario adicionar 50.200 millones de dólares por año en los próximos tres lustros “para apoyar las inversiones en infraestructuras rurales, conservación de los recursos naturales, investigación, desarrollo y

extensión e instituciones rurales, así como también para proporcionar redes de protección a aquellas personas que padecen hambre” (Citados en FAO, 2012, p. 38). Para la FAO, esa inversión adicional debe ser mayor en el largo plazo y le pone un tope mínimo de 83.000 millones de dólares por año hasta el 2050; por lo tanto, el gasto en el desarrollo del agro debe aumentar en más de un 50 por ciento (FAO, 2014b). Ese esfuerzo tiene como fin subsanar los vacíos que ha dejado el constante detrimento en los aportes para la mejora agropecuaria; sólo basta con mirar los 8.229 millones de dólares que invirtieron los gobiernos del mundo en el 2010, que representan apenas el 5,9 por ciento de lo que se invierte en otros sectores y al ínfimo 0,04 por ciento de lo que se necesita para suplir las necesidades alimenticias al 2050, razón por la cual la mayor inversión en el agro la terminan haciendo los mismos integrantes del sector (FAO, 2012, p. 12 y 158). Por lo tanto, las instituciones relacionadas con el agro ya han comenzado a generar actividades de desarrollo social, tecnológico e investigativo que ayuden a optimizar con eficiencia y calidad los recursos físicos, materiales y económicos que existen hoy día, teniendo en cuenta que según la FAO, y bajo las políticas de protección medioambiental, para el 2050 las áreas de cultivo sólo crecerán un 20 por ciento en los países en desarrollo (2009b). Esto significa que en la era de la información y la tecnología el vetusto agro va a requerir de un sitio preferencial en el escenario de la agenda social, política y económica del mundo, porque así como hoy día es un negocio dentro de algún tiempo también podría ser una peligrosa fuente de poder que condicione el hambre y la subsistencia de muchas naciones, tal como sucedió hace doce mil años cuando el ser humano inventó el agro. Esa es una de las tiranías que hay que evitar.

Ahora, el problema pareciera estar reducido sólo a una cuestión de dinero; sin embargo, se requiere tener presente otro parámetro primordial que es la proyección de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), según la cual, la población rural del 2050, aquella que tendrá la misión de producir alimentos, estará integrada apenas por el 30 por ciento de la humanidad (Unicef, 2012, p. 2). Entonces, si tampoco se toman las medidas necesarias para controlar la diáspora agrícola el futuro podría ser aun más incierto. Y en ese coctel amargo también hay que incluir el factor ambiental debido al interés por reducir la incidencia del agro en el calentamiento global por cuenta de los Gases de Efecto Invernadero (GEI), a cuyo total el sector agropecuario aporta 5.300 millones de toneladas equivalentes en gas carbónico (CO<sub>2</sub>); de ellas, el 39 por ciento, es decir, 2.071 millones, pertenecen a la ganadería mediante la producción de metano (CH<sub>4</sub>) y

óxido nitroso (N<sub>2</sub>O) (FAO, 2014, 11 de abril). Infortunadamente, esa estadística no resulta sólo de las labores propias de la producción ganadera sino que la mayor parte está ligada a los procesos biológicos del bovino a través de su digestión, pues los microorganismos del rumen producen fermentaciones generadoras de metano que luego eliminan en las excreciones de estiércol y orina así como por la respiración; en cifras, “el 90 por ciento de este gas es expulsado por la boca, el 9 por ciento es respirado, y el uno por ciento es expulsado por el ano” (Cárdenas citado en *El Tiempo*, 2012, 23 de abril, p. 20). Se cree, además, que la ganadería genera un 18 por ciento más que la contaminación de los autos y representa el 28 por ciento de los gases que producen todas las actividades humanas. Definitivamente, la culpa es de la vaca.

Bajo esta perspectiva, la humanidad parece estar a las puertas de un momento en el que se podrían juntar cuatro variables de alto riesgo para su vida y bienestar futuro: La incidencia del cambio climático, el aumento en el número de bocas para alimentar, una reducción sustancial del espacio físico para las actividades del agro y una drástica disminución de la fuerza de trabajo rural. Asimismo, las políticas para la disminución del hambre y la pobreza en el mundo, que han ido arrojando resultados positivos en la última década, podrían estar ocasionando silenciosamente otro problema, que es el aumento de esa falsa clase media que al sufrir el síndrome del progreso le toca gastar como si fuera rica para luego aguantar como si todavía fuera pobre. Entonces, técnicamente parecerá que existen menos personas con hambre, aunque la realidad mostraría números muy diferentes. Además, una sociedad que asciende exige más, lo cual podría socavar la capacidad productiva si no se tienen las previsiones necesarias para enfrentar el crecimiento que se ha previsto desde principios de siglo; por lo tanto, al no haber comida suficiente las cifras de hambre, pobreza y muerte podrían retroceder traumáticamente. Es un esfuerzo que parece políticamente útil, pero socialmente incierto; por eso, bajo todas esas condiciones, hablar de hambre cero resulta una utopía.

Sin embargo, es importante resaltar el trabajo de las agencias e instituciones internacionales que con el aporte gubernamental apelan a la implementación de estudios, estrategias y proyectos para generar un impulso investigativo, productivo, asociativo y preventivo con el fin de contribuir mediante diversas alternativas a la reducción del hambre. Ejemplo de ello es la recomendación de la FAO para promover el cultivo y consumo de insectos, conocido como entomofagia, la cual se calcula es nutricia hoy día para cerca de 2.000 millones de personas en varias regiones del mundo. “Los insectos son saludables, una alternativa nutritiva a las

principales corrientes establecidas como el pollo, la carne de cerdo, la carne de res e incluso el pescado” (Van Huis et al., 2013, p. 2). La FAO destaca, además, que “muchos insectos son ricos en proteínas y grasas buenas y tienen un elevado contenido en calcio, hierro y zinc” (2013b); asimismo, producirlos requiere poca tierra e insumos y emiten menos gases de efecto invernadero, por ende, no trastornan el medioambiente y permiten generar empleo:

Criar insectos de forma sostenible puede ayudar a evitar la sobreexplotación forestal. Algunas especies, como el *gusano de la harina*, ya se producen a nivel comercial, ya que se utilizan como alimentos para mascotas, en los zoológicos y en la pesca recreativa. Si la producción estuviera a ser más automatizada, se podrían bajar los costes a un nivel en el que la industria se beneficiaría de la sustitución de harina de pescado, por ejemplo, con harina de insectos en la alimentación del ganado. La ventaja sería un aumento del suministro de pescado para el consumo humano (FAO, 2013b).

Y así como alimentarse con insectos propone un cambio cultural en la forma en que se nutre una gran parte de la sociedad, hay algunos casos no menos sorprendentes que también pueden llegar a revolucionar radicalmente las prácticas agropecuarias tradicionales y la vida de las personas. Uno de ellos es el nacimiento en Argentina de Rosita ISA, la primera vaca a la que se le han incorporado dos genes humanos buscando que produzca leche “con propiedades antibacteriales y antivirales de gran impacto en el sistema inmunológico de los bebés”, debido a su parecido con la leche materna femenina (*El Tiempo*, 2011, 11 de junio, p. 9). Otro desarrollo que seguramente marcará límites en la producción pecuaria es la creación de carne vacuna invitro, desarrollada en un laboratorio holandés por un grupo de investigadores de la Universidad de Maastricht, encabezado por el biólogo vascular Mark Post. La carne se logró a partir de la reproducción de células madre extraídas de tejido muscular bovino, de cuyo proceso se “obtuvieron más de un millón de células madre que fueron apartadas en recipientes donde se fusionaron hasta formar pequeñísimas tiras de músculo, de aproximadamente un centímetro de largo y varios milímetros de ancho” (*El Tiempo*, 2013, 6 de agosto, p. 2). Al final, se consiguieron veinte mil tiras, las cuales, tras una etapa de congelamiento, se juntaron para armar una masa de carne con la que se preparó en Londres la primera hamburguesa sintética, a la que ya se empieza a conocer popularmente con el nombre de *frankenburger*. Se calcula que esta carne podrá estar en el mercado dentro de diez o quince años y puede ser una buena opción para

ayudar a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, liberar tierras para la agricultura y aumentar el consumo proteínico.

Por fortuna, y a pesar de lo infausto que resulta el tema del hambre, toda esta situación ha sido importante para despertar a la sociedad, quitar el orín y engrasar el viejo engranaje productivo, con el fin de darle al modelo agropecuario un nuevo aire desde la academia que redimensione su viejo roll y le asigne un papel protagónico con un carácter más social en el que el agro deje de ser visto, luego de muchos siglos, como una actividad meramente productiva y comercial y lo transforme en una forma de vida, un objeto de culto, como en el tiempo antiguo, y, en sí mismo, en una ciencia en la que se encumbre el mayor hito de su presente que es la capacidad para reinventarse.

En ese sentido ya se han dado algunos pasos, como darle al agro su propia Arca de Noé. Es un banco que fue inaugurado el 26 de febrero de 2008 y tiene capacidad para 4,5 millones de muestras de semillas; de cada una reciben quinientas para un máximo de 2.250 billones de semillas. Ese lugar está ubicado bajo el permahielo en la isla de Spitzbergen en Noruega, cerca al Polo Norte, y recibe el nombre de Bóveda Global de Semillas de Svalbard, aunque también se la conoce como la “Bóveda del fin del mundo” (Nuwer, 2014, 4 de abril). Esta yace a 130 metros de profundidad en lo que era una antigua mina de carbón y se mantiene a una temperatura de 18 grados centígrados bajo cero, lo cual permite mantener las simientes almacenadas sin riesgo y simplemente las sacan para reemplazarlas en la medida que van cumpliendo su tiempo de vigencia productiva, ya que algunas aguantan sólo unas décadas, mientras que otras pueden durar varios siglos. Actualmente, la bóveda contiene algo más de 824.600 muestras, enviadas de todos los bancos genéticos del planeta para su conservación (2014, *Svalbard Global Seed Vault*). El archivo de Svalbard es el más grande del mundo y está bajo supervisión del gobierno noruego y el Fondo Mundial para la Diversidad de Cultivos de la FAO.

Y así como se busca conservar las diversas simientes que alimentan a la humanidad, también se han realizado actividades que permiten proteger la memoria productiva del campo a través del apoyo a los pequeños trabajadores agropecuarios que es donde residen los saberes tradicionales del agro. Ejemplo de ello son los proyectos *Telefood* de la FAO, mediante los cuales la organización promueve prácticas para luchar contra el hambre haciendo entrega de “herramientas, semillas, especies menores e insumos esenciales de forma gratuita a comunidades, grupos, asociaciones de mujeres, indígenas y campesinos, para que inicien una

actividad productiva” (FAO, 2009). Con este programa la ayuda no se queda sólo en el plano asistencialista sino que se vuelve semilla, pues cada uno de los beneficiarios administra sus recursos y replica el modelo generando un desarrollo sostenible y multiplicador desde una perspectiva económica, técnica y sociocultural, tal como lo afirma la FAO:

Las respuestas que protegen vidas y medios de subsistencia de manera directa deberían tener lugar paralelamente con formas de asistencia que respaldan a las instituciones locales que afrontan las necesidades a largo plazo en la agricultura sostenible, la ordenación de los recursos naturales (por ejemplo, la tenencia de la tierra, como ilustra el caso de las instituciones consuetudinarias en Mozambique) y la prestación de servicios sociales fundamentales (infraestructuras rurales, educación, sanidad y nutrición). Esto también puede contribuir a procesos de construcción del Estado, especialmente en los casos extremos en que la capacidad estatal es muy limitada (2010, p.52).

Otro mecanismo que por esa misma vía impulsa el fortalecimiento de las sociedades agropecuarias es lo que se ha denominado como **agricultura familiar**, que es un sistema productivo cuya principal característica, como su nombre lo indica, es que es desarrollado por grupos que comparten un mismo vínculo sanguíneo y en el que se destaca la participación y el liderazgo de las mujeres en las labores de cultivo, muchas de ellas madres cabeza de familia, ya que la producción también se realiza pensando en el autoconsumo. Para la FAO esto es importante, puesto que el agro es una gran fuente de empleo femenino; sin embargo, ellas requieren ser valoradas monetariamente en su dimensión real debido a que “se ha demostrado que cuando las mujeres ejercen mayor control sobre los recursos y los ingresos ello beneficia a la salud, la nutrición y la educación de los niños, así como a su propia salud y su situación nutricional”; por ende, desde la agricultura familiar se puede ayudar a cerrar la inicua brecha de género a nivel rural, por lo cual “la sociedad podría percibir notables beneficios nutricionales” (FAO, 2013f, p. 34). Y en ese objetivo juega un papel importante un concepto reciente llamado **agricultura integral**, mediante la cual se concibe a la actividad agropecuaria como un medio para generar alimentos que nutran y no para llenar estómagos y una que otra cuenta bancaria. Esto se logra a partir de una producción sostenible y amigable con el medioambiente que busque un buen aprovechamiento de los recursos, la mejora genética de los cultivos y la implementación de procesos de postcosecha que eviten la pérdida de nutrientes en los alimentos. Por lo tanto, el

sistema se sustenta en políticas gubernamentales y en el trabajo de organizaciones que fomenten en conjunto la producción y el consumo de alimentos que provean los elementos necesarios para tener una vida saludable tomando como base, de acuerdo con la FAO, el aporte técnico y científico de la academia así como la capacitación de los trabajadores y trabajadoras del agro para que sepan qué y cómo cultivar con el fin de lograr la calidad requerida:

Las prioridades de la investigación y el desarrollo agrícolas deben centrarse en la intensificación sostenible de la producción de alimentos básicos, pero también deben tener más en cuenta la nutrición y prestar mayor atención a los alimentos ricos en nutrientes, como legumbres, frutas, hortalizas y alimentos de origen animal. Debe ponerse mayor empeño en intervenciones encaminadas a diversificar la producción de los pequeños agricultores, tales como sistemas de agricultura integrada. Los esfuerzos por aumentar el contenido de micronutrientes de los alimentos básicos directamente a través del bioenriquecimiento son especialmente prometedores. Es más probable que las intervenciones agrícolas contribuyan a la mejora de la nutrición cuando se combinan con educación nutricional y se llevan a cabo teniendo en cuenta las funciones de género (FAO, 2013f, p. 42).

Estas ideas, gracias a proyectos piloto, apenas empiezan a colonizar los planes agroproductivos de las más de 500 millones de granjas familiares que intervienen en la alimentación humana, de cuyo trabajo depende la nutrición de alrededor del 40 por ciento de los hogares del planeta (FAO, 2013, 22 de noviembre). Eso le permitió a la FAO declarar al 2014 como el año de la agricultura familiar, exaltando, además, algunas cualidades que le dan un lugar preponderante como herramienta para mitigar el hambre y fortalecer tanto al agro como al comercio, ya que esos agrotrabajadores surten a los poblados o zonas donde viven y allí mismo invierten lo que obtienen, lo cual permite generar empleo entre sus comunidades y mover la economía sin arriesgar sus recursos:

Rescata los alimentos tradicionales, protege la biodiversidad y favorece la conservación de variedades locales, ya que, según datos del Foro Rural Mundial, a lo largo de la historia la humanidad ha utilizado unas 7.000 plantas para suplir las necesidades básicas. Hoy, no más de 150 especies son cultivadas comercialmente, de las cuales 30 constituyen el 90 por ciento del

aporte calórico a la dieta humana y solo cuatro (arroz, trigo, maíz y papa) representan más de la mitad de esa contribución calórica (Silva, 2014, 25 de enero, p. 29).

Colombia no es ajena a tales iniciativas, pues se sabe que el 30 por ciento “de la producción de cultivos anuales, con mayor incidencia en maíz, frijol, cebada y trigo” se logra mediante la agricultura familiar (FAO, 2014, p. 48). Es una cifra baja en comparación con algunos de sus vecinos, como Argentina, Brasil o Ecuador; no obstante, ese sistema alguna vez dominó la labor agropecuaria del país, ya que en tiempos coloniales se desarrolló especialmente en lo que hoy es la región de los santanderes y el eje cafetero, empezando por Antioquia, y posteriormente se convirtió en el principal esquema productivo de la campiña republicana. Entonces, la agricultura familiar creó el agro colombiano y lo hizo aprovechando la ubicación inmejorable que posee el territorio nacional y las ventajas de una agricultura tropical bastante atractiva para generar alimentos y riquezas y propiciar cambios favorables en la calidad de vida de sus habitantes, gracias a un conjunto de tierras fértiles que se anclan a diversos pisos térmicos y que cuentan con una gran disponibilidad de agua, lo cual implica diversidad. A eso se suma, hoy día, una fuente tecnológica creciente que promete mayor cercanía a las pequeñas y pobres comunidades rurales; una asistencia técnica que multiplica sus tentáculos y una asistencia financiera que apuesta por los créditos que deja el campo, además de unos mecanismos de comercio posibles, aunque no libres de obstáculos de tipo político y de infraestructura, y un saber atávico en convergencia con los avances tecnológicos. Todo esto hace del agro colombiano algo único y lo invita a ser un componente capaz de insertar sus beneficios dentro de las comunidades para jalonar su crecimiento y evolución. En definitiva, esa situación revela que el segundo hito del agro es su capacidad para actuar como un sistema productivo de carácter social.

Un modelo que ilustra en parte ese principio se encuentra en el desplazamiento del campo a la ciudad en lo que se conoce como **agricultura urbana**, que “comprende la producción agrícola y ganadera dentro de ciudades y pueblos y en sus zonas aledañas. Incluye desde pequeños huertos de hortalizas en la parte trasera de las viviendas a actividades agrícolas en tierras comunitarias por asociaciones o grupos vecinales” (FAO, 2010c). Por lo tanto, es un sistema de producción a pequeña escala que aprovecha balcones, patios, jardines, paredes o cualquier espacio disponible y que a diferencia de la producción rural tiene un compromiso medioambiental y socioeconómico ineludible, pues su fin primordial es velar por la seguridad alimentaria de las

comunidades urbanas y posibilitar la generación de ingresos que contribuyan al sustento de familias en condiciones de vida desfavorables, permitiendo, paralelamente, la renovación y fortalecimiento del tejido social.

Datos recientes indican que una metrópoli como Bogotá cuenta con 121 mil hectáreas destinadas a la producción agropecuaria, que equivalen al 74,3 por ciento del territorio capitalino, y de las cuales la localidad de Sumapaz posee 78 mil hectáreas (*El Tiempo*, 2013, 18 de mayo, p. 9). Es un territorio que lentamente y de a poco se va sumando al mapa gris de la ciudad; sin embargo, al mismo ritmo, la agricultura urbana ha surgido para recolonizar lo que el cemento se roba año tras año, pues se calcula que actualmente Bogotá tiene cerca de diez mil agricultores urbanos en ejercicio, quienes en su mayoría hacen parte de la Red Distrital de Agricultores Urbanos que lidera el Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis (JBB), institución que ha capacitado a más de 53.000 personas desde el 2004 (*El Tiempo*, 2014, 23 de junio, p. 11). Fue en ese año cuando empezó el trabajo de las Unidades Integrales Comunitarias de Agricultura Urbana (UICAU), creadas y sustentadas mediante el Proyecto 319 del JBB, con el objetivo principal de “fomentar el cultivo, uso, consumo y aprovechamiento de especies vegetales de clima frío, con énfasis en la población vulnerable del Distrito Capital, a través de la promoción e implementación de prácticas de la Agricultura Urbana como alternativa para la obtención de alimentos” (JBB, 2013). Entre las principales actividades de las UICAU está la capacitación de niños en edad escolar, jóvenes, adultos y adultos mayores para establecer pequeños cultivos de hortalizas, frutales, plantas medicinales y aromáticas con base en un factor ecológico que propenda por la sanidad de las siembras y los alimentos cosechados, ya que la agricultura urbana utiliza tecnologías limpias, es decir, libres de insumos de síntesis química, gracias al aporte de las Buenas Prácticas Agrícolas (BPA), entendidas como los protocolos que se realizan a la par con las actividades de cultivo y que están dirigidos a ejercer prevención para asegurar alimentos saludables mediante “acciones ambientalmente sanas, higiénicamente aceptables y económicamente posibles” (JBB, 2009, p. 32). Por ende, es inobjetable que la agricultura urbana redunde en una mejor calidad de vida para las familias que la practican, muchas de ellas de origen rural.

Otra característica relevante de este sistema productivo es que contribuye a tener un aire más limpio y, además, fomenta el reciclaje de residuos orgánicos e inorgánicos buscando transformarlos en productores de vida: Por un lado, los residuos sólidos orgánicos se

descomponen para crear abono con el fin de nutrir al sustrato, que es la tierra o la materia sobre la cual se hace la siembra, y, por otro, se apela a “la reutilización de residuos inorgánicos como recipientes o contenedores (botellas, canecas, baldes, llantas, etc.), el uso eficiente del agua lluvia para el riego y la energía solar” (JBB, 2009, p. 23). Es tal la acogida que ha tenido este tema que la academia y la industria ya han comenzado a apropiarse de él para generar investigaciones que posibiliten su desarrollo comercial, como sucedió en la sede Palmira de la Universidad Nacional de Colombia, en el departamento del Valle del Cauca, donde un grupo de estudiantes diseñó lo que llaman electrodomésticos para cultivos urbanos en los que se podría sembrar, por ejemplo, cebolla, lechuga, tomate y algunas plantas aromáticas, gracias a un programa computacional que, a pequeña escala, actúa de forma muy similar al que se utiliza en la **agricultura de precisión** que se implementa hoy día en muchos invernaderos del país para tener condiciones controladas de cultivo. De acuerdo con Valentina Alcalde, una de las diseñadoras, el objetivo es convertir esa tecnología en una herramienta que conecte al agricultor urbano con el proceso productivo: “La idea es que no se convierta en un objeto más de la casa, queremos crear una interacción directa entre el usuario y el electrodoméstico, en donde este último le habla al usuario sobre cómo se siembra, cuándo hacer mantenimiento y la información básica de las plantas como su contenido nutricional y otros” (Citada en *Agencia de Noticias UN*, 2012, 5 de diciembre). En todo caso, ya sea en un solar entre llantas y botellas o en un moderno utensilio en el rincón de una habitación, la agricultura urbana no sólo logra hacer un aporte importante a la nutrición humana sino también al embellecimiento del frío paisaje urbano y, con ello, se suma a una tendencia medioambiental que alcanzó protagonismo en 1992 luego de la Cumbre de la Tierra de Rio de Janeiro, conocida como **arquitectura verde o sustentable**, que es definida por el reconocido arquitecto español y experto en el tema, el profesor Luis de Garrido, como aquella que poniéndose al servicio del desarrollo concilia las necesidades de la humanidad con las del planeta:

Satisface las necesidades de sus ocupantes, en cualquier momento y lugar, sin por ello poner en peligro el bienestar y el desarrollo de las generaciones futuras. Por lo tanto, la arquitectura sustentable implica un compromiso honesto con el desarrollo humano y la estabilidad social, utilizando estrategias arquitectónicas con el fin de optimizar los recursos y materiales; disminuir al máximo el consumo energético, promover la energía

renovable; reducir al máximo los residuos y las emisiones; reducir al máximo el mantenimiento, la funcionalidad y el precio de los edificios; y mejorar la calidad de la vida de sus ocupantes (Citado en Pelaio, 2011).

De esta manera, los arquitectos e ingenieros pueden realizar construcciones con diseños que no contaminan ni destruyen los recursos naturales; por ejemplo, aprovechan la luz solar para iluminar y calentar espacios fríos y usan las corrientes de viento para ventilar edificaciones en regiones de clima cálido. Además, esta tendencia promueve el reciclaje del agua y acude a la naturaleza para incluirla dentro de las estructuras, como cuando se adecuan especies arbustivas para hacer barreras o cercas vivas o se siembran plantas en techos y fachadas buscando combatir la contaminación del aire y, a la vez, evitar la incidencia de la lluvia sobre las superficies.

Estas y otras características hicieron sinergia con la agricultura urbana para originar lo que se ha denominado como **agricultura vertical**, término que fue usado por primera vez en 1915 por el geólogo estadounidense Gilbert Ellis Bailey, pero al que se le dio forma y sentido en 1999 gracias a Dickson Despommier, profesor de microbiología de la Universidad de Columbia, quien creó un sistema sustentado en el uso de edificaciones urbanas para realizar el cultivo de alimentos en volúmenes industriales teniendo en cuenta los parámetros de la arquitectura verde así como la tecnología hidropónica y areopónica, la cual sólo requiere un poco de agua, luz, nutrientes y un recipiente de siembra para lograr alimentos de calidad todo el año. Muestra de ello es la torre triangular de doce pisos que se empezó a construir en el 2012 en Linköping, Suecia; en ella las plantas viajarán “desde el último piso hasta el primero para aprovechar la luz solar y facilitar la recolección” y, además, como el cultivo siempre estará mirando hacia el exterior a través de grandes ventanales, los espacios interiores fueron pensados para instalar oficinas, combinando así lo urbano con lo rural en un corto recorrido entre la tierra y el cielo. El edificio también generará un aporte importante al tema medioambiental, ya que la energía y el calor se producirán con la conversión en biogás de la basura orgánica que se produzca allí y se reducirán las emisiones de gases de efecto invernadero porque no se requieren productos de síntesis química y, según los expertos, se necesitarán menos camiones para el transporte, pues se eliminan los recorridos del campo a la ciudad en beneficio no sólo del aire sino de los alimentos, que pueden llegar mucho más frescos al consumidor: “La agricultura bajo techo reduciría el uso de pesticidas y herbicidas que contaminan el medio ambiente. La preservación o recuperación de

los ecosistemas más naturales podría desacelerar el cambio climático y mientras más comida se produzca en interiores, menos susceptibles seremos a crisis ambientales que alteran los cultivos y elevan los precios hasta las nubes” (Fletcher, 2012, 19 de octubre, p. 12). Entonces, se puede pensar que el futuro del agro se gestará en un vientre de metal, vidrio y cemento y será manejado sin manos por un cerebro sistematizado para producir ambientes de agricultura controlada. En definitiva, con la agricultura vertical, como en el pasado más remoto, el maná volverá a bajar del cielo.

Y en ese mutuo aporte que se hacen la agricultura urbana, la emergente agricultura vertical y la arquitectura verde cabe mencionar el apoyo que reciben de la **agricultura orgánica**, también llamada **agricultura ecológica**, definida por la FAO como un sistema que se enfoca básicamente en los procesos de cultivo a partir de un uso mínimo de insumos externos: “Se refiere al proceso que utiliza métodos que respetan el medio ambiente, desde las etapas de producción hasta las de manipulación y procesamiento. La producción orgánica no sólo se ocupa del producto, sino también de todo el sistema que se usa para producir y entregar el producto al consumidor final” (El-Hage y Hattam [edits], 2003). Por lo tanto, esta tendencia, surgida en la década de los ochenta del siglo XX, busca la generación de alimentos a partir de las Buenas Prácticas de Producción Ecológica (BPE), es decir, sin el uso de agentes químicos en cada uno de los procesos y etapas de producción; un buen ejemplo es el exigente manejo del agua para el riego, pues su contenido requiere unos estándares específicos de elementos y minerales que puedan asegurar su calidad, lo cual, además, debe estar debidamente certificado.

Ese rigor es clave porque permite alcanzar altos niveles de inocuidad en los alimentos partiendo de un adecuado control fitosanitario, entendido como las prácticas para prevenir o controlar enfermedades en los cultivos. Una de ellas es el uso de la alelopatía, que es la capacidad de interacción entre las plantas, ya sea para repelerse o complementarse, mediante la cual se busca sembrar dentro de las zonas de producción aquellas que faciliten el control de plagas y enfermedades, como el ají o la caléndula. Del mismo modo, la acción orgánica se extiende a la etapa de fertilización con el uso de abonos generados en los procesos de compostaje, como la lombricultura o aquellos que se producen con residuos del mismo cultivo, conocidos como abonos verdes, que se integran al suelo para protegerlo y regresarle una serie de nutrientes que aseguren nuevas y mejores cosechas, ayudando, de paso, a la reducción de costos de producción para el agricultor.

La actividad agropecuaria orgánica o ecológica se desarrolla tanto en la ciudad como en la zona rural. En Colombia fue reglamentada por el gobierno nacional en 1995 y posteriormente se le dio impulso con la creación en el 2004 del Sello Único de Alimento Ecológico, que nació mediante la resolución número 0148 del Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (MADR); también ha jugado un papel importante la resolución 0187 de 2006, que actualmente está en proceso de modificación, “por la cual se adopta el reglamento para la producción primaria, procesamiento, empaçado, etiquetado, almacenamiento, certificación, importación, comercialización y se establece el Sistema de Control de Productos Agropecuarios Ecológicos” (Colombia, MADR, 2014, p. 1). Los datos oficiales más recientes indican que el país inició el 2013 con 40.936 hectáreas de agricultura orgánica, lideradas por el departamento del Magdalena, cuya producción totaliza 8.380 hectáreas, destinadas principalmente a la palma aceitera y el café (Colombia, ICA, 2013, 11 de junio). Este sistema de cultivo es resultado de la conjunción entre la agricultura ancestral y la tecnología moderna, gracias a la inserción de la academia en la vida de los habitantes rurales y la apropiación que hace de sus experiencias y tradiciones para generar nuevos usos, procedimientos y hasta conceptos que permitan mejorar la calidad y eficiencia en la producción de alimentos. Se puede decir que hoy día la Universidad se ha convertido en una fuerza importante para movilizar el desarrollo de la actividad agropecuaria en general y, para fortuna del sector, ha logrado integrar a su trabajo algunas instituciones científicas públicas y privadas que encontraron en el campo un nicho importante de investigación. Esos grupos académicos han hecho su aporte buscando alternativas que toquen de manera objetiva y transversal la realidad de los trabajadores del campo a través de proyectos que propendan por un agro productivo y con políticas de economía sostenible que no olviden el componente social, pues la idea es mejorar de forma integral las condiciones de vida de las comunidades rurales.

En el país se destaca la labor de instituciones como la Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria (Corpoica), el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), el Centro Internacional de Agricultura Tropical (Ciat), la Corporación Colombia Internacional (CCI), los grupos de exploración y desarrollo de los gremios productivos, entre los que sobresale el trabajo del Centro de Investigación para el Café (Cenicafé), el Centro Nacional de Investigación en Caña de Azúcar (Cenicaña) y el Centro de Investigación para la Palma de Aceite (Cenipalma), que se unen a la labor investigativa del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) y a los trabajos de pregrado y postgrado de instituciones de educación superior, encabezadas por la Universidad

Nacional de Colombia, la cual reconstruye el agro en la sede de investigación Marengo en Mosquera, muy cerca a Bogotá, y en la sede de Palmira en el departamento del Valle del Cauca; también hacen su aporte, entre otras, la Universidad de Ciencias Aplicadas (UDCA), la Universidad Agraria de Colombia (Uniagraria), el Centro Internacional de Biotecnología Reproductiva (Cibre), de la Fundación Universitaria San Martín, y los diversos centros de investigación agropecuaria de la Universidad de Cundinamarca. Cada una ellas trabaja con un rango de acción focalizado en el desarrollo agropecuario de sus zonas de influencia y en proyectos que puedan impactar la producción pensando en generar empleo, tecnificar el campo y empujar el comercio local para tratar de conquistar el mercado internacional.

Un buen ejemplo de la conjunción Academia - Ciencia - Campo se puede hallar en Corpoica, mediante su Escuela de Formación de Investigadores y Capacitación en Agricultura Tropical (EFICAT), que fomenta el desarrollo sostenible a partir de un compromiso honesto con el agro que permita aterrizar el conocimiento dentro de las diversas realidades que afronta el campo y cierre la brecha entre lo que se piensa desde afuera y lo que realmente se vive adentro, tal como lo expresa en sus objetivos:

Para CORPOICA como institución encargada de liderar la investigación agropecuaria en el país, está más que diagnosticado que las demandas del sector agropecuario hoy globalizado y afrontando problemáticas cada día más complejas, debe estar acompañado por sinergias y alianzas del sector académico, el sector productivo, los gremios, los centros de investigación, y el sector gubernamental; para mancomunadamente, desarrollar proyectos de investigación, cuyos resultados acorten las distancias de saberes, formas de pensar y formas de actuar, en beneficio de un patrimonio que nos es común, el agro colombiano (Corpoica, 2013).

Todas esas instituciones, al igual que muchas otras que apuestan por el agro en el resto del país, promueven con mucho esfuerzo iniciativas extraordinarias que demuestran las múltiples posibilidades de crecimiento que tiene el campo colombiano, el cual todavía está muy lejos de dar todo su potencial, ya que el país invierte sólo el 0,47 por ciento del PIB nacional en investigación para el desarrollo científico y tecnológico (*La República*, 2013, 27 de noviembre); infortunadamente, de los resultados que se obtienen en relación con el estudio del agro apenas el

11,02 por ciento llega a manos de los trabajadores (*Centro Virtual de Noticias de la Educación* [cvne], 2013, 17 de septiembre). Entonces, falta mucho por hacer. No obstante, dentro de esa baja estadística existen ejemplos para destacar; uno de ellos es la Universidad de Cundinamarca, institución que ha hecho su labor de la mano con la comunidad rural, como sucedió con el descubrimiento de algunas plantas silvestres de la región del Sumapaz, útiles para extraer de ellas aceites esenciales para la creación de repelentes que pueden ayudar a reducir el uso de insecticidas y fungicidas. Allí mismo, la universidad impulsó la implementación de la ganadería ecológica como alternativa para mejorar los suelos y la producción bovina de dicha región, gravemente afectada por la deforestación y la agricultura desmedida.

Un espacio en el que se han generado trabajos de agroinvestigación muy interesantes es la Universidad Nacional de Colombia. Uno de ellos se enfocó en el cultivo de tres pasturas, festuca, lotus y kikuyo, que al combinarse en el terreno se convierten en una excelente nutrición para el ganado y un buen aporte para la actividad ganadera, ya que requieren poca agua, resisten las heladas, reducen la aplicación de nitrógeno en el suelo, mejoran los procesos de rumen en las vacas, aumentan los niveles de proteína y grasa en la leche y ayudan a reducir la emisión de gases de efecto invernadero. Otra que se destaca es la Universidad Militar Nueva Granada, institución que buscó convertir a los insectos en aliados del agricultor y del ecosistema al recurrir a las abejas nativas para polinizar frutales sabaneros y comprometer a las avispas en el control de la acción de la mosca blanca en cultivos de tomate. Asimismo, han trabajado para tratar de solucionar el problema del *fusarium*, hongo que daña el clavel, que es uno de los principales renglones de exportación en la floricultura colombiana, siendo una muestra más de un sector que ha buscado privilegiar a las comunidades en lo económico pero pensando siempre en lo social, como lo hizo recientemente la Universidad de los Andes entre las mujeres del municipio de Villapinzón, al norte de Cundinamarca, invitándolas a favorecer la nutrición y el ingreso familiar produciendo orellanas (Linares, 2014, 2 de julio, p. 13). En ese sentido ha sido igualmente significativo el aporte del Sena capacitando, por ejemplo, en lo que se denomina “La Gallina Feliz”, sistema que fomenta la producción avícola ecológica a partir del buen trato animal para lograr huevos de calidad y gallinas con una mejor condición en cuanto a sabor y peso y, por supuesto, aumentar los ingresos del avicultor. Similar ejercicio han hecho con los conejos, desarrollando procesos alimentarios a través de plantas aromáticas que permitan producir carnes sin grasa y adobadas naturalmente.

Por su parte, a través de múltiples investigaciones, Corpoica ha demostrado un gran interés por la recuperación y el cuidado de los suelos, el uso y manejo adecuado del agua, el control de plagas y enfermedades en los cultivos, la protección y fomento de las razas de ganado criollo y en general el mejoramiento genético bovino. Vale la pena destacar que la corporación administra un banco de germoplasma que contiene “colecciones de semillas de uso agrícola con no menos de 35.000 referencias; de microorganismos funcionales, como hongos, bacterias y virus; y la colección de material seminal (semen y embriones) e in situ de las razas bovinas, porcinas y ovinas criollas colombianas” (Domínguez, 2014, 20 de abril). Asimismo, Corpoica ha elaborado paquetes tecnológicos para la producción de alimentos de consumo masivo y de exportación, como la uchuva, y promueve la implementación de cultivos en condiciones controladas, lo que se ha llamado **Agricultura de Precisión**, la cual integra en un sólo esquema tanto la tecnología industrial como el conocimiento académico y científico del agro.

Este sistema de producción tuvo su origen durante la guerra fría, mientras era utilizado como tecnología militar. Se fundamenta en el uso de herramientas de automatización que actúan mediante un Sistema de Información Geográfica (SIG) y un Sistema de Posicionamiento Global (SPG), para tener un control total de los procesos productivos en condiciones de invernadero (Universidad Iberoamericana de Ciencias y Tecnología, 2010, p. 7). Así, a través de un software, y desde un centro de cómputo, se maneja toda la zona de siembra reduciendo las pérdidas al máximo debido a que la tecnología permite ajustar el tiempo exacto en los procesos de riego, fertilización, control de plagas y monitoreo del ambiente; por lo tanto, hace rentable el trabajo, ya que permite reducir costos y produce alimentos que en situaciones de clima extremo no se podrían cultivar. No obstante, también hay que decir que tiene un impacto negativo en la generación de empleo.

Entonces, la agricultura de precisión posibilita la certeza en la toma de decisiones por parte del agricultor, pues “una vez que se dispone la información necesaria se aplican los insumos en la cantidad que se puedan aprovechar con eficiencia para que cada área del lote explore su máximo potencial económicamente posible, conservando los recursos naturales” (Universidad Iberoamericana de Ciencias y Tecnología, 2010, p.11). Actualmente, Corpoica, el Sena y la Universidad Nacional de Colombia utilizan dicho sistema; esta última, por ejemplo, ha desarrollado un interesante trabajo investigativo en asocio con la empresa privada en el que lo implementa para evitar que las aguas usadas en el riego de los sembradíos tanto de clavel como

de rosa contaminen las fuentes hídricas adyacentes a los cultivos, pues con la agricultura de precisión se puede hacer recircular hasta el cien por ciento del líquido utilizado luego de recolectarlo, oxigenarlo, descontaminarlo y regresarlo a las camas de siembra, reduciendo así el gasto de agua en beneficio de la comunidad, el medioambiente y el sector productivo.

Todos esto es sólo una muestra de la calidad de los trabajos investigativos creados en el país; no obstante, muchos han ido a parar al cajón de las grandes oportunidades olvidadas o desperdiciadas por falta de interés de los trabajadores del agro, por ausencia de apoyo empresarial y por una escasa e inadecuada divulgación. Tal situación ocurre con una poderosa herramienta denominada **Biotecnología Agrícola o Agrobiotecnología**, la cual aun no encuentra eco entre los productores del campo a pesar de que posee las características necesarias para convertirse en uno de los hitos en la historia agropecuaria del mundo. Consiste en un proceso de investigación que posibilita el mejoramiento genético de las plantas a través de otros organismos vivos, con base en la biología celular y molecular, lo que permite obtener la planta que se requiera con las cualidades que se deseen; por ende, la agrobiotecnología no es más que agricultura a la carta. Sin embargo, como la sociedad rural es culturalmente rutinaria y conservadora, esta prometedora realidad ha recibido poca aceptación. Es una situación que ha ocurrido muchas veces en el pasado con otros desarrollos, desde mismo el momento en que la ilustración puso sus ojos en el campo hace más de tres siglos, y siempre los miedos terminaron superados por la certeza de los resultados, aunque se necesitaron muchos años para lograrlo; incluso, hay regiones del planeta donde aun priman los sistemas productivos milenarios. Así que para la agrobiotecnología no será fácil ni pronto el tomar posición y dominio tanto del sector productivo como del gusto de la sociedad.

Frente a los temores que existen, la Asociación de Biotecnología Vegetal Agrícola (Agro-Bio), afirma que “debido a que el ADN y sus procesos celulares son tan específicos, los productos biotecnológicos pueden ofrecer solución a problemas con menores consecuencias inesperadas que otras prácticas o procesos. Es por esto que las mejores palabras para describir la biotecnología moderna son específica, precisa y predecible” (2009, p. 3). De esta manera, se asegura el control total de las variables que normalmente afectan la producción, como las plagas y enfermedades de los cultivos, el clima, la calidad de la tierra, el riego y la eficiencia de la semilla, además de cosechas constantes y libres de riesgo, permitiendo que los agricultores realicen su trabajo sin obstáculos en el camino.

A través de la biotecnología se obtienen los Organismos Genéticamente Modificados (OGM), también llamados transgénicos o biotecnológicos, considerados el futuro de la agricultura y, por lo tanto, de la producción de alimentos. Ellos han estado presentes en el mundo desde 1996 y hoy día, según el Servicio Internacional para la Adquisición de Aplicaciones Agrobiotecnológicas (ISAAA), facilitan la vida a más de dieciocho millones de agricultores, de los cuales 16,5 millones, que equivalen al 91,6 por ciento, son agroproductores de bajos recursos. Todas esas personas siembran 175,2 millones de hectáreas repartidas en veintisiete países; de ellas, diecinueve son naciones en desarrollo y cosechan el 54 por ciento del total de la producción transgénica en el mundo, siendo Brasil el mayor representante de este grupo al sumar 40,3 millones de hectáreas durante el 2013. Sin embargo, el país que encabeza la lista mundial es Estados Unidos gracias a sus 70,1 millones de hectáreas, cultivadas principalmente con soya, algodón y maíz transgénico, del cual ya se han sembrado más de cincuenta mil hectáreas de una nueva variedad que es resistente a la sequía (2014, 13 de febrero, pp. 1 - 3). Otras plantas que hacen parte de la agrobiotecnología son la canola, la papaya, la remolacha, la papa, la calabaza, la alfalfa, el pimiento, la remolacha azucarera, el tomate, la berenjena, el arroz dorado y la caña de azúcar, esta última también resistente a la sequía.

En el escalafón de ISAAA Colombia finalizó el 2013 en el puesto número dieciocho y es el tercero en Suramérica detrás de Brasil y Argentina. El país entró en la onda de los transgénicos en el 2002 gracias a la ley 740 de ese mismo año y es supervisado por un grupo que nació mediante el decreto 425 de 2005 conocido con el nombre de Comité Técnico Nacional de Bioseguridad para OVM [Organismos Vivos Modificados] con fines agrícolas, pecuarios, pesqueros, plantaciones forestales comerciales y agroindustria. La primera planta transgénica que se sembró fue el clavel azul y desde entonces, y tras doce años, sólo se han introducido tres especies más: El algodón en el 2003, el maíz en el 2007 y las rosas azules en el 2009. Actualmente, Colombia cuenta con 102.019 hectáreas transgénicas distribuidas en veinte departamentos, principalmente en la región norte y central del país y en una menor proporción en los llanos y en la costa pacífica, con un predominio general del maíz, producto que en el 2013 sumó 75.094 hectáreas, seguido por el algodón con 26.913 y las flores con apenas 12 hectáreas (Agro-Bio, 2014). Vale la pena destacar que ese año el 15 por ciento de todo el maíz cosechado fue transgénico al igual que el 85 por ciento del algodón (Uscátegui, 2014, 13 de marzo). A esos productos se suma un pequeño grupo que aun permanece en etapa de investigación y evaluación,

integrado por papa, yuca, caña de azúcar, algunos pastos, café y arroz, lo que permite prever que en algunos años la agrobiotecnología será una alternativa productiva y competente dentro del país no sólo para la generación de alimentos sino también para la de algunos subproductos como los biocombustibles.

De acuerdo con Agro-Bio, los OGM pueden ser fundamentales para la humanidad, ya que posibilitan el desarrollo de una agricultura sostenible y ayudan a mejorar la calidad ambiental del planeta, pues contribuyen a reducir el uso de agroquímicos y, por lo tanto, a disminuir la emisión de gases de efecto invernadero; además, y entre otras ventajas, evitan el deterioro de la calidad de suelo ocasionado por actividades de excesiva labranza, reducen los desechos de origen orgánico gracias a que facilitan los procesos de rumen en los animales que consumen alimentos de origen transgénico, se pueden cultivar en tierras consideradas como improductivas y mantienen la diversidad biológica sin detrimento de la producción agropecuaria, puesto que “los agricultores pueden producir cantidades cada vez mayores de alimentos sin aumentar el uso de tierras de cultivo, y esto tiene un impacto positivo en la protección de los hábitats de la vida silvestre” (Agro-Bio, 2009, p. 15). Esos postulados son ratificados año tras año por las cifras de ISAAA, que en su más reciente informe global reportó grandes avances en la relación de los OGM con lo social y el aspecto medioambiental:

Disminución de costos de producción y aumento de productividad (estimada en 377 millones de toneladas) con un valor de 117 mil millones de dólares americanos; beneficios medioambientales con eliminación de la necesidad de 497 millones de kilogramos (a.i.) de pesticidas; reducción de emisiones de CO<sub>2</sub> de 27 mil millones de kilogramos solamente en 2012 (el equivalente a quitar de circulación 12 millones de autos por un año); conservación de la diversidad biológica salvando 123 millones de hectáreas de ser usadas para producción agrícola en el periodo 1996 a 2012; alivio de la pobreza de 16,5 millones de agricultores pequeños y familias agrícolas con un total de más de 65 millones de personas (2014, 13 de febrero, p. 3).

En conclusión, esta es la revolución agropecuaria del siglo XXI, tal como lo dijo Ellen Kullman mientras era presidenta de la multinacional DuPont, empresa que dedica parte de su presupuesto a la producción de semillas transgénicas; ella aseguró que mediante esta tecnología “se puede producir más con menos” (Citada en *El Tiempo*, 2010, 25 de septiembre, Sección N° 3, p. 10). Es claro que la agrobiotecnología es una realidad que ya no se puede desconocer y su

objetivos, incluso, van más allá de lo meramente productivo, como ocurre con una variedad de tomate creada en los Estados Unidos a la que se le incluyó una molécula que actúa como el colesterol bueno y que según la FAO ha mostrado buenos resultados en las pruebas de laboratorio con ratones: “Presentaban menos inflamación, mayores niveles de la enzima paraoxonasa (asociada con el colesterol bueno y con menor riesgo cardíaco), mayores niveles de colesterol bueno y menos placas ateroscleróticas” (2013c). Aparentemente todas las bondades de esta tecnología se ajustan a lo que requiere la producción agropecuaria con el fin de enfrentar los pálidos pronósticos que hay para la mitad del presente siglo en cuanto a seguridad alimentaria y bienestar humano.

Sin embargo, en asuntos de OGM no todo es tan paradisiaco como parece. Hoy día existen voces que han desatado una ardua lucha en su contra, en especial por parte de grupos ambientalistas y científicos que desconfían de todo lo que se propala alrededor de las maravillas de la manipulación genética en plantas y animales, pues temen las consecuencias que puedan surgir con el paso del tiempo tanto para la salud humana como en el equilibrio medioambiental, vislumbrando a la vez el fin de la milenaria agricultura tradicional. Es el caso de un investigador de la facultad de medicina de la Universidad de Buenos Aires quien hizo una preocupante denuncia en relación con los cultivos de soya transgénica en Argentina: “Se han detectado incremento de casos de cáncer, malformaciones y abortos, en regiones cercanas a donde se cultiva este alimento. La semilla que comercializa Monsanto está asociada al uso del herbicida glifosato, al cual se le atribuyen tales efectos en las poblaciones” (Carrasco citado en FAO, 2012c). También se han registrado quejas frente al aislamiento de los sembradíos de los OGM, puesto que el polen de esos cultivos puede ir a parar a las zonas adyacentes y eso implica la posible creación de plantas híbridas de difícil control que terminen alterando no sólo la flora sino también la fauna silvestre. En tal sentido, ya se habla de la incidencia del maíz transgénico mejicano en el hábitat y los comportamientos de la mariposa monarca, especie que es emblemática de ese territorio.

Dicha situación también ha tocado el intercambio comercial entre países. En el 2011 algunas colmenas chilenas resultaron afectadas por siembras transgénicas cercanas y, por ende, se contaminó la miel enviada hacia Alemania, hecho que le costó a los australes una parte del mercado europeo, teniendo en cuenta que allí “existe tolerancia cero para la presencia de transgénicos en semillas, a diferencia de los rasgos de transgénicos en los alimentos procesados,

en los que el umbral es de 0,9%” (FAO, 2013d). Ese límite tan bajo le ocasionó un problema similar a México, nación que es la sexta productora y la cuarta exportadora mundial de miel, producto en el cual fue hallado polen de los cultivos de soya transgénica (*BBC Mundo*, 2014, 11 de febrero). No obstante, hay quienes afirman que el problema va mucho más allá de un aspecto biológico y sanitario. Así lo piensan los integrantes de la ONG Greenpeace, para quienes la agrobiotecnología es una herramienta que sólo sirve para “asegurar que la industria obtenga el monopolio de las semillas que alimentan el mundo” (Citada en *El Tiempo*, 2010, 27 de febrero, p. 8). De ahí que exista el temor a que esto se convierta, además, en una fuente de control político, económico y social, ya que infortunadamente, y como ocurre con muchos medicamentos para la salud humana, las semillas transgénicas le pertenecen a un reducido grupo de multinacionales y, por lo tanto, la alimentación de los seres humanos, que es una necesidad suprema y un derecho vital, podría quedar de manera exclusiva en manos de la empresa privada.

Es claro que este es un asunto en el que aun hay mucho por hacer y debatir, ya que en relación con los transgénicos “el riesgo cero no existe y menos en alimentación, pues la población humana no es homogénea” (Agro-Bio, 2009, p. 10). Tampoco lo son las sociedades que integran un mundo que progresa día tras día sin dejar de lado su carácter conservador ante el riesgo que representa lo novedoso. La historia ha demostrado, tal como sucede en la actualidad con la biotecnología agropecuaria, que el instinto de supervivencia natural ha hecho que exista cierta inquietud y rechazo frente a esos símbolos evolutivos que al final han sido de gran importancia para el desarrollo de la humanidad. Entonces, ¿será que las personas del futuro terminarán alimentándose como lo hacen los astronautas y se hablará de una agricultura encapsulada hecha en un laboratorio? Por ahora, la cuestión es saber si esta vez el poder creador del ser humano también triunfará y, ante todo, qué tipo de sociedad se podrá construir a partir de ello, teniendo en cuenta que el presente del agro se solaza sobre jardines de cifras esperanzadoras que, sin embargo, crecen bajo la niebla de una extensa página de estadísticas plañideras.

### ***El breve viaje a las reliquias de un viejo agricultor***

Cuestionar el presente y el futuro de la producción agropecuaria es un ejercicio cuyas respuestas no están escritas ni en los campos del ahora ni en los surcos premonitorios del tiempo por venir. Un caso ejemplar y paradójico es el de la agrobiotecnología, que siendo hoy día novedad y futuro del agro es también su ayer, más exactamente su origen. Resulta extraño, pero es cierto. Entonces, se podría pensar que el agro aun está en el mismo punto donde empezó, aunque ya no es el mismo, porque el transformarse es parte de su esencia. Lamentablemente, una visión utilitarista impidió identificar y conocer esa virtud desde el inicio para poder aprovecharla y, por eso, hasta el siglo XVII se vio al campo apenas como un medio de subsistencia, obviando el potencial de la estructura viva que había adentro y que ha sido la misma desde el principio, mucho antes de que fuera agro y pecuaria y de ese hipotético origen anclado al final de la era glacial en medio de lo que la arqueóloga británica Dorothy Garrod llamó en 1932 como la cultura Natufiense en homenaje al primer yacimiento humano, hallado en Israel, conocido como Uadi-en-Natuf.

Y cuando se observa que el porvenir está irremediabilmente marcado por el pasado hay que regresar necesariamente a las huellas, a las pistas que el agro ha ido dejando en el camino, que eran su forma de presentarse ante una humanidad que ni siquiera sabía cómo autodefinirse. De ahí que sea de tanto valor el exhaustivo trabajo que ha hecho la ciencia para escudriñar el tiempo y que la ha llevado a hundirse en el aroma viejo de las inveteradas planicies de lo que el arqueólogo James Henry Breasted denominó como el creciente fértil, que es una área ubicada entre África y el Medio Oriente, empezando en el valle del río Nilo en Egipto y desplazándose por una región que toma la forma de medialuna a través de la Franja de Gaza, Cisjordania, Israel y Siria para bajar por los ríos Tigris y Éufrates hasta el Golfo Pérsico; es un recorrido tórrido que también abarca zonas de Irán, Irak, Turquía y el Líbano. Dicen los expertos que hace más de once mil años en algún lugar de ese vasto territorio, que no lucía tan árido como hoy, presumiblemente en la zona que comprende las ruinas de Göbekli Tepe y las montañas de Karaca Da en Turquía, hubo un extraño y maravilloso acontecimiento en el que se produjo el encuentro de dos clases de trigo silvestre que se fusionaron para producir la primera semilla genéticamente modificada con la cual se cree que nació la agricultura (Mann, 2011, junio, p.3).

No se sabe a ciencia cierta cómo ocurrió ese suceso; sin embargo, existen teorías que se atreven a explicarlo. La primera proviene del geógrafo estadounidense Carl Ortwin Sauer, publicada en 1952; luego está la de su compatriota, el profesor y genetista Jack Rodney Harlan, quien habló del tema en 1975, y la última es la de otro genetista, el inglés John Gregory Hawkes, cuya hipótesis data de 1984. Ellos, con excepción quizás del trabajo de Sauer, tuvieron como referente una investigación titulada *On the origin of some cultivated field crops*, escrita en 1916 por el botánico alemán Th. H. Engelbrecht, pero dada a conocer apenas en 1956 gracias al británico Cyril Dean Darlington, en la que se plantea que el agro se originó mediante un par de eventos de carácter fortuito.

Engelbrecht, Sauer y Hawkes coinciden en que surgió por acción de los primeros depósitos de basura, creados cuando las personas se volvieron sedentarias, ya que la acumulación de desechos orgánicos que iban arrojando cerca de las viviendas terminó por formar un sustrato rico en elementos químicos en el cual germinaron plantas a partir de algunas de las semillas o trozos de raíces que recolectaban para alimentarse y que posteriormente dejaban allí. Seguramente, la capacidad de observación humana permitió la racionalización del proceso que se desarrollaba en esos lugares y, entonces, hombres y mujeres comenzaron “a recolectar las semillas y raíces comestibles, para gradualmente domesticarlas y traerlas como cultivos” (Castillo, Estrella y Tapia [edits.], 1991, p. 26). Esa capacidad para imitar la naturaleza se sumó a la curiosidad que mueve el pensamiento creativo con el fin de generar el capital tecnológico primitivo que se necesitaba para producir vida. Entonces, nació la agricultura y esta dio origen al ser humano intelectual.

Por otro lado, Hawkes y Harlan creían que de forma paralela al efecto sustrato había ocurrido un proceso biológico en las zonas de siembra que contribuyó sustancialmente al inicio de la producción de alimentos. Para ellos, la interacción y el cruce constante entre las plantas cultivadas y algunas especies silvestres, también llamadas malezas o arvenses, creó variedades cada vez más fuertes consolidando con el paso del tiempo una semilla predominante. Esto ha sido llamado como “complejo maleza - cultivo” y Harlan se apoya en él para concluir que las malezas han jugado un papel muy importante en la evolución de la agricultura: “Ellas han servido como reservas de genes, para periódicamente inyectar porciones de estos dentro de los cultivos, favoreciendo el incremento de la variación, heterocigosis y heterosis. Es posible que muchas de nuestras plantas cultivadas no hubieran sobrevivido o no hubieran sido domesticadas

sin el soporte genético de sus malezas cercanas” (Citado en Castillo, Estrella y Tapia [edits.], 1991, p. 25). A eso se suma otro ingrediente que Harlan concibe como una domesticación difusa o acéntrica para explicar que el agro no se desarrolló de forma focalizada e independiente en pequeñas comunidades sino que se construyó a nivel de culturas interconectadas; es decir, pensaba en la existencia de amplios territorios con preponderancia de algunas especies, lo que motivó que se dieran los primeros intercambios de alimentos y se socializaran sus métodos de cultivo permitiendo que por ejemplo se extendiera el arroz por Asia, el trigo dominara Europa y el maíz reinara en el continente americano. De esta manera, se puede afirmar que los centros de origen son “consecuencia de la actividad continua de los pueblos agrícolas que, por los cambios que produce la misma agricultura, (aumento de la población, división del trabajo, comercio, etc.) adquieren un cierto tipo de organización que termina produciendo los llamados, con razón, *Imperios agrícolas*” (Cubero, 2002, p. 18). Por lo tanto, y como parte de su esencia evolutiva, fue la misma naturaleza la que promovió la primera siembra y su posterior mejoramiento genético de la mano con las comunidades protoagricultoras, quienes fueron aprendiendo de ella y, de manera intuitiva, contribuyeron a su éxito. Esto, por demás, resultó ser la primera prueba de que la naturaleza siempre ha sido más sabia que cualquier hombre o mujer.

Y aunque la historia pone al cultivo del trigo como el inicio del agro, hay otras teorías que plantean una idea diferente. Al parecer, la humanidad se preparó para convertirse en agrícola desde los últimos años del Paleolítico, cuando empezó la sedentarización y aun no se cultivaba nada, pues “en las aldeas protoneolíticas de Siria-Palestina se han encontrado hoces para segar gramíneas salvajes que después almacenaban; esta actividad no es ya la simple recolección” (Lévêque, 1991, p. 10). De igual manera, cada descubrimiento de cerámica en la China ha ilusionado a la ciencia con darle al cultivo del arroz el título que ostenta el trigo, como sucedió con un hallazgo reciente en la cueva de Yuchanyan, en la provincia de Hunan, el cual tendría entre 17.500 y 18.300 años de antigüedad, casi siete mil años antes que el trigo (Palmer, 2009, 1º de junio). Pero aquello es sólo una hipótesis que se ha mantenido vigente debido a que “muchos arqueólogos pensaban que el cocimiento del arroz pudo haber conducido a los orígenes de la cerámica” (Lu citado en Liu<sup>a</sup>, 2007, p. 380). Por ende, entre más arcaicos fueran los recipientes encontrados igualmente lo sería el agro; sin embargo, aun no hay pruebas certeras que permitan marcar ese inicio en un tiempo anterior al trigo y, por lo tanto, la datación más antigua de arroz, conocida como variedad *Oryza Sativa*, se mantiene en una fecha cercana a los 8.500 años a.C.,

según los restos hallados en las vasijas de Shangshan, en cuya “cerámica y arcilla cocida se han encontrado cáscaras de arroz y fragmentos de hojas carbonizadas” (Liu<sup>a</sup>, 2007, p. 384). En China aun hay mucho por explorar y, por eso, cada vez que aparezca cerámica prehistórica habrá la esperanza de hallar la evidencia anhelada y, con ella, poner a esa nación como madre de la agricultura.

En este tema hay algo que vale la pena resaltar y tiene que ver con el uso que se daba a las vasijas. En el 2012 el descubrimiento de cerámica con cerca de veinte mil años de antigüedad en la cueva de Xianrendong, ubicada en la provincia de Jiangxi, demostró que los recipientes eran utilizados “para cocinar alimentos o fermentar alcohol” a partir de las plantas y semillas que recolectaban de manera silvestre (Ghosh, 2012, 29 de junio). Esto se relaciona con la hipótesis de un investigador de la Universidad de Harvard, quien considera que todo lo que se preparaba en aquellos recipientes era “cocido al vapor o hervido” usando agua (Bar-Yosef citado en Ghosh, 2012, 29 de junio). Esta idea coincide con los resultados de otras indagaciones en cerámicas chinas del final del paleolítico y el holoceno temprano, que fueron halladas con rastros de caracoles, lo cual ha hecho creer que aquellos mariscos se extraían hirviéndolos dentro de esos recipientes (Liu<sup>a</sup>, 2007, p. 380). De esta manera, el trabajo de la arqueología en Asia ha planteado la existencia de una paradoja, pues demuestra que la culinaria nació casi siete mil años antes que la labor agropecuaria, cuando lo que se pensaba era que la producción de alimentos había contribuido a promover el inicio de las primeras cocinas tras la domesticación de las plantas y animales y la conversión de los hombres y mujeres en aldeanos.

Ahora, visto a las luces del presente, el lapso de tiempo que existe entre la creación de la cerámica más antigua que ha sido hallada y el inicio del agro parece una eternidad. ¿Cuántas vasijas se habrán hecho durante más de siete mil años? Además, es posible que ellas no se hubieran usado sólo para cocinar; seguramente debió haber existido algún otro fin como, por ejemplo, guardar parte de los alimentos que recolectaban. Entonces, si esas personas dejaban allí semillas, ¿por qué no creer que éstas, en las condiciones de humedad y oscuridad de las cavernas, hayan podido germinar dentro de los recipientes? Hay pruebas de que eso puede suceder. Lo enseña la técnica de los germinados de la agricultura urbana mediante la cual se producen plántulas que se consumen crudas tras su germinación para poder aprovechar sus propiedades nutricionales; esto se realiza, básicamente, bajo el mismo esquema cavernario: Semillas, un recipiente que permite la circulación del aire, un poco de agua y oscuridad. ¿Qué

podría haber pensado un hombre que ya racionalizaba su entorno al encontrar una semilla germinada en una de esas vasijas? Existen tres alternativas: Se arriesgaría a consumirla aunque luciera diferente a lo acostumbrado, la desecharía o intentaría regresarla a la tierra junto a otras plantas. En las tres opciones se practicaría la agricultura; por ende, este hubiera sido un modo posible para su origen. ¿Habrán servido las vasijas para mucho más que cocinar raíces o caracoles y se transformaron en el útero donde se originó la agricultura? Todo es posible.

En todo caso, lo que la cerámica representa es una visión de la forma en que los humanos primigenios fueron desarrollando utensilios y prácticas para favorecer, principalmente, su nutrición. Todo se ha hecho por la comida y de ahí se han derivado muchas otras invenciones o usos, ya que por ejemplo los alimentos se convirtieron en la primera moneda; por lo tanto, es mucho lo que el mundo actual le debe al agro y al estómago. En un principio, iniciaron haciendo ensayos “de selección de plantas y animales, y la fermentación como proceso para preservar y enriquecer el contenido proteínico de los alimentos” (Agro-Bio, 2009, p. 4); luego, transformaron sus descubrimientos en modelos esenciales y culturales alrededor de los cuales construyeron su cotidianidad. Algunos de ellos todavía perviven en actividades como la producción del pan, el queso, la cerveza o el vino, a los que se llega gracias al uso de bacterias como la levadura, que es la base de su fabricación. Esto prueba que el aprovechamiento de los microorganismos no es resultado de la ciencia moderna sino de un legado descubierto e implementado hace miles de años y que ha sido vital para el desarrollo de la sociedad.

Entonces, después de la domesticación del fuego y la invención de la agricultura y la consecuente evolución de los alimentos, que son los tres primeros hitos de la humanidad, la creación de herramientas agropecuarias se ubica en el cuarto lugar de la mano con lo que Jacobo Bronowski llamó “la revolución biológica” (1979, p. 60). Él afirma que “la agricultura sedentaria creó una tecnología de la que se nutre todo lo físico y lo científico” (1979, p. 74). Una de las primeras fue la hoz, usada para segar pastos y trigo, que consiste en una media luna con filo en su borde interno y un mango para operarla. Su figura imita al brazo arqueado y seguramente este fue el modelo para su diseño, lo cual indica, además, la forma en que los recolectores del paleolítico arrancaban las plantas que usaban como recurso o alimento antes del surgimiento del agro. Las piezas más antiguas que se han hallado con estas características tienen alrededor de seis mil años y estaban construidas en pedernal (Asociación Española para la cultura, el arte y la educación [Asocae], 2010). Por lo tanto, y aunque la aparición de los metales le otorgó una

nefanda utilidad como arma de guerra, la hoz quedó ligada a la agricultura para siempre y hoy día es el símbolo más representativo de los trabajadores.

No obstante, esa no fue la principal herramienta que se inventó en el tiempo antiguo. La más importante, desde entonces y quizás hasta el presente, es el arado. Esto sucedió entre los años 6.000 y 3.500 a.C. en Mesopotamia y Egipto. Pictogramas de la época lo representan como un palo con la figura de una Y “que se empleaba en forma similar a una azada o azadón para preparar la tierra para la siembra. Pinturas posteriores muestran una rama del palo que se dejaba más larga, formando una especie de timón para que los esclavos pudieran tirar del apero introducido en el suelo” (Gifford, 1993, p. 7). Se cree que el arado se originó en la azada o azadón, que a su vez nació a partir del uso de una vara de madera; es una herramienta de maravillosa simpleza que se sustenta apenas en una cuña para dividir el suelo, una palanca de arrastre y una fuerza externa, siendo trascendental para el cultivo de alimentos, pues el surco es la base de toda siembra.

Se decía en el pasado: “Dadme una palanca y alimentaré la tierra” (Bronowski, 1979, p. 77). Esta sentencia aun gobierna en el planeta agro, pese a la potencia y envergadura de los modernos tractores, ya que el principio del arado pervive en ellos. En ese sentido vale la pena rescatar el aporte de la ganadería, que se convirtió en una extensión de la mano del hombre y en emblema de fuerza y poder. Por ende, así como el arado nació para dividir y crear la agricultura, también su capacidad de ligar resultó clave para darle vida a lo agropecuario gracias al yugo que se usaba en los bovinos, palabra cuyo origen es el latín *iugum*, que significa, precisamente, unión. La aparición de esta pieza en el año 3.000 a.C. le dio un nuevo cariz al ganado, mostrándolo ya no sólo como una fuente de alimento sino como una herramienta viva para propiciarlo y, por lo tanto, se convirtió en parte de la actividad productiva, puesto que su fuerza de arrastre facilitaba la siembra en grandes extensiones, mientras a su paso iba abonando la tierra. Por eso, muchos años después, en el albor del siglo XIX, aquella conjunción llegó a ser vista como representación de poder económico, político y social cuando se reclamaba desde las páginas del *Semanario de agricultura y artes dirigido á los párrocos*, uno de los principales periódicos agropecuarios de España, que “si hubiera algo de juicio en la eleccion de los emblemas de la nobleza, se tomaria por armas un arado en un campo fértil, en lugar de adoptar aguilas, leones, lobos y leopardos en campos de oro ó plata” (1802, 25 de noviembre, p. 339). Se puede decir, entonces, que en

cuestiones de agro el arado lo es todo y que cuando la humanidad aprendió a domesticar y enfocar su creatividad entorno a la labor agropecuaria también encontró su destino.

A los habitantes del neolítico les fue tan bien con la idea de utilizar animales en las labores productivas y en la obtención de pitanza que pronto extendieron su dominio sobre otras especies con características y beneficios similares, hecho que fue el quinto hito de la humanidad. Inicialmente, aprendieron domeñando al perro, hace algo más de catorce mil años, y lo adaptaron como compañía. Posteriormente, cerca del año 8.500 a.C., conquistaron a los bovinos, según una investigación hecha por un equipo de científicos europeos, con base en pruebas de ADN, quienes hallaron la existencia de una pequeña manada de gigantescos uros o bueyes salvajes que pudo haber sido la primera especie usada con fines productivos (Phys.org, 2012). Luego, cerca del año 8.000 a.C., dominaron a la cabra; alrededor del 7.000 a.C. introdujeron a su dieta al cerdo y la oveja; mil años después, entre el 6.000 y el 5.500 a.C., los chinos domesticaron al gallo y la gallina; entre el 4.500 y el 3.500 a.C., los asiáticos lograron amansar al caballo, mientras que los amerindios lo hicieron con la llama y la alpaca; en el 4.000 a.C. fue el turno para el asno; en el 3.000 a.C. se apropiaron de la fuerza del dromedario y el búfalo y medio siglo después le tocó al camello (Rischkowsky y Pilling [edits.], 2012, pp. 12 - 16). Por lo tanto, cuando terminaron de domesticar a este último los asentamientos agropecuarios ya tenían señorío sobre nueve especies, cuatro de ellas con lomos poderosos, productivos y nutritivos, suceso que trajo, además, ganancias, porque desde entonces más que alimento esos seres han connotado riqueza. De acuerdo con la FAO, el resultado de esa domesticación no fue arbitrario y más bien ha sido resultado de un proceso selectivo que dependía de una serie de características que se volvieron requisito:

Ausencia de agresividad contra las personas; fuerte instinto gregario, que incluye los modelos de jerarquía dominante de líder-seguidores, y que permite que un humano asuma la función de líder; tendencia a no asustarse cuando se les molesta; y capacidad para reproducirse en cautividad; así como ciertas características fisiológicas: consumo de una dieta que los humanos puedan proporcionar fácilmente (motivo por el que predomina la domesticación de herbívoros frente a carnívoros); rapidez de crecimiento elevada; intervalos breves entre nacimientos; y tamaño de camada elevado (Diamont citado en Rischkowsky y Pilling [edits.], 2012, p. 10).

Esto argumenta la razón por la cual la humanidad sólo pudo domesticar quince de las 148 especies no carnívoras que ha tenido a su disposición en más de doce mil años; de ellas únicamente seis se hallan en todos los continentes: Los bovinos, la oveja, la cabra, el cerdo, el asno y el caballo. Igual sucede con las aves, ya que hay apenas diez domesticadas entre diez mil posibles, una estadística muy baja en la que reinan ampliamente el gallo y la gallina (Rischkowsky y Pilling [edits.], 2012, p. 6). Y a pesar de que las cifras parecen demeritar el esfuerzo y la astucia de los hombres y las mujeres del pasado remoto, el esfuerzo fue suficiente para descubrir que al controlar la potencia de los animales y al aprovechar los recursos e insumos que estos proveían, también podían domesticar el mundo a su antojo. Fue un acto sublime de soberanía.

Y ese ideal alcanzó un punto crucial para el desarrollo de la sociedad cuando entró en escena la versátil belleza del caballo, visto en un principio como una “criatura nueva y aterradora, un fenómeno de la naturaleza” (Bronowski, 1979, p. 80). La polenta del animal determinó una actitud de adoración y respeto hacia él que luego dejaron plasmada mediante el arte rupestre en muchas de las cavernas del paleolítico; ejemplo de ello son las cuatro magníficas representaciones halladas en la cueva de Chauvet, en el valle francés de Ardeche, realizadas con carboncillo de pino hace 32.000 años, siendo hasta ahora las más antiguas del mundo con esas características (De Azúa, 2008, 13 de septiembre). También en Francia, en la región pirenaica, está la cueva Pech Merle que tiene alrededor de veinte mil años y siete imágenes de equinos, en la cueva de Gabillou hay cincuenta y nueve, en la Rouffignac dibujaron catorce, en la doble caverna de Les Camberelles existen ciento dieciséis figuras y en la famosa cueva de Altamira se inventariaron veintiséis (Agüera, 2008, pp. 9 -10). Todas estas son pruebas irrefutables de la atracción que siempre ha sentido el ser humano por el caballo, pues fue el único animal de uso agropecuario que trascendió luego de haber sido parte de sus antiguas deidades.

Sin embargo, pasaron muchos años para que la humanidad se apoderara del espíritu del mito. De acuerdo con una investigación de la Universidad de Cambridge, los habitantes de las estepas ucranianas así como los del sureste de Rusia y los del oeste de Kazajistán fueron quienes prefirieron domesticar los caballos antes que dibujarlos y adorarlos (Paleoramanoticias, 2012). Incluso, cerca del año 3.000 a.C. ya los usaban como máquinas de guerra para conquistar territorios; por ende, “disponer de buenos caballos constituía un elemento crucial para una potencia militar. Como consecuencia, esta especie dominó el comercio de recursos genéticos

durante siglos” (Rischkowsky y Pilling [edits.], 2012, p. 54). No obstante, el hallazgo de restos equinos en el yacimiento de Botai, al norte de Kazajistán, ha demostrado que la doma con fines agropecuarios pudo haberse iniciado mucho antes, cerca del 3.500 a.C., pues hay pruebas de que el caballo era “adaptado al clima y a la ecología de la zona para conseguir bebida, carne y transporte. El análisis de materiales orgánicos en fondos de vasijas indicaría que éstas habían contenido leche fermentada procedente de estos herbívoros” (Carbonell, 2009, 16 de marzo). Entonces, gracias a esto y a las diversas confrontaciones armadas el uso del caballo se extendió por Europa donde tuvo gran acogida y se le asignó un rol doméstico que resultó significativo tanto para el agro como para el desarrollo de la sociedad.

Al principio no fue fácil la adaptación de los equinos al trabajo del campo; por ejemplo, su estructura física no se acoplaba a la yunta del arado, puesto que tenían que fijarla sobre la cerviz “mediante cintas que rodeaban el cuello. Cuando el animal tiraba cosas pesadas o lo hacía con más rapidez, tendía a asfixiarse” (Peña, 1993). Esto motivó un cambio que fue definitivo al pasar de la sogá en el cuello a la anilla en la nariz o en el lomo y de allí a la implementación del pasariendas y el bocado. Este último fue una pieza clave, pese a que tardó un poco en llegar, ya que se dice que se usó por primera vez en el año 2.300 a.C. en Mesopotamia, aunque hay quienes afirman que se empezó a desarrollar desde el año 4.000 a.C. en el norte del Cáucaso (Quesada, 2005, p. 17). En cualquier caso, lo importante es que su aporte fue fundamental para ejercer un verdadero dominio sobre el caballo y aprovechar de mejor manera sus cualidades:

Consiste en un dispositivo rígido que ocupa el espacio interdentario existente entre los incisivos y premolares maxilar (superior) y mandibular (inferior). Este dispositivo se mantiene mediante unos soportes laterales que lo acomodan a la boca e impiden su expulsión. Dichos soportes laterales, las camas, se adaptan a la comisura labial y también a los carrillos, para desde unas argollas, enlazar las riendas que controla el jinete. En principio el dispositivo utilizado como filete, sería de madera dura, hueso, asta, o de algún material lo suficientemente resistente como para soportar la presión y tracción de la boca del caballo, pero llegado la edad de los metales, sin duda, se impusieron estos otros materiales más resistentes (Agüera, 2008, p. 17).

El invento del bocado, que todavía sigue muy vigente, adquirió un mayor valor cuando se volvió complemento de la rueda, que es el sexto hito humano, cuyo movimiento fue importante para abrir los caminos del comercio y conectar el mundo conocido. Esta fue inventada entre el

año 3.500 y el 3000 a.C. en Mesopotamia y se realizaba de un bloque de madera maciza que luego se ubicaba a los costados de pequeñas carretas que eran tiradas por bueyes. Mil años después, los sumerios supieron sacarle provecho junto a la agilidad del caballo, hecho que fue un renacer para el equino, pues al dejar la yunta del arado se transformó en un vehículo de gran arraigo tanto para la guerra como para la mensajería y el transporte de personas, enseres, insumos y productos del campo, al punto que ese sistema aun circula por las calles de muchas ciudades del mundo, ya sea enalteciendo la figura de la carreta o como un recuerdo que exalta al animal cada vez que se mide la potencia de los motores en los modernos medios de locomoción.

Cuenta Bronowski que la sumisión de este animal fue algo tan supremo que al margen del control sobre el resto de la flora y la fauna se convirtió en el principal “acto simbólico del dominio sobre todo lo creado” (1993, p. 80). Así, con la domesticación del caballo y el aporte de la rueda, el trabajador agropecuario ya no producía “para el autoabastecimiento y para el sustento directo, sino para la comercialización. La producción comienza a tener fin en sí misma. Con la mejora de los medios de locomoción el campesino no se siente más atado al suelo sino que se avecinda al villorrio cercano primero y luego a la ciudad, de donde puede tornar diariamente a su campo de cultivo” (Peña, 1993). Por lo tanto, bajo ese paso grandilocuente que parece dialogar con los caminos mientras saluda al paisaje con el gesto cortés de su cabeza, el caballo fue dando apertura al desarrollo y a la expansión de las sociedades, tal como lo había hecho el fuego miles de años atrás, ocupando un lugar privilegiado en la vida y la historia del hombre durante muchos siglos hasta su declive, cuando la ciencia, gracias a la física y la química, lo reemplazó por una serie de piezas metálicas dentadas que dieron origen a la invención del carro a vapor, creado en 1803 por el estadounidense Oliver Evans (“Guía Temática”, 2003). De esta manera, el engranaje, como músculo representativo de la modernidad, modificó el papel del caballo en la cotidianidad humana permitiendo que se deificara un poco nuevamente.

El declive productivo del equino contrastó con el protagonismo de la rueda, que se tornó fundamental para las prácticas agropecuarias al volverse parte de la estructura básica dentro de algunos procesos mecanizados, principalmente en la multiplicación y control de la fuerza; es el caso de la “rueda con manivela para ascender baldes con agua de pozo, rueda de alfarero, rueda de rueca y la que comienza a utilizar la energía de la naturaleza: la rueda hidráulica, que consigue energía extraída de una corriente de agua, río o cascada. Esta última se utilizó para moler harina” (Cobiella, 2010). Desde ese tiempo, giro tras giro, la rueda ha hecho más

dinámicas y eficientes muchas actividades humanas y ha motivado esa capacidad de aprovechamiento del poder que hay en la naturaleza, como ocurrió con el séptimo hito de la humanidad: La domesticación del agua. Esta se dio en Mesopotamia gracias al abundante caudal de los ríos Tigris y Éufrates, región donde el ingenio de los agricultores transformó “las marismas fluviales en llanuras aptas para el cultivo. Asimismo, abrieron canales para la irrigación de los campos y el transporte de mercancías y construyeron una extensa red de cañerías para la evacuación de las aguas residuales de las ciudades” (Bargalló, 2005, p. 17). Los mesopotámicos sabían, como lo afirmaba el filósofo griego Tales de Mileto, que “todo es agua” (Schulz-Reiss, 2009, p. 29). Ellos comprendían que “todo cuerpo, alimento o germen poseía la cualidad de lo húmedo, siendo el agua su principio rector” (Diez de la Cortina, 2005, p. 2); entonces, su relación con el agro tenía que ser muy estrecha, pues sin agua no hay comida. Es por eso que cuando el agua dejó de ser un elemento más dentro del paisaje en muchos lugares del mundo se ofrendaba hasta la sangre para que no faltara; entre los que apelaron a estas prácticas estaban los celtas, los romanos, los egipcios, los incas y los mayas.

De ellos se destacan los egipcios, para quienes el agua representaba la vida. Era su transporte, su calendario, el reino de algunas de sus deidades, la carne para construir ciudades gracias a su cieno y la fuente de abono y riego para producir alimento; por lo tanto, resultaba sagrada. Parecía magia, pero en realidad hoy día se sabe que su actuar es muy sencillo, ya que es el detonante que despierta la semilla en su fase embrionaria o periodo de latencia mediante la imbibición, que es un proceso de hidratación necesario, puesto que la semilla antes de la siembra sólo posee entre el 5 y el 10 por ciento de su peso en agua. Por lo tanto, cuando esta “embebe agua se hincha, y en su interior se alcanza una presión considerable” que la lleva a romper la cubierta seminal y a buscar oxígeno para iniciar su desarrollo (Raven, Evert y Eichhorn, 1992, p. 381). Esto desencadena una serie de procesos para permitir que los nutrientes, a partir de enzimas y proteínas, junto a la incidencia del agua, el oxígeno y la temperatura del ambiente, produzcan la germinación y el crecimiento de las plantas. Por ende, sin el riego no podría existir ningún cultivo y los animales morirían; es por eso que desde tiempos remotos el control del agua se convirtió también en un símbolo de poder construido a través del agro.

Entonces, el agua hace visible lo agropecuario y aun no existe sustancia alguna que pueda reemplazar su aporte esencial para la vida y, por lo tanto, para la producción de alimentos. Se podría decir que la domesticación del agua es uno de los legados más importantes que han dejado

las comunidades antiguas, por encima, incluso, del inmenso valor que posee el arado en la historia del agro. Sin embargo, es un recurso no renovable que infortunadamente se ha ido perdiendo con el pasar del tiempo y el crecimiento de la población mundial debido a la destrucción de las fuentes hídricas, la contaminación de caudales, el desperdicio que realiza la sociedad y la deforestación. Lo peor de todo es que hoy día sólo el 3 por ciento del agua que existe sobre la superficie terrestre es apta para el consumo (Camilloni, 2014, 24 de mayo, p. 29). Sin duda alguna esta situación es una seria amenaza para la subsistencia humana y, además, es un riesgo doble, pues según las cifras de la FAO esto pone en duda el futuro de la actividad agropecuaria:

Para generar un sólo kilo de granos se requieren 1.500 litros de agua, y diez veces esa cantidad para producir un kilo de carne. Para producir alimentos que satisfagan las necesidades diarias de una persona se requieren alrededor de 3.000 litros de agua. La agricultura es la actividad humana que más utiliza el recurso hídrico: hoy el 70% de toda el agua que se extrae de acuíferos, ríos y lagos está destinada a la agricultura, comparado con un 20% por parte de la industria y un 10% para usos domésticos (Kiersch, 2013).

La cruda realidad que muestran estos números anuncia un escenario peor si se tiene en cuenta que la FAO considera que la disponibilidad de agua en el año 2050 disminuirá en un cuarenta por ciento (2012, p. 117). En conclusión, para esa época al agro le espera menos tierra para sembrarlo, menos agua para cultivarlo, menos manos para trabajarlo, y, por ende, menor producción. ¿Resistirá la humanidad algo tan traumático y caótico como lo es la falta de alimentos? ¿Acaso el agua y la comida serán el petróleo del futuro?

La incertidumbre del devenir existía también en el tiempo antiguo y se derivaba, precisamente, de la angustia ante la ausencia de agua. Hay que decir que hubo un momento en que esa cruenta realidad alcanzó mayor relevancia cuando se conceptuó la labor agropecuaria como un marco capaz de sustentar la organización social, ya no sólo como proveedora de alimento sino también como una máquina productiva que buscaba el bienestar físico como excusa para ostentar el poder político. Además, fue la primera vez que se marcaron linderos entre lo rural y lo urbano. Eso ocurrió en la antigua Grecia a través de los discursos de filósofos como Sócrates, Platón y Jenofonte, quienes reflexionaron acerca de la importancia e incidencia que tenía el trabajo del campo en relación con lo que ocurría en las urbes. Gracias a sus disertaciones

“la ciudad antigua del periodo clásico pronto se concibió así misma como un sistema lógico capaz de asociar un núcleo urbano con zonas cultivadas y con fines reservados a las actividades pastorales y de labranza” (Ames, Sagristani, Alesso, 2009, p. 161). No obstante, fue Jenofonte quien analizó con mayor detenimiento las particularidades y procesos de la labor agropecuaria para concluir que hacían parte de una estructura generadora de caudales, siendo el primero en referirse a la economía como la administración de las riquezas (Olmedo, 2009, p. 4). Ese es un concepto que elaboró durante su estadía en la finca de Escilunta, ubicada a cuatro kilómetros del templo de Zeus, en Olimpia, y descrita como una villa que “comprendía una pradera, unas colinas muy arboladas que mantenían jabalíes, cabras, vacas y caballos; de modo que hasta las bestias de carga de todos los asistentes tenían abundante alimento. En torno al templo (dedicado a la diosa Artemisa y ubicado dentro de la misma finca), había sido plantada una huerta con toda clase de árboles frutales” (Kitto, 2010, p. 236). Seguramente, Jenofonte halló en ese lugar el espacio perfecto para observar, experimentar y pensar.

En Escilunta, alrededor del año 360 a.C., ya se vivía el octavo hito de la humanidad que es la escritura. Allí, Jenofonte redactó un texto titulado *Economía* en el que registra la cotidianidad de la vida campestre y plantea el valor del trabajo de la tierra, tal como lo expresó en un capítulo llamado *Elogio de la Agricultura*: “¡Ah! ¡qué bien dixo el que dixo, que la agricultura era madre y nutriz de las demas artes! Si ésta se halla en buen estado, todas las artes florecen; pero si por algún infortunio se vé abandonada é inculta, las otras perecen, y casi totalmente cesa el comercio de mar y tierra” (Ruiz, 2010, p. 59). En ese documento el filósofo concebía al trabajo del agro como una forma de vida que puede proveer lo necesario “á la vida y á los placeres” (Ruiz, 2010, p. 53); pero, sobre todo, creía que era el medio adecuado para obtener ingresos y fortalecer la capacidad militar, política y económica del estado, ideal que ha primado por muchos siglos en la sociedad.

Sin embargo, a nadie se le ocurrió que antes de concentrar todo esfuerzo en la búsqueda de dinero mediante el agro había que preocuparse por mejorar y organizar los procesos y actividades que lo conforman; obviamente, eso podría ayudar a aumentar las ganancias. Hubo que esperar hasta el siglo XVI para que lo dijera el francés Olivier de Serres, cuyo planteamiento lo llevó a ser reconocido como el padre de la agronomía, pues fue el primero que juntó en una misma obra todas las partes de la agricultura tomando como base el conocimiento que había adquirido a través de escritos antiguos (Álvarez, 2010, p. 347). Serres creía en la necesidad de

estructurar y aplicar técnicas específicas para mejorar la eficiencia y calidad en la producción de los cultivos; por ejemplo, fue el pionero en hablar de la importancia del abono para mejorar la calidad del suelo, ya que según decía “aviva, muelle y comunica la soltura necesaria a las tierras” (Legrand, 2008, p. 2); además, se caracterizó por darle orden a los procedimientos que componen el agro y por su gran interés en los detalles que pueden llevar al fracaso o al éxito una determinada siembra, como lo dejó plasmado en el año 1600 a través de su libro titulado *Le Theatre d’agriculture et Mesnage Deschamps*, donde le dice al agricultor:

Los árboles de hueso y frutales se sembrarán quando las pepitas, aunque no del mismo modo, porque conviene ponerlos en surcos de quatro dedos de profundidad, y a quatro dedos tambien de distancia uno de otro. Los surcos se harán en línea recta con una azadilla, y el fondo de ellos se colocarán los huesos y frutos con la punta hácia abaxo, y no al contrario, para que el germen salga con comodidad [Los huesos son semillas de cáscara dura como el durazno]; pero atendiendo á que podria hacerse al revers la operación, es mejor sembrar los huesos y frutos de plano, porque de esta manera germinarán tambien cómodamente. Los frutos que se siembran son las almendras, nueces, avellanas y castañas, y conviene echarlos en la tierra como son en sí, esto es sin ofenderlos, ni romperlos; pero á los frutos carnosos como albaricoques, pérsicos &c., es preciso quitarles la carne para sembrar los huesos. Unos y otros es necesario que esten en agua tres ó quatro días, á fin de facilitar su nacimiento, y de que esten menos tiempo expuestos á los extragos de los insectos (Álvarez, 2010, p. 339).

Con su trabajo, el patriarca del agro francés demostró la importancia que hay en la integración del agro, la ciencia y la literatura en un mismo espacio así como el valor de la difusión del conocimiento para mejorar la productividad en el campo. Serres quizás resultó determinante para estructurar el discurso que adoptaría unos años después la agroinformación a través del periódico de sabios y tal vez pudo ser inspiración para otro científico galo cuyo mayor logro fue la divulgación de la ciencia para promover la revolución social: El famoso Denis Diderot, quien dirigió y escribió entre 1751 y 1772 un espléndido libro intitulado *Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*, construido junto a otros 140 autores, encabezados por Jean Le Rond d’Alambert, Jean-Jacques Rousseau y François Marie Arouet, también llamado Voltaire; la obra estaba compuesta por 17 volúmenes y 72 mil artículos y fue conocida como la enciclopedia

francesa (Díaz de la Serna, 2009, p. 169). Gracias a ellos y al desarrollo ilustrado la sociedad dio un paso determinante para su evolución, convirtiendo a la ilustración en el noveno hito humano.

En medio del voluminoso contenido de dicho texto también hubo un espacio dedicado al agro, ya que bajo las luces de la ilustración este cumplía una función social importante como “la primera, la más útil y la más extendida de las artes” (Diderot citado en Ginzo A., 1998, p. 58). Además, divulgar información agropecuaria era un acto contestatario, puesto que para la aristocracia francesa “nada era más ridículo que un hombre de campo; nada asustaba tanto a la nobleza como la necesidad o precisión de retirarse al campo. Se ignoraba que el trabajar la tierra fué la ocupación más noble” (Del Tiesto, 1836, p. 357). De ahí que al abrir las puertas del agro los enciclopedistas no sólo permitieron la difusión del conocimiento partiendo del soporte científico que promulgaban sino que también lo hicieron revalidando antiguos conceptos, como el del filósofo griego Sócrates, quien sentenció que “la labranza y el pasto son los dos pechos que alimentan el estado” (Del Diestro, 1836, p. 355). Entonces, poner agroinformación a la altura de otras áreas del conocimiento era desafiar una cultura de intelecto elitista para decirle a la clase dominante que las comunidades rurales eran sus pares; esa era una forma de hablar de igualdad. Por eso, y de acuerdo con Voltaire, “hacia el año 1750, la nación cansada de versos, de historias noveladas, de reflexiones más noveladas aún, de disputas teológicas sobre la gracia y las convulsiones, se puso finalmente a razonar sobre el trigo” (citado en Argemí, 1993, p. 16 y 17). Es claro que el encuentro del agro con el pensamiento francés fue un momento brillante que propició una agricultura ilustrada y el inicio de la interminable relación entre la conciencia de descubrir y el multiplicar consciente de las riquezas que hay en la naturaleza.

Entre quienes hicieron sus aportes a la redacción de los artículos de carácter agropecuario para *Monsieur* Diderot están los franceses Paul Thiry d’Holbach, Francois Quesnay y Anne Robert Jacques Turgot. Estos dos últimos, médico y filósofo economista respectivamente, fueron conocidos también como los padres de la fisiocracia, cuyo pensamiento impulsó el concepto de que el laboreo enaltecía al hombre y producía placer o bienestar, pues decían que “la tierra es la única fuente de riquezas, y la agricultura la que las multiplica” (Quesnay citado en Escartín E. y Velasco F., 2010). El término fisiocracia es de origen griego y significa gobierno de la naturaleza; fue creado por Dupont de Nemours para reemplazar el de doctrina agrícola que había sido propuesto por Quesnay, ya que no sólo implicaba pensar el agro en su esencia sino desde su relación con la nueva teoría económica, en especial lo concerniente a la economía rural (Ávila,

2004, pp. 73 - 74). A través de la fisiocracia se propuso un modelo sociopolítico condicionado por un orden natural en el que por primera vez en la historia moderna el sector rural estaba un escalón más alto que la urbe y planteaba una división en la que el agricultor encabezaba la estructura social seguido por los propietarios de tierras y luego por la clase estéril, compuesta por industriales, comerciantes, servidumbre y profesionales, ya que los fisiócratas creían que todo aquel “que no ara y no cultiva vive igual que los animales, limitado a recoger frutos y semillas que caen de los árboles” (Díaz de la Serna, 2009, p. 171). Por lo tanto, la fisiocracia ubicaba al agricultor en el puesto del rey, situación que, incluso, hoy día, podría tener el triste signo de la herejía.

Lo valioso de este sistema es que hace un aprovechamiento eficiente de las riquezas que provee la tierra, cuyos excedentes, que es lo que le sobra al agricultor después de satisfacer sus necesidades, impulsan una cadena productiva que da vida a la circulación del capital; es decir, mueve la economía. Esto ocurre porque el agricultor vende el excedente de sus cultivos como materia prima a la industria y al comercio y con el dinero paga el arriendo de la tierra; entonces, el arrendatario tiene dinero para comprar más terrenos, lo que genera más empleo, y puede adquirir las cosas que necesita en el comercio, el cual, a su vez, obtiene ingresos para poder abastecerse de la industria y esta última recibe dinero para comprar más insumos al agricultor, cuyo ingreso le sirve para producir más y reiniciar el círculo. Es una visión que aunque luce muy francesa tuvo una raíz ideológica concebida a la luz de la ilustración escocesa, cuya búsqueda del progreso social, a través de la ciencia, fue fundamental para llegar a la sociedad actual. Es innegable que la ilustración ha demostrado que la transmisión del conocimiento es el principio rector para la construcción del pensamiento y desde allí a todo lo imaginable; por supuesto, el campo no ha sido ajeno a sus beneficios, que han sido muchos y generosos. Por ende, no sería descabellado afirmar que desde la gran ínsula británica se forjó el desarrollo intelectual que dio a luz al agro moderno.

El fenómeno escocés surgió en 1707 cuando esta nación decidió unirse con Inglaterra, Irlanda y Gales para formar la Gran Bretaña. La consolidación de la ilustración como eje de desarrollo le permitió a Escocia lograr un avance político, social y económico conocido como la edad de oro escocesa, donde la universidad, como fuente de conocimiento, y con base en una posición política y religiosa moderada, sustentó el florecimiento de una serie de postulados encaminados a explorar la naturaleza humana “para averiguar las propiedades del ser, para profundizar en el

conocimiento de su conducta, para conocer su temple, para indagar en la esencia de sus facultades básicas y detectar cuáles son permanentes” (Wences, 2007, p. 21). Ese inusitado interés sociológico se realizó bajo el método observación-experimentación y con una visión netamente empirista a través de la cual “la configuración social y la formación institucional se explican a partir de causas naturales y culturales, alejándose así de la idea de que el hombre es capaz de diseñar racionalmente el complejo sistema de normas, jurídicas y morales, que rigen al mundo” (Wences, 2010, p. 49). Según decían, es la sociedad la que determina al hombre y no al revés; por lo tanto, impartían una educación que estimulaba la participación activa del alumno como ser social y lo sustentaban en “aspectos intelectuales (con la introducción, por ejemplo, del sistema newtoniano) y los de cariz práctico, obviamente muy atractivos para ese momento de desarrollo industrial en ciernes” (Rosales, 2005, p. 89). De esta manera, los escoceses fomentaban la visión de un mundo compartido, tangible y, por supuesto, potencialmente modificable para bien de todos.

El grupo de intelectuales que impulsó la ilustración escocesa estaba compuesto, entre otros, por profesores universitarios como Adam Smith, David Hume, Adam Ferguson, Francis Hutcheson y James Watt, quienes a partir de sus conocimientos y estudios hicieron aportes importantes a la filosofía, la ingeniería, la sociología y la economía, ciencia a la que Smith llamó “la mano invisible”, la cual resultaba vital dentro del modelo escocés, ya que se concebía como la base para el progreso de la nación (Rosales, 2005, p. 84). Además, la economía era el símbolo de una sociedad civil civilizada que había superado “la condición salvaje y preponderantemente agrícola y se ha configurado naturalmente como sociedad comercial” (Wences, 2006, p. 18). Pero ese aparente distanciamiento frente a lo agropecuario sólo refería a su uso como fuente de alimento, puesto que para los ilustrados escoceses el trabajo del campo era sinónimo de tierra y esta, a su vez, de propiedad con valor, lo que en últimas, según John Millar, determinaba autoridad, división y cambio social, pues “con el desarrollo de la agricultura la adquisición de la propiedad aumenta y los hombres comienzan a distinguirse por sus bienes” (Wences, 2010, p. 48). Entonces, el agro en realidad era el gran brazo que movía la mano invisible y tenía la capacidad de determinar el estatus social de las personas, porque quien poseía lo que ellos llamaban los excedentes de la tierra también tenía el poder.

Para Adam Smith, con el crecimiento poblacional no todos tenían acceso a la propiedad y, por lo tanto, su condición de pobreza les impedía ejercer el laboreo de la tierra para poder obtener

sus alimentos o algún tipo de ganancia; por lo cual, los subdividió socialmente en terratenientes, productores y consumidores, dejando claro que dentro de esa cadena “la conjunción labor tierra es lo que genera el excedente que posibilita la marcha de la sociedad. La conclusión a la que llega Smith es que la labor, en cuanto fruto natural, es la fuente misma de la riqueza de la sociedad, y que cuanto más y mejor se use la labor más rica es la sociedad” (González, 2008, p. 32). Entonces, la tierra como tal, en un estado improductivo, no servía para nada y lo que realmente generaba riqueza era el trabajo; por ende, los que laboraban eran importantes y había que cuidarlos. Esto lo llevó a plantear la división laboral como una vía para mejorar la producción y permitir que todos gozaran de los capitales que producen las prácticas del agro; sin embargo, su idea terminó generando una reacción contraria, pues lo que de allí se derivó fue el modelo de producción industrial en la que se sustituyó “la fuerza del cuerpo, la labor, por las fuerzas de la naturaleza, que es lo que el hombre consigue a través de las máquinas movidas por energía no humana” (González, 2008, p. 33). Y en eso radica el gran aporte de la ilustración escocesa a la historia del agro, ya que su visión no se quedó anclada en la idea de producir por producir sino que determinó que la sociedad debía buscar todos los medios para ayudarle al trabajador rural a realizar de la mejor forma posible su actividad para beneficio de todos.

Hay que decir que en esa época Escocia era la despensa del Reino Unido y, por lo tanto, de esa nación surgió el interés por mejorar la relación hombre/máquina, buscando las herramientas y métodos que hicieran más eficiente el trabajo, situación que por supuesto impulsó en gran medida el desarrollo no sólo de la campaña escocesa del siglo XVIII sino la de gran parte de Europa. Uno de los sistemas que marcó un punto de partida en el crecimiento agropecuario nació de la sinergia entre escoceses e ingleses gracias a *lord* Charles Twonshend, canciller inglés de asuntos exteriores, conocido como *lord turnip* o *lord* nabo, quien creó entre 1730 y 1740 lo que se denominó sistema *Norfolk*, mediante el cual se introdujeron algunas prácticas como el mejoramiento de “los terrenos arenosos con sal y arcilla, la rotación de cultivo; las cosechas de nabo, trébol y nuevos pastos; la especialización en la producción de cereales y de otros tipos del ganado del lanar y, por último, el cultivo por arrendatarios y durante largo tiempo de amplias pertenencias” (Ashton citado en Calva, 2007, p. 158). Todo esto se planteó con el fin de recuperar las tierras incultas, que son aquellas “que no han dado cosechas en un periodo de cuarenta años” (Soboul, Lemarchand y Fogel, 1992, p. 206). Entonces, mediante la implementación del sistema *Norfolk* se podía aumentar y diversificar la producción usando,

principalmente, la rotación de cultivos, que consistía en dividir el terreno en cuatro lotes en los que se alternaban cereales, tubérculos y verduras durante cuatro años, rotando anualmente, con la seguridad de obtener una cosecha que “en cualquier año se incrementaba en un tercio” (Derry y Williams, 2002, p. 996). De esta manera, se aseguraba constancia y abundancia en la producción de alimentos y, de paso, se alargaba la vida útil de la tierra al evitar el deterioro en la calidad del terreno por el excesivo laboreo y la proliferación de plagas.

Gracias a la implementación en Inglaterra de los *enclosures* o cercados de las parcelas de cultivo, que entre 1700 y 1800 pasaron del 50 al 97 por ciento del total del área productiva (Floristan, p. 711), el *Norfolk* pudo introducir por primera vez el concepto de preparación de suelos, propició la mecanización del campo e hizo patente la preocupación por organizar y aumentar la producción ganadera y lechera. Así, y con base en las nuevas tecnologías, los hatos “se concentraron en los valles mal drenados y en las tierras pesadas de los *lowlands*, mientras que la producción cerealera lo hacía en los suelos ligeros, aptos para los nuevos métodos de cultivo” (Kriedte, 1994, p. 93). Esto, a su vez, le permitió a los agrícolas crear un círculo productivo de doble beneficio, puesto que sembrar pastos artificiales implicaba un ganado mejor alimentado, cuya reproducción se hacía en buen número, y con ello aumentaba la cantidad del abono que los animales producían para las siembras, lo cual se sumaba a las ventajas que proveía la fertilización natural del suelo a través de las plantas forrajeras. Todo esto, sin duda alguna, permite afirmar que el *Norfolk* contribuyó a formalizar la producción y el trabajo agropecuario.

La base teórica de estas tecnologías fue traída por Twonshend desde Bélgica y Países Bajos, más exactamente de Flandes, región que hacía parte de las dos naciones, “donde se practicaban casi todos los tipos concebidos de agricultura” (Derry y Williams, 2002, p. 997). Allí, los trabajadores del agro lograron adquirir el conocimiento de manera empírica gracias a los retos que presentaban los suelos de esa región, que los obligaron “durante generaciones a aprovechar al máximo posible sus limitadas tierras por medio del drenaje, de los experimentos con nuevos cultivos en sistemas de rotación diferente, o de la siembra en hileras ordenadas” (Cairns, 1991, p. 14). Toda esa información, adaptada y mejorada por los ingleses, se aunó al trabajo que ellos mismos habían realizado en cuanto al manejo de pastos y ganadería durante los siglos XVI y XVII para luego llevar e implementar el conocimiento en Escocia buscando sacar provecho de sus tierras fértiles y de su posición dentro de la Gran Bretaña, la cual le daba acceso al mercado externo e interno de una Inglaterra cuya población iba en constante aumento, ya que al iniciar el

siglo XVIII ese país contaba apenas con 5,5 millones de habitantes y un siglo después, “en 1800, cuando se hizo el primer censo, la población era de 8’896.723. La necesidad de alimentos, ropas, casas, y también de puestos de trabajo, era mayor que nunca” (Cairns, 1991, p. 19). Ese crecimiento le aseguraba a los escoceses una franja importante del comercio y una gran oportunidad para generar riquezas, desarrollo social y poder político.

Otro factor importante que marcó el auge y la modernización agropecuaria durante aquel tiempo fue la consolidación de la agricultura asociada, ya que en el siglo XVIII hubo en Europa un gran interés por fomentar la creación de asociaciones para aprovechar las nuevas tecnologías y lograr el progreso del campo. Esas sociedades, conformadas por los terratenientes y los grandes productores, se fundaron “con el apoyo o a partir de la iniciativa de los estados, que veían en ellas, a un tiempo, un medio de obtener informaciones regulares sobre la economía regional y un servicio de divulgación de la investigación agronómica que funcionaba sin costo alguno para el Estado” (Soboul, Lemarchand y Fogel, 1992, p. 204). Este esquema se desarrolló en Inglaterra y Suecia; sin embargo, la primera asociación conocida fue la Sociedad de los Pioneros para el Conocimiento de la Agricultura de Escocia, fundada en 1723 por *lord* Cathcart. Ese hecho permite destacar una vez más el liderazgo de dicha nación en el desarrollo del agro, el cual radicaba en su interés por marcar diferencia y enseñar a sus socios y vecinos en el Reino Unido que el hombre de las *high lands* también podía ser exitoso. Fue una tarea que lograron gracias el trabajo decidido de sus agricultores, quienes “durante muchos años fueron los más eficaces de la Gran Bretaña, y se les contrataba para hacerse cargo de exploraciones agrarias en otras partes del país” (Cairns, 1991, p. 17). Este fue el modelo productivo y teórico que Escocia ayudó a cimentar y que fue hallado por Diderot cuando tradujo el *Diccionario de Chambers*, llamado también *Cyclopaedia* o *Universal Dictionary of Art and Sciences*, escrito en 1728, cuyo concepto editorial suscitó en él tal interés que empezó a agregarle información para mejorar su contenido, lo que a la postre terminó llevándolo a construir la famosa enciclopedia francesa.

No hay duda que la ilustración cambió al mundo y lo sigue haciendo porque es activa y evoluciona; por eso, el desarrollo teórico del agro tampoco se ha detenido. Entre los primeros investigadores sobresale el francés Antoine Laurent de Lavoissier, considerado como el padre de la química moderna por ser el creador de su nomenclatura así como de los procedimientos para el análisis de los elementos que componen las sustancias orgánicas y a quien se le debe reconocer en igual magnitud como el “pionero en la agricultura científica” (Lederman y Teresi, 2009, p.

160). Ese es un logro al que Lavoisier llegó haciendo uso de su experiencia en el ramo de la botánica tras quince años de investigación y una inversión de 120 mil libras (Sánchez Ron, 2009, p. 132). Infortunadamente, la guillotina de la revolución francesa lo dejó vivir apenas cincuenta años, entre el 26 de agosto de 1743 y el 8 de mayo de 1794; no obstante, su capacidad intelectual le permitió encumbrarse rápidamente y para siempre en la historia de la ciencia dejando un legado que ha sido fundamental para el desarrollo de la sociedad.

El trabajo investigativo de Lavoisier en el agro inició tras establecer una granja experimental en la que introdujo los conceptos de precisión y medición en el manejo productivo; además, hizo un estudio sobre la incidencia de las propiedades y el manejo del agua en las plantas desmintiendo la creencia de que esta era un elemento químico para redefinirla como una sustancia compuesta por hidrógeno y oxígeno. Dicho concepto se relaciona con una célebre frase suya que fue el pilar de su descubrimiento de la ley de la conservación de la materia: “Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma” (Citado en Caso, 1987, p. 136). Esa tesis resultaba extraña y desconocida y, por ende, “no se sorprendían de que una semilla pudiera producir un corpulento árbol sin tomar elementos del aire o de la tierra” (Legrand, 2008, p. 2). Lavoisier demostró que el oxígeno, el hidrógeno y el nitrógeno son elementos indispensables para la realización de la vida y una parte fundamental de los procesos de nutrición, respiración y combustión vegetal y animal; de ahí derivaron sus estudios “cuantitativos y demostraciones agrícolas en los cultivos de lino, papas, trigo, y maíz, así como el uso de la turba como abono; en el ramo pecuario llevó a cabo ensayos en ovejas” (Pacheco, 2007, p. 42). Con ese trabajo y su aporte en la búsqueda de soluciones para los problemas que aquejaban a los agricultores de la región donde funcionaba su granja, Lavoisier se convirtió en precursor en la creación de laboratorios de análisis para el fortalecimiento de las labores del campo (Organización de Estados Americanos [OEA], 1972, p. 25). Actualmente, ese modelo es un principio básico del proceso agropecuario, el cual se inicia normalmente con un estudio de suelos.

Para poder hacer su tarea, Lavoisier seguramente tomó como referencia el tratado de la fisiología de las plantas publicado en 1724 por el reverendo inglés Stephen Hales, quien fue el primero en sugerir que aparte del agua los organismos vegetales también se nutrían del aire; además, estableció los mecanismos de “circulación de la savia, la interacción entre plantas y el medio; la captura del agua por las raíces y su transporte a las hojas y su respiración y transpiración” (López, 2009, p. 241). Hales también aportó sus ideas al trabajo de otros

científicos ligados al agro como Thomas Andrew Knigh, un botánico y horticultor inglés que en la segunda mitad del siglo XVIII construyó un sistema para evaluar el desarrollo de las plantas a partir de un estímulo externo llamado tropismo, hoy día geotropismo, que era producido por una máquina que él inventó, “en la que se hacía rotar las plantas en germinación marcando el crecimiento del tallo y las raíces y eliminando el efecto de la gravedad, que es reemplazado por la fuerza centrífuga” (López, 2009, p. 245). Todo eso hace parte de una serie de investigaciones ligadas al tema que buscaban explicar la agricultura como un fenómeno, diseccionándola para comprenderla, comunicarla y dominarla, ya no desde afuera sino desde su ser interno.

Otro inglés que hizo un gran aporte al desarrollo rural fue el agrónomo Jethro Tull, llamado por Argemí “el newton de la agronomía” (1993, p. 18). Él vivió entre 1674 y 1741 e introdujo durante la primera mitad del siglo XVIII la mecanización del campo a través de la creación del arado de tiro y su reinventada máquina sembradora de tracción animal, usada para agilizar y mejorar el proceso de siembra del trigo. La estructura era tirada “por caballos para espaciar las hileras de las plantas y quitar la hierba entre las hileras” (Cairns, 1991, p. 14); de esta forma, se aseguraba una zona de siembra estructurada para su total aprovechamiento, ya que los espacios entre surcos se convertían en pequeños barbechos para otros cultivos menores que se podían trabajar con arados livianos, mientras la siembra principal cumplía su proceso de formación. Dichos terrenos eran manejados sin necesidad de abonos y sólo recurrían a la siembra de una planta llamada “marga (que ayudaba a la textura fina), y quizás de introducir otras plantas (que realizaban las mismas operaciones con sus raíces) o fomentar el paso de animales” (Argemí, 1993, p. 20). Infortunadamente, y a pesar de que Tull dejó registrado su trabajo en 1731 en un libro titulado *Cultivo con caballos*, esta tecnología, que además propendía por la racionalización del agua, sólo pudo ser masificada un siglo después (Houtar, 2004, p. 100). Hay que decir que el interés de Tull en las máquinas venía de su preocupación por la calidad del terreno de siembra, ya que él “insistía en la importancia fundamental que, para el crecimiento de las plantas, presenta conseguir un estado fino y migajoso del suelo” (Wild, 1989, p. 5). Entonces, al ser conocedor de lo que requería la semilla para poder crecer, buscó diseñar herramientas que se adecuaban a las necesidades tanto del agricultor como de la planta. Tristemente, fue lo único que trascendió de su investigación, gracias a su discípulo John Wynn Baker, pues los procesos de cultivo que postuló nunca presentaron beneficios productivos.

Y así como el caballo fue clave para el trabajo que proponía la teoría de Jetro Tull, hubo otras especies domésticas que también alcanzaron cierto protagonismo en la economía rural del siglo XVIII, como la oveja, criada en un principio para sacarle el máximo provecho a su lana. Ella terminó haciendo parte de una revolución en el cultivo de animales que “supuso un gran avance en cuanto a las provisiones de carne y productos lácteos” (Cairns, 200, p. 14). Para lograrlo, se tomó como base el concepto de eficiencia en la labor ganadera, el cual recibió en 1760 un gran impulso del inglés Robert Bacwell, quien “de manera empírica, produjo ganado vacuno con más rendimiento cárnico así como caballar de mayor fuerza y lanar de mayor peso y tamaño, mediante el mestizaje dirigido y la selección” (Pacheco, 2007, p. 38). De esta manera, Bacwell se convirtió, a través del conocimiento de las cualidades de las razas, en pionero en el manejo genético animal en función de la productividad pecuaria.

Todos estos hombres fueron partícipes del despertar agropecuario propiciado por los académicos en el siglo XVIII, quienes sentaron las bases para que la ciencia decimonónica transformara radicalmente la vida de la humanidad. Uno de los que contribuyó a esa transición fue el médico y agrónomo alemán Albrecht Daniel Thaer (1752 – 1828), creador de la nueva agronomía y director desde 1804 del primer instituto agronómico del mundo, ubicado en una ciudad germana llamada Möglin (Pacheco, 2007, p. 42). Thaer dio los primeros pasos en la construcción de un agro ilustrado, maleable y eficiente, tarea que fue complementada por el naturalista francés Jean Baptiste Boussingault (1802 – 1887), conocido como el padre de la agricultura moderna y por ser el descubridor del ciclo del nitrógeno. Este es un proceso necesario para la existencia de los seres vivos y él halló que se produjo de dos maneras: Por un lado, están las plantas que aprovechan sus cualidades fijadoras de nitrógeno para tomarlo de la atmósfera y procesarlo; por el otro, está la lluvia que lo lleva de la atmósfera al suelo, que es donde se inicia el proceso de circulación en el medio natural. Allí, el nitrógeno cumple el papel de fertilizador (proceso de fijación), y crea las condiciones adecuadas para nutrir y aportar al desarrollo de las plantas, transformándose dentro de ellas en aminoácido y proteína vegetal que posteriormente, a través de la cadena alimenticia, pasa a los herbívoros y a los carnívoros, “quienes, a su vez, utilizan estos aminoácidos y proteínas vegetales para sintetizar sus propias proteínas” (Montiel, 1995, p. 5). Con la descomposición de los cuerpos muertos, ya sea de plantas o animales, al igual que los desechos orgánicos, como la orina y los excrementos, el nitrógeno se convierte en amoníaco (proceso de aminificación), que gracias a la acción de algunas bacterias toma la forma

de nitrato y luego de nitrito, reincorporando el nitrógeno al suelo, del cual una parte va nuevamente a las plantas (proceso de nitrificación) y otra, por acción de las bacterias, se libera y regresa a la atmósfera (proceso de desnitrificación), para cerrar y reiniciar el ciclo (Tovar, 2002, p. 136). Infortunadamente, esta cadena se rompe cuando los suelos son arenosos, pues permiten la filtración o la escorrentía del agua, la cual puede arrastrar el nitrógeno y, con ello, reducir la calidad de la tierra como sustrato, lo que impide que las plantas produzcan y se desarrollen adecuadamente. De ahí la importancia de este elemento para la producción agropecuaria, a cuyo encuentro llegó Boussingault de forma fortuita en su paso por Colombia.

Él había sido recomendado por Alexander Von Humboldt para realizar una serie de recorridos por los lugares que este había visitado en América en los primeros años del siglo XIX y complementar así su trabajo investigativo, puesto que “los progresos científicos que se habían hecho en geología y en geografía desde su viaje memorable, exigían una revisión cuidadosa de los terrenos sobre los cuales pasó muy rápidamente y de las posiciones geográficas que no habían sido determinadas con una precisión suficiente” (Boussingault, 2010). Uno de esos lugares fue Colombia, a donde llegó tras ser enganchado en París por don Francisco Antonio Zea, mientras este último buscaba un grupo de “científicos europeos para realizar su viejo sueño de crear en Bogotá una Academia de Ciencias Naturales” (Guhl, 2010). El francés llegó a la capital en 1821 pensando en cumplir sus dos objetivos, pero sólo fue oficializado en 1823 mediante el decreto del 28 de julio de ese año, contratado como catedrático para trabajar en una escuela de minería y en un museo y se le asignó un sueldo de siete mil francos de la época. De acuerdo con el artículo tercero de ese decreto, la educación impartida abarcaría la enseñanza de “mineralogía y geología, de química general y aplicada á las artes, de anatomía comparada, de zoología, de antomología, de conchología, de botánica, de agricultura, de dibujo, de matemáticas, de física y astronomía”. Además, cada estudiante debía cursar entre tres y cuatro años, con un costo anual de cuatrocientos pesos (Colombia, Congreso Nacional de la República, 1840, p. 167). De esta manera, se buscaba la recuperación tanto del trabajo científico iniciado con la Expedición Botánica como del sector agropecuario, ambos truncados por la guerra de independencia; sin embargo, el proyecto no prosperó debido a la “falta de instrucción secundaria” en el país (Pérez, 2008, p. 94). Por esta razón, el libertador Simón Bolívar nombró a Boussingault coronel del ejército y director de una academia militar, cargo al que él declinó, pese a su interés por seguir la parte final de la campaña libertadora, para poder dedicarse a recorrer

Colombia, actividad de la cual dejó constancia en sus memorias afirmando que era el territorio “más bello del mundo” para desarrollar investigación científica (Boussingault, 2010). En esa tarea tardó diez años, incluyendo su paso por Venezuela y Ecuador.

Paralelamente a sus planes de registro y exploración de la geografía y el ecosistema andino, Boussingault terminó haciendo otras tareas, como el trabajo que realizó en las minas de Marmato, ubicadas en el municipio de Riosucio en el departamento de Caldas, donde instaló “un laboratorio para las pruebas de oro y de plata, provisto de todos los utensilios necesarios y una fundición para convertir el oro en polvo y en lingotes” (Boussingault, 2010c). Además, fue testigo de la realidad que se vivía en los campos de una nación en ciernes al igual que de las costumbres de una sociedad que lo sorprendía gratamente; es el caso de la laboriosidad del hombre antioqueño al que según su relato se le designaba con el nombre de “maicero”. De igual manera se refiere a las cualidades de la mujer antioqueña, de quienes hablaba con gran admiración: “Las ‘maiceras’ son bonitas y tienen la reputación de ser esposas virtuosas y excelentes madres”. Asimismo, expresa su asombro con el descubrimiento de algunos rituales propios de las prácticas culturales de la región como la preparación de lo que llama el plátano “fifi”, que era hecho con plátanos “verdes secados al horno, cortados en tajadas longitudinales, todavía harinosos al punto que adquieren la dureza y la consistencia del cuerno”. Boussingault decía al respecto: “Para comer ‘fifi’ en vez de pan se le rompe con una piedra y se remoja en agua esta curiosa preparación, que no he visto hacer sino por los cargueros de Ibagué, es absolutamente resistente al ataque de los insectos y una ración pesa la cuarta parte de lo que habría pesado fresca” (Boussingault, 2010b). Esa capacidad de observación también le sirvió para explorar la actividad agropecuaria durante su estadía en el territorio caldense, hecho que fue fundamental para lograr su posterior hallazgo.

Boussingault cuenta que se interesó en el agro llevado por la necesidad y la curiosidad mientras prestaba sus servicios a la actividad minera en Marmato, donde había una gran escases de comida, situación que lo condujo a una reflexión que le cambió la vida: “Al organizar esta agricultura tropical, comprendí que se debía pedir a la tierra los alimentos indispensables para la población, en una palabra, que había que cultivar para vivir”. Entonces, no tuvieron más remedio que “desyerbar para sembrar maíz, yuca y leguminosas y el comercio de Antioquia pronto aportó harina de trigo, cacao y café” (Boussingault, 2010). En medio de ese ejercicio, Boussingault se encontró con una práctica cultural del campo colombiano que todavía persiste, que es la quema

del suelo antes de iniciar la siembra y el uso de la ceniza como abono. Luego, decidió analizar la incidencia de los arvenses o malezas que crecían alrededor de esos cultivos, actividad que lo llevó a examinar el contenido orgánico del suelo y a descubrir “la presencia de fosfatos y nitratos. Estos mismos elementos se hallaban en los tejidos de las plantas. ¿Cómo era que se fijaban allí? Empezó a interesarse por la fisiología. El microscopio le resultó útil en grado sumo. El suelo estaba lleno de pequeñas bacterias” (España, 2003). Fue así como Boussingault comenzó a pensar que detrás de esa duda radicaba parte de la clave para la vida y la calidad de las plantas y sus frutos. En ese momento, el agro colombiano había inspirado su ser científico y le daba al mundo un regalo valiosísimo.

Al concluir su periplo por América, Boussingault regresó a Francia donde luego de algunos años en la política se refugió en una localidad de la Alsacia francesa, conocida como Balchelbron. En esa región creó una granja experimental y un laboratorio en los que puso en práctica el conocimiento adquirido en agricultura y ganadería, como la nutrición bovina a partir del uso de la sal; además, sacó las conclusiones que lo llevaron al descubrimiento del ciclo del nitrógeno, investigación que abrió las puertas para el posterior desarrollo de los ciclos del carbono y el oxígeno, resultado que fue publicado en 1844 en un libro titulado *Tratado de Economía Rural*, reeditado en cinco tomos entre 1860 y 1874 con el nombre de *Agronomía, Química agrícola y fisiología* (España, 2003). “Boussingault fue uno de los primeros en darle la ponderación debida a las relaciones de la agronomía con la fisiología de las plantas y los animales” (Pacheco, 2007, p. 42). De su trabajo científico derivó el actual uso de leguminosas para nutrir el suelo, como el frijol o el trébol, aprovechando su capacidad de fijación del nitrógeno de forma natural. Esto ayuda a reducir los gastos en fertilización nitrogenada, que en la mayoría de los casos se hace con un producto orgánico de síntesis química y asaz costo llamado urea.

Toda esa euforia que representaba la novedad científica y tecnológica, cuya dinámica fue el motor para la apertura de mercados que se beneficiaban con las riquezas de los frutos de la tierra, llevó a los gobiernos europeos de los siglos XVIII y XIX a fomentar el trabajo agropecuario, llegando a crear granjas experimentales y escuelas de enseñanza así como a subsidiar en especie el trabajo del productor “mediante la distribución gratuita de semillas, animales reproductores y útiles” de trabajo (Soboul, Lemarchand y Fogel, 1992, p. 206). Sin embargo, dichas intenciones chocaron con dificultades como el analfabetismo, la falta de espacios para capacitación en la

labor agropecuaria y la insuficiencia económica para sostener proyectos productivos en el largo plazo. Además, con la llegada de la revolución de las máquinas “los grandes propietarios terratenientes, con frecuencia nobles o magnates, prefirieron en su mayoría a la inversión agrícola la inversión industrial” (Soboul, Lemarchand y Fogel, 1992, p. 209). Así, el agro y la ilustración que lo impulsaba quedaron suspendidos en el tiempo, enterrados bajo tierra sin dolientes o dormidos para siempre en la cesta de una guillotina, como le ocurrió a Lavoisier cuando lo arrestaron y le dijeron con cinismo revolucionario que “la república no necesita científicos” (Asimov, 2007, p. 428). Por ende, el sector agropecuario, convertido mayormente en una sociedad rural de jornaleros y pequeños propietarios, ha mantenido un perfil bajo supeditado al crecimiento urbano y al fortalecimiento que recibe de la pujante industria así como de los destellos de la investigación científica, la cual desde la segunda mitad del siglo XIX comenzó a mirar para otro lado mientras se vestía con los tonos fríos y grises de la ceniza, como si la vida moderna se construyera sobre la muerte.

En últimas, la revolución ilustrada fue un aporte a la historia del universo agropecuario cuyo eco sólo pudo sentirse con solidez apenas en el transcurso del siglo XX, ya que la ciencia dieciochesca entró al siglo XIX cubierta de sangre, estigmatizada y con un tufillo político que en el caso de la “corriente agronómica, en la medida que se veía sostenida por hombres que eran al mismo tiempo defensores de la filosofía de las luces fue a menudo confundida con esta última y tropezó desde el principio con las mismas oposiciones” (Soboul, Lemarchand y Fogel, 1992, p. 209). En otras palabras, la ciencia era vista de reojo como sinónimo de pensamiento y, por lo tanto, de revolución. Afortunadamente, la ilustración, al igual que la naturaleza, tiene la capacidad para mantenerse viva a pesar de las dificultades, ya que en esencia es el ser humano convertido en palabras e imágenes; por ende, siempre encuentra la forma para hacerse notar y convertir su diálogo en una necesidad cada vez más impostergable.

Pasado el siglo de las luces, la realidad que trajo el siglo XX resquebrajó el viejo concepto de aldea y planteó un modelo de vida ligado al factor socioeconómico que con el paso de los años le fue dando al agricultor el mismo trato que al obrero de la ciudad y lo individualizó para asignarle el rótulo de trabajador del campo, con las ventajas y desventajas que esto le concedía. Por tal motivo, la vida de los habitantes rurales fue parcelada y se les impusieron límites que cargaron su existencia de una serie de exigencias que aun no han podido cumplir por falta de apoyo e interés y sin las cuales se vuelven invisibles; ellos, víctimas de la revolución industrial, al igual

que el resto de la fuerza laboral del mundo moderno, se transformaron en humanos/cifra obligados a adaptarse al concepto de competencia/productividad donde hombres y mujeres, como objetos de la ciencia, son medidos por su capacidad física y cognitiva y valorados hasta por su condición social, su actitud e imagen. Lamentablemente, bajo esos criterios la sociedad ubica a los trabajadores del agro en una categoría inferior y se aprovecha de ellos negándoles el derecho a gozar de las riquezas que produce el laboreo de la tierra y los destina a sobrevivir en medio de un campo pobre y abandonado por cuenta del analfabetismo y los coqueteos hipócritas de la industria, el comercio y las limosnas de las urbes que día tras día los reclutaba en una diáspora que ha hecho que el progreso cambie de color, dejando atrás el paraíso de los verdes para someterse al acecho de las paredes y los rostros adustos y pálidos que cercenan la mirada en la ciudad.

Infortunadamente, entre los trastos y equipajes de los inmigrantes nunca ha habido cupo para ese paisaje entusiasta, casi propagandístico, que fue enaltecido en el siglo XVII por el pintor Paulus Potter, durante la llamada edad de oro holandesa, y todo queda sumergido en la nostalgia sombría y el silencio que el ojo de Van Gogh convirtió en pinceladas dos siglos después al retratar los rostros y la cotidianidad de los habitantes del campo en la población holandesa de Nuenen, entre 1880 y 1885, y que también dejó plasmado en obras como la litografía de 1883 titulada *En el huerto*, que muestra rastros de esperanza en las manos de un hombre que se inclina sobre la tierra buscando arar vida en medio de un paisaje yermo (2013, 29 de abril). Es una imagen con una actitud de súplica que se equipara al agradecimiento que subyace en el óleo titulado *El Ángelus*, del francés Jean Francois Millet, creado entre 1857 y 1859, en el que deja ver todo lo que significan unas cuantas patatas cosechadas en medio de una llanura agreste que parece desafiar al cielo y donde lo único que tienen los agricultores para subsistir es lo mismo que los acompaña desde hace cerca de doce mil años: Un par de herramientas básicas, sus manos y la fe (2006). Por lo tanto, la obra refleja un momento del siglo XIX en el que la ciencia y su discurso resultaban ser sólo aves que volaban en lontananza y la oración sobre la tierra era todo lo que tenían aquellas comunidades para aferrarse a la vida. Tristemente, la ilustración, que transformó, impulsó y liberó al mundo, nunca supo como acoger a esas personas, evidenciando que a veces ella también es ignorante.

Hoy día, la idea de cuestionar y aprender la realidad se mantiene más vigente que nunca, con los mismos retos, objetivos e intereses de su origen, en todo pensamiento, objeto o espacio que

rodea la sociedad moderna. Y no podía ser de otra manera, pues en el albor del siglo XXI el conocimiento se concibe como un bien y una herramienta de desarrollo y, además, se promueve como un derecho y un deber de las sociedades civilizadas; por supuesto, el sector agropecuario, que luce mejor de lo que era en el tiempo decimonónico, no es ajeno a tal fin, aunque aun falta mucho para alcanzar el sitio que merece. En Colombia, por ejemplo, en el 2013, según las estadísticas del Ministerio de Educación Nacional (MinEducación), había 52.928 sedes de educación básica y media que pertenecían a 22.382 instituciones educativas, a las cuales acudían 10'629.565 estudiantes (2014). De ese total sólo 2'584.040 pertenecían a la zona rural; es decir, el 24,31 por ciento. Es una cifra que parece baja para las 34.976 sedes que ocupaban, que equivalen al 66,08 por ciento del consolidado nacional, y los 98.168 docentes del sector oficial que los educaban (Colombia, MinEducación, 2014b). Lo más preocupante de esos datos es que reflejan que todavía hay niños y niñas de las zonas rurales que no acuden a las aulas o simplemente abandonan sus estudios, como lo muestra la tasa de deserción nacional del 2013 que fue del 3,62 por ciento, en la cual el 35 por ciento eran alumnos que habitaban en el campo (Colombia, MinEducación, 2014c, p. 26). Por eso, según la Encuesta Nacional de Calidad de Vida del 2013, el promedio de educación rural en Colombia es de apenas 4,9 años, siendo los jóvenes entre los 15 y 24 años de edad quienes alcanzan el mayor tiempo de asistencia a clases con 8,1 años (Colombia, Dane, 2014, 19 de marzo, p. 19). De ahí los 2,7 millones de personas entre los 5 y 34 años de edad que no van a estudiar; entre ellos, el 22,9 por ciento alude que no lo hace porque le toca trabajar, el 22,3 por ciento dice que es por falta de dinero o costos elevados, al 16,7 por ciento no le gusta y una cifra igual argumenta que no puede porque tiene que encargarse de los oficios del hogar (Colombia, Dane, 2014, 19 de marzo b). Es claro que esa valiosa parte del cuerpo social requiere alternativas metodológicas que le permitan alcanzar sus metas educativas y que entiendan y se adapten a sus necesidades; es por esa razón que actualmente 1'291.688 estudiantes rurales, casi la mitad de los que existen, se educan bajo el modelo de enseñanza no tradicional, en el que predomina el sistema de Escuela Nueva, que en el 2013 atendió a 701.797 alumnos (Colombia, MinEducación, 2013b). Esto es importante en medio del incierto panorama que vive el agro, pues ese modelo cumple con el fin no sólo de forjar conocimientos básicos sino también formar una conciencia capaz de crear lazos fuertes en la relación hombre/tierra que eviten el fenómeno migratorio hacia las ciudades en busca de trabajo mal remunerado o la adquisición de conocimiento en disciplinas que no retornen al

campo esa capacidad formada, produciendo el consecuente abandono de la actividad agropecuaria.

Y esa es otra situación lamentable, ya que la diáspora de los hijos ilustrados del campo es una vena rota que no va a ningún lado. Se puede evidenciar en las cifras del Observatorio Laboral para la Educación del MinEducación, según las cuales en el 2012 se entregaron 310.229 títulos entre estudiantes de pregrado, postgrado, formación técnica y tecnológica, además de las certificaciones de las instituciones de capacitación para el trabajo como el Sena; de ese total sólo 7.688, es decir, el 2,48 por ciento, pertenecían a estudiantes de agronomía, veterinaria y afines (2013, pp. 7 - 8). Es una cifra bastante preocupante teniendo en cuenta que la tasa de titulación universitaria en el renglón agropecuario es de apenas el 23,4 por ciento y posee el mayor promedio acumulado de deserción al finalizar el décimo semestre con un 57,7 por ciento (Melo, Ramos y Hernández, 2014, p. 19). Ahora, si se coteja el número de cartones entregados en el 2001, que fueron 1.772, con la información del 2012 se puede concluir que el total de personas formadas en áreas relacionadas con el agro creció un 333 por ciento; sin embargo, el dato global aun es muy bajo en comparación con otras áreas como, por ejemplo, el grupo integrado por economía, administración, contaduría y afines que en el 2012 graduó a 100.867 estudiantes. Igual ocurre con los estudiantes de postgrado, pues apenas hubo 152 títulos de maestría y 35 de doctorado en comparación con los 1.889 de la maestría de ciencias sociales y humanas y los 160 doctorados en ingenierías, arquitectura, urbanismo y afines que son los que encabezan sus respectivos listados (Colombia, Observatorio Laboral para la Educación, 2013, p. 8 y 11). En términos generales, el rezago educativo que presenta la tan mentada locomotora del agro frente a otras áreas aun es muy amplio.

Parte del problema puede estar relacionado con la oferta laboral así como con los costos y la calidad de las instituciones de educación superior frente a las poderosas raíces que tiene la tradición del conocimiento heredado. Un informe auspiciado por el Banco de la República de Colombia determinó que sólo el 12,8 por ciento de los programas de agronomía y veterinaria son de alta calidad (Melo, Ramos y Hernández, 2014, p. 15). Por su parte, el Consejo Nacional de Acreditación (CNA), reporta que el área de agronomía, veterinaria y afines contaba en conjunto, al 15 de agosto de 2014, con 26 programas acreditados entre los 875 que a esa fecha poseían ese aval; esto equivale a un pequeñísimo 2,98 por ciento. Y el asunto empeora aun más cuando se echa una mirada al mercado laboral, pues de acuerdo con el Dane en el 2013 apenas el 2,3 por

ciento de los trabajadores del sector agropecuario eran profesionales o tenían algún postgrado y, por el contrario, la cifra más alta la componían personas sin ninguna formación con un 29,4 por ciento y luego aparecen los bachilleres con un 27,4 por ciento (2014, 11 de marzo, p. 4). Todo estos datos indican que pese al interés por formar una base social capaz de impulsar el desarrollo rural todavía falta mucho para lograr un verdadero campo ilustrado, vivo, eficaz, eficiente, pacífico, crítico de su realidad, independiente de lo urbano, atractivo, rico y solidario; además, es muy diciente que en el siglo de la tecnología y la información el agro colombiano recorra sendas indiferentes a la ilustración y que luego de casi tres siglos de haberse empezado a construir en Escocia un ideal de progreso mediante el laboreo de la tierra se muestre una campaña temerosa que no quiere quitarse la máscara colonial y prefiere dejar todo a expensas de una rutina vernácula convertida a la fuerza en costumbre. Frente a esto cabe cuestionarse: ¿Si las condiciones geográficas, biodiversas y productivas postulan a Colombia como una de las despensas del mundo para enfrentar las previsiones de la FAO en el 2050, no será tiempo de ir posicionando las áreas del conocimiento relativas al agro como parte de las profesiones del futuro? Y aprovechando la coyuntura, ¿no se podría pensar que también le ha llegado su turno a la agroinformación para ser una de las protagonistas de esa tarea?

Para Rafael Hernández Lozano, presidente de la Federación Nacional de Arroceros (Fedearroz) y ex presidente de la junta directiva de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), “la oferta de profesionales, especialmente en el campo de la agronomía, no corresponde a la demanda”; asimismo, menciona que existe una grave falencia en la educación superior que requiere solución con urgencia para lograr un verdadero desarrollo rural: “Para responder a los retos que tiene hoy el sector se necesitan titulados capacitados que conozcan las prioridades del país y que además de contar con conocimientos en las áreas del saber vinculadas al sector, sepan de administración y gestión. El sector agropecuario colombiano requiere una transformación y para enfrentar ese cambio necesita profesionales competentes en todos los niveles” (Citado en *Educación Superior*, 2012, Abril, p. 17). De ahí la importancia de los Centros Regionales de Educación Superior (Ceres), creados por el MinEducación para facilitar el aprendizaje en las zonas rurales y generar oportunidades de empleo formal en las labores del campo:

Se centra en la oferta de programas de educación superior pertinentes a la comunidad y acordes con la vocación productiva de la zona, además promueve la conformación de alianzas

interinstitucionales que posibilitan el uso compartido de recursos humanos, financieros, de infraestructura y conectividad. Los CERES se conciben como una alianza en la que participan el Gobierno nacional, departamental y local, la sociedad civil, el sector productivo y la academia, con un objetivo común: ‘Generar oportunidades de desarrollo social y económico a las comunidades, a través de la generación de oportunidades de acceso a la educación superior’. El Gobierno Nacional actúa como promotor y facilitador de estos CERES y aporta recursos para su adecuación, facilitando de esta manera el uso de las nuevas tecnologías; de igual manera, los gobiernos locales, departamentales y los representantes de la sociedad civil junto al sector productivo canalizan las realidades de la comunidad y hacen explícitos proyectos productivos de la zona y sus requerimientos académicos; y por último, la academia pone sus saberes al servicio del desarrollo de la región (MinEducación, 2009).

Actualmente existen 208 Ceres “con cobertura en 31 departamentos y 590 municipios del país, beneficiando a 31.222 estudiantes a través de la oferta de 1.078 programas académicos de los cuales 141 son Técnicos profesionales, 428 Tecnológicos, 486 profesionales y 23 programas de postgrado” (MinEducación, 2014c, p. 28). Los Ceres complementan el trabajo de los modelos educativos que se desarrollan en algunos colegios rurales, como el Sistema Pedagógico de Alternancia, creado por un sacerdote en la comuna rural Serignac Peboudou en Francia, entre 1935 y 1937, luego de que un adolescente se negara a dejar a su familia para ir a estudiar el bachillerato a la ciudad y que los agricultores se quejaron porque “necesitaban a los hijos mucho tiempo en el año para las tareas del campo, y de no resolverse a tiempo, iban a tener que soportar la migración y el desarraigo. El sacerdote Granereau, resolvió el problema creando una escuela en la que los alumnos pasaran una temporada en ella y otra con la familia. Ambos momentos se constituirían en espacios de formación” (Mustafá, 1998). Ese modelo fue traído al país en 1990 e implementado con éxito en algunos municipios del departamento de Cundinamarca, donde el estudiante cumplía “unos tiempos en las aulas y otros en sus fincas desarrollando proyectos productivos con sus familias” (*El Tiempo*, 2010, 25 de noviembre, p. 17). De forma similar sucede con lo que se denomina Escuela y Café y Seguridad Alimentaria, que logró capacitar en caficultura a noventa mil estudiantes en diecinueve municipios cundinamarqueses entre el 2007 y el 2010. Este sistema recibió el patrocinio de la Federación Nacional de Cafeteros con el fin de asegurar el futuro de ese renglón productivo mediante la creación de granjas escolares en varias regiones del país en las que “los niños aprenden la forma adecuada de cultivar el café, de tratar la

planta, recoger el grano y conocen la tecnología necesaria para fomentar la producción” (*El Tiempo*, 2010, 4 de noviembre, p. 18). Así, el agro se vuelve parte del currículo y la enseñanza se hace durante la jornada académica posibilitando la introducción temprana de un conocimiento que luego se especializa con la educación superior y forja desde la infancia las herramientas necesarias para generar empresas agropecuarias, contribuyendo a evitar la diáspora de los jóvenes hacia otras disciplinas o actividades.

Vale la pena recalcar que la FAO considera importante la formación mediante la creación de huertos escolares porque promueve “una correcta alimentación, el desarrollo de habilidades para la subsistencia y la conciencia medioambiental. Se piensa que los huertos escolares pueden convertirse en terreno abonado para la salud y la seguridad de una nación” (2014, 21 de mayo). Todos esto es apenas una muestra de una serie de alternativas que se desprenden del modelo pedagógico llamado Escuela Nueva, el cual surgió en la década de los setenta del siglo pasado para mejorar la inclusión y formación de los niños y niñas de las zonas rurales del país adaptando el sistema a las necesidades de esta comunidad educativa y no al contrario, como normalmente ocurre, y donde son claves tanto las guías de trabajo como el aprendizaje en conjunto y la labor facilitadora del docente para poder trabajar con varios niveles al mismo tiempo:

Las guías fueron diseñadas como respuesta a los altos índices de deserción que se presentaban en el campo, debido a las actividades como la pesca, la cosecha, entre otras, que los niños realizan desde pequeños como parte de la cultura regional. Esto, los obliga a ausentarse por largos periodos de tiempo de la escuela. Las guías les permiten a los niños avanzar a su ritmo. De esta forma, si tienen que cumplir con las labores del campo, una vez retornen a la escuela, encontrarán su guía en el momento en el que la dejaron y podrán continuar con su proceso de aprendizaje (MinEducación, 2013).

Cada una de esas iniciativas tienen como eje el Proyecto de Educación Rural (PER), principal programa del Ministerio de Educación Nacional para el campo, que busca la escolarización de esta zona con el fin de hacer de sus habitantes sujetos sociales con una intención productiva, ideal que a la luz de la ilustración escocesa podría ser el verdadero camino para el progreso. Sin embargo, todos los proyectos, planes y estrategias de cobertura se vuelven inocuos si antes los actores del sector educativo no logran remar río arriba para crear conciencia entre las comunidades rurales sobre las consecuencias del analfabetismo, el cual afectó en el 2013 a

1'915.577 personas, equivalentes al 5,7 por ciento de la población nacional mayor de 15 años; según esa misma estadística, 909.698 analfabetas vivían en el campo y corresponden al 12,7 por ciento de la población rural supraquinceañera (Colombia, Dane, 2014, 19 de marzo b). El número parece bajo, pero al observar los datos con mayor detenimiento queda claro que casi la mitad de los analfabetos del país son población campesina. Este lamentable panorama invita a reflexionar sobre la difícil situación que debió afrontar la campaña nacional hace más de 200 años cuando empezó a gestarse la Colombia actual, y en general durante todo el siglo XIX, tiempo en el que la ilustración llegaba a cuentagotas al país y el analfabetismo era muy alto en todos los sectores y estratos de una nación que aun no contaba con las ventajas tecnológicas, investigativas y de desarrollo productivo que hoy día existen. De ahí el relato escandalizado de un francés que andaba de paso por Colombia durante los primeros años de vida republicana: “Da pena ver el abandono del cultivo del cacao, del algodón y del azúcar; la indiferencia con que se dejan crecer, sin cuidado de ningún género, el café, el añil y el nopal, que se llena de cochinillas. El colono encantado con la abundancia que, sin trabajo, ve a su alrededor, se contenta con sangrar el pie de los bananos o con cortar la caña de azúcar, con cuyo jugo se emborracha” (Mollien, 2005). Por ende, vale la pena cuestionar a la historia para saber cómo hizo una nación agropecuaria que no tenía agro para subsistir durante más de un siglo, económica y socialmente, y de qué herramientas, personas o instituciones se valió la naciente ilustración para resistir en medio de la nada y luchar contra la inercia del sector rural, asumiendo el reto de salvar el campo y ponerlo a producir en una época en la que pocos estudiantes se formaban en áreas productivas para la economía del país, tal como lo denunció en 1842 el entonces presidente de la república don Mariano Ospina Rodríguez:

Llenas las cabezas de los jóvenes de teorías metafísicas sobre leyes, gobierno y administración, privados de experiencia y de las informaciones de la historia, guías indispensables para poder juzgar razonablemente en política, ajenos á los conocimientos que pudieran conducirlos con provecho en especulaciones de agricultura, de minería ó de comercio, [...] y arrastrados por la necesidad á ocuparse de lo único que se les ha enseñado, es natural que sólo piensen el legislar y gobernar, y que no se crean aptos para otra cosa que para empleados públicos (Citado en Gordillo, 2003).

Una de las posibles respuestas a esas incógnitas es el periodismo agropecuario. Y si bien los primeros pasos de la agroinformación estaban supeditados a los factores políticos, sociales y económicos del momento, y quizás no contaba con la capacidad para ser la solución de todos los problemas del campo, esta se mostró como un esfuerzo decidido y único con el fin de promover un saber de más de doce mil años que unos pocos visionarios se atrevieron a mostrar como el futuro del país y en quienes se puede ver en toda su magnitud la frase del ex primer ministro inglés Winston Churchill, quien alguna vez dijo: “Nunca tantos debieron tanto a tan pocos” (Comellas, 2010, p. 231). Esos primeros periodistas y periódicos agropecuarios también son frutos del campo y gracias a ellos por primera vez en Colombia el agro se pudo ver, leer y pensar con otros ojos. ¿Y todo eso para qué? Bueno, puede que todos los milenios compilados en estas páginas apunten a una respuesta lógica; no obstante, cabe recordar que nunca hay obviedad en la historia cuando esta depende del ser humano. En este caso, es curioso que la agroinformación surgiera con la ilustración que cambió a Europa y llegara al país con la ilustración que dio vida a la república; algo bueno debía tener para poder estampar el rostro de las plantas y los animales en el estandarte de la libertad. Ese, quizás, es el hito olvidado del agro...

## *Segundo capítulo*

### **LOZANIA Y CALDASIA, SEMILLAS DE LIBERTAD**

¿A quién podremos decir debe estos adelantos gloriosos la Francia, y por ella, de un siglo a esta parte, algunos Reynos de la Europa? A ninguna otra causa, después del favor, se atribuyen estos felicismos efectos, sino al constante tesón, y al desvelo de sus sabios, que, olvidados de si mismos solo parecen han considerado por interés principal suyo, el hacer comunes las ciencias, hasta para el más bajo plebeyo (Nipho, 1758, 1º de Febrero, p. 9).

#### **1**

En la esquina del Pilar, al costado oriental de la calzada, donde se cruza la calle de Lesmes con la del Fiscal, hay una pequeña cafetería con no más de cinco mesas, un par de vitrinas, una nevera y un cartel escrito a mano y con mala letra que anuncia el menú. Casi es medio día, el frío está de feria y el viento, como de costumbre, hace de los cerros un tobogán por el cual baja raudo trayendo las chispas heladas de una llovizna aburridora e incesante. La mujer que atiende dice que la taza de chocolate en leche cuesta mil quinientos pesos y que se acaba temprano; en cambio, ofrece tinto. Mientras tanto, al frente, en el costado occidental, un hombre lee el periódico del día. En la portada se destacan la suspensión del alcalde mayor y la corrupción de las empresas de salud, anuncia la muerte de Bin Laden y cuenta que luego de treinta y cuatro años el café marcó un precio histórico al llegar a los 3,32 dólares la libra (*El Tiempo*, 2011, 4 de mayo, p. 1). Ese hombre está sentado, precisamente, y quizás sin percatarse de la noticia, en el local que vende el producto estrella colombiano: el café de don Juan y Conchita. Mil quinientos pesos cuesta un expreso en vaso pequeño. Es lo más barato que se consigue allí, pues las otras presentaciones casi triplican el valor; pero aun así él lo pagará sin protestar.

Como ocurre en esos dos lugares, local tras local, una y otra vez sobre las tiras de andenes altos y angostos del viejo barrio de la Candelaria, el café demuestra que es el que manda, aunque ese placer amargo resulte costoso, ya que una libra en la tienda del barrio, en medio de frasquitos de aceite y bolsas de arroz, harina, frijol y lenteja, promedia los siete mil pesos, mientras que una libra de chocolate llega a costar la mitad; incluso, se pueden adquirir las pastillas de forma individual a sólo trescientos pesos, casi tan barato como la panela, cuya dulzura sigue siendo la

reina en la mesa de los pobres. Quizás, esa fue una de las razones por las cuales aquel día ya no había chocolate en la cafetería, pues su cálido encanto es hoy día el goce matutino de muchos. Pero eso no siempre fue así. Casi doscientos años atrás, en la misma casa esquinera donde se sirve el café acompañado por la sonrisa espumosa y galana de don Juan impresa en el vaso de icopor, se realizó una fiesta de la aristocracia santafereña donde el chocolate era más valioso que el vino y daba hasta para la exaltación lírica, tal como lo hizo en los años treinta de aquel siglo don Ignacio Gutiérrez Vergara al componer la *Oda al cacao*, la cual recitaba, según su herencia cantábrica, diferenciando el sonido de la *S* que se oye hoy día en el país, del que hay en la *Z* y la *C* fricativas del castellano que suenan como la *TH* inglesa: “El cacao dilithiosu, / Que abundanti produthe nostru suelo, / Nutretivo y sabrosu, / De los jombres consuelu, / Y que los dioses usan en el thielo” (Ibáñez, 1891). Aquel era un tiempo que sonaba diferente y en el que, realmente, el chocolate era un privilegio de pocos.

Aquello sucedió el 13 de mayo de 1813 en la casa del marqués de San Jorge, entre las ocho y las once de la noche, que era la hora en que solían cenar los capitalinos. Don José María Vergara y Vergara señala aquel suceso como la celebración del fin de la sociedad monárquica y cuenta que ese día cincuenta y cinco personalidades acudieron a la invitación de doña Tadea Lozano, hija del segundo marqués de San Jorge y esposa de su tío, don Jorge Tadeo Lozano, para agasajar al sobrino político de una de sus tías, don Antonio Nariño Álvarez, Presidente de Cundinamarca, quien partiría el 21 de septiembre de ese año hacia el sur del país a luchar contra las tropas españolas. (1936, p. 16). Era la época de lo que un historiador estadounidense llamó la “rosca criolla” (Phelan citado en Gutiérrez Ramos, 1998, p. 136). No obstante, esa fiesta no parecía la despedida de uno sino la de todo el grupo, quienes no imaginaban que ese sería su último día feliz.

Esa noche la algarabía rompía el silencio que parecía levitar sobre el suelo adoquinado y eternamente húmedo por las lluvias que gobernaban la ciudad y que aliviaban un poco el ambiente enrarecido por el estiércol y la orina ácida de los caballos que transitaban de día y la de los burros que se apoderaban libertinamente de las noches, así como el hedor que se elevaba con las miasmas que se abrían paso como ratas en medio de las basuras y los aires pestíferos que se escondían en las letrinas de los patios traseros de las casas, los andenes y locales comerciales, que eran, al mismo tiempo, “infectos e inadecuados cuartos de habitación, que por lo general sólo recibían luz y aire por una estrecha puerta; que carecían de servicio de agua y albañal;

donde se agrupaban numerosas familias, las cuales arrojaban al caño descubierto de las calles todos los desperdicios e inmundicias del servicio doméstico, aumentados con los del perro, el gato, las gallinas y palomas” (Ibáñez, 1891b). Nadie mejor para expresar tan molesta cotidianidad que don Francisco Javier Caro, quien en su *Diario* se quejaba de tener que compartir el retrete con otros funcionarios y soldados en el palacio de gobierno, mientras era virrey encargado: “No hay dónde poner los pies, porque son tan rematadamente puercos y tan cochinos que se ensucian en el suelo como las gallinas: y es tanta, y tal la hedentina, que por no ir allí, digo con toda verdad, que a ratos sería mucho más asear a un hombre en sus mismos calzones, que no ir a ejecutarlo en dicha secreta” (Iriarte, 1999, p. 54). Tal era el ambiente que se respiraba en una ciudad que por los días del convite de los Lozano superaba los treinta mil habitantes; es decir, un pueblo de mierda rodando por los suelos.

El evento de aquella noche tenía como particularidad que el chocolate, de visos dorados y azules, había sido guardado durante ocho años en grandes arcones de cedro. ¡Todo un tesoro! Vergara y Vergara contaba que el cacao iba mezclado con canela aromática y vino y que al prepararlo se disponían dos pastillas por taza y quedaba tan espeso y perfumado que “cada prócer de aquellos cerraba un poquillo los ojos, al poner la cucharita de plata llena de chocolate en la lengua: le paladeaba, le tragaba con majestad” (1936, p 18). Ese alimento había sido traído desde Cúcuta, región que junto a Pamplona y el Urabá era una de las de mayor producción cacaotera en el país y cuyo producto se exportaba hacia Europa o Veracruz, en Méjico, saliendo por Cartagena o por el puerto de Maracaibo en Venezuela, que era la mayor productora del virreinato (Patiño, 1990). Por eso, todos trataban de eternizar su sabor, tal como lo hacía un anciano con piel de porcelana que cerraba los ojos por unos segundos antes de tragar; fue él quien llamó la atención de don Jorge con un comentario en ese tono veloz y a veces enrevesado del andaluz seseado: “Ehto oviehe sio pone’ prato pa’ compone’ una memolia interesabre jace doce año’; ¿no cre’ uhté?”, a lo cual respondió el elegante anfitrión con una sonrisa que traslapaba algo que guardó para sí mismo con el cantado y suave acento del aragonés castellano: “¡Andaa, caroqueroo! Que shi os oviesheis shuscritoos i motivaoo á otros para shu coshtee, pueesh... Pero, sheguroo quee vuesha pershoná funa de lash quee losh criticó á lo’infortunaoosh papelésh”. No obstante, don Jorge concordaba con aquel hombre en que el cacao hubiera sido un buen tema para su ya olvidado semanario intitulado *Correo curioso, erudito, comercial y*

*mercantil de Santafé de Bogotá*. Y lo era, porque por esa época el agro se concebía como un asunto que valía la pena escribir, leer y conocer.

El cacao era un alimento apetecido en el mercado del viejo continente; por eso, sólo una familia como la Lozano podía darse tal gusto en una reunión donde el oro y la seda se llevaban en las ropas y se bailaba alegremente la contradanza, yendo y viniendo, dibujando el cuadrilongo del salón con figuras de “paseo, cadena y triunfo en la primera parte; y en la segunda alas cruzadas, paso de Venus y ruedas combinadas” (Vergara y Vergara, 1936, p. 19). Y mientras unos bailaban, otros se agolpaban afuera, en un área de recibo que empezaba luego de subir veinticuatro pasos rojos del primero al segundo piso. Aquel espacio, de unos tres metros de ancho por unos ocho de largo, limitaba por un lado con el salón y por el otro, con una barandilla de madera que a modo de balcón permitía no sólo extender la mirada hacia el patio central de la casa sino admirar los extensos y ostentosos murales que decoraban las paredes del lugar y que recordaban los paisajes de las bastas posesiones familiares, forjadas con el esfuerzo y visión empresarial de don Jorge Miguel Lozano de Peralta, el patriarca y primer Marqués de San Jorge.

Un pequeño grupo se reunió allí con don Jorge Tadeo. Sonreían y memoraban sus días en la Expedición Botánica, animados por los dibujos en tono naranja de los girasoles, las frutas brillantes y las aves de picos afilados que parecían moverse en la pared cada vez que el destello de las velas danzaba sobre ellas. El recuerdo del periódico envolvió a don Jorge con nostalgia. Recargado sobre la baranda, y con los ojos puestos sobre la piel insondable de la noche derretida sobre el tejado rojizo, se devolvió en el tiempo hasta su infancia, a la época cuando acompañaba a su padre por las cerca de veinte mil hectáreas que poseía. Se preguntaba el por qué había llegado hasta ese punto y qué tenía que ver aquello con el periódico. De repente, se encontró frente a su padre el día que este le contó que a los dieciocho años, y sin estudios concluidos, había decidido emprender su aventura en los negocios: “Me propushoo el ditchó mi cuñaoo Athuolaa que podíaa llevalé algunosh génerosh (telash, ropash, hilosh, etc.) pa’ cambiáshelosh á ganaosh mayoresh i menoresh, en que negothiabaa entonthes, o en platá pa’ reducilaa á ganaoo, proponiéndome también, que de la’ utilidadesh tomaríaa yó partee” (Citado en Gutiérrez Ramos, 1998, p. 71). Don Jorge veía a su padre amo y señor de sus seis haciendas en tierras de la sabana de Bogotá, en cabezadas por la dehesa del Novillero, lugar que con sus ojos de niño veía tan grande que llegó a imaginar que el marqués era el dueño del mundo. Eran terrenos que abarcaban lo que hoy es Soacha, Bosa, Techo, Facatativá, Mosquera, El Rosal y Subachoque, y cuya

frontera se extendía al occidente sobre los ríos Balsillas, Serrezuela y Subachoque. Además, el marqués tenía otras cuatro haciendas en el Valle de Mátima, donde hoy queda Anolaima, y tres en la Villa de Tarazona, en España (Gutiérrez Ramos, 1998, p. 81). Estas últimas, heredadas por parte de su abuelo materno.

Cuando don Jorge nació, el 30 de enero de 1771, las empresas agropecuarias de su padre rentaban cerca de dos mil quinientos pesos anualmente, una cifra muy alta para la época. El niño fue bautizado cuatro días después de su nacimiento con el nombre de Jorge Tadeo Pedro José Ignacio Lozano de Peralta González Manrique (Cáceres, 1987, p. 13). Fue el antepenúltimo entre nueve, siete de ellos mujeres, razón por la cual creció rodeado de riqueza pero también de afecto femenino. Sin embargo, toda la atención era para su hermano José María, catorce años mayor que él, quien heredaría el mayorazgo y el título como futuro segundo marqués de San Jorge. Eso no lo amilanó y, por el contrario, le dio valor para sobresalir y llegar a convertirse en el presidente de una tierra libre.

En su padre pensaba, mientras divisaba a lo lejos, en el costado norte de la casa, un mural que dejaba ver la labor de algunos trabajadores del campo en medio de un paisaje de tonos verdes y azules. En el salón suena el capítusé, “un baile mestizo con tonada de bambuco” que le gustaba escuchar más que bailar (Tolima Cafetero, 2010, mayo, p. 4). Al ingresar, doña Tadea le sonrío con disimulo, pero una presencia lo distrae y lo obliga a girar con vehemencia. Era su padre, vestido de blanco y dorado, magnífico, con el estilo afrancesado que ya no se usaba para denotar “alcurnia e hidalguía sino más bien de autopromoción de sí mismo a través de la construcción de una imagen de cuerpo altamente atrayente, esplendorosa y ostentosa” (León, 2011). Aquel retrato, hecho por don Joaquín Gutiérrez, estaba colgado junto al de don José María y algunos otros del linaje (Gutiérrez, 2011). Sin embargo, era el marqués el que le robaba la mirada y parecía decirle, como cuando era niño, que estaba orgulloso de él. Eso le daba una paz infinita.

Don Jorge suspira en medio del bullicio y observa en una esquina a don Antonio Nariño dialogando muy animadamente con el abogado payanés Camilo Torres. Nariño se percata y le sonrío haciendo una leve reverencia con la cabeza. “¡Hala!, la cruth en losh petchosh i el diabloo en lo’jetchosh”, musita don Jorge, honrando la costumbre española de hablar con refranes, para recordar la hipocresía de aquel que un par de años atrás lo había derrocado del poder con argucias poco leales y usando la fuerza de ese novísimo y peligroso juguete político de la sociedad neogranadina: el papel periódico. Él sabía que no había nadie tan firme y leal como su

padre; por eso, regresa la mirada sobre el óleo y se fija en sus manos sosteniendo los símbolos del poder y la distinción: en la izquierda, unos guantes; en la derecha, un bastón. Así lucía mientras recorrían juntos las haciendas cuando él era apenas un niño y se sorprendía con las hojas afiladas de la caña de azúcar o con el rumor de los trigales antes de la cosecha o con la suavidad névea de la harina después del paso por el molino. Seguramente, todo era una invitación a jugar y descubrir, situación que también le permitió explorar el principal negocio de la familia, que era la ganadería, y conocer de cerca la nobleza del Blanco Orejinegro y la belleza rojiza del San Martinero, a los que quizás llegó a comparar con la figura menuda del Casanareño y el Hartón del Valle, que eran razas criollas vacunas, o ganados mayores, como se les decía, los cuales recorrían las tierras de cordillera y las llanuras de pasturas amarillentas en el centro oriente y el occidente del país. Igualmente, padre e hijo, como en una obra de Roberto Ayzemberg, solían contemplar las tierras de labranza en medio del frío y la neblina o ampararse del sol y el sofoco pegajoso de tierra caliente bajo las palmas de plátano, animados muchas veces por las carreritas de las sargantanas entre la hojarasca. Desde esos días, don Jorge abrazó los colores y el aroma de la vida, los cuales lo acompañaron hasta el final de sus días cuando murió, paradójicamente, en una huerta.

Fue durante esa época cuando, seguramente, conoció a su primo, don José Luis de Azuola y Lozano, quien era hijo del hombre que había administrado las propiedades del marqués, mientras este alcanzaba la edad necesaria para asumir sus responsabilidades, y el que lo apoyó e impulsó en el mundo de los negocios. Por lo tanto, había una estrecha relación entre las dos familias. Y aunque existía una brecha generacional de diecisiete años e iban por caminos diferentes, a los dos primos los unía la fe ciega por un sabio gaditano que hacía alquimia con las palabras para que aquel que lo oyera una vez jamás dejara de escucharlo. Ese hombre, con rostro de abuelo bonachón, era don José Celestino Bruno Mutis y Bosio. Lo llamaban doctor Mutis, pero más que médico fue un profesor que desde el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario creó una generación espléndida de científicos, a los que educó sin imaginar que sus enseñanzas los llevarían a un infortunado final. Don Jorge fue uno de sus alumnos. Él llegó al Rosario el 14 de octubre de 1781 junto a otros noventa y cuatro niños y “con beneplácito y regocijo de todos los individuos, se le confirió la beca e insignias de él, precediendo el juramento que hizo en debida forma tocando los sagrados evangelios ante el señor rector, según es costumbre” (Cáceres, 1987, p. 14). Seis días después, recibió su primera clase.

Para un niño rodeado de tanto cariño, la severidad y disciplina de aquel claustro frío fueron un paso difícil de asumir. Quizás, porque adentro de la beca blanca que lo distinguía como rosarista, cargaba la negra y triste niebla mortuoria de su recién fallecida madre, doña María Thadea González Manrique del Frago Bonis, primera marquesa de San Jorge de Bogotá. Tal vez, resentía la lucha del marqués contra el gobierno español por el monopolio en el negocio de abastecimiento de carne proveniente del Novillero (Afanador, 2007, julio-diciembre); además, sufría la pugna que su padre desató para hacer valer el título de marqués que le había sido concedido en 1772 por el virrey Messía de la Zerda, gracias al rey Carlos III, quien en honor al “feliz parto” de la princesa de Asturias le había enviado dos Cédulas Reales en blanco para ser distribuidas entre personas con distinción, “antigüedad de sus casas, buena conducta y señalados servicios” (Gutiérrez Ramos, 1998, p. 124). El marqués reunía todas las condiciones; sin embargo, resultó que debía pagar el regalo y él como se negó, el título le fue revocado.

Desde ese día, el marqués, quien también resultó involucrado en la revolución de los comuneros, tenía que vivir con la guardia en alto frente al cotilleo de esquina y a un gobierno hostil encabezado por el arzobispo virrey don Antonio Caballero y Góngora, hecho que lo obligó a quejarse ante el rey denunciando no sólo al virrey sino a su asesor, su secretario y los fiscales: “Son sujetos que por lo general son de muy mala condición, soberbia y despotismo, tan violento, que parece enferman el día que no causan algún daño al vecino o pesadumbre al prójimo, y del consenso de éstos son meros ejecutores los virreyes: En fin Señor, los tristes Españoles Americanos, cuanto más distinguidos tanto más padecen” (Gutiérrez Ramos, 1998, p. 134). Paradójicamente, la educación de don Jorge se vio beneficiada por el enemigo de su padre, pues al margen de las clases de latinidad, retórica, humanidades y filosofía, el virrey impulsó la formación científica, llevando a más de un estudiante a la “pérdida de vocación jurídica” (Afanador, 2007, julio-diciembre). Incluso, por esos días, aun retumbaban, como el tañido de los campanarios de las diecinueve iglesias y los quince conventos de la pequeña ciudad, las palabras que el virrey escribió para decir, sin ruborizarse, que “un reino lleno de producciones que debe utilizar; de montes que allanar; de caminos que abrir; de pantanos y minas que secar; de aguas que dirigir; de metales que depurar; necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla” (Citado en Cáceres, 1987, p. 15). Este cambio radical en la perspectiva intelectual de la época, empujado con denuedo por un antiescolástico, como el doctor Mutis, y reflejado en la creación de la Real Expedición Botánica,

desató en don Jorge un romance con las ciencias que fue roto abruptamente en 1791 cuando salió del país a causa de la detención del marqués, quien fue condenado a cuatro años en el castillo de San Felipe de Barajas en Cartagena, donde lo atrapó la muerte el 11 de agosto de 1793. Por lo tanto, cuando don José María Lozano, segundo marqués de San Jorge, y heredero del mayorazgo, tomó las riendas del emporio comercial y agropecuario de la familia, decidió enviar a su hermano menor para España, donde pasó de la disciplina secular a la castrense, lo que marcaría su vida para siempre.

A don Jorge Tadeo el viejo continente le pareció más antiguo de lo que pensaba y eso lo aburría; por eso, muy pronto estaba flotando en un bergantín de vuelta hacia su tierra natal para reivindicar el apellido, honor y derechos de su difunto padre. Primero, tuvo que pedir la baja del ejército español argumentado los maltratos que recibía por ser americano, tal como se lo hizo saber a su hermano en una carta fechada en Madrid el 21 de diciembre de 1794, seis meses después de haber recibido autorización para abandonar el cuartel general de Figueras: "Tan vil experiencia al cabo de tantos años perdidos inútilmente pero no por esto la juzgo infructuosa, pues si algún día Dios me da hijos, primero los pondré a zapateros que a servir al Rey" (Lozano citado en Afanador, 2007). No obstante, su paso por Madrid no fue en vano, pues mientras era alférez del ejército se formó como químico en el Real Laboratorio de la Corte, recibiendo su certificado con firma del catedrático, don Pedro Gutiérrez Bueno, el 14 de marzo de 1795. Luego, viajó por Europa residiendo un tiempo en París, desde donde enviaba a Santafé libros que terminaban en su colegio como "una prueba del amor que profesaba" por la institución, según decía su rector, don Fernando Caicedo (Citado en Cáceres, 1987, p. 18). Muchos otros terminaron haciendo parte de su biblioteca personal, cuyo inventario, al día de su muerte, sumaba 119 textos, entre los cuales la mitad eran sobre historia natural y casi un nueve por ciento correspondía a libros de economía y comercio (Silva, 2002, p. 288). Seguramente, y gracias a su entusiasmo juvenil, no sólo conoció de primera mano parte de ese mundo que imaginó en el Rosario, sino que también llegó a conocer de cerca los aires de la libertad, las guillotinas, las trampas y los riesgos de la revolución así como la fuerza de la ilustración, actividad que le ayudó a reafirmar también el valor de las ciencias y a descubrir el inmenso poder del periodismo.

Don Jorge Tadeo regresó a América en 1797. Al principio, solía salir de su casa sin siquiera notar la caterva, pobre y chichera que se acomodaba a la entrada, como era de costumbre en todas las casas pudientes. El joven se veía más elegante; parecía un lechuguino que destacaba su

figura restallando sus botas al caminar con un taqueteo fuerte y seguro, como si nunca antes se hubiese escuchado nada igual. Sin embargo, una tarde de sábado notó con extrañeza que la voz de sus pies se había silenciado. Algo había cambiado en él y sólo oía el golpe agonizante de los pies descalzos de un grupo de mendigos que esperaba sobre los bancos fríos del zaguán por algo de “limosna o pitanza” (Iriarte, 1999, p. 127). Entre ellos, se movía un niño feble de unos diez años, hecho de estiércol y tierra, llamado José de Jesús Sagrario, sin apellido y cuyo único don, según decía, era el de haber nacido opaco y en el olvido para que nadie pudiera despreciarlo. El pequeño captó la atención de don Jorge, quien lo observó con un gesto de lástima que sólo pudo ser interrumpido por la apertura quejumbrosa del gran portón, donde se encontró con una sonrisa enmarcada por una sotana blanca y una capucha negra, un saludo efusivo y un largo abrazó. Era su primo, don José Luis de Azuola y Lozano, quien por esa época ya tenía cuarenta y tres años, y se había convertido en un presbítero de vasta cultura, doctor en Teología y Cánones, graduado en 1784 (Colombia, Banco de la República y Biblioteca Luis ángel Arango [BLAA], 2011). El padre Azuola era amante de la literatura y aparecía en la lista de los importadores de libros, como don Pedro de Ugarte, quien le traía a crédito desde Europa obras como las del beneditino Benito Jerónimo Feijoo, uno de sus preferidos (Silva, 2002, p. 240). Esa pasión por las letras lo llevó a ser parte de lo que Renán Silva llamó la “nueva sociedad de lectores” (2002, p. 244 y 254). No obstante, los ilustrados lo reconocían como un gran traductor, gracias a su impecable trabajo con *La Historia del Cristo Paciente*, que pasó a la posteridad por ser el primer libro impreso en el país, actividad que realizó en la Imprenta Real en 1787 (Colombia, Banco de la República y BLAA, 2011). Ese fue su bautizo como comunicador.

El padre Azuola había sido abogado ante la Real Audiencia desde 1785, fecha desde la cual también ejercía como cura capellán del Batallón Auxiliar (Díaz et al., 2010). Vivía muy cerca de la Casa del Marqués. Los separaban cinco cuadras al sur y una hacia el occidente, pero los reunía la cotidianidad del pequeño círculo social, familiar y académico al que pertenecían y que los llevó a encontrarse en más de una ocasión para celebrar su mutua afinidad alrededor de un fenómeno hijo de la ilustración que para los más jóvenes resultaba ser un laboratorio entretenido donde podían jugar a ser los dueños del mundo: las tertulias literarias. “¡Ahí sherá el diablo!”, decía la gente al salir de la iglesia temiendo lo que ocurriera allí; pero lo cierto es que no había maldad sólo la bendición de Dios convertida en un conocimiento que propició el nacimiento del periodismo, la concepción de la república y hasta la planificación de su propio martirio.

Por los días del encuentro de los dos primos, se cumplían tres años de la acusación que recayó sobre el padre Azuola por haber participado en un supuesto plan para derrocar al gobierno durante la noche de los pasquines (Gutiérrez Ramos, 1995). Además, lo señalaban de actuar junto a un grupo de ilustres rosaristas y algunos bartolinos, como eran conocidos los estudiantes del Colegio San Bartolomé, donde dictaba la cátedra de teología moral y en la que fue profesor de destacados hombres como don Francisco de Paula Santander y Omaña (Moreno de Ángel, 1989, p. 50). De acuerdo con el soldado español José de Arellano, amigo de la causa y luego informante del gobierno, la idea era “prender fuego a una casa en el extremo de la ciudad y echarse sobre las armas del cuartel y luego dar muerte a todos los que fueren al fuego y a los que no quisieran seguir el gobierno republicano” (Citado en Ruiz, 1990, p. 88). Todo esto ocurrió con el amparo de los padres dominicos quienes patrocinaron “una reunión secreta, encaminada a sustituir aquí la dominación española por el sistema político derivado de la Revolución Francesa” (Ortiz Citado por Ruiz, 1990, p. 89). Eran días de agosto con vientos libertarios de repeluzno que se anudaban en la tertulia Patriótica, una de las más reconocidas de la capital, cuyas reuniones vespertinas se hicieron desde 1790, y durante casi cuatro años, en una casa de don Antonio Nariño, en lo que fue la sede del Jockey Club en el parque Santander. La Patriótica fue concebida a la usanza de las reuniones literarias europeas:

Se me ocurre el pensamiento de establecer en esta ciudad una suscripción de literatos a ejemplo de las que hay en algunos casinos de Venecia: esta se reduce a que los suscriptores se reúnen en una pieza cómoda, y sacados los gastos de luces, etc., lo restante se emplea en pedir un ejemplar de los mejores diarios, gacetas extranjeras, los diarios enciclopédicos y demás papeles de esta naturaleza, según la suscripción. A determinadas horas se juntan, se leen los papeles y se critica y se conversa sobre aquellos autores; de modo que se puede pasar un par de horas divertidas y con utilidad. Pueden entrar don José María Lozano, don José Antonio Ricaurte, don José Luis de Azuola, don Juan Esteban Ricaurte, don Francisco Zea, don Francisco Tovar, don Joaquín Camacho, el doctor Iriarte, etc. (Nariño citado en Ruiz, 1990, p. 143).

Poco después, influenciado por los franceses Louis Francois de Rieux y Emmanuel Antonio de Froes y Díaz, le cambió el nombre y la bautizó como El Arcano Sublime de la Filantropía (Ruiz, 1990, p. 146 y 148). La presencia del padre Azuola contrastaba con la decoración inconclusa y masona que había en la sala cuadrilonga de aquel “santuario”, como lo solía llamar

Nariño. En cada pared había frases y retratos de filósofos y científicos europeos; se podía leer, por ejemplo, *Libertad y Razón* en dos de ellas, acompañadas por palabras de Rousseau. Al sacerdote seguro le gustaba leer la que iba debajo de la *Razón* y que Nariño se atribuía: “Se sigue la razón cuando sin oír las opiniones de los hombres se escuchan los gritos de la naturaleza” (Citado en Ruiz, 1990, p. 142). A su alrededor iban los retratos de Jenofonte, Washington, Solón y Montesquieu. Al frente, junto a la *Libertad*, se veían los rostros de Sócrates, Rousseau, Plinio y Buffon. Allí decía: “Aquel es verdaderamente libre que no necesita poner los brazos de otro al fin de los suyos para hacer su voluntad –77-” (Ruiz, 1990, p. 141). Quizás, el presbítero, con su mirada aguda, halló insólita y hasta hedonista una frase escrita en una de las otras dos paredes de la habitación: “Quito al cielo el rayo de las manos y el cetro a los tiranos”. Era de Benjamín Franklin y estaba acompañada por la palabra *La Filosofía*. En ese lugar iría el retrato de dicho científico más los de Tácito, Rainal, Newton y Platón, quienes mirarían al frente a Cicerón, Demóstenes, William Pitt y varias imágenes del propio Nariño, extrañamente acompañadas del número 33, y rodeando la palabra *Minerva*. También había un dibujo de un obelisco, símbolo y propaganda junto a todo lo demás, que representaba una invitación a la reflexión y a la libertad de pensamiento.

Aquel encuentro literario terminó siendo la sede de la primera logia masónica de la ciudad, lo cual generaba cierta resistencia, pues sus objetivos no parecían muy claros para todos. Incluso, cuenta Raimundo Rivas de Zubiría, biógrafo de Nariño, que sólo los “conocían los tres jefes: el director, el censor y el celador, quienes han de servirse de los demás socios, ignorantes de todo y comprometidos a ciega obediencia” (Citado en Ruiz, 1990, p. 140). Esa experiencia pudo haber desencadenado la guerra santa del padre Azuola contra los masones, hecho que tuvo su cenit desde 1823 hasta el momento de su muerte en mayo 1826 (Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango, 2011). Para ello, el padre escribió trece documentos que se movían entre la retórica y el verso:

¡Oh Colombia, Colombia, quien creyera / Que os hicieran mudar todo el semblante! / ¿Y quien  
 motivó mudanza fiera / Sino el impio masón, necio y pedante? / Pero si la que lo sigue turba, no  
 la huviera, / No pasarían los daños adelante, / Salid de vuestras dudas, si sois dignos, / Ya que  
 estais mereciendo los infiernos / E indubitables os daremos signos, / De que por tales hombres tan  
 indignos, / Se hacen aborrecibles los gobiernos (Azuola, 1824, p. 4).

Pese a esto, no se puede desconocer que hubo hechos importantes ligados a los masones, como la llegada clandestina de un periodismo que prometía una realidad diferente a la que propagaban la *Gaceta de Madrid* y *El Mercurio* español, únicos con autorización para circular en el país (Restrepo, 1858, p. 38). La masonería fue una de las primeras redes sociales del mundo, lo cual resultaba vanguardista en una sociedad neogranadina poco ilustrada y acostumbrada al cotilleo, como ocurrió, por ejemplo, en 1794 con la muerte de don Francisco Tobar y Buendía, integrante de la Patriótica. Fue tal el alboroto que causó su ahogo en las aguas del río Techo que dio para todo tipo de hipótesis y habladurías hasta que hallaron el cadáver, luego de cuatro días, “sin habersele caído nada de la ropa, plata ni reloj” (Caballero, 2010, p. 87). Por eso, para los jóvenes ilustrados esa información resultaba una pérdida de tiempo, pues su interés se enfocaba en los pormenores de la revolución francesa, las notas científicas o literarias y las nuevas ideas políticas. No obstante, el gusto por dicha tertulia no siempre era compartido por el doctor Mutis, quien veía riesgosas las reuniones donde participaba el francés de Rieux. De ahí su esfuerzo por rescatar a don Francisco Antonio Zea y, en especial, a su sobrino, don Sinforoso Mutis, razón por la cual le escribió el 21 de abril de 1794 a su cuñada: “El tiempo es muy crítico y yo debo precaver los desvaríos de este niño. Qué crédito fuera el nuestro si por inconsideraciones de este niño cayese en algunas tertulias (sobre las que hay espías muy secretos) y fuese hallado en conversaciones peligrosas?” (Citado en Silva, 2002, p. 116 y 117). Él sabía que algo iba a suceder. Ya se venía oliscando en las calles bajo el hermetismo insinuante de las armas de tinta, tal como lo manifestó don Francisco Gaona de la Bastida en una carta a don José D’Elhuyar, el gran amigo de Mutis, quejándose de don Pedro Fermín de Vargas: “Ha hecho fuga llevándose una mujer casada. Se dice que por estar denunciado de seguir los desatinos de Voltaire. Estos son efectos de los librefijos franceses, leídos sin las luces de la escritura y sagrada teología” (Caycedo citado en Pacheco, 1984, p. 14). Se sabe que muchos de esos textos provenían del mayor librero de la época, que era, precisamente, don Antonio Nariño.

Eran tantos los libros que poseía el prócer que la diligencia de confiscación realizada por el gobierno español en 1794, liderada por el oidor Joaquín Mosquera y Figueroa, demoró tres días. El inventario arrojó un total de 700 títulos con 1.881 volúmenes (Ruiz, 1990, p. 212). Entre la literatura que registró el escribano Juan Nepomuceno Camacho llamaba la atención la existencia de la *Enciclopedia Metódica*, basada en la *Enciclopedia Francesa*, que estaba “severamente prohibida” desde 1784; de ella poseía veintitrés volúmenes (Posada, Ibáñez y Menéndez citados

en Pacheco, 1984, p. 14). También, había ochenta y seis títulos sobre economía y agro, entre los cuales diez correspondían específicamente a la producción rural; además, guardaba once títulos de periódicos con 34 volúmenes (Ruiz, 1990, p. 71). Al final, algunos fueron rematados y otros terminaron en la biblioteca que dirigía don Manuel del Socorro Rodríguez, el cubano que creía en la ilustración como herramienta para solucionar los problemas socioeconómicos de la Nueva Granada.

Justamente, fue el bibliotecario el primero en poner el dedo en la llaga sobre la situación del campo al escribirle al rey un memorial fechado el 19 de abril de 1793 en el que denunciaba que los hombres nacidos en una situación ínfima o mediana huían de las labores agrícolas porque lo único que podían cosechar era pobreza. Según decía, esta era la razón por la cual “todos cuantos hijos tenga un padre humilde eligen la carrera literaria, prometiéndose por este medio no sólo una fortuna acomodada, sino una representación ilustre en la república” (Citado en Silva, 2002, p. 119). El bibliotecario acotaba que muchos, en lugar de estudiar, se dedicaban a la briba y a la limosna de los conventos quitándole esa posibilidad a quienes realmente la necesitaban: “Ni vuelven a sus pueblos, ni se emplean en la agricultura y demás artes, ni son útiles a su familia, ni pueden por su suma pobreza tomar el estado de matrimonio, y sólo quedan aumentando el número de los holgazanes, llenando de vicios la república, y formando las torpes asambleas del libertinaje, de la independencia, y demás desórdenes que no se pueden describir” (Citado en Silva, 2002, p. 120). De esta manera, planteaba que el modelo educativo, como ocurre hoy día, lastimaba al campo, pues reclutaba manos de trabajo que abandonaban el terruño y se afiliaban a la pobreza urbana para jamás regresar.

No obstante, nadie actuaba para promover cambios tangibles, pese a que los fantasmas de la fisiocracia habían hallado en los neogranadinos un templo para eternizarse, pues los ilustrados sólo esperaban el beneficio de la teoría buscando poder político para tener así el control económico del país, en un momento en que el comercio estaba en alza. Es el caso de Nariño quien, al igual que los Lozano, era terrateniente y poseedor de cultivos de tabaco, cacao, quina y azúcar (Ruiz, 1990, p. 18). Además, tenía interés por diversificar y sembrar morera para desarrollar en ella el cultivo del gusano de seda (Ruiz, 1990, p. 274). Es obvio que ellos iban detrás del botín oneroso del agro que les mostró la ilustración, pues no hay que olvidar que detrás del perfil heroico que delineó la historia siempre hubo un grupo muy activo de comerciantes; por eso, los afectaba gravemente el tema de los impuestos. Es el caso de la región antioqueña donde

se triplicó el ingreso fiscal gracias al crecimiento de la minería y se creía que sus habitantes tenían dinero para adquirir textiles y demás cosas en lo que hoy es el departamento de Santander (Palacios y Safford, 2002, p. 185). Se pensaba que esto incitaba el círculo productivo fisiocrático al mover al agro, el comercio, la industria y la exportación; por ende, se hablaba del incremento del algodón y el añil en el socorro, la extracción del cuero y los palos de tinte en la costa atlántica, y el cultivo del cacao en el bajo magdalena; incluso, el virrey Pedro Mendinueta y Múzquiz, quien gobernó entre 1796 y 1803, llegó a afirmar que la Nueva Granada “no había sufrido por largo tiempo escasez alguna de alimentos” (Citado en Palacios y Safford, 2002, p. 182 y 186). Además, se sumaba el crecimiento de los epicentros comerciales: Honda y Mompo como grandes puertos, Medellín siendo eje minero, San Gil y el Socorro posicionados en textiles, el Rosario de Cúcuta en la vanguardia cacaotera y los llanos en la ganadera. Todo parecía ir bien; sin embargo, una estela fría iba quedando en los productores, quienes percibían una bonanza agrídulce, ya que su riqueza pronto terminaba en manos del fisco favoreciendo al gobierno (Palacios y Safford, 2002, p. 183). Todo esto pauperizaba el campo y ayudaba a enconar lentamente los ánimos.

Y es que la finalidad de la ilustración en relación con el campo era fomentar la siembra y el comercio y, por ende, aumentar las rentas de los productores. Entonces, un alto impuesto resultaba un obstáculo difícil de lidiar. Por este motivo, un grupo de ilustrados, guiado por don Pedro Fermín de Vargas, don Eloy de Valenzuela y el doctor Mutis, promotores de la creación de escritos científicos y agropecuarios, ideó la forma de revelar la verdad sobre la riqueza rural para empoderar a los productores del campo. Ellos creían en las cualidades del papel periódico para permitirles describir y explicar lo que existía así como sus modos, lo cual indicaba el potencial económico que había e invitaba, de forma subrepticia, a no permitir que otros se enriquecieran con él. Eso implicó hacer una revolución ilustrada en la que, según Nariño, la imprenta se convirtió en “una herramienta fundamental para conseguir la emancipación de España” (Citado en Ruiz, 1990, p. 87). Por ende, no se puede desconocer que el agro, ligado a la cualidad aglutinante del periodismo, fue un actor importante en el nacimiento de la república.

Uno de los primeros que hizo la tarea fue, precisamente, don Antonio Nariño. En 1797, mientras iba de pueblo en pueblo evadiendo la justicia, habló sobre el lamentable estado del campo neogranadino, afectado, entre otras, por la guerra de 1796 entre España e Inglaterra: “Nada es más común – escribió - que el espectáculo de una familia andrajosa, sin un real en el

bolsillo, habitando una choza miserable, rodeada de algodones, de canelos, de cacao, y de otras riquezas, sin exceptuar el oro y las piedras preciosas” (Citado en Pacheco, 1984, p. 71). Nariño, al vislumbrar lo que pasaba, conminaba a redescubrir y capturar el país oculto, a filosofar menos y a propiciar la igualdad con el mejoramiento de la realidad socioeconómica rural. Y como él, otras voces ilustradas comenzaron a cuestionar lo que pasaba. “¿Qué granjería agrícola podía prosperar en un país maniatado, con pechos que lo mataban en su cuna?”, se preguntaba el historiador José Antonio de Plaza al analizar los serios perjuicios de los recargos que tenían que pagar los productores frente a las dificultades de infraestructura que presentaba el territorio (1850, p. 373). Y es que a pesar de que en Cundinamarca y Boyacá había cientos de hectáreas aptas para el trigo y se contaba en la sabana con un molino, era más fácil y barato importar la harina desde Estados Unidos que llevarla de la capital a la costa, pues no sólo demoraba de seis a ocho semanas sino que llegaba “en mal estado a su lugar de destino dadas la duración del viaje y las primitivas condiciones de los medios de transporte” (Jaramillo, 2001). Una situación parecida ocurría con el cacao, el algodón o el azúcar, que “tenía que pagar un derecho escorbitante, que se llamaba de puerto, ecsijible a su embarque por el Magdalena, (y) no podía competir en su precio con el de la Habana, ni menos esponderlo en otros mercados” (De Plaza, 1850, p. 373). Estos factores conspiraban contra los intereses de los ilustrados, quienes descubrieron que no perdían sino que estaban dejando de ganar debido a políticas abusivas del gobierno español.

Por esos días, las agroexportaciones equivalían sólo al diez por ciento de los 2,5 millones de pesos que, en promedio, totalizaban los productos que salían cada año del país, a pesar del esfuerzo insuficiente de los virreyes Ezpeleta y Mendieta por crear o mejorar vías comerciales, en especial del centro hacia el norte, que en su mayor parte eran andurriales “estrechos, escarpados, atravesando regiones de intensas lluvias que los mantenían en condiciones deplorables, hasta el punto de ser intransitables por mulas y caballos y sólo ser posible con peones cargueros” (Jaramillo, 2001). A esta situación se sumaba la falta de tecnología agropecuaria, como lo denunció don Pedro Fermín de Vargas en 1790, al señalar como causas el descuido, la ignorancia y la ociosidad rural; por ejemplo, decía que “en muchas provincias del Nuevo Reino no se conocía el arado, y en donde se usaba, se fabricaba de madera por falta de hierro. Tampoco se abonaban adecuadamente las tierras para mejorar el suelo y la calidad de la producción, y afirmaba que, en medio de su ignorancia, los trabajadores agropecuarios sólo se

preocupaban por poner ‘tal cual cuidado en no perder el estiércol de ovejas en aquellas heredades en donde las hay’” (Citado en Pacheco, 1984, p. 70). Tan deplorable era el estado que los europeos le llevaban casi un siglo en actividades como el mejoramiento de suelos.

Don Jorge Tadeo Lozano era consciente de esa situación. Pero él, al igual que don Manuel del Socorro Rodríguez, culpaba a la cantidad de vagos que poblaban las calles. “Pues q’estoos andán criandoo mollejaa”, decía con disgusto. Esas personas hacían parte de un pueblo mestizo, ignorante y carente de oportunidades, al que pertenecía José de Jesús Sagrario, el niño mendicante de guedeja enredada que llamó la atención de don Jorge, quien por esos días se hacía llamar Jeimibi y contaba que había vivido en una parroquia de la ciudad de Bucaramanga ayudando al padre Eloy de Valenzuela. No se sabe si esto era cierto o no, pero el niño sabía que el cura tenía cultivos de trigo y una pequeña granja experimental para enseñar agricultura, pues la consideraba una actividad útil y, como tal, creía que ella podía “contar con un aprecio durable” (Citado en Pacheco, 1984, p. 43). Allí, al niño se le iba el tiempo entre rezos, regar plantas y cargar velas. Pero cuando entraba en escarceos o se distraía jugueteando con cualquier cosa, un sacerdote aparecía de repente con una retahíla de palabras acentuadas por una varita de ortiga y le decía: “¡*Hei mibi, Dominuhs meo!* Qué mothuelo eshte. Anda, póngashe pronto”. Desde entonces, el niño cambió su nombre de pila y asumió su nombre de palo: Jeimibi.

Un día se marchó de ese lugar. Era 1794. El padre Eloy lo envió a Santafé buscando disciplina y, ante todo, formación; quería que fuera útil a la patria. Por eso, encargó su viaje al hombre que le llevaba los libros de economía, química y botánica que le enviaba don Juan Jiménez (Silva, 2002, p. 240). Seguramente, el destino inicial era la casa de su amigo y mentor, el doctor Mutis, pero no se sabe cómo, ni a qué hora, resultó en la parroquia del batallón que quedaba cerca al colegio San Bartolomé, donde conoció al padre José Luis de Azuola y, gracias a las pesebreras que había allí, se apasionó por los caballos y ese andar metálico y marcial que hacía poderoso a quien los cabalgaba. Por eso, el niño se quedaba sin aire cuando lograba tener casi encima a los gigantescos animales; era como si viera al mismísimo Dios con sus minúsculos ojos. No obstante, Jeimibi se aburría con las tareas que le asignaba el padre Azuola y prefería dedicarse a crear planes para poder huir. Uno de ellos se hizo realidad tres años después, durante el segundo día de la muerte del arzobispo de la ciudad, don Baltasar Jaime Martínez Compañón, aprovechando la infinita romería y el lloriqueo que el 19 de agosto acompañó las exequias del hombre al que consideraban santo, por el cual había llorado el cielo durante los tres días de

velación y de cuyo cuerpo inerte, decían, “salía una fragancia aromática” (Caballero, 2010, p. 88). Aquel día, el niño, sin pensarlo mucho, se marchó.

Quería ir a tierras más cálidas, pero todo se le hacía lejano. Además, lo amedrentaba el cerco inacabable de lagunas y árboles de un verde tan oscuro que a la distancia lucía como una gran boca esperando para tragárselo. Desilusionado, las calles de adoquín así como las de tierra y pasto, convertidas por la lluvia en riachuelos o lodazales, según por donde se anduviese, se convirtieron en su único hogar. Entonces, descalzo y ataviado apenas con una ruanita deshilachada, un sombrero viejo y unos calzones hasta las canillas, sucios y raídos, iba calle arriba y calle abajo buscando migajas de lo que fuera, mientras imitaba a un jinete cabalgando su corcel imaginario. En su desventura recibió de todo, principalmente golpes y desprecio, y descubrió que no había amigos cuando de hambre se trata, como le ocurrió con un par de bandidos que no pasaban del metro de altura que le quisieron quitar las sobras de un pato. Ese día, aunque se defendió con uñas y pies, los dientes de sus rivales hicieron la diferencia saldando a su favor la disputa y así, terminó sin comida, con la cabeza embarrada y sin un pedazo de oreja, la cual, muy seguramente, aparecería días después en algún lugar de una cloaca santafereña.

Remendado e incompleto lo encontró el padre Azuola el día que lo recogió en el hospicio de la ciudad. Al escuchar su historia sintió lástima y lo invitó a continuar en la parroquia del batallón so pena de terminar recluido a la fuerza en un convento, como uno de los tantos niños “legados o donados” que iban a parar allí en medio del olvido. Ese fue el destino de ochenta y cuatro menores, según un censo oficial de 1793 (Páez, 2006, p. 130). Quizás, por eso, ante el rechazo inocente y un tanto mohíno del niño, lo recomendó para que trabajara con su primo en la casa del marqués. “Bién jathee vuesheñoriaa i con ushenciaa, queridó primoo, vamo jather deshte mothicoo algoo útil pa’ la patriá”, le dijo don Jorge al recordar que el niño había estado en la puerta de su casa. Y es que los ilustrados creían en un tipo de mesianismo redentor a usanza del paternalismo feudal; por eso, algún tiempo después escribiría: “El país en que no florecen las artes, no puede menos de estar lleno de mendigos, y gente viciosa”; entre esas artes estaban las del agro (Lozano y Azuola, 1801, 10 de noviembre, p.154). Posteriormente, con su fina pluma, agregó: “¿De qué sirven las limosnas que se derraman en las puertas de las casa?, ellas es verdad, aprovechan al que las da; pero, jamás sacarán á los pordioseros de su miseria” (Lozano y Azuola, 1801, 17 de noviembre, p. 158). Esas palabras no fueron más que el prólogo de muchas otras que usó para fertilizar su objetivo de transformar la riqueza natural en patrimonio de unidad, cuyos

intereses se repartiesen entre los que se sentaban en la mesa del poder político y económico en beneficio de un pueblo necesitado de educación y empleo. Él quería salvar la sociedad para que ella no le quitara lo suyo; por eso, su benevolencia era un acto político que destacaba su señorío y nobleza.

Jeimibi entró a la casa de los Lozano un mes después de las nupcias de don Jorge con su sobrina, hecho denominado como “un matrimonio pasado por agua”, ya que no sólo tuvieron que donar a la iglesia una buena cantidad de dinero para aprobar la boda, sino que le cedieron “la tercera parte del derecho que tenían al agua llamada Toma de San Patricio, que comenzaba a inmediaciones de Subachoque en el río Serrezuela, para que sirviera a perpetuidad a las necesidades del pueblo de Bogotá”, hoy conocido como municipio de Funza (Cáceres, 1987, p. 19). Ellos se casaron el 2 de julio de 1797 y durante los tres años siguientes la existencia de don Jorge se centró en la vida de hogar, el comercio y la política, pues fue alcalde de Santafé en 1799. Sólo lo perturbaron los temblores de tierra, como el ocurrido el 17 de abril de 1798 a las 5:56 de la tarde y los del 7 de julio y el 7 de agosto de 1799, acaecidos durante la noche, agitando la paz y el sueño desprevenido de la endeble capital (Caballero, 2010, p. 67). Junto a la familia Lozano el mozuelo o mocico se volvió un mocete. Era un esclavo más con la actitud de un ganapán de brazos cortos y flacuchentos: a veces recadero y otras, cargador de libros pesados e incomprensibles; sin embargo, la mayor parte del tiempo la pasaba acomodando mercancías en las bodegas que había en la misma casa y en los locales del costado occidental donde hoy queda la Alcaldía Mayor de Bogotá, que pertenecían al hermano de don Jorge. Lo único que no se le permitía era acercarse a los caballos desde el día que sin querer y por ignorancia, al limpiar el anca de uno de ellos, tocó una herida en la parte anterior haciendo que el animal se sacudiera bruscamente y le pisara un pie. Así, su amor por los equinos, le dejó una cojera perpetua y el corazón roto para siempre.

Tal vez, esa misma sensación de pérdida era la que vivía don Jorge mientras compartía el chocolate en el convite que despedía a Nariño. Durante la velada había permanecido extrañamente callado, algo poco común en él, pues era considerado un buen conversador y un gran orador y anfitrión (Salazar, 1884, 20 de julio, p. 372). Incluso, cerca de la media noche, cuando finalizó la reunión, evitó despedirse de todos. Por esos días de 1813 Jeimibi contaba con cerca de veintiséis años de edad y aun trabajaba para la familia. Esa noche, al dirigirse al lugar de reposo para la servidumbre, avistó a don Jorge encerrado en la pequeña habitación de los tres

ventanales donde guardaba documentos y muestras de sus investigaciones. Allí, solitario y meditabundo, sentado en su vieja silla de cuero, observaba con cierta nostalgia un mamotreto de papeles que atesoraba al igual que a sus ocho hijos. Hojeó un pequeño ejemplar de atrás hacia adelante como si quisiera regresar el tiempo. Era de principios de siglo, época que nadie olvidaba porque había llegado cargada de un invierno bíblico que golpeó la ciudad sin descanso desde enero de 1800 hasta el día 11 de diciembre cuando cayó una granizada apocalíptica que duró cuarenta y cinco minutos, tras la cual muchos llegaron a pensar que con unos minutos más se hubiera hundido la ciudad. Según don José María Caballero “quedaron las calles, campos y tejados hechos una sola nieve; despedazó cuanto encontró” (2010, p. 90). Infortunadamente, esa nube se posó sobre el país en un momento cuando se buscaba el repunte de la economía; por supuesto, el campo fue su principal víctima. Por eso, la llegada de 1801 se vivió con una esperanzadora ilusión, que en el caso de don Jorge se vio fortalecida por la creación de una tertulia en casa de su tía política materna, doña Manuela Santamaría de Manrique del Frago Bonis, amante de “la jardinería, la botánica y las ciencias naturales” (Ortiz, 2003, p. 80). Se llamó la Tertulia del Buen Gusto.

Las tertulias del nuevo siglo ya no sólo eran “sencillas reuniones de intelectuales, sino centros de estudio, con miras a influir en la vida política de la nación” (Pacheco, 1984, p. 148). Don Jorge fue un asiduo asistente y partícipe de intensos diálogos animados con aloja, una bebida hecha con base en arroz; vino rojo de Castilla la vieja; chocolate y la variopinta mistela, compuesta por aguardiente, canela, mosto de uva, frutas y yerbas aromáticas (*La Rochela*, 2011). Todo el licor se mantenía en botellas elegantes donde “el tapón se reemplazaba con una flor de clavel” (Ibáñez, 1891). Tertuliano, don Jorge conoció, entre otros, a don Juan Manuel Restrepo, con quien seguramente debatió sobre el agro y se enteró que en Antioquia se cultivaba apenas con azadón, hacha y quema de suelos y que instruirse allí era una utopía, pues “el maestro andaba tan descalzo como sus alumnos y el uso de papel era cosa de lujo. Hasta los no tan pobres aprendían el arte de escribir, practicando sobre hojas de plátano con punteros de cañabrava” (Barrera, 2007, p. 11). De ahí el sueño que Restrepo perseguía y que describió el 12 de marzo de 1809: “Veo los montes dorados con abundantes cosechas de trigo; en este valle a la par del café crece el algodón, y no muy distante se levanta con lozanía la caña junto al añil. Corro a los valles ardientes: las márgenes del cauca están cubiertas de cacao; allí el rico propietario, tendido en su hamaca, espera pacíficamente las riquezas que producen sus numerosos plantíos” (p. 76).

Pensamientos como este llevaron a don Jorge Tadeo Lozano y al padre José Luis de Azuola y Lozano a diseccionar la situación económica del país para compartir sus ideas a través de un periódico que apareció el martes 17 de febrero de 1801 llamado *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*.

Este periódico es hijo del Buen Gusto y nació fundamentado en el regio interés por hacer agricultura a través de los párrocos y en el furor científico de la época; por eso, era un impreso que emulaba al periódico de sabios francés, cuyo modelo llegó al país a través de la tertulia de Nariño. Además, recibió impulso por parte de la Tertulia Eutropélica, la cual había nutrido al *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, en cuyas páginas se habló por primera vez de la necesidad de crear una sociedad económica para el fomento del agro. Entonces, el periódico de los primos Lozano surgió de una reflexión que dejó una inquietud y una necesidad consensuada que fue tomando cuerpo en reuniones informales de ilustrados hombres de negocios. Conocido también como el periódico de los adjetivos, que luego se vuelven objetivos, fue el primer informativo de carácter privado en el país y su nombre, quizás, resultó siendo la primera franquicia que circuló por las calles santafereñas tras recorrer un largo camino que empezó en una imprenta de Madrid el 1° de febrero de 1758, gracias al reformador del periodismo ibérico, el aragonés Francisco Mariano Nihpo, cuando fundó el *Diario curioso, erudito, comercial público y económico*.

Nihpo consideraba al periodismo como “un oficio penoso y poco lucrativo”; sin embargo, creía que era necesario para cumplir con el objetivo de “educar y moralizar” al pueblo (Enciso, 2009). Por eso, definía a su diario como útil, palabra que fue argumento del periodismo neogranadino, pues le permitía llegar a los ilustrados y, en especial, a los ignorantes y holgazanes, ya que creía que “á la utilidad, y enseñanza de estos, deben encaminarse las tareas de los que pretenden el nombre glorioso de bien aplicados” (Nihpo, 1758, 1° de febrero, p. 5). Dicho fin se vio favorecido cuando el periódico recibió la bendición del rey, puesto que era de beneficio público ofrecer “noticias de cuanto ocurra, importante al comercio, tanto literario, como civil, y económico” (Fernando VI citado en Nihpo, 1758, 1° de febrero, p. 3). Sin embargo, un año después, y por treinta y tres años, estuvo bajo la dirección de don José Antonio Lozano con el nombre de *Diario Noticioso Universal*, título que volvió a cambiar a partir del 1° de julio de 1786 cuando pasó a manos del librero francés Jacques Thévin, conocido también como Santiago Thévin, quien retomó su encabezado original: *Diario curioso, erudito,*

*económico y comercial*. Thévin creía que los cuatro adjetivos congregaban “todos los conocimientos científicos y útiles á la humanidad” (1786b, p. 6 y 7); por eso, buscaba instruir a “todas las clases del estado”, incluyendo a la rural, con el fin de impulsar ese sector. De ahí la estructura que utilizó:

Cada dia se trata de diferente materia; cada dia se explican asuntos diversos; pero cada uno de estos varios tratados pertenece á alguna de las partes que forman el todo de sus fines. Si hoy hablan de Matemáticas, mañana hablan de Agricultura, al siguiente del oficio de Carpintero, y al inmediato de Minarologia, de Marina, ó de otra cosa muy distinta. De aquí es que todas sus materias son inconexas entre sí, porque esta es la naturaleza del escrito; diferenciar siempre en la instrucción, y con esta variedad al cabo de algún tiempo enseñar en todas las diversas clases posibles de literatura, de gusto, y de utilidad, para que así resulte la instrucción general de la Nación en todos los órdenes que componen su estado (Thévin, 1786b, p. 7 – 8).

Thévin también consideraba importante incluir frivolidades, porque estas enganchaban al lector: “Aunque no sirven de instrucción, y no sean asuntos de conseqüencia, son los que mas incitan á leer, son los que se buscan y solicitan mas por el pueblo que se intenta instruir, y á su vuelta se aficiona este á los asuntos de verdadera y efectiva educación” (1786b, p. 10). Poco después, tras la muerte de Thévin, el periódico fue asumido por don Francisco Cabello y Mesa, cuyo seudónimo era Jaime Bausate y Mesa, quien lo dirigió por quince meses hasta 1788 (Clement, 2009). A partir de ese año el periódico abandonó su interés por la economía y se transformó en el famoso *Diario de Madrid*. No obstante, el concepto no desapareció; primero, porque en 1762 un comerciante con sueños literarios, llamado Pedro Ángel de Tarazona, promotor incansable del periodismo, replicó el modelo y fundó en Barcelona el *Diario Curioso, histórico, erudito, comercial, civil y económico*. Por otro lado, el formato trascendió fronteras cuando don Jaime Bausate y Mesa viajó al Perú, donde halló una sociedad limeña en la que, “aun habiendo muchos sabios y doctores en toda materia, permanecían en una inacción letárgica” (Citado en Clement, 2009). Eso demuestra que tanto en Madrid como en Lima o Santafé de Bogotá la holgazanería era pan de cada día. Por eso, y haciendo uso de su experiencia, fundó en 1790 el primer periódico privado en Hispanoamérica y lo llamó *Diario de Lima curioso, erudito, económico y comercial*, el cual circuló durante tres años y contó en sus inicios con el apoyo del virrey don Francisco Antonio Gil de Taboada y Lemus, quien decía que allí “se manifestaban las

compras, ventas, alquileres, pérdidas y otras cosas que facilitaban los auxilios que por falta de noticia no disfrutaban” los habitantes de esa ciudad (Citado en Clement, 2009). Gil Taboada venía de cumplir el papel de virrey encargado en Santafé de Bogotá mientras llegaba el virrey Ezpeleta, quien asumió en 1789. Ellos se hicieron buenos amigos y juntos adelantaron el ingreso del periodismo formal a sus territorios.

Casi al mismo tiempo con el nacimiento de aquel periódico, el virrey Gil Taboada apoyó un segundo impreso llamado el *Mercurio Peruano*, lo que motivó a don José de Ezpeleta a impulsar en 1791 la creación en Santafé de un impreso que se llamó *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. En la Nueva Granada había siete personas suscritas a los periódicos peruanos; varias de ellas, como el Virrey Ezpeleta, don José Celestino Mutis o don Juan Esteban Ricaurte, eran muy cercanas a la familia Lozano, en especial este último, que era cuñado de don Jorge. También estaban don Diego Tanco y el arzobispo de Santafé, don Jaime Baltasar Martínez Compañón, antiguo obispo de Trujillo en el Perú (Clement, 1979, pp. 118, 120, 126 y 128). Por lo tanto, gracias a ellos se conocía en Santafé la existencia del *Diario de Lima curioso, erudito, económico y comercial*, cuyo formato pudo haber llegado a manos de los primos Lozano a través de dos caminos: el sacerdote o el virrey.

El arzobispo Martínez Compañón era amante de la botánica y promovía la agricultura y el comercio, pues desde 1777 hacía parte de la poderosa sociedad vascongada española y, por lo tanto, era cercano al doctor Mutis y a los integrantes de la Expedición Botánica (Goicoetxea y Martínez, 1991, p. 182 y 184). Él estaba en Lima cuando nació el *Diario de Lima curioso, erudito, económico y comercial*, y dada su gran cercanía con el arzobispo de esa ciudad, quien estaba suscrito a dicho periódico, pudo haber sido él quien lo puso en manos del doctor Mutis y el padre Azuola. Además, el arzobispo Martínez Compañón tenía una estrecha relación con los Lozano, pues fue él quien negoció jugosamente la aprobación del matrimonio de don Jorge y su sobrina, realizada un par de meses antes de fallecer. De esa amistad debieron quedar diálogos sobre economía, agricultura y botánica así como conclusiones que seguramente dieron forma al ideal cada vez más tangible de crear una sociedad económica para la Nueva Granada y un periódico que la representara.

El virrey Ezpeleta también pudo ser una vía posible para la llegada del periódico de los adjetivos, pese a que se marchó del país en 1797, pues creía en las ciencias y la agricultura como mecanismos de desarrollo económico, por lo cual había dado orden de comunicar “toda clase de

noticias en los descubrimientos naturales que se hiciesen” (De Plaza, 1850, p. 368). Entonces, como promotor del periodismo, quizás fue él quien socializó el modelo tanto en la tertulia del bibliotecario como en la de Nariño, pues era muy cercano a los dos. A la primera asistía el doctor Mutis y a la segunda, el padre Azuola y don José María Lozano, hermano de don Jorge, quienes también pudieron tener acceso a la información peruana. En los dos casos coincide la presencia del padre Azuola; por lo tanto, asesorado por Mutis, pudo haber sido el propiciador del uso de una franquicia periodística que a lo largo de su viaje en el tiempo mantuvo la línea y estructura que planteó don Mariano Nipho, compuesta por cuatro páginas, de las cuales la última iba a dos columnas. Además, tenía un diseño en el encabezado que, a manera de decoración, enmarcaba el nombre del impreso y el número de la edición. En el santafereño, por ejemplo, apelaron a una figura minúscula y repetida de la granada, fruta que no solamente era parte de la heráldica española sino que desde tiempo antiguo representaba la fertilidad, eternidad, prosperidad y unidad (Biedermann, 1993, p. 215). De esta manera, dicha imagen, que también hacía parte de diversas figuras al interior del periódico, era, curiosamente, el estandarte que mejor podía reunir en un sólo ícono los desafíos, intereses e ideales pretendidos por los directores del periódico neogranadino.

Las primeras tres páginas del periódico estaban destinadas a un tema específico, ya que por las múltiples opciones informativas, ya fuera literatura, historia, ciencias, letras o artes mecánicas, como la agricultura, era “preciso abrazar asuntos cortos, discursos breves, y tratar la cosas ligeramente, y por extracto” (Thévin, 1786, 1º de julio, p. 8). La última página siempre se dedicaba a noticiar eventos, compras, ventas o alquiler de casas, ropas, joyas, muebles, esclavos y mercancías varias, y fue diseñada por Nipho para evitar “el abuso y corrupción de los intermediarios o ‘chalanés’ ” (1758, p. 12). En cuanto al contenido, el santafereño se diferenciaba de su antecesor en Lima, pues este tenía como eje el discurso filosófico y moralista con algunos datos comerciales, mientras el de los Lozano seguía el parámetro de Madrid, que giraba en torno al tema socioeconómico, pero sustentado en las ciencias y el desarrollo agropecuario como fuente de riqueza y contribución a la “instrucción general” de un pueblo mayormente analfabeta: “Procurando hacernos entender aun de los mas rudos, discurriremos sobre mejorar la forma del cultivo de los frutos de la tierra; y trataremos de agricultura en todas sus partes: procuraremos el fomento y perfección de la industria, dando arbitrios, y recetas, para simplificar las operaciones mecánicas” (Lozano y Azuola, 1801, 17 de febrero, p. 2). Por lo

tanto, el periódico mostraba una clara predilección por el agro que coincidía con una época en la que la agroinformación había adquirido cierto protagonismo en España debido a la necesidad que tenía la monarquía de mejorar e incrementar la producción de alimentos.

Por este motivo, el rey Carlos IV impulsó la publicación de diarios como el *Correo Mercantil de España y sus Indias*, que incluso alcanzó a tener circulación en algunas regiones de América desde 1792 (Barrera, 2008, p. 71). También estaba el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, del cual llegaron a Santafé doscientos ejemplares en 1801, enviados por don Manuel Godoy, quien le recomendaba al arzobispo divulgar tanto el *Semanario* como el *Diccionario de Agricultura* del ábate Rozier. Este mensaje tenía la finalidad de difundir “luces” que permitieran el fomento y crecimiento agropecuario para “suministrar a España la materia prima para sus manufacturas, ya que en la península la tierras no eran tan feraces ni suficientes” (Pacheco, 1984, p. 85). En ese sentido, el papel divulgador de la iglesia era importantísimo gracias al legado de los jesuitas en cuanto al manejo e instrucción agropecuaria, así como su cercanía y control de las comunidades rurales, lo que le posibilitaba a los curas realizar la capacitación de los trabajadores del campo y superar el famoso dicho popular español según el cual “los que labran no leen y los que leen no labran” (*Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, 1797, 1º de enero, p. 10). Por supuesto, el padre Azuola no era ajeno a los planes del rey y su acceso a esta información seguramente fue un apoyo valioso para la labor periodística que se había propuesto junto a don Jorge y que resultaba novedosa en el país, pues no sólo buscaba jalonar el comercio y el desarrollo agropecuario sino que también les permitía cumplir con su papel como redentores sociales. Igualmente, el padre Azuola podría estar al tanto de los tres periódicos que en el mismo sentido creó, entre 1768 y 1787, el padre José Antonio de Alzate y Ramírez. El primero de ellos, el *Diario Literario de México*, también de la línea del periódico de sabios, fue el pionero del periodismo agropecuario en Latinoamérica, a través de un artículo intitulado “Memoria sobre el beneficio, y cultivo del cacao”, que se publicó el 4 de mayo de 1768.

Pese a esto, la historia del periodismo colombiano ha demostrado que los periódicos eran resultado del juego político. Por ende, ¿podría pensarse que con su impreso, detrás de lo económico los primos Lozano tenían otro interés? La respuesta puede estar oculta en la premisa ilustrada según la cual la tierra y sus frutos son sinónimo de riqueza, y que quien tiene tierra, frutos y riqueza también tiene el poder. Por eso, se puede ver que por un lado don Jorge

demostraba su interés científico y por otro, planteaba políticas económicas. Es claro que el periódico representaba el liderazgo comercial que siempre había mostrado la familia Lozano, pero también era el símbolo liberador de su espíritu político. Esto lo confirma la relación que tenían con un poderoso músculo intelectual, masón y económico, orquestado en las provincias vascongadas de España en 1765, cuya esencia radicaba en la búsqueda del desarrollo agropecuario y la generación de un sistema de economía rural (Gredilla, 2009, p. 221). Este grupo, denominando como La Sociedad Vascongada de Amigos del País se replicó en Madrid diez años después y de allí se extendió por toda España llegando a tener a principios de siglo XIX, de acuerdo con el historiador Juan Manuel Pacheco, sesenta y tres sociedades.

El fenómeno llegó a América casi al mismo tiempo y la Nueva Granada se convirtió en pionera en 1781, tras la formación de una sociedad en Medellín que fue aprobada por el virrey Flórez con el objetivo de fomentar la agricultura y la industria. Poco después, en 1784, se creó otra en Mompox para “fomentar el cultivo del algodón” (Pacheco, 1984, p. 72). Unos años después, un grupo de ilustrados se propuso fundar en Santafé La Sociedad Patriótica de Amigos del País, que nació antes de terminar la centuria con apoyo del virrey Mendinueta, pero que sólo tomó cuerpo el 2 de mayo de 1801 con el nombre de Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada, la cual fue promovida con ahínco a través del *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá* como un proyecto capaz de convertir a la agricultura en fuente de abundancia:

Las cosechas de trigo, el cultivo del tabaco, y de las cañas dulces, la quina, los algodones, las lanas, el cacao, la cera de abejas, y de laurél, la cochinilla, y otros tintes, las gomas y resinas, las minas de oro, plata y esmeraldas, son otros tantos ramos que bien manejados pueden atraer á este Reyno admirables ventajas, sin otros muchos hasta ahora poco conocidos: pero, cuya utilidad sería sin duda considerable, si se avivasen y pusiesen en movimiento (Lozano y Azuola, 1801, 10 de noviembre, p. 153 y 154).

En la nueva sociedad económica cumplió un papel importante don José Celestino Mutis, que era su director y, además, suscriptor de los Cuadernos de la Asociación Vascongada de Amigos del País (Silva, 2002, p. 287). También estaban don Jorge Tadeo Lozano y su primo, el padre Azuola, al igual que otras veinte personalidades de la ciudad, como el comerciante don José Acevedo y Gómez, quienes dejaron plasmado en el acta de constitución del grupo que su primer

objetivo sería trabajar por “la agricultura y la cría de ganado” (Pacheco, 1984, p. 75). Por eso, la filosofía de la vascongada se hizo visible en las sugerencias y principios que promovían los primos Lozano en muchos de sus artículos. Curiosamente, este tipo de sociedades fue la gota en la semilla que sirvió de impulsó para la expansión del periódico de los adjetivos en Madrid, Barcelona, Lima y Santafé de Bogotá. Por esta razón, el periodismo agropecuario colombiano le debe su existencia no sólo a la ilustración y la masonería sino también a las vascongadas, cuyo espíritu sostiene el principal argumento que define al *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*, que es la instrucción del pueblo y la valoración del agro:

Tienense a las Artes utiles, por cosas despreciables, y á sus Artífices se tratan con poco menos que vilipendio: motivo por el qual se inclinan pocos a profesarlas; mas estiman perecer de hambre, y educar á sus hijos en los mismos principios, que hacerles aprender un oficio, ó aplicarlos a las tareas del campo; y á un hay quien se sonroje de hacerles aprender la ciencia del Comercio (Lozano y Azuola, 1801, 10 de noviembre, p. 154).

El periódico de los primos Lozano circulaba en Bogotá todos los martes. Se imprimía en formato de octavo en pliego en la Imprenta Patriótica de don Antonio Nariño, que quedaba en la calle del carnero, y su despacho y manejo administrativo estaba a cargo de don Rafael Flórez. Su coste era apenas de medio real y se vendía en la tienda de la primera calle real. Allí había un cajón donde se guardaba el periódico, situación que generó siempre gran inquietud en Jeimibi por las misteriosas figuras que había sobre él, como un serafín con gorro bajo el cual se presentaba una concha con la inscripción: “Caja del correo curioso” (Lozano y Azuola, 1801, 7 de abril, p. 30). ¿Qué significaba esto? De acuerdo con la mitología, el serafín es el mensajero de Dios, el gorro simboliza la libertad y la concha es asociada al inicio o renacimiento de algo. ¿Era algún mensaje cifrado?

Como otros, junto a los Lozano Jeimibi había aprendido a leer. Y aunque lo hacía frangollando, se las ingeniaba para entender. Por ejemplo, a través del periódico se enteró de la fuga de un esclavo de unos catorce años, llamado Venancio, a quien había conocido en sus días de mendicante (Lozano y Azuola, 1801, 31 de marzo, p. 28). Ese día, con su lenguaje callejero, recordó a aquel niño orejón y de bigotillo precoz: “¡Ay deshte mothueloo! A quesh inculpable de shu yerroo... Too por anda’ de pecorea... Onde shi no guelvee le athotan el culoo i le shacan ashta la tripa de cagalar...”. Él pensaba en lo dura que sería la vida del fugitivo tratando de ser

libre en un mundo donde todos tenían dueño y creía que las penas en la calle eran más dolorosas que el castigo que recibiría cuando lo atraparan y regresara a las manos de su amo, el carpintero don José María Herrera, quien ofrecía una recompensa de diez pesos por información sobre el prófugo.

Jeimibi también aprendió en el periódico cosas que le resultaban extrañas pero que, como decía, le lustraban los sesos. Se entretuvo, por ejemplo, con el divertido diálogo de los cerros tutelares de la ciudad, y se le hizo agua la boca cuando Monserrate, anhelando una ciudad en progreso y un agro enriquecido, le dice a Guadalupe: “Sería cosa de chuparse los dedos por comer unos marranos de á mil arrobas, unas bacas de á tres mil; unas turmas [papas] como sandías, y unas sandías como botijas” (Lozano y Azuola, 1801, 10 de marzo, p. 15). Asimismo, se sorprendió al leer que una persona podría vivir muchos más años si bebía agua en lugar de vino y consumía más legumbres que carne o se alimentaba sólo de “raíces y frutos silvestres” (Lozano y Azuola, 1801, 14 de abril, p. 34 y 35). En otra ocasión, andaba caviloso en un método para mejorar la economía y la agricultura de la patria con el fin de ganar el concurso que propuso el periódico; pero un día, tras ayudar a cargar una veintena de bultos de harina, que le parecieron un millón, se le ocurrió que lo mejor que le podría pasar a la agricultura era que se acabara, especialmente el cultivo de trigo. Un miércoles sintió curiosidad al saber que en el país no se conocía la variedad de alimentos que había; sólo los que se servían en el plato, que eran apenas “los indispensables para mantener la vida” (1801, 5 de mayo, p. 46). “¿Cómo anshí?”, se preguntó, con la misma ansiedad que le ocasionó saber que él era regnícola.

Entre otras, aprendió que la agricultura “es una obra de esfuerzos repetidos”, cosa que tampoco entendió (Lozano y Azuola, 1801, 29 de septiembre, p. 131). También, y de acuerdo con el calendario rural propuesto por el periódico, supo que la mejor época de siembra es al inicio del invierno (Lozano y Azuola, 1801, 6 de octubre, p. 135); además, que durante la primera temporada de lluvias, entre marzo y junio, es cuando aumenta la producción lechera (Lozano y Azuola, 1801, 3 de noviembre, p. 151). Esta información, pensaba, “esh buenaa pal’ sheñor marquesh ayá ‘nel Noviyero’”. Otro día, descubrió que las papas se debían cultivar en regiones de temperatura fría, donde “prosperan admirablemente en los terrenos ligeros, esponjiosos, y bien extercolados” (Lozano y Azuola, 1801, 13 de octubre, p. 137). Al niño le gustaban las papas e imaginaba con angustia cómo podría ser su vida en un lugar donde no las

podiera conseguir; por lo tanto, decidió que prefería morir de frío y no de hambre, y que nunca se marcharía de la ciudad.

Alguna vez leyó que había tesoros escondidos en los frutos de la tierra y entonces se le ocurrió escarbar en las espigas del trigo buscando supuestas pepitas de oro, pero lo único que halló fue una tremenda rasquiña en los brazos y una fuerte reprimenda: “Aprendith de Portugal, no shabee coshe’, i quieree cortá’”, le dijeron, recordando el viejo refrán. Por eso, decidió instruirse sobre el cultivo del trigo aprovechando la información que apareció en el periódico. Lo primero que aprendió fue el método para descubrir una semilla de buena calidad y el sistema de siembra en cuadro (Lozano y Azuola, 1801, 23 de junio, p. 73 y 74); un tiempo después, y con algo de sorna, encontró que para prevenir la aparición de enfermedades en la semilla esta se debía lavar “en agua de cal, ó en orines podridos” (Lozano y Azuola, 1801, 13 de octubre, p. 139). No se sabe quién escribió ese artículo, pues algunos autores firmaban con seudónimos y otros simplemente no se identificaban, pero lo cierto es que allí se buscaba mejorar la siembra y producción de un grano al que consideraban de gran utilidad. Por eso, y al margen de lo particular que pudieran resultar las técnicas, el periódico tenía la particularidad de llegar de manera fácil, práctica y útil a quienes lo leyeran, siendo fieles a un estilo y sin olvidar el objetivo de promover el interés por el agro. Además, este artículo, fechado el 23 de junio de 1801, es muy importante, pues marcó el nacimiento oficial del periodismo agropecuario en Colombia.

Junto al padre Azuola y a don Jorge, quien a veces firmaba con el nombre de Indio de Bogotá, hubo otros ilustres que escribieron en el *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*; algunos de ellos fueron don José Celestino Mutis, quien participó en los números 27 al 29 con información sobre la viruela, y don Francisco José de Caldas desde Popayán con una crítica “sobre la verdadera altura del cerro de Guadalupe” (Vergara, 1958b, p. 148). También participó don Joaquín Camacho, quien se encargó de realizar el Calendario Rural (Pacheco, 1984, p. 85). Lo curioso es que ninguno de ellos era agrónomo ni veterinario; sus profesiones rondaban la ley, la filosofía, la literatura, la política y la ciencia. Y entonces, ¿cómo resultaron algunos de ellos haciendo periodismo agropecuario sin ser agrónomos? Muy seguramente, tomaron la información que llegaba de Europa y la editaron adaptándola a lo que habían conocido previamente mediante la experiencia y observación en sus haciendas y negocios personales.

En este punto vale la pena destacar que don Jorge era químico y que el periodismo agropecuario colombiano logró surgir con el apoyo de la ciencia debido al aporte que el agro recibía de esta área, pues tanto la química como la física, jalonaron el desarrollo del periodismo científico que fue la base sobre la cual se construyó la agroinformación (Silva, 2002, p. 257). Esa relación surgió por primera vez en el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá* donde existieron seis números, entre 265 que circularon en seis años, en los que se develaban ciertas posiciones políticas de tipo editorial para resaltar la necesidad del agro y se exponían memorias científicas relacionadas con el tema. Se destaca la edición del 24 de junio de 1791 en la que don Manuel del Socorro Rodríguez transcribió los resultados de una investigación publicada en París sobre las camas de siembra realizada por don Antoine - Augustin Parmentier (Número 20, p. 169). Los otros artículos son: *Disertación sobre la agricultura*, en los ejemplares 55 y 56; la *Disertación sobre los medios de fomentar los dos importantes ramos de agricultura y artes*, del número 84 al 86; las Reflexiones sobre la Sociedad Económica, en los números 19 y 20 y una nota sobre la ociosidad escrito por don Francisco Antonio Zea en el número 10. Infortunadamente, estos escritos no se pueden denominar como periodismo agropecuario, pues algunos de ellos eran periodismo científico y otros carecían del perfil instructivo que caracteriza a esta información. Sin embargo, todos fueron un abre bocas para la llegada de la agroinformación y para decirle a los neogranadinos lo que significaba la agricultura; por ende, los primos Lozano, a través de su periódico, se encargaron de convertir al periodismo agropecuario en el primer mecanismo para hacer que el valor predeterminado que hay en la naturaleza se convirtiera de facto en riqueza.

De esta manera, al hablar y dejar latente la necesidad de buscar y defender esa moneda verde que se multiplica sólo con agua, sudor y tierra, dieron un paso importante para allanar el camino de la libertad y la independencia, ya que su actitud política, de carácter progresista, sirvió para derrocar la ineptitud de la monarquía en asuntos de ciencia, agro y comercio, que eran pilares de la modernidad de aquella época. Por esa razón, el periódico no sólo perdió suscriptores sino también la pauta publicitaria y recibió la censura del gobierno argumentando que serían “gravísimos los inconvenientes que podían sobrevenir” de sus escritos (Blaya citado en Pacheco, 1984, p. 143). Además, su contenido fue señalado como un “mazorra” (Vergara, 1958b, p. 147); de ahí que don José Manuel Restrepo haya dicho que “pocas páginas contenía que fueran útiles” (1858, p. 44). Al final, de los doscientos cincuenta suscriptores requeridos para hacer viable

económicamente al *Correo curioso, erudito, mercantil y comercial de Santafé de Bogotá*, sólo tenía cuarenta (Lozano y Azuola, 1801, 29 de diciembre, p. 183). Por ende, quebró llevándolo a una pronta desaparición, luego de casi un año de circulación y cuarenta y seis números publicados, el 29 de diciembre de 1801.

Al margen de los resultados, buenos o malos, los primos Lozano cumplieron con transmitir un mensaje reformador que era necesario y que, además, tenía implícito un interés personal, pues el periódico no sólo era un vehículo político y económico sino un medio para el beneficio familiar, ya que, por ejemplo, a través de él se motivaba a la población para trabajar el campo cuando los Lozano eran los grandes terratenientes de la sabana y tenían terrenos para arrendar; además, fomentaban el cultivo del trigo, que era parte de sus negocios, especialmente en la hacienda Pastrana, en el valle de Bosa, con la ventaja de ser dueños del único molino de la zona, cerca al pueblo de Serrezuela (Gutiérrez, 1998, p. 83 y 99). Con este impulso, podían monopolizar un negocio mediante el cual, y con ayuda del gobierno, se buscaba la exportación de harina de trigo hacia el resto país, en especial hacia la costa atlántica. De ahí el interés por promover su adecuado cultivo, tal como lo escribió don Jorge: “Procurando mejorar su calidad, por medio de observaciones y experimentos para que á pretexto de las defectuosas no se introduxesen las extranjeras con perjuicio de nuestras cosechas” (Lozano y Azuola, 1801, 17 de noviembre, p. 157). De esta forma, se pretendía contrarrestar la importación harinera, que en 1805 llegó a las sesenta mil arrobas (Satizábal, 2004, p. 54). Un molino como el de los Lozano podía llegar a producir once arrobas de harina por cada fanegada de grano cosechado, espacio que equivalía apenas a un cuadro de algo más de veinticinco metros por lado (De la Parra citado en Satizábal, 2004, p.39). Entonces, si se tenía mucho terreno disponible y el molino más cercano estaba en la Villa de Leyva, es fácil deducir el gran interés por incentivar este tipo de siembra.

Y mientras ocurría el inminente final del periódico, había alguien, a doscientas leguas de Santafé, que trabajaba en un artículo con la intención de publicar un descubrimiento que estaba seguro sería tan importante, “si no más precioso”, como la misma quina, y con el cual demostraría la gran ignorancia del país en temas de agricultura. “¡Hasta dónde llega nuestro letargo y nuestra poca reflexión. Somos unos bárbaros... ni lo mismo que poseemos conocemos!”, escribió (ACCEFYN, 1978, p. 156). Ese hombre creía que podía ayudar a impulsar la economía del país a través del agro; pero ya no había tiempo: el *Correo curioso, erudito, mercantil y comercial de Santafé de Bogotá* había desaparecido.

Son casi las dos de la mañana. Un perro ladra en lontananza y la noche se torna de un color raro. La reunión de los privilegiados del chocolate sólo había dejado ecos que buscaban liberarse del silencio. A esa hora don Jorge vuelve a guardar el tesoro de los cinco adjetivos y abandona su estudio. Tiene claro que es tarde, pero aun falta mucho para que amanezca. Se asoma al balcón de la esquina. Monserrate y Guadalupe ni se notan; él sabe que cuando la noche reina la naturaleza desaparece. “Tiempoo trash tiempoo viené”, dice musitando el dicho para darse algo de consuelo. Aquel hombre de ciencia, política, agro y negocios, que fundó la cátedra de química en el país, que integró la Expedición Botánica, que ejerció el periodismo económico, científico y agropecuario, que fue el segundo presidente neogranadino tras la independencia, no imaginaba que su peor noche aun estaba por llegar. A esa hora, tenía razón en no querer cerrar los ojos...

## 2

Un hombre se queja, está herido. Su ropa manchada deja ver las huellas de un dolor extraño. Su sangre es negra y está furioso. “La liberta’ literaria eshpirado”, dice con el tono ágil y altisonante, muy lusitano, de su castellano gallego. Tiene el ceño fruncido y manotea ligeramente, mientras busca algo para limpiar la tinta que ha regado en su regazo. Hace una pausa y continúa: “Eshperu que cuando publique latitu’ deshti obshervatorio, me diha que shuprima o añada un minuto, porque ashí she le acomoda. ¿Cómo ha de proshperar el Reinu con ishtash trabash?” (Asociación Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, [ACCEFYN], 1978, p. 264). Lo decía, debido a que algún ignorante en ciencias modificó parte del contenido de un periódico que apenas se preparaba para ver la luz pública, porque en él rondaba algo desconocido, quizás peligroso, que podía cambiar al país. Aquel papel había nacido bendecido por el amanecer neblinoso y el sol intenso y libertino de la primera semana del año y era la ilusión de un grupo de científicos, cuyo secreto, entrelíneas, luchaba por liberarse.

Y aunque el titular de ese periódico mencionaba que el tema era economía y comercio, en el primer renglón decía: “El Semanario del nuevo Reyno de Granada vá á comenzar por el estado en que se halla su Geografía” (1808, 3 de enero, p. 1). No obstante, ese domingo 3 de enero de 1808, luego del día de mercado, por las calles de Santafé no se hablaba de otra cosa que del asesinato de un tal Laurián a manos de una tal Isabel en la zona de Fucha (Caballero, 2010, p. 100). “¡Que deshcanse en path el’infelith!”, decía una anciana de pañolón oscuro echándose la bendición, mientras otras pedían eterno purgatorio para el bribón. “Shegueroo quera un cuitaoo i un para pocó”, les replicaba en voz baja una mujer de mediana edad. Los hombres, en cambio, pedían castigo ejemplar para la asesina. “A muhé brava dale sogá lalga... Ehtoh díah eh mehó andase kon kuidao”, vociferaba con acento sevillano un tipo alto y enjuto, ojeando la edición prima del semanario, el cual circulaba por la ciudad entre cotilleos y murmuraciones, tensionando aun más el lomo de su robusto director, hombre de mediana estatura, piel morena, cuello corto y cara redonda, de ojos negros y melancólicos, tal como los describió años después don Lino de Pombo, sobrino de don Miguel de Pombo, amigo y mecenas de aquel personaje: “Vestía de ordinario una levita o sobre todo de paño oscuro, que abrochaba y desabrochaba sin cesar cambiando de solapa, de manera que duraban muy poco los botones; y no dejaba de la mano un bastoncillo flexible, ni de la boca un pedacito de tabaco fino torcido. Era aseado, pero

no pulcro en el traje; de modales suaves, trato afable y conversación amena” (1941, P. 48). Sin embargo, ese día se veía muy ansioso y malhumorado.

“Ha comenthao mal”, decía aquel hombre (ACCEFYN, 1978, p. 264). El pobre tenía el rostro desencajado y cansado, y creía que en cualquier momento iba a llegar la primera bofetada. Pero lo que pocos imaginaban es que aquellas páginas eran el resultado de un esfuerzo agríndice de muchos años buscando su propia vida para poder arrancarle los intestinos a un país que era de todos y de nadie, ajeno hasta en el nombre. Ese hombre era don Francisco Antonio José de Caldas y Tenorio, el sabio que no quería ser sabio (ACCEFYN, 1978, p. 98). Y su temor no era infundado. Él conocía la capacidad de crítica de una sociedad inexorable y mezquina que, según decía, yacía sobre “un suelo enemigo de las ciencias” (ACCEFYN, 1978, p. 127). Por eso, su semanario era todo un reto.

Don Francisco se autodescribía como un ser solitario “de vida oscura y a veces miserable” (ACCEFYN, 1978, p. 98). No contaba con más de cinco o seis amigos a los que siempre se refería con palabras tiernas, como lo hacía con su amicísimo, don Santiago Pérez de Arroyo y Valencia, a quien en sus cartas expresaba un amor profundo que podría dar para suspicacias faranduleras: “Cuando pienso en usted salgo fuera de mí y comienzo a delirar”, le decía (ACCEFYN, 1978, p. 114). Por ende, era de un carácter sensible y romántico, muy religioso y fiel a la única mujer que conoció y amo en su vida, a la que le pedía que lo llamara “mi Franco” (ACCEFYN, 1978, p. 312). También repugnaba el elogio y consideraba que todo “lo bueno siempre es raro” (ACCEFYN, 1978, p. 76). Por eso, le gustaba trabajar sólo; incluso, cuando se calzó las botas de eterno caminante y salió a medir un país que nadie había contado. Por fortuna, lo primero que halló fue el encanto de la agricultura, lo cual ocurrió en el ocaso de 1801, mientras recorría las montañas caucanas y escribía una memoria sobre el cultivo del arroz mediante el sistema de secano que había observado poco antes en su paso por el Patía, a unos cincuenta kilómetros de Popayán. Estaba sorprendido de las ventajas que este ofrecía frente al sistema de arroz riego o inundado, y no dejaba de pensar en la torpeza de los agrónomos europeos que consideraban al secano un sistema problemático. Por eso, con papel en mano y jején en los brazos, se metió entre los sembradíos y comparó el secano con el arroz riego de Caloto, concluyendo que, en realidad, el primero de ellos era un sistema práctico y eficiente. Fue cuando comprendió que él podía ayudar a cambiar y mejorar el país:

Yo soy testigo que en Patía se cultiva el arroz de esta manera: sobre una loma árida, como es casi todo este valle abrasador, se cerca un trozo de terreno, se introducen algunas reses para que descuajen, ya comiendo, ya estropeando, y ya para el abono; rozan lo que el ganado no ha podido destruir, y a fines de septiembre riegan [siembra] el arroz, lo cubren y lo ponen en manos de la simple naturaleza; no se vuelven a acordar de él hasta coger el fruto sazonado, pues no tiene enemigos . No recibe más humedad que la lluvia y el rocío (ACCEFYN, 1978, p. 156).

Hoy día, la teoría de don Francisco puede lucir equivocada, pues el arroz riego es promovido como la mejor alternativa. Por ejemplo, en el 2012, de las 416.056 hectáreas sembradas en el país, 240.293 pertenecían a este sistema. No obstante, hay que reconocer que no falló en su visión sobre la riqueza latente en este alimento. Según el Seguimiento al Mercado del Arroz de la FAO, la cosecha mundial en el 2012 fue de 730 millones de toneladas (2013, p. 1); de ellas, Colombia produjo 1,2 millones durante el primer semestre. (Federación Nacional de Arroceros [Fedearroz], 2013). Por lo tanto, don Francisco era un visionario. Además, la forma en que explicaba su acercamiento al arroz seco esbozaba una característica propia del periodismo agropecuario que es la narración paso a paso, en forma de receta, la primera que se debe realizar para obtener el alimento antes de aquella que indica cómo se debe cocinar. Allí, también planteó algo importante para el agroperiodista que es vivir la experiencia sobre la cual se habla:

Si en lugar de meditar y de leer nos acercamos á esos hombres virtuosos y sencillos, que manejan mejor el arado y la azada que los libros; á esos eternos observadores de la naturaleza, que viéndola constantemente y de cerca, la conocen mejor que los filósofos, que sólo la miran por intervalos y de lejos, hallaremos que la práctica que observan es la mejor que se puede establecer en nuestros países, que nuestros raciocinios son errados y nuestras reprensiones injustas, y recibiremos esta lección importante y humilladora de nuestros discursos, cuando no están apoyados sobre buenas observaciones. En materia de cultivo más se ha de atender á los hechos que á la filosofía (Posada, 1909, p. 88).

Infortunadamente, el sabio nunca terminó la memoria sobre el arroz, ya que el *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*, que era donde pretendía publicarla, terminó su ciclo cuando él apenas comenzaba a redactar. No obstante, ese periódico fue la antorcha que le mostró el camino, pues desde entonces supo que debía publicar sus

descubrimientos. Así se lo confesó a don Santiago cuando le dijo que al leer el impreso sintió la necesidad de volver a mirar sus “obritash”, como él las llamaba (ACCEFYN, 1978, p. 79). Y aunque el sabio creía que el periódico de los primos Lozano era un “establecimiento necesario en una sociedad”, le parecía escaso el número de páginas que tenía (ACCEFYN, 1978, p. 57). Por eso, según decía en una de sus cartas, se atrevió a realizar un periódico donde se pudiera escribir un poco más; fue cuando creó el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*: “Me ha hecho rever mis cartapacios antiguos y empolvados sobre geografía, posición de los pueblos, curso de los ríos, producciones naturales en los tres reinos, comercio, industria, carácter, usos y costumbres de sus habitantes” (ACCEFYN, 1978, p. 60). Él comprendía que conocer, instruir y construir el país, a partir de sus frutos, personas y geografía, era más importante que “todas las arrobas de oro que pueda producir y que ha producido este país desde su descubrimiento” (ACCEFYN, 1978, p. 84). Además, esas tres etapas representan el compendio de lo que fue su vida: primero científico, luego periodista y al final ingeniero.

Los primeros pasos tras esos ideales los dio durante la infancia en su natal Popayán. Don Francisco nació el 4 de octubre de 1768. Fue el segundo entre doce hermanos, de los cuales seis eran mujeres, en un hogar formado por el capitán don José de Caldas Rodríguez de Camba, de origen gallego, y doña María Vicenta Tenorio Arboleda, payanesa de familia aristocrática. Pese a esto, los Caldas Tenorio tenían una vida carente de lujos, situación que a la postre ayudó a formar el temperamento disciplinado del niño y le enseñó que la ociosidad era el camino a la miseria (ACCEFYN, 1978, p. 19). Por eso, estudiaba hasta tarde en la noche, a escondidas, haciéndose el dormido para luego sentarse a leer a la luz de una vela durante horas (Pombo, 1941, p. 6). Por lo mismo, acusaba a las madres sobreprotectoras de ser un cáncer: “La casha de ‘a mare she puede juthgar como un ashilu de l’inequidad del hijgo, i lash maresh como protetorash de shu perdithión i maquinaorash de shu ruina” (ACCEFYN, 19878, P. 15). De ahí que llegara a pensar que los señoritos eran unos buenos para nada.

Gracias a su espíritu noctámbulo, el niño pronto aprendió a sumergirse en la oscuridad de la noche para iluminarse con el silencio enigmático de ese cielo payanés que alguna vez llegó a considerar como un “infierno” para los astrónomos (ACCEFYN, 1978, p. 63). Esos instantes forjaron su entrañable pasión por la astronomía, área que complementaba con sus clases de matemática, química, física y cartografía en el Colegio Seminario de Popayán, donde se decía que era alumno ejemplar (Pacheco, 1984, p. 46). Allí, estudió junto a quienes luego influirían en

la vida económica, científica y agropecuaria del país, como don Francisco Antonio Zea, quien creía que el fomento del agro era una muestra sincera de patriotismo y la agricultura, la “madre de la abundancia y de la felicidad” (1791, 15 de abril, p. 77). También estaba don José María Cabal, quien fue expulsado del país por la conjura de los pasquines junto a Zea y regresó en 1809 trayendo consigo plantas productivas como el árbol del pan o jaca y una variedad de aguacate morado, que puede ser el que hoy día se conoce como Hass (Pacheco, 1984, p. 51). Todos ellos se nutrieron de un hombre que no sólo despertó su interés por las matemáticas sino que también les dejó abierto un interrogante llamado agricultura: don José Félix Restrepo.

Don Francisco agradecía la formación que recibía de su maestro, en especial por la cátedra de filosofía donde aprendió física y matemáticas. Por eso, alguna vez le escribió a don Santiago contándole que el doctor Restrepo tenía “el alma envejecida” y que vivía desactualizado: “Creo que al fin de cada curso está al nivel de sus discípulos”, le dijo (ACCEFYN, 1978, p. 206). Ante este panorama, el sabio decidió sortear casi seiscientos kilómetros para buscar en el cielo y en las aulas frías del sacro Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santafé de Bogotá lo que no había hallado en Popayán. Llegó en 1788 y estudió derecho; sin embargo, pronto se desencantó de todo: de la educación mohosa, de un cielo esquivo y de una ciudad hecha de agua y sembrada de lodazales, vías adoquinadas con piedra y basura, animales de granja amarrados a perpetuidad en las puertas de las casas, hombres y mujeres sin escrúpulos lanzando sus mascotas muertas a las cañadas y defecando y meando en cualquier parte sin pudor alguno: “Á cualquier hora del día en medio de las calles, arrimados á las puertas, ventanas y aún de las paredes más respetables se ponen á hacer las necesidades corporales, levantándose de ellas del mismo modo que los brutos sin asear los conductos ordinarios” (Zea, 1791, 22 de abril, p. 82). También le molestaba que la Nueva Granada fuese “un país casi bárbaro, a 3.000 leguas de las naciones cultas y de la ilustración”, carente de suficientes libros para aprender (ACCEFYN, 1978, p. 52). Además, pensaba en la ilustración como “la gloria de la Nueva Granada” (ACCEFYN, 1978, p. 63); por ende, quería abanderar el tema, pues de niño le había tocado estudiar con apenas cuatro libros. Empero, ese era un tema difícil de lidiar porque vivía bajo un gobierno con mordaza. Entonces, aburrido, solitario y frustrado escribió: “A pesar de los castigos, reconvenciones y ejemplos, yo no pude tomar gusto a las leyes ni a Justiniano, y perdí los tres años más preciosos de mi vida” (ACCEFYN, 1978, p. 99). Por todo eso, al cabo de unos meses, ya quería irse. No

obstante, al final, y pese a rechazar la abogacía y la ciudad, se quedó y obtuvo los títulos de bachiller y licenciado y doctor en derecho. Fue, entonces, cuando regresó a Popayán.

Era 1793 y su futuro lucía incierto y sus sueños eclipsaban bajo una enfermedad en ciernes, para la cual, paradójicamente, le recetaron alejarse de los libros, pues, según decían, estudiar le hacía daño; sin embargo, él aseguraba que sólo la sepultura podía agotar su inclinación por la lectura (ACCEFYN, 1978, p. 24). Seguramente, el largo y terco esfuerzo de estudio bajo el claroscuro de las velas durante la niñez dañó su capacidad de visión y de ahí el dolor de cabeza que sentía cuando copulaba con las letras. Por eso, se desahogó con don Santiago y le escribió contándole lo mal que se sentía: “Cuasi desesperado, cansado de una vida inútil y de ociosidad más dura que la muerte” (ACCEFYN, 1978, P. 21 y 25). Se había convertido en lo que odiaba. Entonces, con más de veinte años de edad, e inaugurando una tradición de muchos profesionales, el abogado se volvió vendedor de ropa y alhajas sin imaginar que ese camino, dos décadas después, lo llevaría a la muerte. No obstante, ese era un punto sin retorno.

Un día de junio de 1795, cuando viajaba de Popayán a la Plata, Neiva y Timaná, una de las mulas de carga rodó con su mercancía por un abismo y lo perdió todo. Ya le había ocurrido lo mismo en las pendientes sobre el río Páez en el Cauca y eso lo mantenía con lo que llamaba una ira “chocarrera” (ACCEFYN, 1978, p. 272). Él estaba seguro que la culpa, como aun ocurre, era del gobierno, pues consideraba que no hacía nada para mejorar las vías, pese al impuesto que cobraba: “En el pueblo de Inzá se nos exige por la mula y por la carga dos reales solamente, con el fin de la composición del camino; el común sufre esta carga, y el camino ha cosa de un año no se compone” (ACCEFYN, 1978, p. 22). Esto lo llevó a hallar la piedra angular de su vida y de la historia del periodismo agropecuario: “La gjeografía ish la bashe fundamental de to’a eshpeculathión política” (Caldas, 1808, 3 de enero, p. 1). Fue, entonces, cuando decidió salir y mostrar a los gobernantes la situación del país para que ellos proveyeran al pueblo de una mejor calidad de vida, con alternativas de trabajo y vías libres de obstáculos para el comercio.

Don Francisco era un simple y aburrido comerciante de domingo, pero un entusiasta científico de lunes a sábado. La naturaleza “m’encanta, m’arrebata”, decía (ACCEFYN, 1978, p. 25). Y esa dinámica le daba momentos de euforia como cuando descubrió que el paisaje del río Cabrera, un gusano de cristal irisado, como diría el poeta Gómez Jattin, ya no era el mismo: “¡Qué objeto tan nuevo y tan raro para mí que había pasado tres veces por estos lugares, que tanto me divertían y me admiraban, y no lo había notado! Aquí conocí más lo que vale la

ilustración”, escribió (ACCEFYN, 1978, p. 29). Allí, se encontró con un sol que iluminada la eterna noche selvática con lágrimas de luz, supo que el viento era un mensajero incansable y no un pasajero indiferente, y aprendió a sentir el palpitar del agua mientras oía al bosque que parecía susurrar el *Air Suite No 3* de Bach, una y otra vez. Fue así, en estado delirante, según escribió, que supo que el bosque era más que un montón de hojas colgando arbitrariamente: “¡Qué plantas no habrá en nuestros campos que por sólo no saber que son tal o tal, no nos aprovechamos de sus virtudes, y tal vez las compramos por mucho dinero!” (ACCEFYN, 1978, p. 26). Él ya intuía que el valor natural de la flora también era económico; es decir, representaba riqueza.

Empezaba 1796 cuando empezó a prepararse para ser botánico. Y como apenas distinguía las partes de una planta, pidió ayuda a don Santiago para que le buscara en Santafé algunos libros, como la *Flora Española* de don José Quer y Martínez y los *Principios de Pintura, Escultura y Agricultura* de don Andrés de Felibien. “Usted se admirará cómo pido libros y no puedo leer – le escribió –, acá tengo uno que me lea, y voy oyendo y escribiendo lo que me convenga, y muy despacio” (ACCEFYN, 1978, p. 26). Un tiempo después, le solicitó *Jardines y huertas* de Juan de la Quintinie y la *Química* de Lavoisier. Mientras tanto, se dedicaba a la compraventa de oro y a trabajar en geografía, astronomía y botánica, buscando ocupar la vacante dejada por don Francisco Antonio Zea en la Expedición Botánica. Esto lo hizo regresar a la capital en 1796 con el fin de adquirir algunos instrumentos de medición que, a la postre, no logró conseguir y por lo cual, en octubre de ese año, cerca a Popayán, tuvo que realizar su primera investigación sólo con una brújula, un barómetro de mar, dos termómetros y un octante de reflexión (ACCEFYN, 1978, p. 79). No obstante, eso le bastó para hacer un estudio sobre la coca y algunos ensayos intrépidos, como el que desarrolló con una araña de vientre rojo llamada Coya con el fin de desmitificar su peligrosidad: “Hice amarrar un cabrito y le hice refregar una, le hice comer dos, y nada aconteció con el animalito; ya había ejecutado otro tanto en las Damas en el caballo madrino, y tuvo el mismo efecto” (ACCEFYN, 1978, p. 30). Esa información empezaba a mostrar el aporte de su trabajo científico al sector agropecuario.

Gracias a esta experiencia, don Francisco regresó a casa con una idea: “Sholo, aishlao, shin luthesh, shin librosh, shin ishtrumentosh, mi mano debe formar; yo he de sher el criaor de cuantu netheshite” (Caldas, 1819, p. 13). Por eso, jugando al ensayo y al error, y teniendo como única guía el libro del célebre marinero español don Jorge Juan, decidió hacer sus propios

instrumentos, como el péndulo y el cronómetro que obtuvo de un viejo reloj inglés (Pombo, 1941, p. 7). Incluso, según una de sus cartas, diseñó un telescopio a su gusto: “Yo me decía a mí mismo: el telescopio astronómico no se compone sino de dos lentes convexas, él amplifica los objetos en razón del foco de la objetiva con el de la ocular; luego procurándome una lente del mayor foco que me sea posible y otra del menor, uniéndolas en un tubo y a la distancia de la suma de sus focos, tendré un buen telescopio astronómico” (ACCEFYN, 1978, p. 45). Con esa facilidad, el sabio se mostraba, más que sabio, un hombre creativo y muy recursivo: “¡Cuántas riquezas y bellezas han pasado por mis manos sin conocerlas!” (ACCEFYN, 1978, p. 49). Es lo que el científico colombiano Raúl Cuero define como “el gozo por la supervivencia” (Oquendo, 2011, 9 de septiembre, p. 24). Además, esto incentivaba su romance con la botánica, a la que definía como un ramo encantador “que derrama á manos llenas sus beneficios sobre las artes, la medicina y el comercio” (Posada, 1909, p. 97). Así, don Francisco comenzaba a ver el futuro de la misma manera que don José Ignacio de Pombo, quien pedía desestimular la importación de agroproductos convencionales, como el cacao o el trigo, en beneficio de lo nacional e impulsar el cultivo de los descubrimientos botánicos como el guayacán, el palo de cruz, el malambo febrífugo y el guarumo (Pacheco, 1984, p. 79). Este ideal no sólo aumentaba el frente agroproductivo del país sino que podía generar empleo rural, lo cual, según la fisiocracia, era el mecanismo adecuado para impulsar la economía.

Por este motivo, el sabio pasaba sus días en Paispamba, la hacienda familiar ubicada a 55,8 kilómetros al oriente de Popayán. Allí, realizó investigaciones como la de las fuentes saladas que, según decía, engordaban “toda especie de ganado” (ACCEFYN, 1978, p. 90). Para ello, contaba con el apoyo de don Antonio Arboleda Arrraechea y el clérigo Manuel María Arboleda, ambos de familias ricas, dedicadas al comercio, la minería y la esclavitud (De Pombo, 1941, p. 47). Ellos fueron importantes en el desarrollo de su trabajo científico, en especial durante los días que don Francisco tuvo una recaída de la enfermedad que padeció en el camino entre Santafé y Popayán en 1797 (ACCEFYN, 1978, p. 31). Él sufría de perlesía, una atrofia muscular que pudo causarle el calambre del escribiente y que genera dolor y entumecimiento de la mano hasta el hombro en los que se exceden en esa actividad (López, 2011). Por esta razón, hacia el final del siglo, confesó que su mejor medicina era el firmamento: “Prescindiendo de todo, no tratando sino con los amigos y con mis libros, observando el cielo y calculando, he conseguido un poco de reposo” (ACCEFYN, 1978, p. 42). Fue así como terminó dedicado a la astronomía, ya que

aprendió, gracias a don Andrés Juan, que con ella sólo era “necesario levantar al cielo los ojos para poder ver la tierra” (Citado en ACCEFYN, 1978, p. 43). Y no se sintió defraudado: “La una de la mañana era y no podía dejar el cielo ni mi telescopio. Saturno y Júpiter volvían y revolvían en mi imaginación; sus zonas o fajas, el anillo, los satélites todo llenaba mi alma de placer y contento” (ACCEFYN, 1978, p. 46). Desde ese momento, comenzó a pensar en construir lo que sería el mayor objetivo de su vida y que, según decía, “sólo la muerte acabaría”: la carta geográfica del Reino, con la cual quería sacar al país “del letargo en que se hallaba” (ACCEFYN, 1978, p. 42 y 84). Tras ese objetivo uniría en una misma ruta tanto astronomía como botánica, agro y periodismo.

Y aunque don Francisco era un ser sentimental y temeroso, parecía como si esa meta lo renovara y lo hiciera más agudo y recursivo, y pusiera la suerte y el talento de su lado, como le ocurrió en el ascenso al volcán Puracé cuando dañó el único termómetro que tenía: “Fue el fruto más precioso de esta expedición, porque él fue la causa de que naciesen en mi alma, ideas que de otro modo nunca se habrían excitado”, escribió (Caldas, 1819, p. 5). Este episodio concluyó con la creación de un sistema para medir alturas sin más herramientas que un termómetro y un poco de agua hirviendo, y le sirvió, además, para soñar un poco: “Tantos jóvenes laboriosos, que faltos de barómetro, arden en deseos de trabajar. ¡De cuántas observaciones nos enriquezerán! Ya me parece que los veo á todos en movimiento, que tomando sus termómetros escalan las montañas mas espantosas” (Caldas, 1819, p. 29). El sabio estaba dichoso con su infortunio: “¿Seré yo el primero á quien se hayan presentado estas ideas?” (Caldas, 1819, p. 10). No obstante, al mirar a su alrededor la realidad le respondía que aun había mucho por hacer.

“Na’ lo’etendrá”, solía decir don Santiago, quien andaba de un lado para otro haciéndole favores, exaltando sus virtudes y cualidades, y creándole amigos que nunca lo habían visto. De esa forma logró que el doctor Mutis conociera el trabajo del sabio y preparó, cual diplomático, su encuentro con el científico alemán Federico Alejandro Von Humboldt y el francés Aimé Bonpland. De ahí que don Francisco le haya agradecido llamándolo “el protector de la geografía del Reino” (ACCEFYN, 1978, p. 44). A don Santiago también le interesaba el agro y, por ende, el sabio lo animaba en esa tarea: “Estoy desesperado por ver sus producciones sobre mendigos y agricultura”, le escribió en 1801 (ACCEFYN, 1978, p. 89). Incluso, el 20 de marzo de ese año le encargó averiguar sobre una cédula real para la siembra y exportación de cañamo y esparto: “Impóngase usted de dónde le traen a Santafé; si es de temperamento cálido o frío; si se da en

terreno seco o nace espontáneamente; el valor de él en esa, para enterarnos; los muebles y usos a que le destinan. Si usted sabe que lo haya en otra parte del Reino” (ACCEFYN, 1978, p. 62). Con ello, el sabio dejaba ver también un estilo investigativo que luego se vería reflejado en el estilo narrativo que identificaría a su semanario.

La llegada de Humboldt cogió a don Francisco en Quito, mientras defendía a su familia en un litigio por tierras. Sin embargo, la noticia le provocó tal delirio por conocerlo que no aguantó las ganas de escribirle: “Daos priesa yo espero con impaciencia el día de vuestra llegada a esta capital” (ACCEFYN, 1978, p. 126). Y esa epifanía científica se vio excitada aun más por el regalo que recibió en Popayán el 3 de agosto de 1801 a las nueve de la noche, enviado por don Santiago, don Miguel de Pombo y el doctor Mutis: la *Filosofía Botánica* del sueco Carl Von Linneo: “H’echo athiones de loco n’estosh momentosh de gjúbilo”, expresó emocionado (ACCEFYN, 1978, p. 96). Pero trabajar con el alemán lo cautivaba más que nada en el mundo: “Todo cuanto se ofrezca a nuestros ojos, va a observarse”, escribió. Y de ese objetivo también hacían parte las actividades del agro que hallara en cada lugar que visitara mientras iba hacia Quito para ver a Humboldt. Por eso, pronto inició el trabajo, tal como lo hizo en San Juan de Pasto, ciudad a la que describió como “deforme, desgñada y puerca” (ACCEFYN, 1978, p. 108). Lo supo en carne propia cuando un sorbo de agua le produjo una diarrea de aquellas, que el infortunado hombre llegó a pensar que se iba a morir si llegaba a las cuarenta y ocho horas con tal suplicio. Sin embargo, “cual el tiempoo, tal el tientó”, diría algún parroquiano, y, entonces, tuvo que sacar fuerzas para explorar la ciudad y sus alrededores: “No hay palmo que no esté cultivado: aquí se ven cuadros dorados, allí verdes, más allá otros actualmente arados”, escribió (ACCEFYN, 1978, p. 108). Tal belleza no era más que el paisaje danzante de esos trigales robamiradas, que aun engalanan la fértil tierra nariñense.

El encuentro con Humboldt fue el 31 de diciembre de 1801 en la Villa de Ibarra. Eran las once de la mañana. Desde ese día, y por cuatro meses, estuvo junto a él aprendiendo de ciencia, leyendo libros que deleitaban sus ojos e idolatrando y adorando al hombre de los cabellos rubios. Por su parte, el alemán le retribuía llenándolo de elogios. “Evidentemente Caldas es una maravilla en Astronomía”, escribió en su diario y agregó: “Cuánto podría realizar semejante hombre en un país donde se le proporcionara más apoyo” (Citado en Pacheco, 1984, p. 33). El sabio no se podía sentir más que orgulloso al saberse inmortalizado por la pluma del egregio científico. Todo iba a pedir de boca. No obstante, sucedió algo que trastornó el idilio, a tal punto

que don Francisco pasó de venerar a Humboldt a señalarlo como un hombre “singular y raro” (ACCEFYN, 1978, p. 132). Fue una situación que, además, acabó con su deseo de viajar con él al Perú para luego llegar hasta la frontera con los Estados Unidos, las islas del Caribe y regresar a Santafé. El objetivo del sabio era bastante claro: “El cultivo del cacao en Guayaquil y en las Antillas, el de la cochinilla, y del añil en Méjico, formarían a un hombre para dar luces importantes en su propio país. ¡Qué aumento y perfección adquirirían nuestras manufacturas y nuestros ingenios de azúcar visitando la Habana! La caña de Otaití se trasplantaría a nuestros campos” (ACCEFYN, 1978, P. 141). Era un proyecto con el cual no pretendía rentas, ni sueldo; sólo quería traer al país un conocimiento útil y honrar a sus benefactores y amigos, siempre leales y entusiastas, quienes al conocer la idea hicieron una colecta para ayudarlo a cristalizar su sueño. Esto lo conmocionó profundamente:

Mi garganta se anuda y comienzan mis lágrimas a empapar la carta de usted y la de mi Miguel – le escribe a don Santiago –. Mis amigos de Quito vieron mi turbación, y me retiré a un aposento solo con las cartas de ustedes; allí di curso libre a mis lágrimas, y permití este desahogo a este corazón, teatro del amor y del reconocimiento. Doscientas leguas nos separan y doscientos puñales atraviesan mi corazón (ACCEFYN, 1978, p. 154).

Sus lágrimas, como festones, le surcaban el rostro y eran una ofrenda para aquellos a quienes prometió bautizar con sus apellidos a tres nuevas especies vegetales: Pombea, Perecia y Torrencia. Con el viaje, el sabio quería pasar a la historia por su labor científica, pero también por acabar con el ocio social. De ahí su lucha por revitalizar la labor agropecuaria, a la que consideraba la “madre de las artes y del hombre” (ACCEFYN, 1978, p. 156). Empero, era consciente que el país tenía muchos problemas en esta área:

¿Cuántas plantas cultivamos torpemente y sin inteligencia? ¿Cuántas no cultivamos por pereza y por una indolencia reprensible? ¿Cuántas exóticas de primera necesidad no nos procuramos? El cacao, la caña de azúcar, el maíz, el trigo, el arroz, apenas conocemos los principios de su cultivo. Imitadores de los indios en unas y de los españoles en otras, nada hemos mejorado. Tres siglos no han podido sacarnos de nuestra barbarie, y contentos con nuestra agricultura tradicional, dormimos tranquilos en medio de tinieblas (ACCEFYN, 1978, p. 156).

Por eso, su misión no sólo era la de atestiguar las deficiencias del campo; también buscaba la forma de copar las carencias. Había averiguado, por ejemplo, que los habaneros se enriquecían con el bagazo y la hoja de la caña de azúcar produciendo energía; y sabía que el anís y la jalapa se exportaban a Europa, el uno desde Quito y la otra desde Méjico, y allá se los vendían a la Nueva Granada por un alto costo sin saber que se cultivaban cerca a Popayán. Asimismo, decía que el cacao era una riqueza que se desperdiciaba por ignorancia del cacaotero: “No conothemosh la poda, ni ‘os megjoresh modosh de plantarle y educarle” (ACCEFYN, 1978, p. 157). Pero, ante todo, el sabio entendía que los beneficios del agro debían ser para los trabajadores del campo, a quienes había visto morir “en la miseria e inacción” (ACCEFYN, 1978, p. 157). Entonces, necesitaba crear agroinformación desde y para ellos, con el fin de construir equidad y no sólo un medio para beneficio propio como ocurría con el semanario de los primos Lozano.

Por eso, la noticia de la aprobación del doctor Mutis para hacer el viaje lo llenó de gozo: “¡Ah! día 3 de abril de 1802, ¿te borrraras de mi memoria? Este día, día glorioso y terrible, hará época en mi vida”, escribió (ACCEFYN, 1978, p. 165). Sin embargo, al instante llegó la desgracia: Humboldt le dijo que deseaba viajar solo. El sabio no entendía lo que ocurría; incluso, creía que todo era un problema de empatía entre ellos: “El carácter de Humboldt y el de Caldas son muy diferentes. El primero tiene una viveza que ya toca en inquietud, locuaz, amante de la diversión y la sociedad; el segundo, con un fondo de actividad, conserva un cierto grado de lentitud en sus operaciones, taciturno, de una vida un poco austera, y amante del retiro; su semblante frecuentemente tranquilo; rara vez risueño, no salta, no canta, no corre, no lucha” (ACCEFYN, 1978, p. 166). Y estaba en lo cierto: el alemán decía que el sabio era un tonto (ACCEFYN, 1978, p. 168). Entonces, don Francisco, humillado, le envió al doctor Mutis una carta desde Quito relatando lo que consideraba era causa de todo el zaperoco: “Entra el señor Barón en esta Babilonia, contrae por su desgracia amistad con unos jóvenes obscenos, disolutos; le arrastran a las casas en que reina el amor impuro; se apodera esta pasión vergonzosa de su corazón, y ciega a este sabio joven hasta un punto que no se puede creer. Este es Telémaco en la isla de Calipso. Los trabajos matemáticos se entibian, no se visitan las pirámides, y cuando el amor a la gloria reanima a este viajero, quiere mezclar sus debilidades con las sublimes funciones de la ciencia” (ACCEFYN, 1978, p. 170). Todo esto contrariaba la ética y moral del sabio, quien en silencio, sólo con su gesto, solía recriminar a Humboldt, lo cual, supuso, motivó

al “ingrato y pueril” alemán a marcharse de la Nueva Granada llevando consigo a Carlos Montúfar, un jovencito a quien el sabio, de forma muy diciente, llamaba el “adonis” (ACCEFYN, 1978, p. 180 y 182). Al final, este hecho marcó no sólo el destino de don Francisco sino el del periodismo agropecuario del país.

Tras la dolorosa experiencia, Paispamba se convirtió en su refugio. Era mayo de 1802 y una terrible peste de viruela azotaba a los santafereños. En ambos casos el doctor Mutis tuvo que actuar rápidamente; por un lado, con su conocimiento y, por el otro, con dos mil setecientos pesos y una carta, fechada el 21 de mayo, en la que contrataba a don Francisco en condición de agregado en calidad de meritorio como parte de los investigadores de la Expedición Botánica (ACCEFYN, 1978, p. 225). Con la noticia, el sabio volvió a nacer, pero quedó condicionado a trabajar la botánica haciendo énfasis en la quina y a dejar por un tiempo la astronomía.

Inicialmente, iba a trabajar en la provincia de Quito y luego viajaría hasta Cartagena para finalizar en Santafé de Bogotá, haciendo ruta por Pasto, Popayán, San Buenaventura y el Chocó, donde quería que se construyera un canal interoceánico por los ríos Atrato y San Juan para ayudar a mejorar el comercio neogranadino (ACCEFYN, 1978, p. 218). Para hacer la travesía, don José Ignacio de Pombo le envió tres mil pesos extras (ACCEFYN, 1978, p. 280), ya que don Francisco requería instrumentos y libros adecuados, pues no deseaba repetir lo de Malbucho, cerca a Quito, donde sin querer llegó a sus manos un texto titulado *Flora del Perú* en el que halló que su descubrimiento ya lo había hecho otro: “Si yo la hubiera tenido no habría malgastado el tiempo y mi salud describiendo y diseñando plantas conocidas y publicadas”, escribió enojado (ACCEFYN, 1978, p. 226). Y es que el sabio era tan exigente y quería apropiarse de la naturaleza de una manera tan perfecta que, al final, él mismo pudo haber terminado siendo una planta inédita, un riachuelo inagotable, un fruto sin igual.

Desde allí, el sabio aprendió a conocer la población rural y a convertirla en protagonista de memorias en las que describía sus lugares, costumbres y actividades agropecuarias, que relataba de una forma muy particular: latitud por altitud; es decir, enseñaba a cultivar con números y líneas imaginarias: “Está pues el cultivo del trigo en nuestros países confinado á un zona de 48 toesas de altura, que comienza á 1,112 toesas sobre el mar, y acaba á las 1,550 [una toesa equivale a 1.946 metros]. En esta pequeña zona los vientos son frecuentes, por no decir discontinuos, la humedad es infinitamente menor y los bosques se disminuyen, circunstancias necesarias para conseguir un buen trigo” (Posada, 1909, p. 90). De esta manera, el sabio

convirtió al cielo en un espejo que cabía entre sus manos; era su guía, quería compartirlo y promover a través de él hasta el significado del enigma lunar: “Llenemos pues este vacío en una ciencia que tiene relaciones inmediatas con la Agricultura, con las comodidades de la vida y con nuestra salud” (Caldas, 1811, pp. 6 - 7). Es claro que don Francisco fue botánico pero nunca dejó de ser astrónomo, lo cual le sirvió para construir un estilo particular de narrar el agro, sin alejarse del ideal del periódico de sabios, pues mientras el enfoque convencional explicaba un cultivo a partir del suelo el sabio lo hacía de arriba hacia abajo, tomando como base la ubicación de las estrellas, la posición geográfica y las variables ambientales que incidían en cada zona.

Ese trabajo también fue el resultado de un ejercicio de superación, como le pasó el 14 de septiembre de 1802 al enfrentar sus miedos en la boca del volcán Imbabura:

La facilidad con que había pasado mi guía me animó y entré en el peligro. Apenas había dado tres pasos sobre la pómez cuando veo que todo se remueve, y no pudiendo sostenerme en pie me siento, y aun en esta situación comienzo a precipitarme hacia el fondo de ese espantoso cráter; creo llegado el fin de mi vida, y doy una voz a mi guía. Este indio generoso vuelve la vista, me ve perdido, se avanza hacia mí con una intrepidez inaudita, se arroja al mismo peligro en que me veía, me ase del brazo derecho, me arroja a dos varas de precipicio, y me da la vida (ACCEFYN, 1978, p. 198).

A ese hombre lo llamaba Salvador Chuquín y lo convirtió en su amigo y protector durante su paso por aquella región. A través de él, don Francisco conoció a un joven agricultor, pequeño, magro, de pómulos pronunciados, cejas pobladas, piel canela y una mirada acendrada y tímida, que le fue ofrecido como ayudante para la expedición neogranadina. Le decía Chuquino, en honor a quien le salvó la vida. En un principio, el sabio dudó en aceptarlo por falta de presupuesto, pero al final decidió llevarlo y formarlo para que fuera útil, pues le molestaba tener que lidiar con personas que no pudieran colaborarle cuando necesitara usar un instrumento o hacer una medición. En definitiva, don Francisco no quería gente rural para hacer el trabajo de las mulas; incluso, sentía indignación y tristeza al conocer sus condiciones de vida: “¿Quién creyera que á treinta leguas de Quito se había de hallar una familia casi en el mismo estado que á la época de la conquista?” (Posada, 1909, p. 143). Por lo mismo, le preocupaban las carencias nutricionales que padecían: “Comenzaron á preparar su alimento, que se redujo á cebada cocida y tostada y un puñado de papas. La carne les estaba prohibida por el precepto imperioso de la

necesidad, y estoy persuadido que mueren estos hombres sin gustarla”, escribió (Posada, 1909, p. 144). Así, al pensar en lo social campesino, el sabio creó una visión que superaba lo productivo y le permitió aprender de ellos el valor del trabajo y su esfuerzo para hacer grandes cosas con muy poco: “¡Qué simplicidad en sus arados! Yo los he diseñado y he descrito las operaciones del campo como se ven al presente. Los granos, las raíces, en fin, todas las plantas que cultivan, y que hacen el fondo de su alimento, las he reconocido, con el tiempo y modos que observan su cultivo” (ACCEFYN 1978, p. 201 y 202). Fue un momento de epifanía que el sabio plasmó con pluma y papel: “Todo el campo se hallaba en movimiento: las familias, segando y recogiendo el maíz y el trigo de sus labrados, manifestaban alegría y contento en sus trabajos, y el viajero gozaba de un espectáculo agradable y sencillo” (Posada, 1909, p. 169). Dicha imagen era la que quería replicar en cada hectárea del virreinato, dando el justo valor dentro de la estructura social tanto al trabajador agropecuario como a sus productos, tal como lo proponía la fisiocracia.

Esa capacidad de observación le permitió a don Francisco descubrir que el trigo era de tierras altas y que el mejor era el pastuso, así como disfrutar emocionado las actividades de trilla: “En el centro de la éra colocan un palo perpendicularmente; á él atan un caballo que va á ser el primero de la fila; á este atan a su costado un segundo, y así en adelante hasta el número que juzgan conveniente y proporcionado á la magnitud de la éra. Colocados en fila y en la dirección del diámetro, les hacen dar vueltas pisando las gavillas, ora en un sentido, ora en otro” (Posada, 1909, p. 167). Pero no sólo gozó mirando, también lo hizo probando, como le ocurrió con la piña de lachas, en la que halló sabor y riqueza: “En su término superior es pequeña, dura y muy agria; pero por las 560 toesas de altura, adquiere tal grado de bondad que dudo sean mejores las de las orillas del Magdalena. Este fruto es deleitoso, que casi no cede la preferencia á ninguno, ama la temperatura de 19 grados R., una presión atmosférica de 295,0 del barómetro, un suelo arenisco poco sustancioso y una lluvia moderada” (Caldas, 1910, p. 14). Asimismo, llenó de halagos a la papa, luego de probar una que llamaban camote: “A todas partes adonde el hombre ha subido su industria, le ha seguido esta planta benéfica” (Posada, 1909, p. 93); igual dijo del producto insignia del continente americano: “En todos los lugares donde hay hombres hay maíz” (Posada, 1909, p. 94). Pero lo que más disfrutó fue un fruto llamado Chocho, que le pareció novedoso: “Este grano lo recogen, lo trillan como el trigo, lo ponen en sacos grandes en uno de los ríos por espacio de tres á cuatro días, y así lo conducen a Quito y lo consumen” (Posada, 1909, p. 137). Por todo esto, se puede definir al sabio como un astrónomo con alma de químico que mezcló en

el crisol de sus manos una gota de literato con otra de botánico para terminar convertido en un gran periodista.

Y para verlo todo, tuvo que caminar mucho, subir y bajar, siempre con sus extremidades enterradas un día entre la nieve y otro en el lodo, después en la arena. Por eso, sufría de dolores en los pies así como de las temidas tercianas, típicas de la zona meridional, que lo enviaban una y otra vez a la cama. “La humedad no tiene límites - escribió -, todo se corrompe, y nada puede resistir a un clima tan contrario a la salud del hombre, como al progreso de las ciencias” (ACCEFYN, 1978, p. 224). Con base en relatos de la época, se podría pensar que don Francisco sufría de paludismo, lo cual explica su debilidad, fiebre y neuralgias al igual que sus mejorías y recaídas frecuentes, al punto que él mismo no sabía cuánto tiempo llevaba enfermo. Lo cierto es que a febrero de 1804 había sufrido siete ataques que lo habían mantenido “entre lavativas, vómitos y quina” (ACCEFYN, 1978, p.244). Incluso, en medio de su miseria y abandono, le escribió al doctor Mutis implorando remedio para esa “cruz” que él llamaba enfermedad cruel: “Recaer y levantar han sido los dos estados de que no salgo: cada recaída va minando mi sér y me va dejando reliquias bien molestas” (ACCEFYN, 1978, p. 234). Quizás, la desventura de su cuerpo hubiese servido como medio para comunicar los riesgos que podían sufrir los trabajadores del agro, como en el caso de las tercianas, las cuales se propagaban a través de los canales de riego, lagunas y charcas para abastecimiento. Y no era un tema menor. En el trascurso del siglo XVIII España presentó graves epidemias entre los cultivadores de arroz; sin embargo, no se hacía mucho, pues se culpaba del problema a la debilidad que causaba la pobreza (Arberola y Bernabé, 1998 – 1999, p. 96 y 97). Infortunadamente, el sabio no incluyó este tipo de información en su trabajo periodístico.

Era 1803 y mientras don Francisco padecía en Ibarra, el doctor Mutis se dedicaba en Santafé a la genética agropecuaria intentando el cruce de un venado con una cabra (Palacios y Safford, 2002, p. 186). Por esos días, el sabio le escribió angustiado que estaba padeciendo hambre, pues sólo tenía algunos plátanos y carne de zaíno para alimentarse (ACCEFYN, 1978, p. 225). Pero Mutis poco podía hacer. No había dinero y el gasto mensual del sabio promediaba los cincuenta pesos. El caso del pan era diciente, ya que pagaba tres pesos al mes por él, una cifra alta teniendo en cuenta que por vivienda pagaba cinco pesos. Igual le sucedía con los insumos de trabajo, aunque a veces no conseguía ni lápices ni papel. Ese mismo padecimiento lo vivían muchos neogranadinos; por eso, creía que se necesitaba publicar la realidad del país: “Reunamosh

noshash luthesh, i noshosh eshfuerthos, eshcribamosh, penshemosh, obremosh por eshosh infelithesh” (Caldas, 1810, p. 17). En sus manos había una oportunidad para eliminar “la cruz” de la ociosidad y cambiar el andrajo, el piojo, la mugre, la muleta y los vicios por “una ocupacion, un alimento sano, un vestido, un ayre libre y puro, ejercicio moderado, costumbres, virtud” (Caldas, 1810, p. 16). Además, necesitaba que el rey lo confirmara dentro de la Expedición: “No me abandonen, no miren con indiferencia las cosas de Caldas – le escribió a don Santiago -. Ya ve usted que si muere Mutis, como lo debemos temer, estoy perdido. Tal vez se suprime la expedición, tal vez se nos aparece algún chapetón sucesor, y si no estoy agregado, no tendrá embarazo en enseñarme la puerta” (ACCEFYN, 1978, p. 237). De cierta forma, el sabio anticipaba su final. Además, su enfermedad no le permitió terminar la carta con la geografía neogranadina, pese a los tres años que había trabajado en ella; sólo alcanzó a llegar hasta Popayán, el 19 de mayo de 1805, pues creía que el clima chocono lo iba a matar. De allí, viajó a Santafé, recorrido en el que no pudo evitar el observar y sorprenderse: “He visto con placer el árbol que aquí llaman palo de rosa, que exhala un olor gratísimo, es el único que tornean y forman toda especie de vasos y otros utensilios, escribió (ACCEFYN, 1978, p. 250). No obstante, el sabio andaba cuitado, flaqueaba; lo atormentaba la duda permanente sobre su destino.

Llegó a la capital el 10 de diciembre de 1805. Traía consigo dieciséis bultos de muestras, que incluían seis mil plantas disecadas y dos volúmenes con descripciones y memorias. El doctor Mutis lo llevó ante el virrey Amar y Borbón, y lo presentó como su báculo y sucesor: Será “mi conhi’ente, mi conswero i mi apoyo, i er jeledelo de mi’ tale’ quale’ conothimiento’ ”, le dijo con su voz andaluza (ACCEFYN, 1978, p. 254). Sin embargo, terminaron por encargarlo del Observatorio Astronómico de San Carlos, culminado el 20 de agosto de 1803 por fray Domingo Petrés, constructor de la Catedral. Sin proponérselo, don Francisco había llegado a donde quería y su nuevo trabajo resultó siendo el bálsamo que necesitaba, pues habitaba en la base de la torre y vivía tranquilo y casi en el olvido. De acuerdo con don Lino de Pombo, “un pariente cercano y dos o tres amigos íntimos, incapaces de abusar de su confianza, y algún jovencito que de él recibía lecciones de matemáticas, eran las únicas personas a quienes franqueaba sin disgusto la entrada de aquella su habitual residencia, en que el espíritu de orden todo lo regulaba, y el menor acto de perturbación era un crimen” (1941, p. 25 y 26). De esta manera, el sabio convirtió al observatorio en un santuario que trajo paz a su vida por cerca de dos años.

Infortunadamente, al país no le iba tan bien. La guerra entre españoles e ingleses había elevado el precio de las importaciones desde 1805 y los productos nacionales, como el cacao, el algodón y la quina se perdían, pues nadie los compraba, lo cual atentaba contra la actividad agropecuaria. Ya nadie quería arriesgarse a trabajar el campo. Esto motivó a don Antonio de Narváez y la Torre, cartagenero y promotor del agro, a solicitar al virrey que permitiera el libre comercio con países neutrales y evitar así el contrabando, ya que ningún barco peninsular llegaba a Cartagena (Pacheco, 1984, p. 81). Además, la carga fiscal los asfixiaba. De ahí que personas como don José Ignacio de Pombo propusieran “extinguir la mayoría de los impuestos que pesaban sobre la agricultura y el comercio, o de reducirlos al mínimo posible” (Pacheco, 1984, p. 79). Por esa época, el verdadero florero de Llorente comenzaba a tambalearse en las manos de los inconformes.

Durante ese tiempo fue cuando don Francisco conoció a don Jorge Tadeo Lozano, de quien decía ser su “amigo y compañero” (ACCEFYN, 1978, p. 260). Aunque unos años después, durante los días de la patria boba, lo llamaría ratero, insensato y “presidente bárbaro” (ACCEFYN, 1978, p. 317). Ellos fueron testigos del escándalo que se suscitó en marzo de 1806 cuando, según cuenta don José María Caballero, las autoridades decidieron desbaratar la catedral para volverla a hacer, apenas unos años después de haberla terminado de construir. También, vivieron el temible 30 de noviembre, día de la celebración de San Diego, cuando un ejército de nubes negras apareció por Monserrate y descargó un aguacero que dejó destrozos, muertos y muchos enfermos. Curiosamente, unos meses después, en 1807, sufrieron un verano tan intenso que quemó hasta los bolsillos de los ciudadanos por el alza inmisericorde en el precio de los alimentos tras la pérdida de cosechas y animales, lo que obligó a más de uno a repetir Padrenuestros y Avemarías con la misma frugalidad con que comía don Lucas Mendigaña, el regidor del Cabildo que murió durante ese año, y cuyo almuerzo normal, se decía, estaba compuesto por “medio cordero, cuatro tortas, dos docenas de huevos, un jarro de chocolate, media libra de mantequilla, una cazuela de sopa con carne frita, y por postre guiso de pollo” (Caballero, 2010, p. 98). Fueron también días de enojo para don Francisco debido al azote que recibió un indígena enclenque por haber robado para saciar el hambre y que le recordaba a Chuquino, quien trabajaba en algún lugar del Cauca. Él pedía oportunidades para las personas más no castigos; por eso, su cara cambió, dos meses después, cuando supo que estaban recogiendo a todos los mendigos saludables para ponerlos a trabajar.

Por aquella época el sabio conoció a Jeimibi y el joven se ganó su aprecio. Lo popaba, pues era la prueba viva de su teoría sobre la búsqueda de hogares sustitutos para los huérfanos, planteada en 1793 cuando ostentaba el cargo de Padre General de Menores en Popayán. Desde ese tiempo el aprecio por los mostrencos lo llevó a repudiar a los jóvenes nobles; los consideraba personas sin virtud. Así se lo expresó al gobernador de Popayán en una carta: “Se juzgan hombres de otra especie, y que no se ocupan sino en estudiar sus genealogías, en llevar su ascendencia hasta el fundador del género humano y en esculpir en bronce o piedra los escudos y armas de su casa” (ACCEFYN, 1978, p. 17). Además, siempre los veía en briba dedicados a “manear naipes, en sostener tertulias indecorosas, en vegetar sin fruto” (ACCEFYN, 1978, p. 19). Para el sabio la nobleza y la ociosidad eran sinónimos (ACCEFYN, 1978, p. 17). Asimismo, le preocupaba la cantidad de niñas que veía “sin oficio y destino” (ACCEFYN, 1978, p. 14). Por eso, valoraba el esfuerzo por superarse y aprender de aquel mozuelo de cuerpo menudo, piel trigüeña y pálida; de pelo liso, grueso, largo y mal peinado; cuya cara afilada parecía hacer un gran esfuerzo para sostener sus ojos ovalados, grandes, punzantes, desconcertantes.

Al principio Jeimibi no toleraba a don Francisco. Le parecía antipático y algo extraño. “Po’ la shupinaa del sheñoricó me jicieron veni’ á gamella”, dijo el día que le dieron a beber algo parecido a un purgante para liberarlo de sus recurrentes malestares de estómago y su emaciación, por lo cual culpó al botánico payanés, sin saber realmente de quién había sido la idea. Era una bebida que, seguramente, llevaba algo quina; sin embargo, él sólo supo que le peló más que las tripas y que aquel sabor tan repugnante ya nunca se le iría de la boca. “Andaa, questosh mee diéron yerbá”, dijo, tal como se hacía en aquella época para referirse a los bebedizos o venenos; no obstante, se sintió mejor. Ya con un nuevo semblante, Jeimibi descubrió que sus impresiones sobre el prócer estaban erradas, luego que este le explicó la responsabilidad de los botánicos y médicos a la hora de explorar las maravillas de la naturaleza. Ese día recordó las palabras que escribió don Jorge: “Ningún otro reyno podrá lisongearse de poseer en sí todos los temperamentos del mundo, y en cortas distancias las estaciones de los quatro tiempos del año de la Europa; ninguno por consiguiente mas apto para recibir una cultura universal de todas las plantas del globo” (Lozano y Azuola, 1801, 1º de noviembre, p. 155). Por eso, se sorprendió cuando el sabio le contó que había descubierto la falsificación de una raíz de helecho llamada calahuala que originalmente los indígenas del sur del país usaban para hacer medicina:

Yo entré en vehementes sospechas de que se daba gato por liebre, hice que los indios cogedores de esta raíz la trajesen con fronda, y hallé que se ha tomado aquí una raíz absolutamente distinta a la calahuala. Usted verá de qué consecuencias es conocer bien un simple para administrarlo, y cuán arriesgada ha estado la salud de nuestros enfermos, que en vez de tomar el antídoto, han tomado raíces que no haría efecto ni curaría sus dolencias. Esto se agrava sabiendo que las plantas de esta clase – que es la 24 chriptogamia – son sospechosas y las más venenosas. ¿Cuántos golpeados gravemente, habrán muerto apostemados por no haberseles administrado la verdadera calahuala? (ACCEFYN, 1978, p. 54).

Estas consideraciones fueron vitales para dar origen a un medio de información nacido en el seno de la Expedición Botánica, en el que se pretendía dar cabida a todo aquello que, como en el caso de la calahuala, fuera útil a la sociedad neogranadina. De esta manera, don Francisco iniciaba la segunda fase de su vida, la etapa de instruir, y lo hacía mediante un periódico al que llamó *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, el cual tenía impronta agropecuaria, tal como lo escribió en 1809 en el prospecto del segundo año: “Comparemos lo que tenemos con lo que nos falta; perfeccionemos aquellos objetos, y hagamos esfuerzos para adquirir estos; apreciemos los productos de nuestra agricultura y de nuestra industria” (Posada, 1909, p. 344). Asimismo, presentaba al *Semanario* como un medio de identidad nacional, pues no quería que el país dependiera de la información hecha por científicos europeos, tal como lo anotó en su almanaque para 1812: “Si hemos sacudido el yugo político de Europa, sacudamos tambien esta dependencia científica que nos degrada, y que nos mantiene en una infancia literaria mas ignominiosa que la esclavitud misma” (Caldas, 1811, p. 6). Así, al develar la calidad del pensamiento neogranadino demostraba que no se le podía ningunear; además, como nadie conoce mejor los rincones de la casa que aquel que la habita, el periódico se convirtió también en una forma de tomar posesión del territorio partiendo de un contenido de carácter científico y agropecuario, con una redacción clara y detallada, que permitía decirle, tanto a la sociedad de botas como a la de quimbas, cuánto se podría hacer con todo lo que se tenía. Es claro que el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* era un asunto político.

Al igual que el *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*, el semanario de don Francisco también tenía el perfil del periódico de sabios y fue concebido a través de un casino ilustrado; en este caso, la Tertulia de los Sabios o Tertulia del Observatorio Astronómico, realizada desde 1803 por los integrantes de la Expedición Botánica para tratar

temas relativos a la ciencia y la botánica (Rodríguez, 2007, p. 16). Con ese objetivo, el periódico salió a las calles santafereñas el domingo 3 de enero de 1808; aunque detrás de todo siempre estuvo presente el deseo de don Francisco por hacer visibles sus investigaciones y sus frases añejadas con la experiencia, como aquella en la que profetizó: “La posición geográfica de la Nueva Granada parece que la destina al comercio del universo” (Caldas, 1808, 10 de enero, p. 11). Él necesitaba oficializarse dentro de la Expedición Botánica y el periódico era su carta de presentación; por eso, se rodeó de hombres versados en economía, política y, ante todo, en química y botánica, quienes escribían desde diversos puntos del país para abonar el terreno donde había germinado la agroinformación sembrada por los primos Lozano unos años atrás.

El *Semanario del Nuevo Reyno de Ganada* fue impreso por don Bruno Espinosa de los Monteros. La suscripción anual costaba seis pesos en Santafé, ocho en otras regiones y diez fuera del Virreinato. Tenía ocho páginas en formato de 20,3 x 14,5 cm y su diseño quizás fue inspirado por la simpleza del *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, aunque este último contaba con dieciséis páginas. El semanario no tenía adornos e iba en letra grande, sin columnas y apenas con un encabezado donde se hacía referencia al número del ejemplar, el nombre del periódico, la fecha y el título del artículo que se publicaba. La estructura del periódico no contemplaba secciones específicas, pero la variedad de temas hizo que don Francisco lo definiera como una “miscelánea” de carácter serio (Posada, 1909, p. 343). No obstante, cada edición resultaba monotemática y a veces se incluían algunas noticias, como las meteorológicas, que el sabio defendía argumentando que ellas traían consecuencias importantes para la medicina, la física y el agro (1849, p. 383). Él creía que era útil que el agricultor supiera si el clima le permitiría iniciar una siembra o si corría riesgo un cultivo por cuenta de las temidas heladas.

En general, el impreso era una suma de memorias, al estilo del periodismo que realizó casi un siglo antes en España don Juan Enrique de Graef con los *Discursos Mercuriales*, lo cual le daba al texto un tono personal que se caracterizaba por el uso de un lenguaje descriptivo y por tener un público definido: “Los obispos, los gobernadores, hallarán muchas luces para el acierto de su mando; el economista, el agricultor, el geógrafo, el comerciante recogerán conocimientos que hoy o no existen o se hallan en los manuscritos de los hombres de letras y no verían la luz pública si no existiese el Semanario” (Caldas, 1809, 24 de diciembre, p. 405). De esta manera, y tal como lo expresaba en su inconclusa *Carta sobre la geografía del Reino*, el sabio quería ver representados los intereses de muchas personas y buscar el bien común a partir del acceso libre al

conocimiento, pues creía que allí residía la verdadera riqueza (1808, febrero 28, p. 69). Él consideraba que quien no trabajaba era porque no había tenido la oportunidad de aprender; por eso, en el *Semanario* encontró la forma de combatir el problema mediante una información que resultaba poco ampulosa, ya que no le gustaban los textos eruditos: “Después de haber impreso y publicado muchos centenares de páginas sobre estos objetos brillantes, ¿no quedamos tan pobres y tan miserables como antes?” (Posada, 1909, p. 344). El impreso permaneció intacto durante los dos primeros años y cambió para los dos últimos, puesto que a partir de 1810 se editó en pequeños cuadernillos de 15 x 9,8 cm con el nombre de *Continuación del Semanario del Nuevo Reino de Granada*, cuyo número de páginas dependía de la extensión de la memoria para “no interrumpir la lectura, el orden y encadenamiento de las ideas” (Caldas, 1809, 24 de diciembre, p. 402). Tampoco tenía fecha fija, pues promediaba unos cuarentaicinco días en salir, todo debido a la falta de imprentas y papel por la situación política que vivía el país. No obstante, y según el prospecto de 1810, los objetivos de estudio fueron lo único que no cambió: “El Semanario contendrá tratados económicos, agricultores, científicos, literarios”. Sin embargo, allí se agregó algo que pudo haber sido la estocada final del periódico: “El que no tenga luces suficientes para entender estas materias debe evitar la suscripción y dispensarnos el disgusto de las críticas y de las detracciones que tanto nos han molestado en el discurso de este año” (Caldas, 1809, 24 de diciembre, pp. 401 - 402). Como ya lo había dicho don Francisco, parecía que la tozudez de abogados y filósofos veía a la ciencia y al agro como una pérdida de tiempo, problema con el que lidió desde antes de empezar a publicar:

El nuevo periódico anda mal – le dijo disgustado a don Santiago –. A mi me ha tocado el de enero y yo debo romper la escena. Mi asunto es el ‘El estado de la Geografía del Reino por lo que mira a la economía y al comercio’. Creo se cercenará, y de un cuerpo regular se hará un monstruo; pero yo estoy resuelto a suprimirlo a la primera enmienda, y retirarme a mi agujero. Que el mundo corra o se pare, poco me importa. Mis intenciones han sido puras al proyectarlo; si les hallan malicias que no tiene mi corazón, que las sufra otro, yo no (ACCEFYN, 1978, p. 264).

Además, el semanario también sufrió la censura del gobierno y críticas como el uso del nombre técnico de las plantas, que el sabio calificaba como necesidades “que no merecen sino el desprecio y la risa de los sabios” (Caldas, 1810, p. 10). Otras veces, reflexionaba con paciencia para darse ánimo y luchar por su propuesta: “Conocemos que nada hay mas difícil, ni mas

espinoso que establecer una nueva cultura, un arte nuevo, un nuevo ramo del Comercio” (Caldas, 1810, p. 16). Eso lo llevaba a ser crudo y exigente, como le confesó en una carta a don Santiago: “Es verdad que hay paja, y paja que no se puede quitar; a lo menos no está en mi arbitrio. Si yo no estuviera al frente, creo que ya hubiera dado al traste este bello establecimiento. ¡Cuántas tonterías he quitado!” (ACCEFYN, 1978, p. 273). Así, el sabio logró consolidar con tesón, palabra tras palabra, una imagen nueva del territorio, una identidad construida desde lo más nimio y opaco, ya que él era un idealista con conciencia social, un Diego de Rivera que retrataba la campiña con letras son olvidar lo que representaba para él su semanario: “Mil veces me trataron de fanático y demente porque no me dedicaba a sembrar y a mercader” (ACCEFYN, 1978, p. 268). Al final, logró su cometido gracias al apoyo de los sacerdotes, quienes muy seguramente socializaron la agroinformación entre las comunidades menos o nada ilustradas, como ocurrió con el periódico de los primos Lozano y con el semanario destinado a los curas. “Sería un resorte poderoso para hacerles abrazar con placer los trabajos campestres”, escribió don Francisco Antonio de Ulloa (1808, 14 de agosto, p. 291). Él confiaba en la influencia que podía ejercer la iglesia, pues creía que el agro tenía mayor protagonismo en el *Semanario* de don Francisco que en el *Correo curioso* que lo antecedió.

Entonces, al proveer información útil para los agropecuarios, el sabio se hizo uno solo con ellos, pensando como ellos y para ellos. Lo hizo, en sus memorias sobre los frutos nativos que se podían producir y aquellos de origen extranjero con potencial para plantar en el país; lo hizo, ayudando a cuidar las cosechas con sus observaciones meteorológicas; lo hizo, planteando oportunidades de negocio como la cochinilla y elevando su voz para hacer un llamado a corregir y a replicar pese a los obstáculos y la indiferencia: “Este objeto vasto y difícil, y espinoso nos atraería el odio y la indignación de nuestros compatriotas. Todos gustan de oír las buenas qualidades de su país y de sus moradores; pero ninguno oye con paciencia sus preocupaciones, sus debilidades y sus vicios”, escribió (Caldas, 1808, 19 de junio, p. 130). Por eso, había cierto mesianismo en las páginas del *Semanario*, el cual buscaba integrar de manera provechosa a la urbe mendiga y ociosa y visibilizar a una comunidad rural que era tratada como ese canto que sale del follaje y que pasa a un segundo plano sin importar el pico de donde viene.

Así le pasaba al inquieto Jeimibi, quien tenía la oportunidad de ojear el semanario luego de que don Jorge terminaba de leerlo. Lo primero que le llamó la atención fue una frase del número inaugural: “Aquí aprenderemos á dirigir nuestros esfuerzos hacia aquel punto que más nos

interesa, y nos desnudaremos de las preocupaciones que nos oprimen y que retardan la felicidad del Reyno” (Caldas, 1808, 3 de enero, p. 2). La propuesta era clara: aprendizaje y desarrollo. Esto lo motivaba, pues le permitía recrearse con historias que lo entretenían e instruían, como el día que leyó el consejo del sabio sobre lo positivo que resultaba domesticar y ubicar un águila o un halcón en la zona de cultivo para espantar a las aves que dañaban las cosechas: “Este es un medio infalible, cómodo y poco costoso”, decía allí (Caldas, 1810, p. 8). Jeimibi se asustaba de sólo imaginar el vuelo agresivo de esos animales entre el trigo o los maizales, lo cual era una de las grandes cualidades del semanario, pues no sólo enseñaba las particularidades y el desarrollo del trabajo rural, sino que llevaba al lector hasta el mismo sitio iluminándolo con detalles, imágenes, sonidos y sensaciones, transmitidas gracias a la herencia literaria de los articulistas. Además, eran textos que no dejaban nada al azar, como lo demuestra la solicitud que don Francisco hizo a don Jerónimo de Torres: “Me tomo la satisfacción de dirigirle ésta, y suplicarle en nombre de la patria, se digne comunicarme sus observaciones, memorias, noticias, etc., del país que usted habita; sus miras políticas, económicas, etc., la agricultura, la industria, el comercio...” (ACCEFYN, 1978, p. 283). Por esta misma razón, alguna vez recriminó a don José Manuel Restrepo, hermano de don José Félix, su antiguo profesor, y corresponsal en Antioquia: “Usted descuida mucho lo físico del país. Los minerales, las plantas útiles, etc., debe usted incluirlas” (ACCEFYN, 1978, p. 269). Y es que esa exigencia respondía a una premisa que el sabio defendía desde el principio: “Los conocimientos geográficos son el termómetro con que se miden la ilustración, el comercio, la agricultura y la prosperidad de un pueblo. Su estupidez y su barbarie siempre son proporcionadas á su ignorancia” (Posada, 1909, p. 237). Él sabía lo que hacía.

El doctor Restrepo introdujo la papa y el tomate de árbol a Antioquia para diversificar el agro de esta región: “Salid de la inacción en que os hallais, y no cultivéis los frutos que cultivaron vuestros mayores poco ilustrados”, escribió refiriéndose al cacao, maíz y algodón (1849, p. 215). Otro ilustre redactor fue don Jorge Tadeo Lozano. Él hizo dos artículos; uno de ellos era sobre serpientes y hacía parte de su *Fauna Cundinamarquesa*. Allí, hablaba de la necesidad de capacitar a los rurales en especies, atención en caso de mordedura y otras cosas curiosas como, por ejemplo, que las serpientes no lograban matar a los cerdos cuando ellos estaban muy gordos (1808, 17 de abril, p. 154). También les daba herramientas para identificar la presencia de ofidios en la granja: “La herida hecha por un colmillo venenoso en la cresta de la gallinas, produce un

tumor vesicular en las barbas de estos animales, la que se hace en el cogote de los curies (Cabia Cobaya) produce un tumor en el pecho ó en la barba. Hiriendo la nariz de los conejos ó curies, se inflama y se forma un tumor debajo de la barba” (1808, 15 de mayo, p.187 y 188). Para esto, don Jorge utilizó escritos extranjeros junto con sus propias observaciones, buscando corroborar o desmitificar la información suministrada por la comunidad rural.

Otro que hizo su aporte fue don Joaquín Camacho mediante una radiografía de la situación agropecuaria, económica y geográfica de zonas como Pamplona, Cúcuta y Girón. El padre Eloy de Valenzuela también estuvo presente en el semanario con tres artículos publicados en enero de 1809, escritos con base en los experimentos que hacía en sus terrenos, como la grama llamada Sibalá, usada para recuperar potreros deteriorados por la producción ganadera extensiva: “Si no salimos del camino ordinario de tener grandes rebaños á costa de grandes terrenos, es evidente que la labranza se ha de aminorar, y con ella las subsistencias y la población” (Acosta, 1849, p. 169). El segundo texto trataba sobre la caña solera, traída de Otaití (Haití), que recomendaba porque llegaba a producir una arroba de azúcar por cada tres plantas (Acosta, 1849, p. 177). Finalmente, hizo algunas observaciones para fomentar la apicultura y el uso de la miel con el fin de mantener la carne conservada por más tiempo y evitar la aplicación de sal, que resultaba costosa por esos días. Igual hizo el padre Juan Agustín de Parra en 1809, aunque él sólo se enfocó en investigar la producción del trigo: “Yo voy a demostrar que en Suratá se entierran, sin provecho del labrador ni del estado, 700 cargas de trigo al año, y que asciende á muchos miles de cargas lo que se pierde en el Reino” (Acosta, 1849, p. 415). También se vinculó don José María Cabal, quien habló de la forma en que las vacas son útiles en la multiplicación de una vacuna para sanar a los niños (1810, pp. 15 -17), y describió el árbol del pan o jaca, nota en la cual se publicó la primera receta de cocina en el periodismo colombiano (1809, 10 de septiembre, pp. 261 - 263). Otro que participó fue don Santiago Pérez Arroyo con una memoria sobre el añil que infortunadamente nunca logró publicar (ACCEFYN, 1978, p. 273). Tampoco pudo hacer un estudio sobre la langosta, tema que era importante para don Francisco, pues este insecto desolaba los campos; sin embargo, vale la pena destacar los requerimientos que el sabio le solicitó para construir el texto: “Se señalase la época de su aparición, de los lugares adonde ha llevado su diente roedor, el nivel hasta donde ha subido en los Andes, noticias de los daños, y arbitrios para atajarlos, su figura, y en fin, su extinción” (ACCEFYN, 1978, p. 274). Esto indica que el impreso fue pionero en técnicas de agroinvestigación periodística.

Al igual que en el periódico de los primos Lozano, en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* también hubo un concurso, el cual premiaba con cien pesos a quien respondiera la siguiente cuestión: ¿Cuál es la producción propia de nuestro clima que se debe cultivar con preferencia a las demás, y cuál la producción extranjera que nos interesa connaturalizar en nuestro suelo? La invitación se hizo en el ejemplar número 21 de 1808; sin embargo, no tuvo mucho eco, ya que el 1° de enero de 1810 sólo habían llegado dos propuestas, de las cuales una era de don Francisco, quien a la postre resultó ganador con la *Memoria sobre la importancia del cultivo de la cochinilla que produce el Reino y la de trasplantar a él la canela, clavo, nuez moscada y demás especias del Asia*. El veredicto decía: “Está no solamente escrita con más elección, más método y dignidad, sino que adoptado su plan produciría mayores utilidades al comercio y economía política” (Posada, 1909, p. 427). Las palabras eran de don Manuel del Socorro Rodríguez, conjuez junto a don Martín Tanco, y expresaban algunos de los objetivos del semanario. Al final, la memoria premiada fue publicada con autoría de don José Casamayor para honrar su papel como promotor del concurso.

Y es que el mayor problema del semanario fue la falta de suscriptores, pues apenas contaba en promedio con ochenta abonados (Nieto, 2011, p. 49). Según el sabio sólo había sido “abundante” al inicio (1809, 24 de diciembre, p. 401); incluso, él llegó a recriminarle a don Santiago el no haberse suscrito (ACCEFYN, 1978, p. 267). Por eso, no veía motivación de los lectores para que el periódico continuara: “No llega todavía a cincuenta. Si dentro de un mes no se aumentan, se concluirá como todas las cosas de Santafé”, escribió en enero de 1809 (ACCEFYN, 1978, p. 284). Pasado un año sólo sumaba treintaitrés suscriptores, que dos meses después logró aumentar a sesenta. Pero eso no era suficiente, ya que la situación económica del sabio se había agravado luego de la muerte del doctor Mutis el 11 de septiembre de 1808: “Murió y me dejó sin ninguna recompensa de tantos trabajos hechos con el mayor celo y honor”, le escribió con amargura al virrey Amar y Borbón, tras lo cual agregó: “En su última voluntad me separó con la mayor ingratitud e injusticia de la parte botánica en que había hecho tanto mérito” (ACCEFYN, 1978, p. 281). Y lo peor era que Mutis había nombrado como sucesor de sus tareas a su sobrino, don Sinforoso Mutis, en quien don Francisco no confiaba, situación que corroboró cinco meses después: “Se me privó de los auxilios de casa, mesa, criados, luz, lavandera, y se puso en problema mi sueldo de cuatrocientos pesos, hasta el punto de necesitar de una declaración del juez. Sin los socorros que me han prestado los amigos, no habría podido subsistir” (ACCEFYN,

1978, p. 285). Todo ese estrés trajo consigo un nuevo problema de salud: La hipocondría, “afección caracterizada por una gran sensibilidad del sistema nervioso con tristeza habitual y preocupación constante y angustiosa por la salud” (DRAE, 2011). Esto y la pobreza llevaron al sabio a vivir una devastadora depresión. “Mi estado presente es lamentable”, le escribió a don Santiago (ACCEFYN, 1978, p. 285). Pero nunca imaginó que el repeluzno cruel que acompañaba sus noches iba a ser testigo de la noticia que tanto anheló y que llegó entre truenos con el invierno de marzo de 1809, en la que lo confirmaban como jefe independiente del observatorio astronómico y lo nombraban profesor de matemáticas con un sueldo de mil doscientos pesos. Esa vez, entre lágrimas y risas, le confió a don Santiago: “¡Con qué lentitud y con qué miseria se pagan los conocimientos!” (ACCEFYN, 1978, p. 286). Fue un reconocimiento que esperó durante siete años y que sin embargo no bastó para evitar que el *Semanario* desapareciera por la “falta de imprenta y de suscriptores” luego de 115 publicaciones (ACCEFYN, 1978, p. 318). No hay una fecha que marque el cese del periódico, pero se puede calcular teniendo en cuenta que ese día circuló la memoria once con un elogio a don Miguel Cabal, uno de los ilustres que impulsó la creación del periódico, quien fue asesinado por tropas españolas el 28 de marzo de 1811 en la batalla de Palacé, cerca a Popayán. Como el reporte de esa muerte demoraba casi dos meses en llegar a Santafé, es decir, en los primeros día de junio y, además, el sabio le dijo a don Santiago el 5 de agosto que estaba preparando la memoria doce, que afirmaba era la última y que a la postre no salió, se puede pensar que el final llegó iniciando julio de 1811.

Con la desaparición del semanario se perdió un vehículo que resultaba útil para tomar decisiones y apropiarse de un espacio físico que ayudó a convertir en territorio con identidad, ya que le dio al campo un rostro dotado de plantas, cuernos y manos que hizo visible una comunión de factores que incidían en el resultado de lo que se producía o cosechaba, destacando que lo agropecuario es un modo de vida y no una simple actividad. Por ende, se propuso un ideal político sin hacer política y se promovió el comercio sin hacer empresa. No obstante, al doctor Mutis y a su sobrino se les acusó de ser la excepción. Como se mencionó antes, los integrantes de la Expedición Botánica eran terratenientes y negociantes, así que ellos se cuidaban de ser incriminados por el uso de los resultados de su trabajo científico para lucro propio; sin embargo, a los Mutis se les levantó un expediente por exportar quina que cultivaban, supuestamente, en terrenos destinados para investigación y cuyos ingresos debían regresar a los fondos de la

Expedición y no a las arcas personales. Sin embargo, el asunto no pasó a mayores. Por fortuna, nunca hubo duda de las intenciones que tenía don Francisco, pues el único beneficiado con el periódico fue el pueblo neogranadino gracias al conocimiento del territorio que legaron los redactores, información que seguramente fue estratégica y motivacional para la guerra contra España, puesto que no sólo describía la geografía para promover el agro y el comercio sino que denunciaba las penurias de sus habitantes, tal como lo hizo el sabio cuando se quejó de la falta de animales productores de carne y leche en las zonas altas de la cordillera occidental: “De aquí la falta de los productos de estos seres vivientes, y la necesidad de mendigarlos a sus vecinos (Antioquia, Caly, Pastos, Quito, etc.)” (1808, 17 de enero, p. 17). Por eso, en su propuesta informativa el problema llevaba implícita la solución al plantear ideas novedosas como la de connaturalizar la vicuña del Perú y Chile, publicada en la memoria número cinco de 1810, y sobre la cual escribió al Real Consulado de Comercio de Cartagena: “Vuestra señoría conoce mejor que ninguno el valor de esta lana, los ramos de la industria que provoca, la ocupación que puede dar a tantos infelices, el comercio que se puede establecer y los inmensos productos de su extracción” (ACCEFYN, 1978, p. 310). Este criterio enaltecía la cualidad propositiva del periodismo agropecuario como fuente de desarrollo.

Mientras moría el periódico, el sabio vivía haciendo bombas y construyendo puentes para el ejército independentista, hecho que determinó el cierre de un ciclo, tanto para él como para el agro y el periodismo agropecuario, que quedaron huérfanos. De ahí en adelante, y por los siguiente seis años, su vida dio un giro inesperado y fugaz. El 13 de mayo de 1810 se casó en ausencia con una caucana a la que no conocía, llamada María Manuela Barahona, casi veinte años menor que él, y quien para alegría del sabio se autoproclamaba como la astrónoma de Bogotá (ACCEFYN, 1978, p. 307). Con ella, dio vida a Liborio María e Ignacia, quienes murieron mientras él participaba en la guerra civil, y luego, a Juliana y Ana María, a las que apenas pudo conocer poco antes de morir. Paradójicamente, don Francisco, que alguna vez se autoproclamó Padre Protector de Menores y El Amigo de los Niños, nunca pudo cuidar a los suyos. Ese fue su gran dolor.

Y es que el sabio se vio inmiscuido en 1812 en una guerra que no pidió y en la que se enfrentó a sus antiguos socios de ciencia, negocios y tertulia, quienes lo persiguieron, al igual que lo harían un poco después los españoles, para cazarlo como pato de humedal sabanero. Ese mismo año intentó realizar un nuevo periódico con ayuda de don Benedicto Domínguez, pese a

que le incautaron las máquinas de la que llamó la Imprenta del Sol: “Creo que sería bueno hacer un prospectito diciendo que en forma de cartas se daría la relación de mi viaje y que aparecerán incesantemente”, le escribió clandestinamente (ACCEFYN, 1978, p. 322). Al final, durante la reconquista española, cansado y enfermo, terminó preso en un calabozo improvisado en su antigua alma mater, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y resultó condenado a pena de muerte junto a don Jorge Tadeo Lozano y otros líderes proindependentistas. Fue en ese difícil momento cuando, al igual que le ocurrió a Lavoisier en Francia, lo traicionó la ciencia que tanto amo.

Ocurrió durante su juicio. El sabio estaba detenido en el municipio cundinamarqués de la Mesa y como sabía que el almirante Pascual Enrile Alcedo era astrónomo, le escribió el 22 de octubre de 1816 para que intercediera por él: “Señor, socorra Vuestra Excelencia a un desgraciado que está penetrado del más vivo arrepentimiento de haber tomado parte en esta abominable revolución. Tenga Vuestra Excelencia piedad de mí, téngala de mi desgraciada familia y sálveme por el Rey y por su honor” (ACCEFYN, 1978, p. 357). Se dice que el tribunal, entre lágrimas, se conmovió y que cuando el general Pablo Morillo lo iba a perdonar Enrile lo hizo cambiar de opinión al expresar: “La Eshpania no netheshita de shabiosh, eshtá mandá á cumpli’ shin demora la shententhia” (Constancio, 2011). “Eshtá bien”, respondió el sabio con humildad (Citado en Pombo, 1941, p. 47). Fue así como un científico condenó a muerte a la ciencia y al país que se derramó por sus ojos.

Al final, “el divino y desventurado Caldas”, como lo llamó don José María Vergara y Vergara (1958b, p. 137), al igual que el hijo del Marqués de San Jorge, fueron escoltados por los sacerdotes de la Veracruz hacia su destino final. Don Jorge, con la mirada altiva, marchó por la vía de San Juan de Dios hasta la Huerta de Jaime donde hogaño está la plaza de los Mártires, mientras que don Francisco caminó con la cabeza baja hacia la plaza de San Francisco. (“Patriotas fusilados por Morillo y Sámano”, 2011). Los dos iban junto a sus compañeros de desgracia seguidos por la tropa. Al llegar, los arrodillaron, les leyeron la sentencia y los ubicaron de espaldas. Tres pasos atrás estaba la fila de arcabuces. A la señal del sargento mayor una tronera se dispersó por el aire y un manto de sangre los cubrió de gloria. Don Francisco recibió siete disparos mortales y un tiro de gracia (Forero, 2011). Tras derrumbarse, y mientras el humo de las armas se elevaba con su alma, un redoble de tambores anunció la llegada de la muerte (Gómez, 1970, p. 1). Finalmente, y de acuerdo con el diario de don José María Caballero, el

sabio fue decapitado. El mensaje era contundente (2010, p. 270). Don Jorge fue fusilado el 6 de julio de 1816 y don Francisco el 29 de octubre siguiente. A los dos los enterraron en la iglesia de la Veracruz: el hijo del marqués en un sarcófago y a don Francisco en una fosa común. Tristemente, la pobreza acompañó al sabio hasta la tumba y allí, doblado y con su sabiduría cercenada, permaneció hasta el 10 de octubre de 1904, cuando de manera fortuita fue hallado y rescatado para recibir el reconocimiento que merecía (Vergara, 1958b, p.140). Don Sinforoso Mutis ya había hecho un adelanto al bautizar dos plantas con sus nombres: la Lozania y la Caldasia (Gutiérrez Ramos, 1995b). Y en sus lápidas hubieran cabido aquellas palabras que escuchó el sabio a una indígena ecuatoriana tras la muerte de su pequeño hijo: “Chaupi punchapi tuta yarca”, que traducidas decían: “En la mitad del día le anocheció” (Posada, 1909, p. 203). Infortunadamente, el sol de estos hombres se eclipsó cerca a los cincuenta años de edad.

Ellos se convirtieron en semillas de un periodismo agropecuario hecho para construir patria e inspirar libertad y progreso, pese a que en las 183 páginas de las 46 ediciones del *Correo Curioso* sólo hubo un 13,11 por ciento de agroinformación; es decir, 24 páginas en ocho números. En el *Semanario* no fue diferente, pues en 1.233 páginas de 116 ediciones únicamente 188, el 15,24 por ciento, contenían este tipo de contenido. Y aunque las cifras parecen nimias, no se puede descartar su incidencia en don Camilo Torres, quien denunció en el *Memorial de Agravios* que España sólo venía a “atesorar riquezas” y llevárselas, refiriéndose al oro y los productos del agro (Citado en Pacheco, 1984, p. 165). Bien lo dijo el finado Carlos Fuentes: “El progreso genera su propio descontento, los excluidos quieren ser incluidos” (2011, Agosto, p. 8). Por eso, fue tan valioso el esfuerzo de estos hombres y sus compañeros en la Expedición Botánica, así como las tertulias, ya que formaron el primer frente mamerto del país, término de origen latino que significa guerrero; de ahí su espíritu de lucha para comunicar, actuar y proponer. Por supuesto, la agroinformación fue una de sus mejores herramientas, al punto que en 1810 don José Ignacio de Pombo planteó la necesidad de editar otro periódico buscando el fomento de la agricultura, el comercio y la industria (Pacheco, 1984, p. 79). Sin embargo, todo terminó opacado por un horizonte bélico cargado de sangre y política, con una campaña en letargo y una realidad que describió don Francisco tras un diálogo doloroso con un viejo agricultor boyacense, quien con su tez colorada y la voz sollozante le dijo:

Yo sí sé que desde que nos engañaron con la libertad que creíamos que íbamos a ser bienaventurados derribando al amo Virrey y a los señores Oidores, no somos sino desgraciados. Setenta años tengo, y mis lágrimas no se habían derramado hasta ahora. Tengo un hijo, el único consuelo de mi vejez, el que cuida de mis cuatro vaquitas, mis ovejas, el que me hacía el mercado en Zipaquirá, el que ponía en orden todo mi pobre rancho, el que me calentaba los pies por la noche, y a éste me lo arrancaron para soldado... (ACCEFYN, 1978, p. 322).

Tras la muerte de don Jorge, Jeimibi terminó entre los harapientos pero valerosos guerreros del ejército libertador. Se enlistó con su verdadero nombre: José de Jesús Sagrario. Era uno más, uno de tantos cuya única posesión se llevaba debajo de las uñas o incrustada entre la piel con el baile profundo de la azada y los cascos lentos del buey. Esa era su patria y ya no existía; se había convertido en otra y en ella se cosechaban muertos. Pero como el periodismo agropecuario no nació para contarlos, sus páginas decidieron guardar silencio, como lo hizo don Francisco al tomar un carbón para despedirse antes de salir al encuentro con la muerte: “Oh larga y negra partida”, escribió en una pared del Rosario usando un simple símbolo: **θ** (Nieto, 2011, p. 87). El sabio murió creyendo que su esfuerzo nunca valió la pena, pues al final la vida misma lo había traicionado. Esa fue su mayor tragedia, pero no la del periodismo colombiano.

### *Tercer capítulo*

## **EL TRÉBOL QUE BAILABA BAJO LA NOCHE HELADA**

“Las operaciones de agricultura, bien ó mal manejadas, deciden de la riqueza ó pobreza de los ciudadanos” (Duhamel citado en el *Eco del Tequenthama*, 1829, 29 de noviembre, p. 67).

### **I**

El primero de mayo de 1832 cayó en domingo; por ende, la mujer se levantó temprano y como lo hacía cada ocho días se vistió de azul. Era su forma de honrar la muerte de Policarpa Salavarrieta, la heroína fusilada por los españoles durante la guerra de independencia. Luego, abrió una ventanita de madera por la que apenas podía asomar la cabeza y vio las nubes aun bajas, vestigio de una noche lluviosa; no obstante, al notar con extrañeza que no se movían, tuvo la sensación de que algo malo ocurriría. También era día de descanso obligado; así lo exigía el gobierno, que castigaba con cincuenta pesos a la persona “irreligiosa i avara” que abriera su negocio o trabajase en día festivo atentando contra la fe y la patria (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 4 de diciembre, p. 44). Pero eso a ella no le importaba, ya que al cruzar la desvencijada puerta de madera de aquella rústica casa un mundo ajeno a la fe y a las leyes esperaba el paso de sus pies anchos y el brillo de sus manos callosas y ajadas. “Á deshpertar mothetash; haii quee ponerosh elegantesh i compueshtash comoo printheshash”, les decía a sus hortalizas, mientras las regaba alegremente y les silbaba cualquier tonada que se le viniera a la cabeza. Ella conocía bien su responsabilidad, pues, como aun sucede, un trabajador del campo no tenía derecho al mínimo de solaz y mucho menos si tenía que cargar a costas el costal de la pobreza y el alma debajo del brazo para feriarla por caminos de soledad y miseria. Por eso, sabía que cualquier descuido le impediría salvar tanto a sus plantas como a sus gallinas enjutas y evitar así su propio desastre, ya que su situación, como la de muchos otros, no era la mejor.

Quienes la conocían la llamaban doña Sagrario, otros le decían la coja y los más abusivos la desportillada. Pero ella les hacía caso omiso, como si nadie existiera a su alrededor, en especial cuando iba hasta la Villa de San Miguel de las Guaduas a trabajar o asistir a la eucaristía en la catedral de San Miguel Arcángel para escuchar el sermón del padre Justiniano Gutiérrez, guía

espiritual de aquel pueblo desde 1809 cuando el destino puso en sus manos la cordura de un lugar que sería clave en la independencia del país (Rubio, 2009). A él todos lo admiraban no sólo por ser el tío del prócer Joaquín Posada Gutiérrez sino por su carácter aguerrido y frentero que lo llevó a ser reo del gobierno español desde el día que se atrevió a decir: “Os afirmo: que la independencia que solicitamos es justa, importante y necesaria; que es más conforme a nuestra santa religión que la dependencia de los reyes” (Citado en Agudelo *et al.*, 2010, p. 158). Sin embargo, Sagrario lo veía con otros ojos y le parecía un ser noble y caritativo y, por ende, el mejor representante de Dios sobre la tierra; además, era su único amigo y el principal motivo de su viaje al pueblo.

El padre Justiniano hablaba con tal pasión que a veces olvidaba hasta parpadear. Pero ella no lo percibía, pues siempre lo escuchaba de rodillas, con los ojos cerrados y dándose golpecitos de pecho. Sagrario tenía motivos para arrepentirse, pero prefería dar gracias al emperador, ya que superaba los cuarenta años y aun seguía con vida, todo un logro para la época y su condición social. También, asistía para orar por el alma de su hijo mayor, a quien había perdido diez años atrás, y por Antonio, su segundo hijo, quien iba por los cinco años y medio de edad. Ella sabía que orando podía enfrentar la angustia de los días impasibles y ayudaba para que no faltara la comida, para que sus siembras dieran algo que sirviera y para apaciguar el terror que le ocasionaban las noches, porque de un tiempo para acá no había vuelto a ver estrellas en el cielo y la oscuridad que la rodeaba le dejaba un eco extraño de voces que la perseguían sin descanso.

Sagrario oraba, y había que hacerlo, porque ya no estaba el Libertador Simón Bolívar para liderar o enredar la patria y con él la Gran Colombia también había muerto; oraba porque el tiempo parecía retroceder, ya que de un día para otro la hermosa tierra emancipada volvía a llamarse Nueva Granada y muchos vivían confundidos y aun llamaban amo al empleador y al terrateniente; Sagrario oraba intentando comprender por qué la opresión y la servidumbre proveían techo y alimento, mientras la libertad significaba hambre; oraba, aunque no entendiera mucho de política, para poder creer en el señalado general Francisco de Paula Santander y en don José Ignacio de Márquez, quienes asumieron el poder tremolando banderas que anunciaban un mejor futuro para un agro que yacía postrado y lastimero como ese perro de mirada triste que exhibe el relieve magro de sus costillas para repudiar su suerte. Sagrario oraba añorando el esplendor de otros tiempos y a veces lloraba desconsolada ante la mirada escrutadora e inocente de su hijo, mientras luchaba, derrumbada sobre la tierra, intentando comprender un mundo sin

respuestas; entonces, llegaban la ira, los cuestionamientos y las imprecaciones contra los que se fueron o nunca estuvieron, y sufría, y la cabeza le pesaba, el escalofrío la hacía palidecer y, sin fuerzas, sólo le quedaban ganas de dormir, quizás de morir. Allí, tirada sobre el suelo, parecía un montón de tierra que se iba llevando lentamente el viento.

Cada vez que se sentía así, Sagrario miraba a su alrededor y descubría que estaba lejos de todo y de todos. En medio de su soledad, el silencio del campo la asustaba y pensaba en Huitaca, la diosa Chibcha de la noche; estaba segura que ese ser con cuerpo de mujer y cara de lechuza andaba por ahí sacudiendo los árboles y regando en sus cultivos cuanto bicho encontraba para atormentarla por sus andanzas pasadas. Por eso, aquel domingo de nubes quietas, no se inmutó al encontrar desfoliadas las albahacas que iba a vender en el mercado del pueblo, como ya le había ocurrido antes con unos tomates rastreros, víctimas del hongo y las hormigas. Esta vez, la culpable era la babosa; ella lo sabía, ya las había visto, lechosas y untuosas, durmiendo bajo la tierra. Esa mañana, comprendió que la desgracia era parte de un hado, un sino del que no podía escapar.

Y es que tras la guerra de independencia la campiña nacional había ido recuperando su semblante silvestre y sólo se salvaban de la furia colonizadora de los grandes y pequeños arvenses aquellos lugares en los que se producía apenas lo necesario para comer o sobrevivir, como lo escribió don José Antonio Cualla, el insigne impresor colonial: “Es notorio que en varios lugares de tierra caliente, la indolencia de sus pobladores, es tal, que teniendo á la mano todos los recursos de la naturaleza, apenas cosechan una porción de frutos vejetales suficientes á sus necesidades” (1831, p.10). Ese hombre, por cuyas manos circularon los genes del periodismo colombiano, caminaba entre sus máquinas, con su rostro amable y su cuerpo menudo enfundado en un chaquetón de grandes bolsillos en los que cabía, como en un “armario” de tela, el país que había visto crecer y derrumbarse a través de montones de letras y papel (Samper, 2004). Por eso, cavilaba y estructuraba en su cabeza chata un texto con el cual pudiese abrirle los ojos a una sociedad totalmente politizada y ajena a la labor agropecuaria.

Sucedió la tarde de un día frío de 1831. Don José Antonio divagaba, anclado en una reflexión que pesaba más que su vieja imprenta. “La agricultura es la madre de la prosperidad pública”, pensó (1831, p. 11). Pero el frío estribillo de sus tripas lo rebatía al recordarle que en Santafé de Bogotá, otrora virreinal y pomposa, había personas que no tenían derecho a un pan por el costo de la harina: “Con dolor nos vemos en la necesidad de confesar que este abastecimiento

pudiéndose sacar de nuestra propia industria, se importa de fuera mientras que los subidos precios causados por los derechos que se pagan en los puertos por este renglón, ponen á las dos terceras partes de la población, en la dura alternativa de privarse de un artículo de primer consumo” (1831, p. 11). Además, el anciano era consciente que el polvillo, enfermedad que había campeado durante tres décadas por las pálidas praderas de la sabana, destruía los cultivos y las rentas de los valientes trigueros debido al pobre empeño que ellos ponían para enfrentar el problema. Parecía que les gustaba vivir así y tampoco nadie se preocupaba por sacarlos del letargo.

Igual sucedía con el tabaco, el producto estrella de la época y de cuyas rentas dependía el estado. Sin embargo, como el estanco sólo recibía la cosecha durante seis meses el resto del año se perdía productivamente, con lo cual se reducía el ingreso del tabacalero y le dejaba como única salida la poco rentable vía del contrabando. “El infeliz cosechero se vé en la dura necesidad de sacrificar su tabaco, á fin de cubrir su primeras necesidades”, pensó don José Antonio, mientras observaba su reflejo en un espejo curtido por el tiempo. Allí, escudriñando sus ojos, llegó a otra reflexión que apuntó con prontitud, tomando como ejemplo la falta de unión del gremio impresor: “El tabaco carece de hombres de propiedad ó á lo menos de respetabilidad y educación. Como lo son otros países, y no pobres jornaleros los que apenas cultivan un pequeño espacio sin recursos, sin arbitrios, viéndose por lo mismo obligados á dar con frecuencia sus cosechas para pagarés, en lugar de dinero” (1831, p. 15). El viejo impresor pensaba en las casi veinte mil arrobas que se producían anualmente frente al millón que requería la Gran Bretaña. Se le hacía agua la boca: “!!! Cuan vasto campo para nuestra industria !!! y hoy dia cuan desierto, cuan descuidado, cuan dejado en el estado mas completo de abandono”, escribió (1831, p. 17). Su cara, aun en el espejo, lo asustaba. El hombre que veía allí se parecía a los que había visto deambulando por las calles bogotanas sin ilusiones, sin oportunidades, casi sin vida.

Cuando don José Antonio decidió sentarse miró sus manos y detalló una hilacha colgando de la manga de su chaquetón. La arrancó con cuidado, mientras maldecía la mala calidad de la manufactura criolla. Entonces, pensó en la situación del algodón, al que le iba peor que al tabaco y al trigo, pues carecía de grandes productores y se cultivaba muy poco, ya que el gremio había perdido credibilidad porque en algunas regiones, como en Girón, lo despepaban mal para hacerle aumentar el peso y cobrar más. “¡¡¡Fuyerosh!!!”, dice en voz alta, sacudiendo la hilacha, antes de escribir otra idea: “Su calidad no es de la mejor, debido principalmente al poco cuidado con que

se despepita, siendo su precio de tal naturaleza, que el exportador se vé casi siempre perjudicado por aquellos negociantes que lo han comprado en otros países á mejor precio y de superior calidad” (1831, p. 20). Eso lo llevó a imaginar los campos algodoneros del país usando las novísimas máquinas estadounidenses que limpiaban el algodón automáticamente, en menor tiempo y con mejor eficacia que el producido manualmente.

Allí, sentado en un butaca, buscando cómo contar sus ideas, si acaso en un periódico o mejor en un librito, se acordó de don José Celestino Mutis y del olvido en que había caído la quina, por la cual el fallecido botánico había luchado tanto: “Yo sé que léjos de ser este el motivo la mezcla de la buena cantidad con la mala, fue la que la hizo despreciar en los mercados extranjeros” (1831, p. 24). Igual sucedía con el azúcar, ya que el atraso industrial en el proceso de trapiche la hacía inviable frente a los recursos y calidad del producto habanero, jamaquino o estadounidense; por eso, anotó: “El actual método de sacar el azúcar, es tan malo y tan ineficaz, que no dudo que el primero que llegara á establecer un molino bajo estos principios, no solamente se enriquecería, sino que le haría un bien al país” (1831, p. 25). También pasaban por un mal momento el añil, la cochinilla, la vainilla y hasta el cacao, que casi ni se producía, puesto que requería sombrero y riego constante y, además, era un fruto de carácter tardío que tendía a perderse por su difícil relación con ciertos climas. Por todo eso, para don José Antonio lo único que se salvaba era la producción pecuaria, pues veía en ella una oportunidad tanto para el consumo interno como para exportar, principalmente en el ramo de los cueros.

Es claro que el panorama del agro colombiano no era muy alentador por aquellos días. Uno que pensaba igual era el vice presidente de la república, don José Ignacio de Márquez, quien veía la urgencia de disminuir la capacidad del ejército y liberar la gran cantidad de brazos ociosos que había en él para regresarlos al campo; además, se decía en voz baja que deseaba recuperar los terrenos que disfrutaba la iglesia y eliminar los días festivos para fomentar la agricultura y el comercio (Arboleda, 1933, p. 135). “La falta de un buen tabaco es demasiado notoria aun en esta capital, donde apenas se encuentra un buen cigarro”, apuntó el impresor tras encender un puro (1831, p. 15). Le da una chupada y suelta una bocanada de humo que sale a remolinos como un alma que se niega a abandonar el cuerpo; entonces, con pluma en mano, escribe que es necesario capacitar al trabajador del agro: “Se podría lograr este fin mientras que al mismo tiempo se conseguirían los conocimientos necesarios para el cultivo de la planta un gran número de brazos, que hoy día no están acostumbrados á esta industria, y que necesitan siquiera un corto tiempo

para que se instruyan en ella” (1831, p. 33). Todo este análisis se convirtió en un libro titulado *Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada*, publicado en un tiempo en el que pululaban periódicos de vida fugaz junto a cartillas en las que se exaltaban los valores republicanos y en las que “civilizar las costumbres de la población colombiana se constituyó en el objetivo fundamental de los escritores sin ninguna clase de distingos políticos” (Alarcón, 2005, p. 192). Por lo tanto, desde allí se perpetraba la idea de que la patria se construía en la escuela, aludiendo a la ilustración como detonante de la libertad. Por eso, el llamado de don José Antonio era válido, pues ningún ideal tenía sentido si una parte de la población seguía en la pobreza o en el olvido.

Y es que la educación no era para todos, pues quedaba por fuera gran parte de una población que de acuerdo con la Constitución de 1832 tampoco tenía derecho al sufragio; es decir, resultaba inferior al ciudadano común (Arboleda, 1933, p. 126). Esas personas eran los trabajadores rurales, vistos como sirvientes, quienes parecían no existir para una sociedad que no veía más allá de su cotidianidad y que vivía lo que Daniel Samper Pizano llama “el país irreal de centro comercial” (2012, 22 de enero, p. 7). Tristemente los ciudadanos acusan todavía una infame mezquindad por el terruño del que proceden y que es su seno, sordidez que en ciertos estratos es tan atrevida que pareciera que su única patria es aquella que cabe entre sus manos; en otras palabras, una irrealidad de *smartphone*. Esa tara cultural es atávica y ya llevaba una larga raíz cuando la Bogotá colonial era apenas una urbe con vestido provincial y donde tenía bastante asiento la agricultura urbana. Visitantes europeos como el sueco Carl August Gosselman, que parecía ser feliz anclando su mirada en las calles como una paloma rola, afirmaba que desde los balcones capitalinos se ofrecía “la verdadera Colombia” (Iriarte, 1999, p. 94). ¿Y dónde quedaba el resto? Pues esa concepción ejemplariza el pensamiento de muchos habitantes del país de principios del siglo XIX quienes, parafraseando a Samper, vivían una irrealidad de balcón, ya que sólo parecía existir lo que se pudiese contemplar desde allí. Por ende, el balcón los privilegiaba y distanciaba de los rústicos y salvajes.

Y aunque los trabajadores agropecuarios eran el cero a la izquierda, Luis Alfonso Alarcón anota que la prensa republicana y los espacios festivos cumplieron un papel importante como sustrato para alimentar e impulsar el discurso patriótico en los pueblos (2005, p. 177). Esa situación sirvió para sacar de la marginalidad a la comunidad campesina, que comenzó a ser visibilizada como objeto y sujeto de información, pues la hipocresía política pedía tenerlos como

aliados ante los fantasmas de una segunda reconquista española y frente al desencanto que muchos sentían del nuevo sistema de gobierno; por lo tanto, era importante mostrarles que ellos también estaban presentes en la bandera de la libertad. Por eso, los periódicos fueron usados como elementos de inclusión, donde el periodismo agropecuario jugó un papel importante como carnada, pues su contenido era ofrecido como el camino a la riqueza; no obstante, llevaba entre líneas un mensaje para que los terratenientes activaran sus terrenos en favor de la economía nacional, ya que, al fin y al cabo, ellos eran los dueños tanto del agro como de la población; además, cada texto acompañaba otro tipo de información que resultaba ser un remedo de cartilla política.

En esa conjunción de riqueza, ilustración y poder apareció un boyacense que creía en el intelecto y el arado como parte de una misma fuerza, que veía en los manuales y la prensa una salida a los problemas del país, que hizo un poco de lo uno y mucho de lo otro y, quizás, todo al mismo tiempo. Ese hombre fue gobernador de Cundinamarca, entonces provincia de Bogotá, entre 1831 y 1835; algunos de sus más cercanos le decían “Cuervito”, otros, “amigo Rufino”, y la gran mayoría lo llamaban “don Rufino”, el espléndido abogado que por apellidos tenía los de Cuervo Barreto y quien llegó a “plantear la necesidad de una educación para el mundo rural y otra para el mundo urbano, una enseñanza para las mujeres y otra para los hombres, de acuerdo con el rol y desempeño social de los sujetos”, (Alarcón, 2005, p. 194). Él pensaba que al especializar la educación se aprovechaba lo mejor de cada quien en beneficio de la nación; por eso, educó con sus *Breves nociones de urbanidad, extractadas de varios autores y dispuestas en forma de catecismo, para la enseñanza de las señoritas de la Nueva Granada*; también lo hizo con los *Preceptos útiles sobre la conservación de la salud y la asistencia de los enfermos*, donde profirió consejos bien vistos por la incipiente ciencia de la época, pero lejanos de la verdad a las luces de hogaño, como cuando escribió: “Los vegetales herbáceos son poco nutritivos. Las frutas lo son menos todavía; se debe abstenerse de ellas cuando no se estuvieren bien maduras” (1833, p. 2). Igualmente, y motivado por sus ideales cívicos, don Rufino decidió crear un vínculo especial con el periodismo, ya que le permitía formar algo más valioso: ciudadanos para su patria y patria para sus ciudadanos.

Uno de esos periódicos, dimanado de la conciencia social que empujaba los actos de don Rufino, era el principal motivo por el cual Sagrario solía llegar tan puntual a la misa del domingo. Por eso, también era la primera en salir y casi siempre se marchaba sin la bendición del

padre Justiniano sólo para tener el mejor sitio en la plaza frente a la iglesia, donde se acomodaba, emocionada y ansiosa, para cumplir con la orden de don Rufino, decretada el 24 de diciembre de 1831, que exigía se leyera el periódico oficial después de la eucaristía dominical, y con carácter obligatorio, a todos los habitantes de los pueblos de la región (*Constitucional de Cundinamarca*, 1832, 1º de enero, p. 57). Ese impreso se llamaba *El Cultivador Cundinamarqués; o Periódico de la industria agrícola i de la economía doméstica* y se caracterizó por ser el primer periódico totalmente agropecuario en Colombia y por tener un perfil pedagógico; además, a través de él don Rufino rescató el legado de los primos Lozano y del sabio Caldas, gracias a una perseverancia que le permite ser exaltado como uno de los padres del periodismo agropecuario del país, pese a que a diferencia de ellos no era un hombre de campo, ni tenía interés en las ciencias ni en el comercio; por el contrario, fue jurista, político y, ante todo, un servidor público.

Don Rufino nació bajo el manto frío de Tibirita, en el departamento de Boyacá, el 28 de julio de 1801 y murió en Bogotá a las tres de la tarde del 21 de noviembre de 1853. Era hijo de don José Antonio Cuervo, un comerciante de poca fortuna, pero fue criado por don Nicolás Cuervo, un tío sacerdote que lo empujó a una vida exitosa que la historia apenas ligó al hecho de haber sido el padre de Rufino José Cuervo, el gran filólogo y gramático, considerado uno de los cinco colombianos de todos los tiempos (Santos, 2006, p. 10). Aquel fue el último de sus siete hijos junto a doña María Francisca Urisarri Tordesillas, de los cuales sólo cuatro llegaron a la vida adulta. Ellos definían a su padre como carismático, buen conversador y elegante, “de estatura elevada, porte desembarazado, facciones noblemente delineadas, ojos vivos, semblante animado y expresivo, ademanes graciosos y elegantes, metal de voz gratísimo, maneras finas sin la más leve afectación” (Cuervo y Cuervo, 1892d). No obstante, su principal legado, aparte de la calvicie, fue el amor al trabajo. “No conozco vagamundo más ocupado que tú”, le dijo don Juan de Dios de Aranzazu en 1826 (Cuervo, 1918, p. 14). Ese semblante de hombre intensamente productivo fue el que moldeó con pasión y disciplina en sus hijos, al punto que los llevó a ser los primeros cerveceros del país en 1868 cuando crearon la famosa cerveza Cuervo.

Precisamente, Ángel y su hermano Rufino José recuerdan que cuando eran niños él los halló cavando en una de las habitaciones de la casa buscando un supuesto cofre que había dejado allí un tío lejano. Ese día, con un beso en la frente, les dijo: “Higjosh míosh, eshti hoyo she va cegar inmediatamenti. Ushtedesh no deben bushcar másh teshoro que shu propiu trabagjo”. (Cuervo y Cuervo, 2012, p. 5). Paradójicamente, ese lugar se convirtió en el almacén donde forjaron una

fortuna como cerveceros que luego les permitió residir en Europa. “Cuando prosperó el negocio recordamos las palabras de nuestro padre y vimos el premio que nos daba la providencia por haber seguido su consejo” (Cuervo y cuervo, 2012, p. 5). Y es que gracias a esa cualidad muchos acudían a él en busca de apoyo. “Tu generosidad, querido Rufino, no tiene límites. Haces los beneficios y los reconoces como recibidos de la misma persona favorecida”, le dijo alguna vez don Rafael Álvarez, uno de sus más cercanos (Cuervo, 1918, p. 29). Incluso, el buen “Cuervito” era amigo hasta de sus enemigos, como evidencia lo que ocurrió poco después de la sublevación del general José María Obando contra la autoridad del Libertador Simón Bolívar tras cercar y atemorizar con su tropa a las poblaciones de Pasto y Popayán.

Resulta que don Rufino leyó con ánimo exaltado una carta fechada el 5 de mayo de 1829 donde Obando le contaba que al reconciliarse con el general Tomás Cipriano de Mosquera, amigo de años y de mutua hipocresía, este le dijo, entre reflexiones y golpes de pecho, que don Rufino era un traidor: “Cuervo es un agente mío. Tú estabas confiado ciegamente de él, y el te vendía conmigo diariamente”. Y, además, lo acusó de usar el periodismo para lastimarlo: “Ese señor, fuente de discordias, me aseguró que el autor de todos los artículos de *La Gaceta* que salían contra mí eran de usted” (Cuervo, 1918, p. 141). Por eso, el general Obando le dijo a don Rufino que no confiaba en Mosquera: “Ese *caballero* es el hombre más doble, el amigo más falso, el hipócrita más refinado y la fiera mas astuta que el gato, más disimulada y escondida que el tigre, y más venenosa que la víbora” (Cuervo, 1918, p. 141). Estas palabras, cargadas de inquina, pudieron haber motivado a don Rufino a entrar en el juego y usar el poder de la prensa para desquitarse, como solía hacerse por esos días; sin embargo, prefirió guardar compostura y prudencia, y, como buen católico que era, perdonó la imprudencia y siguió siendo amigo de Mosquera llegando, incluso, a ser su vicepresidente entre 1845 y 1849.

Enrique Santos Molano cataloga políticamente a don Rufino como uno de los Retrógrados, corriente opuesta a los Progresistas, ya que él hizo parte del grupo que participó en la fundación del Partido Conservador y, además, poseía esclavos en su hacienda, lo cual era característico de este grupo (2006, p. 21). El general Tomás Cipriano de Mosquera cuenta que esas definiciones nacieron alrededor de 1834 en medio de las charlas entre diputados, que era el nombre con el que se denominaba a los congresistas de la época, cuando los diputados Progresistas, opositores al gobierno del presidente Francisco de Paula Santander, apodaron a los diputados oficialistas como Retrógrados por rebatir todas sus iniciativas (Melo, 2004). Sin embargo, en 1837, cuando los

Progresistas ascendieron con la elección de don José Ignacio de Márquez se invirtieron los papeles y los santanderistas los comenzaron a llamar Retrógrados o Ministeriales, por su cercanía a la iglesia católica, y así se quedaron hasta 1849 cuando los liberales o rojos volvieron al poder. Entonces, adoptaron el nombre de conservadores.

Por su parte, don Rufino demostraba con sus actos y palabras que tenía un poco de Retrógrado y otro tanto de Progresista. Y es que en esencia las dos corrientes eran liberales, pero disentían en el manejo de la economía y la forma de gobierno, pues mientras los Retrógrados apoyaban el librecambio, el centralismo y el poder civil, los Progresistas iban por el proteccionismo, el federalismo y la injerencia de los militares en la política interna (Santos, 2006, p. 20). Y había algo que los dividía aun más: la religión. Dice don Venancio Ortiz que los Retrógrados eran ministeriales porque tenían como objetivo “colocar la Religión como base del edificio de la República” y que los Progresistas “miraban la Religión como un estorbo para los progresos de la inteligencia i como punto de apoyo del despotismo, i querían un gobierno que no pudiese entorpecer de modo alguno la libertad individual”; además, anota que los hombres de la franja roja tenían menor credibilidad debido a la ignorancia del pueblo: “Esa multitud poco comprendía de política, i sí tenía respeto i amor por sus creencias religiosas, cuya conservación le ofrecían los retrógrados” (1855, pp. 4 y 5). No obstante, el general Mosquera dijo alguna vez que don Rufino era “un verdadero liberal” (Melo, 2004b); y para comprobarlo basta ver su copiosa correspondencia con el general Francisco de Paula Santander, donde hablaban como si compartieran desde siempre el mismo ideario político:

Mi amigo, si la cosa prosigue como ha empezado, podremos tener paz y libertad – le escribió Santander –; Colombia aparecerá nuevamente con todo su poder, y el General Bolívar disipará las sombras que han rodeado su reputación. Entonces diremos que hemos triunfado los constitucionales, que hemos vencido a los perversos que quisieron corromper el corazón del Libertador, y que él ha tenido bastante heroicidad para rendirse a los votos de los libres, despreciando los consejos de las almas abyectas (Cuervo, 1918, p. 65).

Don Rufino siempre mostró un interés decidido por defender los derechos, la libertad y la igualdad, y propendía por un comercio activo y un desarrollo social, urbano y educativo; así lo hizo en los seis periódicos que fundó, uno que dirigió y dos en los que colaboró. *El Cultivador Cundinamarqués; ó Periódico de la industria y la economía doméstica* es ejemplo de ello, como

lo fue su lucha, pese a ser proclive a la iglesia, para modificar el diezmo agropecuario y firmar, siendo ministro de hacienda, el decreto del 14 de marzo de 1842 mediante el cual eximía de este impuesto por diez años a los criadores de ovejas merinas para aumentar los rebaños y la esquilma y fortalecer así al sector manufacturero (Cuervo, 1843b, p. II). Ese tipo de decisiones no eran fáciles para un liberal *Retrógrado* como don Rufino, pero él sabía que eran necesarias; además, esa situación ya había llevado a los trigueros de la sabana de Bogotá a circular por las calles de la capital, el 9 de febrero de 1833, un documento anónimo titulado *Invitación a los agricultores* en el que contaban que sus familias vivían en la indigencia y el público carecía de un alimento básico como el pan (1833, p. 1); de ahí su lamento: “¡Triste esperanza para el desgraciado padre á quien acompañan en el trabajo una multitud de hijos, que han de ser herederos únicamente de su miseria!” (1833, p. 3). Igualmente, denunciaban que el diezmo, la primicia y otros cargos eclesiales les quitaban anualmente casi la mitad de lo poco que ganaban; incluso, cuando las cosechas no eran buenas o se perdían totalmente.

Entonces, no era fácil encasillar el pensamiento de un hombre al que no le gustaba que lo rotularan y por lo cual fue blanco de señalamientos: “Se ha dicho aquí que tú no tomas parte en los negocios políticos y que aparentas indiferencia a la causa de los libres”, le escribió don Juan de Dios Aranzazu desde Antioquia el 15 de febrero de 1828 (Cuervo, 1918, p. 85). Lo único cierto es que don Rufino quería servir a la nación, aunque con ello tuviera que refutar sus propios ideales, como lo hizo en septiembre de 1834 cuando se convirtió en el primer colombiano en proponer la creación de un banco provincial, iniciativa que fue criticada por *El Pensador Granadino* aduciendo que era “una fantasía superior a los recursos del país y fraguada en cerebros enfermizos” (citado en Santos, 2006, p. 32). Incluso, hasta en lo privado don Rufino unas veces era conservador y otras, tan liberal que motivaba a sus hijos a romper las barreras de clase siendo maestros de sus propios criados, quienes “en sus horas de descanso aprendían a leer, o a escribir y contar” (Cuervo citado en Santos, 2006, p. 46). Además, educaba a sus hijos en casa, empujándolos a disfrutar del conocimiento autodidacta y generando en ellos inquietudes que luego respondía él mismo o alguno de los tutores que contrataba para que les diera un panorama diferente a la realidad que proponían el San Bartolomé o el Rosario.

Hay que decir que don Rufino promovía con ahínco la educación, misión que celebró con grandilocuencia el 31 de mayo de 1832 cuando fundó el Colegio de la Merced para señoritas, la obra de sus esfuerzos, según dijo (1843, p. 9). También disfrutó ser uno de los creadores de la

Universidad Central, futura Universidad Nacional de Colombia, de la que llegó a ser rector el 6 de junio de 1837 y, además, gozo siendo gobernador al impulsar la educación primaria, luego de descubrir horrorizado en 1831 que Cundinamarca tenía apenas veintitrés escuelas, dos de ellas en Bogotá, con un total de ochenta y cuatro estudiantes; un año después, contra todo pronóstico, ya tenía funcionando sesentaidós instituciones donde recibían formación 1.997 niños (Cuervo y Cuervo, 1892b). Por eso, la educación era una pasión que a veces lo hacía hablar duro: “Los falsos apóstoles de la civilización que han desorganizado y anarquizado las enseñanzas profesionales, han entregado a la ignorancia las escuelas primarias, reducidas hoy a esqueletos, y han minado locamente las condiciones de existencia de la sociedad civil” (Citado en Alarcón, 2005, p. 193). Así, don Rufino quería revertir el dicho europeo según el cual en Colombia se leía mucho pero se pensaba poco.

Don Rufino tenía sangre gallega heredada de su abuelo, don Isidro Cuervo, Teniente General de Madrid, “el puesto más próximo al Rey en la Villa de Oso y Madroño” (Cuervo, 1918, p. V). También tenía raíz materna portuguesa; sin embargo, su mayor influencia ancestral venía del lado religioso que cimentaba todos sus ideales. “Solamente Dios es la suma felicidad y el sumo bien”, escribió cuando apenas iba a cumplir los veinte años (ca. 1821, s. p.); con ello, hacía gala de una tradición familiar en la que se destacaban varios de sus tíos: Fray Agustín Camacho y Rojas, como arzobispo de Santafé en 1770, y don Nicolás Cuervo, quien llegó a ser rector del San Bartolomé, gobernador del arzobispado, senador de la república y uno de los firmantes del acta de independencia de 1810 junto a uno de los hermanos de don Rufino. También fueron sacerdotes misioneros don José Romualdo Cuervo, don Pedro Cuervo de la Trinidad y fray Mateo Miguel Cuervo.

Tal influencia fue fundamental para templar el carácter que desarrolló en el Colegio San Bartolomé, donde don Rufino se graduó de bachiller en artes en 1817, distinguido por “sus grandes talentos” (Cuervo y Cuervo, 1892c). También lo ayudó cuando se pasó al otro bando y se matriculó en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, hecho que era tan grave como acostarse hinchado de Millonarios y levantarse del Santafé. Sin embargo, don Rufino evitó atormentarse y con esfuerzo y disciplina logró obtener en 1821 el título de doctor en derecho civil y canónico, al que sumó el de abogado el 29 de agosto de 1823, haciendo parte de lo que denominaban como “la aristocracia del talento” (Cuervo y Cuervo, 1892c). Y es que en aquella Bogotá el conocimiento era el deporte cotidiano y se tenía mayor distinción por lo que se sabía

que por lo que se tenía. De ahí el valor de los duelos entre los dos colegios, en los que los rosarinos solían decir chorizos a los bartolinos por un apéndice que tenían en la beca roja y estos llamaban piojos a sus rivales por la beca blanca que llevaban sobre una túnica negra (Restrepo, 2007, p. 13). Quizás, esto se puede considerar como el primer clásico capitalino, ya fuera en la sede de los colegios o en alguna casa, donde el bullicio alegre de las barras bravas, conformadas por filósofos, abogados y literatos, hacían del almíbar de la ilustración todo un espectáculo.

Rojas Pontón afirma que don Rufino también era masón y que pertenecía a la Logia Fraternidad Bogotana N° 1 que lideraba don Francisco de Paula Santander, donde pudo haber conocido al prócer (Citado en Rodríguez-Arenas, 2007, p. 219). Sin embargo, nada destacaba más en él que su fervor por la academia, por lo cual pasó rápidamente de ser estudiante a profesor rosarino, trabajando sin sueldo como catedrático de lengua latina y de ética; para esta última, redactó un celebrado manuscrito de setentaicuatro páginas, con una letra fina y tan inclinada a la diestra que casi parecía empujar las letras a recostarse sobre el renglón, lo que indica que don Rufino era un hombre con ideas de derecha que eran escritas con la izquierda. Aquel texto, que usó durante tres años, era consecuente con su ideología y versaba sobre los derechos y la moral, tal como lo plasmó en el artículo 37 del capítulo primero: “Los deberes del hombre para con su alma se reducen a perfeccionar sus facultades y dirigir las á su verdadero fin. El debe cultivar su entendimiento con los conocimientos mas utiles, mas sanos y mas necesarios para la vida humana” (ca. 1821, s. p.). Infortunadamente, su gusto por la escritura y la literatura francesa nunca se reflejó en su vida como bardo, cuyos versos acabaron el día que don Miguel Tobar escuchó uno de sus poemas: “Esho esh tuyo, y eshtá muy malo”, le dijo (Cuervo y Cuervo, 1892c). Entonces, ya no le creyó a la soledad que lo inspiraba en su casa de la calle de la carrera y se alejó para siempre de la poesía.

Unos años después, cuando se casó, cambió la melancolía onírica por proyectos más aterrizados; el primero de ellos fue comprar la casa que perteneció a sus suegros y que quedaba en el barrio de la Catedral sobre la calle de la esperanza, que hoy día es la calle décima entre carreras 4ª y 5ª. La casa era de paredes blancas, con un amplios balcones de color verde oscuro y se caracterizaba por tener una incansable fuente en el patio central, cuyo borboritar era el saludo de bienvenida para quienes cruzaban el umbral de la entrada principal. Santos Molano menciona que también existía un patio trasero con una huerta en la que crecía un árbol de brevo (2006, p. 46). Esa planta acogió a los niños Cuervo las veces que se reunieron con sus amigos para jugar y

les acolitó las borracheras con vino, siendo adultos, desplegando amorosa y eternamente sus ramas sobre ellos, como el padre que se dispone a abrazar a sus hijos sin señalamientos o imposiciones. Allí, con sus hojas anchas, el árbol teñía los ojos de la familia dejando una huella de grises y verdes claros que desnudaban un rastro de cierta nostalgia cuando sus hojas, imaginando un otoño que nunca conocieron, caían al suelo y se curvaban como si quisieran arruncharse para calentarse unas contra otras en un sueño sin fin. Era un árbol amado y todo el año había fruto en él. Esa capacidad productiva en una planta que parecía estar allí desde siempre, en un lugar tan ajeno al agro, se erigía como símbolo de esa prosperidad que anhelaba don Rufino para sí mismo, su familia y su patria.

Además, la bonanza tenía que verse y disfrutarse en placeres suntuosos como, por ejemplo, los zapatos ingleses que tanto gustaban y caracterizaban a don Rufino (Cuervo, 1918, p. 28). No obstante, sus más cercanos decían que su mayor distintivo era el espíritu madrugador que lo acompañaba, ya que a la seis de la mañana empezaba y no se detenía hasta las nueve de la noche (Cuervo y Cuervo, 1892d). Pese a esto, don Ulpiano González lo describía como un “hombre de novedades y enemigo de toda rutina”, que se destacaba por una bonhomía sustentada “a la parisiense”; es decir, apelando al uso constante de halagos, manía que nunca desdecía de su don de gentes:

Sencillo y franco, atento, obsequioso y cumplido es un cortesano con las damas, un filósofo con los moralistas, un diplomático con los hombres de Estado; se expresa con primor en las tertulias y escribe con pureza la lengua castellana. Al ver su cara oval con sus ojazos negros y con aquella sonrisa que le es propia, reconoce uno al hombre de mundo, sensible a los placeres y sensible a la gloria, tan previsor como inteligente y tan filósofo como político (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 43).

Todas esas cualidades le permitieron codearse desde joven con las más altas esferas de la política nacional. “Estoy muy convencido de la amistad de usted, y créame que la estimo infinito”, le escribió el general Santander el 8 de julio de 1827, pues lo consideraba “su amigo muy amado” (Cuervo, 1918, p. 53). Igualmente, tenía una gran cercanía a don Joaquín Mosquera, quien fue presidente de la república, y a su hermano, el sacerdote Manuel José, padrino de su fallecido hijo mayor. También era compadre de don Lino de Pombo y tenía una estrecha amistad con el expresidente José Ignacio de Márquez, quien era su primo e inseparable

compañero de lucha en la arena política. Esa cercana relación con personas y asuntos del Estado empezó cuando apenas rondaba los veintidós años de edad tras ser nombrado regidor del cabildo de Bogotá y fiscal de la comisión de repartición de bienes; un año después, en 1824, se le designó padre general de menores y jefe político del Cantón de Bogotá, labor en la que dejó ver sus cualidades políticas y administrativas. Allí, en volandas, su imagen tomó cierta relevancia dentro de los círculos legales, por lo cual, un año después, terminó siendo ministro - juez de la Corte Superior de Justicia de Cundinamarca y fiscal de la Alta Corte; además, asumió como director general de estudios del departamento. Fue, a todas luces, un ascenso avasallante.

No obstante, en 1826 el destino de don Rufino cambió radicalmente al contraer matrimonio y ser enviado a la ciudad de Popayán, “la mansión de la honradez”, como la llamaba don Joaquín Mosquera, para ser fiscal de la Corte Superior del Cauca (Cuervo, 1918, p. 33). Fue allí donde don él y el agro hicieron comunión real tras descubrir un mundo donde se sentía tan a gusto que alguna vez le entró el arrebato de comprar una hacienda y radicarse en esa tierra para siempre (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 17). Además, sus hijos recuerdan que el amor por aquella ciudad era tan grande que se quería quedar, incluso, después del tremendo susto que vivió durante los pocos segundos que duró el terremoto del 16 de noviembre de 1827 y de la cruel imagen que le quedó de aquel suceso: “Llegaban a las alturas señoras delicadas con las ropas hechas jirones y los pies chorreando sangre, hijos cargados de sus ancianas madres, mujeres con tres o cuatro niños a cuestas y en brazos o llevando lo primero que al huir hallaron a la mano, y todos en fin con el espanto retratado en los semblantes”. Sin embargo, lo que más lo impactó fue esa sensación de pérdida al ver que la creciente endiablada del río Cauca se llevaba una cabaña “como si fuera una débil paja” y al notar “a la flor del agua las cabezas de los caballos y ganados que hacen infinitos esfuerzos por no ahogarse” (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 18). Tanto arrasó el Cauca que don Rufino llegó a pensar que por ahí se estaba yendo toda la nación.

La corta etapa payanesa acabó en 1828 cuando su amor ciego por la ley lo trajo de regreso a la capital para ser juez de la Sala de lo Civil de la Corte de Apelaciones del Centro (*Papel Periódico Ilustrado*, 1885, 20 de febrero, p. 202). Sin embargo, su correría por la corte finalizó muy pronto, pues el destino lo tenía para labores que a decir de sus hijos eran de su mayor “repugnancia” por los sinsabores que dejaba (Cuervo y Cuervo, 1892). Don Rufino fue designado gobernador encargado del departamento de Cundinamarca desde el 5 octubre de 1831

por el también presidente encargado, don Domingo Caycedo, quien reemplazaba a don Joaquín Mosquera, sucesor del Libertador desde el 13 de junio de 1830, y derrocado a los cuatro meses de gobierno por el general Rafael Urdaneta, quien tomó el poder en calidad de dictador hasta mayo de 1831 cuando se lo retornó a Mosquera. Sin embargo, el presidente estaba exiliado en Estados Unidos y se negó regresar a pesar de las súplicas hechas desde la capital, porque el tiempo que se demoraba en volver al país era el mismo que le faltaba para cumplir su periodo de gobierno (*Gaceta de Colombia*, 1831, 12 de junio, p. 1). Por eso, dejó todo en manos del vicepresidente Caycedo. Tres meses después, al disolverse la Gran Colombia, el departamento de Cundinamarca se convirtió en Provincia de Bogotá y don Rufino fue nombrado gobernador en propiedad, labor que cumplió hasta el 6 de febrero de 1835.

Posteriormente, fue diplomático, ministro de hacienda, vicepresidente de la república y presidente encargado dos veces: la primera de ellas entre el 14 de agosto y el 14 de diciembre de 1847 (Velázquez, 2012). Poco después, el 7 de marzo de 1849, perdió las elecciones presidenciales frente al general José Hilario López en una votación marcada por maniobras corruptas y amenazas de muerte. Aquel día, el proceso se desarrolló en el convento de Santo Domingo, donde hoy queda el edificio Murillo Toro; allí, don Rufino guardó siete horas de prudente silencio frente a la algarabía amenazante de los rojos adentro y afuera del lugar. Se realizaron dos conteos; uno con empate y otro con victoria de don Rufino, lo que exacerbó los ánimos y calentó el metal de los cuchillos, que andaban como viento de un lado para otro dentro del recinto sin que nadie los viera. Entonces, hubo una tercera ronda, cuyo resultado se sabía desde antes de la votación; así lo denunció don Juan Antonio Pardo ante el grito de los Progresistas para silenciarlo: “Algunos diputados acaban de decirme que la fuerza les obligó hace poco a cambiar sus votos; otros vienen a anunciarme que alterarán los suyos, contrariando su conciencia y el deber que los pueblos les impusieron al enviarlos a este recinto; que no teniendo vocación para el martirio, la nación no tiene derecho para exigirles un sacrificio inútil y evidente” (Cuervo y Cuervo citados en Santos, p. 27). Al final, y pese al resultado sub iúdice, don Rufino halló paz y la arena popular logró el ascenso liberal al poder luego de doce años.

Y aunque don Rufino no alcanzó el sitio político que merecía, muchos de sus actos y decisiones contribuyeron a determinar el devenir de un país concebido durante veinte años, gestado en otros diez y parido en dos décadas más; demasiado dolor y espera para un territorio que aun vive bajo las cicatrices cargadas de podredumbre y sangre que dejó aquella infancia y

que castigó hasta la saciedad a una sociedad espuria cuya adolescencia rebelde todavía se niega a terminar. Uno de esos aportes fue su pasión por el periodismo, labor que le costó algunos amigos, le endosó varios enemigos y complicó los problemas hepáticos que le empezaron antes de cumplir los treinta años de vida y que, a la postre, dos décadas después, lo llevaron a la muerte.

“Te recuerdo que me has empeñado tu palabra de no ser más escritor público; tú sabes por experiencia los disgustos que proporciona una tal profesión, y sin que se entienda que te aconsejo el egoísmo, te hago presente que tienes una familia y multitud de amigos que ansían por verte en ésta, procurando tu dicha y no una fama que con dificultad se logra”, le escribió el 1° de marzo de 1827 su amigo y colega, don Joaquín José Gori y Álvarez de Castro, vicepresidente de la república entre 1843 y 1845 (Cuervo, 1918, p. 30). Y es que una de las características del albor republicano fue la transformación de los rígidos fusiles en armas endebles de papel, donde las letras eran balas que a veces resultaban más certeras y letales que el plomo. Entonces, todo el mundo disparaba y se atrincheraba detrás de un periódico, situación que se puede resumir en una frase del general Obando: “En política más se siente una plumada que una estocada” (Cuervo, 1918, p. 140). Sin embargo, y a pesar de la guerra intelectual, don Rufino no podía dejar de escribir; algunos de sus más cercanos decían que no la hacía por tozudez sino porque era un optimista por “naturaleza y por convicción” (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 33). Él creía fielmente en lo que dictaba su pensamiento. Y así, a punta de fe, fundó periódicos trascendentales como *La Miscelanea*, *La Bandera Tricolor*, el *Eco del Tequenthama*, *El Constitucional del Cauca*, *El Constitucional* (Primer periódico colombiano en español e inglés), y *El Cultivador Cundinamarqués*. Ese mismo ánimo lo aplicó siendo cofundador y director del *Constitucional de Cundinamarca* y como redactor del *Argos* y *El Catolicismo*.

Entre todos esos impresos, *El Cultivador Cundinamarqués* se destacó por ser novedoso y por haber nacido en un momento coyuntural tanto en la historia política del país como en la vida de don Rufino. Era “la época de las pasiones”, como la llamó don Manuel José Mosquera (Cuervo, 1918, p. 202). Fue una segunda patria boba que convirtió a don Rufino en testigo de una violencia absurda que lo dejó asqueado y profundamente desencantado de su patria, mientras descansaba con su familia en una hacienda que había adquirido recientemente llamada El Boyero. Un día de agosto de 1830 se enteró de los asesinatos políticos y las quemaduras que venían ocurriendo en la zona y sin pensarlo dos veces partió hacia Bogotá. Mientras huía, sintió un

temor indescriptible al mirar los ojos inocentes de su pequeño Luis María luego de hallar en el camino los restos de los soldados campesinos que habían sido masacrados el 27 de agosto de 1830 a manos de sus similares, los famosos *Rebeldes del Santuario*, cuando las tropas probolivistas del batallón del Callao pretendían tomar la capital y reinstalar en el poder al Libertador que iba rumbo a Cartagena para marcharse del país. Ese día, por un error de estrategia, las fuerzas oficialistas del gobierno Mosquera, a cargo de los coroneles Pedro Antonio García y Pedro Fermín Vargas, cayeron bajo el abrazo intrincado de las aguas de una laguna no muy profunda que se alimentaba del río Bogotá en inmediaciones del actual municipio de Mosquera, al suroccidente de la capital, que era la puerta de entrada a la ciudad.

El general Joaquín Posada Gutiérrez recordaba aquel lamentable día calificándolo como una “sacrificio” humano, que empezó en el instante en que estaban a punto de dominar a los rebeldes. En ese momento, el coronel a cargo de la tropa sintió un zumbido cerca a la cara y un golpe fuerte y seco en el pecho. Entonces, el suelo fangoso lo recibió sin vida y todo se volvió confusión: “La columna para, el apiñamiento aumenta; ya no es una tropa que valerosamente avanza, sino un pelotón de hombres que caen como palomas bajo los fuegos cruzados de las trincheras enemigas, sin poder defenderse ni ofender, ni avanzar ni retroceder” (1865). Al final, de los casi mil hombres que salieron a defender al presidente, quinientos treintaidós terminaron prisioneros, doscientos cuarenta salieron heridos y más de doscientos murieron en una tumba de agua que parecían querer guardar en sus entrañas el botín de guerra que reclamaba, impávida, por su determinante incidencia en una batalla sin sentido. “Maldición a los que nos han traído a este extremo”, gritaron los oficiales vencedores al ver lo que habían hecho con sus antiguos amigos y compañeros de lucha (Posada, 1865). En total, entre uno y otro bando, se calcula que hubo cerca de quinientos muertos en batalla (*Gaceta de Colombia*, 1831, 28 de agosto, p. 3). Ese mismo horror fue el que estremeció a don Rufino al cruzar por allí unos días después y presenciar “la triste operación de sacar con ganchos los que habían caído en la laguna, viéndolos salir envueltos en plantas acuáticas; y acá y allá reconocieron medio desnudos y ensangrentados a rancieros artesanos y jóvenes que habían acudido en defensa de su ciudad natal” (Cuervo y Cuervo, 1892). Ese día, don Rufino entendió que un periódico golpea para no mata y siempre da una segunda oportunidad; las armas no.

Por eso, los resquemores con que don Rufino asumió la gobernación no eran infundados, pues los militares, creyéndose autores de la independencia, se creían “con exclusivo derecho a

mandar” (Arboleda, 1933, p. 76). Y no se equivocó. Pronto se vio enfrentado no sólo a la corrupción estatal sino al poder militar acostumbrado a ordenar con altanería y a usar al gobernador como asistente del ministro de guerra que, para colmo de males, era su antiguo amigo, ahora acérrimo enemigo, el general José María Obando. Por eso, un día, cansado del atropello castrense, y con una valentía inusitada, don Rufino decidió hacer su propia revolución: “Deshdi que por complasher al shupremo gobierno mencargué de la prefetura, no dudé quiba sher ultrajado i vilipendiau, porque tal esh la deshmoralishashión del paísh, i tal el poco reshpetu que she tieni por lash autoridaesh y lash pershonash”, les dijo a los militares (Cuervo y Cuervo, 1892). Esas palabras eran la respuesta de don Rufino tras recibir el desprecio de las fuerzas armadas por haber ordenado apresar a dos hombres que se habían retado en duelo a muerte: los generales Joaquín Paris y Joaquín Posada, ilustres hijos de la segunda patria boba, “napoleones de rastrojo”, como les diría el poeta nadaista Eduardo Escobar (2012, 7 de febrero, p. 17). Los militares eran como toros en un mismo corral dándose cornadas y jugando a matarse entre ellos; hombres que al libar el néctar del poder engendraron para su beneficio una patria enajenada e inmersa en un conflicto con su propia esencia; era una patria impotente para revelarse verticalmente e incapaz de liberarse de esa costumbre a tolerar, callar y acatar heredada de la colonia. Aquellos hombres originaron un país que se acostumbró a caminar de la mano con el primero que la tuviese a su merced.

Y al igual que le ocurrió con los militares, don Rufino vivió momentos amargos con la burocracia estatal, al punto que en menos de cuatro meses renunció tres veces a la gobernación. Una vez más, la culpa la tuvo el general Obando, quien al asumir la presidencia, el 23 de noviembre de 1831, empezó su mandato cobrando deudas políticas a sus antiguos rivales. Por ende, don Rufino también fue blanco de sus ataques gracias a que se negó a delatar a funcionarios afectos al general Urdaneta; es decir, los bolivistas o seguidores del Libertador. Por ese motivo, renunció el 13 de enero de 1832 acusando problemas de salud, agravados por la muerte de su amado tío, don Nicolás Cuervo. Sin embargo, no se la aceptaron. Ocho días después, volvió a presentarla y la respuesta fue la misma. El honor de gobernar a la más importante región del país se le había vuelto todo un castigo. Al siguiente mes, don Rufino se vio enredado en un molesto asunto por cuenta de una denuncia del ministro de hacienda que le atribuía descuido en la administración de tabacos de la capital. “Poco mas de tres meses he desempeñado la gobernacion de esta provincia, i en medio de mil atenciones importantes no he

perdido de vista las oficinas de hacienda que han estado bajo mi dependencia”, escribió en su defensa (*Constitucional de Cundinamarca*, 1832 19 de febrero, p. 85). No obstante, el ministro obvió las explicaciones y manchó su imagen. Entonces, aburrido por el actuar soterrado del gobierno, decidió renunciar por tercera vez, el 16 de febrero de 1832, excusándose en la necesidad de encargarse de sus negocios personales, dejando a un lado no sólo la gobernación sino su cargo como ministro de la corte de apelaciones y como miembro de la dirección general de estudios. Él quería liberarse de todo.

Don Rufino estaba feliz por haberse quitado de encima aquella cruz, pero la dicha le duró muy poco, pues mes y medio después, al terminar el gobierno de Obando, tuvo que acudir al llamado de don José Ignacio de Márquez, cuando este fue nombrado vicepresidente de la República, ya que él tenía que trabajar bajo las órdenes del general Santander, presidente electo y rival político, quien se encontraba fuera del país y sólo regresaría hasta finales de 1832; por lo tanto, tuvo que asumir funciones presidenciales por encargo y necesitaba tener personas cercanas y aliadas políticamente para cumplir con la misión que el Congreso de la República le había encomendado. Por eso, le pidió a don Rufino que retomara las riendas de la Provincia de Bogotá a partir del 2 de abril de 1832, gracias a que el gobierno consideraba que su talento y aptitud habían traído mejoras importantes para la ciudad y los pueblos de la región en el poco tiempo que la administró. (Cuervo y Cuervo, 1892). Fue en aquel marco, a la sombra de todas esas reformas y el sin fin de obstáculos que le impedían llevarlas a cabo, donde se incubó el periódico con el que don Rufino pretendía robarle manos a las armas para ofrendarlas a la madre de todas las riquezas: la agricultura. Él no quería ver más muertos sembrados en el campo; por el contrario, buscaba engendrar vida, toneladas de vida que alimentaran el espíritu, el cuerpo y el bolsillo de los neogranadinos.

Parte de esos objetivos fueron concebidos una mañana de 1830 cuando lo abordó una extraña mezcla de ansiedad y alegría al descubrir al abogado convertido en hacendado, mientras contemplaba en lontananza las chispas de luz que despuntaban detrás del cerro de Monserrate. Acababa de comprar las tierras de El Boyero, lo cual representaba una novedad y un reto importante para su vida, sobre todo porque debía cambiar las hojas de los libros legales por las hojas de lechuga y las normatividad que exigía el ser agricultor. La hacienda tenía “ciento treinta fanegadas de tierra labrantía”, donde seguramente tenía cultivos de trigo y cebada, y estaba ubicada en Serrezuela, en la zona rural del actual municipio de Madrid (Mesa citado en Santos,

2006, p. 29). Incluía una alquería, casa de mayordomo, zona de aperos y un huerto gobernado por grandes nogales, bajo los cuales don Rufino olvidaba la asfixiante cotidianidad que lo rodeaba.

Cuando don Rufino compró El Boyero había allí una casa rústica, pero a él lo desesperaba el frío de las noches. Por eso, decidió reformarla, pese a las críticas por la falta de un patio; sin embargo, él siempre respondía mostrando con la mano extendida la bastedad de sus tierras: “Patio hai toel que ushtedes quieran, deshdi aquí hashta Bogotá, i aun másh, shi lesh pareshe poco” (Cuervo y Cuervo, 1892d). La nueva casa era de estilo europeo y contrastaba con el paisaje agreste de la campiña; tenía “varias alcobas en el piso superior, la biblioteca bien nutrida, una de las más completas de la Bogotá republicana, y la sala y el comedor, a cuyo extremo reposaba el ‘menudo oratorio, muy bien situado y amable’ ” (Santos, 2006, p. 29). Vivir allí lo ilusionaba y quería sembrar él mismo sus tierras para generar ingresos, cultivar ideas y cosechar felicidad, como lo sugería la frase en latín que había en una lápida en la entrada de la hacienda: “*NEC NOS AMBITIO NEC NOS AMOR URGET HABENDI. RC*” (Cuervo y Cuervo, 1892d). Con ella, don Rufino decía que ni la ambición ni el deseo impulsaban sus actos; esa frase enmarcaba, además, el amor por un espacio que llegó a convertirse en un refugio para pensar un mundo soñado donde el dinero no gobernara a los hombres. “Shobri la eshtatua de la libertá hai en la Nueva Granaá una divinidad shuperior, el’oro”, dijo alguna vez, criticando la avaricia de muchos políticos (Cuervo y Cuervo, 1892d). Por eso, aprendió a disfrutar y a valorar la fuerza creadora de la vida, y a sentir, por ejemplo, las manos de Dios en las suyas al palpar el lomo cálido y el rumiar apacible de su pequeño hato de vacas pardas o la belleza iluminada que había en los cultivos de hortalizas, creados para el consumo exclusivo de la familia. Esa práctica le sirvió para descubrir un mensaje que nunca antes había escuchado y que halló mediante el lenguaje de los sentidos: el aroma del pasto húmedo y el estiércol fresco, la fragilidad de las flores y la suavidad de una tierra que podía tomar cualquier forma al consentirla con los dedos.

Don Rufino también sembraba en El Boyero las semillas que su compadre Manuel José Mosquera le enviaba desde Popayán y que remitía sin perder detalle: “Semillas, buenas, frescas y raras, pues son venidas recientemente de lima. Cada una lleva su nombre, y sólo de advertir a usted que los pimientos necesitan tierra caliente. Dos envoltorios sin rótulos son lechugas de aquí”, (Cuervo, 1918, p. 201). Esto indicaba el interés de don Rufino por ensayar y buscar alternativas productivas en sus terrenos, para lo cual se apoyaba en libros de agronomía que leía

junto a sus hijos, con quienes disfrutaba aprendiendo y practicando sobre el tema: “Bajábamos a la huerta a poner en planta lo que habíamos leído sobre agricultura, a podar o injertar los árboles, a transponer o aporcar las hortalizas, y sobre todo a cuidar las flores, de que él era apasionado” (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 50). Fue tal su apasionamiento que al viajar a Europa, en 1835, le dijo a su esposa que no anhelaba hijos de prestancia política, ni médicos, ni juristas; quería “ciudadanos laboriosos que cultiven los campos, mejoren la industria y transporten nuestros frutos a los mercados extranjeros” (Citado en Cuervo y Cuervo, 1892d). Don Rufino quería que fueran “hombres honrados y trabajadores” (Citados en Santos, 2006, p. 44); por eso, le correspondían con acciones que lo llenaban de orgullo:

Se recreaba éste cuando tomábamos la hoz o la azada para ayudar a la cosecha de los frutos que se cogían en las pocas fanegadas que habían reservado para el uso de la casa, o cuando por la mañana nos encontraba ordeñando las vacas y pisando descalzos la escarcha o andando por el agua sin que nos hiciese impresión alguna. Cada cual había de cuidar su caballo yendo a cortar y traer la alfalfa, almohazarlo y ensillarlo cuando llegaba el tiempo de montarlo. Otras veces nos permitía cabalgar terneros indómitos y aun nos estimulaba a ello, y ayudaba con su risa a burlar al que se dejase caer (Cuervo y Cuervo citados en Santos, 2006, p. 49).

Seguramente, fue en esos pequeños ejercicios caseros donde don Rufino comenzó a consolidar una idea que sería vital a la hora de validar la importancia del periodismo agropecuario: “Siempre he creído que los conocimientos industriales, lo mismo que las ciencias físicas i experimentales, no pueden transplantarse i aclimatarse en la Nueva Granada, si no son conducidos por los hombres que los posean. Quizás la ideología i la política podran ser conducidas en libros, i progresar con la ayuda del exámen i de la inteligencia humana; pero estos medios no son eficaces con respecto a aquellas artes” (1838, p. 17). Esa frase plantea algo fundamental en la agroinformación y es que el periodista siempre necesita una voz guía que apoye la construcción del texto informativo. Por lo tanto, el periodismo agropecuario se estructura como una labor de terreno que exige constatar para comprender los procesos, como lo hacía don Francisco José de Caldas, pero también requiere fundamentar la experiencia con el conocimiento técnico.

Por eso, el “orejón”, como lo comenzó a llamar en broma don Lino de Pombo (Cuervo, 1918, p. 152), buscaba informarse y rodearse de personas que conocieran sobre el tema rural para

suplir sus carencias teóricas; además, como creía ciegamente en el fomento del agro y veía necesario fortalecer la producción y mejorar el mercado interno para luego exportar, consideraba vital dotar al campo de un conocimiento práctico. Incluso, sus hijos relatan que llegó a emocionarse tanto con el asunto que en las memorias a la cámara de provincia y en otros documentos oficiales “estimulaba la aclimatación o el cultivo de vegetales valiosos para el comercio”, tal como lo hacía en su hacienda (Cuervo y Cuervo, 1892b). Don Rufino pensaba que las prácticas y siembras que hacía en sus tierras podrían ser replicadas por quienes decía sentir un profundo respeto y aprecio, pensamiento que supo inculcar en sus hijos: “Don Fulano, con su traje de campesino, es tan digno de consideración como cualquiera de los caballeros que me visitan”, les dijo (Cuervo y Cuervo, 1892d); con ello, también honraba sus raíces, pues muchos de los Cuervo Barreto se dedicaban a las labores del agro en el Valle de Tenza, donde los más antiguos lo llamaban el “señor doctor” y los niños le decían “tío”, aunque no lo fuera.

Don Rufino llevaba las leyes en su mente y al campo en el corazón, pero a veces la razón y el sentimiento eran uno sólo cuando convertía a El Boyero en un lugar de capacitación y, a la vez, en un consultorio jurídico para los agricultores de la zona. Y precisamente, fue esa conjunción la que lo llevó a pensar en reestructurar la economía cundinamarquesa, que era el eje principal de las seis provincias que conformaban la República de Nueva Granada, al asumir la gobernación en 1831. Quizás, lo hizo aprovechando su visión de hacendado y ante el panorama que veía para sus propias cosechas; él sabía que tenía en sus manos la oportunidad de impulsar líneas productivas y esquemas novedosos para revivir tanto al campo como al comercio. Por eso, una de las primeras decisiones que tomó como gobernador fue crear comisiones en todas las instancias y entidades gubernamentales para investigar el estado en que se encontraba la región:

Pedía datos sobre las escuelas existentes en el cantón y métodos que regían en ellas; en otra exigía informes sobre los derechos municipales que se cobraban en el cantón, en qué se invertían, cómo se administraban, quién era el recaudador y si había rendido cuentas; al juez conservador de hospicios preguntaba con qué fondos contaba el establecimiento, el número de empleados y sus sueldos con los demás pormenores de que se carecía en la prefectura; al director de la Facultad Central de Medicina, que se había puesto en receso, exigía que la hiciese volver al ejercicio de sus funciones (Cuervo y Cuervo, 1892).

Uno de esos grupos fue sindicado de proteger a la nueva oligarquía por acusar al “librecambio de todos los males económicos del país”, ya que consideraba que las importaciones dejaban sin empleo a los artesanos del cuero, madera, metal, grasas, telas etc., lo cual, de paso, afectaba a los trabajadores agropecuarios que surtían las materias primas (Santos, 2006, p. 30). Jesús Antonio Bejarano trenza la opinión de varios analistas para afirmar que el librecambio impidió industrializar al país porque al tema económico se le colgó un fin político, puesto que para la burguesía postcolonial “participar en el mercado mundial encarnaba la posibilidad efectiva de sobrevivir como clase al mando de una nación en el camino de la civilización” (Palacios citado en Bejarano, 1987, p. 88). Por ende, el comercio se convirtió en un juego de poder que no sólo fue el argumento oculto de la independencia sino que permitió consolidar una clase dirigente en la que el agro seguía siendo un concepto sombrío y poco importante a la hora de tomar decisiones.

Entre las voces en contra del librecambio estaba la de don José Ignacio de Márquez, el primo de don Rufino. Él creía que al limitar el flujo comercial aumentaba el consumo de la manufactura nacional y, por ende, la demanda interna; por eso, no dudó en defender el modelo proteccionista en la Convención Nacional de 1832: “Se multiplicará la producción, se mejorarán las fábricas, se cultivarán las materias primas, y quedarán entre nosotros los valores producidos y el valor de la moneda. Por consiguiente, habrá más riqueza, aunque no haya más lujo”, dijo (Citado en Arboleda, 1933, p. 134). No obstante, ese ideal chocaba contra la baja concentración poblacional, ya que según el censo de 1832 Cundinamarca, que era la región más grande del país, tenía apenas 208.790 habitantes (*Constitucional de Cundinamarca*, 1833, 22 de septiembre, p. 149); es decir, casi la mitad de los 418.800 que viven actualmente en la localidad de Usaquén, al norte de Bogotá (Usaquén, 2014). Así, al ser tan limitado el consumo interno, las metas agropecuarias resultaban también bastante exiguas y conformistas, lo cual se reflejaba en el arribo de pocos barcos extranjeros, los cuales atracaban en su mayoría para traer productos porque no había mucho que llevar; de ahí, el desequilibrio en la balanza comercial. En consecuencia, los efectos de la parsimonia colonial todavía hacían mella en buena parte de una sociedad que esperaba un paraíso prometido donde los próceres repartiesen entre todos la otrora riqueza real. Toda una utopía. Dicha situación dio origen a un desencanto que se convirtió en caballito de batalla partidista y terminó por polarizar y trastornar la política hasta el tiempo

presente. Esa etapa de la historia colombiana, gen de tantos problemas, se podría denominar como los años de la economía del menor esfuerzo.

Por eso, resultaba importantísimo el trabajo de la comisión de agricultura que organizó don Rufino, que estaba integrada por don Alejandro Osorio, don Fernando Caicedo y don José María Saiz, cuya primera conclusión resultó lapidaria: “Nuestra agricultura, señor, se halla en el estado poco menos que de infancia”, escribieron en su informe del 3 de noviembre de 1831 (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre b, p. 31). Ellos mencionaban, además, que una de las causas de tan lamentable atraso era el poco conocimiento teórico que tenían los agricultores para poder asumir sus labores productivas e innovar sus procedimientos; por eso, los llamaban “rutineros”: “Juzgan muchos que la agricultura no exige de estudio alguno, i que la práctica subministra los conocimientos necesarios; otros no se atreven á salir de las rutinas conocidas, ó por la falta de medios, ó por el temor natural de perder en sus experimentos, cuando las luces no les aseguran el buen éxito; por lo mismo, nadie piensa en perfeccionar los métodos conocidos, ó en adaptar otros mas ventajosos” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre, p. 32). En conclusión, hasta ese momento los gobernantes no habían visto al campo como prioridad y los trabajadores agropecuarios no se atrevían a buscar apoyo porque les habían enseñado a huir de lo novedoso, ya que el agro había sido construido por siglos bajo la doctrina conservadora y timorata de la iglesia católica.

Buscando solución a un problema tan complejo, la comisión le planteó a don Rufino crear en la Universidad Central la cátedra de química y, en especial, la de botánica, para enseñar allí los pormenores de la labor agropecuaria. Era un plan tan bien explicado que él podía imaginar con todo detalle a los hombres rurales aprendiendo “los principios de la vejetacion, de la clasificación de las plantas, de los elementos i temperaturas que las varian, del modo de abonar la tierra, de la elección del tiempo para las siembras i cosechas, del cultivo de los pastos, del arte de mejorar las razas de los ganados, de su multiplico i crianza, del método de escojer, limpiar i conservar los granos, i sobre todo del calculo i economia” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre, p. 31). A don Rufino le gustó tanto la idea que buscó apoyo en el alto gobierno para hacerla realidad, mediante una carta fechada el 9 de noviembre de 1831. Pero, ¿cómo lograr el objetivo, si los habitantes del campo eran analfabetos? Fue cuando a la comisión se le ocurrió que lo mejor era capacitarlos mediante un periódico, que resultaba un medio rápido, efectivo y barato, pues se podía costear con los fondos municipales de la provincia y, además,

dejarlo bajo el control de la curia debido a su experiencia en el tema agrario: “¡Ojalá pudiera determinarse que los párrocos tuvieran noticias i conocimientos de ella, para que auxiliaran á sus feligreses con la voz i con la practica!”, escribieron los comisionados (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre b, p. 32). También pensaron en crear sociedades de agricultura que fomentaran el desarrollo del agro e impulsaran el periódico y pretendían usar las imprentas del país para multiplicar el número de ejemplares buscando llevarlos gratuitamente a muchas más personas.

La idea prosperó y el 6 de diciembre de 1831 don Rufino se reunió en su despacho con los comisionados para darle cuerpo. Aquel día, luego de varias horas de trabajo, nació *El Cultivador Cundinamarqués; ó Periódico de la industria agrícola i de la economía doméstica*, que circuló desde el 1° de enero de 1832 con una tirada quincenal de trescientos ejemplares, distribuidos en las noventa y nueve parroquias cundinamarquesas y seis más por cada una de las otras diecisiete provincias que conformaban la República de Nueva Granada. Además, para asegurar su sustento, dejaron cincuenta para la venta y otro tanto para ser distribuidos en los consejos municipales, colegios, ministerios de Estado, integrantes del *Constitucional de Cundinamarca* y otros periódicos. También, se acordó solicitar a los gobernadores del país remitir información que permitiera fomentar el agro y datos sobre “las enfermedades que sobrevinieren a los animales, i a las plantas, para proporcionar su remedio i curación” a través del periódico (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 11 de diciembre, p. 48). Igualmente, se ordenó enviar dos ejemplares por pueblo, uno para el cura y otro para el alcalde, quien debía leerlo obligatoriamente ante todos los habitantes, sin distinción de clase o rango, el domingo siguiente a la fecha de entrega, mientras que la iglesia sería la albacea de la información: “Acabada la lectura del Cultivador se entregará al cura del lugar, quien lo conservará con el mayor cuidado, junto con los libros parroquiales de su iglesia” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1832, 1° de enero, p. 57). Esto se hacía para que los agrotrabajadores accedieran al periódico con asesoría del párroco, lo cual beneficiaba a la iglesia, pues la hacía partícipe del gobierno y le permitía continuar manejando a las comunidades rurales para ejercer control sobre ellas en favor de los dirigentes ministeriales o retrógrados.

No obstante, los objetivos del periódico también resultaban ambiciosos, pues los artículos exigían un conocimiento base para entender el contenido: “Debía hablar de las reformas i mejoras de que es susceptible nuestra agricultura, ocupandose particularmente de aquellos ramos que hacen el objeto principal del consumo: que contendría observaciones útiles sobre los

artículos de la química, botánica i veterinaria, que se relacionan con las exigencias de nuestra economía rústica; i que se procuraría amenizar con las noticias, inventos i descubrimientos de otros pueblos a favor de la ocupación mas noble, i del verdadero orijen de la riqueza de las naciones” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 11 de diciembre, p. 48). Quizás, por eso, y previendo las dificultades, don Rufino impuso una condición fundamental a los redactores: “Un estilo fácil, sencillo i acomodado a las circunstancias de país” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre, p. 31). Asimismo, dejó la dirección del periódico en manos de don Alejandro Osorio Uribe, el tatarabuelo de Sonia Osorio, fundadora y directora del famoso Ballet de Colombia (*El Universal.com.co*, 2011). Él fue alcalde de Bogotá en 1813 y, según la *Gaceta de Colombia*, ministro de Interior y Justicia hasta 1830; posteriormente, ejerció como fiscal de la Alta Corte (1830, 4 de julio, p. 3). Además, en 1841 fundó una fábrica de tejido con lana, pues le gustaba el tema industrial, interés que era importante para la finalidad que buscaba el periódico (González, 1991). El nombramiento de don Alejandro también evidencia el equilibrio político de don Rufino, ya que el periódico era auspiciado por el gobierno santanderista, pero quedaba en manos de un acendrado bolivista; igual hizo con los dos redactores que escogió para construir la agroinformación.

Uno de ellos fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias, tras su reinauguración en 1832. Se trata de don Manuel María Quijano, el médico y químico payanés que fundó en 1814 el primer periódico de su ciudad, llamado *La Aurora*. Él fue uno de los signatarios de la primera Constitución Nacional y como presidente de la Cámara de Representantes en 1825 firmó la ley que prohibió la entrada de esclavos al país. Durante ese mismo año, se desempeñó como director de la Facultad Central de Medicina; además, se encargó de dirigir el Museo Nacional y estuvo al frente de la Casa de la Moneda de Popayán desde 1830 (Gómez, 2005). Cuando se originó *El Cultivador Cundinamarqués*, él se desempeñaba como Consejero de Estado y aceptó el ofrecimiento para escribir aprovechando su interés por el agro y la botánica, al igual que su experiencia como exintegrante de la Expedición Botánica, siendo uno de los pocos que no participó en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* (Vergara, 1958c, p. 187). Hay que decir que el doctor Quijano es un gran referente en la historia del periodismo agropecuario, pues escribió alrededor de diez memorias en varios impresos cercanos a don Rufino, que no sólo ayudaron a impulsar el agro sino a cultivar entre ellos una amistad de muchos años.

El segundo redactor escogido fue el antiesclavista cartagueño don José Francisco Pereira, quien también se desempeñaba como Consejero de Estado. Él tenía raíces en el sector educativo, pues fue profesor y científico, pero le gustaba tanto la política que llegó a ser candidato presidencial; por eso, aunque fue un ferviente impulsor de estudios botánicos, terminó implementando cátedras de economía política y derecho administrativo en Bogotá, siendo partícipe de “la más honda reforma del continente indoamericano en materia de educación”, dirigida por don Francisco de Paula Santander, a quien también ayudó con la redacción del código político y el municipal, el de procedimiento civil y el de reformas judiciales (Morales, 2004). Y aunque don José Francisco supo dejar su impronta en el periodismo agropecuario colombiano, nunca se pudo determinar a cuál de los dos correspondía cada uno de los artículos publicados en *El Cultivador Cundinamarqués*, ya que el periódico no acostumbraba identificar al autor de los mismos.

Lo cierto es que el fruto intelectual de esos hombres era lo que ilusionaba a Sagrario cada domingo en la Villa de San Miguel de las Guaduas. Allí se acomodaba para oírlo, extraña y huraña, en medio de una plaza dominada por una iglesia con cicatrices de terremoto, la cual se elevaba como un palacio feudal entre filas de casas encaladas y techos rojizos, en su mayoría de un nivel, aunque también había algunas que tenían dos pisos, cuyos balcones de madera dejaban ver el rostro descolorido de su pasado colonial (Le Moyne, 2011, p. 123). Sagrario casi siempre se ubicaba detrás de la caterva de parroquianos sibilantes, muy cerca a una pequeña fuente, de esas que tientan el cuerpo en días calurosos o llenan el alma de melancolía en el invierno, como sucedió aquel domingo frío de nubes quietas cuando se leyó la sexta edición de *El Cultivador Cundinamarqués*. En la portada decía que el ejemplar era del 1° de mayo de 1832. Ese día, según lo acostumbrado, el alcalde debía cumplir con la orden gubernamental de hacer que se le leyera el periódico a los habitantes del pueblo so pena de recibir una multa de cincuenta pesos, castigo que obviamente le resultaba muy costoso (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre c, p. 32). Por ende, un funcionario de la alcaldía tuvo que ubicarse en las escalinatas del atrio de la iglesia para leer las ocho páginas en formato de pliego en cuarto que tenía el periódico, aunque hubo excepciones como la primera edición, que tuvo doce páginas; la tercera, que llegó a dieciséis y la última, que sacó nueve. Frente a él parpadeaban varios jóvenes curiosos, muchos niños inquietos, una decena de ancianos inmutables, un grupo amplio de adultos y algunos perros. No era una gran audiencia, ya que en la región vivían alrededor de mil

quinientas personas (Le Moyne, 2011, p. 123). No obstante, ese hombre tenía que hacer su trabajo y para ello apeló a una lectura rápida que se hacía a veces ininteligible y que provocó el murmullo desde que empezó a decir: “Este papel sale el 1° y el 15 de cada mes, y se vende en la tienda del señor Antonio Vélez. Los números sueltos a real”. Luego, hizo una pausa y prosiguió: “La suscripcion por semestre, vale diez reales. Las de fuera serán dirigidas al señor Bruno Espinosa”. A continuación, leyó el nombre del periódico, la fecha y una frase de Cicerón, uno de los favoritos de don Rufino, que ilustraba la misión de aquel papel: “De todas las profesiones que pueden enriquecer, la Agricultura es la mejor, la mas fecunda, la mas dulce y la mas digna de un hombre libre” (Citado en *El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de mayo, p. 62). En ese punto, se detuvo y carraspeó un poco haciendo mover sus cejas de alambre antes de retomar la lectura: “Concluye el articulo del numero anterior”. En esas, lo interrumpió una anciana: “Ushía, perdone bushté, poro el maridiño de mí que she quedó ayuso en la casha de noshotrosh, eshtá engjerme de lash calenturash i no púo vení. Yo tampocu eshtuvi el domingo del pashao prósimu que busté leyó i na’entiendo lo que ushía dithe”. El funcionario la observó y sin decir nada prosiguió: “Hasta el principio de la guerra de independendencia, en Cúcuta, el árbol de Cacao y la mazorca no estaban sujetos á otros accidentes fatales que los que podian resultar de la falta ó excesiva cópia de lluvias, - de la omisión, ó del rigor de la poda, y de no hacerse la cosecha en su oportunidad...” (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de mayo, p. 62). Mientras él leía, la anciana continuaba angustiada, ante lo cual, Sagrario, en voz baja, le dijo: “Hablee con el padreJushtinianoo; sheguroo quel layuda i leshplicaa”. Ella sabía que, como en otros domingos, nadie iba a entender nada de lo que se había leído; era lógico.

Y es que aprender de oído no es fácil, menos para un analfabeto, y en especial cuando el tema es complejo, como ocurrió aquella jornada, pues les enseñaron a construir un paragrano y un pararrayos de paja y otro metálico. “Halaa, eshtoo daa botethaa”, pensó Sagrario al escuchar el nombre de un tal Franklin y el de una tal física y el de un *Míster* Lapostól y el de algo conocido como electricidad que, según entendió, era semejante a un espíritu que rondaba los bosques. Infortunadamente, en el discurso de *El Cultivador Cundinamarqués* había palabras digeribles y otras que no se podían comprender. No obstante, Sagrario se esmeraba por aprender todo sobre aquella técnica mágica que algunos inquisidores mirarían con recelo. Ella deseaba dominar las blancuzcas pepitas de hielo que destruían los cultivos y enfrentar esos temibles relámpagos que gruñían de cuando en cuando antes de manotear y sacudir la tierra y hasta se imaginaba cazando

rayos para convertirlos en espadas rojizas, como las que se sacan del horno antes de darles temple, para castigar a los bandidos que andaban por esas tierras. Y por andar en esas, cuando volvía en sí, el alcalde ya había avanzado un poco; ora leía el método para hacer una estaca de madera que sería la base del pararrayos; ora les indicaba la forma de adaptar una cuerda como polo a tierra. El hombre hablaba, mientras todos trataban de armar el aparato en su cerebro; seguramente, el bendito armatoste se vino al suelo cada vez que alguien perdió el hilo de la lectura y, tal vez, surgieron tantos diseños como cabezas había en la reunión. Por eso, cuando el alcalde pasó a una segunda fase y leyó: “Método para hacer la cuerda de paja”, Sagrario estaba segura que a su pararrayos le faltaba más de una pieza. Empero, el hombre seguía y no había tiempo para pensar:

Para hacer la cuerda se preferirá la paja que esté todavía verde, ó fresca, ó se humedecerá para que no se quiebre al torcerla. Primeramente se harán cuatro hilos delgados: de este se formarán un cordón, torciendo ó texiendo los hilos. De cuatro cordones se formará del mismo modo la cuerda, que debe resultar de diez y seis hilos. Se proporcionará que tenga lo menos una pulgada de grueso; pero será mas seguro bajo de todos aspectos, que sea mas gruesa, aunque no tenga otra ventaja que la de su mejor duración (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1º de mayo, p. 66).

Don Rufino pretendía la implementación de un lenguaje claro en el periódico, pero palabras como ácido nítrico o nitro muriático hacían que el esquema de capacitación a través de la escucha pasiva no fuera el más adecuado, porque la incomprensión genera dispersión y desinterés en el analfabeto. A pesar de eso, vale la pena destacar en este punto que la información del pararrayos y el pararrayos marcó un antes y un después en la historia del agro y el periodismo colombiano, pues por primera vez se introdujo la ciencia aunada a la tecnología como motor de desarrollo agropecuario, ya que antes de *El Cultivador Cundinamarqués* el país estaba supeditado a la agroinvestigación desde la teoría botánica y algunos procesos químicos derivados de ella.

También hay que resaltar que *El Cultivador Cundinamarqués* no tenía avisos comerciales; aunque ese domingo tenía uno de carácter institucional que iba cerrando la edición: “Habiendose expendido el número 1º y 2º de la primera impresión de este periódico, nos hemos visto en la necesidad de hacer una segunda edición, para complacer á los que se quedaron sin ellos”. Esto habla del éxito inicial del semanario. Al final, el alcalde, como quien remata la lectura

apasionada de un poema, leía el nombre del impresor: “Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa” (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1º de mayo, p. 68). Entonces, todos se marchaban, menos Sagrario. Ella ya se había acostumbrado a no tener hambre de tanto tenerla y, por eso, prefería ir a buscar al cura del pueblo para que le prestara el ejemplar del día, el mismo que acababa de ser leído, así como el número tres, del que estaba extrayendo cierta información para su huerta.

Ella aprovechaba que sabía leer para quedarse a repetir la lectura en privado, lentamente, creyendo, quizás, que el alcalde se había saltado algo u obviado alguna página donde podía estar lo que ella buscaba. *El Cultivador Cundinamarqués* era su única esperanza para salvar unas endebles matas de tomate que extendían su lamento por el suelo sin haberle permitido probar el primer fruto. Además, ella quería conocer cómo librarse de la pavorosa hormiga arriera que arrasaba sus hortalizas; eso, sin contar con la presencia soterrada de la babosa que se daba la buena vida entre la obesidad de las lechugas. Por eso, cada domingo se apoderaba de ella el desasosiego y le parecía que acabar con tanta plaga era una batalla perdida y se deprimía y comenzaba a desconfiar de todas esas páginas que a veces calificaba de inservibles y mentirosas. No obstante, aun tenía ánimos para persignarse con los ojos cerrados antes de salir de la eucaristía y buscar en la voz del alcalde la llave que le permitiera disfrutar de la riqueza que le correspondía; fe que permanecía intacta desde el último día de 1831, tras enterarse de la llegada de ese periódico luego de parar oreja junto a un grupo de hombres que solía reunirse en la plaza del pueblo a “charrar”, quienes que no la veían con muy buenos ojos cuando se les acercaba. “Ayá viene la rénga”, decía alguno despectivamente al observarla. “Ilushtresh cabayerosh”, los saludaba haciendo un gesto reverencial, pero ellos continuaban hablando como si ella no existiera o la miraban de reojo como si fuera pordiosera o loca. Igual le ocurría con los agricultores de la zona, quienes le tenían inquina por hacer un trabajo de hombres y, quizás, por el hecho de verla más fuerte y decidida que muchos de ellos cuando levantaba y se echaba al hombro los atados de leña o paja o las yerbas que empacaba para vender los sábados en el pueblo. “Ayá va la mula terragjera”, decían, para ofenderla y develar ese machismo colonial que, según los investigadores en temas de género, controlaba durante esa época todas las áreas de la cotidianidad humana:

En la sociedad granadina del siglo XIX, como en toda Hispanoamérica, el predominio de la autoridad masculina sobre las mujeres y la subordinación de éstas a los roles católicos de madres y esposas mediante al matrimonio católico, también contribuyó a definir como vagas, delincuentes o prostitutas a las mujeres que se mostraran reacias a aceptar este orden de cosas. Esta connotación la recibía fácilmente cualquier mujer que se emancipara de la autoridad de sus hermanos, padres o esposo y expresara una vida independiente y contestataria (Jurado, 2010, p. 58).

Hoy día el 6,4 por ciento de las 9,1 millones de mujeres que trabajan en Colombia se dedican a las actividades del agro (Colombia, DANE, 2014, 13 de febrero, p. 5). De acuerdo con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, la mayoría de ellas también sufre discriminación, pues deben asumir “tanto las tareas de reproducción y cuidado de los miembros del hogar, como las responsabilidades productivas de la unidad agropecuaria familiar, e incluso actividades comunitarias, sin que eso tenga repercusiones en términos de reconocimiento, ingresos y capacidad para participar en la toma de decisiones relevantes. Por esta razón, algunos autores se refieren a la triple jornada que deben soportar” (Suárez citado en PNUD, 2011, p. 31). Ellas, además de ser invisibles, viven altos niveles de pobreza e indigencia, carecen de servicios básicos y oportunidades de empleo, y tienen baja cobertura en educación y salud. Por eso, no es raro que hace casi dos siglos algunos hombres y mujeres miraran a Sagrario como si se perfumara con carroña y que en los corrillos la descueraran por ser agricultora, madre soltera y, sobre todo, por sus visitas al padre Justiniano. Pero ella no le confería importancia al asunto, pues sólo el cura la determinaba con respeto y era el único que le había dado la mano seis meses antes al arribar a la villa buscando una nueva vida. Desde ese día, trabajaba todas las mañanas barriendo la iglesia, encendiendo cirios, velas e incienso o buscando flores para adornar el altar, como en sus días de infancia, y responder así por el arrendamiento del pedazo de tierra que el cura le había suministrado, ya que ella hacía parte de los llamados terrajeros, estancieros, agregados, pegujaleros o medianeros que tenían que compensar al dueño del terreno con horas de trabajo o con un porcentaje de la producción como parte de pago por las tierras que arrendaban (Patiño, 2002, p. 209). Por ende, Sagrario apenas podía laborar en sus siembras los días festivos, las madrugadas y las tardes, a diferencia de los concertados, quienes disponían de todo el tiempo y sólo respondían por el canon acordado. Todos ellos hacían parte de una sociedad agraria en dispersión y sujeta al rebusque bajo “la existencia generalizada de mecanismos de coacción

extraeconómica, la utilización restringida y estacional del trabajo libre asalariado, la prevalencia del arrendamiento precapitalista, y de la aparcería en condiciones de servidumbre, y en fin, una aparente consolidación del enfeudamiento” (Bejarano, 1987, p. 28). Desde la perspectiva rural era como si lo republicano y lo colonial fueran lo mismo, pues después de la guerra de independencia nada había cambiado.

El terreno de Sagrario incluía una pequeña choza con paredes rústicas de barro y un techo de madera forrado con tamo seco. Estaba compuesta apenas por una habitación multiusos, confirmando lo que alguna vez dijo un viajero en Bogotá luego de observar la triste situación de las viviendas rurales: “Da gran pena ver esas casas pobrísimas donde se halla la cocina en el mismo lugar, en que tiene que dormir el caminante”, y agregaba espantado: “Añadimos su falta de provisiones; el olor que exalan intolerable á veces; i el espectáculo de sus moradores abatidos i llenos de miseria” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre d, p. 32). Por eso, Sagrario añoraba el tiempo en que la riqueza resplandecía bajo la danza sonora de los trigales que restregaban sus cabezas unas contra otras para armar los coros nostálgicos que despedían las tardes sabaneras. Ella quería sembrar esos recuerdos y verlos crecer en sus tierras para pagar no sólo el arriendo sino el diezmo que tanto disgusto provocaba al campesinado, pese a que el lote que trabajaba hacía parte de una Capellanía, que era una figura administrativa integrada por tierras productivas que los hacendados donaban a la Iglesia y cuyas ganancias, llamadas censos, se debían destinar exclusivamente y a perpetuidad para pagar misas por el alma de quien las legaba, por el santo de su devoción o por las almas benditas del purgatorio; sin embargo, los curatos aprovechaban el dinero para prestarlo a interés, “generándose en la práctica un sistema de crédito agrícola que suplió necesidades de capital” en muchas regiones (Yepes, 2001, p.135). Este sistema empoderaba económicamente a la Iglesia y fortalecía el dominio rural que la institución había construido durante la colonia y que luchaba por prolongar en la vida republicana.

El padre Justiniano no sólo conocía la desdichada historia de Sagrario sino también las dificultades que pasaba con sus cultivos, ya que de todo lo sembrado apenas había obtenido yerbas y mazorcas de grano duro que guardaba celosamente de las ratas con el fin de sacar harina a punta de piedra para hacer arepas o premiar una vez al mes el buche de las cuatro gallinas que tenía y que normalmente se alimentaban de insectos, excremento o de sus propios huevos. El padre sentía una gran simpatía por ella y, por eso, le prestaba los periódicos que llegaban al

pueblo para que los llevara a casa y buscara allí alguna información que sirviera para poner a producir esas tierras. Uno de los primeros que leyó fue *El Cultivador Cundinamarqués* y se emocionó mucho. Le gustó, en especial, la ilustración en la parte alta de la portada, en la que había una bandeja llena de frutas y hortalizas, tan relucientes y provocativas, que ella no aguantaba las ganas de acariciarlas con sus dedos callosos antes de empezar la lectura. A sus costados iba la información de suscripción y debajo estaba escrito el nombre del periódico en letra grande, pero no plana como de costumbre sino con cierta perspectiva que hacía parecer las letras como si flotaran sobre el papel. Un poco más abajo aparecía la frase de Cicerón y una barra de reseña con el número de la edición, ciudad y fecha. Además, en la presentación se manejaban cinco tipos de fuente con cinco tamaños diferentes; era algo muy moderno, cuyo referente pudo ser un hermano tres meses mayor: el *Constitucional de Cundinamarca*, también forjado bajo la batuta creativa de don Rufino Cuervo.

Igualmente, llamaron la atención de Sagrario los dos nombres del periódico. Los notó con algo de decepción, ya que a su parecer eran una invitación sólo para los hombres. Sin embargo, estaba equivocada, pues la información también era para ellas y el mensaje iba oculto en el segundo nombre: *Periódico de la industria agrícola y de la economía doméstica*, más exactamente en las dos últimas palabras, pues el concepto de economía doméstica se vinculaba exclusivamente a las mujeres. Era un tema de tal importancia que don Rufino decidió integrarlo en una de las cinco cátedras que veían las niñas del Colegio de la Merced que él fundó (*Constitucional de Cundinamarca*, 1832, 1º de julio, p. 161). Esa información tenía como objetivo crear habilidades frente a las dificultades que las mujeres vivían en el hogar cuando quedaban solas manteniendo a su familia como viudas de guerra o mientras sus esposos marchaban en la filas del ejército republicano. Por eso, aparte de conocer los quehaceres de la casa, ellas debían contar con nociones agropecuarias básicas, ya que tanto en la ciudad como en el campo tenían huertas, gallineros, palomares y hasta marraneras; por ende, debían saber administrar y manejar su producción y “concentrarse en sacar el mejor provecho a los alimentos mediante complejos procesos de conservación que incluían productos químicos, la anticipación a los comportamientos climáticos que podían incidir en las cosechas – con preparaciones tales como mermeladas y conservas frutales para los días de frío y lluvia y refresco en polvo para las olas de calor - , compra y escogencia de productos propios de la cosecha de temporada y, por último, estrategias para rendir alimentos”; de esta manera, no sólo podían ajustar sus recetas sino

proteger perecederos como leche o huevos y fabricar “harinas, mantecas, aceites, vinagres y bebidas” (García, 2011, pp. 4 y 5). En otras palabras, la economía doméstica era el arte de la anticipación en tiempos de guerra.

El interés de don Rufino en el tema nació mientras era estudiante y testigo de las dificultades vividas por tantas mujeres, obreras silenciosas de la independencia, que sostuvieron a la sociedad neogranadina durante la lucha contra los españoles, ya que él, como muchos otros colegiales, no hizo parte de la guerra. Esa situación causó críticas como las de don José María Caballero, quien escribió: “Por qué hemos de ser los pobres, los labradores y los artesanos los que nos hemos de poner a recibir las balas, y los señores del gobierno, los ricos y tanto currutaco que se estén paseando, y muchos con rentas crecidas; no, señor, el que come la papa, que rece el Padrenuestro” (2010, p. 245). No obstante, el no haber sido parte de la confrontación le brindó a don Rufino una visión que pocos consideraban importante y en la cual fue vital la experiencia de su esposa, doña María Francisca, ya que a ella le tocó ayudar a su madre a preparar y vender colaciones para alimentar a la familia, mientras su padre vivía en el exilio por orden española. Por ese motivo, y para honrar el esfuerzo de aquellos días, en la mesa navideña de los Cuervo Urisarri siempre había colaciones junto a las “empanadas crecidas y doradas, las hojaldres, los buñuelos en todas sus formas de pestiños [iban bañados con miel], hojuelas, rosquillas y quien sabe cuántas más, nadando en clarísimo almíbar y engalanados con la flor de borraja; el guarrús, el masato y la aloja que formaban el refresco, acompañados de bizcochuelos” (Cuervo y Cuervo, 1892d). Y es que a causa del modelo sociopolítico colonial, las mujeres carecían de preparación y, por ende, no tenían mayores opciones de sustento que un buen matrimonio. Por eso, *El Cultivador Cundinamarqués* pensó por primera vez en ellas, partiendo de la definición que hacía don Rufino sobre la preponderancia femenina en la sociedad: “Ellas tienen la principal parte en las buenas o malas costumbres de la República, porque encargadas de la crianza de los hombres, les inspiran las primeras ideas que marcada influencia tienen en el porvenir de la vida. La mujer prudente, aplicada y piadosa es el alma aún de las mayores casas, pone en orden la economía, arregla los espíritus y fortifica la salud de la familia” (Citado en Aristizábal, 2006, p. 200). Así, y gracias a las mujeres, el país pasó de la economía rural colonial a una economía doméstica apéndice de la revolución, cuyo aporte evitó que el desastre socioeconómico de aquella época hubiera sido peor.

Sin embargo, a Sagrario no le interesaban los métodos para preservar alimentos, porque lo más fino que tenía eran los huevos de las gallinas flacuchentas con las cuales luchaba diariamente para evitar que se los comieran a picotazos. Incluso, alguna vez le entró una risa incontenible cuando halló en *El Cultivador Cundinamarqués* un método para preservar la carne en salmuera (1832, 1° de marzo b, p. 51). “¡Carocash!”, dijo ella, pues llevaba rato que no veía ganado en las praderas y apenas circulaban algunas piaras de cerdos salvajes. Otro día, estuvo muy enojada cuando leyó las técnicas y beneficios de injertar frutales, pues allí sólo hablaban del manzano, el ciruelo, el durazno y la chirimoya, como patrones o receptoras de otras, pero ella apenas tenía algunas maticas de mora silvestre (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de marzo, p. 49). ¿Qué hacer, se preguntaba, si sólo tenía a mano algunas plantas de uchuva, que pocos conocían, ya que habiéndose emancipado de la domesticación se escondían, prófugas, monte adentro?

Todo esto ponía en tela de juicio la utilidad de un periódico que había sido construido pensando en cualquier lector, ya fuera hombre o mujer, rico o pobre, rural o urbano, tal como lo afirmaba el prospecto: “Ha llegado el momento oportuno de llamar la atención, así de los escritores públicos, como de los hombres ilustrados que leen sus escritos, y aun de la masa del pueblo” (1832, 1° de enero, p. 1). Allí, también se destacaba la importancia del agro para la reconstrucción neogranadina, no sólo desde lo económico sino desde su aporte social: “Después de tantas agitaciones, de tantos partidos y convulsiones terribles como hemos sufrido, desde que principió la lucha de nuestra independencia, ninguna profesión puede inspirarnos, mejor que la Agricultura el amor al orden, el odio á las revoluciones, el habito del trabajo y de la economía, el olvido de los agravios, y la tolerancia política, sin la cual no puede haber paz duradera” (1832, 1° de enero, p. 2). Por ende, el periódico planteaba una nueva faceta para la labor agropecuaria, vista desde siempre como una actividad generadora de ingresos, ya que pasaba a transformarse en una herramienta de control y desarrollo, puesto que un hombre con un azadón en las manos y comida en el estómago era menos susceptible a empuñar las armas ni hacer eco al fanatismo seudorevolucionario y político.

Para cumplir este objetivo, *El Cultivador Cundinamarqués* planteaba un contenido sustentado en la teoría agrícola, integrada por física rural, cultura de los campos, veterinaria y agricultura rural, en la que buscaba enseñar sobre la infraestructura de la hacienda. También quería hablar de agricultura práctica, como la siembra, la cría de animales, agricultura económica y agricultura

rural práctica, además de alternativas productivas para diversificar el cultivo y los procesos para el cuidado de las líneas agropecuarias convencionales como el cacao. Asimismo, suministraría datos estadísticos para prever, proyectar y tomar decisiones, e información sobre el estado de los caminos del país (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de enero, p. 3). Esto, en últimas, era casi un programa académico de educación a distancia que podía tratar un tema en una sola edición o varios tópicos en un mismo ejemplar con continuación en otras ediciones.

*El Cultivador Cundinamarqués* tenía un estilo académico muy cercano a *El Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos*, cuya vida había terminado en Madrid el 23 de junio de 1808. Ninguno de los dos presentaba los textos en columnas, como lo hacía la prensa moderna, sino en reglón corrido, con letra grande a doble espacio y citando a pie de página como en la literatura convencional, lo que indicaba el origen de la información. Además, la narración era descriptiva y argumentativa, muy en sintonía con las memorias científicas o jurídicas que los redactores acostumbraban a realizar en su vida profesional, cuya construcción tenía una directriz definida por don Rufino: “Su objeto principal será extractar de los mejores autores lo que les perezca mas útil y conveniente para adelantar la agricultura de la Nueva Granada. Añadirán á esto sus propias observaciones, y las que les diríjan los ciudadanos ilustrados del país, cuya atención esperan se convierta ácia la agricultura” (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de enero, p. 3). Por lo tanto, y siguiendo su plan formativo, la publicación empezó definiendo y conceptualizando el término agricultura, texto que fue acompañado por otro sobre la cochinilla, de la cual no se sabía desde los días del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. De esta forma, el periódico parecía mostrarse como continuador del legado periodístico del sabio Caldas.

Posteriormente, abordó la temática de los abonos y presentó frutos novedosos como el manzano y estudios minuciosos sobre el trigo, la vainilla, el cacao, el añil, el azúcar y la pimienta; habló del arte de injertar y de los métodos para la conservación y tratamiento de la carne, la manteca y la mantequilla; enseñó a fabricar jabón y cerró la edición número doce reeditando la memoria sobre el Calendario Rural publicada en 1801 en el *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Infortunadamente, con ese artículo, el 15 de julio de 1832, después de 112 páginas, llegó a su fin *El Cultivador Cundinamarqués*. Y aunque allí no quedó evidencia del motivo de su desaparición se sabe que fue por falta de presupuesto, pues don Rufino afirmó en el *Constitucional de Cundinamarca*, periódico que dirigía al mismo tiempo y en el que también escribían los redactores del periódico agropecuario, que la

suspensión ocurrió porque los jefes políticos provinciales habían dejado de enviar la cuota de suscripción (1832, 16 de septiembre, p. 206). Fue, entonces, cuando decidió salvar una idea concebida como una contribución al desarrollo del país y aprovechó el formato misceláneo del otro periódico, con igual rango de circulación pero mayor frecuencia, para incluir en él una sección de agroinformación.

Sagrario, por supuesto, recibió la noticia con cierta tristeza y culpaba de ese mal sino a las nubes que aun permanecían inmóviles sobre su rancho. Lo comprobó esa misma noche tras agotar un poco de leche que guardaba en una botella de vino y que compartió a sorbos con su hijo. También comieron algunas moras y un trozo de pan viejo que le había regalado el cura y que devoraron en silencio antes de tenderse sobre una estera de fique en el suelo polvoriento. La mujer abrazó al niño, quien pronto se quedó dormido. Por el contrario, ella no lograba amarrar pestañas. Pensaba en la bendita respuesta que no hallaba, en el tiempo que pasaba y en el día que la sacarían de esas tierras autoritarias y hostiles por no tener con qué pagarlas. Pensaba en ello, cuando escuchó un golpe seco sobre el techo y, luego, como si hurgaran entre la paja. Un frío de muerte le corrió por la espalda. “Huitacaa, en nombree de Diosh, dejamee en path”, dijo ella con voz nerviosa y aferrándose a su pequeño, cuyo rostro parecía ajeno a la paranoia que vivía su madre.

Pasados unos segundos recobró la calma, pero ahora el silencio la asfixiaba a tal punto que no sabía si aun estaba viva. Sin querer, Antonio, dormido y apacible, dio un giro sorpresivo y la abofeteó regresándola a la realidad. En ese momento, las nubes crujieron y ella sintió escalofrío. No lo esperaba, ni el trueno ni mucho menos el manotazo. Tampoco la lluvia que al cabo de unos minutos se apoderó de su techo y de su cara, debido a una gotera que le llenó de lágrimas ácidas las mejillas. “Prontoo habremosh de cathar meteorosh hijicó míoo i ya no tendremosh miedoo destas yovedithash”, le dijo al niño, mientras cambiaba la estera de sitio. Al acostarse y cerrar los ojos volvió a pensar en el papel periódico; desde niña creía ciegamente en él, pues entendía que allí estaban todas las respuestas, tal como se lo enseñaron sus antiguos e ilustrados amos coloniales. Pero lo que Sagrario no sabía era que la agroinformación, hija de la ciencia, no proporcionaba soluciones mágicas y que, desde el principio, su discurso se fundamentaba en describir, desmentir y explicar los mitos del agro y su naturaleza. Por ende, no especula. Y es en ese punto donde se puede hallar el gran aporte de don Rufino, quien no sólo mantuvo el principio de la receta informativa como estructura del texto sino que presentó al periodismo agropecuario

como una fuerza capaz y posible para intervenir la cotidianidad rural sobre bases certeras y, con ello, lo transformó en una herramienta más dentro de la hacienda y en un soporte que podía servir, pero que también dependía de una serie de factores. Por ende, don Rufino liberó a la agroinformación del falso ideal colonial que la postulaba como la solución definitiva para todos los problemas del agro.

Sin embargo, *El Cultivador Cundinamarqués* acusó fallas en cuanto al entendimiento de la cotidianidad campesina, que era la queja común de todos los agricultores: “El que ni aun sabe como se ara la tierra, el que ignorando los padecimientos, la opresión, y el extremo de miseria á que se hallan reducidos la mayor parte de los labradores de nuestro país mal pueden disputar sobre asuntos de esta clase” (*Invitación a los agricultores*, 1833, 9 de febrero, p. 4). Así que de nada servía el esfuerzo si no coincidía con el molde cognitivo y las necesidades que los payos tenían. Esa dificultad era consecuencia de haber concebido al impreso como el plan B de un proyecto académico destinado a los que se encargarían de capacitar y asistir a la población agropecuaria, tal como lo quería don Rufino: “Sin que la agricultura se practique por hombres ilustrados, que analizen sus operaciones varias, e investiguen las causas que producen los efectos que observan, la agricultura jamas hará progresos entre nosotros”, escribió (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1° de enero b, p. 6). Por eso, y al margen de su éxito o del fracaso, este periódico se convirtió en la primera política pública de asistencia técnica agropecuaria del país.

Otro factor que aquejó a *El Cultivador Cundinamarqués* fue el majeo de la temática publicada, ya que parece una pérdida de tiempo dedicar una edición completa a enseñar sobre el cultivo del cacao a los agricultores de la sabana y los páramos o hablar del trigo en regiones de clima cálido. Quizás, faltó diversificar un poco más la información para hacerla más atractiva para todos, teniendo en cuenta la diversidad de climas y los terrenos de topografía “tortuosa y majestuosa”, como la propia historia de país, según dice la intelectual colombofrancesa Florence Thomas (*El Tiempo*, 2011, 19 de noviembre, p. 22). Por ende, se podría afirmar que al periódico le faltó dirección y criterio editorial. Pese a esto, es plausible el interés de don Rufino, ya que iba en consonancia con la tendencia universal, pues entre 1819 y 1865 se publicaron cerca de 250 revistas agropecuarias que luego terminaron convertidas en secciones de los grandes periódicos del mundo (Bejarano, 1987, p. 128). Infortunadamente, *El Cultivador Cundinamarqués* no pudo ajustar tuercas a tiempo para demostrar su valía dentro de la sociedad rural colombiana.

“Losh pobreteah de losh camposh shomosh el culoo del frailee”, dijo Sagrario enojada, refiriéndose a que todo lo malo le sucedía a los agricultores. Poco después, se quedó dormida con la oración del Credo atrapada entre los labios. De repente, una figura más negra que la noche arrastró los pies y con el *cococooo* de una gallina debajo del brazo se inclinó para mirar por un espacio astillado que había debajo de la puerta. Luego de unos segundos se levantó; entonces, Sagrario abrió los ojos. “...Amén”, dijo sobresaltada. Ella intuía que algo malo iba a pasar. Pero allí no había nadie. Su cabeza reposaba sobre un pedazo de cuero en el que guardaba periódicos viejos y que fungía, quizás, como oráculo de sus sueños. ¿Por qué á mí?, parecía musitar arrastrando las palabras entredormida, mientras su cuerpo daba un giro de noventa grados como si quisiera retroceder en el tiempo. No imaginaba ella que necesitaba girar mucho más para devolverse trece años, hasta el día en que firmó su destino con un arranque de furia. Fue la época cuando la agroinformación resurgió como opción gracias a la bendición del Libertador, quien creía necesario formar al campo porque era el origen de la abundancia de la sociedad y el estado; por ende, las letras podían volver a untarse de tierra y estiércol. Así, las respuestas que Sagrario buscaba estaban en su pasado, pero tanto ella como sus periódicos continuaban enrollados y apachurrados por aquella extraña noche.

## 2

La despertó el repicar del chorrito de orina espumosa que iba dejando Antonio sobre el suelo polvoriento. El canto de las mirlas marcaba las cuatro de la mañana y eso le indicaba a Sagrario que ya era tarde y tenía que apresurar la marcha. Ella salió forrada con una manta azul que apenas le dejaba ver los ojos y cargaba en sus manos un viejo cuenco de barro; detrás caminaba el niño aferrado a un orillo de la manta, mientras apretaba contra su pecho la botella vacía donde solían guardar la leche. El pequeño andaba con dificultad, quizás por un sombrero que de cuando en cuando le obstruía la mirada y una ruana que a simple vista lo sobrepasaba en tamaño; le tocaba así, pues había nacido con el sino del trabajo y como todos los hijos del campo estaba atado a un grillete convertido por necesidad en tradición. Hoy día, de acuerdo la Organización Internacional del Trabajo (OIT), hay 168 millones de niños trabajadores y entre estos, 98 millones son agropecuarios (2014, 12 de junio). Colombia, por su parte, aporta a esa cifra 1'091.000 niños entre los 5 y 17 años de edad, de los cuales 375 mil, el 34,7 por ciento, se dedican a las actividades del agro; de ellos, 330 mil habitan en el campo y equivalen al 67 por ciento de los 492 mil que laboran en esta zona del país (Colombia, Dane, 2014, 8 de mayo, p. 6, 10 y 11). Es triste pero al igual que muchos de esos niños Antonio tampoco tenía infancia y su mundo no llegaba más allá de una barrera infranqueable de hojas verdes y lamentos de chicharra que le impedían divisar a la Bogotá de la que tanto le hablaba su madre y que recorría en el pensamiento como si fuera un cuento de hadas.

El niño sabía que las pequeñas montañas capitalinas tenían la piel oscura, ya que eran calveros erosionados por los vientos fríos y por la extracción desmedida de madera y piedra, usadas como combustible e insumo para construcción (Mejía, 2000, p. 30 y 32). Sagrario le había dicho que aquellos envejecidos cerros eran guardianes moribundos de una ciudad triste y sin cielo que escondía un laberinto lleno de casas de cal y argamasa que parecían panales gigantescos dotados con habitáculos sombríos y gente aburrida vestida de negro. Todo eso se lo había contado Sagrario las mismas veces que él se lo había preguntado. “Higjicoo, uno deshtosh díash la providenthiia nosh vayevar á la capital”, le decía siempre. Ella veía a la ciudad como la salvación para su hijo, ya que si él no estudiaba y, por ende, terminaba analfabeto, no iba a ser considerado ciudadano a partir de 1850, tal como lo decía la ley (Arboleda, 1933, p. 126). Sagrario también quería evitar que con educación o sin ella Antonio terminara como sirviente o

jornalero debido a que esas actividades lo inhabilitaban social y constitucionalmente para ejercer su derecho al voto. Era una época en que tenía más valor ser una tusa que un trabajador del campo.

Aquella madrugada parecía como si las nubes hubieran perdido su ruta, pues ellos tuvieron que caminar por cerca de media hora retando una densa niebla que no dejaba ver nada a más de dos metros de distancia. Por eso, al bajar por un mediano repecho, madre e hijo quedaron petrificados al sentir sobre sus cabezas el aleteo bulloso de lo que pensaban era una lechuza. “¡Ayyy, Diosh benditoo, esh laa Gjuitacaa!”, dijo ella, ante lo cual hubo un nuevo aleteo y luego otro y otro. Su corazón se sacudía y sentía el palpitar del niño escondido bajo su falda. De repente, al aguzar el oído, percibió el lento despertar de los árboles que empezaban a mecerse entre las sombras y traían consigo una voz extraña que se arrastraba entre el manto blanco. “¡Maree míaa, shon lash del purgatorioo!”, pensó y atragantándose del aire escarchado se persignó y gritó: “Deshcanshen en path”. Sagrario había escuchado historias de espantos que se llevaban a los niños, como la Madreagua, pero le temía más a las ánimas de la guerra, pues creía que volvían al lugar de su muerte para buscar su sangre perdida y se sentaban allí a llorar o a lamentarse, ocultos entre los árboles, que eran como eternos ataúdes para las almas y el motivo por el cual las ciudades se llenaban de fantasmas cuando se destruía un bosque. Al recordarlo, casi podía sentir la marcha espectral rodeándola con un dolor que sonaba como la *Lacrimosa*, esa parte de la *Misa de Réquiem* de Mozart, que se percibía cuando el aire hallaba la tristeza del violín en las hojas aun dormidas y el gruñido terco del chelo parecía colgarse de las ramas de los árboles: “*Lacrimosa diez illa qua resurget ex favilla iudicandus homo reus; lacrimosa diez illa qua resurget ex favilla iudicandus homo reus; huic ergo parce, deus pie iesu domine. Dona eis réquiem, dona eis réquiem. Amen*” (2008). Los ángeles cantaban y los muertos respondían: “Día de lágrimas será aquel en que resucitará del polvo para el juicio, el hombre culpable; día de lágrimas será aquel en que resucitará del polvo para el juicio, el hombre culpable; a ese, pues, perdónalo Dios, señor de piedad, Jesús. Concédeles el descanso, concédeles el descanso. Amén”. De repente todo quedó en silencio, excepto el sonido grandilocuente de su propio cuerpo que magnificaba el roce de la ropa, la saliva acumulándose en la garganta, el pulso de sangre en la sien, el crepitar de la hojas de un viejo periódico que llevaba enrollado y prensado con la pretina de la falda, el aire caliente que exhalaba Antonio contra sus muslos helados. Entonces, descubrió que estaba temblando y peor aun cuando, sorpresivamente, levantó vuelo otra lechuza, cuyo

aleteo parecía un terremoto. El corazón parecía querer salirse de su pecho, sobre todo al oír susurrar su nombre: “Shagrario...”. Ella intentó gritar, pero su voz huía entre la niebla. Un par de segundos después, cuando la voz repitió: “Shagrario...”, lanzó el cuenco, que quedó hecho pedazos al instante, trepó el niño al hombro y corrió dejando el periódico y el pañolón desmayados sobre la hierba.

- ¿Bushté la conoshe?, preguntó un joven con rasgos indígenas a un anciano que yacía sentado sobre una roca.

- ¡Push shí paishano! Esh un julano que yaman Joshé de Jeshúsh Shagrario Lothano.

- ¿Cómo anshí? ¿No tará equivocao bushté?

- No. Shiguro quéel esh eya i eya esh él...

- ¿Cómo así?, ishplique bien bushté...

- Vale, shiénteshe paishano..., le dijo el anciano.

- Dishculpe ñor, poro voy de pasho; mi dishtino mespera puayá ‘nel barranco...

- Push el mío tá neshte lugar, amarrao á eshta piedra. He querio levantale pa’ cargarla i martcharme dacá, poro no hay juerza que la mueva.

El indígena observaba de pie y en silencio al ruco que parecía luchar también contra el peso de sus mil arrugas. “Me duele el shesho”, dijo el viejo sacudiendo la cabeza como lo hacen los caballos para espantar las moscas.

- Mi dishen Chuquino i bushco mish beshtiash con la carga que yevan, anotó el joven, mientras le mostraba los hematomas de sus manos desgarradas, laceradas.

- Avéngashe paishano. Pronto hayará bushté el camino correto. Claro tá que ende que se jue mi jeneral Golivar la patria esh una trapishonda...

Chuquino, como si no le importara lo que le decía el viejo, se agachó con su cuerpo pequeño y robusto para observar el indemne papel que yacía sobre la yerba. Lo miraba fijamente intentando comprender lo que allí decía, pero todo era en vano porque él no sabía leer. El anciano también se inclinó y con voz grave y pausada leyó: “El Eco de Te queeeen tha ma”.

Luego, y sin hacer mucho caso al asunto, empezó a contarle quién era aquella rara mujer que había huido de ellos.

“La conothí cuando golvieron losh tchapetonesh y era un melitar deshosh valeroshosh”, le dijo el viejo. También le contó que ella hacía parte de un destacamento del ejército libertador que estaba reunido en una de las tantas haciendas que fueron víctimas de la guerra y que en su desgracia se atornillaban a su pasado, fantasmagóricas y orgullosas, como esas magníficas ballenas que se lanzan a la playa para desafiar al pescador y al cuchillo que va a desvalijar su cuerpo. En esos días de pólvora y sangre, la campiña neogranadina había perdido su rostro productivo y se convirtió en refugio y alacena de la soldadesca que llegaba como una plaga, sin importar el bando al que perteneciera, y arrasaba con todo, causando dolor, temor, robo, desplazamiento y muerte de innumerables familias. Por ende, de un día para otro, las tierras rurales del país cambiaron de dueño y muchas haciendas fueron habitadas por el rastro de un silencio que se atragantaba del vacío que deja el olvido y por un sinnúmero de enredaderas que decoraron, tumbaron y reconstruyeron todo a su antojo.

Hermes Tovar cuenta que la lucha armada había despertado un pánico rural que obligó a muchos a vender lo que tenían antes de ser víctimas de cualquiera de las facciones: “Sería interminable el volumen de testimonios sobre extracción de ganados, esclavos, alimentos y, en fin, cuanto pudiera ser utilizado por militares, saqueadores y herederos, dispuestos a sobrevivir con cuanto pudieran subrepticamente vender. La guerra no sólo se limitó al saqueo de los factores productivos, sino que también preservó y acrecentó los bienes de quienes fueron fieles a la causa” (2010, p. 47). Esta situación se agravó con la imposición del impuesto de guerra que se cobró entre 1813 y 1820 a “todos los propietarios de hacienda, labranza o tienda abierta de cualquier especie que sea” (Carrillo, 2004, p. 54). Por esa razón, el abandono y el hambre campearon en pueblos y ciudades tras la independencia, y holgazanes que antes vivían de la limosna colonial se volvieron ladrones libres en una república urbana que nació encerrada en una sociedad de derechos hecha a su propia imagen; es decir, derechos con paredes. De ahí que el Libertador haya afirmado: “Destruída la seguridad y el reposo ha sido imposible la agricultura”; él consideraba que esto había traído la ruina para otros sectores, pues lo poco que se cultivaba o criaba era apenas para subsistencia (Citado en Carrillo, 2004, p. 23). Por lo tanto, la guerra de independencia ocasionó la ruina para sectores antes privilegiados como el cacao, cuya caída tocó fondo en 1850 cuando su productividad se redujo en un 42 por ciento con relación a 1803

(Kalmanovitz, 2008, p. 217). Además, el arcabuz y el cañón secaron las venas agropecuarias del país cuando reclutaron las manos de trabajo que hacían producir y reproducir el campo. Así ocurrió, por ejemplo, en 1814, en el sur del país, cuando los indígenas Pastos no pudieron pagar los tributos porque no habían podido realizar sus siembras, ya que muchos de ellos trabajaban para el ejército realista, por un real al día, participando “en la conducción de víveres, piezas de artillería, bagajes y pertrechos para la tropa” (Gutiérrez, 2007). En consecuencia, los trabajadores del campo se convirtieron en peones de la guerra y el sector agropecuario llegó a ser el primer damnificado y el menos beneficiado de la gesta independentista.

En una de esas haciendas estaba José de Jesús Sagrario, según le dijo el anciano al indígena: “Un día she armó la marimorena con otro melitar i él le rompió la teshtera con una pedrá. Entonthesh, lo entherraron en la cárthel de Thipaquirá, onde to’ she shupo”.

- ¿I qué jue lo que shupo ñor?, preguntó Chuquino.

- Push no she shabe cómo ni cuándo, poro alguien desh cubrió quel tal Joshé de Jeshúsh era una mugjer veshtia ‘e varón. ¡Imagjineshe bushtë!, dijo el viejo con algo de sorna.

- ¿Esh tuesho shierto ñor?...

- ¡Ratonesh arriba que to’ lo blanco no esh jarina!... Lo pior, paishano, esh que puayá la Shagrario shalió preñá...

Los dos hombres guardaron silencio con desconcierto. Luego de algunos segundos, el anciano retomó el relato y le contó que Sagrario fue trasladada de Zipaquirá a una cárcel de Bogotá, donde permaneció aislada por un tiempo. Era un lugar pequeño en el que, según estadísticas de 1823, había apenas treinta presos, “la mayor parte por robo o falsedad, algunos por asesinato y especialmente por uxoricidio; no había sino uno que estuviese acusado de incesto; el número de mujeres detenidas era menor que el de hombres” (Mollien citado en Mejía, 2000, p. 280). Sagrario estuvo allí hasta ese año. Al salir, sólo pensaba en recuperar su vida; sin embargo, al intentar conciliar la realidad con su pasado siempre terminaba sin entender cómo, por qué o a qué hora había perdido el cenit de su existencia. Al final, concluyó que era justo renacer, aunque esa decisión estuviera marcada de arranque por un dolor que le incendiaba el vientre. Fue por esos días cuando decidió recuperar su nombre de pila y le agregó el apellido de sus antiguos patrones. Así, sola y sin destino, terminó convertida en Sagrario Lozano.

El anciano estaba en ese punto de la historia cuando la vio regresar y pasar corriendo muy cerca de ellos. Llevaba la botella para la leche en una mano y detrás de ella iba, como siempre, Antonio, quien luchaba con fastidio por no perder de vista a su madre y evitar caer en la trampa de su propia ruana. “Aqueshte no esh el primero. Shu crío mayor murió á pocash shemanash de parío en la prishión”, dijo el viejo observando con ternura el paso torpe del chiquillo. Y continuó: “Shiguro le mató el jrío i el hambre o shólo tenía que morirshe el probre... ¡Ha, nather como un reo!... Dithen que yoraba tuel tiempo la cuitá mugjer i andaba losh purush gueshosh, hashta que un sheñor cura she apiadó i le mandó pa’ Ambalema á onde losh del tabaco”.

Y así como ocurrió en la vida de Sagrario, muchas cosas también cambiaron en el país después de 1819, empezando por su nombre, ya que gracias a la *Ley Fundamental de Unión*, proferida ese mismo año, el virreinato de la Nueva Granda pasó a ser la Gran Colombia, integrada por Ecuador, Venezuela y Colombia. Esa identidad había sido concebida varios años atrás por el verdadero padre de la independencia de las colonias españolas y mentor del Libertador, el venezolano Francisco de Miranda, quien se refería a América como el “continente colombiano” (Citado en González, 2011, p. 121). Este gentilicio se usó por primera vez cuatro meses antes de la revolución del 20 de julio cuando Miranda dio vida al primer colombiano que, paradójicamente, era venezolano pero nacido en Londres y cuyo cuerpo estaba constituido apenas por una hoja de papel. Ocurrió el 15 de marzo de 1810, día en que circuló en la capital británica un periódico llamado *El Colombiano*, el cual era la metáfora de lo que iba a suceder en la nueva república: aunque tenía inspiración francesa, surgía bajo el auspicio inglés.

Cuando ya no era uno sino miles los colombianos, los padres de la república creyeron necesario consolidar esa nueva identidad reconstruyendo casi de cero la nación. Uno de los frentes a trabajar era el agro, pues se decía que el ochenta por ciento de las tierras del país eran improductivas. Por este motivo, el Congreso de la República promulgó en 1821 la *Ley sobre enajenación de tierras baldías y creación de oficinas de agrimensor*, fundamentada en que uno de los principales deberes del Estado “es fomentar la agricultura por cuantos medios estén a su alcance” (2010, p. 32). Para eso, y siguiendo el pensamiento del Libertador, había que empezar por distribuir las tierras, impulsar el cultivo del productos como el café, el añil y el algodón, y promover la búsqueda de “noticias de objetos que pudieran mejorar nuestra industria” (Citado en Carrillo, 2004, p. 16). Además, para romper con el molde colonial, el Libertador mostraba al agro como una alternativa viable frente a la minería y decía que junto a la industria y el comercio

este era “el origen de la abundancia de la sociedad y del Estado” (Citado en Carrillo, 2004, p. 22). Fue, entonces, cuando comenzó a plantear la necesidad de capacitación en el tema, ya que la agroinformación resultaba relevante para ayudar a consolidar la nueva república.

Cuenta Tomás Carrillo, investigador del pensamiento bolivariano, que el Libertador buscaba un equilibrio entre agro, industria y comercio para garantizar un desarrollo autosostenido donde no se dependiera de las importaciones. Por eso, quería que se formaran técnicos medios para la industria y el agro, por lo cual, el 21 de mayo de 1820, decretó un esquema de mejora basado en juntas provinciales de agricultura y comercio, lideradas por el gobernador de cada región:

El decreto se extiende hasta la formación de colonias de vagos y malentrenidos para desarrollar la agricultura, con jefes militares de cada provincia. También ordena en Guayaquil, el 22 de mayo de 1823, el remate de las sales para la elaboración de caminos, a fin de mejorar el transporte y movilización de los productos agrícolas hacia su destino donde se utilizan comercialmente. También mencionan la necesidad del riego, usando los ríos propios para ello y la conservación de los bosques por la riqueza de la madera (Carrillo, 2004, p. 23).

Seguramente, en esas decisiones contó la experticia en el tema agropecuario de don Francisco Antonio Zea, vicepresidente de la república entre 1819 y 1821. Y aunque el avance en la recuperación del agro lucía lento debido a la incipiente estructuración administrativa de la nación, Carrillo agrega que el verdadero impulso se dio gracias a la ley del 27 de septiembre de 1821, que liberaba de impuestos la importación a los libros, herramientas, plantas, semillas, maquinaria y utensilios para las labores del campo y prohibía la entrada de azúcar, café, cacao, añil, café y melazas, pues el legislativo los consideraba nocivos para el despegue del sector. Por lo mismo, liberaba por diez años de impuesto de exportación al algodón, café, miel, azúcar, maderas y aguardiente de caña; otro grupo, que incluía ganado y equinos, pagaba un canon que variaba entre el 5 y el 15 por ciento del valor en la plaza (2004, p. 66 y 67). También fue positiva la exención del diezmo por diez años para las cosechas del cacao, siete para el café y cuatro para el añil, según la ley del 19 de mayo de 1824, así como el millón de pesos destinado para hacer préstamos a los agricultores, con un interés del seis por ciento anual, y con un tope máximo por persona de seis mil pesos diferidos a quince años, decretado el 28 de abril de 1825. Estas políticas pretendían incentivar el comercio exterior, única salida posible para sacar del atolladero

al agro, aunque la ley sólo lo contemplaba viable mediante un intercambio recíproco de productos.

Sin embargo, no todos opinaban lo mismo y esa divergencia terminó por crear las dos vertientes ideológicas que han destruido y confundido al país. Por lo tanto, el factor económico que originó la independencia también motivó la brega política colombiana, pues unos querían recuperar el comercio colonial mientras otros buscaban implantar una tesis liberal. Era la idea *santanderistas* contra la *bolivista*. “La primera privilegiaba el desarrollo de la industria basada en la consolidación del artesanado, y apoyada por una intervención del Estado en el ordenamiento de la economía y en la protección de la empresa privada. La segunda veía en la agricultura para exportación el eje del progreso y en el libre cambio la manera para impulsar y promocionar esta actividad” (González, 2001, p. 84). Inicialmente, predominó la visión del Libertador gracias a don José María del Castillo y Rada, ministro de hacienda cartagenero, expresidente en el Triunvirato de las Provincias Unidas de Nueva Granada, entre el 5 de octubre de 1814 y el 21 de enero de 1815, y presidente encargado de Colombia en 1821 y 1828. Castillo promovió el uso del papel moneda, del que no era partidario el vicepresidente Santander, y, posteriormente, usó el papel sal como base de la economía tal como lo hicieron los Estados Unidos con el tabaco tras su independencia (Carrillo, 2004, p. 137). Además, “propuso eliminar la gran mayoría de los impuestos coloniales y, sobre todo, las trabas que impedían el progreso de la industria y el comercio en la Gran Colombia” (Ocampo, 2012). Don José María se convirtió en el artífice de una economía basada en el librecambio y la inclusión de la empresa privada como motor del comercio y el desarrollo nacional, pese a que el país dependía básicamente del tabaco que se cultivaba en las cuatro regiones del país, especialmente en el centro y el nororiente colombiano.

No obstante, sí existían otras alternativas, aunque eran mal explotadas. En la costa atlántica, por ejemplo, estaba la ganadería con subproductos como el cuero y el sebo, además de la producción equina con mulas y asnos, el cultivo del algodón, el palo de tinte y siembras de pancoger como maíz, yuca y plátano. La costa pacífica tenía ganadería y pancoger para su autosostenimiento. La región andina oriental producía ganado, papa y trigo en la sabana de Bogotá, caña y algodón en Santander y cacao en tierras nortesantandereanas. La región andina central, es decir, Neiva y Mariquita, era rica en ganadería, cacao, miel y caña, con subproductos como la panela y el azúcar. El eje antioqueño era esencialmente minero y la agricultura se reducía al pancoger con predominio del frijol y el maíz (Yepes, 2001, pp. 139-140). Como se

puede ver en la mayoría de estas regiones, incluyendo los llanos orientales, se destaca la labor pecuaria, pese a haber sido una de las grandes damnificadas de la guerra, no sólo por la pérdida de ganado, caballos y mulas sino también por la asinofagia que apareció en los días de crisis cuando por falta de alimento las comunidades terminaron echando mano de los laboriosos y humildes burros como parte de la dieta cotidiana (Patiño, 2002, p. 175). Por ende, la guerra acabó con buena parte de la fuerza de trabajo viva, dejando al naciente país sin una sus principales herramientas para el transporte, arreo y labrado de las tierras.

Esta situación se sumaba a la falta de trabajadores, pues el ejército los necesitaba, ya que el proceso de independencia se extendió casi hasta 1825, obligando al Libertador a prohibir la esclavitud, lo que llamaba “el hombre como propiedad”, y que a su juicio era “la infracción de todas las leyes” (*La Bandera Tricolor*, 1826, 30 de julio, p. 9). Por eso, también decía que la igualdad era la ley de leyes: “Sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer todos los sacrificios” (*El Papel periódico ilustrado*, 1881, 28 de octubre, p. 59). Esto llevó al Libertador a implementar el sistema del peón asalariado para dar a los esclavos, integrados por afros, indígenas y mestizos, el carácter de ciudadanos; sin embargo, el vejamen nunca acabó y los pocos libertos quedaron, como lo denunció el mismo Libertador en 1824, bajo el dominio de la nueva aristocracia, conformada por ricos emergentes, frailes, clérigos, abogados y militares de rango, quienes buscaban “ser iguales que los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a estos los quieren considerar siempre como siervos” (Bolívar citado en Carrillo, 2004, p. 20). En últimas, parecía que la nueva sociedad no había eliminado la opresión, sólo la reemplazaba.

- ¿Bushté pue crer que agora teníamush que pagar impueshtosh como toosh?, le dijo Chuquino al anciano frunciendo con molestia la piel tostada de su ceño.

- Ay paishano, al probre she lo come el shol... i aquesha injamia era pior con noshotrosh losh probresh campeshtresh que cogjimosh losh arcabuthesh i losh matchetesh pa' shacar á losh tchapetonesh. Fígjesh que losh atreviosh melitaresh nosh han compraosh baratosh losh valesh quel gjenar Golivar nosh dio pa' reclamar tierrash en pago por la vitoria. Push paishano, yo caí 'nel latho i terminé shirviendo como cuando losh virreyesh pa' uno deyosh. No garlo paishano, poro vi yorar á otrosh con eshtash meshmash lágrimash que bushté ve. I anshí le shuthedió á don Pedro Bahesha, puayá en lo que yaman Buga, 'nel

pashao prósimo de 1828 en cuando el ruín de don Luish Quintero jué i ushando lash leyesh de la patria, le quitó la heredad i hashta amenathó á la familia con darlesh prishión o athotarlesh. Recuerdo la cuita con que lo ha contao el probre hombre:

Nos echó a mi madre y a mí de las estancias que teníamos, cometiendo las mayores injusticias y causándonos un violento despojo, pues que nos dio por lo que valía doscientos cincuenta; y para este despojo se valió de un juez ignorante de sus deberes, el que nos obligó a vender por lo que el señor Quintero quiso, y nos intimó la inmediata salida de nuestras posesiones. Mi madre y yo como personas tímidas y faltos de recursos, tuvimos a bien por la violencia que se nos hizo, ceder a todo (Citado en Jurado, 2010, p. 50).

- ¡Beyaco! – dijo Chuquino, mientras masticaba algunas hojitas de pasto y, luego, agregó: “Al probre ganapán she le trata como al vil bandolero”.

- Recuerdo que así le pashó en la Antioquia al paishano don Bernardo Agudelo en 1820. Él era un campeshtre como noshotrosh i no tenía trabagjo. Entonthes she pusho á robar con la mugjer dél unash gallinash, unosh guarrosh i hashta los granosh que le cabían en los bolshillosh. Poro le cogjieron losh melitares i le yevaron del peshcuetho pa’ otro pueblo. Lo echaron de shu patria i le digjeron quera una poliya i quel ladrón no era más quiún othiosho (Jurado, 2010, p. 53). Yo digo, pa’ que tanta libertá paishano shi no hai comida, ni trabajo, ni leyesh que nosh amporen á gentesh como noshotrosh...

Es claro que tal como sucede en el presente, durante los días de la Gran Colombia cundía el desencanto por la distribución de tierras, principalmente entre los soldados, quienes aspiraban a obtener propiedades en retribución a su esfuerzo; sin embargo, muchos no recibían nada o lo poco que les daban lo perdían con engaños a manos de la nueva élite de terratenientes, tanto militares de alto rango como caudillos, y, por ende, terminaban quejándose “con amargura del funcionamiento de las comisiones de tierras” (Lynch citado en Kalmanovitz, 2008, p. 215). Ese pequeño y novísimo círculo fue el que originó el búnker de apellidos que aun mantiene el poder así como sus prerrogativas, pues según el *Gran Atlas de la distribución de la propiedad rural en Colombia*, solo el 3,8 por ciento de los actuales terratenientes, es decir, los que tienen más de 200 hectáreas, son dueños del 41 por ciento de los terrenos productivos del país, lo cual significa que casi la mitad de las riquezas del agro le pertenece a unas pocas manos (*El Tiempo*, 2011, 9

de octubre, p. 8). Ya había advertido la ilustración escocesa que el tenedor de tierras sería el verdadero dueño de ese caramelo adictivo y sin rehabilitación que es el poder.

Otro factor que afectaba el desarrollo del agro es el tiempo que se dedicaba al trabajo del campo, pues de acuerdo con don José Manuel Restrepo, exintegrante de la Expedición Botánica, los colombianos “pasaban 74 días enteros de fiesta, y 18 medios días de inactividad cuando se obligaba a la gente a escuchar misa”; es decir, casi tres meses de para (Citado en Ramírez, 2012, p 5). Y peor todavía era la mala imagen que eso dejaba entre los extranjeros. El sueco Carl August Gosselman, por ejemplo, expresaba que los colombianos tenían seis meses de festejos y el resto del año no hacían nada, y escribió que su viaje por el país se vio afectado por esta situación: “No se necesita ser muy exaltado para perder la paciencia cuando después de haber corrido durante largos días detrás de un tal señor, éste, moviéndose en su hamaca, pronuncie su palabra favorita: ‘vuelva mañana’; y al insistir en un nuevo retorno recibe la categórica respuesta, ‘Hoy es día de fiesta’, pronunciada con alegre seguridad, como si hubiera estado esperando todo ese tiempo para decirla” (Citado en Jurado, 2010, p. 62). Esa cotidianidad paquidérmica arruinaba al sector productivo y dejaba como única opción de subsistencia volverse recluta o buscar un espacio en los cultivos de tabaco, los cuales generaban empleo, pues recibían gran apoyo del gobierno debido a los negocios que existían con Inglaterra, cuyas ganancias sostenían al Estado, en especial, a las fuerzas militares.

El tratado con los británicos, firmado por siete años el 23 de mayo de 1825, resultaba desventajoso para el país y lucía como una contraprestación por el aporte de los ingleses a la independencia y por las dos millones de libras esterlinas que estos prestaron para el sostenimiento de la república, gestionadas por don Francisco Antonio Zea, con las cuales se inauguró la deuda externa colombiana. Entre otras disposiciones, ese acuerdo “permitía libremente la circulación de buques por puertos y ríos de la Gran Colombia y sus provincias e igualmente la libertad de ocupar casas y almacenes comerciales para objeto de su comercio” (Carrillo, 2004, p. 104); por el contrario, los productos colombianos que salían hacia ese país eran muy pocos. Algo parecido ocurrió con los estadounidenses, ya que por haber sido colonia británica exigían un trato similar e, incluso, más favorable, pues el acuerdo con ellos, firmado el 30 de enero de 1826, se acordó para doce años.

De Estados Unidos llegaban algodón y el tabaco de Virginia, aunque este último también comenzó a entrar de contrabando desde 1827, afectando al cultivo colombiano, por lo cual

muchos tabacaleros del país tuvieron que hacer su propio alijo para buscar nuevos mercados debido a la escasa venta, “lo que disminuyó la renta y utilidad del tabaco, a la par que crecía la importación provocando bajas en las rentas nacionales” (Carrillo, 2004, p. 146). Eso resultaba un problema grave, ya que el tabaco era considerado prioritario de acuerdo con la ley del 27 de septiembre de 1823; por eso, según Carrillo, se habían instalado nuevas factorías y se mejoraron las que existían, buscando aumentar el recaudo del estanco. Ambalema, al oriente del departamento del Tolima, era el eje de la producción, aprovechando su calor y los aproximadamente 468 kilómetros cuadrados de tierra fértil. Allí se producía el tabaco de mayor calidad en el país, del cual se cosecharon cerca de mil quinientas toneladas entre 1822 y 1827 (Cualla, 1831, p. 14). Por ende, las consecuencias negativas de la importación y el contrabando llevaron al gobierno a realizar en 1827 una inversión de tres millones y medio de pesos, con un préstamo del exterior por medio millón más, lo cual era una cifra muy grande para la época. Dicha inversión se explica con las palabras que le expresó don José Rafael Revenga, ministro de hacienda en 1828, al Libertador: “Poseemos, pues, el medio de satisfacer a lo que la República debe al acreedor extranjero, engrandeciendo en vez de empobrecer al país. Poseemos una abundante fuente de riqueza, que mas adelante puede hacer innecesarios varios de los impuestos que ahora existen” (Citado en Carrillo, 2004, p. 253). Eso argumenta el ferviente interés del Libertador por sacar a flote dicho cultivo; infortunadamente, fue un esfuerzo en vano, pues algunas décadas después el tabaco perdió su liderazgo cuando el café se apoderó definitivamente de la economía nacional.

Sagrario Lozano llegó a Ambalema en 1823. Apenas logró aguantar el calor infernal durante cuatro años y regresó a Bogotá cuando la producción decayó. Ella hablaba del control asfixiante de los funcionarios del estanco y de los seis meses en que el gobierno no les recibía la hoja cosechada, lo cual obligaba a vender a bajo precio con las consecuentes pérdidas para el tabacalero (Cualla, 1831, p. 15). Y si esa era la mejor opción de vida para el trabajador rural, es fácil colegir lo que sucedía con el resto del sector agropecuario, ya que permanecía desprotegido por el interés exclusivo del gobierno en el tabaco, causando, por ejemplo, en 1830, la caída del añil y el café; además, “el empobrecimiento de la tierra junto al padecimiento del comercio de la ganadería no ofrecía al comercio interno ventajosos retornos compensados desde afuera y la exportación de ganado continuaba con problemas o sujeta a licencias especiales” (Carrillo, 2004, p. 194). De esta manera, el tabaco, la perla del agro colonial, determinó el estancamiento

agropecuario del país; pero también hay que decir que benefició a la agroinformación, pues sirvió para abrir espacios donde surgieron interrogantes que tomaron forma de propuestas a través del punzante periodismo de la época.

El primer periódico republicano que habló sobre el tema, y tercero en la historia del periodismo agropecuario colombiano, fue *La Miscelanea*, creado el 18 de septiembre de 1825 por don Rufino Cuervo bajo ideología santanderista y a usanza del semanario español del mismo nombre, editado entre 1819 y 1820, en el tiempo del trienio liberal que marcó la transición política española de la monarquía absoluta a una constitucional inspirada en la independencia americana y promovida tras la reinstauración de la Constitución de Cádiz de 1812, la famosa Pepa. Ya lo había dicho el Libertador, refiriéndose a la batalla de Boyacá, que ese día había “dado la vida a Colombia y la libertad a España” (Citado en Cuervo y Cuervo, 1892e). Cuentan los hijos de don Rufino que en el corto despertar liberal hubo una hermandad que permitió reproducir en Hispanoamérica y “por dondequiera las publicaciones españolas, ya en prenda de adhesión y fraternidad, que había de comprometer a sus autores a usar con los americanos la misma medida con que ellos querían ser medidos; ya para imponer silencio a los realistas y escrupulosos que se escandalizaban de las ideas que corrían en América” (Cuervo y Cuervo, 1892e). Ese ambiente iba plasmado en la *Miscelanea* española y se reflejó en su par colombiano, que no sólo tomó su nombre sino también su modelo parco de cuatro páginas a dos columnas y letra menuda, con algunos ajustes, como la negrilla en los títulos de sección, y un promedio de seis artículos, lo cual denotaba la poca profundidad de los temas tratados en cada edición, con excepción del texto principal, que a veces podía abarcar hasta tres páginas.

La *Miscelanea* ibérica construía un periodismo que buscaba difundir luces sobre literatura y, sobre todo, quería hablar de economía y artes, como el agro, para dar “luces sobre estas materias, familiarizar á todos con los conocimientos indispensables de entrambas industrias, facilitarles toda clase de datos, y ponerlos en fin en situacion de obrar con mas conocimiento y, por consiguiente con mas ventaja” (1819, 1º de octubre, p. 2). Por su parte, *La Miscelanea* bogotana, que circulaba todos los domingos, seguía la misma línea y hablaba de economía, política, policía, filosofía y moral, religión, ciencia, literatura, notas sociales y hasta noticias extranjeras y curiosas como la del hombre que fue condenado en España a diez años de trabajo en galeras sólo por haber dicho que la virgen de Monserrate era de madera (*La Miscelanea*, 1825, 25 de septiembre, p. 7). Este impreso carecía de avisos comerciales, pero trataba asuntos

de comercio donde, por supuesto, incluía al agro, ya que según el prospecto matriz en España el campo representaba un área que era importante promover y vivificar, junto a la industria, para poder alcanzar la prosperidad (1819, 1° de octubre, p. 3). Sin embargo, en este punto había una diferencia, pues el periódico europeo privilegió la información económica durante sus primeros ocho meses de vida, ya que no podía tocar asuntos de gobierno, mientras que la versión colombiana siempre mostró una finalidad política y sus redactores se autoproclamaban “amantes de la libertad” y prometían defender la constitución y vigilar “cuidadosamente la conducta de los magistrados para denunciar sus faltas y reclamar el cumplimiento de las leyes” (*La Miscelanea*, 1825, 18 de septiembre, p. 1). Con esto, *La Miscelanea* aludía su interés por hacer control político sobre las decisiones y el proceder del Libertador.

Este impreso le permitió a don Rufino, a sus veinticuatro años de edad, debutar como periodista y director, y mostrar desde el principio su interés por el comercio y el agro: “La agricultura de un país no puede recibir de un gobierno otro fomento, que el directísimo de dar a cada agricultor con que tener una hermosa hacienda” (1825, 18 de septiembre b, p. 2). La expresión pertenece a quien firmaba como “*El Cometa*”, estilo que era común entre los articulistas ocasionales, ya que los de base nunca firmaban lo que publicaban; sin embargo, la pequeña sociedad bogotana sabía que el grupo estaba encabezado por don Rufino e integrado por jóvenes liberales como don José Ángel Lastra, quien fue contador de diezmo, ministro del interior y relaciones exteriores, Senador de la República y magistrado; también estaba don Juan de Dios Aranzazu, un literato apasionado por la filosofía que resultó experto en ciencias políticas, llegando a ser gobernador de Antioquia, secretario de hacienda en el gobierno de don José Ignacio de Márquez, presidente del Consejo de Estado y, en una oportunidad, vicepresidente de la República encargado. Los otros dos escritores fueron don Pedro Acevedo, un funcionario público experto en armas, ciencia y literatura, y don Alejandro Vélez, un ingeniero discípulo del sabio Caldas y, además, cónsul experto en negocios, quien asumió varias veces esa misión en el exterior. Por ende, él, por su gen caldista, y don Rufino, quizás fueron los redactores de la agroinformación que se publicó en este periódico.

*La Miscelanea* tenía un tamaño de 22 por 18 centímetros y se imprimió durante nueve meses en el taller de F.M. Stokes, ubicado en la plazuela de San Francisco; lo hizo hasta el domingo 11 de junio de 1826, cuando desapareció con la edición número treintainueve. Infortunadamente, en ese periodo sólo hubo tres artículos con información agropecuaria que iba incluida en las notas

de economía, cuyos textos eran de corte editorial y con un lenguaje claro, sin ambages o tecnicismos que insinuaran un público determinado y que desnudaban la realidad del sector agropecuario dejando a disposición de cualquier lector algunas ideas de desarrollo que podían resultar esperanzadoras en medio de los recursos estériles que conformaban la cotidianidad rural. En ellos se puede observar la forma en que el periodismo agropecuario se apropió de un texto de opinión sin perder su línea propositiva, lo cual también es una forma de educar; un ejemplo claro es el artículo de la edición número cuatro, del 9 de octubre de 1825, en el que se invitaba a proteger la agricultura a partir de una visión fisiócrata asignándole al sector una gran responsabilidad: “Aumenta la población, estiende la riqueza publica, da vida a las artes y movimiento al comercio, forma la moral de la nación, y fomenta el establecimiento de las sociedades, dando existencia a las leyes que las mantienen, y fuerza a la autoridad y poder que las sanciona” (*La Miscelanea*, p. 13). Por lo mismo, el autor pedía acabar con el diezmo y promover la capacitación agropecuaria con el fin de liberar al campo de lo que llamaba la “miserable rutina” española y dar a conocer “las diferentes calidades de las tierras, su mejor abono, cuales son propias a las diversas especies de producciones, y por que señales se pueden conocer, fijar el tiempo de las cosechas, cual sea el mas aparente para las semillas, y el modo mas ventajoso de prepararlas y sembrarlas; enseñar de que manera se destruyen las malas yerbas, y como se educan, se alimentan y se multiplican los ganados” (*La Miscelanea*, p. 14). Aquello era un compendio del deber ser agrario.

Una particularidad importante de *La Miscelanea*, aparte de no usar tildes y tener un encabezado con aire gótico, es el haber sido el sustrato donde revivió, luego de quince años de ausencia, el periodismo agropecuario colombiano y cuyo impulso sirvió para forjar, algunos años después, una década de esplendor agroinformativo en el país. Ese regreso del periodismo a la realidad de la campaña nacional ocurrió por la necesidad de ajustar *La Miscelanea* al modelo original y, quizás, por lo que vio, reflexionó y aprendió don Rufino durante sus correrías por la sabana, mientras era el jefe del cantón de Bogotá, que era la única zona del país donde el agro postindependentista había permanecido a flote, gracias al trabajo disciplinado de los agricultores, quienes pese a no contar con recursos económicos ni tecnológicos sabían aprovechar la fertilidad de sus tierras para conseguir “dos cosechas al año y, gracias a un buen sistema de riego, obtenían una excelente producción de trigo, cebada y alfalfa” (Lynch citado en Kalmanovitz, 2008, p. 219). Además, la producción no sólo se limitaba al área rural; también en “manzanas enteras en

la urbe y en los extensos solares que de manera invariable se encontraban en los fondos de las casas, prolongaban los trabajos agrícolas y la cría de pequeños animales”, apoyados por la madera y los múltiples y bondadosos riachuelos que bajaban por los cerros como lágrimas eternas que bendecían la ciudad con agua todo el tiempo (Mejía, 2000, p. 29). Por ende, Bogotá fue para don Rufino un ejemplo a escala de la participación del agro en el desarrollo socioeconómico del país.

Sin embargo, resulta bastante extraño que los artículos con información agropecuaria sólo hubiesen aparecido en los primeros números, uno muy cerca del otro, y el último, apenas dos semanas antes del 22 de octubre de 1825 día en que don Rufino recibió del Estado, en sociedad con otros amigos, veinte mil fanegadas de tierra para cultivo o poblamiento (Cuervo y Cuervo, 1892e). Ese grupo estaba integrado por gente cercana al vicepresidente Santander, quien por esa época gobernaba al país, ya que el Libertador andaba en campaña militar por Bolivia y Perú. Entonces, ¿pudo haber sido *La Miscelanea* un mecanismo propagandístico para demostrar capacidad y cualidades en el manejo de las tierras frente a lo que pudiera opinar el séquito político bolivista? No se puede descartar que el periodismo agropecuario haya servido como instrumento para favorecer el enriquecimiento y el empoderamiento económico de un grupo en particular como ya había sucedido otrora con el periódico de la opulenta familia del marqués de San Jorge.

No obstante, en la última entrega *La Miscelanea* se declaró tranquila y segura de haber cumplido y pisado algunos callos al promover la discusión de los grandes intereses nacionales: “Como la *Miscelanea* ha combatido el fanatismo relijioso, las preocupaciones militares, la infatuacion masonica, la arbitrariedad en el mando, los defectos de las leyes, las faltas en su aplicacion, los conatos de transgredirlas y las rapiñas contra el tesoro nacional, nos persuadimos que dejara muy pocos amigos, pero nos contentamos con el sufragio de un corto numero de hombres” (1826, 11 de junio, p. 157). También aclaró que su final no se debía a falta de presupuesto, pues, según decía, nunca había existido interés en generar ingresos a través del periódico y sólo se cobraba un real por ejemplar para subvencionar la impresión, tarea que fue realizada por don Rafael Flores en la casa número seis de la calle del comercio. Por eso, argumentaba que el cierre se debía a que el grupo de redactores requería dedicar mayor tiempo a sus negocios personales, como en el caso de don Rufino, quien necesitaba viajar a Popayán para asumir como fiscal.

Sin embargo, cuando él se marchó dejó en el último número de *La Miscelanea* una promesa con letras de ilusión: “Si en otro tiempo las circunstancias nos volvieren a ofrecer la ocasión de continuar este periódico lo haremos, con iguales miras que lo principiámos, sin conocer otro interés que el de la nación, ni otro temor que el de equivocarnos en nuestros juicios” (1826, 11 de junio, p. 158). Infortunadamente, *La Miscelanea* nunca regresó, pero don Rufino, siempre inquieto, empezó a escribir desde el Cauca para *La Bandera Tricolor*, que era un periódico de corte político, y, luego, al volver a Bogotá, fundó el *Eco del Tequenthama*, que resultó ser una versión mejorada de *La Miscelanea* y en el cual aparecieron, después de cuatro años, dos artículos con información agropecuaria.

- ¿Golverá?, inquirió Chuquino, mientras observaba, circunspecto y sin entender, lo que decía en la portada del *Eco del Tequenthama* que yacía sobre la hierba.
- Ella siempre guelve, contestó el anciano, sin dejar de mirar el paisaje ensombrecido. Y agregó: “Anshí jue en cuando golvió á la capital; por mutchio que le rogué que she anduviera en la Ambalema, push nubo nadien que le detuviera á la probre oregoná”.

Sagrario regresó a Bogotá a mediados de enero de 1827. Maldecía su suerte y vivía agobiada pensando en el futuro de su hijo de tan sólo trece meses de edad, razón por la cual, tuvo que dedicarse a lavar ropa en el alegre torrente de la quebrada de San Diego, donde no le iba mal y se entretenía, pese a que ganaba apenas unas cuantas monedas para comer y pagar una miserable y húmeda habitación en el barrio de las nieves, que en ese entonces era un triste arrabal de lo que fue el primer norte de la capital. Ella iba de calle en calle, incansable, ofreciendo sus servicios con un cesto debajo el brazo y vestida con el desenfado que caracterizaba a las bogotanas del común: vestido talar en percal descotado a la altura de los hombros, manga corta y abombada y un chal que hacía juego con la pañoleta que llevaba en forma de faja para asegurar el cabello; otras veces, solía andar con falda y mantilla de bayeta negra y usaba un sombrero campesino trajinado por la lluvia y el agresivo sol de la capital. No obstante, las mujeres de clase popular como ella, al igual que los hombres, andaban con las ropas echas chanchiros y olorosas a sudores impuros e impúdicos, cargaban con pulgas y piojos, permanecían desgredadas, ebrias y “tan sucias en sus personas que no parece sino que tienen el microbio de la rabia, tal es el horror que esas gentes profesan al agua” (Cordobez, 2012). Curiosamente, Sagrario no caminaba descalza

como muchas otras; calzaba alpargatas, pues no le gustaba el frío suelo bogotano, enmalecido, barroso, acuoso y lleno de niguas, y tampoco quería que le vieran sus pies grandes y ensanchados en una sociedad que aplaudía los bellos y “diminutos” pies que distinguían a las aristócratas bogotanas (Le Moyne, 1999, p. 136). Y aunque Sagrario sobrellevaba su roll de lavandera, un día, durante la celebración del carnaval de la ciudad, intuyó que su vida podía tomar otro rumbo tras observar algo que le llamó poderosamente la atención y que la esperaba para clavarle un espolazo a su destino: una pelea de gallos. Así, de un día para otro, comenzó a frecuentar garitos, y entre risas y apuestas, entre noche y concupiscencia, terminó por trazar una amistad frívola con el licor y el tabaco. Ya no era la empingrotada mujer de servidumbre colonial.

El carnaval de Bogotá, establecido durante la colonia, era la principal fiesta del año, de acuerdo con la cédula real del 26 de diciembre de 1779 y la de mayo de 1789, que incluía otras celebraciones como la del 6 de julio, dedicada a la virgen del Carmen; la del 2 de agosto, día de la virgen de los Ángeles, y la del 12 de octubre, que honraba a Nuestra Señora del Pilar (González y Rueda, 2008, p. 72). Las carnestolendas se realizaban en los tres días previos al inicio de cuaresma y según cuenta el entomólogo, dibujante y diplomático francés Auguste Le Moyne, quien llegó al país en 1829, la celebración era un momento muy esperado por los bogotanos, pues se tomaban las calles para divertirse acompañados con buenas dosis de chicha y toda clase de vino, y auscultados por la mirada de metal de las hileras de chulos que en los tejados y los árboles escurrían sus alas negras como gárgolas vigilantes en la espera paciente de la abnegada pudrición de los días (Le Moyne, 1999, p. 128). Aquellos avechuchos eran considerados, junto a los cerdos y los burros, como los barrenderos oficiales de la ciudad desde tiempos coloniales (Mollien citado en Melo, 2001b); pero durante el carnaval nadie los notaba. Los hombres se dedicaban a lanzar ramilletes de flores y confetis o apostar a las carreras de caballos, mientras las mujeres hacían su propio jolgorio: “Hay pocas casas en las que las señoras y señoritas que las habitan no esperen a los transeúntes en las calles para rociarlos con agua, desde lo alto de los balcones o por las ventanas, y asaltarlos con una granizada de pelotas huecas, de cera o de yeso, en forma de huevos de todos los colores, que se hacen pedazos sobre la víctima dejándola cubierta, ora de esencia, ora de harina o almidón” (Le Moyne, 1927, p. 567). Sin embargo, esa fiesta no siempre fue así. En 1826 las autoridades usaron el artículo 61, inciso tercero, de la ley del 11 de marzo de 1825, para controlar la diversión pública, lo que seguramente generó polémica entre los periodistas y los hombres de negocios que se reunían

todos los días, de cuatro a seis de la tarde, en las escalinatas de la catedral para charlar y debatir noticias (Le Moyne, 1999, p. 133). Para unos la norma era una molestia, para otros, un motivo de alegría:

Así ya no veremos más ese estrecho y maldito toldo bajo el cual se apretaban y querían caber a porfía todos los habitantes de Bogotá, cometiendo con este pretexto mil escandalosos atentados contra la honestidad y el pudor, y presentándose el bochornoso espectáculo de que mujeres notables y que se precian de honradas asistieran a jugar con el mayor desembarazo sin asustarse de las expresiones lubricas y dichos torpes bien frecuentes en los jugadores (*La Miscelanea*, 1825, 18 de diciembre, p. 55).

Y es que los bogotanos de esa época vivían muchas horas inmersos en el ocio, empezando con la popular siesta de una a tres de la tarde y, luego, dedicados al billar o los naipes u otros eventos más emotivos como las peleas de gallos o la controvertida lidia de toros, prohibida por el rey Carlos V desde 1790, mediante la real provisión del 30 de agosto y a través de la ley 8, título 33, Libro 7 *Novis. Rec.*, que castigaba las corridas en las que se amarraba al toro por los cuernos para arrastrarlo por las calles, mientras un grupo de hombres lo apaleaba para enfurecerlo o lo retaban con pañuelos y frazadas. La idea no era lastimarlo sino dominarlo con la fuerza de las manos sobre la cuerda, pero el bovino, de una u otra forma, siempre terminaba golpeado (Iriarte, 1999, p. 87). Unos años después, en 1805, la corona emitió la cédula real del 10 de febrero que complementaba la ley de 1790 y en la que ordenaba: “He tenido a bien prohibir absolutamente en todo el reino, sin escepcion de la corte, las fiestas de toros y novillos a muerte; mandando no se admita recurso ni reposicion sobre este particular” (*La Miscelanea*, 1825, 18 de diciembre, p. 56). Sin embargo, la lidia nunca desapareció de la cotidianidad de los bogotanos y, por lo tanto, año tras año las calles del barrio de la catedral se convertían en el epicentro de pequeños sanfermines donde la furia animal alimentaba la alegría y la desidia humana, tal como ocurrió en 1833 cuando un toro fuliginoso y atrabiliario, de cuatro que se desplazaban con desenfreno por la plaza mayor, se fue contra la multitud e hirió de muerte a un soldado y arrasó con una mujer y su hijo de brazos (*Constitucional de Cundinamarca*, 1833, 7 de julio, p. 108). Era un riesgo que Sagrario también padeció una tarde de 1828 cuando, por curiosa e impávida, la gente que huía de los cuernos de un toro bronco se le fue encima y resultó con peladuras en las rodillas y una mano

tronchada, situación que la dejó sin trabajo, pues ya no podía lavar. Fue cuando sus sentidos le indicaron el ominoso camino de la gallera.

Encontró trabajo en el negocio de don Rodrigo Rodríguez, un fusagasugueño de mediana estatura, robusto, de amplia sonrisa y pelo abundante como su barba de estropajo. Sagrario cocinaba para él y alimentaba y cubría en la noche los guacales donde permanecían sus gallos. Lo hacía con tal pasión que en un par de meses ya se había convertido en la matrona de diez colorados de cresta recortada, piernas peladas y cola encopetada. “Kokokokokoo... ¡Á comer Napolión, á comer... Andaa, quee teneish quee sher juertee pa’ sher valientee!”, le decía a su favorito. Ella les tenía nombre a todos los gallos y sufría cuando se marchaban para el pequeño círculo de la muerte, pues cada uno de ellos tenía la misma esperanza de regreso que una hoja que cae al río.

Las peleas de gallos eran consideradas amorales y viciosas, ya que reñían con los preceptos católicos que regían la época. Según el sueco Carl August Gosselman los enfrentamientos se realizaban sin falta todos los domingos en la tarde en un teatro en el que se cobraba medio real por la entrada: “La pasión por este espectáculo es tal que puede verse a un esclavo negro llevar una gran bolsa repleta de onzas, con la que los dueños de los gallos hacen sus apuestas”. También recuerda los instantes previos como momentos de mucha tensión: “Ingresan los dueños de los gallos con éstos bajo el brazo. Al encuentro les salen dos tipos que con un limón rebanado, primero, y luego con agua y una toalla secan cuidadosamente las patas y el espolón o arma del gallo para así evitar posibles puntas envenenadas. Por último amarran a las patas de los ‘luchadores’ un afilado trozo de metal, de tres a cuatro pulgadas de largo, muy bien pulido” (Iriarte, 1999, pp. 86 y 87). En ese ambiente Sagrario no sólo aprendió del negocio, a beber y a fumar tabaco, que era un vicio muy común en la mayoría de las bogotanas; también desarrolló un gusto especial por las palabras de grueso calibre que la convertían en una boquisucia, una marimacho, como le decían a la que andaba entre los hombres disfrutando las peleas. En términos coloquiales, Sagrario se había convertido en uno más de la gallada, con un temperamento duro y amargo que contrastaba con la infinita pasividad e inocencia de Antonico, como le decía a su hijo, y al que llevaba siempre a su lado sin importar el lugar y el estado en que estuviese. Por eso, nunca tuvo espuelas para liberarse de su propia conciencia el día que por andar como una jáquima despertó tendida en la banca de piedra en la entrada de la antigua casa

del marqués de San Jorge. Tan sólo un par de minutos después, cayó en cuenta de que algo le faltaba: el niño ya no estaba junto a ella.

Y mientras gallos y toros perdían interés como productos de la actividad agropecuaria y se convertían en sinónimos de los placeres perversos de la ciudad, los habitantes del campo encendían velas para poder hallar alimento. Incluso, tenían que cazar a la prole salvaje de los animales que huyeron de las haciendas como si también hubieran reclamado sus derechos tras la independencia. Era el caso de los cerdos cimarrones, cuya carne magra permitía variar una dieta semestral a punta de “carne de vaca sin pan ni legumbres” (Boussingault y Roulin, 1849, p. 228). Esos guarros recorrían los valles del bajo Magdalena en los bosques de Tocaima o Melgar y, según decían los cronistas de la época, al vagar por el monte se transformaron perdiendo “todos los indicios de servidumbre, la orejas toman una posición derecha, la cabeza adquiere mayor volumen y se levanta en la parte superior, el color es más constante y casi siempre negro” (Boussingault y Roulin, 1849, p. 228). Igual sucedía con el indómito ganado cimarrón que, de acuerdo con el zoólogo francés Francois Desiré Roulin, se debía capturar y sacrificar inmediatamente, ya que al ser atrapado comenzaba a temblar y al instante moría dañando el sabor de la carne. Por otro lado, las pocas vacas que quedaban en los hatos no se podían sacrificar porque la dispersión del ganado y la nula tecnificación de las haciendas habían causado una disminución sustancial de la producción lechera; razón por la cual, evitaban el destete temprano del recental o cría, pues si se quería que la vaca diera leche era necesario conservarlo cerca y por el mayor tiempo posible, separándolo sólo durante las noches para que el líquido se acumulara en la ubre. Este era un asunto que se vigilaba con mucho rigor, pues se creía que al morir o al crecer la cría la leche se secaba al instante (Boussingault y Roulin, 1849, p. 233). Todas estas observaciones hicieron parte del trabajo de un grupo de científicos que buscaba redescubrir al agro colombiano y que si bien no presentó avances en lo productivo sí dejó para la posteridad algunas postales de una campiña devorada por su propia realidad.

Ellos hacían parte de una comisión contratada en París en mayo de 1822 por don Francisco Antonio Zea, con ayuda del Museo de Historia Natural de la Academia de Ciencias francesa, y ordenada por el vicepresidente Santander, con el fin de fomentar el estudio del agro, según lo estipulado por la Constitución de 1821 (Patiño, 2002, p. 25). Por ende, decidieron crear el Museo de Historia Natural y Escuela de Minería, dirigido por el químico peruano Mariano de Rivero y “consagrado al estudio de la naturaleza, al adelanto de la agricultura, las artes y el comercio

como fuentes de progreso” (Museo Nacional de Colombia, 2009). Con el conocimiento recaudado ellos pretendían sentar las bases para el desarrollo de las ciencias naturales y la investigación en Colombia, retomando el trabajo realizado por la célebre Expedición Botánica. Sin embargo, el mineralogista y químico Jean Batipste Boussingault afirmaba otra cosa, pues, según decía, le habían ofrecido rango militar, sueldo de siete mil francos y contrato por cuatro años para construir una escuela “destinada a formar ingenieros civiles militares” (Boussingault, 2005d). Él se encargaría de la química y Roulin de lo relativo a la fisiología y anatomía, el botánico Justin Marie Goudot trabajaría en zoología y el entomólogo James Bourdon realizaría la conexión entre la Academia francesa y el museo.

Todos ellos arribaron al país en 1823, pero se marcharon muy pronto por falta de apoyo. Además, el resultado de sus investigaciones fue intrascendente y sólo llegó a la comunidad científica internacional muchos años después. El mayor aporte al agro lo hicieron Boussingault en agronomía y Roulin con el estudio de los animales domésticos (Patiño, 2002, p. 26). Y pese a que no se tuvo en cuenta el trabajo de los extranjeros, el 18 de mayo de 1826 el gobierno creó la Academia Nacional de Colombia, a cargo de un grupo de veintiuna personas, para buscar “el desarrollo de las ciencias naturales, la química, la botánica, la astronomía, la geología, con la pretensión de ser útiles a la agricultura” (Bejarano, 1987, p. 132). Ellos eran la esperanza de hombres ilustrados de cuño rural como don José de Dios Aranzazu, quien en una carta del 18 de julio de ese mismo año le escribió a don Rufino Cuervo o Clodoveo, como le decía cariñosamente, para contarle con desencanto sobre la modorra que sufría la población de Rionegro, en el departamento de Antioquia: “Pocas personas se ocupan aquí de los negocios públicos, y muchos de gallos, caballos y temblores. Ni aun de mujeres se habla, porque este género es escaso, y todo lo que hay sobre el particular se conversa en media hora. ¡Cuánto es preferible el bullicio y agitación de la capital al rústico y silvestre de la tierra en que nació!” (Cuervo, 1918, p. 5 y 14). De ahí que la Academia fuese una invitación a vencer la pereza y a exprimir a punta de trabajo las riquezas que albergaba la campiña nacional.

La institución tuvo dos etapas. En la primera, estuvieron algunas personas cercanas al agro como don José Félix Restrepo, don Vicente Azuero y don José Manuel Restrepo, reconocido por haber introducido a la sabana de Bogotá la oveja merina así como la papa tuquerreña, la papa criolla y el pasto pará (Patiño, 2002, p. 256). En 1832, durante la segunda etapa, hicieron parte algunos botánicos como don José Jerónimo Triana, el sacerdote don José María Céspedes y don

Manuel María Quijano. De ese grupo también hizo parte don Rufino (Arboleda, 1933, p. 163). Todos estaban involucrados en la vida política y económica del país, lo que permitía pensar que las actuaciones y conclusiones de la Academia iban a tener repercusión en la vida de los colombianos; sin embargo, las dos veces que se instaló terminó prontamente desarticulada por falta de participación, ya que su funcionamiento impedía que los integrantes desarrollaran sus labores cotidianas o ejercieran sus profesiones con tranquilidad. Eso evidenciaba una situación de abandono que el periodismo agropecuario tuvo que asumir y reparar tímidamente, sin aviso y sin preparación, casi sin proponérselo, para buscar una mejora en la economía del país; además, contaban con pocas manos para hacerlo, pues la guerra, en aras de una victoria a cualquier precio, no sólo había sacrificado al campo sino que se apropió de los cerebros de aquellos que con sus ideas reformistas insembraron la libertad y con cuya muerte se quebrantó cualquier “posibilidad de conformación de una élite que había empezado a consolidarse sobre todo alrededor de la Expedición Botánica y que desde un comienzo había puesto su empeño no sólo en el estudio de la botánica sino en la difusión de las técnicas que al impulso de la ‘revolución agrícola’ venían transformando los campos europeos” (Bejarano, 1987, pp. 137-138). Caso ejemplar es el del sabio Caldas, quien pasó de descubrir cultivos de arroz a crear bombas en el ejército libertador y, con ello, a condenarse y a privar al país de su inmenso aporte.

Útil o no, la Academia y la agroinformación eran necesarias para ayudar a sustentar los ideales de progreso del Libertador, pues el campo le resultaba lucrativo políticamente, ya que el cariño popular era su escudo frente a las voces que empezaban a comentar su interés por quedarse en el poder a perpetuidad, en especial desde su regreso a Bogotá el 14 de noviembre de 1826, proveniente de Bolivia, donde se había presentado una constitución política con un artículo que parecía darle la razón a sus detractores; este decía: “Al presidente de Bolivia, que es el jefe de la administración del estado, que permanece en su destino por toda su vida y no tiene responsabilidad ninguna por los actos de dicha administración; le corresponde el nombramiento del vicepresidente, que es quien debe sucederle en caso de renuncia ó enfermedad” (*La Bandera Tricolor*, 1826, 1° de octubre, p. 45). Esto armó un tremendo alboroto en la Gran Colombia, ya que con esas palabras el Libertador se mostraba proclive hacia el absolutismo, lo cual coincidía con los primeros conatos separatistas de Venezuela tras la revolución de Valencia, encabezada por el general José Antonio Páez, y las dudas que presentaban los ecuatorianos, quienes a través de las actas de Guayaquil y Quito del 28 de agosto y 6 de septiembre de 1826 mostraban sus

temores y casi su interés por el retorno español. Paradójicamente, el único que confiaba en él era el general Santander, quien creía que el Libertador podía salvar al país si tomaba el camino conveniente (Cuervo, 1918, p. 31). Toda esta situación era una mecha que se quemaba lentamente y que terminó por detonar la noche del 25 de septiembre de 1828 con el atentado acaecido contra Bolívar en Bogotá.

Dicha inestabilidad política permitió que la economía fuera manejada por los británicos, quienes se pusieron la casa de ruana, como se dice popularmente, a tal punto que se decía que “la Gran Bretaña se llevaba los corazones y los ojos de todos” (Cuervo y Cuervo, 1892e). Era una presencia tácita que se sentía en situaciones tan cotidianas como el hecho de cambiar el chocolate por el té y el café o el gusto por hablar en inglés entre los jóvenes, iniciando una pugna con el buen uso del castellano que se ha extendido hasta el presente; además, las casas se llenaron de insumos y objetos de ese país gracias a su poderosa capacidad política y comercial, como lo escribió Gosselman: “Si bien es cierto que el comercio bogotano no es demasiado floreciente, tiene a lo menos un tráfico intenso, para lo cual usa el Magdalena y sus numerosos arrieros que realizan el transporte de mercaderías desde las bodegas de Honda. Todos sus depósitos pueden verse abarrotados de mercancías inglesas y norteamericanas” (Iriarte, 1999, p. 94). Era un libertinaje comercial que parecía, ante todo, un acto apologético a la cultura británica.

Ese agite político y económico llevó a que algunos hombres recompusieran sus ideas. Uno de ellos fue don Rufino y lo hizo en un lapso de dos años, motivado por un conflicto moral que, sin querer, también terminó siendo importante para la historia del periodismo agropecuario. Todo comenzó el 16 de julio de 1826, un mes después de finalizada *La Miscelanea* y luego del nacimiento de *La Bandera Tricolor*, que era un periódico político creado por don Rufino para defender el orden constitucional, promover una tesis liberal de progreso y mantener a flote la república ante la amenaza separatista y pendenciera de los venezolanos y sus ofensas soterradas contra los actos de gobierno del vicepresidente Santander; trabajo que hizo tomando como precepto una frase que le escribió don Juan de Dios Aranzazu: “El gobierno se robustece con la fuerza de la opinión” (Cuervo, 1918, p. 10). Sin embargo, el impulso no le duró mucho, pues se sintió terriblemente confundido cuando conoció que el Libertador había acabado con el capricho de los venezolanos, pero perdonó a los caudillos como si nada hubiera sucedido, tal como se lo relató el general Santander en una carta: “Ha sido pródigo en recompensas y en consideraciones

a todos los revolucionarios, como si hubiesen hecho una acción hazañosa hollando el pacto social y arrojando sombras sobre la resplandeciente gloria de Colombia” (Cuervo, 1918, p. 30). Fue entonces, cuando don Rufino, decepcionado, decidió silenciarse por primera vez.

La renuncia al periodismo ocurrió en Popayán durante la primera semana de 1827. “Nuestros esfuerzos han sido infructuosos, las cosas han cambiado absolutamente de aspecto: ya no se trata de hacer revivir lo que ha muerto para siempre; se trata siquiera de la salvacion de los principios bajo un orden nuevo. Pero dejemos á otros el cuidado de lidiar a favor de esta empresa. Bastante hemos arrostrado ya las calumnias, los dicterios, los insultos de los hombres vendidos á la ambicion, á la codicia y á la servidumbre”, escribió en la despedida de *La Bandera Tricolor* (1827, 7 de enero, p. 108). Y aunque ya no informaba, sí quería mantenerse informado, para lo cual el intercambio epistolar era una alternativa certera, pues, según decía don Juan de Dios Borrero, sólo las cartas privadas mostraban las verdades que los documentos públicos ocultan (Cuervo, 1918, p. 40). De esta forma, mientras don Rufino defendía en Popayán a Aranzazu por un litigio de tierras en Antioquia, se entretenía, verbigracia, con las penurias, las alegrías o curiosidades que le relataba don Alejandro Vélez siendo cónsul en los Estados Unidos.

Algo que le causó bastante impresión fue el relató de este último sobre la existencia de un “autómata”, es decir, un robot hecho de latas, ruedas y cilindros. El aparato, diseñado por un alemán de apellido Maetzel, tenía apariencia turca y funcionaba con un poco de cuerda, como si fuera un reloj, para jugar ajedrez: “Hace uno su jugada, y luégo el autómata levanta la mano, toma con los dedos la pieza, y hace la suya. Se sigue alternando hasta el fin del juego, y todavía no ha habido quien le gane”, escribió don Alejandro; sin embargo, lo que más sorprendió a don Rufino fue la parte en que le contó que el robot podía hablar: “Es regla de juego que en ciertas ocasiones el contrario le diga a uno *echec* para hacerle cierta advertencia, y cuando es necesario, el autómata abre su boca y dice claramente *echec*”. Y agregaba con algo de sorna y nihilismo: “Yo por mí confieso que a no estar tan seguro que no hay diablo, creería que él estaba adentro de ese cajón” (Cuervo, 1918, p. 27). Aunque todo esto avivaba el interés de don Rufino, lo que más le gustaba era el debate epistolar con el general Santander, en el que las palabras parecían enviadas por un túnel del tiempo, pues sólo llegaban tras meses de espera como si siempre se estuviera dialogando con alguien del pasado.

Esa aletargada dinámica fue el mecanismo que le permitió a don Rufino enterarse, por ejemplo, de la renuncia del Libertador a principios de 1827 en Caracas, tras confesar que como

cualquiera no estaba exento de ambición y que se marchaba cansado de tanta intriga contra él. “¿Quiere usted saber mi opinión en esto? Pues opino que no se debe admitir”, le escribió el general Santander (Cuervo, 1918, p. 33). De esa misma manera se enteró de la reunión en Tunja de los setentaicuatro integrantes del Congreso de la República, el 2 de mayo de 1827, para decidir sobre dicha renuncia, información que poco después lo llenó de ánimo debido a una frase que le escribió Santander: “Es imposible que yo aborrezca al Libertador” (Cuervo, 1918, p. 37). Igual sensación le provocó leer sobre la reacción de Bolívar en la cena de gala del 28 de octubre de 1827, día de San Simón, cuando la hija del general Soublette le obsequió una corona, relato que le dejó una emoción contenida: “Entonces el Libertador, tomando la corona, expresó bien que el pueblo colombiano era el único acreedor de ella, porque suyos habían sido los sacrificios, suya la causa, etc., etc.; y dirigiéndose a mí (que estaba a su derecha) concluyó: ‘El vicepresidente, como el primero del pueblo, merece esta corona’, y me la puso en la cabeza” (Cuervo, 1918, p. 73). Eran hechos y pensamientos que no se hallaban fácilmente en las páginas de un periódico.

En otra carta, don Rufino encontró que Bolívar quería achacarle a Santander la culpa de incidir en el Congreso en Tunja para evitar que se instaurara en Colombia una constitución como la boliviana, vista por los neogranadinos con mucho recelo: “Cree que yo tengo, si no la mayor, la principal parte, y debe, allá en su corazón, tenerme una ojeriza tanto más grande cuanto pudo presumirse que mi amistad y gratitud hacia él debían ahogar mis principios y sobreponerse a mis comprometimientos con la nación” (Cuervo, 1918, p. 43). Por eso, lo que más sorprendió a don Rufino fue la carta del 8 de junio de 1827 donde Santander le informaba que el legislativo había rechazado la renuncia del Libertador con 50 votos por el NO y 24 que pedían aceptarla (Cuervo, 1918, p. 48). De esta forma, la epístola fue por un tiempo la mejor forma de sobreponerse a la censura y al temor político y, por ende, una buena sustituta de un periodismo aun en formación.

Poco después, hacia finales de 1827, parecía que el país abandonaba el oscuro túnel, luego del buen recibimiento que hicieron los bogotanos al Libertador y del compromiso que este hizo para respetar la constitución. Además, llegó demostrando aprecio por su vicepresidente, actitud que le duró apenas unos meses, hasta la reunión del Congreso de la República en 1828, citado para acabar con las especulaciones sobre el fin de la Gran Colombia. “Para mí el sistema federativo hoy es lo único que puede salvar nuestras libertades de ser engullidas por el poder omnipotente que se está tomando de la Constitución de 1821 y del sistema central”, le escribió el general

Santander el 17 de abril de ese año (Cuervo, 1918, p. 94). Él ya preveía el final de una época y, por lo tanto, su actividad política se había enrumbado a preparar la llegada de ese momento.

Al parecer aquella fue la última comunicación con don Rufino antes de la penosa noche septembrina, de la cual el vicepresidente de la república fue acusado y juzgado como promotor e instigador, pese a que los testimonios recabados durante la investigación negaban su participación, tal como lo confesó don Florentino González, uno de los artífices de la conjura, al relatar lo que le dijo el general Santander al plantearle el plan:

Bien convencido estoy yo y lo está la mayor parte de los hombres pensadores, que el gobierno que establece el decreto de 27 de agosto, no es el que exigen los sacrificios de 18 años y la situación política en que se halla Colombia. Desde el día en que se publicó el decreto lo conozco. Conozco también que será necesario alguna vez obrar a viva fuerza y derribar el edificio; pero es preciso dejar madurar la manzana, y, además, yo estimo mucho mi buena fama y reputación para que se diga que se había hecho un movimiento porque yo quería apoderarme del gobierno y tiranizar a Colombia; por esta razón siempre me opondré a que haya una revolución mientras esté en el territorio. Como usted sabe, yo debo irme dentro de poco para los Estados Unidos. Cuando yo haya dejado las costas de Colombia, ustedes pueden obrar de la manera que dicen y yo estaré pronto en cualquier tiempo a restituirme al seno de mi patria si el gobierno que se establezca me llama, y a servirla en lo que se quiera, si el pueblo creyere necesarios mis servicios (Santander citado en Mejía y Perdomo, 1990).

El general Santander fue declarado culpable y enviado a exilio, y condenados a pena de muerte varios integrantes de su círculo. De esta manera, los bolivistas se apoderaron políticamente del país y personas que eran señaladas como santanderistas se tenían como opositores peligrosos, por lo cual don Rufino y sus demás compañeros terminaron marginados y sin apoyo popular. Esto le produjo tal consternación, que a finales de 1828 decidió romper toda comunicación con el general Santander, dejando su vieja amistad congelada hasta 1833, cuando este regresó y lo llamó para que lo acompañara en su tarea como presidente de la República de Nueva Granada. No obstante, ya nada era igual entre ellos, pues don Rufino en medio de la confusión que dejó la conspiración septembrina viró sus ojos hacia el Libertador con la misma tranquilidad que pasó de bartolino a rosarista en sus días de estudiante. Cuenta Santos Molano que “Bogotá era un hervidero de pasiones” cuando don Rufino regresó de Popayán el 8 de

octubre de 1828 y que “tuvo que hacer uso de su ecuanimidad, que no era poca, para no contaminarse del odio de los santanderistas contra Bolívar y del de los bolivarianos contra Santander” (2006, p. 19). Así, él logró convertir el posible odio en admiración real y terminó apoyando al gobierno del cual denostaban enconadamente sus antiguos amigos correligionarios.

Cuando empezó 1829, *su Excelencia*, el Libertador, se sentía sin ánimo. Así lo notó Le Moyne cuando en compañía del cónsul francés lo visitó en una quinta coloreada por cultivos de fresas a su alrededor y que estaba enclavada en la parte baja del cerro de Monserrate. Le Moyne recuerda que ese día lo recibió un hombre de brazos descarnados, “un individuo de cara larga y amarillenta, enclenque de aspecto, con gorro de dormir, envuelto en una bata, en zapatillas y cuyas piernas le flaqueaban dentro de unos pantalones de franela muy anchos” (1999, p. 134). Y agrega que cuando el Libertador los vio, quizás leyendo las miradas cómplices y el silencio protocolario de sus visitantes, se anticipó a decir: “No son la leyes de la naturaleza las que me han reducido a este estado que ustedes ven, sino las amarguras que me roen el corazón. Mis conciudadanos que no han podido matarme a puñaladas tratan de asesinarme moralmente con su ingratitud y sus calumnias; en otras épocas me han incensado como si fuera un dios, hoy tratan de mancharme con su baba” (Le Moyne, 1999, p. 134). El general tenía muy en claro que el atentado en su contra era el primer aviso de una muerte anunciada y de la cual ni la providencia parecía ser inocente; además, tenía que sacar fuerzas de donde no tenía para apagar los nuevos incendios separatistas que durante ese año empezaron a corroer la paz en el sur del país.

Es evidente que la salud de *Su Excelencia* no era la mejor por aquella época y muchos temían que sin él Colombia iba a entrar en una etapa de caos y guerra civil. Lo mismo pensaba él: “Se despedazarán los unos a los otros como si fuesen lobos y el edificio que levanté con tanto trabajo se abismará en el fango revolucionario” (Citado en Le Moyne, 1999, p. 134). En medio de esa tensa y soterrada situación se empezaron a oír voces de angustia por todo el país temiendo lo peor, tal como lo escribió don Juan de Dios Borrero, quien desde Cali decía que se sentían atrapados y sin esperanza, lo cual también reflejaba la realidad del sector agropecuario: “Nos tienen suspensos, sin atrevernos a nuestras especulaciones rurales, de miedo que la guerra civil y la anarquía nos prive del fruto de nuestro trabajo” (Cuervo, 1918, p. 40). Unos creían en Bolívar, otros querían un cambio, pero todos le temían a una inestabilidad política que los sumiera aun más en la miseria o que llegaran al poder hombres sin la dimensión del Libertador.

Fue, entonces, cuando comenzó a vivirse un capítulo bastante extraño en la historia colombiana, auspiciado por fuerzas políticas que iniciaron un debate para definir la proposición de una nueva ley que estableciera una presidencia vitalicia o el nombramiento de un rey para gobernar al país. Esto resultaba a todas luces una paradoja, ya que después de tantas pérdidas económicas, materiales y, ante todo, humanas, los mismos que pelearon por la independencia querían regresar al punto inicial para ser súbditos una vez más y obedecer los caprichos de un sólo hombre, aunque no precisamente con la idea de que este fuera español. Ellos querían traer a un príncipe de Orleans para que reemplazara al Libertador, con lo cual él se marcharía y los franceses se encumbrarían sin esfuerzo alguno en esta parte del continente.

Y aunque para muchos el viraje hacia los galos quebraba el nexo con la sangre española, hay que decir que estaban muy equivocados, pues el monarca que regía a Francia por esos días, Carlos X, también tenía apellido Borbón. Además, su esposa era nieta del rey español Felipe V, inaugurador de la dinastía Borbona en España, quien, a su vez, fue hermano menor del abuelo de Carlos X, el famosísimo Luis XV. Entonces, ante la propuesta colombiana, el rey francés seguramente hubiera enviado a alguien de su linaje; quizás, a su nieto, Enrique de Artois, duque de Burdeos, vástago de su segundo hijo, a quien llegó a designar para ser rey de Francia cuando él y su hijo mayor, Luis Antonio de Borbón, abdicaron tras la revolución del 28 de julio de 1830, en la célebre jornada que enmarcó para la posteridad la sombría obra del pintor Eugène Delacroix titulada *La libertad guiando al pueblo* (2014). Por ende, la opción francesa en Colombia resultaba ser un poco más de lo mismo.

Lo peor de todo este asunto es que no eran pocos sino muchos los herederos de la patria boba, embriagados de una ignorancia supina y necia, quienes sin recato alguno deseaban volver a doblar la rodilla como si nunca antes hubieran querido dejar de hacerlo. “Todos convienen en que el Libertador mande por su vida, y sólo he oído a uno que otro que no quieren Rey francés”, le escribió don Manuel José Mosquera a don Rufino desde Popayán; él no deseaba un mandatario vitalicio y consideraba que lo mejor era tener presidente de cuatrienio o en últimas, un rey (Cuervo, 1918, p. 149 y 157). En otra carta le dijo: “De Quito me escriben que es universalmente bien recibido el proyecto de monarquía” (Cuervo, 1918, p. 156); poco después, le expresó el motivo: “Aborrecen más al gobierno de Colombia los quiteños que a los españoles” (Cuervo, 1918, p. 175). Era tal la polémica que, incluso, una persona tan influyente en la vida política colombiana como don Lino de Pombo, hijo de la ilustración y de uno de los hombres

insignes que ofreció su sangre y su vida por la causa independentista, creía en la posibilidad de instaurar en el país un monarquía constitucional: “Desde luego me espanta la erección de un trono en un país tan pobre – le escribió a don Rufino -; pero como al levantarse caiga ese inmenso poder militar que nos abrumba, renazcan las garantías sociales, se anonaden las tremendas aspiraciones de nuestros Generales y se establezcan de un modo duradero el orden público, el sosiego interior y el sistema de economía que tanta falta hace, venga a coronarse con nuestras ricas esmeraldas de Muzo y con los diamantes de Varela, aunque sea el diablo; yo seré el primero que le rendiré pleito homenaje” (Cuervo, 1918, p. 151). Eran ideas que podrían hacer levantar de las tumbas agusanadas y mohosas a los muertos que dejó la guerra contra los españoles, quienes seguro usarían sus propios cráneos, baleados y descarnados, para destruir las lápidas que los erigían como héroes de la patria. Por lo tanto, en 1829 la suerte del país parecía echada y a los liberales radicales, ya fuese muertos, amordazados o exiliados, sólo les quedaba persignarse y prepararse para las consecuencias de un nuevo tropiezo político, económico y social.

En medio de ese extraño panorama, el círculo del Libertador, inaugurando una costumbre malsana en la democracia colombiana, decidió consultar el tema con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, sus principales socios comerciales. Ellos, desde luego, rechazaron la propuesta tras los diálogos que sostuvieron el ministro de relaciones exteriores británico, *mister* Campbell, y el de Francia, *monsieur* Bresson; no obstante, este último siguió mascullando de dientes para adentro el interés galo por asumir el territorio, tal como se lo confesó un tiempo después a uno de los convocados para la Asamblea Constituyente de 1830, el general Joaquín Posada Gutiérrez, por ese entonces gobernador de la provincia de Mariquita: “Consideraba aquel pensamiento como la tabla de salvación, no sólo de Colombia, sino de los demás estados hispano-americanos que lo adoptasen, y que lo apoyaría con su influjo personal por cuantos medios estuviera a su alcance” (Citado en Monsalve, 1916, p. 258). Empero, a excepción del sur, en muchas calles del país, y especialmente en Bogotá, todavía no había consenso a favor de la monarquía; por ese motivo, tratando de ganar los adeptos necesarios para su causa, los bolivistas modificaron el proyecto proponiendo una presidencia vitalicia en cabeza del Libertador, pero la elevación de un rey tras su muerte. Por su parte, los alicaídos santanderistas se oponían a la idea alegando que la mejor opción era una presidencia rotativa cada cuatro años, decisión que se tomó finalmente luego de la desaparición de la Gran Colombia. Sin embargo, fue en este punto donde se

evidenció el inesperado giro político de don Rufino, fiel escudero de la carta magna y apasionado discípulo de las leyes, cuando decidió apoyar la idea de los bolivistas al fundar su cuarto periódico, *El eco del Tequendama*, con el fin de ayudar a socializar la propuesta de los hombres del Libertador.

El general José María Obando, quien era muy amigo de don Rufino, estaba sorprendido del cambio y señalaba que aquel se había “transfugado del partido débil al que le parecía mas fuerte entónces” (1842, p. 68). Él se mostraba horrorizado y desencantado frente a un comportamiento que, según decía, tenía el rostro descarado de la traición, pues don Rufino pretendía crear opinión entorno a las ventajas de un modelo que él mismo había criticado en 1826 a través de *La Bandera Tricolor*. ¿Por qué este cambio? ¿Temía por su vida y su situación política al ser visto como parte del grupo al que pertenecían los golpistas del veintiocho? Acaso, ¿había descubierto tardíamente la esencia del pensamiento bolivista?

El general Obando acusaba a don Rufino diciendo que “postrado de rodillas había ya negociado con Bolívar su perdon por los escritos de la Bandera, con tal que redactase el ‘Eco del Tequendama’ ” (1842, p. 67). Sin embargo, nada de eso era cierto, pues al observar el contenido de *La Bandera Tricolor* se puede determinar, por el contrario, que ese periódico dedicaba muchas líneas a defender las actuaciones del Libertador y siempre se refería a él en términos grandilocuentes, siendo, incluso, el único nombre que registraban con letras mayúsculas y en negrilla. Por eso, alguna vez escribieron: “Lejos de contrariar las miras del gran **BOLIVAR**, creemos que no harémos sino coayubarlas. El templo de su gloria está construido sobre el sólido cimiento de la libertad de su patria” (1826, 3 de diciembre, p. 83). Además, entre todas las ediciones de ese impreso sólo hubo una con actitud pendenciera hacia el Libertador a raíz de la polémica constitución boliviana; no obstante, en el mismo artículo que lo juzgaban por el supuesto interés absolutista, también lo excusaban incriminando a su círculo de lagoteros y a los cultivadores de la añoranza colonial: “Uno de los mayores males que nos han hecho los facciosos es afirmar que el mismo gran **BOLIVAR** promueve las insurrecciones y obra de acuerdo con ellos” (1826, 29 de octubre, p. 63). Un mes después los volvieron a acusar: “Propenden á marchitar y aun á destruir enteramente su gloria y brillantez” (1826, 10 de diciembre, p. 88). Entonces, eran los mismos redactores de *La Bandera Tricolor* quienes desmentían una y otra vez lo que se decía sobre el Libertador, mientras ponderaban con admiración y respeto sus ideales: “En los pechos de todos los nobles republicanos y de los mas fieles amigos del inmortal

**BOLIVAR**, están esculpidas en caracteres indelebles estas memorables palabras que profirió en el Congreso de Angostura: *que la libertad corria grandes peligros conservando un mismo nombre por mucho tiempo la primera autoridad*” (1826, 25 de diciembre, p. 99). Por ende, los redactores solían agregar más laurel a su corona: “Entre **BOLIVAR** y los que miramos con tedio la presidencia vitalicia establecida por la constitucion boliviana, media un abismo de gloria insondable á todos los hombres” (1826, 17 de diciembre, p. 95). Es claro que existían motivos para dudar, pero había muchos más para confiar, pues bien se sabía que los méritos del Libertador no eran gratuitos.

De esta manera, quedan desmentidas las palabras del general Obando y se puede afirmar que desde mucho antes de fundar *El Eco del Tequendama* don Rufino, como liberal que era, creía en las palabras del Libertador y en sus honestas y a veces torpes acciones de gobierno, de las cuales el mismo Bolívar era consciente, como sucedió el 24 de junio de 1826 cuando le dijo a Santander que estaba en desacuerdo con su permanencia extendida como presidente del país: “Yo he sido seis años gefe supremo i ocho presidente i mi reelección por tanto, es una manifiesta ruptura de las leyes fundamentales... Yo no he nacido para magistrado: no sé, ni puedo serlo. Aunque un soldado salve á su patria, rara vez es un buen magistrado” (Citado en Páez, 1829, p. 19). Esta no fue ni la primera ni la última vez que él expuso su deseo de ser sólo un militar y dejar la política de Estado en manos de un civil, lo cual demostraba su desapego al poder.

Por otro lado, el Libertador estimaba y consideraba a don Rufino como un hombre útil para la sociedad y valioso políticamente. Por eso, alguna vez, y ante la posibilidad de ser enviado en misión diplomática, el presidente se negó a autorizar su salida y con su voz aguda y festiva le dijo al general Pedro Alcántara Herrán: “Aquí necesitamos a Cuervo para veinte cosas” (Cuervo y Cuervo, 1892f). Y en un carta fechada el 12 de mayo de 1829 el mismo Libertador le escribió: “Doy a usted las más cordiales gracias por cuanto me dice en su carta, cuyas expresiones me son tan gratas, que no puedo contestarlas de otro modo que ofreciendo a usted muy sinceramente una amistad la más cordial y agradecida, con que soy su amigo de corazón” (Cuervo, 1918, p. 144). En esa relación parecía existir una disimulada empatía que se había consolidado desde el mismo momento en que don Rufino pudo constatar que el general Bolívar, tras su regreso de Bolivia en 1826, había respetado al pueblo colombiano y a su constitución; quizás, sentía que sus palabras eran promesas que veía concretadas en actos con los cuales el Libertador trataba de vindicar el daño que día tras día sufría su laureada imagen.

“Huid del pais donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos”, escribió alguna vez el Libertador (Citado en *El Papel periódico ilustrado*, 1881, 28 de octubre, p. 63). Así, su *Excelencia*, el magno general Bolívar, trataba de alejar esa aura oscura que le fueron tejiendo sus detractores, pues quería comprobar que él no era más que un ciudadano amante de la libertad y la ley que manifestaba siempre “un amor entrañable a las causas liberales”, según decía don José Antonio Páez, el general moneda (1829, p. 23). Sin embargo, la amistad del Libertador con don Rufino no explica el por qué un constitucionalista como don Rufino decidió favorecer un sistema de presidencia vitalicia o una monarquía constitucional, trabajando casi como jefe de prensa de la propuesta y asumiendo, de paso, una posición muy comprometedora para sus intereses políticos. Y, además, entre todo ese rifirrafe político, ¿dónde cabía el periodismo agropecuario? Quizás, las páginas de *El Eco del Tequendama* albergaban la verdad que los enemigos del Libertador y la historia ocultaron, y que podría ayudar a liberar de todo señalamiento al insigne hijo de Tibirita y a encontrar la cara oculta de la agroinformación.

## *Cuarto capítulo*

### EL NIDO QUE EMPOLLÓ UN CANTO DE HAMBRE

Debemos estimularnos mutuamente al estudio de la agricultura, persuadidos de que harémos con esto un bien inmenso á la riqueza y prosperidad de nuestra patria. A ademas, la agricultura nos proporcionará mil placeres inocentes que no hallarémos en ninguna otra profesion. El amor al trabajo, la economía y la práctica de las virtudes nacerán de ella, y se extenderán por nuestros campos. Tabien se arraigará mas y mas en nuestros corazones el amor á la libertad (*El Cultivador Cundinamarqués*, 1832, 1º de enero, p. 6).

#### 1

“Ñor, ¿qué dishe ‘neshe papel?’”, preguntó Chuquino señalando el periódico con un leve movimiento de la cabeza y acentuando su duda con una mirada aguda sobre el papel. El viejo *a látere*, aun sentado sobre la roca, abrió sus piernas y se curvó entre ellas, estirando el pescuezo como una jirafa que se inclina para hablar con una hormiga y con la cabeza casi pegada al suelo leyó algunas palabras que lucían ajadas y manoseadas.

- Paishano, ahí dithe: “El limón, único áthido que she ha reconothido como contraveneno de la víbora, she dará en doshish de una cutcharada del thumo de dosh en dosh horash” (*Eco del Tequenthama*, 1829, 20 de diciembre, p. 97).

De repente, la lectura del anciano se vio interrumpida por la reacción aterrada y un poco excéntrica de Chuquino: “No digja nada desho bushté qesh mala, muy mala, ñor”. En ese preciso momento algo se movió entre un gran pastizal que crecía muy cerca de ellos y que se elevaba alrededor de unos ochenta centímetros. Lo que había allí era algo tan grande que hacía hablar al pasto con un zumbido tenebroso, como si fuera de plástico.

- ¡Culebra!, gritó el anciano. “¡Ay, Diosh, ay Diosh!... ¿Ónde tá?”, decía, mientras daba un salto sobre la piedra, con el rostro desencajado, al tiempo que buscaba entre las sombras el rastro incógnito de la sierpe.

A primera vista se notaba que por allí no andaba el vagabundeo de uno de los cerdos cimarrones, ni mucho menos el acecho del tigre o el despiste de un venado. Los dos hombres se observaban de reojo y tiritaban, pero no era de frío. De pronto, un silencio absoluto se apoderó de la escena, como si el mundo hubiese contenido la respiración, lo cual les permitió escuchar el monólogo eterno de un riachuelo cercano que, de un momento a otro, fue acompañado por un quejido largo parecido a la bisagra oxidada de una puerta que no acababa de cerrarse. Chuquino, motivado por una rara corazonada, decidió desplazarse con patas de gato; daba uno, dos, tres pasitos y se quedaba quieto, muy quieto oteando el silencio, seguido por el cuerpo pálido del viejo. Ambos avanzaron algunos metros hasta que pudieron ver unos dedos largos y escamosos que se retorcían con una tensión brutal magnificada bajo la luz blanca de la noche, y un penacho de plumas que se rendía mientras era engullido lentamente por una cinta gruesa y oscura que abría un surco de algo más de dos metros de largo sobre la hierba, que se vestía con un pijama de un infinito gris oscuro. El viejo, agarrándose la cabeza con una mano y sosteniendo su sombrero sobre el pecho con la otra, gritó con furia: “¡Mi gjayinaaaaa, mi probre gjayina!”. Chuquino lo observó con serenidad y dejando ver sus tímidos ojos negros le dijo: “Ñor, la maldá shiempreshe arrashtra; esh dolorosha i sheshconde”.

Al regresar, estuvieron casi media hora en absoluto mutismo, hablándose sólo con el parpadeo, hasta que Chuquino, estirando la trompa, señaló el periódico que aun permanecía en el suelo: “Digja bushtë qué másh dishe ahí, ñor”. De repente, algo les volvió a crispar los nervios. Se dirigía muy rápido hacia ellos. Era tan grande que en cuestión de segundos ambos hedían a pavor. El anciano imaginó un gran caballo de plata, un percherón belga desrabortado cargando sobre su lomo ancho a un oficial español de casaca negra y apliques dorados, con pechera roja, sedosa y brillante, como si hubiera sido tejida con la mismísima sangre neogranadina, dispuesto a cazar las cabezas de los patriotas para formar con ellas una cola suplicante para su animal, una cola llena de voces pidiendo perdón al rey por la afrenta contra la noble madre patria. “Quien golpea a su propia madre, merece la muerte”, parecía repetir una y otra vez aquella alucinación. Mientras tanto, Chuquino, sumergido en su propia visión, creía que el dios de las sombras, tan pesado como todas las montañas juntas, venía con sus alas de murciélago para arrojarse sobre ellos y, entonces, ya nunca más volverían a ver la luz de otro amanecer. No obstante, la realidad era otra, más tangible y particular, pues lo que llegó fue el estropicio de una reducida piara de

cerdos cimarrones que pasó con toda su fuerza junto a ellos. Iban hablando entre sí, sacudiendo las orejas alegremente y pisoteando todo lo que se les atravesara, como si fueran los verdaderos reyes de la noche.

El *Eco del Tequenthama*, doblado y tendido a los pies de los dos hombres, parecía caminar con el rumor del suelo para hacerle el quite a algunas pezuñas y permanecía a la vista como si se negara a marcharse sin antes ser leído. Aun se podía ver el artículo que versaba sobre los ofidios y en él se mencionaban los accidentes ocurridos en zonas cercanas a la capital, como Cáqueza, Ubaque, Villeta, y Fómeque, esta última con un registro de doscientos veinte ataques en once años (1829, 20 de diciembre, p. 103). Ese era el motivo por el cual el doctor don Manuel María Quijano, autor del texto, argumentaba allí que dicha memoria era el resultado de una serie de observaciones hechas con un objetivo claro: “Contribuir por mi parte á tan laudable objeto, en la manera posible, principalmente a favor de los labradores de nuestro país” (1829, 20 de diciembre, p. 90). Por eso, el artículo no sólo hablaba de las serpientes como tema científico sino que describía las especies propias de cada región y abordaba los posibles antídotos para contrarrestar el veneno de las más peligrosas. Este era un artículo menos complejo que el publicado por don Jorge Tadeo Lozano en *El Semanario del Nuevo Reyno de Granada* y, además, era un poco más práctico, claro y específico, como lo exige el periodismo agropecuario, y, ante todo, útil y cercano a las posibilidades y recursos que tenían los trabajadores del campo para enfrentar una urgencia tras la mordida de estos animales.

El tema de las serpientes fue el segundo artículo ligado al agro que publicó el *Eco del Tequenthama* en el poco tiempo que circuló. El periódico tuvo dos nombres y nació el 11 de octubre de 1829 y finalizó su circulación dos meses y medio después, el 20 de diciembre, cuando iba apenas en la edición número once. Su corta vida, así como su creación, respondían específicamente al interés político de promover la presidencia vitalicia para el Libertador. Por este motivo, don Rufino Cuervo, su fundador, planteaba las páginas del periódico como una herramienta de análisis pedagógico que permitía argumentar, enseñar y explicar la teoría política que se pretendía socializar y dentro de la cual el periodismo agropecuario también tenía una misión específica.

Según decía en el primer número, el impreso buscaba, principalmente, “uniformar la opinión pública en este conflicto de ideas que, diverjentes hasta el infinito, presentan á nuestra vista la imagen aterradora del caos” (*El Eco del Tequendama*, 1829, 11 de octubre, p. 1). Esa unidad de

conceptos que se pretendía era necesaria para lograr que tanto los integrantes de la asamblea constitucional programada para 1830, conocida hoy día como el *Congreso Admirable*, así como el pueblo colombiano, perdieran sus temores y vieran con otros ojos la propuesta de un sistema de gobierno regido por una monarquía constitucional y liderada por Bolívar, lo cual iba en consonancia con el fanatismo colombiano por todo lo que oliera a británico, ya que ese era el sistema de gobierno que allí se implementaba; sin embargo, y a diferencia de lo que ocurría en la gran isla, la estrategia de los bolivistas era demostrar que no pretendían traer un rey sino un presidente sempiterno que, supuestamente, sólo iba a dar pautas políticas para acompañar en su tarea a un primer ministro rotativo, quien sería el que realmente estaría al frente del gobierno.

La misión periodística y abiertamente propagandística del *Eco del Tequenthama* inició mucho antes de llegar a las manos de su primer lector, más exactamente un año antes de su fundación, a la mañana siguiente de la conspiración septembrina contra el Libertador que determinó el efecto búmeran que hirió gravemente a los liberales radicales. Don Rufino Cuervo acababa de regresar de Popayán dejando atrás una de “las épocas más risueñas de su vida” (Cuervo y Cuervo, 1892f). Había decidido afincarse para siempre en Bogotá, “la tierra del bien y de la dicha y de la promisión”, como la llamaba don José de Dios de Aranzazu (Cuervo, 1918, p. 21); sin embargo, cuando llegó se estrelló con una cruda realidad y un suceso que hincaba sus colmillos sobre su acendrado músculo religioso y, sobre todo, agredía impunemente su incansable respeto por la ley, por la vida humana, por la lógica de las cosas, por el deber ser. Fue un golpe muy duro. Luego de conocer la noticia, don Rufino cavilaba preguntándose el motivo de un comportamiento tan inmoral que llevó a sus compañeros de ideología, sus hermanos en ley y libertad, a tomar una decisión tan vil y lejana de un comportamiento civilizado. Los cuestionaba, puesto que todos sabían que el Libertador era el único que tenía la capacidad para dividir, pero también el don supremo de cohesionar. Para toda la sociedad era claro que él era Colombia (Cuervo y Cuervo, 1892f). Entonces, destruir al gran general era darle la estocada a la república; por eso, don Rufino no podía excusar a sus amigos y mucho menos lamentarse por ellos, aplaudirlos o intentar redimirlos. Se habían equivocado al patear al perro por sarnoso y pulguiento, olvidando que a pesar de todo era el consentido de la casa. Tocaron lo intocable, no al ser sino la fe que él entrañaba, y pusieron un velo oscuro sobre sí mismos. Así, todo parecía terminado políticamente para ellos.

De igual forma lo veía don Rufino. Seguramente, él pensaba que no podía hacer parte de un pensamiento tan licencioso como el que se atribuía al general Santander. Su razonamiento, forjado en la legalidad, le indicaba que los malos no eran la mejor recomendación y, por lo tanto, debía estar con los buenos o por lo menos con los que la mayoría daba por buenos. Y así lo hizo. Por eso, don Rufino tomó la decisión de alejarse del séquito de los mal vistos y asegurar su supervivencia acompañando al *Libertador* y a su círculo político en el ideal de recomponer la nación, partiendo de una base democrática y legal; es decir, comulgaba con los bolivistas sustentado en la idea de que el cambio, tal como lo pretendía el Libertador, se daría a partir de lo que el pueblo colombiano decidiera. Además, como aun no existían oficialmente el partido liberal y el conservador, pues todos se asumían como libertados y, por lo tanto, eran liberales. Se podría decir que don Rufino con su actitud no vendía su pensamiento; quizás, traicionaba las intenciones de poder de sus antiguos compinches, pero nunca a sí mismo y a su pretensión de encarnar al ciudadano modelo tanto a los ojos de Dios como a la constitución política.

“En época de revolución, más que en ninguna otra, la virtud es la garantía del ciudadano: las opiniones políticas, resultado de los hechos, varían como éstos y se cambian. La moral sola es de todos los tiempos, y el que la practica merece indulgencia por los errores de política, disculpable siempre en los pueblos cultos”, dijo don Rufino unos meses después de finalizado su trabajo en el *Eco del Tequenthama* (Cuervo y Cuervo, 1892f). Quizás, sus palabras buscaban disculpar o redimir sus actos queriendo decir que él creía haber hecho lo correcto a partir de sus valores, sin descartar que se hubiera equivocado. Además, en medio del caos parecía no existir otra salida y, por ende, apoyar a los bolivistas era la mejor opción. En ese instante, Colombia se parecía a los países de gobierno comunista en cuyo abismo se repiten incesablemente esas palabras que asechan y acosan y muerden y que están ahí siempre, como el polvo sobre los muebles: Si no estás conmigo, estás contra mí. Y ese era un riesgo que don Rufino no iba a correr.

Así que movilizar su experiencia y gusto por el periodismo en favor de la causa del Libertador no era un acto caprichoso o vende patria sino una jugada astuta presentada como amor por el país y con la cual don Rufino buscaba la “salud y tranquilidad” para la nación, como lo escribió en el *Eco del Tequenthama*, pero también para su propia vida (1829, 11 de octubre, p. 1). De esta manera, a través de sus acciones públicas, don Rufino mostraba distancia con los golpistas no sólo para cuidar su imagen sino también para proteger a su familia y sus propiedades, y sobrellevar mejor su doble pena, ya que Luis María, su hijo mayor, había

fallecido el 2 de septiembre de 1828, tres días antes de cumplir los cinco meses de edad y a tres semanas de la conspiración contra el Libertador (Santos, 2006, p.19). Por lo tanto, frente al cóctel amargo que bebía, don Rufino decidió refugiarse en su trabajo como fiscal para hallar allí justo consuelo en el abrazo de las leyes, al mismo tiempo que miraba de reojo el devenir político del país. También regresó al periodismo fundando el *Eco del Tequenthama*, que se convirtió en su salvaguardia, la voz que necesitaba para tratar de conciliar sus ideas con las del gobierno; este periódico le permitió expresar un sentimiento bolivista liviano y poco comprometido que, en últimas, fue decisivo para marcar su destino en torno al quehacer público y político hasta el día de su muerte, puesto que don Rufino ya nunca más volvió a hacer parte del círculo liberal santanderista. Se volvió liberal moderado; en otras palabras, conservador.

Para lograr dar el paso y ponerse al costado de Bolívar, don Rufino necesitó de un empujoncito, dado por el mismo Libertador, quien para ese entonces ya se había autoproclamado dictador, término enmarcado en la acepción antigua y que definía al magistrado supremo que asumía poderes extraordinarios, temporalmente, y con apoyo del senado, para salvar la patria (RAE, 2014). Esa situación fue la que rebosó el vaso y provocó el atentado del veintiocho de septiembre contra él. Por eso, para muchos no era fácil comprender el cambio de camiseta que hizo don Rufino; decisión que tomó mientras el general Bolívar enarbolaba el viejo esplendor de su espada, anclado al galope de su caballo, mientras se dirigía hacia el Perú para apaciguar los ánimos belicosos de ese país. Igual hizo unos meses después al usar toda la experticia militar y diplomática que yacía en los callos de sus nalgas, más insignes que todas las medallas que pendían de su pecho, para controlar a los separatistas de Quito y el amotinamiento subversivo de las tropas lideradas por los generales José María Obando y José Hilario López en el sur del Cauca y en Pasto, levantamiento con el cual buscaban el apoyo de esos pueblos para poder derrocar al que catalogaban como tirano desde el mismo momento en que decidió desterrar al general Santander. En ambas situaciones el Libertador salió victorioso, aunque su esfuerzo no era suficiente, ya que la diarrea política de 1829 parecía incontrolable. Él sabía que le iba a tocar seguir apagando fuegos.

Por eso, tratar de quebrar las vitandas lanzas de la opresión, dictadura, destierro y monarquía que veían algunos por doquier, en lugar de ayudar al Libertador parecía deprimir aun más su deteriorada imagen, cuya lenta caída había empezado desde la convención de Tunja de 1827 cuando, al ser rechazada su renuncia, terminó ejerciendo como presidente interino y, sobre todo,

con la fallida Convención de Ocaña de julio de 1828, reunión en la quedaron marcados los límites entre los postulados de los dos gloriosos generales que emanciparon a Colombia.

En aquel encuentro el mayor derrotado fue el país, puesto que no se llegó a un acuerdo en cuanto a la reforma que se pretendía realizar a la Constitución de 1821, ya que los de Bolívar querían mantener un gobierno centralizado y no uno federativo como lo proponían los de Santander. Y aunque la convención había sido convocada por el Libertador, fueron los mismos bolivistas los que la boicotearon negándose a asistir a las reuniones cuando vieron que los santanderistas tenían a su favor las mayorías y, por ende, nunca hubo quórum para iniciar las sesiones: “Hace cuatro días que no concurre á ella un número considerable de diputados, lo cual ha producido graves i notorias dificultades para reunir el número apenas suficiente para abrir las sesiones, aun haciendo el sacrificio de concurrir algunos diputados notoriamente enfermos. Que en tal situacion, i hallandose sin recursos para subsistir mas tiempo en esta ciudad dos señores, que ya lo han espuesto asi á la convención”, reportó la *Gaceta de Colombia* (1828, 17 de julio, p. 1). Tras la fallida reforma, y apoyado por sus seguidores, en cabeza del general Pedro Alcántara Herrán, el Libertador buscó otro camino y decidió asumir poderes dictatoriales, tarea que empezó con la destitución del vicepresidente Santander y otras determinaciones que causaron escozor público como la eliminación de la cátedra de leyes o la imposición de aranceles a las importaciones para ayudar a impulsar la producción interna. Además, convocó una asamblea constituyente para el 2 de enero de 1830 y se esforzó por crear el ambiente necesario para lograr la reforma constitucional que anhelaba y con la que buscaba acabar con el desorden político que amenazaba al país.

Sin embargo, su círculo más cercano, integrado por el consejo de ministros, adelantándose a las decisiones de la asamblea inició una campaña para promover la institucionalización de la dictadura buscando legalizarla a través de la reforma constitucional, situación que malquistaba al Libertador con el pueblo colombiano. De acuerdo con la extensa y laureada investigación sobre el ideario de Bolívar, escrita por don José Dolores Monsalve, fueron don Rafael Urdaneta, ministro de guerra; don Nicolás Tanco, ministro de hacienda; don José Manuel Restrepo, ministro de interior; y don Estanislao Vergara, ministro de relaciones exteriores, quienes fraguaron la idea de instaurar una monarquía constitucional encabeza del Libertador, plan que el mismo doctor Vergara confirmó algunos años después (1916, p. 261). Y de ellos también fue la idea de traer como sucesor a un príncipe extranjero, objetivo que el general Bolívar consideraba

como una quimera, pues en su criterio un rey foráneo no iba a hallar en el país garantías para gobernar y tampoco podría sostener un estilo de vida regio con la pobreza en que se encontraba la Gran Colombia (Monsalve, 1916, p. 230). Por eso, él refutó y desaprobó la propuesta de sus colaboradores, mientras estaba en Guayaquil controlando el malestar sociopolítico que había en la provincia de Quito. “Me manda protestar, como protesto en su nombre ante el consejo, que no reconocerá como acto propio de S.E. otro que el de someterse como ciudadano al Gobierno que dé el Congreso Constituyente”, dijo a través de don José Espinar, su secretario general, mediante una carta dirigida al ministro de Estado el 22 de noviembre de 1829 y en la que Bolívar también les ordenaba acabar con todo diálogo iniciado con franceses e ingleses para llevar a cabo tal proyecto (Monsalve, 1916, p. 263). De igual manera, y por la misma época, el presidente le escribió a su edecán y confidente, el coronel Wilson: “Por mi parte, no he tenido ninguna incumbencia en los proyectos de nuevas constituciones y de monarquías; conociendo, como usted sabe, mi opinión, no es de extrañarse esto” (Citado en Monsalve 1916, p. 236). Además, era bien sabido que el Libertador había expresado muchas veces su interés por alejarse de la vida pública argumentando su necesidad de paz y tranquilidad: “No deseo más que *mi licencia* ó la libertad; como los soldados ó los esclavos”, dijo (Monsalve, 1916, p. 283). Por lo tanto, su rechazo por el poder y su renuncia protocolaria a finales de 1829, desinflaba cualquier proceso monárquico o totalitarista a su nombre.

Y a pesar de que el Libertador había anhelado desde siempre que su sueño de unidad geopolítica permaneciera aunque él estuviera ausente, con su proyectada salida de la vida política también veía justa la separación de Venezuela de la Nueva Granada y Ecuador: “Mientras teníamos que continuar la guerra, parecía, y casi se puede decir que fue, conveniente la creación de la república de Colombia. Habiéndose sucedido la paz doméstica, y con ella nuevas relaciones, nos hemos desengañado de que este laudable proyecto ó, más bien este ensayo, no promete las esperanzas que nos habíamos figurado”, escribió (Monsalve, 1916, p. 254). Por lo mismo, y sabiendo que esa sería la propuesta que sus conterráneos llevarían a la asamblea constituyente, le pidió al general Páez que lo ayudara con el asunto y, de paso, lo liberara de la pretendida presidencia vitalicia durante el debate que se llevaría a cabo para modificar la constitución: “Yo me alegraría que usted no se excusase en venir al Congreso, si, como me aseguran, es usted nombrado para que me defienda en él del horrible suplicio del mando con el que acaso me quieran regalar todavía” (Monsalve, 1916, p. 277). En cualquier caso, y sin

importar el modelo de gobierno elegido en dicha reunión, el Libertador proponía que el país buscara un nuevo líder, pero un líder propio (Monsalve, 1916, p. 255). Él creía que su salida marcaba el momento propicio para que un neogranadino dirigiera a su pueblo y nunca más un venezolano ni mucho menos un militar. Era todo un viraje político, como si su alma hubiera empezado a expiar sus pecados por adelantado.

En definitiva, el Libertador decidió hacerse a un lado, cansado, agobiado por los dicitos y embustes, desencantado del desordenado e inseguro continente americano, por el cual decía sentirse lleno de melancolía (Monsalve, 1916, p. 228). Se desligó de cualquier proyecto político desde el mismo momento en que se puso la toga de dictador; de ahí que al conocer el interés de su círculo decidió rechazar tajantemente y desde el inicio la idea y planteó que fueran los mismos ciudadanos los que se hicieran partícipes de la construcción de su nueva nación, invitándolos, mediante una circular fechada el 31 de agosto de 1829, a opinar sobre cuál creían ellos que debería ser el sistema político que querían para ser gobernados (Cuervo y Cuervo, 1892f). Además, él afirmaba que la decisión final debía ser tomada por la asamblea, pero teniendo en cuenta la voz del pueblo y que como buen ciudadano él acataría el modelo elegido aunque no asumiría el protagonismo que algunos querían ver. “No quiero, no puedo y estoy enteramente fastidiado de los negocios públicos”, le dijo al general Urdaneta en una carta del 13 de julio de 1829 (Monsalve, 1916, p. 234). También se sentía viejo y flagelado por su enfermedad biliar: “Lo que no deja dudas es que me siento sin fuerzas para nada y que ningún estímulo puede reanimarlas”, le escribió al general O’Leary el 13 de septiembre de ese mismo año (Monsalve, 1916, p. 247). El Libertador sabía que los años habían hecho mella en su cuerpo y temía, como muchos, que surgiera una guerra civil sin su presencia: “No puedo máh, y ehte sentimiento me lo dise mi corasón sien vese’ pol día” (Monsalve, 1916, p. 232). Entonces, con sus decisiones, pretendía que todo quedara en paz antes de la partida que él mismo profetizaba iba a suceder en un lapso muy corto de tiempo: “Ehtaa vida ha sio mui agitada i aun prematura, que too’ loh sufrimiento’ físico’ i morale’ han oprimió al individuo de que se trata, entonse’ se debee deducir que cuatro ó seih año’ máh son loh que le rehtan de vida” (Monsalve, 1916, p. 248). Por eso, tenía que controlar a su gente como lo hizo con el mensaje que les llevó don José Espinar en la carta del 22 de noviembre de 1829, acto que ellos no tomaron muy bien y que los llevó a renunciar al gobierno irrevocablemente (Monsalve, 1916, p. 264). No obstante, y a pesar de la actitud de su gabinete, al Libertador lo único que le interesaba era acabar con tanta especulación

y limpiar su buen nombre; no quería ser definido por la historia como un usurpador o tirano: “Yo no seré el Rey de Colombia, ni por un extraordinario evento, ni me haré acreedor á que la posteridad me despoje del título de Libertador”, dijo (Monsalve, 1916, p. 282). Incluso, su posición sobre el manejo del poder era bastante conocida desde mucho tiempo atrás, cuando al convocar el Congreso de Angostura, el 22 de octubre de 1818, expresó con su alegre acento castellano andaluz de origen canario: “Na’ tan peligroso comoo dejá’ permanesé’ largo tiempo en un mismo ciudadano el podé’. El pueblo s’acostumbra á obedesél’le, i él s’acostumbra á mandal’lo; de’ondee se origina la usurpación i la tiranía” (Citado en Páez, 1829, p. 11). Y es que al final ni a rey ni a libertador aspiraba el gran Bolívar, sólo quería ser visto como uno más del pueblo: “Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, polquéhtee emana de la guerra: aquél emana de lah ley’. Cambiadme, señor, too’ mi dictado’ por el de buen ciudadano” (Citado en el *Papel Periódico Ilustrado*, 1881, 28 de octubre p. 61). Sin embargo, sus intenciones no eran fáciles de lograr, pues la supuesta idea de su interés monárquico ya había ganado mucho terreno, especialmente en el exterior, gracias a la campaña de desprestigio contra él liderada por los santanderistas en el exilio.

Eso era algo que le preocupaba seriamente al Libertador y que se sumaba a la conjunción de adversidades que lo rodearon durante 1829; por tal motivo, decidió tomar algunas determinaciones durante el segundo semestre de ese año, como poner en manos de los ciudadanos el poder de elegir el sistema de gobierno que querían para el país. También decidió no entrar en el juego y obviar la guerra sucia de sus rivales acallando las habladurías a través de un modelo de pedagogía política en la que tanto él como su equipo de gobierno y el pueblo colombiano en general tenían la obligación de opinar para ilustrar “al Congreso sobre los verdaderos intereses de la nación; y hecho esto, someterse ciegamente a sus decisiones” (Monsalve, 1916, p. 262). Sin embargo, la opinión pública, pasiva y silenciosa, parecía no mostrar demasiado interés en aportar ideas al debate; por esta razón, el Libertador recurrió a una nueva estrategia y le solicitó a sus ministros que motivaran el análisis del tema apelando a la prensa y a los colegios electorales, como se lo dijo al general Páez en una carta del 5 de septiembre de 1829 (Monsalve, 1916, p. 273). Incluso, unos días antes, el 13 de agosto, le había escrito al general Herrán para pedirle que buscara en la credibilidad de la pluma de don Rufino Cuervo la fuerza de opinión que requería el gobierno para promover el cambio político que se deseaba en la constituyente de 1830: “Haga usted que el doctor Cuervo escriba, y que todos

inflamen la opinión pública dilucidando las cuestiones del caso, y haciendo conocer a nuestro pueblo su verdadero interés y los riesgos a que está expuesto en una crisis como la presente” (Citado en Cuervo y Cuervo, 1892f). Cuando buscaron a don Rufino para cumplir la voluntad del Libertador, se hallaba descansando en la Villa de San Miguel de las Guaduas; no obstante, acudió pronto al llamado y se puso al frente de una iniciativa que bautizó con el nombre de *Eco del Tequenthama*, periódico que causó polémica, enconado rechazo y aplausos desde el primer número y, tal como lo quería el gran Bolívar, inscribió el debate del nuevo sistema de gobierno en la agenda de la prensa nacional que hasta ese momento se mostraba ajena; incluso, el tema llegó a trascender fronteras.

Una de las ediciones del *Eco del Tequenthama* que causó más molestia fue la número seis, donde se promovía una constitución renovada en la cual el gobierno de Colombia sería republicano, pero bajo una sola bandera que, por supuesto, no tenía color sino nombre propio: “Mientras que viva el Libertador, padre y criador de Colombia, él será su primer jefe y majistrado”, decía en uno de sus artículos (1829, 15 de noviembre, p. 51). Por ende, no demoraron las críticas. Desde Caracas, por ejemplo, se afirmaba que “los papeles que de la capital se enviaban por los agentes del gobierno á las provincias, participando todos del mismo espíritu, y comunes a su origen, han recomendado constantemente el silencio en lugar de la verdad, la ciega evidencia por el sano criterio, la abyecta inacción por el honesto ejercicio de nuestros derechos, y la servidumbre de la libertad. Toda Colombia ha visto con asombro el *Eco del Tequenthama* y sus semejantes”, (*Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú: Simón Bolívar*, 1830, p. 85). De igual manera, en España, la *Gaceta de Madrid* registró un artículo tomado de la *Gaceta de Puerto Rico*, publicado el 12 de enero de 1830, en el que se hacían acusaciones similares en contra del Libertador y criticaban sus políticas hacia Venezuela, como el mal manejo de la economía, lo cual, decía, afectaba directamente a la Gran Colombia: “Ha arruinado enteramente nuestra agricultura; libró el reglamento y la tarifa de aduanas, que alejó de nuestro puertos el comercio, y en fin restableció la alcabala, á pesar de la repugnancia que todos manifestaron por ella, y dejó pereciendo de hambre hasta los mas pequeños labradores”. Allí, también se quejaban del uso que el Libertador daba a “papeles de seducción”, como el *Eco del Tequenthama*, para lograr sus objetivos monárquicos: “¿Qué es lo que se descubre en él, sino que quería que lo eligiesen presidente vitalicio con facultades omnímodas para disponer del tesoro, mandar el ejército, nombrar todos

los empleados civiles y militares, y en una palabra ser el Rey de Colombia?” (1830, 30 de marzo, p. 159). Esa mala imagen, junto a la forma en que lo veían y describían sus enemigos adentro del país, se convertía en un lastre mayor no sólo para su rótulo magnánimo de Libertador sino para su corroída vanidad, a pesar de no ser un hombre muy simpático. El general Páez lo describe como “decididamente feo”, con un cuerpo delgado de un metro con sesenta y siete centímetros, pelo negro, crespo y casi rapado que enmarcaba una cara alargada donde, según él, tenía el “labio inferior protuberante y desdeñoso. Larga la nariz que cuelga de una frente alta y angosta, casi sin formar ángulo. El General es todo menudo y nervioso. Tiene la voz delgada, pero vibrante” (Citado en Díaz, 2007). Esa fuerza de palabra le servía al Libertador para capotear todo muy astutamente, pues sabía sobrellevar con humor las críticas y la sorna con la que era calificado o agredido y a lo cual respondía con la misma moneda, como el día que dijo que los tres grandes majaderos de la historia eran Jesucristo, el Quijote y él (Díaz, 2007). Es claro que todo ese ambiente políticamente insano terminó, sin proponérselo, siendo útil, como la teta de una nodriza, para ayudar a vigorizar la naciente democracia y, de paso, dejó ver ese gen cultural sociópata en el tejido humano colombiano que con tan sólo tres millones de habitantes, al igual que ocurre con la sociedad de hogaño, quince veces más grande, no permitía el acuerdo y la conciliación, y era extremista, tozudo, orgulloso, interesado, manipulador, controversial, odiaba con la misma pasión y rapidez con que podía llegar a amar y hablaba demasiado en lo privado pero mostraba indiferencia en lo público. En otras palabras, esa generación perpetuó el modelo conformista colonial que se sostiene hasta el presente en medio de una sociedad que se acostumbró a calentar un puesto en la tribuna alrededor del juego de poder que estaba destinado sólo para los afiliados a las élites.

En suma, el *Eco del Tequendama* fue un fruto político que promovió la defensa de los derechos constitucionales del pueblo colombiano, máxima que abanderaba mientras defendía un modelo caracterizado por hacer lo contrario: el “gobierno monárquico ha sido considerado como la obra maestra de la razón de estado”, decía en una de sus páginas como una forma de contrarrestar el interés federalista republicano de algunos seguidores del sistema estadounidense (*El Eco del Tequendama*, 1829, 11 de octubre b, p. 3). Por eso, el periódico cargó, desde el primero de los nueve domingos que circuló, el estigma de ser el escudo de una espada oculta sobre la cual se tenía mucha desconfianza; por lo mismo, fue necesario que desde sus páginas don Rufino saliera una vez más en defensa del gran Bolívar, tal como ya lo había hecho unos

años antes en *La Bandera Tricolor*: “Arrojándose Colombia en los brazos de este hombre extraordinario, ha desmentido cuanto contra él han dicho los enemigos del orden y de la tranquilidad pública”, decía allí (*Eco del Tequenthama*, 1829, 18 de octubre b, p.16). Sin embargo, detrás del verso zalamero no todo era como parecía. A través de algunas líneas de contenido del periódico se puede intuir el conflicto interno ideológico de su director, quien en varios artículos parecía dialogar con su propia esencia para tratar de autoconvencerse de que lo que hacía y decía estaba correcto. Así, cuando empezaba a hablar de las ventajas de uno u otro sistema de gobierno, en relación con determinado tema, como el comercio, la agricultura o la educación, muy en el fondo se alcanzaba a percibir su propensión por una constitución liberal y siempre terminaba por enfocar su discurso en torno a ese ideal.

El elogio del *Eco del Tequenthama* al Libertador estaba sustentado en su pensamiento antimonárquico y en la aversión que él esgrimía hacia cualquier interés personal por el poder político. Por eso, el general Bolívar, el hombre que quería ser sólo un general protector de la patria, “el toro alrededor de su majada de vacas”, como le dijo al general O’Leary (Citado en Monsalve, p. 275), retribuía con aplausos el trabajo de don Rufino, puesto que consideraba que este lo ayudaba en su propósito de liberar de toda mácula su nombre. Quizás con la posición ambivalente que tenía el periódico se planteaba la necesidad de una política que pensara más en las necesidades de una sociedad que requería mucho apoyo y, con ello, le hacía un favor al Libertador, pues parecía querer acercar la opinión pública a la idea de un gobierno presidenciable rotativo y alejarla de un posible gobierno monárquico de corte inglés o de uno federativo como el norteamericano, del cual escribió Bolívar: “Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo” (Monsalve, 1916, p. 251). Desde cierta manera se puede percibir el por qué el Libertador quería que don Rufino fuese el encargado de escribir; tal vez imaginaba que él iba a defender sus propios postulados, lo cual lo ayudaba a liberarse de los asuntos políticos, tal como quería.

Y aunque el *Eco del Tequenthama* trataba de distanciarse un poco del modelo político de los bolivistas, no pudo evitar dejar en el aire, como una alternativa posible, más no como una sugerencia, la idea de un sistema de gobierno como el boliviano, propuesto por el Libertador unos años atrás, y en el que existía un presidente vitalicio y un senado hereditario o rotativo. Dicha propuesta fue llevada a las páginas del periódico fundamentada en el hecho de que únicamente era viable mientras existiera la Gran Colombia y el general Bolívar estuviera vivo y

en funciones de Estado. Esa parte fue la que manchó la labor informativa del periódico; no obstante, y a pesar de haber cambiado de bando político, se puede afirmar que la actuación de don Rufino, en términos generales, fue limpia, lo cual lo libera de cualquier señalamiento, ya que su labor, más que propagandística, había sido responsable y ética al apelar al análisis periodístico para generar opinión entorno a lo que consideraba que en ese momento era lo mejor para el país. Además, siempre fue fiel a su pensamiento, ya que ni antes ni después contempló la posibilidad de ayudar a instaurar una monarquía, y en caso de que hubiese descubierto cualquier interés del Libertador por ser asumido como rey, seguramente se habría alejado de él siendo el primero en denunciarlo a través de un periódico. Al final, les dio contentillo a los bolivistas, dejando en claro que por encima del tipo de gobierno que se eligiera lo más importante era solucionar los problemas del país.

En el *Eco del Tequenthama* no todo era política; también se escribió sobre otras áreas. Por ejemplo, en comercio hizo algunas observaciones en las que se quejaba de las prerrogativas que tenían los extranjeros y pedía al gobierno tuviera en consideración dicha situación (1829, 8 de noviembre, p. 41). También hubo información científica en la que socializó la investigación sobre las guariteñas o aguas termales de Ketáme, en el cantón de Cáqueza, según la cual “usándose de esta agua, tanto de bebida como en baño, hay mas apetito á los alimentos que el ordinario, se dijieren bien y pronto. La traspiración y la orina se aumentan. Por lo comun causa estitiquez, y solamente relaja el vientre á los que estan cargados de humores gástricos por el tiempo preciso para su precipitacion, recuperándose despues el vigor intestinal” (1829, 22 de noviembre, p. 59). En este apartado también hubo un artículo sobre las propiedades médicas de una planta nativa llamada Cuychunchullo o tripa de cuy que podía ser usada para sanar una enfermedad muy común en la capital colombiana llamada Lepra Elefantina (1829, 8 de noviembre c, p. 45). Asimismo, creó información entorno a la problemática educativa planteando la propuesta de un modelo educativo que contemplara la inclusión de las mujeres (1829, 8 de noviembre c, p. 44); además, publicó pequeños bloques de noticias extranjeras llamadas *Variedades* con notas curiosas como la del bebé parisino que iba a ser disecado y al que se le introdujo aire por la boca poco antes de iniciar el proceso con la sorpresa de verlo resucitar tres minutos después (1829, 6 de diciembre, p. 80). Fueron en total 104 páginas las que conformaron la historia del *Eco del Tequenthama* y con las cuales, de una u otra forma, don Rufino dio continuación a *La Miscelanea*, su primer periódico, cuyo formato, al estilo del periódico de

sabios, era ventajoso, pues le permitía llegar a un público variado, lo que hacía más fácil la socialización de la información.

El *Eco del Tequenthama* también fue el cuarto periódico que se atrevió a hablar del agro en un lapso de treinta años e intentó renovar el interés por el campo partiendo de una premisa: “La miseria á que se halla reducida Colombia es uno de los males capitales que experimentamos: nadie quiere ocuparse de esta idea porque le horroriza”. Y luego agregó: “Los pueblos no prosperan sino por la agricultura y la industria, como ha sucedido en Norte América” (1829, 18 octubre, p. 9). Esta era una crítica de estilo santanderista que iba acompañada de una reflexión contra el libre comercio, lo que confirma que no todo el contenido del periódico era propaganda: “Queríamos que se nos dijese cuales son las mejoras que ha recibido nuestra agricultura, y cual nuestra industria. Ningunos y absolutamente ningunos. No hay todavía en Colombia fábricas ni talleres, pero ni esperanza que las haya, porque nunca el extranjero querrá privarse de las ventajas que saca de su comercio. Su ciencia esta reducida á traernos sus producciones y manufacturas, y engañarnos con la caricatura de moda, para llevarse nuestro numerario con la misma facilidad con que se hace con los inocentes indijenas que habitan aun en las selvas” (1828, 18 de octubre, p. 12). Así, El *Eco del Tequenthama* tomaba una postura que se apropiaba de las necesidades de la población agropecuaria presentándola como una propuesta a la que se adhería el gobierno, ya que el análisis que se publicó iba en consonancia con la realidad y, por otro lado, se conocía públicamente que el periódico era bolivista; entonces, al posibilitar la existencia de la información proagro se demostraba que el gobierno del Libertador pensaba en la comunidad rural y comprendía su situación.

Sin embargo, los planteamientos no parecían dirigidos a la gente del común sino a los líderes del campo, es decir, los hacendados, quienes, a diferencia de sus trabajadores, sí hacían parte de esa sociedad de “pobres de esquisito gusto” que menciona el *Eco del Tequenthama* en una de sus páginas (1829, 8 de noviembre, p. 42); además, era bien sabido que los jornaleros eran analfabetas y, aun siendo ciudadanos libres, no tenían voz ni voto, realidad que iba en contravía con los postulados que el mismo Bolívar había expresado para defender lo que él llamaba el “santo dogma de la igualdad” (*La Bandera Tricolor*, 1826, 30 de julio, p. 9). Esta postura, al igual que le ocurrió a Lincoln en los Estados Unidos, le creó al Libertador muchos enemigos en sus dos décadas de vida pública: “La leyes hacen a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerza y caracteres. Las leyes corrigen estas diferencias porque colocan al

individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social” (Bolívar citado en Carrillo, 2004, p. 19). En ese punto es donde se puede hacer tangible el objetivo de don Rufino de unificar la opinión y llegar con su trabajo periodístico a la mayoría de la población, puesto que los líderes rurales podían saber sobre el agro y, al mismo tiempo, untarse un poco de la situación política del país o de la cotidianidad en otras latitudes del mundo para replicar la información en sus comunidades. Por ende, ilustrar la sociedad era una invitación a tomar partido en la deconstrucción de la irrealidad para formar un espacio común como base de una realidad individual objetiva y desde allí formar un núcleo capaz de dinamizar el país. Este ideal se advertía en el prospecto del *Eco del Tequenthama* como un derecho y un llamado a rodear y apoyar al Libertador en su gestión de gobierno y en sus planteamientos políticos o a criticarlo cuando por olvidar su palabra diere razón a ello.

En este punto cabe una cuestión: ¿De qué manera se usó el periodismo agropecuario como recurso político dentro de este periódico si la estructura narrativa de la agroinformación está forjada para promover ideas acompañadas de acciones donde el *qué* siempre se sujeta del *cómo*, y su discurso es formativo práctico y no filosófico retórico? A parte de la memoria sobre las serpientes, hubo un artículo titulado “*Agricultura*”, en el que el *Eco del Tequenthama* presentó un análisis sobre la problemática del agro con sus posibles soluciones, ajustándose así a la fórmula propositiva que provee este tipo de periodismo, tal como lo había hecho don Rufino en *La Miscelanea*, pues no se puede olvidar que las noticias y la opinión agropecuaria son periodismo agropecuario cuando motivan y le enseñan al lector la forma de mejorar su calidad de vida productiva. Sin embargo, el tema no estuvo exento de los planes bolivistas y no necesitaron muchas líneas para plantear su tesis, pues introdujeron hábilmente el mensaje político abriendo el discurso para luego entregar las reflexiones y las propuestas. El mensaje, desde la línea inicial, era contundente: “La agricultura es la primera ocupacion del hombre, y el arte mas favorecido de todos los legisladores del mundo”, es decir, sea cual fuere el sistema de gobierno la ley protegería siempre al agro por encima de todo. Por eso, inmediatamente, argumentaba sus razones: “Esos Romanos que aspiraban siempre á la gloria, y que hacían resonar al mundo con el ruido de su fama y de sus armas, concedieronle también sus privilegios.- Constantino impuso pena de muerte á los exactores fiscales que inquietasen al agricultor indigente; Honorio y Teodocio escluyeron de todo embargo y ejecución á los instrumentos del labrador; y Valente y

Valentiniano concedieron varias exenciones á los que cultivaban la tierra” (1829, 29 de noviembre, p. 65). Así, tomando como modelo al gran imperio, referente histórico de dictadores, el *Eco del Tequenthama* le decía al sector agropecuario que no había nada que temer porque, incluso, si se llegara a tener un sistema despótico o monárquico o uno vitalicio constitucional, la economía y el sector agropecuario también podían llegar a prosperar porque nadie atenta contra lo que lo alimenta; por lo tanto, los representantes rurales en la Asamblea Constituyente de 1830 podían estar tranquilos al dar su voto. Asimismo, este concepto podía ser creído por el pueblo, puesto que las palabras provenían de un periódico cuyo fundador tenía un reconocimiento importante dentro las entrañas del marco legal, situación que, quizás, era la otra excusa que había en la selección de don Rufino para difundir las pretensiones del Libertador.

No obstante, el texto propagandístico incrustado en la agroinformación fue corto e indirecto, pues obligaba a hacer una lectura de interpretación. Además, y muy al contrario de lo que pensaban los opositores, en el resto del artículo don Rufino se dedicó a plantear un conjunto de ideas liberales progresistas que demostraban cierta independencia en la posición editorial del periódico. Por ejemplo, volvía a poner sobre el tapete algo que ya habían mencionado los jóvenes ilustrados en los días de la colonia: “¿Será posible que, hallándonos en medio de la abundancia, estemos cual otro Tántalo con la agua en los lábios y devorados de sed? ¿No será de admirar el fenómeno que indicamos en nuestro artículo Comercio, de que siendo tan esquisitas las producciones de nuestro país no sean ellas materia de cambio con el extranjero, y nosotros vivamos perpetuos tributarios de este?” (1829, 29 de noviembre, p. 68). Los cuestionamientos del *Eco del Tequenthama* precedían a un desglose de las principales causas de mal estado en que se encontraba el sector agropecuario y que no estaban muy lejos de las que se registran hoy día: despoblación, ausencia de caminos para movilizar el producto cosechado, falta de formación, especialmente en áreas como economía, botánica y química. Además, sufrían con los costos de exportación, pues impedían el comercio activo: “Los cacao, el café, el añil y otros frutos nacionales no pueden competir con los otros países, porque a pesar de su excelencia tienen el inconveniente de venderse mas caros para poderse sacar los innumerables costos que ha desembolsado el negociante” (1829, 29 de noviembre, p. 68). A todo esto se sumaba la alta carga tributaria, encabezada por el muy repudiado diezmo:

¿No vemos que en una parte se exige la contribucion decimal de la leche que saca el pobre para mantener á su familia, y aun del heno y demas pastos, y en otras nada se cobra al rico propietario que vende á buen precio sus ganados gordos, porque no se les ordeñó, y por la escelencia de los pastos? ¿No vemos que los colectores esprimen y empobrecen á los infelices cosecheros, y despues esos mismos colectores hacen quiebras escandalosas, y se les deja pasear impunemente? ¿No vemos, en fin, que para el pobre son las cárceles y apremios, y el rico se sale con cuanto quiere? Preciso será, pues, igualar á los ciudadanos en el pago de las contribuciones eclesiásticas, tener mas consideracion con el pobre, y con el que pierde en sus cosechas que con el rico y el que gana mucho (*Eco del Tequenthama*, 1829, 29 de noviembre, p. 66).

El *Eco del Tequenthama* también proponía como alternativa de desarrollo y mejoramiento del agro la asociación de los trabajadores rurales con el fin de promover al campo como empresa (1829, 29 de noviembre, p. 67). Este modelo actualmente se promueve en Colombia con la misma intensidad que hace cerca de dos siglos, confirmando así la inmanencia de las ideas y los problemas en los entresijos del tiempo, lo cual refleja el rezago que actualmente presenta el sector agropecuario del país y que ya se advertía en esa época: “La agricultura por la cual puede hacerse prosperar á Colombia se halla sumamente atrasada, y es obra de un siglo perfeccionarla” (1829, 29 de noviembre, p. 68). Infortunadamente, los cálculos resultaron muy cortos, ya que después de ciento ochenta años aun no se logra ese objetivo.

Al leer el contenido del artículo también se puede hallar una similitud entre las propuestas allí planteadas con el argumento sobre el cual se construyó, dos años después, el documento con el cual don Rufino Cuervo pretendió reformar el agro durante su gestión como gobernador de Cundinamarca y que, a la postre, dio vida a *El Cultivador Cundinamarques; ó Periódico de la industria agrícola y la economía domestica*. Así que la importancia del *Eco del Tequenthama* en la historia del periodismo agropecuario es doble, ya que generó información valiosa para el desarrollo rural y su tinta fue sangre y heredad para la prolongación y evolución de la agroinformación. Además, toda la información publicada en el *Eco del Tequenthama* fue considerada como el origen del programa de gobierno que implementó don Rufino durante su periodo de gobierno departamental entre 1831 y 1835 (Cuervo y Cuervo, 1892f). En eso radica la importancia de este periódico cuya desaparición parecía proyectada para darse poco antes de la Asamblea Constituyente de 1830. Y si cumplió o no su objetivo como promotor del debate político y generador de opinión pública entorno al sistema de gobierno, es un análisis que pasó a

un segundo plano con la renuncia oficial del Libertador. Lo único cierto es que al final el *Eco del Tequenthama* terminó siendo un medio políticamente inútil para la patria pretendida por los bolivistas, pero muy valioso para el futuro de don Rufino Cuervo, para la vida de la resucitada Nueva Granada y, en especial, para el periodismo colombiano.

Con la separación de Venezuela de la Nueva Granada, el Libertador decidió entregar el gobierno en las manos de don Joaquín Mosquera, un político que, paradójicamente, era de cuño santanderista. En un principio el cambio resultó favorable para la tranquilidad de don Rufino, ya que había entre ellos una amistad tan estrecha que fue él uno de los pocos que se enteró que Mosquera había perdido el índice de la mano derecha, el 16 de octubre de 1829, unos meses antes de tomar posesión, por haberle pegado un puñetazo a un afro (Cuervo, 1918, p. 189). Dicha cercanía fue vital para el futuro del periodismo agropecuario, puesto que trazó el sendero que condujo a don Rufino a unirse al gobierno y a posibilitar la revitalización del agro; por supuesto, la agroinformación se le presentaba como un mecanismo válido para lograrlo.

Don Rufino Cuervo como político mostró una visión amplia, generosa y leal con la ciudadanía. Su gobierno promovió un importante desarrollo con obras como el empedrado de la calle real, mejoró la nomenclatura de la capital e inició la construcción del cementero central, con el que buscaba acabar para siempre con “el abuso de reunir en las iglesias á los muertos con los vivos, con gravísimo perjuicio de estos, i mengua del respeto debido á la Divinidad” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 30 de octubre, p. 21). De paso, acabó con el costo exagerado que la iglesia cargaba a los dolientes y que en su criterio terminaba siendo “pagado en medio de lágrimas y sollozos”, pues en la Bogotá de 1831 el valor de las exequias resultaba más doloroso que la pérdida misma del difunto (Cuervo, 1843, p. 23). Infortunadamente, unos años después, en el mismo cementerio que creó, tuvo que usar el cubículo número uno para enterrar a Ángel María, su segundo hijo (Cuervo y Cuervo, 1892b). No imaginaba que aquel lugar que tanto promovió guardaba un espacio para su propio dolor.

Don Rufino también institucionalizó la educación femenina y fortaleció la seguridad al crear el servicio de vigilancia, en el cual involucró a la ciudadanía a través de los alcaldes menores, marcando así un avance en la cultura bogotana al empoderar a los habitantes como parte activa y veedora de su espacio en función de una mejor calidad de vida:

Vecinos que en cada manzana impidiesen el ocio, la holganza, la inmoralidad escandalosa y también la circulación de noticias, papeles y cartas que corrompiesen la opinión popular; recogiesen a los mendigos capaces de trabajar, a los muchachos forasteros prófugos que anduviesen sin destino, a los naturales del lugar que por descuido de sus padres u orfandad pidiesen limosna y a los que a deshoras de la noche hallasen durmiendo por las calles, para entregárselos a un maestro que les enseñase ocupación u oficio; presentasen al jefe de policía a quienes abandonasen frecuentemente su ocupación, a los gaiteros, jugadores de manos, saltabancos, demandantes de imágenes o santuarios y a los que se entretenían en agencias y tráfico viles e inhonestos; conciliasen a los que se hallaran en enemistad; supervigilasen para que no hubiera casas de juego o públicas de prostitutas; formasen el censo público, cuidasen el aseo y limpieza en sus calles respectivas, haciendo que en ellas no se arrojase inmundicia y que cada vecino tuviese barrido en frente de su casa. Todo dueño de casa o tienda tendría que dar parte de los individuos que alojase y los que cambiasen domicilio, avisarlo a las autoridades (Arboleda, 1933, pp. 109-110).

El criterio que usó don Rufino para poder concebir por primera vez una Bogotá cívica estaba mediado por la influencia de quienes lo rodeaban a la hora de tomar decisiones trascendentales, como lo hacía con sus periódicos. Uno de ellos, seguramente, fue don Manuel María Quijano, quien escribió para el *Eco del Tequenthama* el artículo sobre las serpientes y pudo haber participado en aquel que analizaba el agro. Esto último es difícil de probar, pues muy pocos redactores publicaban su trabajo; sólo se sabe que otro de los colaboradores era don Juan García del Río, un constitucionalista cartagenero, nacido en 1794 y versado en comercio, quien había sido secretario del Libertador y del general José de San Martín (Cacua, 1968, p. 112). Él también ejerció el periodismo y fundó periódicos en Chile y Londres y escribió un documento titulado *Las Meditaciones Colombianas*, de las cuales se habló en el número uno del *Eco del Tequenthama* así como en el número seis, el 15 de noviembre de 1829, en el que se publicó un análisis sobre el sistema de gobierno que se iba a debatir en la Asamblea Constituyente de 1830.

El *Eco del Tequenthama* tuvo una corta vida y dos denominaciones. La primera edición se llamó *El Eco del Tequendama*, pero a partir de la número dos el nombre cambió un poco cuando don Rufino le quitó el artículo y le suprimió a la palabra Tequendama la letra “d” cambiándola por la asociación de las letras “th”. El motivo aun se desconoce; sin embargo, el estilo responde al uso común que se daba en algunos periódicos de la época, ya que también existían el *Eco de*

*Antioquia*, el *Eco de la América del Sur*, el *Eco de Puerto Rico* y el *Eco Frances de Argentina* (Banco de la República de Colombia, 1975, p. 78). Dicha raíz llegó de España, donde apareció por primera vez en el *Eco de Reus*, un periódico liberal publicado en 1814 en un poblado catalán llamado Reus (Zabala, 1970, p. 116). Luego, el 1° de agosto de 1821, durante el famoso trienio liberal, surgió en Madrid *El Eco de Padilla* (Sánchez, 2009, p. 89); este impreso era el órgano informativo de un grupo denominado “los hijos de Padilla” que resultó de una división entre masones españoles. Ellos, para diferenciarse de sus antiguos compañeros de logia, optaron por convertirse en comuneros y terminaron haciendo parte de los llamados “exaltados” que representaban el liberalismo puro español (Mariana, 1853, pp. 302-303). *El Eco de Padilla*, al igual que la *Miscelanea* española, hizo parte de los informativos españoles que fomentaron, más que un cambio político, una revolución social que asumía la voz y la antorcha para defender la libertad, la ley y los derechos de los ciudadanos. Fue una voz que se elevó tanto, que terminó haciendo eco en América y, por supuesto, en Colombia, manteniendo la constante que venía desde la colonia en la que los periódicos españoles adaptaban a los franceses y, a su vez, se convertían en inspiración para la prensa criolla.

Y aunque se modificó el nombre, no pasó lo mismo con la estructura del periódico, que permaneció igual desde el principio. “¡Cómo se parece a la difunta *Miscelanea*!”, le dijo alguna vez don José de Aranzazu a don Rufino, refiriéndose a la similitud entre esta y el *Eco del Tequenthama* (Cuervo, 1918, p. 7). Sin embargo, eso no era tan cierto, ya que este último iba a una sola columna y los temas eran más profundos, pues tenía ocho páginas, es decir, el doble, con excepción de la edición final, la número once, en la que presentó dieciséis páginas; además, el encabezado era muy similar al primer *Eco* colombiano, que fue *El Eco de Antioquia*, el cual circuló en 1822 y pudo ser su referente inmediato. El periódico de don Rufino no sólo tenía un nombre parecido sino también una portada muy similar a la de los antioqueños, con una presentación sencilla donde apenas se destacaba el nombre del impreso en mayúsculas y letra grande y acompañaba una franja debajo de él en la que iba una corta expresión en latín, también en mayúsculas, pero con letra inclinada, que decía: *VINCET AMOR PATRIAE*; voluntad, amor y patria, insignias del sentir de don Rufino, símbolos de determinación política, de presencia divina como guía y de comunión con los ideales de libertad y democracia. A continuación, debajo de ese bloque, y en una segunda franja, iban las consuetudinarias referencias de fecha, número de ejemplar y el número de la página.

El tamaño con el que se publicó el *Eco del Tequenthama* era en formato de octavo con una dimensión de 20,5 por 14,5 centímetros y se imprimió en las máquinas de Roderick y Salazar que estaban ubicadas en la calle de la universidad, número 25. Tenía tipografía limpia, era de lectura fácil y a espacio sencillo, con subtítulos centrados y en mayúsculas. El periódico siempre iniciaba con el artículo principal de la edición, al que se le dedicaba casi la mitad del contenido publicado en el número. Junto a este se incluían en promedio cuatro artículos, más las noticias de variedades, que podían ir desde una hasta seis y redactadas al estilo de las breves que se usan actualmente. A diferencia de lo que se acostumbraba, el periódico no mencionaba su costo ni lugar de suscripción, pero alguna vez habló de un valor por concepto publicitario: “En este papel se insertan los avisos, anuncios y remitidos por el precio anticipado de cuatro reales sino pasaren de dos renglones, y si excedieren este número, de un real por cada tres renglones. La segunda y ulteriores publicaciones se harán por la mitad del precio de la primera” (1829, 6 de diciembre b, p. 80). Este aviso apareció apenas en la antepenúltima edición, la número nueve, lo cual indica, quizás, la necesidad que tenía don Rufino de buscar un presupuesto extra con el fin de continuar con la publicación del periódico; empero, con el desenlace que tuvo la presidencia del general Bolívar, el impulso comercial no duró mucho y la información publicitaria sólo alcanzó a salir en el ejemplar número diez, con un aviso que gratificaba al que informara el paradero de una criada indígena ladrona, llamada Marcela Patiño, quien, según decía allí, iba “vestida con camison, mantilla y sombrero de paja” (1829, 13 de diciembre, p. 88). No hubo tiempo para más, pues la última publicación del *Eco del Tequenthama*, el 20 de diciembre de 1829, coincidió no sólo con el inicio de la Asamblea Constituyente sino con la renuncia del Libertador, hecho que, seguramente, fue el detonante de su abrupto final, ya que normalmente los periódicos de la época solían tener una nota de despedida y en este caso se terminó sin ningún anuncio.

En términos generales, el *Eco del Tequenthama* se puede definir como una apuesta política que después de tantos años aun resulta bastante entretenida; además, el periódico era el colofón de una idea con la cual don Rufino quería motivar una lectura más profunda de la realidad con el fin de acabar con el corrillo que circulaba entre algunos extranjeros, según el cual los colombianos “leemos mucho y pensamos poco” (*Eco del Tequenthama*, 1829, 1° de noviembre, p. 38). De esta manera, sin proponérselo, don Rufino transformó a ese periódico en el rugir permanente de un pensamiento crítico cuya esencia le permitía sentirse tranquilo con su trabajo a pesar de las críticas. A él le bastaba con el apoyo de su círculo de amigos, en especial el de su

compadre Manuel José Mosquera, quien unos días después de leer el primer ejemplar del periódico le escribió desde Popayán: “Hacia algún tiempo que mi corazón no tenía un consuelo como el que me ha dado la lectura del *Eco del Tequendama*. Usted sabe mis opiniones, que son idénticas a las tuyas, y por lo mismo, fué de lo mucho que promete el periódico, he recibido gran contentamiento. Y pues usted ha tenido bastante valor para tomar la pluma de un modo tan resuelta en esta época de desastres, continúe sin arredrarse hasta alcanzar la palma que debe honrar el eminente servicio que presta usted a la patria en formar la opinión” (Cuervo, 1918, p. 1818). El concepto de su amigo iba en consonancia con el más importante de todos, el del gran Bolívar, quien se mostraba bastante satisfecho con el trabajo de don Rufino, pues creía que se había cumplido con la misión dispuesta, tal y como se lo mencionó al general Pedro Alcántara Herrán el 29 de noviembre de 1829, unos días después de haber sido publicado el artículo donde se masculaba la propuesta del sistema de gobierno que requería el país: “He recibido el impreso del señor Rufino Cuervo, que me parece en muy buen sentido. Yo le doy la en horabuena por el servicio que acaba de hacer a la patria” (Citado en Cuervo y Cuervo, 1892f). Y un tiempo después expresó: “Ha gustado el proyecto de Constitución del Eco del Tequendama. Esto prueba que la opinión ha mejorado, mejora admirable” (Citado en Townsend, 1973, p. 58). Sin embargo, ninguna de esas opiniones sirvió en el momento de presentarse el cambio de gobierno, pues los bolivistas fueron perseguidos política y socialmente por los santanderistas, quienes tomaron un segundo aire tras retomar el poder, exhalando por doquier un odio acre y venenoso. Quizás, esta fue la razón por la cual don Rufino optó por el silencio como sabiduría, tal como rezaba uno de los epitafios que publicó en el *Eco del Tequenthama* (1829, 13 de diciembre b, p. 88). Bien lo decía el Libertador apelando a una de sus consabidas reflexiones: “¿Qué máh egjérshito que la opinión? (Citado en Townsend, 1973, p. 58). A todas luces la transferencia de poder había dejado un celaje de guerra civil en los campos y en las imprentas; entonces, callar y pasar de agache era la mejor opción en aquel momento, situación que en el caso de Rufino resultó siendo el escenario propicio para buscar refugio y paz en el campo. Fue así que llegó a su vida la hacienda El Boyero, con la cual ratificó, definitivamente, que el asunto agropecuario lo llenaba de gozo y de una agridulce sensación de esperanza en medio de la nada.

Al final, el *Eco del Tequenthama* deja dos sensaciones; la primera, que a pesar de que el agro está muy ligado al comercio y este a la política, el periodismo agropecuario que se publicó en él no cayó fácilmente en la trampa panfletaria y en la seducción y el manoseo externo; por el

contrario, se mantuvo firme en su filosofía de visión progresista, buscando informar todo aquello que en criterio del redactor podía aportar para el bien de la nación y del campo y no sólo para el beneficio personal de unos pocos. Era una propuesta de desarrollo que usó la fuerza del modelo narrativo pedagógico que sustenta a la agroinformación para manifestar descontento, esperanza e ideales, lo cual lo hace político pero sin ejercer la política. La segunda impresión que queda de este periodo es que don Rufino no se arrodilló para compensar nada, como lo afirmó el general Obando; simplemente se adaptó al ambiente para poder protegerse cuando se sintió solo y vulnerable. Por eso, al escudriñar el mundo que rodeó la vida política de este hombre durante 1829 queda claro que él usó toda su habilidad diplomática para inclinar sola una rodilla dejando preparada la otra para levantarse en el momento justo. Y así lo hizo.

No obstante, hay que decir que don Rufino nunca se alejó del grupo que heredó los postulados bolivistas tras la muerte del Libertador. ¿Por qué lo hizo? Él era alguien que creía en los ideales más no en las personas; por ende, apoyó lo que consideraba útil e importante para la sociedad colombiana sin que eso significara que fuera apóstol de aquel que lo postulaba. La prueba quedó impresa en un rinconcito del *Constitucional de Cundinamarca*, periódico que él dirigió casi dos años después y en el que confesó antes de partir hacia Europa, en 1835, su verdadero pensamiento sobre el hombre de los laureles en la sien y callos en las nalgas al que acompañó durante su última batalla en la arena política: “Acababa de salir la Nueva Granada de las manos de un imbecil i fermentado usurpador...”, escribió, aludiendo al general Rafael Urdaneta, y, luego, refiriéndose al Libertador, agregó: “...después de haber sido antes dominada por un poder absoluto que encubría sus actos con el prestigio de las glorias militares, sin hacer un solo bien positivo al pueblo” (1835, 15 de febrero, p. 26). Por tal motivo, se entiende que aunque lo oía no lo seguía y que el periodismo agropecuario fue una de las tantas pieles que usó este variopinto camaleón para dar su lucha política y sobrevivir. Es entonces, cuando, a modo de excusa, resuena nuevamente aquella frase suya según la cual en época de revolución “las opiniones políticas, resultado de los hechos, varían como éstos y se cambian” (Cuervo y Cuervo, 1892f). Así de simple...

## 2

Sagrario Lozano estaba ebria y casi sin sentido, como si en lugar de chicha le hubieran dado a beber la semilla molida del árbol del borrachero. Permanecía tendida en la entrada de la antigua casa del marqués de San Jorge, que también había sido su hogar durante los días de la colonia, y junto ella dormía, aferrado a una de sus manos, el *Eco del Tequenthama*. Era el ejemplar del 29 de noviembre de 1829, el mismo en el que se publicó el primero de los dos artículos agropecuarios de ese periódico. Lo último que había alcanzado a leer estaba escrito en la página número 72, donde se enteró sobre la llegada de una vacuna para una enfermedad que no se mencionaba, pero que quizás era la viruela, de la cual se habló en la última publicación que circuló de ese impreso. Aquella escena dejaba entrever el temor de Sagrario por la salud y la vida del pequeño “Antonico”; por eso, cuando despertó esa madrugada y al percibir que estaba sola, quedó más fría y pálida que la noche invernal bogotana. Lo peor fue cuando descubrió con amargura que no recordaba dónde y cuándo había abandonado a su hijo. La cabeza le daba vueltas y en medio de su confusa situación ni siquiera notaba la fina capa de lluvia que el aire neblinoso había dejado sobre su cuerpo; incluso, algunas chispas parecían pequeños cristales de luna atrapados en su cabello marchito, que la hacían ver sombría y extrañamente bella a la misma vez. Esa noche llovió en la capital colombiana como casi todo el año, como casi todo el siglo, como casi toda la vida. Caía una lluvia liviana, insidiosa, interminable, a tal punto que el general José Hilario López le dijo a don Rufino que ese invierno ya se parecía al diluvio universal, puesto que había causado “males infinitos en personas y labranzas” (Cuervo, 1918, p. 186). Pero, a esa hora, cuando hasta los gallos se hacían los trasnochados y se negaban a sacar la cabeza que incrustaban bajo las alas para no inundar o escarchar su canto, a ella no le importaba nada, ni el aguacero, ni el frío, ni el barro de las calles, ni los peligros de una noche tan espesa. Sólo sabía que tenía que buscar a su hijo.

Pensó que primero debía ir a la casa donde vivían. Así que se cubrió con un pañolón negro y empezó a correr cargando en sus ojos la angustia y un terremoto bajo su cuerpo que la zarandeaba y que la envió un par de veces contra el suelo. Para colmo de males, Sagrario andaba con los pies descalzos, pues hasta las cotizas había perdido, lo cual la obligaba a luchar contra el mareo, la renguera y el suelo disparejo y jabonoso, mientras se desplazaba atravesando la penumbra por la calle de Lesmes hacia el norte. Sin embargo, como decían por ahí, “eya eshtaba

como pa' vendé gasheta", pues no veía para dónde iba, ya que luego de unas cuadras descubrió que en realidad se dirigía hacia el sur, al toparse con el parloteo oscuro y amenazante del río San Agustín. Esa confusión la desesperaba aun más, y todo le giraba y creía estar viviendo una de esas pesadillas agotadoras donde se mueven las piernas pero nunca se avanza. Así, a trancas y mochas, y con las arcadas siempre a flor de boca, halló la ruta hasta cruzar con sumo cuidado el puente San Francisco, que se elevaba unos tres metros sobre el lecho turbulento del río del mismo nombre y que por esa época iba hasta al límite tras recibir en la parte baja del cerro las aguas de las quebradas Hoyo del venado, Guadalupe y San Bruno (Mejía, 2000, pp. 68 – 71). Pasada media hora, al fin llegó a su morada en la parroquia de las Nieves.

Poco antes de alcanzar la entrada, Sagrario notó algo que la sacó de su adormecido razonamiento o quizás la confundió un poco más. Era una rara luz que bajaba lentamente por la colina que quedaba al costado sur del cerro de Guadalupe. Apretó los ojos un par de veces para descartar que estuviera alucinando; pero allí estaba, y le parecía que se había detenido y que ese destello aquiropoeta también la observaba. Por un momento, olvidó a su hijo y sintió tanta curiosidad que hasta pensó en ir hacia ese lugar. Ella sabía lo que significaba aquella aparición e, incluso, recordó que unos días antes se había estado mofando con nihilismo acerca del asunto en la gallera y con sus carcajadas acusaba de locura a los que consideraba apóstoles de un mito colonial, según el cual, en una de las cuevas de la parte alta del cerro, la que quedaba en línea recta con la Catedral, estaba enterrado un ciervo de oro en tamaño natural, dejado allí por los indígenas que habitaban en Bogotá antes de la invasión española y que, de acuerdo con lo que decían los más viejos, algunas noches se dejaba ver sobre la faz de la montaña desprendiendo flamas que se movían de un lado para otro (Le Moyne, 1999, p. 127). Por eso, Sagrario, atónita, no sabía si reírse de sí misma por caer en el engaño o aceptar que la capital era un jardín de emociones y bendiciones. ¿Estaba delirando de ebriedad bajo la lluvia? ¿Acaso, aquello era una invitación a recibir el regalo que muchos codiciosos habían anhelado? Ella sabía que esa no era una zona muy recomendable para atreverse a investigar y menos de noche, pues todos conocían las escenas de terror que muchos habían vivido en la parte baja de ese cerro, ya que allí, arriba de la carrera tercera con calle sexta, en el costado oriental de la Ermita de Belén, conocida hoy día como Parroquia de Nuestra Señora de Belén, quedaba lo que llamaban Tapias de Pilatos, que era un lote en el que antiguamente se fabricaban tejas y donde en tiempos coloniales, y hasta 1861, se enterraba a los suicidas y aquellos que atentaban contra la fe (Ibáñez, 1891d). Era un lugar que

asustaba y, por eso, cuando Sagrario ya no vio nada y el cerro volvió a arrojarse con su manto negro decidió, como todos, olvidarse del asunto. Al volver sus pasos hacia la puerta de la casa ella levantó la mirada y alcanzó a ver una rata luchando por no caer de una teja que estaba suelta sobre el filo de un techo vecino. La escena la llenó de compasión, pues se sintió identificada con el angustioso y vano esfuerzo del roedor que no demoró en caer al suelo. El quejido del animal junto al golpe seco de aquella figura de barro, transformada en un montón de pedazos, precipitó sus nervios y le produjo una mayor angustia. Llevó una mano a su pecho y, por primera vez en la vida, presintió que en realidad ella no era la rata sino la teja. Entonces, volvió a pensar en Antonio y sin meditar más en el asunto entró a buscarlo.

Lo halló dormido y al verlo, Sagrario sintió que vivía de nuevo. Respiró profundo y con un escalofrío su cuerpo le avisó que estaba empapada. Necesitaba dormir, pero el ambiente en la habitación no era muy diferente al de la calle. Las paredes ennegrecidas por los hongos y la humedad, el agua bajando por una esquina y rodando por el suelo, la vacuidad del lugar con apenas una estera y un cajón de madera para la ropa, y una pequeña ventana por donde la luz entraba regañada, le daban un aspecto lúgubre al lugar. Y aunque en ese instante nada podía quitarle la felicidad de ver a su pequeño, al arrodillarse e intentar besarlo en la frente, notó que él prendía en fiebre. Tenía el rostro mojado, pero nada tenía que ver con las goteras del invierno; era un sudor vaporoso. También pudo sentir que el niño temblaba de vez en cuando y, entonces, entró en desespero moviéndose de un lado para otro, mientras se trenzaba el cabello, nerviosa, sin saber qué hacer. En ese instante, pensó que el invierno también vivía adentro de ella y comenzó a cavilar en todo lo malo que podría suceder, hasta que en un arranque de delirio se arrojó sobre Antonio y lo abrazó con todas sus fuerzas como si quisiera regresarlo a su vientre para que el mundo no se lo fuera a arrebatar. Lo acarició y se quedó de súbito dormida; no obstante, en medio de la inconsciencia del sueño y la ebriedad, sus lágrimas todavía escapaban como si ella estuviera hecha de agua.

Al otro día, tan pronto sintió el bullicio de la calle, Sagrario llevó al niño al San Juan de Dios, que era el hospicio de caridad de Bogotá. Temía lo peor, ya que era bien sabido que el cólera morbo rondaba con sigilo por las calles; afortunadamente, resultó siendo sólo una calentura por resfrío, que era la principal causa de consulta médica en la ciudad. Un reporte de 1835 registró que en los primeros diez meses de ese año se habían presentado 243 casos de enfermedad gripal: 106 en hombres y 137 en mujeres, de los cuales un 14,95 por ciento fallecía (*Constitucional de*

*Cundinamarca*, 1835, diciembre 13, p. 185). Antonio había sido afortunado. El malestar no resultó grave, pero ahora él tenía que quedarse allí para acompañar a su madre, pues era tal el estado que ella presentaba y la demacración que reflejaba su rostro, envejecido y pálido, que los médicos pensaron que estaba más enferma que su propio hijo; por ende, la examinaron tratando de buscar una de las cincuenta y ocho afecciones que presentaban las mujeres capitalinas de la época y que iban desde la una simple afonía pasando por la pleuresía, que era otra enfermedad del aparato respiratorio y la segunda causa de mayor consulta, pero la de más alto índice de mortalidad tanto en mujeres como en hombres, hasta la ninfomanía, de la cual se reportó en 1835 un caso con tratamiento exitoso (*Constitucional de Cundinamarca*, 1835, diciembre 13, p. 186). Sagrario pronto logró zafarse del embrollo, pero su cara no dejaba de verse peor a causa de su excesiva preocupación por la salud del niño, de quien no se despegó ni un sólo segundo, excepto las horas de la mañana del día siguiente cuando, muy temprano, y en medio de esa neblina quemarices de la sabana, fue a visitar a su hijo mayor en el viejo cementerio de la ciudad.

El terreno recibía a los muertos de las familias pobres bogotanas desde 1793 y estaba ubicado en un ejido abandonado que quedaba al costado occidental de lo que hoy día es la Plaza España, en la calle 13 con carrera 22 (Ibáñez, 1891c). El niño estaba enterrado sobre el costado que limitaba con la zona sur occidental y se identificaba apenas con los restos de una ínfima cruz de madera, corroída por la humedad, y que aun tenía grabado un nombre que le daba significado especial a esa tumba, pues para Sagrario era el símbolo de un pasado perdido. José de Jesús Sagrario Lozano decía allí, tal como ella se hacía llamar en su infancia. Sagrario permanecía arrodillada junto al montículo de tierra y acariciaba las letras mientras rezaba un par de oraciones por los casi diez años que llevaba sin ir a visitarlo. Le habló de su hermano y le suplicó que lo cuidara. Finalmente, como pensaba que al morir tan pequeño, su Josecico se había vuelto un “angelico”, le pidió que la ayudara con una señal del cielo para saber qué hacer con su vida. “¿Quéé d’hather, dethimee, higjicomíoo?, le preguntaba, con la seguridad de recibir una respuesta.

Y mientras todo esto sucedía, Sagrario veía cómo se iba levantando lentamente la neblina y hasta tuvo la sensación de que los cerros orientales de la ciudad elevaban un poco el lomo afilado para rasgar el velo frío que cubría la piel ríspida de sus cuerpos curvados y parecían acomodarse para abrirle espacio a un sol tímido que se asomaba traslúcido a través de un pergamino de nubes dejando ver su cara redonda y desteñida. Esa luz limpia y blanquecina le permitió a Sagrario

descubrir algo que le devolvió la sonrisa, ya que estaba sorprendida al ver el cementerio plagado de florecitas pomposas de color morado y blanco que brillaban como estrellas cansadas que bajaban a tomar la siesta diaria entre la maleza del viejo y sacro lote. Aquellos copitos iluminados eran flores de trébol rojo y trébol blanco que abundan exultantes en los campos de la sabana y que ese mañana excitaban las emociones de Sagrario no sólo por su belleza sino porque a pesar de la muerte que pendía de sus raíces; a pesar de la lluvia, la niebla, los arvenses, el barro y el frío; a pesar de la caricia áspera de la lengua de las vacas, que las usaban como postre después del arrasar con el pasto, seguían ahí como si nada, siempre alegres y robustas, valientes y hermosas al mismo tiempo.

Sagrario quería ser como esas flores. Arrancó una y se la puso sobre la oreja que tenía completa y tomó otra para olerla, pero se distrajo al ver a la distancia a una mujer que la observaba y que luego se marchó con paso rápido. “¿Quién será eyaa?”, se cuestionaba, tratando de reconocer aquella figura; sin embargo, no era la cara sino la forma en que vestía lo que llamaba su atención. “Shí”, dijo con emoción al cabo de algunos segundos. Ella vestía igual que Policarpa Salavarrieta, la famosa Pola, a quien tanto idolatraba, cuando la vio por última vez, minutos antes que la asesinaran.

Ocurrió el viernes 14 de noviembre de 1817. La Pola caminaba con la tristeza vibrando en sus ojos, pero, al mismo tiempo, con una gallardía y altivez sin igual que armonizaba con pasos lentos, como si toda ella fuera el más grande batallón colombiano. Iba hacia a su encuentro con la muerte ataviada con el halo de belleza y elegancia de esas reinas Tudor que ofrendaron la cabeza al gran lobo que las desechó después de haberse saciado de sus entrañas. Por eso, enalteció su despedida usando “un camisón de zaraza azul, mantilla de paño azul y sombrero cubano” (Caballero, 2010, pp. 281-282), prendas que al cubrirse de sangre y de gloria daban la impresión que los españoles habían asesinado al mismísimo cielo. Ese día, antes de los seis balazos que recibió la Pola, y su posterior decapitación, Sagrario había intentado saludarla tímidamente, escondida entre la muchedumbre, pues la admiraba desde la época en que la inquieta Policarpa compartía su cotidianidad con la familia Lozano; sin embargo, cuando quiso acercarse, su voz se apagó y sólo pudo quedarse con aquella última imagen que se refugió en su pensamiento.

Ahora que la recordaba, pensaba que le gustaría ser como ella y se le ocurrió que todo lo que reflejaba la heroína debía proceder de su esencia, su tierra natal, la Villa de San Miguel de las

Guaduas. Por eso, intuyó que debía ir a ese lugar, pues creía que allí a la fija había una oportunidad esperándola para volver a empezar. Así, mirando el horizonte vacío, Sagrario concluyó que la mujer que apenas unos instantes antes había surcado velozmente su mirada era la señal que ella buscaba, un regalo que le ofrecía su angelical José de Jesús y que iba envuelto con cientos de florecitas coloridas. No había paso a atrás. Sagrario Lozano se marcharía y renacería en honor a Policarpa Salavarrieta.

- Anshí gje paishano que la Shagrario dio pueshtos paragjesh, le dijo el anciano a Chuquino, mientras el amanecer anunciaba su llegada.

- Probre mugjer, respondió Chuquino mirando hacia el suelo, donde hacía figuras geométricas con un dedo.

Los dos hombres guardaron silencio por un rato y luego se mantuvieron en un diálogo monótono de frases cortas, reflexiones ensimismadas y miradas ausentes, hasta que la carne de la noche se estremeció con el primer trino de los pájaros y luego otro y otro hasta formar una cascada de música que era campana y ofrenda para llamar a la luz de la vida.

- Ya esh tiempo dirme, ñor, dijo Chuquino, levantándose con fuerza. El albur del día era la señal para continuar su camino y él sabía que era hora de marcharse.

- Tenga bushtë pathienthia paishano que la Shagrario en poco viene, expresó el anciano con una mueca de molestia.

- ¿Cómo shabe bushtë?...

- Ya le he ditcho, eya shiempie guelve. Le he vishto cá madrugá de losh lúnesh yendo i viniendo con el gjarro yeno ‘e letche que roba á los ganaosh del otro lao ‘e la loma. Esh una coshtumbre quesha mugjer tiene deshde hathe mutcho tiempo...

- ¡Probre mugjer!, repitió Chuquino con un tono compasivo, mostrando, además, pocas ganas de sentarse de nuevo sobre el tronco húmedo. Entonces, suspiró con tanta fuerza, como si añorara todas esas emociones que van dejando los sucesos de la vida. Luego, preguntó: “¿Por qué shabe bushtë tanto deya, ñor?”

- Mi nombre esh Antonio Cantalarrana, pa’ servile a bushtë. Yo gjei el que le digio á toosh el shecreto de la Shagrario. ¿Por qué? Por habeshe reído mutchash vethesh de mi

apeyío... I como dithen: á colérico shanguino, borracho fino; busthé entiende, por eshtar calamocanosh, cuando ambosh losh dosh shervíamosh gjielmente al essérthito de *shu esselethia* el gjeneral Golívar, nosh gjuimos de palabrash i amenathash...

- ¿Cala, cala...mo...qué?...

- Calamocano, paishano; igual que borracho o embriagao... Poro también layudé. Gjuí yo quen la reshcató de shush doloresh por la muerte del crío mayor i le digje quéya debía ir á trabagjar á la Ambalema. Gjuí yo quen le llevó al otro crío a la pietha onde vivía cuando se emborrachó i me hitho una menthísh el día ese en que aposhté quiba encontrar el tal thiervo dioro en la montaña de la Guadalupe. Gjuí yo quen la quisho deshde que deshcuébrí la verdá i eya me bendigjo con un puñetatho i un par de putathosh. Por lo meshmo, paishano, le digjo á bushté, gjuí yo el que á peshar de tuesho le shiguió hashtacá pa' traele un gayo i una gayina pa' que inithiara shu propio negothio. Poro losh bandolerosh que andan por eshte paísh me rompieron la sheshera i no pue llegá á verla. Á vethesh, paishano, pasho por shu casha i cuando eshtoi en la entrá olvido á quéido...

- ¡Probre de busté, ñor!, dijo Chuquino con una voz lastimera e insípida.

- No, probre mugjer, replicó el anciano con pesadumbre. Poco después, agregó: “Tueshtos añosh quishe quitame lash culpash puesha trishtetha quéya shiempres me ha echao en la cara. Gjue un pensheque, poro la tontatha piensha que yo gjuí el culpable de que toa shu vida she hubiera guelto un desashtre. I lo pior paishano, esh que toavía me gjalta algo por hather con eya...”.

- Bushté shabe que ya cashi nuai tiempo pa' noshotrosh, replicó Chuquino.

- ¡Ay, tengo que prevenila dialgo paishano!, poro ya she miolvadó de qué...

- ¿Qué sherá esho tan urgjente, ñor?, preguntó Chuquino, antes de notar un nuevo alboroto entre el soto, aunque no tan fuerte como para volver a caer en alucinaciones o ser embestidos una vez más por el ronquido de los cerdos salvajes.

- Mire, ayá viene... le digje paishano... Eya shiempres guelve...

Sagrario caminaba rápido y su rostro lucía más tranquilo bajo la primera luz de la mañana. Cuando pasó junto a los dos hombres se detuvo y se acercó a ellos; sin embargo, no los vio. Sólo sonrío como si hubiera cumplido un deseo cuando vio al *Eco del Tequenthama* intacto sobre el suelo. Luego, lo tomó, le dio una mirada, lo sopló por ambos lados, lo sacudió, lo guardó

nuevamente en la pretina de la falda y siguió su camino. “¡Shagrario, Shagrario!”, gritó el anciano, persiguiéndola y tratando de llamar su atención. Ella se detuvo y volteó a mirar. No vio nada, pero sintió un leve temblor como si una gota de agua helada se hubiese escurrido por su espalda, como si tuviera pedazos de hielo en las axilas. “Shagrario”, repitió el anciano. Ella se persignó, miró para adelante y sin importar el barro, los charcos o aquello que se esconde en la maleza, decidió apellidarse a pasos largos, nerviosos, sin mirar atrás y con su pequeño casi a medio metro de distancia dando trotecitos con sus pantalones enrollados a media canilla y luchando con la ruana como si cargara su propio fantasma al hombro. Entonces, el hombre se volvió a sentar y empezó a llorar desconsoladamente. Chuquino le dio una palmada suavemente en la espalda y sin decir nada más se marchó fundiendo su figura en el suave brillo de la mañana.

Sagrario regresó a su casa y notó con preocupación que las nubes continuaban inmóviles. Antes de entrar, y como solía ocurrir de vez en cuando, halló un par de plumas en la entrada que le hicieron recordar los cacareos de la noche anterior; sin embargo, al revisar el pequeño gallinero, que había construido con un par de tablas sobre un árbol, pudo constatar que no faltaba ninguna ave. Así que volvió a culpar al viento. En ese momento, lo único que le importaba era procesar la leche fresca que había robado y evitar así que se dañara; para ello, encendió una pequeña hoguera con unos leños carbonizados y apeló a un antiguo y sencillo método que, según decían, ayudaba a conservar el alimento en buen estado por muchos años. Consistía en guardar la leche en una botella, taparla bien y sumergirla en agua hirviendo durante un cuarto de hora, al cabo del cual la leche se dejaba reposar y quedaba lista (García, 2011, p. 20). Era leche eterna al instante. Así lo hizo, aunque ella sabía que siendo uno de sus pocos recursos alimenticios siempre se le acababa mucho antes de terminar la semana. Esa era la rutina con la que comenzaba todos sus lunes, que por esa época se consideraba el segundo día de la semana, pues se regían con el periodo litúrgico, y que continuaba, después de dejar durmiendo a su hijo, con las labores en la iglesia del pueblo, que eran cosa de todos los días.

Sagrario salía hacia la Villa de San Miguel de las Guaduas cerca de las siete de la mañana para poder enfrentar una hora de tedioso camino y una jornada monótona arrancando vela derretida del suelo, barriendo, arreglando el altar, dando lustre a las imágenes y bancas, lavando la ropa y los ornamentos del cura. En fin, era su penitencia en la espera de un milagro que le permitiera cosechar algo que no tuviera bichos. “¡Vamosh!, á shu tiempo maduran lash brevas”, le dijeron. Por eso, y a pesar de que las nubes parecían haber echado raíces en el cielo que la

acompañaba diariamente, al cabo de año y medio ella notó con alivio que sus lechugas ya no se dañaban tanto, el maíz aparecía menos agredido por la plaga y la yerbabuena, también conocía en aquella época como menta, lucía más verde y erguida. “Benditoo sheaa Diosh, nueshtro sheñor”, dijo cerrando los ojos y con la mano en el pecho, agradeciendo igualmente por haber cultivado con éxito unos esquejes o ramitas de caléndula y tomillo y una buena franja de ajo, además de algunos ajíes y unas cuantas matas de tabaco, aunque estas últimas sin buenos resultados. Lo que ella no sabía era que esas siembras habían terminado por beneficiarla sin proponérselo, pues desconocía algo que a través de los años la misma gente del campo fue convirtiendo en cultura y sabiduría rural a partir de un conocimiento práctico y que sólo hasta el presente siglo la ciencia ha comenzado a rescatar, estudiar e implementar entre los productores del agro como parte de la llamada agricultura limpia y orgánica; se trata de la alelopatía, que “es una forma de control natural donde se aprovechan las propiedades, aromas u olores de algunas plantas, que al ser asociadas o intercaladas con los cultivos, atraen o repelen plagas” (David, 2008, p. 64). Por esta razón, al sembrar, por ejemplo, yerbabuena y tomillo alejaba, respectivamente, los gusanos y moscas que dañan el repollo; por otro lado, sus tomates no mostraban mejoría, ya que con el tabaco había logrado espantar las diminutas moscas blancas que destruían los frutos, pero no pudo controlar la aparición del virus del mosaico del tabaco, debido que ignoraba que no podía tocar las hojas de tabaco y luego las del tomate porque se repelen causando en este último la consabida marchitez con rizamiento, curvatura o acampanado de las hojas y baja producción (Rodríguez, Tabares y Medina, 2001, p. 181). Aparte de todo, Sagrario aun tenía que luchar contra lo que ella llamaba “la maldithión dee la hormigjaa”. Por eso, no podía bajar la guardia y cada mañana iniciaba su trabajo en la iglesia con un padre nuestro, tres avemarías, un credo y el salmo veintitrés para poner todo en las manos de Dios. Y cuando llegaba el medio día almorzaba y guardaba algo de su ración y de las sobras que a veces dejaba el padre Justiniano para llevarle a Antonio y antes de marcharse siempre tomaba algunos minutos para leer alguna página de los periódicos que semanalmente llegaban a la parroquia, esperando hallar algo, no sabía qué, tal vez una de esas señales del destino o alguno de esos mensajes de su angelito que ella iba buscando por doquier para arreglarse la vida.

Uno de esos días, el padre la recibió con una noticia que la tuvo en vilo toda la mañana y que ni siquiera la dejó rezar tranquila. Le contó que en uno de los periódicos había encontrado un escrito que planteaba una solución definitiva para controlar la temible hormiga arriera. “¡Ay mi

Diosh, por fin...!” dijo, como si sus oraciones comenzaran a dar resultado. Cuando vio el papel se sorprendió mucho, pues desde la desaparición de *El Cultivador Cundinamarqués*, diecinueve meses atrás, no había hallado nada en la prensa colombiana que pudiera emocionar a un agricultor. Y aunque ya había visto esas páginas rondando por las gavetas de la improvisada biblioteca del sacerdote, nunca imaginó que allí pudiera hallar información que les sirviera a personas como ella, ya que a simple vista daba la impresión de ser un periódico netamente político, lleno de normas y decretos intangibles para la mayoría del pueblo colombiano. Ese impreso que tanto sorprendió a Sagrario se llamaba *Constitucional de Cundinamarca*.

En la página treintaidós del ejemplar número setentaicinco de ese periódico, fechado el 24 de febrero de 1833, Sagrario pudo leer con entusiasmo y asombro que el manejo de la hormiga era muy fácil, pues con sólo embeber un trozo de cuerda en un poco de aceite y alquitrán, y rodear con ella el tronco de la planta en forma de elipse, se desterraba para siempre al laborioso insecto. “El olor las molesta en extremo, de suerte que las que ya han subido abandonan sus puesto para bajar, i perecen en el alquitrán, i las demas huyen del árbol”, decía allí. Ese día, y en la misma página, encontró algo que también la llenó de gozo: aprendió a hacer queso de papa, esta última, su comida favorita. Además, pudo aprender la forma adecuada de poner el yugo a los bueyes para que tiren con cuernos y pecho al mismo tiempo y le pareció bastante interesante la nota que indicaba cómo amansar un toro. Sagrario estaba feliz. Por eso, cuando el padre la vio así sacó un paquete grueso, forrado en cuero y atado con un par de cuerdas delgaditas, y lo colocó en sus manos. Era un archivo con todos los ejemplares del *Constitucional de Cundinamarca* desde el primero de ellos, publicado el 25 de septiembre de 1831, tres meses antes que *El Cultivador Cundinamarqués*. Para Sagrario fue todo un descubrimiento.

Esa misma tarde, ya en su humilde vivienda, ella se sentó sobre el pasto frío con Antonio a su lado y el paquete de periódicos al otro. El niño la observaba como queriendo entender qué había de interesante en esos papeles que le robaban por largos ratos la mirada apacible de su madre. Era algo que lo intrigaba, pues a veces ella usaba los periódicos para enseñarle a leer las líneas de unas letras que siempre le parecían esquivas y que luego escribía usando pequeños trozos de carbón sobre hojas secas de plátano. Pero aquel día sólo hubo silencio entre los dos y ante el desplante, Antonio prefirió arruncharse contra los muslos de su madre y tomar una siesta, mientras ella permanecía impasible, con las piernas extendidas y la espalda recostada sobre una de las paredes de la parte exterior de la casa para poder aprovechar la luz del día.

Lo primero que notó Sagrario fue el gran tamaño del periódico. Tenía una dimensión de 41 centímetros de alto por 25 centímetros de ancho. Era tan grande como el escudo que tenía dibujado en el centro de la parte alta de la primera página, conformado por un águila de plumaje rústico y una cabeza que tenía un pico fiero apuntando hacia el costado izquierdo y un ojo escrutador que nunca se cansaba de mirar al lector, al tiempo que sostenía en cada una de sus garras una granada. Quizás, esa ave estaba allí para simbolizar la libertad, pero también para representar al guardián supremo, la mirada de Dios que puede verlo todo desde arriba, el cual sostenía a las dos granadas, la de antes de la independencia y la de ese momento, pues para la época, y tras la división de la Gran Colombia, el país había recobrado su nombre colonial.

La granada, junto a su flor, era un fruto que representaba la unión y “la amistad mas perfecta” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 25 de septiembre, p.1). Por ende, su presencia implicaba la existencia de un mensaje paralelo, una invitación a congregarse en torno a lo que planteaba en sus páginas el afable gobierno liberal de los santanderistas, promotores de la publicación. Además, sobre el águila había una cinta con tres estrellas de ocho puntas cada una y debajo del ave se extendía otra con una frase en latín: “*VIS UNITA FORTIOR*”, palabras que indicaban el sentido de cada estrella: *Fuerza, Unidad y Fortaleza*, determinadoras, a su vez, de los tres pilares de la administración del vicepresidente Domingo Caycedo, quien por esa época gobernaba al país por encargo.

Sagrario se detuvo un buen rato en aquella imagen, girando la página sobre su eje una y otra vez. Miraba el águila patas arriba, luego, de lado y la volvía a poner al derecho. Ella, que había estado cerca a los círculos del poder masón, que aun permeaban al gobierno, se divertía buscando señales o mensajes escondidos en la composición del escudo. Estaba segura que allí había algo, pero aun no lo veía. Por eso, indagó, obsesionada, los textos que estaban a lado y lado del escudo tratando de descubrir algo. A la derecha había un párrafo en letra menuda en el que se enteró que cada ejemplar valía un real y que se podía adquirir por suscripción o directamente en la calle primera del comercio, número uno, que era la casa de don Alejandro Vélez, el mismo que fue redactor en *La Miscelánea* de don Rufino Cuervo. Al final de aquellas líneas se detuvo, pensativa, ante una frase que le llamó la atención: “Se dará lugar en este papel á los comunicados que se dirijan de algun modo al bien jeneral” (1831, 25 de septiembre, p. 1). Pero tras la reflexión tampoco halló nada oculto en ellas, aunque el mensaje era claro: el *Constitucional de Cundinamarca* se ajustaba a la legalidad y se marginaba de los periódicos

panfletarios que habían sido convertidos a propósito en armas de guerra civil; por lo mismo, parecía mostrarse como un medio útil para el desarrollo y la reconstrucción del país.

Al costado izquierdo del escudo, apelando también a la letra de lupa, se informaba que el periódico circulaba todos los domingos y que la suscripción anual costaba cinco pesos y veinte reales el semestre. Asimismo, indicaba que los avisos publicitarios se cobraban a dos reales por cada cinco renglones, lo cual indicaba que el periódico tenía necesidad de generar ingresos desde el principio. Aquel escudo iba arriba del nombre del periódico, cuyo texto se presentaba con letras grandes, mayúsculas y en estilo clásico. Debajo de este, como de costumbre, estaba la barra donde se relacionaban la fecha, el número del ejemplar y el trimestre de publicación.

El nombre con el que fue bautizado el periódico tenía como antecedentes cercanos al *Diario Constitucional* de Méjico, fundado el 9 de julio de 1820, al igual que a una serie de periódicos cubanos que jugaban románticamente con el término: *Diario Constitucional* de la Habana, el *Botiquín Constitucional*, *La Muger Constitucional*, entre otros (Marrero, 2011). También hubo otros tres durante los días de la Gran Colombia: el *Constitucional Caraqueño*, fundado el 13 de septiembre de 1824, bajo los principios de libertad, verdad y utilidad (p. 4); luego, en 1825, apareció *El Constitucional* de Boyacá, creado por don José Ignacio de Márquez Barreto, mientras ejercía como gobernador de ese departamento (Ocampo, 1993). Quizás, fue él quien promovió el uso de ese adjetivo para denominar y determinar también el carácter del periódico cundinamarqués, puesto que era ministro cuando se ordenó su creación y, al mismo tiempo, amigo muy cercano de don Alejandro Vélez, ministro encargado de velar porque se cumpliera con la implementación y desarrollo del decreto que dio vida a dicho impreso. El tercero era *El Constitucional* de Popayán, fundado en 1828 por el que fuera el segundo y más importante director del *Constitucional de Cundinamarca*: don Rufino Cuervo, quien, como se sabe, era primo de don José Ignacio de Márquez. Es claro que el nombre identificaba a los liberales, ya que aludía la ley y la democracia; además, su uso surgió y se popularizó después de la independencia americana, por lo cual, era símbolo de libertad dónde se utilizara.

No obstante, hay que decir que el título y el modelo estructural hicieron su recorrido desde España, particularmente de los impresos que se fundaron durante el trienio liberal español. El pionero surgió el 13 de marzo de 1820, llamado *Diario Constitucional de Barcelona*, que tenía como fin hacer eco de la libertad y las leyes entre la población catalana (p. 1). Ese mismo año también se publicó *El Constitucional* de Madrid (Sánchez de Hita, 2009, p. 386). Todos estos

periódicos, tanto los españoles como los hispanoamericanos, no sólo coincidían en el nombre sino en el uso de un formato de cuatro páginas que priorizaba las primeras para la comunicación de las leyes, decretos o normas gubernamentales, con su consecuente análisis político, mientras que la segunda parte se destinaba a la publicación de noticias de carácter misceláneo.

El diseño del *Constitucional de Cundinamarca* tenía cierto parecido al *Constitucional Caraqueño*; sin embargo, aunque su estructura era de la familia de los constitucionales, el fondo resultó ser una copia de la *Gaceta de Colombia*, periódico oficial del gobierno nacional que llegó a su final el 29 de diciembre de 1831 debido a la disolución de la Gran Colombia. Cuando esto ocurrió, el periódico cundinamarqués pasó a ocupar un lugar preponderante para llenar el vacío que aquella dejó, ya que junto a la información de la gobernación también se abrió un espacio para la que dimanaba del supremo gobierno. Eran tan similares los dos periódicos que comparten el mismo estilo de encabezado, con el escudo arriba y al centro y la información de las suscripciones a los lados, cuyo texto es idéntico en los dos periódicos. Igualmente, el contenido iba a tres columnas en letra muy pequeña y en tipos grandes para los titulares o nombres de sección; incluso, guardan similitud en cuanto a la forma o estilo en que estos eran presentados o introducidos antes de cada uno de los artículos. Además, en ambos la información se dividía en *Oficial*, con la cual se abría cada número, y en *No Oficial*, que iba en la segunda mitad del periódico.

Tanto el diseño inicial del *Constitucional de Cundinamarca* como su tamaño se mantuvieron durante toda la existencia del periódico, con excepción de algunas modificaciones en el número de páginas publicadas. Así, mientras la *Gaceta de Colombia* y los otros *constitucionales* siempre estuvieron bajo un esquema rígido de cuatro páginas, apelando a la publicación de ediciones extraordinarias en caso de que hubiera necesidad de extenderse en la información, el *Constitucional de Cundinamarca* aumentaba o disminuía a discreción, dependiendo de su presupuesto. Por ejemplo, los dos primeros años presentó cuatro páginas; desde el número 156, publicado el 14 de septiembre de 1834, tuvo seis; el 4 de enero de 1835 retomó el formato de cuatro, que permaneció hasta el 6 de septiembre de ese mismo año cuando se redujo a sólo dos. Un año después, el 3 de enero de 1836, volvió a las cuatro páginas hasta el 27 de marzo, fecha en que aumentaron a seis; tres semanas luego, el 17 de abril de 1836, se publicó nuevamente con las cuatro páginas que mantuvo hasta el final de su historia. Algunos de esos ejemplares también fueron acompañados por publicaciones extraordinarias o suplementos, especialmente en la época

cuando contaba con dos páginas, cuya financiación salía del bolsillo del gobernador de turno. Todo el material publicado era realizado en la imprenta de don Nicomedes Lora, quien en 1834 cobraba por la impresión trimestral cuatrocientos noventa y nueve pesos dos reales  $\frac{3}{4}$  (*Constitucional de Cundinamarca*, 1834, 2 de noviembre, p. 182). Ese costo llegó hasta los seiscientos cincuenta pesos en la etapa final del periódico (*Constitucional de Cundinamarca*, 1837, 27 de agosto, p. 365). El sistema de recorte de páginas, ante la falta de presupuesto y con el aumento del costo de producción, permitió mantener invariable el precio por ejemplar durante los cerca de cinco años que se publicó el periódico y ayudó a que la suscripción anual se haya aumentado en apenas una unidad, al pasar de cinco a seis pesos.

El *Constitucional de Cundinamarca* fue creado por el gobierno nacional mediante una directriz dada el 9 de agosto de 1831 y ratificado con la ley del 4 de enero de 1832. Su implementación inicial estuvo a cargo de don Andrés María Marroquín, quien para la fecha se desempeñaba como prefecto o gobernador del departamento de Cundinamarca y sus cuatro provincias: Antioquia, Bogotá, Mariquita y Neiva. Él fue un abogado *bartolino*, nacido en Bogotá en 1796, que tuvo una destaca participación en los círculos políticos del país desde sus primeros días como regidor y luego como consejero, alcalde municipal, jefe político, tesorero del departamento y, finalmente, gobernador (Borda y Vergara, 1860). Empero, detrás de su coraza política de hombre serio, estricto y diligente, don Andrés escondía el rastro de esa canción eterna y melancólica que yace bajo las piedras de los andurriales que conducen de la mente al corazón de los verdaderos poetas. Incluso, en su prosa evidenció la presencia del agro cuando en su poema *El Chocolate* dejó volar un suspiro azucarado y escribió: “Este precioso grano / Para su utilidad y recreo, / Destinaban el ramo de Timbreo / A coronar las sienes / Del que cantase sus inmensos bienes” (Borda y Vergara, 1860b). Sin embargo, el bardo fue tan acertado en sus letras y decisiones que pudo avenirse con la muerte para escribir *De esmeraldas que crió...*, donde dejó claro que la eternidad es oscura y que él y la muerte desde antes eran uno sólo: “Así los dones que natura avara / De prodigios, de encantos, de hermosura, / Solo en Teresa pródiga juntara... / Menos los que adornaban su alma pura, / A un dardo que la muerte le dispara, / Todos yacen en esta sepultura!”, (Marroquín, 2012). Esa voz, ese diálogo, esa cercanía le dio cabida a la inveterada e innumerable sombra de la hoz en mano para que se aprovechara de su débil figura, frágil como cualquier verso, para cegarle la vida cuando no superaba los treinta y siete años de

edad, el 14 de agosto de 1833; es decir, apenas dos años después de haber dado vida al *Constitucional de Cundinamarca*.

Sin embargo, en este caso el rótulo de fundador que recayó en don Andrés María Marroquín es casi protocolario, pues él sólo cumplió con poner en marcha la idea del entonces vicepresidente don Domingo Caycedo, tramitada a través de su ministro del interior, don José Félix Restrepo, con el fin de mantener a todo el país informado de las labores gubernamentales, tal como lo anunció la *Gaceta de Colombia*:

Desea que haya un periódico, por lo ménos en todas las capitales de los departamentos, en el cual se inserten las órdenes i providencias importantes en los diversos ramos de la administración nacional, departamental i local; las entradas i salidas del tesoro público, i de los propios pueblos, los trabajos de las jefaturas políticas, i de los consejos municipales; los datos i noticias estadísticas que se adquieran; en que se publiquen artículos que difundan los conocimientos útiles, i que inculquen los buenos principios políticos i las ventajas del sistema republicano, rectificando i uniformando el espíritu público (1831, 14 de agosto, p. 4).

De acuerdo con la orden dada por el gobierno, la sección oficial era un requisito indiscutible. Además, tenía que financiarse, principalmente, con dineros de suscripción y venta al detal, aunque el prefecto o gobernador sabía de antemano que en caso de no llegar a tener cómo sostenerlo comercialmente siempre podría contar con fondos del erario público, que se entregaban como complemento presupuestal para facilitar la publicación. También se determinó que de todos los ejemplares impresos debía enviarse uno al alcalde o jefe político de cada pueblo del departamento con el fin de leerlo en público y ampliar así el rango de ciudadanos que podían tener acceso a la información. Esta forma de socialización exaltaba una cualidad que era considerada importante en los periódicos de aquella época, como ocurrió poco después con *El Cultivador Cundinamarqués*, que era la de ser “escuelas populares” (*Gaceta de Colombia*, 1831, 29 de septiembre b, p. 4). De esta manera, se fomentaba el derecho a esa igualdad que tanto promulgó el Libertador y que luego se convirtió en bandera de los liberales santanderistas o progresistas, siendo un medio esencial de autopromoción para ayudar a visibilizar las políticas y hechos de un gobierno legal que recién tomaba posesión del poder, puesto que para los neodemócratas de la República de Nueva Granada la conducta del gobierno debía ser transparente ante la opinión pública, que era considerada “la divinidad inexorable a la que debe siempre ser

consultada i jamas desobedecida” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 25 de septiembre, p. 1). Ellos creían que al ser difundida la labor de los funcionarios públicos la gente podía “criticarlos, denunciando delante de la opinion pública las infracciones de la lei, las parcialidades de los ministros, las venalidades de los jueces i las adulaciones de los subalternos” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 25 de septiembre, p. 1). Este principio era muy importante para el nuevo gobierno, que regresaba al poder tras un breve periodo dictatorial en manos de los bolivistas o liberales moderados, futuros ministeriales, futuros conservadores.

Así, al cumplirse la orden del alto gobierno, la circulación del *Constitucional de Cundinamarca* quedó prevista para el 18 de septiembre de 1831 (*Gaceta de Colombia*, 1831, 15 de septiembre, p. 4); sin embargo, sólo pudo comenzar ocho días después, el 25 de septiembre, porque, según lo expresado por el gobernador en el *Prospecto* del periódico, “habia encontrado obstáculos que hallanar” (1831, 25 de septiembre, p. 1). Y aunque no mencionó aquello que le impidió cumplir con el cronograma, se puede pensar que fueron problemas de presupuesto, ya que el mandatario cundinamarqués recibió cincuenta pesos del gobierno nacional el 24 de septiembre, un día antes de su primera publicación (*Gaceta de Colombia*, 1831, 2 de octubre, p. 2). Infortunadamente, don Andrés María Marroquín sólo pudo estar en la dirección del periódico durante los dos primeros números, puesto que tuvo que renunciar a su mandato para hacer parte de la Convención Neogranadina que se reunió el 20 de octubre siguiente con el fin de reorganizar y refundar la Nueva Granada e impulsar la redacción de una nueva constitución política. Fue, entonces, cuando se designó para gobernador a don Rufino Cuervo, quien sacó a relucir toda su experticia política y periodística para darle al periódico la estructura y el norte editorial que sustentara las directrices del presidente de la república, pero también las de su programa de gobierno en el departamento.

Don Rufino estuvo en la dirección del *Constitucional de Cundinamarca* por casi tres años y medio, más de la mitad del tiempo que permaneció el periódico en circulación; por lo tanto, se puede llegar a afirmar, sin duda alguna, que él fue su verdadero padre. Los redactores que lo acompañaron inicialmente integraron lo que se denominó como la tríada de los Josés, conformada por don José Ángel Lastra, quien ya había trabajado con don Rufino en *La Miscelanea*; don José Antonio de Plaza, que era historiador e impresor colonial y don José María Duque Gómez, un antioqueño nacido en Marinilla en 1809. Este último fue biógrafo del primer director de *Constitucional de Cundinamarca*, don Andrés María Marroquín, e hizo parte del

círculo político nacional, siendo uno de los fundadores del partido liberal y, además, un reconocido abogado, graduado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde llegó a ser rector en 1836. Infortunadamente, la mayor parte de su vida caminó con la capa de la deshonra desde el día que fue implicado, con apenas diecinueve años de edad, como copartícipe en la conspiración que atentó contra el Libertador el 28 de septiembre de 1828. Lo inculpó uno de los supuestos líderes de la conjura, el comandante Pedro Carujo, quien afirmaba que ese joven se había comprometido con él a participar “como le fuera posible” en actividades pasivas para llevar a cabo la revolución contra el gobierno del general Bolívar. Don José María lo negó, por supuesto, y como no hubo pruebas contundentes contra él fue absuelto; sin embargo, y por las dudas, el 10 de noviembre de 1828 el tribunal de la comandancia general le impuso un castigo, con aprobación del Libertador, que le prohibía ejercer por un lapso de diez años la docencia en establecimiento público o privado y, además, por su edad, debía permanecer bajo la supervisión de su padre (Mejía y Perdomo, 1990). A pesar de la sentencia, luego de algunos años él volvió a la actividad académica y terminó formando parte del grupo que dio origen a la Universidad Central o Universidad Nacional de Colombia, donde fue rector y catedrático de derecho constitucional, labor por la cual se le enjuició nuevamente en marzo de 1840, con el cargo de sedición, debido a las opiniones políticas que difundía a través de la clase (Gaitán y Malagón, 2008, p. 384). Esa acusación terminó con algunos días de prisión, una fuga veloz y una muerte inesperada en Santa Marta, un año después, ciudad a la que había llegado buscando refugio (Hurtado, 1986, p. 237). Junto a los tres josés pronto se integró un cuarto colomboño o tocayo, el doctor José María Quijano, adlátere de don Rufino, quien debido a la labor paralela que realizaba como redactor en *El Cultivador Cundinamarqués*, así como la que cumplió un tiempo atrás en el *Eco del Tequenthama*, seguramente fue el encargado de las notas agropecuarias que se publicaron en el *Constitucional de Cundinamarca*.

Cuando el periódico inició su labor el país pasaba por un mal momento político, pues se había oficializado la separación de Ecuador y Venezuela, situación que permitió que saliera a flote una lamentable noticia: la naciente República de Nueva Granda no contaba con dinero para subsistir; lo dijo don José Ignacio de Márquez, ministro de hacienda de ese periodo, quien afirmaba que la situación fiscal de la nación era de “casi total ruina” (*Gaceta de Colombia*, 1831, 15 de septiembre b, p. 1). Por lo tanto, reiteraba la necesidad de recurrir al cultivo del tabaco, que era el único recurso con que contaba el país para mejorar los ingresos del Estado, aunque esa salida no

resultara muy beneficiosa para la salud del agro. Sin embargo, la urgencia y la falta de alternativas productivas motivaron la recuperación de la producción tabacalera, en especial en la región de Ambalema, decisión que iba precedida de una nueva y muy rigurosa normatividad, dada a través de un decreto presidencial el 1° de septiembre de 1831: “Fuera del terreno que se señale para las siembras, nadie podrá cultivar tabaco, i serán arrasadas cualesquiera plantaciones que se hagan después, i castigados las que las tengan con las penas señaladas contra los defraudadores de las rentas del Estado” (*Gaceta de Colombia*, 1831, 11 de septiembre, p. 1). Era una época en la que no se podía perder ni un sólo peso. Por eso, también se prohibió la exportación de mulas, ya que estas eran necesarias para movilizar las cosechas y los insumos agropecuarios por los maltrechos caminos del país (*Gaceta de Colombia*, 1831, 29 de septiembre, p.1). Este era un agravante que continuaba después de casi dos décadas de haber sido denunciado por la Expedición Botánica y a pesar de existir el presupuesto necesario para allanar o mejorar las vías necesarias:

Peligros inmensos rodean al viajero que teme á cada instante por su vida; bien sea subiendo esos montes escarpados donde á duras penas, puede sostenerse la cabalgadura; o ya bajando por unos terrenos gredosos i resbaladizos. Fuera de las llanuras que se van estendiendo de trecho en trecho desde ésta sabána hasta el departamento de Boyacá, ó de los llanos de Neva i otros pocos terrenos favorecidos de la naturaleza, no halla el viajero sino precipicios, rios faltos de puentes, i pasos tan malos que en el invierno son intransitables (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre d, p. 32).

Es claro que el arreglo de los caminos resultó siendo una enfermedad de corrupción crónica, pues tras dos siglos de herraduras y ruedas las vías todavía continúan maltrechas y el dinero recolectado desde esa época aun no aparece, lo que ratifica que de principio a fin Colombia ha sido una edificación en obra negra; eternamente construida, eternamente inacabada; eternamente planeada, eternamente robada. De ahí el valor que le dio el *Constitucional de Cundinamarca* a la situación de los caminos, al punto que mantuvo el tema dentro de su información regular como una sección de vital importancia.

Como ya se había mencionado, el periódico estaba dividido en dos áreas. En la primera de ellas, llamada *Parte oficial*, siempre, e invariablemente, iba la información con la transcripción de las cartas oficiales enviadas y recibidas por el gobernador, así como sus opiniones políticas;

además, era el espacio usado para presentar los reportes, estadísticas y el registro de sus órdenes, disposiciones y decretos. También se publicaban allí las leyes promulgadas por el Congreso o los decretos del Presidente de la República. De esta manera, y por ser un periódico estatal, se daba por sentado que aquellas personas o funcionarios que leyeran lo publicado quedaban informados oficialmente y automáticamente de las decisiones del gobierno sin que mediara ningún otro documento protocolario (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 25 de septiembre, p. 1). En la segunda mitad del periódico estaba la *Parte no oficial*. Esta iba subdividida en dos secciones con un contenido variado que le daba al *Constitucional de Cundinamarca* un tono informativo y misceláneo muy cercano a los impresos actuales y que, por supuesto, tenían la impronta de don Rufino Cuervo, pues reflejaba elementos de *La Miscelanea* y del *Eco del Tequenthama*. Este bloque iniciaba con una sección denominada *El Constitucional* en la que se agrupaban artículos de análisis y opinión alrededor de las propuestas y hechos de la gobernación desde sus diversos frentes de trabajo como hacienda, tesorería, ejército, educación, medicina, ciencias, seguridad, noticias extranjeras que pudieran incidir en la política estatal, caminos y agricultura, además de los avisos oficiales. A continuación, el periódico cerraba con la sección de *Varietades* en la que se podía hallar información sobre literatura, teatro, noticias extranjeras curiosas, avisos comerciales, que normalmente no pasaban de uno por edición, además de las notas de agro y botánica, que resultaban ser la parte teórico práctica de la agroinformación y que complementaban el contenido que al respecto se presentaba en la primera sección con los análisis y opiniones sobre la problemática del sector. De esta manera, este periódico se convirtió en el quinto dentro de la historia del periodismo agropecuario colombiano, siendo antecesor del más importante desde la perspectiva de la producción rural en la primera mitad del siglo XIX: *El Cultivador Cundinamarqués*.

Toda la información del *Constitucional de Cundinamarca* tenía la particularidad de ir en artículos cortos, promediando una columna por tema; sin embargo, algunas veces llegaban a tener una extensión máxima de una página e incluso podían quedar en continuación, aunque en muy pocas ocasiones se llegó a esta última situación. Además, la forma de titular las notas mantenía el estilo práctico y simple que solía usarse en el periodismo de la época, pero en este caso cruzando sin recato la raya del minimalismo, pues muchas veces apelaba a una o dos palabras, siempre sustantivos, para identificar el asunto sobre el cual se escribía; por ejemplo: “Agricultura”, “Caminos”, “Cementerio”, “Cacao”, “Cólera Morbus”. Ese estilo no permitía

introducir al lector de manera atractiva, como se acostumbra hoy día, y, por ende, tampoco podía motivar el interés por la lectura en general del periódico; por el contrario, parecía querer segmentar y rotular cada tema para que quien estuviese interesado se adentrara en el contenido sin importar lo que se fuera abordar. Es decir, el *Constitucional de Cundinamarca* posibilitaba hallar la información de interés mucho más rápido, pero siempre obligaba a leer el texto.

Por este motivo, la tarde en que Sagrario Lozano se sentó a mirar el archivo de las ediciones que le prestó el padre Justiniano, no demoró mucho en llegar al primer artículo agropecuario, el cual tenía noticia y análisis del sector y había sido construido a través de un par de documentos oficiales publicados en el ejemplar del 20 de noviembre de 1831; uno de ellos iba firmado por don Rufino Cuervo y el otro por la comisión que él nombró para evaluar el estado del agro nacional. Allí, sentada al amparo del suave ronquido de su hijo, Sagrario leía con su ritmo entrecortado, deslizando el pensamiento letra por letra, como el primer día que aprendió a leer. El proceso resultaba lento, lento, casi como el ritmo intemporal de esas tortugas maravillosas que inmortalizó el brasileño Millôr Fernandes. (2012, 5 de abril, p. 40). Pero aun así, que alguien como ella pudiese hacer algo que para la mayoría de los trabajadores agropecuarios era una utopía, el ejercicio resultaba una ganancia inconmensurable. Y esa velocidad fue suficiente para que ella se enterara de la existencia de una comisión que iba a analizar la situación agropecuaria del departamento y sirvió, además, para alegrarle la vida cuando supo de la propuesta de unas posibles asambleas provinciales para tratar los problemas puntuales de cada región y generar desarrollo rural a partir de sus conclusiones.

Y a medida que avanzaba la lectura, casi apachurrando los ojos sobre el papel, Sagrario se detenía para afirmar, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo con un silencio cómplice, como lo hizo en apoyo de una idea según la cual sólo las leyes podrían salvar al agricultor de la opresión fiscal y acabarían con la ociosidad y los días festivos; controlarían la inmigración extranjera y podrían reducir el ejército para no ocupar las manos del campo en los asuntos militares. Esto era importante para fomentar la agricultura, el levante de ganado y la industria, todo al mismo tiempo. Un poco más adelante, y con los ojos aguados, leyó: “La revolución trajo la guerra de independencia, i una guerra larga i desastrosa, es un fuerte obstáculo á los progresos de la agricultura” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre b, p. 31). Pero, también, a veces negaba con la cabeza y mostraba su desacuerdo lanzando con molestia pedruscos al aire como el momento en que se encontró con la desdeñosa propuesta de impulsar la

agricultura de la mano con la industria para fomentar el empleo de las mujeres y los niños, y salvar así a los pobrecitos y sufridos hombres del campo: “Se promoverá el adelantamiento de las artes, porque sin ellas la agricultura es lánguida, faltando las fábricas en que se ocupen la mujer, las hijas i los niños del labrador que, de otra suerte, abruman al jornalero, i enflaquecen al mas acomodado” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1831, 20 de noviembre, p. 31). “¿Shush eshelenthiash cómo esh quee noshotrash i nueshtrosh higjicosh tenemosh quee agjuantar el deshprethioo, lash borratcherash i lash mentirash de losh hombresh?... ¡Halaa!, la mientee deshtosh ilushtresh noo lesh sirve pa’ shaber quee losh labrantíosh i losh camposh también netheshitan de lash manosh de nosh lash mugjeres labraorash”, pensó ella, mientras echaba una mirada de reojo sobre Antonio. Luego, hizo un silencio de breve reflexión que acompañó con una mueca de desilusión antes de agregar musitando: “Eshtee paísh también esh nueshtroo i también shon nueshtrash lash riquethash quee dithen shush esselenthias, porque todosh gjuimosh a la gjuerra por eshtaa patriaa qesh de todosh... Ay, sheñoreh, eshtee papel Conshtituthional shí qesh ingjushtoo...”. Poco después, Sagrario sintió una mayor molestia al leer en un siguiente número que el trabajador agropecuario debía ser considerado “un hombre respetable” (1831, 27 de noviembre, p. 39); “¡...i una mugjer reshpetable!”, acotó ella automáticamente y en voz alta.

Así, ojeando página tras página del *Constitucional de Cundinamarca*, Sagrario pudo hallar las ediciones número 12 y 15 que informaban sobre la creación e inicio de publicación de *El Cultivador Cundinamarqués* y alcanzó a llegar hasta la edición número 17, en la que apareció la segunda nota agropecuaria, pero en ese instante el reloj de las ranas y las chicharras marcaba las seis y media de la tarde, que es la hora nostálgica del día cuando los ojos se nublan de sombras y de una ardorosa melancolía antes de despedir al planeta y saludar al universo. Sin embargo, negándose a terminar, en ese lapso de penumbra ella alcanzó a divisar un titular: “Enfermedades que padece el trigo” (1832, 15 de enero, p. 67). Entonces, su memoria convocó el recuerdo de aquel primer artículo en la historia del periodismo agropecuario, que versaba sobre ese cultivo, y que fue publicado por sus antiguos amos y señores, don Jorge Tadeo Lozano y don José Luis de Azuola, el 29 de junio de 1801 en el *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*.

Leer aquellas palabras le permitía volver a saborear el tiempo del gran marqués y se sentía tan emocionada que no le importó sumergirse en esa luz untada de olvido y así, lentamente, se dejó

abrazar por la oscuridad, mientras Antonio, ahora muy despierto, se divertía con una varita haciendo cacarear y trasnochar a las gallinas. Sagrario estaba absorta en una lectura que le permitió aprender, quizás recordar, la forma de usar tanto la cal como la ceniza, en proporción de seis libras por treinta de agua, para controlar en las semillas del trigo la aparición del tizón, el carbón y el polvillo, tres enfermedades de este cereal que, según leyó, habían arrojado pérdidas a los trigueros de Tunja, Pamplona y Bogotá por cerca de dos millones de pesos entre 1824 y 1832 (*Constitucional de Cundinamarca*, 1832, 15 de enero, p. 68). Esa era una cifra que a Sagrario casi ni le cabía en la cabeza, pues el mundo de un jornalero a duras penas encajaba en un par de reales o en el artesanal labrado de las depreciadas monedas macuquinas. También es importante resaltar que el *Constitucional de Cundinamarca* decía que toda la información que registró sobre el cultivo del trigo había sido construida con base en lo que llamaban “los agricultores filósofos de Europa” (1832, 15 de enero, p. 67); de esta manera, el periódico tal vez trataba de argumentar la calidad de lo publicado y, de paso, ejemplificaba y demostraba que en ese continente la ilustración podía lograr avances importantes en el sector agropecuario, situación que en Colombia era casi improbable por la nula formación profesional y la pobre capacitación de los agrotrabajadores, así como la limitada condición socioeconómica de las regiones y de la mayoría de las haciendas y minifundios. Además, esto determinaba que, al igual que ocurrió en *El Cultivador Cundinamarqués*, muchos de los textos no se elaboraban desde la experiencia en el terreno sino que eran resúmenes tomados de la literatura agropecuaria extranjera.

Hay que decir que por su origen el *Constitucional de Cundinamarca* y *El Cultivador Cundinamarqués* mantenían una cercana relación, no sólo por compartir a don Rufino Cuervo como cabeza, sino por un elemento interesante en la historia del periodismo agropecuario: La unión de los dos impresos, como hijos de una misma casa matriz, para compartir la agroinformación; entonces, un artículo que se publicaba en uno de ellos podía repetirse en el otro un tiempo después. De acuerdo con el *Constitucional de Cundinamarca* este era un esquema que tenía como fin hacer que la repetición acentuara el aprendizaje: “Hará que se difundan las ideas i que se fijen estas mas i mas” (1832, 15 de enero, p. 68). No obstante, lo que más emocionaba a Sagrario era saber que aquella receta que encontró con las pautas para salvar al trigo también se podía aplicar al cultivo del maíz, noticia que podía serle de gran utilidad para mejorar las endebles lanzas de verde biche que tenía sembradas a un costado de su ruinoso casa.

Cuando llegó la noche plena, la mujer se encerró con su hijo y a la luz de una vela continuó con su divertimento sentada sobre una estera que estaba hecha con hojas secas de plátano y recubierta con un pedazo rústico y tieso de cuero de vaca. Era tal la adicción por aquellas páginas que ni cuenta se dio de la hora en la que el niño se quedó dormido y hasta olvidó que debía darle de comer. Eso le preocupaba mucho, pues quería que él se alimentara bien, ya que en esa zona tanto hombres como mujeres, sin distinción de estrato, tenían tendencia a andar con el cuello hinchado a causa del bocio o coto (Le Moyne, 2011, p. 124). Esa enfermedad indicaba no sólo la baja calidad de la sal sino la ausencia de una dieta rica en carnes de mar así como la existencia de fuentes de agua y terrenos para cultivo con bajas concentraciones de yodo, lo cual impedía que este elemento hiciera parte de los alimentos cosechados en la región, situación que se convirtió desde los días coloniales en un problema de salud pública que sólo pudo ser desterrado del país hasta 1998 (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, [Unicef], 2004, p. 117). Y aunque el sexto sentido femenino, que se potencia maravillosamente en las madres, la ayudaba a creer que la leche de vaca era suficiente para nutrir a su pequeño, ignoraba que esta no era la contraindicada para prevenir el coto debido a que los niveles de yodo en ella son muy bajos (Ramírez, 2008, p. 8). Esto ocurre porque ese mineral es ingerido por el ganado a través de lo que come y bebe; entonces, como el pasto posee las mismas deficiencias de los alimentos que consume la población, pues el bovino nunca podía captarlo para transmitirlo en su carne y leche. Además, en este problema también cuenta el factor geográfico, puesto que en las “zonas montañosas altas, el contenido de yodo del agua y de los alimentos es bajo” (Unicef, 2004, p. 118). Así que la región andina, a la que pertenece la villa de San Miguel de las Guaduas, no estaba exenta de la enfermedad y menos en las condiciones de minusvalía rural, educativa y tecnológica en que se encontraba la campiña, ya que es un obstáculo que sólo se puede corregir con la aplicación de la química al sector agropecuario, como sucede hoy día, lo cual permite buscar las deficiencias mineralógicas del terreno a partir de un rápido análisis de suelo. Infortunadamente, nada de eso se sabía en el país durante aquellos días grises.

En medio de su lectura a media luz, Sagrario descubrió en la edición número 20 del *Constitucional de Cundinamarca* que la siembra de la vainilla era un negocio rentable, ya que en Europa la pagaban a veinticinco pesos la libra, mucho más cara que la plata (1832, 5 de febrero, p. 79). Posteriormente, entre bostezos, tuvo fuerzas aun para aplaudir la propuesta de un grupo de agricultores que pedían se regulara la economía, se apoyara el trabajo agropecuario y se

fortaleciera la industria (1832, 4 de marzo, p. 96). Sin embargo, no pudo avanzar más, puesto que no le alcanzó el cebo de la vela para leer el siguiente artículo agropecuario, publicado el 24 de junio de 1832, en la edición número 40, fecha en la que el periódico volvió a referirse al cultivo del trigo al presentar la experiencia de un triguero que con sólo adecuar la siembra a determinada época del año logró superar la enfermedad del polvillo (p. 159). Por lo tanto, hubo cuatro meses sin agroinformación, vacío que le ofreció a Sagrario la posibilidad de enterarse de otros hechos importantes como la renuncia de todos los redactores del periódico mediante una carta del 26 de marzo de 1832, publicada el 1° de abril de ese año, en la que argüían falta de tiempo para sus actividades políticas y sus negocios privados y planteaban su desmotivación por “las críticas injuriosas” a su trabajo, hecho, según ellos, con celo y esmero; no obstante, en esa misma publicación, y a continuación de dicha carta, estaba publicado un comunicado en el que se ordenaba al gobernador no aceptar la dimisión (pp. 109-110). A don Rufino Cuervo no le tocó esta pequeña crisis, pues había renunciado por tercera vez a la gobernación y sólo por esos días, cuando se cumplía algo más de un mes de su salida, se reintegraba al gobierno tras haber sido convencido por su primo, el entonces vicepresidente don José Ignacio de Márquez, para que retomara su cargo.

Otra noticia que sorprendió a Sagrario fue el anuncio en el que se informaba que el periódico se iba a terminar por falta de recursos. “Andaa, que ya ningjún papel duraa”, dijo ella poco antes de llegar a la línea donde el ministro del interior y relaciones exteriores, don José Francisco Pereira, quien fue redactor del *Cultivador Cundinamarqués*, expresaba que el *Constitucional de Cundinamarca* tenía muy buen concepto del público y merecía “protejerse” (1832, 25 de marzo, p. 106). Él le hizo un llamado a don Antonio María Santamaría, quien reemplazó como gobernador a don Rufino durante su corta ausencia, para pedirle que salvara al periódico y, por lo tanto, se le solicitó que organizara la venta y suscripción del mismo buscando aumentar los ingresos y permitir con ello un modo viable de sostenimiento; además, se le notificó que la secretaria de hacienda había ordenado cubrir todo lo que se adeudara por impresión hasta esa fecha (1832, 25 de marzo, p. 106). Sin embargo, y a pesar del apoyo por parte del gobierno nacional, no fue esta la última vez que el *Constitucional de Cundinamarca* pasó angustias de tipo económico, pues en el transcurso de su historia, desde los días finales de 1835 y durante todo el año 36, sufrió descalabros presupuestales que, al final, fueron claves para determinar su desaparición.

En 1832 se conoció un octavo artículo de corte agropecuario, publicado el 12 y el 19 de agosto, en el que don Rufino puso a consideración y estudio de don Manuel María Quijano dos plantas utilizadas por los indígenas y sobre las cuales este último construyó sendas memorias que tenían como único fin, según escribió don Rufino, “despertar i sostener el cultivo de unas producciones, que teniéndolas en tanta abundancia en nuestro suelo, nuestra apatia, permitasenos decirlo, nos obliga á comprarlas al extranjero por los precios mas altos o mas conformes á su antojo” (p. 187). De esta manera, el *Constitucional de Cundinamarca* revelaba rasgos de la simiente del periodismo agropecuario colombiano, cuyo principal interés era descubrir, mostrar y aumentar la carta productiva del país como fuente potencial de riquezas. Por eso, así como lo hicieron en su momento los protoperiodistas de principios de siglo, don Rufino veía interesante plantear, por ejemplo, la siembra del árbol Muelle, con muestras traídas desde la Villa de Leyva, para producir pimienta y cultivar el árbol Dividive, a partir de semillas enviadas desde Tunja, y cultivadas en el municipio de Tasco, en el nororiente del departamento de Boyacá, con el fin de extraer goma. Aquellas memorias eran propuestas para forjar una estrategia productiva que iba redactada bajo un contexto histórico científico y en la que se planteaban los usos y el manejo del cultivo, lo que hoy día se denomina el paquete tecnológico de la planta.

Al día siguiente, Sagarrio no veía la hora de regresar a su casa para continuar sumergida en el fajo de hojas de los números 47 y 48. Quería saber más. Por eso, al regresar de cumplir con su jornada en la iglesia, y luego de echarle una miradita a sus siembras, sintió saciada su curiosidad cuando halló un dato que despertó al máximo su interés. Ella leyó en la información del doctor Quijano que en la villa de San Miguel de las Guaduas y en sus alrededores existía un árbol llamado Pelá que se caracterizaba por tener “flores mui aromáticas, i semillas mui fetidas”, con las que se podía hacer tinta y betún y, al igual que el Dividive, también servía para producir goma (1832, 12 de agosto, p. 187). Sagarrio se emocionó mucho, pero la felicidad no le duró, ya que en el resto del año sólo halló un artículo con información agropecuaria, escrito en estilo editorial, que salió en la edición del 16 de septiembre de 1832, en el cual se pedía al legislativo colombiano actuar en pro del fomento y desarrollo del campo (pp. 205-206). Por lo tanto, luego de finalizar su primer año de existencia, se puede concluir que el *Constitucional de Cundinamarca* publicó en promedio una nota agropecuaria cada dos meses y que durante la segunda mitad de 1832, tras la desaparición de *El Cultivador Cundinamarqués*, no asumió completamente los objetivos que este último tenía, puesto que tan sólo publicó tres artículos en

ese periodo. Infortunadamente, esos datos eran una señal inequívoca de lo que iba a ocurrir con la agroinformación en Colombia durante el siguiente año.

Desde la perspectiva del *Constitucional de Cundinamarca* 1833 fue un año relativamente tranquilo en cuanto a la actividad gubernamental y, comparada con los años previos, la situación del país parecía presentar una leve mejoría y hasta las noticias publicadas se alejaron del morbo político y se ciñeron, verbigracia, a la cotidianidad bogotana, la cual venía tomando protagonismo dentro del periódico desde el año 32 cuando se habló del derecho a la educación femenina y de la fundación del Colegio de la Merced. Durante 1833 se destacó la mención que se realizó sobre las políticas públicas en cuanto al manejo de las corrientes de agua capitalina con el fin de no contaminarlas con basuras, el aseo personal o el lavado de ropas así como la exposición de la problemática del cólera *morbus*, del que se hizo necesario hablar en varias ocasiones. También hubo espacio para anunciar un cambio relacionado con el funcionamiento del periódico tras la renuncia, por segunda vez, de la mayoría de lo que llamaban editores, que hoy día serían lo mismo que redactores, situación que motivó un decreto de la gobernación en el que se anunciaba que esos puestos ya no eran fijos sino que iban a operar mediante la modalidad de escrito por encargo y se designaba, además, a quien fuera el Secretario de la Gobernación como corrector tipográfico (1833, 24 de febrero b, p. 29). Era algo muy parecido al modelo actual de los columnistas, de los reporteros en las corresponsalías y de los contratos *freelance*, pero con una gran diferencia: los trabajos que solicitaba el director o los que fuesen enviados de manera voluntaria al periódico siempre iban en calidad de colaboración, es decir, como un servicio gratuito a la patria. En ese mismo decreto, el gobernador también indicaba que los escritos debían presentar algún sentido de utilidad pública y prohibía cualquier expresión que denostara o agraviara a los ciudadanos so pena de recibir como castigo una multa de cincuenta pesos.

Ese cambio resultó nefasto para el periodismo agropecuario, ya que a partir de ese momento el periódico redujo ostensiblemente los contenidos relativos al campo. A nadie parecía interesarle el tema y eso también fue un golpe bajo al ánimo de Sagrario quien durante los siguientes cinco años sólo pudo hallar nueve notas con agroinformación, lo cual quiere decir que en algo más de seis años de vida el *Constitucional de Cundinamarca* publicó apenas diecinueve de esos artículos, para un promedio de tres por año. Seguramente, en esa baja estadística contribuyó el cambio del equipo de redactores; no obstante, en 1833 prácticamente se mantuvo la

media del año anterior, con cinco notas, lo que indica que la debacle se presentó en los últimos cuatro años.

A parte de la información sobre el control de las hormigas, en 1833 se publicó una nota tipo editorial para expresar la necesidad de recuperar la siembra de la quina, la vainilla, el trigo y la cochinilla, y otras producciones menores como el caucho, el guaco, la zarzaparrilla y la linaza; además, se pedía mantener el cultivo del tabaco como la mejor opción productiva, pues esta planta, según decía allí, “mejor que el oro i la plata, forma la verdadera riqueza de este país” (1833, 8 de marzo, p. 33). El periódico también reiteraba la necesidad de capacitación para los trabajadores del campo y hacía un llamado para aprovechar tierras productivas y estratégicas en regiones como Fusagasugá o Tocaima. Sin embargo, resulta curioso que en ese informe se descalificaba al cacao, que era una de las principales producciones de la colonia, al igual que al azúcar y al café, señalándolos como producciones inútiles para el comercio. ¡Cómo cambian las cosas!

Ese mismo año, y partiendo de su ideal de desarrollo económico, el *Constitucional de Cundinamarca* publicó una serie de artículos en los que proveía información que le permitía argumentar algunas de sus propuestas en pro del agro; por ejemplo, el 28 de julio de 1833 presentó una descripción geográfica, demográfica, económica y productiva del cantón de Fusagasugá, destacando sus cualidades botánicas y sus posibilidades agropecuarias (p. 118). Un mes después, el 25 de agosto, habló del caucho y la palma de corozo y mencionó la existencia del sembé o fruta del burro, que puede ser el clavo de olor, pues, según decía, era un producto usado por “algunos labradores en el chocolate” (pp. 135 - 136). Pasada una semana, el 1° de septiembre, el periódico detalló otra serie de plantas que anunciaba como candidatas para integrar la carta agropecuaria nacional: el piñón o jatrofa curcas, el mosquerillo, el lombrizero, la esponjilla, el carare, el mótua, la sasafrá y el gaque, este último recomendado para hacer parte de los ingredientes en la fabricación de velas, ya que ayudaba a generar buena luz y mayor duración, lo cual permitía generar un ahorro en costos de alumbrado (p. 139). De esta manera, como en el pasado, el periodismo agropecuario del *Constitucional de Cundinamarca* apelaba a la botánica para llenar los ojos de los colombianos con palabras desconocidas, pero que representaban las múltiples posibilidades para formalizar una industria rural en cuyo proceso necesariamente estaba incluido el agricultor como segundo eslabón de la cadena productiva; de

ahí que el periódico buscaba liderar el proceso presentando las novedades e indicando características, cualidades y posibles usos para motivar su producción.

Pasó poco más de un año, incluido un terremoto a las siete de la mañana del 7 de enero de 1834, que prácticamente borró del mapa a la ciudad de San Juan de Pasto y se robó toda la atención del país, para que se volviera a mencionar en el *Constitucional de Cundinamarca* el tema agropecuario. Lo hizo a través de un artículo tipo editorial, publicado el 21 de septiembre de 1834, en el que se planteó algo bien interesante y moderno: la necesidad de fomentar los procesos de asociación de los productores del agro buscando transformarlos en empresarios del campo, con el fin de fortalecer el sector y adelantar iniciativas productivas a gran escala como el cultivo de la cochinilla o el lino; por esta razón, el periódico hacía un llamado a la Cámara Provincial, órgano legislativo del departamento, para que iniciara la tecnificación del campo “con sistema, con cálculo, i aprovechándose de los adelantamientos é inventos que en este punto ha hecho la Europa” (p. 154). El gran objetivo era estar en capacidad de competir en el mercado interno pensando en ganarse el externo. Así, partiendo de la cochinilla y el lino como ejemplo, el *Constitucional de Cundinamarca* proponía un modelo productivo que privilegiara de manera exclusiva con “diez o mas años para cultivar, vender i esportar la cochinilla, á la persona ó compañía que la traiga con sus correspondientes operarios, que establezca su cultivo, i que lo enseñe a tres ó cuatro jovenes de cada canton” (p. 155). Mediante esas ideas el periódico convocaba al gobierno y a los habitantes del país a hacer uso de la novedosa ley del 5 de mayo de 1834, que concedía “hasta docemil fanegas de tierras valdías á los que quieran establecer nuevas poblaciones” (1834, 21 de septiembre, p. 155); también se hacía una invitación a los neogranadinos a ser generosos con los extranjeros, en especial, y curiosamente, con las familias españolas que quisieran inmigrar para aportar sus conocimientos, cultura y trabajo, buscando construir sociedad y, a través de ella, dar un empujón al sector agropecuario: “¿No debemos esperar que la Europa conmovida i ajitada de continuo por guerras nacionales i domesticas, i repleta de una poblacion que carece de medios faciles para subsistir, no debemos esperar, repito, que nos envíe numerosas familias que vengan á aumentar la poblacion, a cultivar nuestros valdios, i a mejorar los habitos i usos nacionales? Brindemosles pues nuestra franca hospitalidad”, decía (1834, 21 de septiembre, p. 155). Así, el *Constitucional de Cundinamarca* hacía eco a la iniciativa santanderista que quiso dar a la sociedad colombiana un impulso similar

al que se vivió en los Estados Unidos con la migración al oeste apelando a familias europeas que, sin importar su nacionalidad, ayudaron a fundar y construir esa gran nación.

Las posibilidades en Colombia para llevar a cabo este proyecto eran inmensas. Había un vasto terreno con una infinidad de nuevas trochas por abrir; había miles de esperanzas latentes bajo el frío inicuo e insolente de la cordillera o el calor sofocante que recorre como una alma penitente los valles costeros y el fondo infernal de las hendiduras que dejan los pliegues de las montañas; había nuevos tonos de verde a las espera de las manos, la simiente y las pezuñas afiladas que llegaran para desvirgar la carne y la piel de los bosques que se prepararon durante miles de años para llegar a ese primer momento adornados con distintos aromas, sabores y texturas. Todo ello surgiría en el encuentro con una tierra bondadosa pero no tonta, pues los nuevos senderos de sudor, machete y azada también dejarían muchas plagas, enfermedades y animales clamando su natural venganza detrás de los vallados.

La ley de inmigración buscaba emular la exitosa labor que realizaron las familias españolas de clase baja durante la época colonial, quienes tuvieron que regar sus semillas en las tierras que muchos despreciaron y terminaron poblando con plausible esfuerzo el actual eje cafetero desde Antioquia hacia el sur. Sin embargo, esta vez no llegaron tantos inmigrantes como se esperaba y, por lo tanto, lentamente y con más nacionales que extranjeros, Colombia dio origen a partir de 1834 a su segunda colonización, una expansión que la llevó a dar forma a los más de mil municipios que hoy día posee. Esa estrategia se promovía desde el gobierno nacional y a través del periodismo para fomentar un aumento de población que redundara en una mayor necesidad de bienes y alimentos; por supuesto, esto jalonaría la producción agropecuaria, artesanal e industrial y conduciría a un crecimiento tangible del consumo que, en últimas, era el principal objetivo para destrabar la economía del país.

La posición del *Constitucional de Cundinamarca* en apoyo a las políticas gubernamentales indicaba que la comisión de agricultura nombrada por don Rufino Cuervo en 1831 acertó al afirmar que la idea de promover el agro desde la educación superior no era la solución inmediata como sustento para el progreso rural y que tampoco la agroinformación parecía llenar ese vacío como lo había previsto aquel grupo antes de nacer *El Cultivador Cundinamarqués*. Por eso, la ausencia del periodismo agropecuario en el *Constitucional de Cundinamarca* cada vez fue más notoria, ya que apenas publicó un par de notas más antes de su final en 1837, una de ellas en la edición del domingo 12 de octubre de 1834, en la que solicitaba al legislativo incitar el cultivo

del tabaco en la región de mariquita, de la cual exaltaba la calidad del producto y las cualidades de sus terrenos, así como las bondades que tenía allí el sector pesquero, y pedía, además, que se eliminaran los impuestos a los productores que trabajaran en determinadas líneas agropecuarias (p. 168). Infortunadamente, el otro artículo, es decir, el último, apareció un año y cuatro meses después, el 13 de febrero de 1836, cuando se publicó una información relativa al cultivo del cacao (p. 46). Ese gran lapso no sólo castigaba al agro y a sus trabajadores sino que echaba por la borda el esfuerzo realizado desde 1825 por don Rufino para revitalizar el campo mediante el periodismo, el cual terminó diluido en el *Constitucional de Cundinamarca* con un 2,5 por ciento de participación, como si nunca hubiera empezado.

Ese terrible declive inició, precisamente, con la renuncia al periódico por parte de don Rufino el 6 de febrero de 1835, luego de dirigir 175 números, y la llegada del general José María Mantilla. Aquella salida fue refrendada mediante un comunicado publicado en ese mismo impreso el 15 de febrero siguiente, en el que él hizo un balance de su gestión al frente de la gobernación, pero también dejó unas líneas que al parecer encerraban su verdadero ánimo, quizás su descontento y hasta cierto desinterés: “Al despedirme de la carrera pública en la que un impropio trabajo i disgustos i pesares sin cuento han arruinado mi salud, llevo el consuelo de haber pagado á mi patria las primicias de mi primera edad, de haber contribuido al sostenimiento del órden i á la consolidacion del gobierno, i de haber dirijido todos mis actos al servicio de la nación i de los pueblos de mi mando” (p. 27). Ese adiós también iba acompañado por una sensación de cansancio ante una patria desagradecida, pues a sus treintaicuatro años él se sentía, y quizás lucía, como si cargara en la piel el doble del tiempo que había vivido.

El 3 de marzo de 1835 don Rufino Cuervo Barreto salió de Bogotá rumbo a Países Bajos, por recomendación de su amigo el doctor José Félix Merizalde. Se fue surcando las aguas cremosas del río grande de la Magdalena en el champán Aníbal, que partió de Honda el 3 de mayo cargando sus maletas, su cuerpo agotado y su enfermedad (Santos, 2006, p. 33). Pensaba en la patria que dejaba, en los días vividos y en ese primer descanso que lo esperaba después de una década agitada por la convulsión política de la que había sido partícipe. A medida que avanzaba hacia la costa, don Rufino reflexionaba sobre los vericuetos de la vida y hasta empezaba a sentir nostalgia por todo lo que dejaba atrás, inspirado, tal vez, en ese aire tibio que le hacía cosquillas al agua gredosa y que de cuando en cuando le daba un respiro para dialogar con las voces del bosque que se agolpaban a lado y lado de la rivera, como esos caimanes vetustos y boquiabiertos

que parecían preguntarle si era cierto todo lo que decían las miradas tristes y angustiadas, alegres y frívolas, de aquellos que cada día subían o bajaban por el río. Entre otras cosas, don Rufino trajo a su cabeza un pensamiento que encerraba la filosofía del periodismo agropecuario que él ayudó a desarrollar e impulsar desde los periódicos que fundó y dirigió: “La producción nacional sería un fracaso si se abocaba a la agricultura y a la simple exportación de materias primas, y no se aprovechaban y fomentaban las oportunidades de activar - exportar – los productos elaborados en Cundinamarca” (Santos, 2006, p. 32). Es claro que él dejaba una agroinformación con una intencionalidad diferente a la que presentó en sus inicios, pues ya no sólo se trataba de cultivar, sino de producir pensando en elaborar.

Así, don Rufino se ceñía a su propia visión de la política siendo consecuente con las ideas que consideraba correctas, sin importar si eran de un bando u otro, pues lo importante siempre era el bienestar de la nación y, en este caso, lograrlo a través de la mejora de la economía del país. Por ende, consideraba que antes de exportar se debía crear la base productiva, fomentando y formando el trabajo agropecuario para después incentivar el mercado interno, protegiendo, ante todo, al producto y al empresario nacional mediante el control a las importaciones. Esa era su visión liberal radical. Por otro lado, con su ideal liberal moderado, muy conservador, creía que cuando estuviera robustecida la economía y en capacidad de competir el gobierno debía, necesariamente, mantener el modelo colonial y volcar la producción hacia el mercado exterior. Él estaba convencido que exportar era “el mejor medio de alentar la agricultura” (Cuervo, 1843, p. 18). Al final, don Rufino partió de Colombia, pero dejó en el aire el perfume de las palabras que pronunció en 1843 como ministro de hacienda y que, en esencia, definían al ínclito hombre que era: “Yo solo puedo lisonjearme de haber sido guiado en esposición de mis ideas por el mas puro i desinteresado patriotismo” (Cuervo, 1843, p. 26). Y aunque realmente fue uno de los hombres más importantes en la historia política y económica del país, en la del periodismo colombiano y, por supuesto, en la información agropecuaria, infortunadamente terminó siendo un ilustre patriota pocas veces valorado en su verdadera dimensión.

Y mientras don Rufino abandonaba el país, a Sagrario Lozano le entró un deseo incontenible por cambiar una vez más de rumbo. Ella también había ido perdiendo la fe en el campo y, al igual que muchos, volvía a ver a la capital como la mejor opción para ella y su hijo, quien en diciembre de ese año cumplía su primera década de vida. Quería marcharse, pues a pesar de la mejoría en sus cultivos las cosechas no eran tan buenas ni la calidad resultaba ser la mejor. Y

amén de los resultados, el hecho de no haber hallado más información agropecuaria sólo la motivaba a dar el paso definitivo hacia Bogotá, ya que lo poco que hallaba en el *Constitucional de Cundinamarca* parecía indicarle que el campo se había trasladado a la capital. Por ejemplo, un día encontró una noticia según la cual la Casa de la Moneda buscaba doce mulas y seis arrieros para su servicio; ellas debían ser alimentadas con buenos pastos en horas no laborables y recibir merienda con pasto o tamo en los periodos de descanso durante el día (1834, 26 de octubre, p.180). En otra ocasión, se ilusionó con apostar un peso fuerte para ganar una lotería que ofrecía el jugoso premio de una quinta en el barrio las nieves, avaluada en dos mil quinientos pesos y libre de impuestos (1834, 14 de diciembre, p. 210). Así, día tras día, Sagrario pasó casi dos años acumulando anhelos, como los que nacieron la tarde que vio el aviso de un sorteo que por cuatro pesos le prometía ser dueña de un terreno llamado el Tunal, avaluado en diez mil pesos, y del que se decía cebaba doscientas reses en el año y estaba “regularmente pastado, i cercado de cespedon, chamba y madera” (1836, 24 de enero, p. 18). Poco después, encontró en los “Avisos” otra rifa que costaba cinco pesos y cuyo premio eran ciento treinta cargas de cacao valoradas en seis mil quinientos pesos y, además, se anunciaba la venta del *Catecismo de Agrimensura* “á 5 Reales el ejemplar” (1836, 24 de abril, p. 78). “Ayy mi Sheñor, eshaa esh laa sheñal dee mi angelicoo Joshethicoo... esh él, esh él...”, susurró ella, con una voz tierna y llena de ilusión. Supo, entonces, que era hora de partir, ya que estaba segura que en la capital podía realizar algunas de las actividades que había aprendido siendo agricultora en la Villa de San Miguel de las Guaduas. No obstante, una señal más poderosa se le apareció sorpresivamente en un aviso del *Constitucional de Cundinamarca*, lo cual le produjo sentimientos encontrados al leer lo que estaba escrito allí:

Emigdio Polania, natural i vecino de la parroquia del Lobo, su estatura cinco pies i cuatro pulgadas, oficio jornalero, color moreno, pelo i cejas negros, ojos pardos, nariz regular, boca id, apuntandole el boso, con una cicatriz en la cabeza al lado izquierdo, i algunos lunares por todo el cuello, las manos i piernas caratosas con algunas llagas en ambas partes. Lo condeno S.E. el tribunal de distrito a cinco años de presidio en el urbano de esta ciudad por el delito de hurto. Entró á sufrir su condena en 13 de octubre de 1836 i se ha fugado el 6 de marzo de 1837. Se encarga a las autoridades su aprension (1837, 19 de abril, p. 272).

Una semana después, Sagrario se despidió del padre Justiniano y sin dar explicaciones partió hacia Bogotá. Al igual que ella, el papá de su hijo había sido jornalero en las plantaciones de tabaco en Ambalema e intuía que Emigdio, viejo amigo de los dos, conocía su paradero. Ella creía que únicamente la gente reconocida podía salir en un periódico y pensaba que si él aparecía allí, por bien o por mal, era porque se había vuelto importante y quizás el hombre que ella buscaba también lo era; por eso, esperaba que capturaran pronto a Emigdio para que él le dijera dónde estaba el sinvergüenza y hacer que conociera y respondiera por Antonio, ya que no quería que el niño pasara a ser parte de la triste estadística oficial de hijos naturales. Por ejemplo, de 300 nacimientos ocurridos en los cuatro principales barrios de la capital, entre el 1° de agosto y el 30 de noviembre de 1826, el 50 por ciento no eran reconocidos; entre ellos, había 80 niños y 75 niñas (*La Bandera Tricolor*, 1826, 31 de diciembre, p. 105). Eso quiere decir, que la mitad de los bogotanos eran criados por el esfuerzo duplicado de sus responsables y valerosas madres, con la consecuente sociedad que es flor y fruto de esa injusta y triste situación.

Por desgracia, Sagrario no encontró al padre de su hijo ni supo si Emigdio había sido recapturado o no, porque, entre otras cosas, sus ojos nunca más volvieron a recorrer las abarrotadas páginas del *Constitucional de Cundinamarca*. Por lo mismo, no pudo disfrutar la información en la que enseñaban a fabricar velas de cebo y pegante con materias primas del ganado (1837, 4 de junio, p. 318). Tampoco llegó a ser testigo de la edición número 309 del 27 de agosto de 1837, en especial del artículo titulado: “Despedida del Constitucional”, en el que se aducía que el entonces gobernador, el general José Hilario López, había decidió finalizar la publicación del periódico por orden del gobierno supremo, amparado en el artículo número cuatro del decreto del 20 de junio de 1837 y en la ley del 30 de mayo de ese mismo año, que fijaba los gastos públicos. Dicha información sentenció el destino del *Constitucional de Cundinamarca* y con un par de líneas lo fusiló como al peor de los enemigos: “Cesará todo abono para el sostenimiento del periódico provincial, por no haberse aplicado fondos para ello en la lei” (p. 365). Sagrario nunca se enteró de eso, ya que infortunadamente el destino no le permitió culminar el viaje que había emprendido con tanto anhelo hacia la capital.

El principio del fin ocurrió una tarde, al atravesar el verde oscuro de los campos húmedos y fríos del pequeño poblado de Facatativá. Ella sintió un leve escalofrío y un desgano nauseabundo; le dijeron que no se preocupara, que descansara y luego retomara su viaje, ya que eso le sucedía a todo el que pasaba por esa zona proveniente de las tierras bajas y cálidas.

Entonces, decidió esperar. El pueblo le parecía feo, tal como lo describía el francés August Le Moyne, quien quedó impactado con la gran “suciedad y el gentío”, ya que ese lugar era “punto obligado de detención de los viajeros y de las recuas de mulas que transportan las mercancías desde el Magdalena hasta Bogotá” (2011, p. 125). Por esa razón, Sagrario prefirió quedarse sólo un par de días y pernoctar en una habitación que olía a tierra mojada revuelta con un ambiente acre a orina y estiércol de oveja. Ella quería recuperar un poco las fuerzas, lo necesitaba, aunque con esa decisión arriesgaba aun más su salud, las pocas cosas que tenía y el escaso dinero que llevaba.

La tarde siguiente, Sagrario salió con Antonio a caminar por el campo. Quería tomar un poco del aire mentolado de la sabana, pero terminó enamorada de la caricia poco atrevida de un sol que caía con luz brillante y fría. Ella, vestida toda de negro, con excepción de su viejo y raído sombrero cubano, se limpiaba las uñas mugrientas con el borde de sus dientes y luego las limaba contra la piedras que encontraba en el sendero. De vez en cuando miraba hacia el oriente buscando la silueta femenina de los cerros bogotanos para tratar de olvidar su incómodo malestar; estaba ojerosa y sentía náuseas, pero más le dolía tener tan cerca la ciudad y, sin embargo, saber que era su propio cuerpo el que no le permitía alcanzar la meta. Por un momento, se recargó contra una cerca de madera a la vera de un camino estrecho y recubierto por un barro amarillento; desde allí, pudo ver en lontananza a un grupo de gallinazos que enfundados en su color oscuro y viscoso hacían circular una y otra vez su inacabable ritual de muerte. Estando en esas, sintió a su espalda el mugido de una vaca que pacía solitaria con la ubre a reventar; le pareció una imagen hermosa y hasta romántica, la cual, junto al paisaje y el olor a campo, la llenó de un gozo y una paz que no recordaba haber sentido antes. Pero sólo fue un momento pasajero, inasible, porque una visión inesperada la sacó de su amable trance y revivió una vieja pesadilla, ahora más cercana que nunca. “¡Virgjen Shantíshimaa!”, gritó y dio un salto encogiéndose con las manos apretadas y la barbilla contra el pecho, tras notar una polilla que posaba sus alas sobre la cerca. Era un tipo de mariposa nocturna o heterócera, de las que abundan en la sabana de Bogotá, con alas de gran tamaño de color marrón oscuro y un círculo en cada una de ellas, dando la ilusión de tener ojos de mirada fija y acecho, ojos vacíos como la muerte.

Sagrario observaba la polilla y le parecía gigantesca y amenazante y los nervios le sacudían levemente las manos y un extraño dolor le recorría los hombros, los brazos y bajaba como una daga fría por la espalda y temblaba; no obstante, tuvo valor para lanzarle uno, dos y hasta tres

pedruscos, pero el insecto no se movía. “¡Andee, andee aquí!” dijo ella, manoteando y con los ojos encharcados; “andee diabloo inmundoo”, repitió, antes de lanzarle otra piedra que atinó haciendo que la polilla revoloteara y se abalanzara sobre ella enredándose en su ropa y en su cabello. Sagrario sabía que era de mal augurio y entró en pánico y daba alaridos, mientras intentaba sacudirse, lo cual sólo sirvió para hacerle perder el equilibrio y llevarla de bruces contra el suelo. Allí, por un segundo, con su falda larga y el gran pañolón extendido sobre ella, parecía como si su cuerpo, hecho con trozos de la noche, se hubiera desleído sobre el lodo.

Aquella mujer se sentía más derrotada que nunca y en ese momento sólo hallaba consuelo contemplando la inocencia de su hijo esmirriado, pálido y mocososo. A pesar de que casi rayaba los doce años de edad, él no había crecido mucho; por eso, cuando ella lo miraba, le parecía ver un querubín sonrosado con ruana de lana, sombrerito inclinado y pantalones remangados a media canilla, como de costumbre. Y mientras Sagrario destilaba devoción arrodillada entre el barro, Antonio, que lucía ajeno a todo, jugaba sobre el pastizal escarbando y sacando lombrices rojizas de la tierra que inmediatamente ponía de una en una sobre la palma de la mano. Ellas se revolcaban renegando de la luz como si las hubiese despertado de un largo sueño, mientras él les tarareaba algo, las bendecía con la otra mano y luego las tomaba por una punta y de un sorbo las tragaba. Antonio estaba tan flaco que a Sagrario, pese a lo que estaba viviendo, y con un poco de humor, le parecía que su hijo era una lombriz gigantesca devorando a sus pares. Con ello, se le vino a la cabeza lo que hacían el gobierno y la sociedad con la gente del campo cuando los sacaban de su ambiente o pretendían ilustrarlos olvidando que la luz también puede entrar a la tierra sin escarbar, sin destruir, siempre iluminando lo necesario, porque esta no es un castigo sino una invitación a comprender las sombras. Por ende, el asco que Sagrario pudo haber sentido al contemplar la particular actitud de Antonio se convirtió en terror acompañado de escalofrío al pensar en el destino del niño. En ese instante, cuando el brillo pálido y frío del cielo anunciaba la llegada noche, la polilla volvió a revolotear sobre ella y luego, como si nada, se alejó lentamente hasta desaparecer, llevando a Sagrario a presentir, tal como le había sucedido cuando notó las nubes inamovibles sobre el rancho en la villa de San Miguel de las Guaduas, que algo malo, muy malo, iba a pasar. Entonces, no aguantó las náuseas, dio un par de arcadas y vomitó...

## *Quinto capítulo*

### UNA COSECHA EN EL SURCO DE LAS MANOS

Ni el labrador, ni el artesano, ni el comerciante harían felices sus trabajos, provechosas sus tareas y lucrativas sus industrias si les faltase la dirección y la luz de las ciencias, [...] el labrador, el artesano, el comerciante y el sabio son los cuatro hijos útiles del reino (Nipho citado en Fuentes, 2001, p. 27).

#### I

Nadie notaba que el niño lloraba, quizás porque era muy bajo de estatura para su edad o demasiado flacuchento como para hacerse visible en medio de una sociedad obesa. No obstante, a su corta edad él ya hacía parte de la comunidad de artesanos de Bogotá, a la que don Vicente Lombana, un respetado jurista de la época, denominó como “la clase mas laboriosa, mas útil i mas moderada de la sociedad, relegada á la oscuridad i el olvido por el orgullo aristocrático” (*El Labrador i artesano*, 1838, 30 de septiembre, p. 10). Sin embargo, por aquellos días de 1837 el gremio lucía más remozado que nunca gracias a que había sido presentado, desde el inicio de esa década, como una alternativa de vida para los que abandonaban el ejército o los que se cansaban de la pobreza en el campo.

Esto fue posible debido a que existía una estrecha relación entre los trabajadores del agro y el artesanado, puesto que se complementaban a través de oficios como hilandería, tejeduría, albañilería, zapatería, herrería, alfarería, carpintería y talla en madera; entre ellos, se destacaba la producción de tejidos, trabajo que era esencial en los santanderes y en gran parte del territorio cundiboyacense (Escobar, 1990, p. 54). El encuentro también se daba porque ambas eran actividades casi siempre de tipo familiar, como en el caso de la siembra del algodón, en la que los hombres cultivaban mientras el resto de integrantes procesaban la cosecha; por eso, se decía que hacer lienzos entretenía “con la preparación del algodón, el hilado, etc., a un gran número de individuos, entre los cuales podemos enumerar las mujeres y niños” (De Vargas citado en Escobar, 1990, p. 55). Este era un modelo productivo que se destacó en el siglo XVIII en la región del Socorro, en el departamento de Santander, donde agricultura y artesanía se juntaban

en pequeños talleres en las haciendas para sustentar “el desarrollo vertiginoso” de la región (Centro de Investigación y Educación Popular, 1998). Quizás, esa misma relación se pudo dar entre el trabajo pecuario y, por ejemplo, aquellos que se dedicaban a la fabricación de mantecas, quesos y velas o los diversos usos que se daba a la carne, los intestinos, la piel, los cuernos y el pelo tanto de bovinos como de ovinos, caprinos y porcinos.

Toda esta labor, que Carmen Escobar llama el “artesano rural doméstico”, también resultó fundamental para ayudar a consolidar centros productivos y comerciales, debido a que eran “el grupo más numeroso, esparcidos por todas las aldeas y pueblos del país” (1990, p. 73). Así, al igual que los mineros en la cordillera central, los artesanos contribuyeron a originar pequeñas sociedades que dieron forma a muchos de los actuales municipios y ciudades del país. Y es que desde mucho antes de la llegada del aquel niño callado y canijo a la capital, una procesión lenta y casi desapercibida de herramientas había migrado hasta ella, transformando a los nobles utensilios que hacían germinar la tierra en armas capaces de construir un mundo nuevo o simplemente destruirlo; ellas fueron el regalo que la madre tierra dio a los ciudadanos cuando se creyeron lo suficientemente astutos para abandonar su vientre y edificar su propio reino. Sin embargo, fue en esa coincidencia de lo rural con la chispa creativa del hombre urbano, como defensa contra la realidad inicua y avasallante, donde el periodismo agropecuario halló una oportunidad frente a los destellos del albor industrial que ya empezaba a llevarse las miradas y las páginas del país y parecía acomodarse fácilmente para acompañar a la información política, reina indestronable de la época.

En esa nueva frontera artesana, en la que la naturaleza decidió adquirir un rostro diferente para poder seguir al hombre, el diminuto niño era como una hilaza al viento. Los otros infantes del barrio lo llamaban “la nigua”, ya que andaba de un lado para otro imitado a las piernas de su maestro y chapoteando entre el lodo bogotano, pero él, haciendo caso omiso a la burla, sacaba a relucir la nobleza de su carácter y con la voz aun aflautada y una leve venia siempre les replicaba: “Mi nombree esh Antonioo pa’ shervir a bushtedesh”. Entonces, seguía su camino como si nada, mientras ellos se reían de él. Esa fue la primera lección que recibió como aprendiz en uno de los tantos talleres de ebanistería del barrio, a donde había llegado seis meses atrás, como lo hacían todos, según lo escribió don Santiago Ibáñez: “La mayoría de los artesanos vienen del campo, y trabajan la artesanía para conseguir dinero” (1999, p. 116). Sin embargo, la carpintería no era algo que motivara a Antonio, ya que a él lo que realmente le gustaba era

untarse las manos con la tierra del campo y de ese perfume ácido de la hierba húmeda que lo llenaba de gozo y cuya sola presencia implicaba el inmediato recuerdo de su madre ausente.

Antonio vivía en el barrio de las Nieves, que por esos días se consolidaba no sólo como el norte de la ciudad sino que aun se mantenía como el eje productivo de la comunidad artesana de la capital. Sobresale el hecho de que en 1780 aquel barrio contaba con apenas 140 artesanos entre los 1.924 habitantes que tenía; esta cifra correspondía a cerca del ocho por ciento de una población que crecía a un ritmo menor que el artesanado, pues en 1858 ellos llegaron a ser el veinte por ciento del total de los bogotanos (Escobar, 1990, p. 53 y 91). Cuenta don Guillermo Hernández de Alba que allí se agrupaban “las casas y talleres de los artesanos y gentes humildes; maestros del arte de la pintura, escultores, batihojas, orfebres y plateros, carpinteros de los blancos y ebanistas maestros de arquitectura” (Citado en Gaviria, 2002, p. 103). Seguramente, el niño residía en una casa hecha en ladrillo, con tejas rojas, de un planta, sin agua y con ventanas decoradas por barrotes en madera (Gaviria, 2002, p. 104). Era el tipo de vivienda popular para dormir y trabajar que de acuerdo con don Salvador Camacho Roldán conformaba el noventa por ciento de las construcciones bogotanas y cuyo arrendamiento podía fluctuar entre los diez y veinticinco pesos (2012). No obstante, a las pequeñas empresas artesanales que habitaban en ellas, aunque eran de tipo familiar, les alcanzaba para contratar uno o más oficiales o aprendices, ya que “la libertad de industria y la supresión de los gremios, (1832), una vez establecida no suprimió la jerarquización medieval de maestros, oficiales y aprendices, entre los artesanos bogotanos” (Santander citado en Escobar, 1990, p. 94). Por eso, Antonio había sido recibido como uno más en la copiosa familia de don Severino, quien era su maestro, y tenía la suerte de empezar siendo un niño, pues la estructura jerárquica de los artesanos era diferente a la que se daba en el campo, donde el proceso de instrucción surgía sobre la marcha en relaciones horizontales y, además, resultaba selectivo, imitativo y casi intuitivo, puesto que en esa época más de la mitad del trabajo dependía exclusivamente del proceso biológico.

Las Nieves estaba atrapada entre el incesante vocinglearo del martillo y el lamento del metal y la madera; era una melodía inagotable que iba acompañada por el latido agudo y replicado de los perros callejeros y por un coro de frases y risas que se movían entre el sudor y el olor a trabajo, tal como lo escribió un reconocido artesano de la palabra: “En esos lugares huele a material, / huele a oficio, huele a huella, / a fuego, a tintas y a creación” (Ibáñez, 1999, p. 6). En ese ambiente deambuló Antonio cumpliendo los peores temores de su madre, pues terminó como un

huérfano enclenque y mustio, asilado en un mundo agreste y desconocido, muy lejano de todo aquello que revoloteaba en su imaginación con las historias que ella le había relatado un tiempo atrás.

El niño maduraba a la fuerza, a pesar de sus doce años de vida, edad que según la costumbre colonial le permitía ser artesano, puesto que el mínimo requerido para iniciar el aprendizaje de cualquier oficio era entre los diez y los doce años (Gaviria, 2002, p. 55). Desde su llegada, Antonio permanecía cubierto con las virutas de la carne del árbol y espantaba el acre vicio de la soledad inmerso en una felicidad íntima que se reflejaba en una necesidad inagotable de estar haciendo; entonces, ora apilaba trozos de palo, ora cargaba con esfuerzo las pesada tablas de cedro; también, perseguía y recogía los restos de aserrín que caían y se movían por el taller como hormigas de madera y a ratos permanecía silencioso y atento al movimiento de las manos de su maestro para aprender el uso de las herramientas, en especial el manejo de las gubias, que eran sus favoritas, porque con ellas podía modelar y dar vida a la madera. Sin embargo, la talla no era una labor muy rentable en esa época, pues presentaba un escaso desarrollo debido a que era oficio nuevo en el país (Escobar, 1990, p. 92). Por ese motivo, el tallado para construcción aparecía como la principal alternativa de trabajo para los ebanistas, junto a la mueblería y la carpintería (Ibáñez 1999, p. 102); además, la mayor representante de esta actividad era la famosa escuela quiteña, la cual tenía reconocimiento desde los días de la colonia.

No obstante, aquella fuerza de trabajo resultó siendo bastante útil para ayudar a tallar y formar una nueva sociedad, ya que integró el movimiento de artesanos que llevó a los liberales a ser un partido político real y popular, catapultándolos al poder en 1850. Ese fue un objetivo que echó raíces en 1838 mediante un plan concebido por un hombre que muy astutamente supo aunar las necesidades de la comunidad artesana, las de los trabajadores del campo y los intereses de los jóvenes ilustrados, todos ellos ávidos de cambios políticos y económicos. Él, como el mejor de los artistas, tejió un poderoso músculo sociopolítico capaz de legitimar el ideario de algunos pretendientes del poder, hecho que resultó fundamental para retomar la publicación de la agroinformación, dos años después de haber desaparecido en el *Constitucional de Cundinamarca*. Ese hombre se llamaba Lorenzo María Lleras y González, el doctor en leyes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario que, ante todo, fue un idealista y un gran visionario.

Doris Lessig, la Premio Nobel de Literatura del 2007, afirma que en el siglo XIX “raramente los artistas solían ser héroes” y que esta misión estaba destinada a los “soldados y forjadores de imperios, exploradores, sacerdotes y políticos” (2007, p. 15). Quizás, por eso, alguien como don Lorenzo, un hombre de letras, un explorador del teatro y la poesía, terminó por alcanzar laureles desde la política y el periodismo, legado que aun deambula por los pasillos del poder que él mismo ayudó a construir, encarnado en la memoria póstuma de sus nietos los expresidentes Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, este último abuelo de Germán Vargas Lleras, el actual delfín político de la connotada familia. Todos ellos descienden de alguien que, según recuerda con orgullo su nieto Alberto, “forjó su familia numerosa férreamente, a su imagen y semejanza” (1973, 4 de marzo, p. 4 - A). Esa labor empezó con dieciocho hijos, concebidos en un par de matrimonios: dos de su primera unión y dieciséis de la segunda.

La piedra angular de los Lleras nació en Bogotá el 7 de septiembre de 1811 y falleció allí mismo el 3 de junio de 1868. Un año antes de morir había regresado al sector educativo, que era una de sus grandes pasiones, para reabrir el Colegio del Espíritu Santo, institución que él fundó y dirigió desde 1846 hasta 1853, cuando tuvo que cerrarlo. Don Lorenzo es recordado como un “profesor muy culto, discreto y bien intencionado” (Laverde, 1963b); sin embargo, estuvo alejado por tantos años de las aulas que cuando volvió le faltó tiempo, como al gran Gaudí, para terminar de construir esa catedral de conocimiento que anhelaba para iluminar a la Colombia que soñaba, pese a que decía que no le escaseaban las fuerzas ni el ánimo para hacerlo. Por eso, el sociólogo Gabriel Restrepo lo cataloga como uno de los hombres que aportó a la creación del movimiento pedagógico del cual nació el Instituto Nacional, hoy día Universidad Nacional de Colombia (2002, p. 75); don Lorenzo fue quien habló de la necesidad de incluir en el plan de estudios tanto las humanidades como la jurisprudencia (Jimeno, 2004, p. 17). Todo ese legado pervive y, al igual que la Catedral de la Sagrada Familia, todavía sigue creciendo.

El gusto que sentía don Lorenzo por la docencia partía de un ideal que alguna vez, en una calle bogotana, confesó al entonces presidente de la república, el general José Hilario López: “Convencido de que la virtud es el elemento vital de la república, yo he procurado, señor, inculcar en sus tiernas almas los sanos principios religiosos libres del fanatismo y de superstición [...], porque es con ella sólomente como podrán defender la independencia de la patria, y servir dígnamente a la causa santa de la libertad” (Lleras citado en Laverde, 1963b). Por esa razón, entre 1850 y 1852, leal a sus ideales, integró al currículo de su colegio las clases de ingeniería

civil, jurisprudencia, ciencias intelectuales, contabilidad y medicina (Lleras.net, 2001). También buscaba que sus discípulos pudieran “consagrarse inmediatamente y con buen suceso, a la carrera del comercio” (*El Día* citado en Laverde, 1963b); esto demuestra su interés por crear líderes capaces de jalonar la economía y, por ende, incidir en el futuro del agro, la artesanía y la industria nacional.

En ese gran nicho germinó una generación de intelectuales entre los que se destacan el ex presidente de la república don Santiago Pérez Manosalva (1874 – 1876), y el célebre padre de la *María*, don Jorge Isaacs, así como un grupo de estudiantes embebidos de arte que cumplieron un destacado papel en la historia del teatro nacional, tal como lo escribió don Isidro Laverde: “Es indudable que el doctor Lleras fue el iniciador más eficaz en asuntos de teatro; a su iniciativa insistente y oportuna, a sus conocimientos como escritor muy literario, muy versado, se deben los primeros ensayos de algunos ingenios criollos que, con sus primicias en el arte teatral, acrecentaron el corto caudal de obras y autores dramáticos nacionales” (1963b). Con ellos, al asumir la dirección del Teatro de Bogotá, entre 1856 y 1857, “no solamente logró organizar una compañía dramática nacional de algún mérito, sino que contribuyó en mucho a despertar entre los bogotanos el gusto por las representaciones escénicas” (López, 2012). Y no era algo fortuito, pues tenía una motivación especial para hacerlo: “El teatro es una escuela de moral i es, por lo mismo, necesario que se hable mal de los vicios que suelen afectar á la especie humana” (*El Cachaco de Bogotá*, 1833, 30 de junio, p. 24). Esa fue una meta que se propuso desde 1833 cuando fue invitado como ensayador y director artístico de la Compañía Dramática Nacional, en la que contribuyó, junto a don Juan Granados, a marcar la transición de la tragedia al drama francés y la comedia española así como al fomento de la dramaturgia nacional al exponer al más importante autor de la época, don Luis Vargas Tejada, autor de las memorables *Convulsiones* (“Reseña de la obra”, 2003, p. 11). Por ende, se puede decir que don Lorenzo aprendió desde muy joven que el arte es un medio para sensibilizar pero también para comunicar, modificar e instruir la realidad.

El doctor Lleras, como lo llamaban, era un tipo muy inteligente, “de mediana estatura, cabellera abundante, facciones regulares, voz sonora y aspecto risueño algo inclinado a la chanza jovial” (Lleras citado en Gaviria, 2002, p. 100). Esas características fueron cualidades que hallaron eco no una sino dos veces en una misma familia, ya que él tuvo la particularidad de haberse casado, en tiempos diferentes, con las dos hijas de don José María Triana, un docente

reconocido por haber introducido a Colombia el método educativo pestalociano, creado por el suizo Johann Heinrich Pestalozzi, mediante el cual se buscaba enseñar con base en la intuición del estudiante y siguiendo su proceso natural de desarrollo; es decir, sin adelantarlo a comprender cosas antes de tiempo y complementando esa tarea a través de la experiencia lúdica para que se asimilara e interpretara el conocimiento lejos de los procesos de memorización. Algo importante de la propuesta pestalociana era el cultivo de las aptitudes inherentes a cada niño o niña con el fin de desarrollar su potencial productivo a partir de la implementación de una educación técnica que les permitiera aprender haciendo. Seguramente, ese modelo fue llevado por don José María al colegio de su yerno, donde trabajaba como subdirector.

La amistad que existía entre ellos empezó el 1° de agosto de 1833 cuando don Lorenzo, teniendo como padrino de bodas a don Francisco de Paula Santander, contrajo matrimonio con doña Liboria y se extendió, tras el fallecimiento de esta, al desposar en 1838 a su cuñada doña Clotilde (Lleras, 1973, 13 de marzo, p. 4A). Es claro que la relación con esa familia, y particularmente con su suegro, resultó vital para ayudar a don Lorenzo a construir el papel de pedagogo que interpretó desde la escuela, el teatro, la política y, por supuesto, el periodismo. A través de esa vocación don Lorenzo aprendió a desentrañar y compartir su ser cívico para intentar rescatar, entre otras, la esencia de lo que es ser bogotano; por eso, se jactaba de ser un verdadero “Cachaco”. Entonces, es a él a quien se debe el haber echado a rodar en uno de sus periódicos el uso de ese apelativo que aun circunda la vida de los capitalinos y que en los labios de los demás habitantes del país suena a veces a un ruin dicterio y, en otras, a una expresión burlona y despectiva. Sin embargo, don Lorenzo pensaba de otra forma y, con orgullo, definía al cachaco como un sinónimo de liberal y de progreso:

Antes de la famosa i deplorable rebelion de 1830, tan grata a la memoria de los enemigos descubiertos i solapados del sistema liberal republicano, llamábase *Cachaco* al que se vestia con desaliño, ó que era de poca consideracion, especialmente si era jóven. Pero como, en las revueltas de 1830, los jóvenes, i con particularidad *los estudiantes*, tomaron una parte activa en la defensa de las leyes ultrajadas, i de la oprimida libertad, los serviles i monarquistas los denominaron *Cachacos*, por via de desden i menosprecio. [...] Los serviles, para denominar un liberal lo apellidan *Cachaco*; á los militares jóvenes i liberales los llaman *Cachacos*; á la republicana cámara de representantes de 1833, la tildaban cámara de *Cachacos*, i a todo lo que huele a republicanismo, contrapuesto al gobierno boliviano o Urdanetista, lo bautizan con el nombre de

*Cachaco*. He aquí, pues que habiendo llegado la voz indígena cachaco á ser sinónima de liberal, nosotros lo hemos adoptado de mui buena gana para nuestro papel (*El Cachaco de Bogotá*, 1833, 1° de agosto, p. 43).

Aquel término no era más que una palabra hecha de fique que llegó para reemplazar la definición colonial que se hacía de los bogotanos a quienes se les llamaba “Moscas”, en alusión al vocablo “Muisca”, debido de la interpretación que hicieron los españoles al traducir la frase indígena “Musca pelunga” que significa “Mucha gente” (Aristizábal, 1988). A mediados del siglo XIX, tras las luchas internas del liberalismo entre los artesanos y los ilustrados defensores del libre cambio, el término cambió de estrato: los primeros se llamaron Draconianos o Guaches y los otros, Gólgotas o Cachacos, pasando de ser una identificación popular a representar a la aristocracia liberal. Posteriormente, dejó la política y se volvió baladí, siendo usado como “equivalente de lechugino y, por ende, en nuestros modismos, a significar todo joven elegante y apuesto” (Arboleda, 1933, p. 185). Al final, el término se ancló como blasón de todo el que nace en Bogotá, sin importar la condición política o socioeconómica en la que se encuentre.

Y a eso apuntaba la vida de don Lorenzo: a ser abanderado de la igualdad. Él quería un país libre, incluyente e ilustrado en sus derechos y deberes. No era una tarea fácil e inmediata, pero sabía que debía empezar a modelar esa sociedad a través de un sistema educativo justo: “Mientras que la pobreza de los padres, bien sea causada por el infortunio ó la mala conducta, haya de determinar la ignorancia de los hijos, la educación no será otra cosa que una manufactura de señores i de esclavos. Mientras que un ciudadano joven deba tener un padre rico, para ser educado como corresponde, la aristocracia se perpetuará, i se destruirá la *igualdad* entre los ciudadanos” (*El Cachaco de Bogotá*, 1833, 26 de mayo, p. 8). Seguramente, parte de ese ideal fue forjado mientras estudiaba en los Estados Unidos, donde adquirió conocimientos en inglés y francés que le permitieron ser docente de lengua inglesa en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario entre 1837 y 1839 (Guillén, 2008, p. 253). Allí, también fue rector entre 1842 y 1846.

Los ideales que defendía don Lorenzo le permitieron ocupar varias veces una silla en la Cámara de Representantes, donde fue el responsable de la ley que redujo el mandato presidencial a dos años cuando el país era federal y también propuso la ley que acabó con la esclavitud en Colombia, aprobada en mayo de 1851 (Lleras.net, 2001). En 1850 ejerció como diputado por la

Provincia de Bogotá y en 1853, durante el gobierno Obando, se encargó del Ministerio de Relaciones Exteriores; en 1863 estuvo como diputado por Cundinamarca en la Convención de Rionegro; en 1865 asumió la intendencia general de Guerra y Marina y fue consejero de estado y capitán en la Brigada de Artillería de la Guardia Nacional. Todo esto lo vivió con el sino de la polémica que lo acompañó la mayor parte de su vida pública, como el día que se atrevió a calificar de puta a doña Ana María Martínez de Nisser por haber defendido al gobierno nacional en la región antioqueña de Salamina durante la guerra de los Supremos, hecho que a ella le mereció el 28 de mayo de 1841 la medalla de oro del Congreso de la República (Aristizábal, 2004, p. 34). No obstante, la heroína del oficialismo no era más que una villana para los liberales y así lo escribió don Lorenzo en un texto titulado *A las naciones y gobiernos civilizados*: “Con mengua de la honestidad y recato de su sexo, embrazó la adarga, coló la celada y empuñó la lanza, confundiendo entre la impura soldadesca del llamado gobierno constitucional, tan sólo por un exceso de su prostitución” (Lleras citado en Aristizábal, 2004, p. 35). Aquella censurable misoginia de un hombre tan ilustrado y liberal reflejaba los alcances de ese odio partidista que nació con la conjura contra el Libertador y que desde entonces contaminaba toda la perspectiva política del país.

El enojo de don Lorenzo contra todo lo que oliera a bolivista partía de su relación con la Sociedad Filológica, grupo masón en cuyo seno se planeó el atentado contra el general Bolívar. Allí, se desempeñaba como secretario general de la organización, razón por la cual, al igual que muchos de sus compañeros, terminó exiliado en Norteamérica. Estuvo un tiempo en Filadelfia y luego en Nueva York, hasta su regreso en 1832, cuando inició su vida como periodista, tarea que realizó mientras trabajaba como secretario del Senado de la República y que interrumpió en 1834 para ser alcalde de Bogotá, inaugurándose con el reto de expulsar a la célebre Manuelita Sáenz cuando fue condenada al destierro por conspirar contra el gobierno del presidente Francisco de Paula Santander. Ese día, 13 de enero, don Lorenzo llegó a las tres de la tarde con un policía y diez militares para arrestarla; sin embargo, ella, armada con la valentía que la caracterizaba, “amenazó a la autoridad con darle un pistoletazo si insistía en ejecutar la orden, y a los soldados, con puñal en mano, les dijo que mataría al primero que se acercara” (López, 2012). Unos minutos después, argumentando que “estaba cansada de vivir”, intentó apuñalarse, pero fue reducida y al cabo de dos horas por fin pudo ser conducida a la cárcel del Divorcio. Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, una neblina mortuoria despidió a doña Manuela, quien fue

sacada de la capital, junto a sus dos sirvientas, atada a una silla y cargada por ocho presidiarios hasta el municipio de Fontibón (*El Cachaco de Bogotá*, 1834, 19 de enero, p. 186). Dicen que partió en calma hacia Jamaica buscando paz, sin imaginar que lo peor la esperaba en Paita, en la costa peruana, donde en 1859, sola, cubierta de olvido, enfermedad y pobreza, halló una infausta muerte.

Al abandonar la alcaldía en 1835, don Lorenzo se convirtió en secretario de la Gobernación de la Provincia de Bogotá y posteriormente trabajó como oficial mayor de los ministerios del Interior y Relaciones Exteriores hasta finalizar el gobierno de Santander. Fue cuando ascendieron los bolivistas al poder y él decidió hacer oposición desde la prensa y la academia, actitud que lo llevó a ser acusado, junto a otros liberales, de “propagar en sus cátedras jurídicas de Ciencia Constitucional, Ciencia Administrativa, Principios Generales de Legislación etcétera, doctrinas favorables a la revolución” (Torres y Rodríguez, 2008, p. 161). Por ende, en 1840, tras la guerra de los Supremos, don Lorenzo terminó preso y luego expulsado de Bogotá, obligándose a residir en Ibagué por dos años. Mucho después, el 17 de abril de 1854, tras el golpe de estado del general José María Melo, que se suponía iba a beneficiar a los artesanos, don Lorenzo, eterno vocero de las problemáticas de este gremio, resultó traicionándolos al declarar que “él no había hecho ni aceptado la revolución [de los artesanos], porque ésta había sido un paso en falso que él, auténtico liberal, lamentaba” (Garcés, 1972, p. 124). Fue un golpe duro, retrechero e injusto contra un grupo que él mismo había ayudado a consolidar. No le tocó fácil a don Lorenzo aquella vez, como tampoco la pasó bien el día que siendo ministro le tocó negociar con Brasil un tratado limítrofe mediante el cual Colombia terminó regalando un vasto terreno, situación que lo sacó del gobierno y lastimó su imagen política.

En 1860 don Lorenzo volvió a la cárcel tras la derrota de los liberales en tierras santandereanas, pero tuvo su revancha en marzo de 1862, durante la guerra civil que enfrentó a los liberales federalistas del general Tomás Cipriano de Mosquera contra los conservadores centralistas del entonces presidente Mariano Ospina Rodríguez, cuando terminó como uno de los *héroes del convento* en la égida de Bogotá, mientras era miembro y presidente del Consejo de Gobierno. En aquella oportunidad, se atrincheró durante dos días en el convento de San Agustín junto a sus compañeros, algunos de sus hijos y un puñado de soldados a cargo del general Valerio Francisco Barriga, en medio de un mar de llamas y el balaceo de tres mil hombres que les soltaban las descargas a la voz del general Leonardo Canal. Uno de los protagonistas de

aquella jornada fue don Aníbal Galindo, quien recuerda la activa participación de don Lorenzo en la que considera como “una de las más bellas páginas de la historia militar del país” (2012). Y lo dice porque ese día todo un ejército fue derrotado con una simple hoja de papel, como si se tratara de una de esas extrañas chispas macondianas que de cuando en cuando se apoderan de los sentidos con su risa bufa. El plan, creado por don Rafael Núñez, futuro presidente del país, era proponer una tregua durante la noche con el fin de salvaguardar sus vidas obligando al ejército oficialista a esperar la llegada de uno de sus mandos para que recibiera una carta de rendición con algunas peticiones, la cual, por supuesto, nunca existió y sólo fue una excusa que le dio tiempo a la tropa liberal para llegar, rescatarlos y vencer a sus rivales. Tras la guerra el país se transformó y en febrero de 1863, luego de más de dos años de lucha y cerca de seis mil muertos, la República de Nueva Granada se volvió federal y se transformó en los Estados Unidos de Colombia.

Aunque don Lorenzo fue protagonista de las anécdotas de la política colombiana, el expresidente Alberto Lleras recuerda que su abuelo no tenía el picante del excelso orador y, por el contrario, decía que su perfil pedagogo le daba un aire cansino y de “carácter dogmático a sus palabras” (Citado en Gaviria, 2002, p. 100). No hablaba como un político de plaza, pero nació con la bendición de las letras y la luz serena del bardo que le permitió desgranar destellos de patriotismo que dejó incrustados en sus *Versos Juveniles*, obra publicada en 1831 en Nueva York, en la que se destaca un poema de 1830 titulado *Elegia*, en el que expresa su dolor por la batalla del Santuario que instauró la dictadura del general Urdaneta: “¿Qué haré sino llorar?... ¡¡Patria infelice!!”, escribió (Lleras, p. 2). Don Isidoro Laverde considera que esa actitud reactiva “era la que predominaba en los jóvenes poetas de entonces, a quienes las tragedias impulsaban hasta el melancólico frontis del templo de Apolo” (1963). No obstante, hubo un poema de don Lorenzo, titulado *Elisa*, que se salió del contexto político para transformarse en un lienzo de versos escritos con los cristales rotos de su propia desgracia: “Pobre mi Elisa! Tus bracitos muertos / Que estrechan, yertos, mis calientes manos / Que beso y mojo con el llanto mío / Ya me olvidaron! / Ya no vendrán a circundar mi cuello! / Ni mi cabello que la edad calcina / Refrescaran con inefable halago / Tus manecitas” (Borda y Vergara, 1860c). Era el dolor por la muerte de su impúber hija, la gloria de su vida, como él le decía, la joya de su corazón. Toda esa suma de pasiones motivó a don Lorenzo a usar su pluma asiduamente traduciendo obras de literatura, teatro y política e, incluso, propiciando su publicación al fundar la imprenta Lleras en

1838. Lo hizo, aprovechando su talento y bagaje intelectual y una mirada aguda y profunda que le sirvió para ser periodista y rastrear y escudriñar los pliegues de la realidad desde que inició en los Estados Unidos escribiendo para el *Mensajero Semanal* y, luego, siendo redactor de la *Gaceta de la Nueva Granada* (1832), el *Constitucional de Cundinamarca* (1832), *La Bandera Nacional* (1837), *El Neogranadino* (1853) y *El Tiempo* (1855); además, le permitió fundar los periódicos *La Calavera* (1831), *El Cachaco Bogotano* (1833), *El Labrador i artesano* (1838), la *Crónica mensual del Colegio del Espíritu Santo* (1847) y *Los Principios* (1852).

En *El Labrador i artesano* don Lorenzo le dio una oportunidad al periodismo agropecuario, tema por el cual ya había mostrado interés en 1834, cuando tradujo el *Catecismo de agrimensura apropiado al uso de los granadinos* (Lleras.net, 2001). También, en 1833, a través de *El Cachaco de Bogotá*, había dejado entrever su preocupación por el agro al publicar su opinión en relación con la ley sobre la libertad de derechos de exportación y se presentaba como uno de los aliados por la prosperidad de los agricultores neogranadinos: “Hemos procurado informarnos de la acogida que ha tenido esta lei en las diversas provincias del estado, i hemos podido asegurar que de todas éllas han escrito del modo mas favorable. Los productores agricolas, i los que manufacturan las producciones de la tierra, han bendecido mil i mil veces la enunciada lei, como que ella es uno de los mas eficaces medios de dar aliento i vida para lo sucesivo á nuestra agricultura moribunda” (1833, junio 30, p. 24). *El Cachaco de Bogotá* fue fundado el 19 de mayo de 1833 por don Lorenzo junto a don Florentino González para defender la libertad y las instituciones del Estado, y proporcionar información útil a la sociedad: “Procurarémos tambien ofrecer á nuestros lectores las pocas ideas que hemos adquirido, respecto á las mejoras de que es susceptible nuestro hermoso país, tratando siempre de hacer la lectura de este periódico interesante i variada” (p. 1). Y aunque ellos no contemplaron suministrar agroinformación, en el artículo del 30 de junio de 1833 se dejaron contagiar del interés por el campo de sus coetáneos *El Cultivador Cundinamarqués* y el *Constitucional de Cundinamarca*.

*El Cachaco de Bogotá* iba debajo del brazo de muchos jóvenes liberales, quienes a través del periódico avivaban el ardor de sus hormonas revolucionarias, debido a que en él podían libar un liberalismo ortodoxo que no resultó ajeno a las polémicas de las disputas políticas posbolivarianas. El hebdomadario se podía comprar por un real todos los domingos a partir de las diez de la mañana en la tienda de don Antonio Vélez, en la calle primera del comercio; aunque también tuvo varias ediciones extraordinarias ligadas al vaivén agreste de la vida política

que lo obligaron a salir los jueves en ocho oportunidades y una más un martes. El periódico tenía el estilo de *La Miscelanea* de don Rufino Cuervo con algunos elementos del *Constitucional de Cundinamarca*, y un esquema a dos columnas y cuatro páginas que mantuvo hasta la edición número cincuentaisiete del 20 de abril de 1834, cuando dejó de circular. Usaba un tipo de letra legible, pero que lucía minúscula ante la grandilocuencia del encabezado, en el que se registraba el nombre del periódico en caracteres muy grandes, gruesos y en negrilla, seguido, como en todos, de una frase en latín que enmarcaba la esencia del periodismo que allí se registraba: “*Qui non libere veritatem pronunciat, proditor est veritatis*”, según lo cual aquel que no habla con la verdad la traiciona. Debajo iba una barra con el número del ejemplar, la fecha y el precio de venta e inmediatamente otra con los datos de suscripción.

La información se registraba mediante artículos cortos en páginas que fueron impresas en el taller de don Andrés Roderick, en los primeros cuatro números, y en la imprenta de don Nicomedes Lora los restantes. Casi siempre abrían la edición con una sección denominada *Parte Oficial* en la que iba una editorial, normalmente sobre asuntos políticos, y luego incluían temas de salud, educación, teatro, curiosidades, literatura, noticias extranjeras y había un espacio especial para la poesía. *El Cachaco de Bogotá* también hizo parte de los periódicos que buscaban el florecimiento de la economía nacional a partir de la revitalización del sector rural, sustentado en que mediante él se podía generar desarrollo; por ende, a través de letras negras con alma roja, el periodismo movilizó una tímida batalla por la inclusión social de las personas del campo como sujetos de derechos. Y ese era el mismo sendero por el cual trasegaba don Lorenzo, muy de la mano con el pensamiento onírico, lírico y humanista que esgrimía en su cotidianidad.

Él no era un hombre de ciencias, pero en lo íntimo mostraba cierto gusto por la botánica, tanto así que se dice que introdujo al mundo de las plantas a su cuñado, don José Jerónimo Triana, quien luego se convirtió en uno de los más importantes botánicos del siglo XIX, llegando a emular el talante científico de ilustres como Mutis y Caldas, a los que siguió los pasos con su participación en la Comisión Corográfica de don Agustín Codazzi para continuar el registro de la geografía nacional (Díaz, 1973, p. 81). Este hecho, aunado a la experiencia como traductor, a su pasión por comunicar y a su visión sociopolítica, permite concluir que don Lorenzo podía comprender sin mucho esfuerzo la importancia del trabajo rural, aunque él no fuese un hacendado como muchos de los promotores del periodismo agropecuario. Por eso, no vaciló a la hora de incluir el tema como uno de los pilares en la estructura de la Sociedad Democrática -

Republicana de Labradores y Artesanos Progresistas de la Provincia de Bogotá que fundó en 1838.

Cuando eso sucedió, Antonio Lozano todavía luchaba por adaptarse al gremio artesano. Lo sorprendía lo asfixiante que podía llegar a ser el trabajo del carpintero, pues la labor agropecuaria no tenía paredes y, en sí misma, era una conexión íntima con la vida, mientras que el taller buscaba transformar un mundo inerte en un objeto que apenas podía adquirir sentido cuando se volvía útil para alguien; por lo tanto, sólo era un mundo inerte transformado. El niño se aburría sin intuir el poderoso músculo socioeconómico y político al que pertenecía, imagen que no era nueva ni en el país ni en el mundo, ya que desde el siglo X se había identificado la capacidad de cohesión entre los trabajadores al decidir agruparse en cofradías y, por supuesto, convertirse en piedra en el zapato sembrando el cielo europeo de dudosos nubarrones que amenazaban con opacar el destello de los monarcas de turno; por ende, hubo necesidad de vigilarlos y regularlos. Así ocurrió, por ejemplo, en 1556 cuando se ordenó, a través de las Constituciones Sinodales, que cualquier agrupación que se fuera a constituir en Bogotá, sin importar su finalidad, requería de obligatoria licencia y se les dijo que para cualquier actividad necesitaban de chaperón, pues no se podían juntar sin la presencia de alguno de los “ministros reales que por el virrey o gobernador fuese nombrado y el prelado de la casa donde se juntaren” (Citado en Gaviria, 2002, p. 56). Siglos después, el 7 de abril de 1777, la Instrucción General para los Gremios, dictada por el virrey Flórez, ratificó el temor que existía hacia ellos al prohibir “que los gremios por sí mismos y sin su noticia y aprobación hagan juntas ni cofradías, formándose estatutos y estableciéndose convenciones que cedan en su perjuicio y en el de la autoridad real” (Citado en Gaviria, 2002, p. 57). Quizás, debido a esa desconfianza, según don Juan Enrique de Graef, la alta sociedad española denigraba al artesano clasificándolo como “un sirviente, y esclavo, subordinado á la voluntad, y bizarría de sus antojos, con quien no es menester tener atención, ni miramiento alguno: y en cuya comparacion un Page ó un ignorante Criado que les sirve domesticamente, es muy superior, y mas distinguido en qualidad, y circunstancias” (*Discursos Mercuriales*, 1755, 1º de octubre, p. 37). Los miraban de reojo y en silencio les temían. Se puede decir que mientras el agro colonial era corazón e inspiración revolucionaria, el artesanado se configuraba como el mazo en la mano de los ilustrados para forjar la anhelada república.

Quizás, por eso, los controlaban organizándolos en sociedades, las cuales terminaron convertidas en semilleros de actores políticos capaces de liderar a la clase popular. Don

Francisco Mariano Nipho afirmaba que “donde mas brilla lo que puede la emulacion es en las Academias, y Sociedades, donde el estudio es mas acrisolado que en otras asambleas, porque el premio lo estimula: este premio es hijo, no siempre de origen ilustre respecto al Donatario; pero sí respecto al intento, que es procurarle felicidad á la sociedad humana con el auxilio de las Ciencias, y á porfía y solicitud de la industria” (1779, p. 210). Por ende, las sociedades trabajaban para fortalecerse ideológicamente, crecer desde adentro y consolidarse como propiciadoras de desarrollo socioeconómico. El primer antecedente en Colombia es la Sociedad de Amigos del País, que llegó a tener representación en varias ciudades abanderando el progreso del agro, la industria, el comercio, la policía, las ciencias útiles y las artes liberales, como ocurrió con la que se fundó en Bogotá en 1801, en cuya cabeza estuvieron varios de los gestores de la independencia del país (Pacheco, 1975, p. 75). Igual sucedió con la Sociedad Patriótica, fundada en Venezuela por don Francisco de Miranda, la cual inició en 1810 como un proyecto agroeconómico y terminó aglutinando a su alrededor los componentes de una fuerte estructura política que desató el movimiento que derrumbó a la América española.

Y aunque en el papel esas asociaciones revitalizaban al sector rural, es claro que el mayor interés era controlar toda la cadena productiva y comercial teniendo el principio de la igualdad como base de todo (Silva, 2002, p. 614). Y en eso fue importante el fortalecimiento del artesanado a través de la Instrucción General para los Gremios, pues junto a las palabras que incitaba su control la corona agregaba otras que pedían no señalarlos: “Se hace forzoso desterrar el error con que las gentes de otra jerarquía o empleados en las carreras de armas y letras, desprecian a los artesanos, teniéndolos en concepto de hombres de baja esfera, sin dignarse en su compañía y constituyéndolos en un abatido comercio, reducido al trato entre sí mismos” (Citado en Gaviria, 2002, p. 58). Así, al intentar blindar el riesgo que representaban las organizaciones obreras, el gobierno español empoderó la conjunción social entre artesanos, agropecuarios e ilustrados, originada desde el mismo momento que entendieron que sus manos eran usadas para producir la riqueza de otros, y, además, propició la pugna entre el producto nacional y el importado, cuyo resultado ha sido el combustible de una hoguera de intereses políticos y económicos causante de muchas muertes e injusticias hasta el presente.

Las Sociedades de Amigos del País, que se sustentaban en un argumento económico, con el paso de los años, las balas y los caudillos evolucionaron a Sociedades Democráticas que hablaban de política sin olvidar su interés primigenio. Don Salvador Camacho Roldán,

presidente de la república encargado, entre el 20 de diciembre de 1868 y el 2 de enero de 1869, definió a este tipo de sociedad como una agrupación “destinada a exaltar el espíritu de resistencia a la autoridad y de protesta contra las desigualdades naturales o artificiales entre los hombres” (2012b); de ahí que grupos como este hayan terminado por fundamentar su quehacer en las doctrinas liberales (Chapman, 2008, p. 199). La asociación que organizó don Lorenzo no era ajena a este principio y menos en una época marcada por las manifestaciones obreras tanto en Europa como en el continente americano y que eran el eco final del vocinglearo altisonante que dejó la revolución francesa. Ese movimiento tuvo origen en el siglo XVII en el lugar que reinventó al mundo: el Reino Unido, propiciado por fuerzas creativas, sociales y productivas que confluyeron en la revolución industrial, cuyo motor fue la creación de la máquina para tejer de John Kay en 1738 y la máquina de vapor de James Watt en 1769 (Jarrín, 2006, p. 79). Ellas hicieron posible el despegar fabril textilero, eje principal de la producción decimonónica, y crearon el primer producto del novísimo modelo industrial que fue la masa productiva, comprendida por “una parte muy importante de artesanos y obreros que pertenecen a sectores en proceso de mecanización y a profesiones que no se han visto afectadas por la Revolución Industrial, tales como la construcción, el vestido, la imprenta, etc.” (Bergeron, Furet y Koselleck, 1994, p. 181). A ellos se sumó una débil fuerza agropecuaria, proletarizada y empobrecida debido al sistema productivo rural británico, situación que en criterio de los historiadores Eric Hobsbawm y George Rudé complicó el desarrollo de su capacidad de unión, ya que por “la naturaleza de su trabajo y de la sociedad rural en que vivía y padecía hambre le privaban hasta de la relativa libertad del pobre industrial y urbano, y le hacían muy difícil desarrollar o aplicar aquellas ideas y métodos de autodefensa colectiva que el hombre de la ciudad era capaz de descubrir” (2009, p.10). Por ende, el agro generaba una sociedad dispersa, introvertida e inconexa.

Empero, no todos vivían en esa burbuja. Hubo unos pocos que hallaron la forma para adherirse a una misma causa y protestar, apalancados en el ludismo, que era un movimiento social obrero de resistencia cuya esencia residía en su capacidad de destilar odio por las máquinas, ya que ellas determinaban la pérdida de muchos empleos en el Reino Unido. Así, tras varias décadas en la sombra, los trabajadores del agro británico realizaron en 1830 su guerra santa contra la revolución industrial atentando, principalmente, contra las trilladoras en buena parte del país; sin embargo, fue un esfuerzo en vano porque la unión entre la tecnología, la

industria y el comercio ya era un camino sin regreso. La revolución industrial dejó como legado la idea de que la máquina hace al hombre, principio que camina hoy día en la mano de cada persona que pone su vida en un teléfono celular, en lo que se ha denominado como Nomofobia, acrónimo de la expresión inglesa *No movil phone phobia* (Rosales, 2012), acuñada a través de un estudio auspiciado por la oficina de correos británica y que identifica la adicción a esta tecnología.

Para Hobsbawm y Rodé el objetivo de esos movimientos rurales primarios no era revolucionario, pues no pretendían transformar la sociedad, sino que “su propósito inmediato era económico”; por lo tanto, caminaban alejados de la tendencia de los otros grupos obreros que buscaban proteger sus derechos civiles con la exigencia de “salarios más altos, de mejor empleo y/o de mejoras en el sistema de seguridad social (es decir, la Ley de Pobres)” (2009, p. 11). Sin embargo, hay que destacar la participación de los artesanos en dicho movimiento rural, ya que ellos “eran los más instruidos entre los trabajadores de las aldeas y los pueblos rurales; y cuando se formaron los grupos radicales y comenzaron a circular sus panfletos y publicaciones, fueron los artesanos y no los jornaleros los que se convirtieron en portavoces de las nuevas ideas” (Hobsbawm y Rodé, 2009, p. 337). Infortunadamente, el rechazo inicial a la tecnología, promovido por el ludismo, evitó el desarrollo artesanal y, sobre todo, agropecuario, provocando una mejora que se limitó a “la introducción de nuevas formas de utilización de suelos, de la repetición de las labranzas, de las rotaciones de cultivo para eliminar barbechos y mejorar la cría de ganados. En rigor, la revolución agrícola nada le debe a la ciencia y casi nada a los inventos mecánicos” (Bejarano, 1987, p. 116). Por fortuna, el rezago de las comunidades agrarias halló una oportunidad en la conjunción urbano/rural gracias al surgimiento de asociaciones productivas de mutua ayuda que inspiraron una tendencia universal que aun es soporte del desarrollo socioeconómico en el mundo. Entonces, fue la artesanía la que jalonó el desarrollo agropecuario debido al consumismo que se apoderó de las ciudades.

El modelo inglés llegó a los Estados Unidos y apareció en Colombia después de 1830, quizás por la estrecha relación que tenía con las dos naciones. Esa semilla halló tierra fértil entre los ilustrados liberales del país, quienes al regresar del exilio en Norteamérica comenzaron a multiplicar su experiencia y a racionalizar con preocupación los efectos de la económica política en las clases trabajadoras. La base teórica de todo ese proceso está en lo que Federico Engels denominó “socialismo utópico francés”, hijo de lo que él mismo llamó como “el reino de la

razón” y del posterior fracaso de la “sociedad de la razón”, que hablaba de esa ilusión que generó la revolución francesa y que terminó ahogada en su propia saliva (2011, pp. 13-14). Dicho socialismo tuvo como representantes al inglés Robert Owen y a los franceses Henri de Saint-Simón, Étienne Cabet y Charles Fourier, quienes propalaron la idea de equidad a través del concepto de comunidad, promoviendo entre la clase trabajadora una irrealidad dichosa mediante la creación de villas, como las granjas cooperativas de Owen o el Falansterio de Fourier, donde los trabajadores podían desarrollar su labor sin servidumbre, hallar sustento, vestido, educación y techo para ellos y sus familias, y crear redes de apoyo mutuo. Allí no les faltaba nada, pues la única moneda era el trabajo. Sin embargo, aquellos no eran más que laboratorios donde artesanos y agropecuarios terminaron convertidos en sujetos de estudio, mascotas exóticas jugando a ser libres, ya que afuera de esos muros seguían dependiendo de la tiranía aristocrática. Engels decía que había un abismo entre esas teorías y el ideal de la ilustración (2011, p. 14), pues eran inadecuadas ante la actitud agresiva del capitalismo y la industria y el inacabable manoseo de la clase dirigente. En ese tiempo la sociedad supo que el día en que el cielo se volvió de metal todo tuvo un precio, incluso, la felicidad.

Algo para destacar es el aporte del periodismo español a la expansión del socialismo, ya que “se convierte desde el primer momento en el elemento aglutinante de los grupos utópicos y en la forma más expedita, rápida y eficaz de propagar sus ideas” (Valls, 1988, p.215). Esos impresos nacieron luego de 1830 como mecanismos de propaganda ligados a la búsqueda de la revitalización política de los derechos sociales, ya que según Joseph Francesc Valls ellos “no pretenden destruir el orden burgués, pretenden armonizarlo” (1988, p. 217). Era una apuesta ambiciosa que usaba al periodismo, garante de la libertad, la verdad y la democracia, para legitimar los ideales socialistas. Uno de esos impresos fue *El Propagador de la libertad*, fundado en Barcelona en 1835 y dirigido a todos los que podían elegir y ser elegidos, entre los que incluía a las clases que la sociedad menospreciaba, como los agricultores y artesanos, con el fin de “familiarizar la gente del campo con los verdaderos principios de una sana política á fin de que aprenda á juzgar por si misma y no sea como hasta ahora el juguete de algun impostor interesado en engañar la gente incauta y sencilla” (*El Propagador de la libertad*, 1835, Cuaderno 1º, p. 2). De esta manera, el papel ilustrador del periodismo español superaba lo puramente económico o productivo para abrirle espacio al sujeto social y político, tratando de exorcizar al acumulador de riquezas y liberar al hombre con la potestad de compartirlas:

Para vosotros escribimos, pacíficos habitantes del Campo; ya es tiempo que la instrucción se difunda por las aldeas. Bastantes filósofos, publicistas y sabios tratan de propagar entre las clases instruidas de la sociedad la ciencia del gobierno y el cultivo de las artes. Bastantes escritores destinan su pluma á desarrollar el espíritu y formar las costumbres de la muchedumbre ignorante que vive en las ciudades: por esto nosotros deseamos procurar á la porción mas numerosa y mas útil al estado, á la raza descuidada hasta ahora que fecunda los campos la instrucción fácil, gradual y uniforme que le es necesaria (*El Propagador de la libertad*, 1835, Cuaderno 1º, p. 1).

De acuerdo con Valls también fueron importantes *El Grito de Carteya*, que nació en Argeciras, y *El Vapor*, fundado en Barcelona en 1833 (1988, p. 215); no obstante, aunque este último prometía en su prospecto contribuir a la instrucción de los trabajadores agropecuarios y los artesanos, mantenía un marcado perfil promonárquico que parecía blindarlo contra cualquier rótulo que lo ligara como parte del eje revolucionario (ca. 1833, p. 1). Aquellos periódicos pudieron haber llegado a Colombia mediante el cruce de información que existía con los españoles, pero no existen referencias que relacionen su presencia en el país; sin embargo, resulta particular que el movimiento socialista y sus impresos hayan germinado en Barcelona y que la familia de don Lorenzo, empezando por su padre, don José Manuel Lleras Alá, provenga de esa ciudad. Esto indica que debía existir contacto entre las dos partes. Entonces, ¿pudo haber alguna influencia de los periódicos catalanes en la creación de la Sociedad y el periódico de don Lorenzo? Lo cierto es que el socialismo y su utopía, junto al robustecido eco de la voz del proletariado europeo, compraron pasaje y se desparramaron por las calles bogotanas desde el 28 de junio de 1838, tras la inauguración de la Sociedad Democrático Republicana de Artesanos y Labradores Progresistas de la provincia de Bogotá.

De ahí el alborozo que percibió el pequeño Antonio Lozano aquel día, en contrastante con el silencio que acompañó al viejo Severino, su maestro de carpintería, tres meses después. Lo notó muy molesto, más de lo normal, tras regresar de la reunión semanal en la junta de los artesanos y labradores. Ya era bien entrada la noche del 1º de octubre de 1838 cuando llegaron a la casa. El hombre llevaba al niño agarrado por una oreja y le daba empellones con un papel periódico que luego lanzó con ira sobre una de las mesas de trabajo. Severino no sabía leer, pero lo que había allí parecía ser la verdadera causa de su molestia. Antonio intuyó lo que pasaba al ojear el papel a escondidas y a paso lento, muy lento, tal como se lo había enseñado su madre, a quien

extrañaba con lágrimas en los ojos. Ese día, como casi siempre le ocurría, la sintió detrás de él, mientras recordaba las tardes cuando le enseñaba a leer usando algunos viejos periódicos. Por eso, al igual que le sucedía a ella no aguantaba la curiosidad y tenía que leer.

Antonio no comprendía del todo lo que se ventilaba en esas hojas y su inocencia le impedía vislumbrar que los peligros de la ciudad son mucho más graves que los que rondan los bosques, simplemente porque en la urbe lo más salvaje es el hombre, cuya condición a veces es indescifrable; por ende, el niño no sabía que podía ser víctima de una antropofagia social promovida por el conflicto que encierra la libertad cuando tiene que sopesar derechos contra deberes y por una democracia imperfecta que alberga al mismo tiempo la alegría y la tristeza, la euforia y el desencanto, el triunfo y la derrota. Antonio tampoco sabía que el enojo de su maestro venía fermentándose desde mucho tiempo atrás y que era el reflejo de un malestar conjunto que se percibía desde el 27 de marzo de 1825 cuando los artesanos denunciaron en *El Noticizote* la entrada de productos extranjeros a precios muy bajos, en comparación con los nacionales:

Esperamos que nuestros representantes hagan dos cosas: o que den unas leyes que pongan crecidísimos derechos a estos renglones de comercio para que las fábricas de lienzos, frisas y mantas que nos permiten nuestros antiguos amos no se arruinen; para que los infelices sastres, latoneros, carpinteros y herreros no abandonen sus talleres. O que si juzgan que nuestros habitantes no deben ser manufactureros y comerciantes, sino agricultores y mineros, le faciliten por las leyes las tierras, semillas e instrumentos con qué sacarle fruto a la de nuestros padres (Citado en Gaviria, 2009, p. 81).

Bien lo escribió el artesano José María Garnica: “Infeliz patria, hasta cuándo / cesará nuestro desvelo / ¡vuestros hijos por el suelo / y los amigos mamando!” (Citado en Ibáñez, 1999, p. 13). El abogado e historiador Enrique Gaviria Liévano dice que esa situación se complicó aun más en 1832 cuando la Constitución Nacional “preceptuó que no podrían establecerse gremios y corporaciones de profesionales, artes u oficios que obstruyan la libertad del ingenio, de la enseñanza y de la industria. Los artesanos se convirtieron en trabajadores independientes, pero sin ninguna protección del estado” (2002, p. 60). Por esa razón, lo que se vivía en otros países con la movilización obrera, aunado al nefasto imaginario que existía sobre ella en el país desde los días de la colonia, prolongaba el recelo hacia ellos, en especial porque ese instante estaba

marcado por la recomposición sociopolítica del país tras la muerte del Libertador, la disolución de la Gran Colombia y el ascenso al poder del radicalismo liberal del general Francisco de Paula Santander.

Quizás, por pensar en la clase obrera los progresistas santanderistas perdieron las elecciones presidenciales de 1837 ante los ministeriales de don José Ignacio de Márquez, el llamado presidente de la casaca negra. Sin embargo, la estrategia para volver a gobernar no fue desechar a esa gente sino empoderarlos socialmente; por ende, Santander y su séquito se ganaban tanto a los trabajadores del campo como a los artesanos reclamando protección “de algunos productos agrícolas y de las nacientes manufacturas que proveen al consumo de las provincias internas”, medida que, según decía, debía “adoptarse, aunque no fuera con otro motivo que para ilustrarnos con la propia experiencia” (Citado en Gaviria, 2002, p. 88). Era un laboratorio proselitista que en el caso del agro privilegiaba a los tabacaleros y en menor medida a los productores de algodón, cacao, azúcar, añil y café, pero sin reflexionar en el problema agrario de fondo, dejando por fuera a gente como los papicultores, víctimas de la gota que dañaba los cultivos (Patiño, 2002, p. 148). Si a ellos les iba bien o mal a nadie parecía importarles.

A parte de eso, la economía neogranadina seguía estancada y era más lo importado que lo exportado, pese a que en ese segundo lustro de 1830 los negocios con Inglaterra y Estados Unidos se mantenían estables, aun por encima de las trabas de la ley aduanera de 1833, y, además, se había recuperado el comercio con España, gracias a la orden real del 25 de junio de 1838. Al que le iba un poco mejor era al gremio minero, pues la producción de 1836 promedió los 2,5 millones de pesos, jalonado por la explotación aurífera que tenía el 74 por ciento del total y ocupaba el primer renglón exportador del país, mientras que el agro sumaba 2,2 millones de pesos, ocupando el segundo puesto, seguido de la industria artesanal que exportaba apenas el cinco por ciento de la producción nacional (Escobar, 1990, pp. 65 - 70). Estos valores prueban que Colombia desde siempre ha sido una nación agropecuaria por vocación, que se ha esforzado por mostrarse industrial, pero que en realidad nunca ha dejado de ser una economía minera.

El historiador Gustavo Arboleda afirma que en esa época la agricultura crecía y que los barcos extranjeros traían oro para comprar productos nacionales; por ende, “la situación era halagüeña, debido a la paz, que había permitido el desarrollo de muchas fuentes de riqueza” (1933, p. 275). No obstante, las cifras de 1836 ratifican el lamento del artesanado, pues sólo desde la Gran Bretaña, que era el principal socio comercial del país, se importaron 1'120.900

pesos; de ese valor el 93 por ciento correspondía al reglón de los textiles, encabezados por materias primas como algodón, lino, cáñamo, lana y seda (Escobar, 1990, p. 71). Dichos números equivalían a poco más del 50 por ciento de las exportaciones agropecuarias y superaban de lejos las de los artesanos en conjunto. Además, era un problema que también incluía a la agricultura, ya que dependía de ella.

De ahí la angustia de los artesanos, que aquel año se vieron obligados a redoblar sus preces y a presentar un memorial ante la Cámara de Representantes implorando a los santos pontífices de la democracia protección para el producto nacional; sin embargo, eso de nada servía, pues la atención política se centraba en hechos como la vigilia permanente que hicieron los cachacos para evitar que un jacobino de la revolución parisina de 1793, llamado Juan Francisco Arganil, se llevara la custodia del monasterio de la Enseñanza, con sus más de mil quinientas piedras preciosas, como parte de pago por una deuda que le tenía el gobierno desde los tiempos de Bolívar (Arboleda, 1933, p. 274). Por lo tanto, la situación no era para nada halagüeña. Y tampoco lo es ahora. Por ejemplo, en el segundo trimestre del 2012 la producción de textiles descendió 8,8 por ciento y la manufacturera, 0,9 por ciento; según se dijo, esto se debía “a la penetración de las telas asiáticas y a la revaluación” (*El Tiempo*, 2012, 21 de septiembre, p. 2). Es decir que en la era de los tratados de libre comercio todavía se mastica la vieja duda: ¿nacional o importado? La historia es una rueda que siempre da un poco más de lo mismo; por ende, las personas se ven condenadas a usar siempre los mismos zapatos que antes le ampollaron los pies a otras. Esta realidad hace parte de lo que se podría denominar como efecto solilunar, que identifica la alternancia de esos astros con lo que sucede en muchos fenómenos sociales, culturales, económicos o políticos, que se van y luego regresan, una y otra vez, y con su círculo incansable y etéreo crean una frontera que encierra la mirada sin importar los ojos o las generaciones que queden atrapadas bajo un hechizo tan avasallante y cotidiano que pasa desapercibido y termina por no dejar memoria.

Por eso, en aquella época también había políticos que hacían promesas para luego incumplirlas. En esos días, los artesanos se ilusionaron con el anuncio de la honorable Cámara de Representantes que en aras de la libertad de industria ofreció proteger el producto nacional a través de una ley que acogiera las necesidades del artesanado, entre las que estaba el poder agremiarse como lo hacían en el pasado; asimismo, pensaron que don José Ignacio de Márquez, tras ser elegido presidente en 1837, iba a crear una reglamentación favorable para el sector,

puesto que en la Convención de octubre de 1832 había señalado que el producto extranjero era el artífice de la cuasi desaparición de la industria fabril y, por lo tanto, de la endeble producción agropecuaria, ya que el campo era proveedor por excelencia de materias primas:

Preciso es que se pongan trabas al comercio extranjero, prohibiendo absolutamente la introducción de varios géneros, frutos y efectos que se producen en nuestro país, y de todo cuanto puedan proporcionarnos nuestras nacientes artes, y recargando de derechos a los que no siendo de necesidad sirven solo para extender el lujo y crear necesidades ficticias. Sería para esto muy benéfico el restablecimiento de la ley de consignaciones y que los extranjeros no pudiesen vender por menor (Citado en Arboleda, 1933, p. 134).

Él creía necesario imponer límites a las importaciones, pero también era selectivo y tenía claro que había algunas excepciones a tener en cuenta:

Hay otras que no son de nuestra necesidad, que no tenemos todavía en nuestro país, y de que no sería prudente privar a los individuos que se hallan en medios de adquirirlos: a éstos debe recargarse de derechos, mas la prohibición y restricción debe ser siempre temporal, y debe cesar luego que el país sea tan productivo que pueda abrir libremente el mercado a todas las naciones. Hay otros factores que son de primera necesidad y que no puede proporcionarlos nuestra industria, y a éstos deben imponerse derechos moderados (Citado en Gaviria, 2002, p. 89).

Al principio, el gobierno Márquez parecía marchar tan bien que, incluso, convidó a sus rivales a hacer parte de su administración. No obstante, la dramaturgia de la política neogranadina exigía una actitud firme por parte de los santanderistas, sobre todo luego de que don Florentino González y don Lorenzo María Lleras, tras aceptar la invitación, fueron destituidos al poco tiempo de integrarse al gabinete. Eso levanto ampollas entre los liberales progresistas y ocasionó la inquina del general Santander, quien en compañía de aquellos fundó un periódico denominado *La Bandera Nacional*, el cual, según Santos Molano, hizo parte de “una época de extraordinario auge y vigor del periodismo bogotano, en la que tanto gobiernistas como opositores hicieron gala de un uso impecable del idioma y de la ironía y de un notable ejercicio de la tarea periodística” (2006, p. 34). El objetivo era hacer oposición al gobierno; sin embargo, el impreso no pudo hacer tambalear al presidente Márquez, pese a las setenta y cinco publicaciones que circularon desde el

22 de octubre de 1837 al 17 de marzo de 1839. Además, don Lorenzo, quien fue su director, tuvo que capotear las acusaciones hechas al periódico de “sembrar la cizaña en la sociedad fingiendo una odiosa diferencia de nobles y plebeyos; esto al mismo tiempo que de otros modos se ponía en la costa unos contra otros a los blancos y a los pardos y se daba pábulo a todo linaje de pretensiones o rivalidades locales a fin de resucitar el federalismo” (Cuervo y Cuervo, 1892g). Fue en esa época cuando también surgió *El Argos*, periódico oficialista que tenía como fin contrarrestar los ataques de los santanderistas, con lo cual el periodismo entró en el juego que clasificó a la sociedad en una suma de colores, pasando de ser un arma letal a convertirse en bandera, en símbolo.

Los investigadores Marco Palacio y Frank Safford afirman que era tal la similitud entre el gobierno de Santander y el de Márquez que a los santanderistas les fue imposible hacer un ejercicio crítico desde su periódico (2002, p. 298). Por eso, tuvieron que cambiar de estrategia en medio de la marcha y en lugar de atacar al rival para quitarle apoyo social pensaron que lo mejor era ganar adeptos publicitándose a sí mismos como la solución para los problemas de los colombianos y luego, al igual que las flores, iban a dejar que el viento propagara sus semillas e ideales, voz a voz, creando redes que ampliaran la favorabilidad de las comunidades hacia sus postulados para regresar desde allí al poder. Entonces, salieron a buscar el voto de la gente maleable, en un país que en 1838 contaba con cerca de dos millones de habitantes; es decir, se pusieron del lado de la gente del común, los pobres y despreciados, que eran mayormente analfabetas, para moldearlos e integrarlos a su plan. En ese instante, los liberales progresistas supieron lo que era una mano áspera y oyeron otras voces y otros dialectos. ¡Pardiez!, había otro país camuflado entre las sombras de las calles y los labrantíos, y era lo suficientemente grande como para conquistar y derrotar a la eterna élite minoritaria. De ahí surgió la idea de aglutinar a esa sociedad a través de una labor pedagógica, que no era más que una excusa para adoctrinar a los artesanos y a los trabajadores agropecuarios en la causa liberal; para tal fin, y de acuerdo con don Lorenzo, decidieron crear una asociación que siguiera la corriente social europea y estadounidense (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre, p. 1). Y es que esa Colombia, como la de ahora, como la de siempre, era por esencia imitativa, camaleónica, perezosa para innovar; temerosa de ser el punto de partida de algo, de cambiar el mundo. El complejo colonial hizo que el país se dedicara a observar y copiar, modelando su realidad como si fuera un pastiche

sin identidad; por fortuna, si había algo que merecía ser imitado era el modelo asociativo, al cual don Salvador Camacho Roldán calificaba como socialmente valioso pero políticamente nocivo:

El peligro en ellas consiste en la ignorancia de los que las componen, que por esta causa pueden ser fácilmente extraviados a sentimientos coléricos y antisociales, pues es sabido que la cólera y la desconfianza o la suspicacia son las tendencias generales de los espíritus incultos, así como el dominio sobre las pasiones la primera muestra de lo que se llama civilización. El otro peligro viene de la existencia de un estado social de carencia de facilidades para vivir del trabajo y proveer a las necesidades imprescindibles del hombre. Así, en un pueblo en donde imperan los monopolios, en el que una legislación viciosa crea obstáculos para el ejercicio de las facultades humanas, como por ejemplo, los altos derechos de aduana que restringen el comercio exterior, los peajes excesivos en los caminos públicos, que son obstáculos para el cambio en el interior; el abandono de los caminos necesarios para facilitar este cambio; la mala distribución de la propiedad territorial; la falta de seguridad para los bienes de fortuna; en una palabra, todo lo que tiende a despertar el descontento y a agriar los caracteres, es causa de que en las reuniones numerosas fermenten esos gérmenes y conduzcan a explosiones más o menos serias. En los tiempos de pérdida de las cosechas, de encarecimiento y escasez de los víveres, esas reuniones se producen espontáneamente y dan frutos de actos de locura popular (2012b).

Se cree que la asociación que estableció don Lorenzo también era una respuesta a la Sociedad Católica, creada en 1836 por don Ignacio Morales con ayuda de los ministeriales conservadores, el presidente Márquez y la Iglesia, en cabeza de monseñor Cayetano Baluffi, primer representante del vaticano en el país, para “promover un programa ultrareligioso y elegir candidatos proclericales” (Palacios y Safford, 2002, p. 300). Sin embargo, el gobierno lo desmentía afirmando que no los apoyaba y que todo era un invento de los santanderistas buscando el fantasma del Libertador para desacreditar al presidente, tal como lo expresaba *El Argos*: “Desgraciados de los altos mandatarios, si alguna vez, desconfiando de la prepotencia de la gran masa liberal que sostiene las instituciones patrias, buscasen apoyo para su autoridad en las preocupaciones vulgares i en las rancias doctrinas” (1838, 23 de septiembre, p. 175). La Sociedad Católica era una catequesis con fines políticos cuyo mensaje dio pronto resultados con el triunfo de sus candidatos en las elecciones legislativas de 1838. En conclusión, sí tenían apoyo.

Fue, entonces, cuando entró al baile la Sociedad Democrático - Republicana de Labradores y Artesanos Progresistas de la provincia de Bogotá. Por supuesto, *El Argos* del 23 de septiembre de 1838 les dio la bienvenida con una bofetada al mejor estilo de la época: “Quisieran que se les anatemizara i persiguiera, i en lugar de combatir con razones, emplean el sofisma de las sospechas, i mas bien que ilustrar á sus adversarios, los insultan y escarnecen” (p. 175). También calificaba a las dos asociaciones de pendencieras, fanáticas y excluyentes, cuya intolerancia era descrita como un monstruo que “donde quiera que levanta su deforme cabeza, la tierra se empapa en sangre humana, la naturaleza se deprava, i el crimen se disfraza con todos los atavios de la virtud” (p. 174). No obstante, y pese al riesgo que suponía una congregación cargada de necesidades y odios, *El Argos* alababa que ambas tuvieran respaldo social: “De no haberlas creído sin la influencia, el poder i el prestigio necesario para obrar sobre la opinion, dias hace que estaríamos combatiéndolas” (p. 175). Además, esos grupos tenían la bendición constitucional para reunirse y hacer política; por lo tanto, la asociación de don Lorenzo era legal, ya que a diferencia de los masones su actividad no resultaba subrepticia. Así, mientras aquella Colombia se autodescubría, la democracia se divertía interpretando el juego de las libertades donde todo parecía válido.

## 2

El viejo Severino nunca pudo leer *El Labrador i Artesano*, pero en su cabeza, eternamente decorada con astillas de madera, aun resonaba la voz de don Lorenzo mientras leía la editorial de aquel periódico durante la reunión de la asociación: “Se advierte que aquella afiliacion, que no favorece la opinion del gobierno, será una prueba de que el afiliado no está con el gobierno, i que segun las ideas reinantes, debe considerarse excluido de todos los goces políticos de que la administracion dispone” (1838, 30 de septiembre c, p. 12). En otras palabras, quien estuviera en la Sociedad Democrático - Republicana de Labradores y Artesanos Progresistas era enemigo del gobierno. Eso le impedía a Severino conciliar el sueño; era como si durmiera entre un enjambre de pulgas. Se sentía defraudado, despreciado y hasta perseguido injustamente, y le fluían palabras que no se atrevía a decir en público: “¡Beyacosh! Eshte deshaire no she veía ni en cuando losh virreyesh... ¡Beyacosh!, nosh tratan como la mera malesha de losh camposh”. A pocos metros, Antonio mascullaba un par de líneas que lo rondaban luego de ojear el periódico y que, sin saberlo, explicaban porqué los progresistas se creían atacados desde *El Argos*: “La Sociedad no se ha propuesto sinó procurar la instruccion entre las clases antes llamadas inferiores, i el sostenimiento de la democrácia” (1838, 30 de septiembre c, p. 12). El niño, echado sobre una estera en un rincón de un estrecho habitáculo, abrigado por sus propios olores y una ruana vieja, se durmió creyendo que su maestro estaba enojado porque había descubierto que ese periódico no servía para nada.

Antonio volvió a saber del tema unos días después. Andaba hecho un arrapiezo por la plaza central, ante la mirada de la catedral y el manto del aire sabatino, que esa mañana lucía despercudido por efecto de las lágrimas de la noche. Era 1838 y ese verso frío con cielo de lana llamado Bogotá aun hacía parte de lo que don Rufino Cuervo llamaba “el cuartel general de todos los descontentos” (*Constitucional de Cundinamarca*, 1835, 15 de febrero, p. 27). También era el “centro político-administrativo y lugar de operaciones comerciales y de distribución a otras regiones del país de las mercancías importadas y de la artesanía nacional” (Escobar, 1990, p. 53). Por ende, la veían como símbolo de oportunidad, de la misma manera que aquella plaza de mil batallas se mostraba como el lomo del voluminoso compendio de las mejores y peores páginas de la historia colombiana. El cuadrado de la plaza, alabeado al igual que una hoja que se empieza a secar, se consagraba como emblema de igualdad y eterno epicentro de las minorías que allí

parecían multiplicarse y convertirse en una mayoría acogedora donde cabían todos los habitantes del país, tal como lo escribió Gosselman: “Entre los personajes que deambulan puede verse el criollo rubicundo, el oscuro mestizo, el indígena amarillento, el mulato oscuro y el negro” (1999, p. 93). Ahí llegaban desde tiempos virreinales los hijos de san Isidro Labrador; los de san Paulino y san Cícero, que son los carpinteros; los de san Homobono, que reúne a los sastres; los talabarteros de san Bartolomé; los de santa Apolonia, que son los herreros; los de san Crispín y san Crispiniano, todos ellos zapateros, y los de tantos otros quienes intercalaban palabras de campo y urbe para crear un diálogo único donde los procesos culturales y el saber ancestral se transformaban en una excusa para comerciar, y el vocingleo de las cosas y los frutos de la tierra parecía hecho para despertar la modorra de los días, de las calles huidizas y las casas mustias.

Antonio disfrutaba pasear por allí, quizás buscando la memoria de su pasado, devorado a mordiscos por la niebla capitalina. Le gustaba jugar con las gallinas y los gallos hasta que ellos mismos o sus dueños, todos con el cuello erizado y las caras coloradas, lo sacaban corriendo; a veces lo tentaba estirar la mano para acariciar el abrigo crespo de las ovejas o colarse debajo de las tiras de longaniza para llenarse con el aroma a carne y especias o salivar detrás del perfume de las frutas frescas y coloridas. Era un lugar en el que los productores se ubicaban en triángulos en las cuatro esquinas de la plaza alrededor de la fuente que ocupaba el espacio que hogaño pisa el monumento al Libertador:

En el primero de ellos se ve a los carniceros y sus negocios de carne, grasa, manteca y longanizas. Otro está destinado a la gente del campo y sus productos: arroz, maíz, trigo, cebada, yuca, papas, plátanos, repollos, limones, zanahorias, piñas, etc. En éstos también se ven lindas flores, entre las que se pueden distinguir rosas y claveles. El tercer espacio está dedicado a la venta de pavos, gallinas, palomas y pájaros de gran colorido. En el cuarto se venden productos manufacturados, distinguiéndose la ropa gruesa de lana y algodón, muy similar a nuestras telas destinadas a la confección de vestidos para las clases más bajas. Aquí es posible encontrar para la venta caballos, mulas y diversos animales que serán sacrificados para el consumo (Gosselman, 1999, pp. 93 -94).

Las ventas diarias en la plaza sumaban diez mil piastras o monedas de plata, que no eran poco, y demostraban el inmenso aporte capitalino a la economía neogranadina de 1838. Ese antecedente ratifica su presente, pues las cifras del Dane dicen que Bogotá es la principal economía regional de Colombia con el 24,4 por ciento del PIB nacional, seguida por Antioquia

con el 13 por ciento; y aunque hoy día el gremio manufacturero pesa poco en la estadística de la ciudad, posee la mayor participación dentro del sector en el país, con el 19,1 por ciento, por encima de la manufactura santanderana que tiene el 17,1 por ciento (2014, 20 de febrero, p. 3). Además, ese músculo comercial ha servido para convocar a través de la historia la llegada de millones de personas a la ciudad, como en el caso de Antonio, quien entendió que al lado del viejo Severino tenía una oportunidad para vivir, pese a sufrir de una horrible timidez. No obstante, el silente niño era un experto en el arte de parar oreja y a veces se quedaba boquiabierto aguzando el oído y moviendo la cabeza como lo hacen los perros; así lo hizo aquel sábado en la plaza cuando terminó espiando la conversación en voz baja de un par de hombres. Por su ropa notó que uno era artesano y el otro, por su piel, agricultor. Ellos no demoraron en recriminar su actitud.

- ¿Qué quiere bushtë?, le dijo el labriego. “¡Shiguro esh á robar!”, agregó, mientras manoteaba sacudiendo el arrechín de su ruana y zapateando como si espantara ganado.

- ¡Ande dacá babieka!... andee, que al deskwiu el mwi twno kargja con lo queaya á la má, dijo el otro y concluyó: Un no se puede hase fianza destes kríos pidienteros.

Antes de alejarse, el niño alcanzó a ver al artesano mostrando al agricultor y a otros dos el periódico que días atrás había desatado la ira de su maestro. “¿Queé garlarán?”, se preguntaba. Y la duda lo orbitó de tal manera que la noche del lunes siguiente tuvo que saciar la curiosidad siguiendo el paso lento del cuerpo pilongo de Severino, desde las Nieves hacia el sur hasta la casona de don Lorenzo María Lleras, para asistir a la reunión semanal de la asociación de los labradores y artesanos. La casa tenía un portero que evitaba el ingreso a los extraños, pero aun así el niño podía percibir desde la calle el vocinglearo y las risotadas de aquel club para pobres que, según don Lorenzo, llegó a tener más de ochocientos afiliados; él decía, orgulloso, que en ese inusitado movimiento veía “en práctica completa” todos sus ideales (Citado en Gaviria, 2002, p. 105). Por eso, tuvo que trasladar la sede a un antiguo convento jesuita, en lo que actualmente es el Museo Colonial, en la carrera sexta entre calles novena y décima, para poder congregarse a tanta gente, sus sueños y oraciones en pos de una mejor vida, con la promesa de darles educación básica e instrucción en temas artesanales y agropecuarios; era como si el liberalismo se hubiera vuelto la nueva religión de los más necesitados. De acuerdo con don

Carlos Cuervo Márquez, lo que ellos ignoraban era que estaban siendo seducidos para formar parte de un ejército político: “Los directores de la Sociedad no se detenían, por medio de discursos y conferencias, en poner al pueblo en pugna con las clases acomodadas, excitando contra lo que llaman aristocracia y nobleza, las pasiones, hasta entonces adormecidas, de las clases populares” (Citado en Gaviria, 2002, p. 101). Para ello, los liberales planearon el uso del periodismo con el fin de hacer pedagogía política y control social, pues tener a esos grupos de su lado era mejor que tenerlos en su contra.

La sociedad fue fundada el 28 de junio de 1838. Y aunque se afirma que fue creada en compañía con don Florentino González, él lo desmiente en una carta del 21 de julio de ese año, dirigida a los secretarios de la asociación, en la que agradecía la invitación de ingreso, recibida ocho días antes; eso indica que él no pudo haber sido cofundador. Además, aceptaba ser miembro porque creía necesario involucrar a los ciudadanos en el manejo de los asuntos públicos: “La indiferencia i apatía comprometen la seguridad i libertad individual, porque desaparece el temor que pudiera contener á los gobernantes, i se da lugar á que sean elejidos hombres enemigos de las garantías sociales” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 30 de septiembre b, p. 11). No obstante, don Florentino terminó excusándose de intervenir de forma inmediata porque debía ausentarse del país por cerca de medio año; por ende, su participación como asociado fue mínima, casi nula.

Por su parte, don Lorenzo, quien hablaba de la asociación con propiedad y apropiación, mostraba ganas, fuerza e ímpetu, cualidades que lo hicieron meritorio de la confianza del general Francisco de Paula Santander; el expresidente Alberto Lleras Camargo dice que el general “se servía de él, lo honraba con comisiones y nombramientos, y lo mostraba como agente confidencial, principalmente en la dirección de los papeles públicos, donde se transparentaba el recóndito pensamiento del jefe de Estado” (1973, 13 de marzo, p. 4-A). Por eso, él era el más adecuado para socializar y validar la idea de lo que llamaban la “nivelación social”; es decir, la igualdad como principio de la “revolucion democrática” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre, p. 1). De ahí que en su criterio aquella congregación, “lejos de ser un club revolucionario, es una asociacion que se propone contribuir con su contingente de esfuerzos á la grandiosa empresa de difundir la instruccion” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre, p. 2). De hecho, escribió que en la educación germinaba la paz en cuyas ramas se podía cosechar el bienestar social:

La instrucción eleva á los hombres, les hace conocer su dignidad, i la necesidad de atraerse la estimación i consideraciones de los otros por medio de la urbanidad, la moderación, el amor al orden, i la práctica de todas las virtudes sociales. Por medio de la instrucción los hombres se acercan, se tratan, se estiman, reconocen su mútua dependencia, i se confunden é identifican sus intereses. La instrucción popular, en los negocios sociales, eleva á las clases inferiores al nivel de superiores sin rebajar á estas, i en una palabra, hace homogéneo al pueblo (*El Labrador i Artesano*, 1830, 30 de diciembre, p. 60).

La primera vez que se reunió la asociación sólo había un reducido grupo de personas para firmar el acta de creación; tres meses después, ya superaban los doscientos integrantes (*El Labrador i Artesano*, 1838, 7 de octubre, p. 13). Aquella vez los asociados nombraron a don Isidro José Orjuela presidente de la Sociedad y a don Eugenio Salas, vicepresidente; don Lorenzo asumió como secretario y don Juan Nepomuceno Vargas como su segundo. También acordaron reunirse tres horas todos los lunes, desde las seis y treinta de la tarde, y dejaron explícito que las funciones administrativas se iban a rotar cada seis meses y que todos podían hacer parte de ellas; además, dividieron la asociación en cuatro grupos: había miembros natos, honorarios, corresponsales e instructores, y sólo se requería ser demócrata y tener una profesión, sin importar cuál, para ser admitido. Los natos, que eran la mayoría, debían cumplir un requisito extra: “Haber ejercido, ú ejercer actualmente algún oficio, ú profesion mecánica, incluso las tres artes liberales, ó estar consagrado á la agricultura de cualquiera manera que sea” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre b, p. 3). Y es que los santanderistas querían darles a estas personas una nueva perspectiva sociopolítica: “Es menester que á los labradores i artesanos les hagamos sentir, con los ejemplos de nuestra propia historia, que entre tanto no participen ellos del interés público, siempre tendremos una sociedad leonina, en la cual ciertas personas lo serán i tendrán todo, i la gran masa no será mas que el inocente rebaño que se esquilma en beneficio de los pocos” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 30 de septiembre, p. 10); por este motivo, buscaban “difundir entre sus miembros, i entre los artesanos i labradores en general, los conocimientos útiles de todo género, i especialmente los políticos i morales, á fin de que puedan desempeñar i cumplir con inteligencia y celo los derechos i deberes de los ciudadanos de esta República” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre b, p. 3). Parte de la tarea recaía en el uso de los principales periódicos del país con el fin de debatir durante las reuniones la situación

neogranadina y, de paso, calificar a sus rivales para de dejar en claro quiénes eran los buenos y quiénes, los malos. Eso, sin lugar a dudas, demuestra que el interés de la asociación era exclusivamente político, lejos del mesianismo que se autoproclamaban.

Por lo tanto, cumpliendo los estatutos fundacionales, también crearon su propio periódico. Recibió el nombre de *El Labrador i Artesano* y su redacción estaba a cargo de dos personas que se elegían por voto para un periodo que no podía superar los tres meses. Este proceso era clave, ya que esas personas debían “uniformar la opinión de las clases” y defender los derechos adquiridos por el pueblo así como el modelo político, social y económico determinado por la Constitución de 1832: “Se censurarán decentemente los abusos, arbitrariedades ó infracciones que se cometan, así de la constitucion como de las leyes vigentes: se inculcará constantemente el amor á la patria é igualdad que reconoce la constitucion: se defenderán los verdaderos intereses de las clases trabajadoras; i se dará, en fin, publicidad á cuanto tienda al progreso intelectual, político, moral i material de los pueblos” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 16 de septiembre b, p. 3). Sin embargo, como el funcionamiento del grupo dependía básicamente de las donaciones de sus asociados y del recaudo que se hacía cada lunes, con el aporte de un real por persona, el periódico no contaba con un sustento fijo y, por lo mismo, debían hacerlo autosostenible a partir de lo que se pudiera recoger mediante las suscripciones y con la venta general y al detal, ya que para los asociados el impreso era gratuito. Por esta razón, la asociación apenas pudo publicar el primer número de su periódico el domingo 16 de septiembre de 1838.

La noche que Antonio siguió a su maestro ya habían circulado tres números. Eran las siete y el niño, acurrucado y escondido entre los pliegues de la oscuridad capitalina, tiritaba de frío, pese a la ruana negra que llevaba encima. Él cavilaba sobre lo que ocurría adentro de la casa de don Lorenzo, pues le había escuchado decir a su maestro que a la reunión llegaban personas que sabían de muchas cosas y, por lo tanto, pensaba que podría intentar entrar para buscar alguno que le explicara lo que le había ocurrido a su madre, la infatigable Sagrario Lozano. Pero nada se le ocurría. En esas, cabeceó una, dos, tres veces, hasta que sintió un suave golpecito a un costado. Despertó. Era Severino, quien de un jalón lo obligó a levantarse y en medio de la reprimenda su pequeña oreja volvió a pagar las consecuencias. Era la segunda ocasión que lo pillaba y no sería la última, pues ocho días después regresó, aunque esa vez llegó armado con una nueva idea: aplicarse babitas en los ojos de vez en cuando para no dormirse y así lo hizo a la siguiente semana y en muchas otras después, esperando que el portero cerrara la puerta pasadas las siete

para él ir e incrustarse contra la pared debajo del balcón de la sala del segundo piso donde se reunían los miembros de la Sociedad. En aquel lugar tenía que aguantar la lluvia neblinosa de fin de año, que por fortuna espantaba el aroma acre de esa boñiga de caballo que trazaba y dividía las calles; lluvia que servía, además, para mover el lodo oloroso a orines que se acumulaba alrededor de los pies. Allí, el niño esquivaba los ojos de algunos que pasaban escrutándolo con el mismo asco con que se percibía a una rata o con la lástima con que se miraba al huérfano o el enfado con el que se juzgaba al vagabundo. Pero él no se inmutaba y sólo se concentraba en aguzar el oído para no perder detalle de la reunión, aunque no comprendiera nada de ese cacareo altisonante que el poeta Eduardo Escobar definió como el “poder de la arrogancia palabrera de alguna filosofía bastarda, azul o roja” (*El Tiempo*, 2012, 2 de octubre, p. 17). Por lo mismo, el niño se dedicaba a jugar al sabio y a repetir como loro los trozos de voz que taladraban las paredes y caían a su lado. Ciertamente, algo le quedaba; quizás, no tanto como a los asociados, quienes recibían el discurso de alguno de los miembros de las cuatro comisiones de instrucción en que se dividió la labor pedagógica de la asociación: La primera era la de *Constitución y leyes*, luego estaba la de *Moral y religión*, la tercera se denominaba *De matemáticas*, la cuarta trataba temas *De agricultura, artes y oficios* y la quinta se encargaba *De fisiología, higiene privada y pública, y exposición de los principios prácticos en que deberían instruirse los socios para la mejor educación y crianza de sus hijos*. Todas ellas estaban integradas por cuatro miembros, con excepción de la segunda que tenía uno más. En la de agricultura estaban el general José María Mantilla, el teniente coronel Rafael Mendoza, don Miguel Saturnino Uribe y don José Duque Gómez, quien también había sido redactor del *Constitucional de Cundinamarca*.

Bajo aquel sereno, Antonio aprendió muchas frases. Una semana resultó diciendo que era “mas terrible la tiranía de muchos irresponsables, que la de uno solo responsable” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 7 de octubre, p. 16). Estas palabras hacían parte de las críticas de los asociados al trabajo del Congreso de la República y que hoy día todavía resuenan con un abucheo soez como si esa institución cargara desde siempre la letra escarlata de la impureza. Ellos acusaban a la división de partidos de ser causa de los problemas del país, ya que creían que se dedicaban a gobernar para los intereses de sus electores sin pensar en las necesidades de la población como unidad, siendo la primera denuncia sobre la existencia de una democracia imperfecta. Otro día, haciendo alarde de su memoria, el niño escribió en un pedazo de tabla una expresión de don Francisco Soto: “En nuestras aldeas i nuestros campos resulta de que la pereza, la infidelidad i la

codicia se han aliado, á veces con el sacrosanto pretesto de la religión, para no trabajar, para no cumplir los mas solemnes pactos, i para quedarse con lo ageno” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 30 de septiembre, p. 10). Una madrugada su maestro lo encontró llorando, con la mirada descolgada, pues había escuchado que los seres humanos necesitaban de su madre para llegar a ser buenos, porque ellas con su cariño forjan la “inclinacion del hombre á vivir en sociedad” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 28 de octubre, p. 26). Pero él no tenía mamá y eso lo angustiaba, ya que creía que la gente lo iba a rechazar por ser un infeliz huérfano. Sin embargo, los santanderistas no pretendían eso; ellos lo que querían era exaltar por primera vez el papel de la mujer como constructora del tejido social. Un tiempo después, Severino se sorprendió al escuchar a Antonio diciéndole a otro niño que “todo gobierno es un mal, i de que su único i exclusivo objeto es la felicidad de los que componen la nación” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 28 de octubre, p. 27). El viejo no tuvo más remedio que explicarle lo que significaba esa expresión, pues era una obligación de los asociados replicar los postulados liberales entre sus hijos, familiares, aprendices y conocidos, con lo cual amamantaban ideológicamente a la generación obrera que fue protagonista de la revolución sociopolítica que sacudió al país una década después.

No obstante, la noche que más disfrutó Antonio fue en la que oyó hablar sobre el cultivo de la linaza y el cáñamo. Era lo suyo. Y no sólo alegró la vida del niño sino también la del periodismo agropecuario, que volvió a despertar tras algunos años de silencio gracias al periódico de la asociación, llamado *El Labrador i Artesano*. Cabe anotar que si bien ese nombre prometía una información específica, no era más que una excusa, un chivo expiatorio que gritaba, maniatado, que todo fue a sus espaldas, como cualquier político marrullero, pues el juego de las ilusiones empezaba y para ganar había que apelar a todo; entonces, con la agroinformación se ampliaba el margen de los invitados al proyecto santanderista y mediante el título se invocaba la atención de los trabajadores del campo y los artesanos para que degustaran un conocimiento que ante todo era un evangelio político. El resto del contenido apenas ayudaba a sustentar la existencia del grupo.

El periódico siempre iniciaba con la sección *Sociedad*, en la que registraban las cartas que recibía o contestaba la asociación y que copaba casi el cincuenta por ciento de la publicación. A continuación, ponían la *Editorial* y luego cerraban con una franja de *Avisos*, que poco aparecía, y la de *Variedades*, donde ubicaron al periodismo agropecuario junto con la información científica,

como aquella que describía la receta para dar al cobre el semblante de la plata (*El Labrador i Artesano*, 1838, 14 de octubre, p. 20). *El Labrador i Artesano* circulaba semanalmente y para llegar a sus lectores apelaba a un formato de octavo de pliego, cuatro páginas, dos columnas, textos en letra menuda, pero legible, y títulos gruesos, en negrilla y de mayor tamaño. El periódico tenía una portada cuyo encabezado presentaba una ilustración que interpretaba el nombre del periódico y parecía expresar el sentir y la finalidad de la asociación a través de dos mujeres que fungían en el papel de tenantes y parecían dialogar entre ellas, moverse de un lado para otro como si estuvieran en una vitrina desde donde podían invitar al lector a preguntar por la aventura política, social y económica que prometían aquellas páginas.

La mujer del costado derecho es la efigie de Ceres, la diosa griega de la agricultura, que lleva algunas espigas de trigo o cebada en su mano derecha, como reafirmando el supuesto interés de la asociación por reconocer al campo y su capacidad opima. La efigie de la izquierda es la diosa griega Atenea, la misma Minerva romana, considerada patrona de las artes y las ciencias (Sechi, 2007, p. 37). Atenea aparece coronada con laurel, insignia de victoria, inmortalidad y sabiduría, por lo cual también se la considera diosa de la libertad (Folch, 2000, p. 152). Ella le muestra al lector con la mano izquierda una lanza que sostiene con la derecha, en la cual está ensartado un gorro frigio, emblema de sacrificio, por su color rojo, y que desde tiempos romanos identifica a todos los libertos (Lledó, s. f., p. 190). Este concepto llevó a los franceses a apropiarse de él y usarlo durante su revolución, ya que había sido un elemento significativo dentro de la ideología masónica que impulsó dicho movimiento (Lesta y Pedrero, 2009, p. 82). Lanza y gorro indicaban que el periódico defendía y promovía la revolución, la libertad y el pensamiento.

Entre las dos efigies iba la figura de una lámina de piedra oval que tenía dos emblemas: un brazo con un mazo y debajo un arado. Ellos identifican al artesano y al agropecuario en medio de una relación consecuente, ya que el mazo, también símbolo masón, es una de las herramientas más antiguas de la historia e identifica al dios Thor o Donar, que regía el cultivo de la tierra y quien, según el mito, destrozó con ese utensilio “una sierra de piedras para convertirla en tierra fértil para la agricultura” (Daza, 1997, p. 257). Por ende, que el mazo vaya sobre el arado puede indicar una acción de complementariedad, pues el artesano como consumidor de materia prima determina la realidad del trabajador agropecuario. Sobre la lámina oval estaba la efigie de una cabeza de caballo que representa la libertad y que está relacionada con Atenea por ser la inspiradora del famoso caballo de Troya; además, es un animal visto como “vehículo de

conocimiento” (Alarcón, 2004, p. 51). Por lo tanto, el periódico parecía decir que la sabiduría debía gobernar el trabajo de los labradores y artesanos, cuyo beneficio estaba representado por dos palabras que iban en dos cintas en la parte baja del dibujo: *Libertad*, se leía a la izquierda, y *Prosperidad*, a la derecha. Además, todas las figuras iban dentro de un espacio con algunas plantas que identificaban las riquezas del país. Una particularidad de la ilustración es que cada elemento descrito está apuntando hacia la derecha y su estructura parece tomar como referencia el prototipo del Escudo Nacional que había sido propuesto infructuosamente al Congreso de la República en 1834 por don Alejandro Vélez.

Esa tremenda carga simbólica iba acompañada por un par de textos: El de la derecha informaba que el periódico se podía adquirir por un real, o diez reales en suscripción trimestral, todos los domingos desde las diez de la mañana en la tienda de don Miguel Lozano y Peinado, tesorero de la asociación, ubicada cerca del puente de San Francisco, en lo que hoy día es la carrera séptima con calle 13. Por su parte, el texto de la izquierda explicaba los costes publicitarios: Cuatro reales por doce líneas y un real más por cada tres líneas en que se excediera el anuncio; no obstante, si este se publicaba en más de dos oportunidades recibía rebaja. También se indicaba que no tenían cobro los artículos enviados por los no asociados siempre y cuando, a criterio de los redactores, fuesen útiles; es decir que el periódico era vendido como un instrumento para el beneficio social.

A continuación de ese bloque estaba el nombre del periódico en letra grande, inclinada, con negrilla y en mayúsculas, y luego iban unas palabras del abogado, político y filósofo francés Charles Alexis Clérel de Tocqueville: “Instruir la democrácia, reanimar, si es que se puede, sus creencias, acendrar sus costumbres, arreglar sus movimientos; sustituir poco á poco la ciencia de los negocios á su inexperiencia, el conocimiento de sus verdaderos intereses á sus ciegos instintos; adaptar su gobierno á tiempos i lugares, modificarle segun las circunstancias i los hombres: este es el deber impuesto en la actualidad á los que encabezan la sociedad” (1838, 16 de septiembre, p. 1). Usar esta expresión en un periódico socialista resultaba paradójico, ya que Tocqueville veía a esta ideología como una condena sin sentido: “Democracia y socialismo están unidos únicamente por una palabra: igualdad; pero obsérvese la diferencia: la democracia se propone la igualdad en la libertad y el socialismo se propone la igualdad en la pobreza y en la esclavitud” (Citado en Hernández, 2003, p. 125). Entonces, presentar esa voz como emblema parecería ser una contradicción; sin embargo, los redactores supieron integrar las dos visiones al

plantear un discurso dirigido a un individuo que es sujeto de derechos pero que también es parte integral de un colectivo de beneficio mutuo, lo cual era fundamental dentro del socialismo. Y en eso los santanderistas y *monsieur* Tocqueville parecían de acuerdo, pues el filósofo consideraba admirable el principio asociativo intelectual y moral, político e industrial que descubrió en su viaje por Estados Unidos entre 1831 y 1833, y que se diferenciaba del modelo europeo en que aquellas asociaciones no necesitaban muros o límites geográficos para hacer tangibles sus postulados:

En los países democráticos, la ciencia de la asociación es la ciencia madre; el progreso de todas las demás depende del progreso de ella. Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hay una que parece más precisa y más clara que todas las demás. Para que los hombres sigan siendo civilizados o lleguen a serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos y se perfeccione en la misma proporción en que la igualdad de condiciones aumenta (2012, p. 563).

La otra diferencia que descubrió Tocqueville es que el esquema norteamericano había hallado la forma de explotar las ventajas y beneficios del sistema para obtener poder:

En nuestro tiempo, la libertad de asociación ha llegado a ser una garantía necesaria contra la tiranía de la mayoría. En los Estados Unidos, cuando un partido ha llegado a ser dominante, todo el poder público pasa a sus manos; sus amigos particulares ocupan todos los empleos y disponen de todas las fuerzas organizadas. Los hombres más distinguidos del partido contrario, como no pueden franquear la barrera que los separa del poder, necesitan establecerse fuera de él; es preciso que la minoría oponga su fuerza moral entera al poder material que la oprime. Es, pues, un peligro que se opone a un peligro más temible (2012, p. 238).

Por eso, resaltó el papel de la ilustración entre los asociados: “Las luces y la experiencia conseguirán alguna vez de los ciudadanos grandes sacrificios. Cada hombre siendo análogamente débil sentirá igual necesidad de sus semejantes; y sabiendo que no puede obtener su apoyo sino a condición de prestar su concurso, comprenderá sin esfuerzo que para él el interés particular se confunde con el interés general” (2012, p. 8). Por lo mismo, reconoce una característica que resulta vital para sostener al aparato asociativo:

Para que una asociación tenga algún poder en un pueblo democrático, es necesario que sea numerosa y como los que la componen están ordinariamente diseminados en un gran espacio y cada uno de ellos tiene que permanecer en el lugar que habita, ya sea por la mediocridad de su fortuna o por la gran cantidad de pequeños cuidados que exige, les es indispensable hallar un medio de hablarse todos los días, sin verse, y marchar de acuerdo, sin estar reunidos. Por lo tanto, no hay ninguna asociación democrática que no tenga necesidad de un periódico (2012, p. 565).

A esto Tocqueville lo llamaba el “imperio de los diarios” (2012, p. 566). Él creía que esa era la mejor forma de ilustrar a los asociados y que entre más débiles fueran más fácil era atraparlos con el mensaje: “Un diario es un consejero a quien no hay necesidad de ir a buscar, porque se presenta todos los días por sí mismo y habla brevemente del negocio común, sin distraer de los negocios particulares. Los periódicos se hacen más necesarios a medida que los hombres son más iguales y es más de temer el individualismo” (2012, p. 564). Y sentencia: “Entre las asociaciones y los periódicos existe, pues, una relación necesaria. Los periódicos forman las asociaciones y las asociaciones hacen los periódicos” (2012, p. 565). Entonces, se puede deducir que la presencia de Tocqueville en *El Labrador i Artesano* es más que una mera referencia; es un homenaje a sus postulados y a las reflexiones que publicó en 1835 en el primer tomo de *La Democracia en América*, libro que era conocido por don Lorenzo María Lleras, ya que el texto del encabezado fue tomado de allí. ¿Quién lo trajo al país? Sólo se sabe que el primero que notificó su llegada fue don Florentino González en 1837 (Gaitán, 2002, p. 98). Quizás, sin proponérselo, Tocqueville fue inspirador del periódico de los santanderistas y les enseñó que “la libertad de prensa no deja solamente sentir su poder sobre la opinión política, sino también sobre todas las opiniones de los hombres. No modifica sólo las leyes, sino las costumbres” (2012, p. 226); por ende, apunta directamente al pensamiento y a la cotidianidad humana.

En la portada, debajo de las palabras de Tocqueville, iba una barra que identificaba el trimestre de publicación, la ciudad de origen, la fecha y el número del ejemplar publicado, cuya circulación semanal sucedió ininterrumpida hasta la penúltima edición, el 10 de febrero de 1839, pues entre esta y la postrera hubo un lapso de quince días. No existe información que indique el motivo de la irrupción ni mucho menos el de su desaparición; además, en la línea final, publicada el 24 de febrero de 1839, en la edición número 23, los redactores anunciaban con esperanza su inmediato futuro: “Con el siguiente numero concluye el segundo semestre” (*El Labrador i Artesano*, p. 90). Pero nunca pudieron cumplir su última promesa, pues el periódico se acabó

abruptamente dos meses antes de que se emitiera la orden del gobierno que originó la famosa guerra de los Supremos en enero de 1840, en la que los liberales progresistas, encabezados por el general José María Obando, y de manera oportunista, se subordinaron al gobierno del presidente Márquez para defender a la Iglesia en la ciudad de San Juan de Pasto, la cual se había declarado en desobediencia desde junio de 1839 contra una orden de desalojo, fundamentada en una ley promulgada ocho años atrás, mediante la cual se pretendía acabar los conventos con menos de ocho integrantes para liquidar los inmuebles y usar el dinero como presupuesto en la educación pública. Así, en un chasquido de dedos, los liberales pasaron de agraviar a la Iglesia a sostenerle el crucifijo. Según don Lorenzo ese conflicto no sólo acabó con la Sociedad Democrático – Republicana de Labradores i Artesanos progresistas de la provincia de Bogotá sino a las sucursales que surgieron en el resto del país (Gaviria, 2002, p. 105); entre ellas estaban la de Santa Rosa de Viterbo, Soatá, La Mesa, Gachetá, Villa de Leyva, San José de Cúcuta, Cartagena, Santa Marta y Tunja. Entonces, como diría Tocqueville, si no hay asociación no hay periódico.

Un año y cinco meses estuvo en circulación *El Labrador i Artesano*. Durante ese tiempo, Antonio intentó germinar sin éxito algunas semillas de linaza que consiguió en la plaza mayor. Lo hacía a escondidas, como cuando subía a desgranar las ramas abarrotadas y coloridas de los cerezos en enero. Estaba desanimado y se culpaba por no haber comprendido lo explicado en la asociación, pues sólo aprendió que debía sembrar sobre tierra húmeda, suelta y esponjada donde no se hubiera sembrado maíz, nabos, turmas u otras legumbres. Para ello, había elegido un rinconcito contra una pared en el patio de la casa, porque así lo escuchó de un rostro que nunca conoció: “Siémbrese la linaza lo mismo que el trigo, pero mucho mas tupída, porque así es de mejor calidad el lino, no echa retoños, ni engruesa tanto la caña. Un terreno que ocupa media fanega de trigo puede recibir mas de una de linaza” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 28 de octubre b, p. 28). Sin embargo, Antonio no tenía claro que a los tres días debía germinar la plántula y nunca escuchó que no se debía sembrar en invierno porque el agua en exceso pudría la simiente. Infortunadamente, era noviembre de 1838 y en Bogotá llovía copiosamente.

Por otro lado, la aventura como agricultor tampoco le ayudaba a alejar de su memoria el rostro macilento de Sagrario la última vez que la vio. Y con el recuerdo volvía la duda recurrente y esa voz extraña que parecía salir de su propia sombra y que hacía eco en cada gota de agua que rebotaba en el suelo bogotano y que se repetía en ese viento helado que le insertaba a la fuerza un sartal de palabras que le ponían los labios morados: “¿Diosh míoo, queé le pashó á mi

maree?”. Y mientras era abofeteado por la duda, sus ojos se convertían en un hontanar y lloraba con una tristeza incontrolable que sólo hallaba consuelo cuando se aferraba a lo único que le quedaba de ella, que era el paquete con los viejos periódicos que tanto atesoraba. Por eso, el niño pensaba que a Sagrario también le habría gustado tener *El Labrador i Artesano*, sobre todo la publicación número seis, del 21 de octubre de 1838, con la cual el periódico se convirtió en el octavo en la historia del periodismo agropecuario en Colombia. Ese día apareció un artículo que tenía un título bastante extenso: *Memoria sobre el cultivo, i beneficio de la linaza i cáñamo, sacada de las de Suárez, del Semanario de Agricultura i Artes, i de los Diccionarios de Comercio, i Bomare; para beneficio de los pobres que quieran cultivarlos*. A primera vista, se puede pensar que el público objetivo no eran los grandes terratenientes y, por otro lado, esas líneas confirman, una vez más, que el contenido no se construyó sobre la experiencia del redactor y que al igual que la agroinformación que le antecedió, se escribió a partir de textos académicos, incluyendo las referidas notas del *Semanario de Agricultura i Artes* de España, redactadas sobre la misma base. Tampoco el redactor parece estar ligado a la ciencia, pues el trabajo fue firmado con el nombre de Santiago Umaña y no se conocen datos que indiquen quién era y a qué se dedicaba.

Una característica de la agroinformación de *El Labrador i Artesano* es la inclusión del cierre del proceso productivo, ya que no sólo enseñaba a cultivar la planta sino también capacitaba al lector en los métodos para procesar la cosecha con el fin de convertirla en materia prima industrial. Y aunque la comunión periodística agroartesanal apenas despegaba en Colombia, no era una novedad en países referentes como España, donde existía desde mediados del siglo XVIII. Don Mariano Nipho fue uno de los que exaltó la importancia de esta relación: “Las Artes, como pedisequas de la Agricultura, abrirían á la investigación, y á la industria un campo tan dilatado, como delicioso” (1779b, p. 357). Al hablar de *pedisequas*, Nipho se refería al compromiso ineludible que tiene el artesanado con el progreso del agro, pues, en definitiva, los artesanos parecían destinados a acicalar el lustre de las riquezas de la tierra y el periodismo a ser testigo de la transformación de su brillo. Así también lo veía don Juan Enrique de Graef, pionero del periodismo agropecuario español, en sus *Discursos Mercuriales*; él iguala al agro y al artesanado como parte de un todo, que es el conocimiento, y los articula como procesos complementarios que derivan en un solo objetivo que es el bienestar de quien consume el producto: “La Agricultura, el Comercio, la Marina, y las Artes liberales, i mecánicas, son

pielagos infondeables, donde los ingenios mas vastos hallan apenas fondo para ancorar, y asegurar sus conocimientos. Todo cabe en ellos. Sus partes necesarias, é inseparables de nuestra felicidad, y conveniencia, requieren una no limitada comprehension, en quien las quiere abrazar todas” (1755, 1º de octubre, p. 65). Por ende, no resultaba extraño que el artesanado y el agro estuviesen en un mismo espacio dentro del periódico, puesto que no se excluían entre sí, ni se contradecían y, por el contrario, hacían parte de una fuerza vital para el sostenimiento de una sociedad que era tan española que seguía llamándose Nueva Granada y que, paradójicamente, se negaba a caer en las redes del modelo industrial que iba de boca en boca y de mano en mano en Europa.

Al juntar las dos partes del proceso fue importante el rol mediador de la ilustración científica, la cual podía ayudar al agricultor y al artesano a entender la naturaleza de su trabajo y a perfeccionar sus cualidades, tal como lo refiere De Graef: “Las noticias literarias de los experimentos hechos, son las mas propicias, para sacar luces de las mismas tinieblas, con que la naturaleza suele cubrir sus operaciones mágicas” (1755, 1º de octubre, p. 67). Por eso, tampoco resulta arbitrario que *El Labrador i Artesano* haya hablado sobre la linaza, puesto que su fruto une a los dos sectores en uno solo, que es el textilero, el grupo más fuerte dentro del gremio artesanal del país y el más golpeado con el efecto de las importaciones; entonces, sembrar linaza ayudaba a reducir los diez mil pesos en promedio que entraban desde Estados Unidos, casi al mismo nivel de la seda y el algodón, que eran los insumos preferidos del sector (Escobar, 1990, p. 71). Incluso, en uno de sus apartes el periódico se atrevió a argumentar que esa planta era “el alimento esencial del comercio” y, por ello, reclamaba su necesaria producción:

Ninguno ignora la preferencia del lino para el vestuario del hombre; desde la cabeza á los pies quiere vestirse de lino; de él se fabrican los exelentes gorros, las bretañas para las camisas, los encajes finos, los olanes, creas, bramantes, manteleria i medias &c. que seria imposible numerar. Su semilla nos suministra otra fuente de riquezas; los mas exelentes barnices tienen por base el aceite de linaza; la pintura, escultura i todas las mas artes i manufacturas quedarían sin movimiento sin este licor precioso; hasta el bagazo que se saca de las prensas en forma de ladrillos vale en España tanto como el trigo para engordar animales, i la arista que suelta la caña es útil para el mismo efecto, i el desecho de estopa, é hilaza, para los molinos de papel; nada se pierde de esta admirable planta; hasta para nuestra salud la aplica la medicina para la curación de muchas enfermedades (1838, 21 de octubre, p. 24).

*El Labrador i Artesano* quizás vendía la idea del potencial económico de la linaza para aprovechar los privilegios especiales que a partir de 1837, y por diez años, otorgaba la ley de tarifa aduanera de 1833, para fabricar y comercializar productos como los realizados con el algodón (Gaviria, 2002, p. 91). Tal vez, por eso, el periódico abordó el tema entre el sexto y el décimo número, publicado el 18 de noviembre de 1838, dedicándole una página en promedio de las cuatro disponibles, es decir, una cuarta parte de la publicación, lo que demuestra el interés por darle el cariz adecuado a la información. Se destaca la claridad en la exposición del texto, mediante el esquema de receta, detallando el paso a paso sin apelar al lenguaje técnico y usando frases cortas y precisas de lectura fácil, como por ejemplo: “Se conoce que el lino está maduro cuando sus cañas se ponen amarillas, las hojas caen por sí, los botones se ponen morenos, i la semilla toma su color” (1838, 28 de octubre b, p. 28). Una característica novedosa de esa agroinformación es que entendía a su público objetivo y le daba propuestas que iban en consonancia con los recursos que este tenía a la mano, pero a la vez le mostraba las ventajas del desarrollo industrial. Es el caso de la Agramadora, máquina que separaba la fibra de la caña de la linaza, o los hornos para el secado frente al uso de herramientas como una sencilla tabla, en el caso de la limpieza de la fibra extraída, cuando el trabajador no tenía rastrillos para hacer la operación. Incluso, siendo pionero, el periódico promovía una producción amigable con el ambiente apelando al buen uso de los recursos, lo que hoy se llama desarrollo sostenible:

Los metodos con que blanquean aquí con boñigas de buei ó caballo, no son malos. Algunas mujeres blanquean así mui bien. Sin embargo, son mas prontos los blanqueos con lejias siendo sacadas de maderas secas; en los países industriosos no se pierden las cenizas de las cosinas, guardándolas como cosa útil para lejias, jabones i otros usos. En muchas ciudades de Alemania andan pidiendolas á gritos, i dan un pedazo de jabon por ellas. Entre nosotros todo esto i los trapos van á parar á basureros. En una buena economia nada se debe desperdiciar (1838, 18 de noviembre, p. 40).

Por eso, *El Labrador i Artesano* proponía el aprovechamiento de los sobrantes de producción: “La poca estopa que dará el cáñamo bien rastrillado es tan buena que cardándola como lana producirá una materia fina, pastosa y blanda, aparente para muchos usos, i sacara buen hilo mezclándola con algodón, sedas, lana ó pelo; i el hilo que resultará de estas mezclas dará mucha

materia para ensayos mui interesantes” (1838, 18 de noviembre, p. 40). Esto permite palpar el interés por invitar a los trabajadores agropecuarios a dar el gran salto y asumir todo el proceso para ser agricultores artesanos y convertir las haciendas en industrias campesinas. Por ende, el discurso los motivaba a creer en ellos mismos y a redimensionar todo lo que valía su esfuerzo, o debería valer, en relación con el beneficio que se podía obtener del producto agropecuario. En otras palabras, los santanderistas les enseñaban a conocer el significado real de la riqueza.

Infortunadamente, no hubo más notas agropecuarias en este periódico. Sólo en un par de editoriales, en los números 16 y 17, hablaron de aquello que los redactores llamaban “el animal vigilante”, que es el gallo, con el fin de solicitar al gobierno acabar con la práctica de las peleas entre estas aves y fomentarlas como fuente de alimento humano; empero, el enfoque del texto era hacia lo abominable del juego y, por lo tanto, no tenía el objetivo ni las características del periodismo agropecuario. Al final, sólo hubo cinco páginas agroinformativas entre las noventa y dos que se publicaron en veintitrés ediciones; es decir, apenas el 5,43 por ciento, con lo cual se mantuvo el bajo promedio que existió en otros impresos, exceptuando a *El Cultivador Cundinamarqués*. Un motivo parece ser la falta de personas versadas en el tema; prácticamente no existían, ya que la reconquista del pacificador Pablo Morillo arrasó con los pocos botánicos y científicos que se habían atrevido a crear conocimiento agropecuario y, por ende, entre las nuevas generaciones no había a quién recurrir. *El Labrador i Artesano* es ejemplo de esta situación a pesar de que uno de los miembros de la asociación, identificado con el diploma número 105, era uno de los pocos botánicos del país y el mayor redactor de información agropecuaria hasta ese momento: don José María Quijano. Lamentablemente, desaprovecharon su conocimiento.

A esto hay que agregar que los libros de agronomía no abundaban entre las bibliotecas de los ilustres abogados neogranadinos, tal como lo escribió don Lorenzo María Lleras al contar las dificultades que vivió el general José María Mantilla para preparar la capacitación del 19 de noviembre de 1838: “Espuso que no habiendo texto ninguno por donde empezar el estudio de la agricultura, había buscado una obra que trataba de ella en su mayor perfeccion, pues que se ocupaba de la química aplicada á la agricultura” (*El Labrador i Artesano*, 1838, 25 de noviembre, p. 41). Según *El Labrador i Artesano* esa carencia llevó a que el general Francisco de Paula Santander, miembro nato de la asociación, ofreciera parte de su archivo bibliográfico: “Pongo a su disposicion el *diario de conocimientos útiles publicado en Paris*, que recibo

frecuentemente, i algunos otros diarios extranjeros en que se encuentran avisos, i datos útiles al adelantamiento de la agricultura, i de las artes: tambien ofrezco contribuir con mi dinero al costo de un periódico de la Sociedad dedicado á ilustrar las masas populares, i á propender á la mejora de la industria” (1838, 7 de octubre b, p. 14). No obstante, el principal obstáculo no provenía de la falta de letras sino de la capacidad para entenderlas y plasmarlas en el papel, ya que este impreso rompió radicalmente con el sistema de capacitación que se usaba, puesto que por primera vez, y luego de casi tres siglos, esa responsabilidad recayó en personas diferentes a los sacerdotes, quienes eran los que tenían toda la experticia en el tema y para la época eran aliados de los ministeriales o conservadores, rivales de los libelares progresistas. Entonces, hacer periodismo agropecuario resultaba para los jóvenes abogados liberales una novedad y un reto difícil pero entusiasta y patriótico.

En esa misma década hubo en Bogotá otros impresos cuyos nombres han engañado a la historia; eso le sucedió a Jesús Antonio Bejarano, quien presenta como periódicos del agro a *El Campesino*, que circuló en 1830, y *El Sembrador*, publicado en 1839 (1987, p. 133). Sin embargo, el primero de ellos era una tribuna política que apelaba al dialecto rural en primera persona para criticar a las personalidades o aconteceres de la vida pública bogotana; por su parte, *El Sembrador*, nombre que hacía alusión a una parábola de la *Santa Biblia*, era un informativo de la iglesia católica para analizar la palabra de Dios y presentar algunas posiciones políticas de la institución. Por lo tanto, en ninguno de los dos había periodismo agropecuario. Algo similar ocurrió con *La Tarde de los Agricultores y Artesanos*, periódico religioso publicado en 1846 que confirma las palabras de don José Ignacio de Márquez, quien en 1839, poco antes de entregar su mandato presidencial, criticó la plétora de abogados y médicos que existía en el país:

Carecemos del suficiente número de hombres instruidos en las ciencias exactas y en las artes mecánicas, en la química, la mineralogía, la botánica y la agricultura, sin las cuales no podrán desenvolverse los gérmenes de prosperidad que encierran las diversas provincias del Estado. Sería muy conveniente se hiciera venir de Europa profesores hábiles en estas ciencias, con los aparatos, máquinas e instrumentos necesarios para que las difundiesen en la República (Citado en Bejarano, 1987, p. 137).

Jesús Antonio Bejarano dice que entre los 813 estudiantes que había en 1835 en los colegios y universidades del país sólo doce estaban inscritos en la cátedra de botánica, lo cual sustenta el

bajo nivel formativo dentro del sector y la ausencia de líderes capaces de dar luz a las comunidades rurales; por lo mismo, no había quién plasmara ese conocimiento a través del periodismo. Por ende, aun estaba muy lejos de tocar las costas ventosas y las montañas agrestes de la nación la segunda revolución agropecuaria que, según Bejarano, se había empezado a sentir desde 1830 en países como Italia, Austria y Suecia (1987, p. 116). Entonces, se hacía urgente involucrar el conocimiento de expertos foráneos como lo pedía el expresidente Márquez; sin embargo, Bejarano acota algo clave: “Aquellos cambios agronómicos y técnicos anteriores a 1850, transforman la productividad agraria, pero difícilmente podría encontrarse en ellos un acontecimiento científico, en cuanto constitución metódica de un nuevo saber” (1987, p. 117); es decir que todo esfuerzo era insuficiente para evitar el subdesarrollo del agro y derrocar la dictadura de la cultura rural colonial. Además, romper con el viejo esquema no era tarea fácil para una sociedad que no estaba acostumbrada a los cambios, ya que esta nunca había aprendido a transformar su realidad; por eso, es plausible el esfuerzo del gobierno de don Pedro Alcántara Herrán, mandatario entre 1841 y 1845, quien modificó en 1843 el sistema educativo para integrar al currículo conocimientos en química, física, geografía, geología y mineralogía a través del entonces ministro del interior y relaciones exteriores, don Mariano Ospina Rodríguez, presidente de la república entre 1857 y 1861. Sin embargo, fue una apuesta tardía cuyos resultados no se podían prever ni en el corto ni en el mediano plazo.

Por lo tanto, durante la década de 1840 el agro continuó estancado y lo poco ganado se perdió con el tratado Mallarino – Bidlack, firmado con los Estados Unidos en 1846, que acabó con la política proteccionista. A esto se suma el problema monetario del país, ya que no entraba capital extranjero porque se devaluaba con el alto costo de la moneda nacional; entonces, al escasear el dinero el crédito resultaba caro, a una tasa hasta del 24 por ciento, que era alta para las limitadas condiciones de los productores; así lo dijo don Florentino González en 1847, siendo ministro de hacienda, en su *Memoria de Hacienda*:

Desaparecieron las facilidades para aumentar la producción: porque no pueden tomarse capitales para emplearlos en la agricultura, y trabajar las minas al fuerte interés de un 2 por 100 mensual, que ha sido el corriente durante mucho tiempo. En vano el granadino alimentaba deseos de trabajar para enriquecerse y gozar. La actividad inteligente tropezaba con una rémora que no podía superar. Le faltaba un capital; y no podía tomarlo prestado, porque ninguna empresa podía producir el alto interés que se le demandaba. El que se arriesgaba a comprometer su crédito bajo

la influencia de tales circunstancias y acometía alguna empresa, las más de las veces sólo tenía por resultado la ruina propia y la de su acreedor (Citado en Torres, 2012).

Precisamente, fue don Florentino quien impulsó el libre cambio, pues creía que el país debía ser agropecuario y minero para sacar rédito de sus riquezas naturales exportando materia prima con el fin de traerla convertida en manufactura a bajo precio, aprovechando la soberanía que ejercía el barco de vapor a través del río grande de la Magdalena:

El fuerte derecho impuesto sobre las telas de algodón destinadas al consumo general de la población, aleja la importación de estos productos, induce a los granadinos a emprender ser fabricantes, y mantiene a una parte de la población en la ocupación improductiva de manufacturas montadas sin inteligencia, y cuyos artefactos no pueden tener salida ventajosa. Se descuida, en consecuencia, la agricultura y la minería; se dejan de aprovechar las ganancias que ellas podían proporcionar; no hay medios de comprar, porque no se crea la riqueza que pudiera dárnoslos, y el consumo es necesariamente muy limitado, aunque la población no es escasa; porque no basta para consumir el que haya en un país muchos habitantes; es menester que estos habitantes tengan medios de consumir, y estos medios son riqueza, y esta riqueza no se obtiene sino produciendo cosas que se puedan vender con utilidad, como nuestros tabacos, nuestros azúcares, nuestros añiles el café, el cacao, el algodón, las maderas preciosas, el oro, la plata y el cobre de nuestras minas, que se llevan a vender al mercado inmenso y rico de la Europa; y no fabricando aisladamente y sin máquinas lienzos y bayetas, que se han de vender a la miserable población indígena del país (Citado en Torres, 2012).

Esa idea desató la ira de sus antiguos aliados en la asociación de labradores y artesanos liberales, quienes se tomaron las calles, como en una obra de L.S. Lowry, con sus multitudes amorfas y oscuras, para congregarse a los bogotanos alrededor de su causa e iniciar una lucha que resultó determinante en la restructuración sociopolítica y económica que se dio en la segunda mitad del siglo diecinueve en Colombia y que le valió a don Florentino una golpiza en la plazoleta de la Nieves, el día que entre mojiconazos y patadas los artesanos le cobraron su traición. Infortunadamente, el agro quedó al margen de ese movimiento inicial y perdió presencia dentro de los periódicos capitalinos; sólo *La Tarde de los Agricultores y Artesanos*, desde su visión religiosa, hizo mención del tema en una nota de opinión que ocupaba apenas una columna

de las dos que había en cada una de las cuatro páginas del periódico, con lo cual le bastó para ser el décimo en la historia del periodismo agropecuario del país. Aquel era un impreso dominical que alcanzó diecisiete ediciones, entre el 15 de marzo y el 12 de julio de 1846, y que desde el encabezado parecía anunciar una oportunidad para la agroinformación gracias a una ilustración que coadyuvaba a pensar que buscaban el desarrollo rural del país. El dibujo congelaba un momento en la vida de una granja: Por allí, el movimiento de algunos trabajadores anónimos, el mugido de la vaca, el cacareo indiferente de un grupo de gallinas; por acá, el gruñido del cerdo solazándose entre el barro ante la mirada impávida de un pato, el respirar paciente del caballo a la espera de su eterna condena y el cotilleo de la paja con el viento mientras compartía pacíficamente su espacio con la hoz y las herramientas de cultivo, que parecían charlar amenamente tras un día intenso de trabajo.

Y no sólo hablaba la ilustración, también el prospecto del periódico manifestaba anhelos de progreso: “Nuestro objeto es proporcionar cuanto nos sea posible, alguna instrucción al pueblo, publicaremos también toda suerte de noticias útiles para las artes y oficios”; sin embargo, su verdadero fin era otro: “Sobre todo, la religión y la moral nos ocuparán con frecuencia porque ellas forman las buenas costumbres sin las cuales no puede haber verdadero progreso” (1846, 15 de marzo, p. 1). Así, más que información productiva, lo que proponían era un catecismo católico que enaltecía el buen nombre de sus redactores, pues *La Tarde de los Agricultores y Artesanos*, nombre que iba escrito en mayúsculas y letras grandes debajo de la ilustración, le perteneció a la famosa Compañía de Jesús. La historiadora estadounidense Jane M. Rausch afirma que los jesuitas crearon el periódico y una asociación de artesanos “para obtener apoyo popular” tras su regreso al país el 18 de junio de 1844, luego de setentaicinco años de exilio (1997). Los trajo el gobierno nacional para ayudar a mejorar el sistema educativo y organizar las misiones indígenas en los llanos y selvas colombianas, aprovechando, además, que habían manejado y usufructuado a su antojo la producción agropecuaria del país durante casi tres siglos. Sin embargo, dice Rausch que sólo llegaron trece religiosos, quienes tuvieron que luchar contra la mala fama que los precedía y el recelo por parte de los liberales y otros grupos religiosos que temían la pérdida de poder. Por esa razón, los jesuitas querían ganar la confianza del pueblo apelando a la prensa y al modelo asociativo que estaba de moda, pero no les alcanzó y seis años después, en medio de la ruina, y el ascenso liberal al poder con el general José Hilario López, fueron expulsados una vez más del país.

Quizás, la falsa expectativa que prometían, tanto el nombre como la ilustración en el encabezado del periódico, frente a la situación que vivía la congregación, los obligó a corregir muy pronto el error. En la edición número siete ya no apareció la representación de la granja y sólo se asomaba el rostro polvoriento de una biblioteca llena de libros esperando a esparcir sabiduría. Fue lo único que varió porque el contenido, en un papel áspero y grueso, siguió siendo el mismo y los lectores continuaron hallando cada domingo el mensaje jesuítico acompañado por esporádicas noticias, además de un espacio para publicidad y algunas notas editoriales, entre las que estaba aquella que tal vez tenía como fin obtener apoyo de los dirigentes y trabajadores del campo. Toda esa información iba en un formato de 18 centímetros de ancho por 25,8 de alto y se podía conseguir en la tienda de don Antonio Vélez, que aun quedaba en la calle primera del comercio, así como en la tienda de don Pastor Lozada y en la de don Atanasio Luengas.

La editorial agropecuaria que publicó *La Tarde de los Agricultores y Artesanos* se llamó de manera simple: *Agricultura*, y su mensaje circuló en el primer número del periódico. Allí, los jesuitas reconocían a la labor agraria como la principal actividad humana, “la primera de todas las artes”, decían, ya que representaba la nutrición y la base fundamental de toda la vida humana, social y económica. No era algo nuevo, pero sí fueron muy hábiles al adornar el texto con un discurso lagotero que enaltecía la cotidianidad rural como un acto de grandeza y poder en comparación con la pecaminosa vida en la ciudad:

[Es] un arte que tiene la mas grande influencia sobre las buenas costumbres y sobre la relijion; pues quedando á los labradores ocupaciones, previenen esa multitud de vicios que nacen de la ociosidad, que alejando de sus habitaciones los ejemplos del lujo, les conservan la simplicidad de las costumbres; que poniendo ante sus ojos los milágras continuos de la providencia, los penetra de los mas vivos sentimientos de amor, de piedad y reconocimiento (1846, 15 de marzo b, p. 4).

*La Tarde los Agricultores y Artesanos* nacía cada ocho días en la imprenta de don José Antonio Cualla, el mismo que quince años atrás escribió el más extenso análisis de la situación rural del país. Él pudo haber sido una influencia para los jesuitas, quienes desconocían la situación real del agro en ese momento, ya que tanto en el periódico como en el libro del viejo impresor se defiende la necesidad de llevar al sector agropecuario a superar la rutina poniéndose a tono con la modernidad del mundo; esa actitud resulta bastante curiosa, pues no era un ideal del estilo que se reconocía en los hijos de la Compañía de Jesús, como lo demostraron durante la

colonia al ser los causantes del estancamiento de la actividad agropecuaria neogranadina. Por eso, resulta paradójico que a la hora de hablar sobre la importancia del trabajo rural los jesuitas se alinearan con el fervor del idealismo liberal progresista a pesar de su filiación ministerial conservadora.

Por lo tanto, se puede catalogar al texto como agroinformación porque su intención era propositiva: “Para hacer florecer la agricultura es necesario instruir y proteger á los cultivadores”, decían, tratando de recuperar el tiempo perdido, y agregaban que la ilustración era el camino adecuado para lograr el desarrollo y alcanzar las tan mentadas riquezas de la tierra: “No se imagine, pues, que los procedimientos de la economía rural no exigen ni regla ni ciencia, i que ella puede tener buen éxito entre las manos de los hombres ignorantes y estúpidos; es necesaria para el Cultivador, la “INDUSTRIA”, la “PREVISION”, i las “LUCES”” (1846, 15 de marzo b, p. 4). Así, al promover la introducción del conocimiento científico en el contexto agropecuario, los jesuitas también parecían querer decir que estaban listos y en capacidad para reasumir la misión formadora y agroproductiva que antes habían detentado con mucho éxito. Infortunadamente, esta vez no hubo tal oportunidad y de acuerdo con Rausch en 1847 y 1848 el Congreso de la República les cerró la puerta y “se negó a aprobar recursos para sus actividades” (1997). La noticia fue un lastre para los objetivos de los religiosos, pues desde su llegada habían vivido en una difícil situación económica y, seguramente, eso los obligó a dar fin a la corta vida de su hebdomadario y, con ello, a su roll como periodistas y evangelizadores.

Esto fue lo único que se hizo desde el periodismo agropecuario en Bogotá durante la década del cuarenta del siglo XIX, que fue un tiempo de artesanos que olía a barriada y que parecía condenar a la agroinformación a ser el Perseo de la Medusa, subsistiendo por vencer a la cabeza ofídica que representa a una sociedad docta con tentáculos obreros, plagada de pensamientos industriales, leyes acomodadas y deseos de poder, y cuya mirada amenazaba con transformar al campo y a su hijos y a sus voces en monumentos del pasado. Sin embargo, lejos de Bogotá una esperanzadora noticia luchaba por demostrar que el periodismo agropecuario no era exclusivo de los cachacos y que la provincia también podía impulsar el desarrollo del campo. Quizás, en medio del bochinche informativo que se elevaba de los dedos callosos de la urbe, la provincia mostraba que allí los papeles de la abundancia tenían una última oportunidad.

## 3

El pequeño Antonio Lozano pronto se convirtió en Antonio, un tipo común y corriente que seguramente, como muchos de su gremio, terminó integrando la Sociedad Democrática de Artesanos de Bogotá y haciendo parte de los llamados *camisas rojas*, quienes fueron los que asediaron el Convento de Santo Domingo el miércoles 7 de marzo de 1849 durante la elección que llevó a la presidencia al general José Hilario López. Cuenta don José María Cordovez Moure que ese día “la ciudad presentaba el triste aspecto que le imprimía la cordillera sobre la cual se posaban melancólicas nieblas, que al fin se resolvieron en menuda llovizna que duró todo el día” (2012). Era como si el cielo llorara de forma incontenible la victoria de los puñales, luego que los artesanos presionaran a las buenas y, sobre todo, a las malas, el triunfo de su candidato frente a la impotencia de don Rufino Cuervo Barreto y don José Joaquín de Gori, aspirantes conservadores.

Esa fue una época muy diferente a la que vivió Antonio en su infancia. Él tampoco se sentía igual; nada lo motivaba y se irritaba con la misma frecuencia que bebía chicha en totuma. Y es que mientras a la agroinformación se le acababan las palabras a Antonio se le caían los dientes y le florecían moretones a punta de trompadas por andar como gallito beodo. El pobre vivía mal y hasta le costaba armar los retazos que le quedaban del viejo reflejo del rostro de su madre, a quien ya casi no recordaba; por ende, también olvidó lo que era llorar, como le sucedió la mañana que no encontró lágrimas para agradecer y honrar a Severino tras su muerte. Antonio se había convertido en lo que Florence Thomas llama una soledad habitada (2012, 14 de marzo, p. 20). Él y la agroinformación compartían el mismo sino, pues llegaron a la ciudad mendigando una mirada y sólo les pagaron con olvido. Por eso, querían liberarse de toda esa parafernalia que rodeaba a la clase política artesana y redescubrir una vida lueña. Y si habían de renacer o morir tenía que ser entre los labrantíos que surcaban su sangre; entonces, se fueron a buscarlos.

El periodismo agropecuario, que tantas promesas albergó, partió de su natal Bogotá como si nunca hubiera llegado; nadie lo notó. Huyó borrando las huellas dejadas por Sagrario Lozano en su camino de desventura y, por eso, tuvo que ir a la casa de Funza donde ella pudo ver por última vez los cerros de Monserrate y Guadalupe; luego, desboronó algunos trozos de la maltrecha catedral de la Villa de San Miguel de las Guaduas al chocarla con su paso veloz antes de atravesar la plaza en la que Sagrario disfrutó la lectura del *Cultivador Cundinamarqués* y en

medio de su afán por visitar la choza que fue su hogar, que ahora era habitada por insumos y trebejos de una labor agraria con un futuro incierto. Cuando llegó a Honda se negó a pisar el suelo hirviente de Ambalema y prefirió subir la montaña siguiendo un rastro floral que lo llevó hasta la amañadora ciudad de Medellín.

Allí, el 15 de diciembre de 1845 la Sociedad de Amigos del País de Medellín publicó el primer número de *El Amigo del País*, noveno periódico colombiano que abrió un espacio en sus páginas a la agoinformación, pese a que su calidad distaba de lo que mostró la primera nota que se publicó en Bogotá en 1801 y tampoco emulaba a su raíz, sesentaicinco años atrás, en el seno de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, fundada en Madrid mediante las cédulas reales del 6 de octubre y el 9 de noviembre de 1775, la cual creó un impreso que sólo pudo hacerse realidad hasta 1818 y cuyo nombre fue replicado por el periódico antioqueño (*El Amigo del País*, 1844, pp. 1-3). Sin embargo, durante ese lapso muerto de cuarentaitrés años, la Matritense no se quedó quieta y buscó mover la información agropecuaria y comercial a través de lo que tituló *Memorias de la Sociedad Económica*, las cuales se publicaban de forma individual y se hacían llegar a sus asociados pensando en su eterno lema: “Socorre enseñando”.

Esa asociación llegó al país a través del quiteño don Miguel de Gijón y León, afiliado a ella desde 1776. Él fue un reconocido francmasón, amigo personal de Diderot y otros enciclopedistas franceses, y se cree que al regresar a Quito en 1792 compartió los estatutos de la Matritense con los cuales se creó la Asociación de Amigos del País de Quito el 18 de marzo de ese año (Núñez, 2008, p. 52). Por ende, sabían de la necesidad de contar con un medio informativo que según los estatutos, renovados en 1816, debía “fomentar la Agricultura, las Artes, el Comercio y la instrucción pública por todos los medios posibles, cuales son la formación de cartillas rústicas acomodadas á la inteligencia de los labradores y á las circunstancias del país; estender memorias y otros escritos oportunos para promover y mejorar la Agricultura, la cria de ganados, las Artes y los oficios útiles” (Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1816, p. 6) No lo menciona, pero es claro que el periodismo también hacía parte de esa propuesta.

Afirma el historiador Jorge Núñez Sánchez que para poder fundar la asociación en Quito, don Miguel contó con la ayuda de don Eugenio Espejo y don Juan María Torcuato Montúfar y Larrea, quienes luego fueron pupilos de don Antonio Nariño en la logia conocida como El Arcano Sublime de la Filantropía (2008, p. 51). Seguramente, esa relación permitió que la Matritense llegara y se asentara fácilmente en Bogotá, como un actor complementario del trabajo

que hacía la madre de las asociaciones españolas, la Sociedad Vascongada de Amigos del País, conocida en la Nueva Granada gracias a don José Celestino Mutis. Infortunadamente, a las dos les faltó tiempo para cultivar sus ideas económicas en medio de la realidad neogranadina, ya que terminaron exiliadas en el olvido tras mezclarse en el rumor de las balas y el grito mortal de los cañonazos de independencia. No obstante, el rostro de la Matritense y la Vascongada volvió a asomarse en 1826 cuando el gobierno nacional, imitando lo que hacía el certificado de purificación de la reconquista española con los criollos arrepentidos, decidió redimir la esencia de esas asociaciones a través del artículo 16, capítulo tercero, de la ley *Sobre organización y arreglo de la instrucción pública*, del 18 de marzo de 1826, titulado: “De la academia nacional y de las Sociedades departamentales”, el cual dispuso la creación de sociedades de amigos del país en las ciudades capitales para “promover las artes útiles, la agricultura, el comercio y la industria” y, además, según el inciso primero del artículo 18, ordenaba hacer un anuario que registrara “los conocimientos útiles de la agricultura y de las artes; el estado de una y de otra y del comercio, con expresión del valor de los frutos y géneros, las observaciones meteorológicas, y las producciones minerales y vegetales más importantes del suelo respectivo” (Colombia, Congreso de la República, 1840b, pp. 441 - 442). Infortunadamente, a esa ley casi le pasa lo que a la mayoría de las normas colombianas, que tan pronto se firman se jubilan y se van a vivir al lado más oscuro de la biblioteca, donde nadie vuelve a saber de ellas. En este caso, la lucha por el poder que se vivió en la Gran Colombia, donde se legislaba mucho y se ejecutaba poco, permitió que sólo hasta 1829 se creara la primera asociación en Caracas; luego, tras la separación política, nacieron la de Cartagena en 1833, Panamá en 1834 y Santa Marta en 1835, lo cual denota no sólo el desinterés por el impulso del agro sino el abandono que vivía la región Caribe, ya que fue la única que intentó buscar las promesas que había en la ley.

Dichas asociaciones fueron el resultado de una jugada a tres bandas, que también benefició al periodismo agropecuario, pues esa ley recibió apoyo de la *Constitución Política del Estado de Nueva Granada* de 1832, que determinó, a través del artículo 156, que en cada provincia debía existir una Cámara Provincial compuesta por un mínimo de nueve y un máximo de veintinueve representantes de los diversos cantones, cuya finalidad, según el artículo 160, inciso noveno, era “promover el adelantamiento y prosperidad de la provincia, su policía interior, obras públicas y cualesquiera establecimientos de utilidad, beneficencia y comodidad, costeados y sostenidos de sus propias rentas” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2012). Esa norma fue reglamentada con la ley

del 19 de mayo de 1834, que trataba "sobre la organización y régimen de las provincias, cantones y distritos parroquiales", la cual pedía en el artículo 16 que los gobernadores promovieran "activamente los progresos de la enseñanza e instrucción popular en toda suerte de conocimientos útiles de las artes y las ciencias, y muy particularmente de la primaria, y de aquellas nociones elementales más convenientes a todas las clases del pueblo; fomentar la agricultura, la industria y el comercio, ejecutando todo aquello que esté en la esfera de sus facultades" (Colombia, Consejo de Estado, 1925, p. 253). Así, el desarrollo del agro quedaba en manos de los mandatarios regionales, lo cual no aseguraba nada, ya que ellos dependían de los intereses de los terratenientes, que eran el verdadero gobierno provincial y gozaban las ventajas del título quinto de la ley del 19 de mayo del 34, que les permitía manejar las actividades políticas, económicas y sociales de su región.

No obstante, esa ley en el artículo 124, apartados 13 y 19, le reiteraba a las cámaras la orden impartida por la Constitución del 32 y agregaba que debían "decretar lo conveniente para mejorar, extender y perfeccionar la educación física, moral e intelectual de los habitantes de la provincia, particularmente la instrucción primaria y los elementos de la ciencias útiles a las artes y oficios; para fomentar la agricultura, industria y comercio, y para remover los obstáculos que las entorpezcan" (Colombia, Consejo de Estado, 1925, p. 269). Los integrantes de las cámaras se denominaban diputados y se reunían una vez al año, entre veinte y treinta días, con un sueldo de doce reales diarios durante las sesiones y seis más por cada legua recorrida de ida y regreso a su lugar de residencia (Colombia, Consejo de Estado, 1925, p. 273). No parecía mucho, aunque era bien sabido que el beneficio real les llegaba con sus decisiones e influencias, pues todos eran reconocidos comerciantes. Entre los que recibieron ese salario estaba un samario de origen navarro, don Evaristo de Ujueta Bisais, quien fue presidente de la Cámara Provincial de Santa Marta; no se sabe la fecha exacta del inicio de su gestión, pero todo apunta a que fue desde el segundo semestre de 1834 hasta 1836. Él hacía parte del reducido grupo que manejaba el comercio de su ciudad así como la infausta vida de muchas personas, pues era un reconocido esclavista; lo dicen los archivos que muestran su infame actuar para deshacerse de aquellos que no le servían o sacudían las cadenas entonando himnos de libertad, ya que acostumbraba usar falsos testimonios buscando que esas desdichadas personas fueran condenadas al destierro para poder venderlas en otras regiones o en el exterior. Así trató a Manuela y a Jacinta, acusadas de ser cimarronas, de tener la piel oscura y brillante y el pelo hirsuto, de pretender ser lo que no

eran por tener las palmas de manos y pies del color prohibido, y querer apaciguar el oprobio de los grilletes con cantos festivos; por eso, dijeron que eran peligrosas, insubordinadas, prostitutas y ladronas (Romero, 1994, diciembre, p. 39). Tristemente, tres lustros después de echar a los españoles, los colombianos libres hacían con un puñado de compatriotas lo que los sibilantes hombres hicieron a sus ancestros: Discriminarlos por ser una colonia y una minoría. En últimas, eran esclavos que aprendieron a esclavizar.

Cuenta don Salvador Camacho Roldán que en 1846 don Evaristo hizo parte de la Compañía Unida de Santa Marta junto con importantes comerciantes de la ciudad como don Joaquín de Mier y el antioqueño don Francisco Montoya (1847, p, 206); otros dicen que el nombre de la empresa era otro: Compañía de Vapores de Santa Marta, creada para transportar mercancías hacia el interior del país (Viloria, 2000, p. 39); y hay quienes difieren en detalles, asegurando que en realidad la empresa fue fundada el 19 de enero de 1847 (Hinestroza, 2010). Lo cierto es que este hecho fue el epítome de una serie de intentos por dominar el río grande de la Magdalena desde que navegaron en 1823 los tres vapores de don Juan Bernardo Elbers: Fidelidad, Santander y el Gran Bolívar. El río representaba dinero y en 1862 le permitió a don Evaristo declarar 7.760 pesos, una fortuna sin dolientes, pues murió soltero, que lo ubicaba en el quinto puesto de los samarios más pudientes. Esa lista estaba encabezada por los Mier, el apellido más poderoso de la ciudad, quienes pasaron a la historia por haber sido anfitriones y dueños de la famosa quinta de San Pedro Alejandrino donde murió el Libertador, reconocida, además, por tener el mejor trapiche y el más extenso cañaveral de la región.

Los Mier, de origen gaditano, lideraron la provincia durante el siglo XIX. Don Evaristo era amigo y socio de ellos y, según Jorge Enrique Elías Caro, eso favoreció sus negocios, pues se convirtió en el principal importador en Santa Marta de artículos que compraba en “Londres, Bourdeaux, Liverpool, Jamaica, Saint Thomas y Baltimore y una vez, hechos los trámites de internación, los enviaba hacia Bogotá, Honda, Medellín y Mompox” (2008, p. 10). Elías afirma que entre 1824 y 1860 el 46 por ciento de las mercancías que remontaban la fuerza ocre del río grande de la Magdalena venían de Jamaica, integradas principalmente por ropa e insumos para la industria textil, cada uno con el 13 por ciento, y alimentos como “cebolla, harina, aceite de almendras, queso, clavos para comer, aliños, vinagre, pimientas, garbanzos, canela, encurtidos y aceite de bacalao”, con el 9,52 por ciento (2008, p. 10). Vale la pena resaltar que medio siglo después de haber sido demostrado, a través del periodismo agropecuario, que el país era apto

para producir trigo aun se introducía harina extranjera, certificando así que no existía una cultura agropecuaria y que muchos comerciantes y terratenientes preferían apostar su dinero en las posibilidades que había en el libre comercio; esto, en parte, explica el motivo por el cual la agroinformación no tenía preponderancia en los periódicos de la época. En el caso de la Provincia de Santa Marta, las importaciones no beneficiaban a los seis cantones que la integraban en 1835, ni a sus 46.577 habitantes, de los cuales 12.072 estaban en el cantón de Santa Marta (*El Amigo del País*, 1835, 15 de octubre b, p. 2). Por ende, esa provincia parecía un desierto productivo, ajeno al desarrollo y apegado a prácticas rurales para abastecer apenas el comercio local, desaprovechando el paraíso posible anunciado en las riquezas de la fértil e imponente sierra nevada de Santa Marta. De ahí surge una duda: ¿Qué tanto podía hacer la agroinformación en un lugar como ese? Se puede decir que su trabajo era, básicamente, soplar miradas con el fin de liberar a los samarios de la inmensa playa que se les había incrustado en los ojos. Para ello, contó con una ayuda inesperada, ya que el periodismo agropecuario surgió allí como una respuesta desesperada ante una tragedia, pese a que su intervención no resultó como la esperaban.

Todo empezó el 22 de mayo de 1834. Antes del alba, el mamo, sacerdote superior de los Kogui o hijos del jaguar, dialogaba en medio de la espesura de la sierra con la *Haba*, la gran madre, para preguntarle la razón de su molestia contra ellos y los hermanos menores, y para averiguar el motivo por el cual se había movido con tanta ira bajo la piel de la tierra revolcándose como si le picara la espalda. En esas estaba, cuando se le resbalaron de la mano unas hojas de coca que iba a llevarse a la boca y el poporo que sostenía con la otra parecía querer huir y llevarse con él la cal extraída de las conchas que duermen en ese trozo de cielo que es el mar de la bahía de Santa Marta. El indígena sintió que su cuerpo se elevaba en el mismo instante en que escuchó a la gran madre silenciando la voz flaca de los gallos costeños, lista para tocar una diana fiestera. El mamo tuvo una sensación de dolor como si alguien le hubiera metido la mano entre las tripas para revolcarle el estómago y un minuto después, alrededor de las tres de la mañana, ese hombre, así como don Evaristo, que dormía plácido sobre las mercancías que le robaban la paz a los artesanos bogotanos, y todos los Mier con sus ronquidos bordados de oro, y todos los esclavos con su hedor a desprecio, y todos los samarios anónimos y sudorosos, sintieron el remezón y el bramido de la *Haba*, que se sacudió durante unos segundos con tal fuerza que hizo despeñar hasta las palmeras, llevándolas de un lado para otro, como los ebrios

que se niegan a tocar el suelo, mientras el mar buscaba refugio adentro de las casas salitrosas que se sostenían unas contra otras. Hubo desespero, gritos y un terror que se perpetuó en la mañana cuando descubrieron a la brisa husmeando entre las ruinas. Dice Gosselman que “el terremoto destruyó más de cien casas y varias de las iglesias (incluida la Catedral) quedaron agrietadas. Joaquín de Mier fue uno de los más perjudicados con el terremoto, ya que varios de sus inmuebles resultaron afectados”. Fue tan grave el daño que un año después encontró “una ‘ciudad de aspecto miserable’, en la que no había hoteles, residían sólo siete extranjeros y las únicas edificaciones de cierto valor eran la Catedral, el palacio gubernamental y las residencias de los comerciantes Joaquín de Mier y Juan Fairbank” (Citado en Vilorio, 2000, p. 7). Esa ciudad herida era una endecha que imploraba la bendición protectora de la santa patrona de los casos imposibles, ya que ese día no fue el primero ni el último en sacudirse, pues hubo cerca de cincuenta movimientos entre el 8 y el 25 de mayo, razón por la cual “los samarios, alarmados por la frecuencia de los temblores, estuvieron muchos días acampando en las plazas públicas y al pie de los árboles” (Arboleda, 1933, p. 208). Sin embargo, a diferencia del terremoto en San Juan de Pasto, el 20 de enero de 1834, cuando el volcán Galeras no dejó ni una casa en pie, ni cultivos y se llevó como ofrenda ochenta almas, en Santa Marta hubo lágrimas pero ni un sólo muerto.

El repunte de la ciudad fue lento y apenas empezó a someter la adversidad y el dolor de la golpiza que le propinó la *Haba* cuando pudo competir en comercio portuario con Cartagena, que había dominado por años la entrada y salida de mercancías del país; lo hizo gracias al decreto del 24 de mayo de 1835 que en el artículo primero declaraba “puerto de depósito el de la ciudad de Santa Marta para todo género de mercancías y efectos comerciales” (Colombia, Consejo de Estado, 1925, p. 461). Esa noticia auguraba un buen futuro, pero no un presente mejor, ya que necesitaban mecanismos de acción rápida para salir de la crisis; por eso, su única esperanza era hallar soluciones en la Cámara Provincial y una de ellas fue fundar, en noviembre de 1834, la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Marta, pues creían que las sociedades eran “los agentes mas poderosos de la riqueza, de la ilustracion i de la dicha del país” (*El Amigo del País*, 1835, 15 de octubre, p. 2). La asociación tenía como fin inmediato promover el desarrollo ágil y eficiente de la región para enfrentar las consecuencias de la calamidad y generar bienestar; por ende, consideraban que debían actuar como el “buen patriota”, que es “el hombre de bien consagrado por una institucion á trabajar por la felicidad publica” (*El Amigo del País*, 1835, 30 de septiembre, p. 1). Todo esto fue secundado por el entonces gobernador del cantón, don José

Ignacio Díaz Granados, y por el jefe político de la ciudad, hoy día el alcalde, que era don Miguel García, quienes veían al sistema asociativo como una fuerza capaz de autoasumirse sin depender del gobierno nacional y al que podían pertenecer al dejar su investidura, pues allí había rédito económico y político:

Un argumento central es que en muchas de las materias objeto de deliberación de una Cámara los diputados provinciales tienen mayor conocimiento que los funcionarios de la administración central, carentes estos últimos de antecedentes sobre tales asuntos. Por tanto, se argumenta, son los diputados los llamados a ‘hacer la felicidad del territorio de su domicilio’. Así mismo se reivindica el poder municipal como el instrumento para la prosperidad de los pueblos y garantía de que las libertades públicas se hagan reales y positivas (Rueda, 2008, p. 174).

Con esos ideales nació *El Amigo del País* de Santa Marta, que llevaba el nombre de su ancestro español y el del impreso que se fundó en Buenos Aires, Argentina, el 6 de julio de 1833. Este periódico se convirtió en el órgano divulgativo de la asociación y, cronológicamente, en el octavo en la historia del periodismo agropecuario en Colombia. Y aunque su fecha de creación es incierta, pues no hay evidencia física de los dos primeros números, que era donde normalmente se registraban los estatutos y los principios fundacionales de la asociación, se puede pensar que fue el 19 de enero de 1835, día que se constituyó el reglamento interno de la Sociedad de Amigos del País de Santa Marta (*El Amigo del País*, 1835, 30 de noviembre, p. 2). En él, seguramente, estaban los objetivos, la estructura de la asociación y, por supuesto, el argumento que originó el periódico.

Al observar los ejemplares existentes queda la sensación de que la idea no salió como la planearon, ya que la publicación inició el 15 de agosto de 1835, casi ocho meses después de la reglamentación y diez desde la fundación de la Sociedad; quizás, no fue fácil conseguir los recursos para sacar el periódico antes por la situación económica que vivía la ciudad y tal vez, por eso, también decidieron que circularía el quince y el treinta de cada mes a un costo de un real por ejemplar o tres pesos la suscripción anual. El impreso se conseguía en el almacén de don José Antonio Cataño, donde todo estaba cubierto por ese manto marino que arrastra el viento costanero y que camina por las paredes, se cuele en el sudor de la piel y hasta en las letras del periódico, que lucían carcomidas y envejecidas haciendo difícil leer algunos de sus textos y, por lo tanto, la impresión, que se hacía en el taller de don Antonio Locarno, se ve de mala calidad y,

además, desordenada, pues los títulos ora usaban letra plana y negra, ora iban en perspectiva y vacías, sin que hubiera uniformidad dentro del diseño del periódico. No era un trabajo fácil, pues los asociados intervenían desde su inexperiencia; por ejemplo, cuando se publicó el primer número, don José Antonio era el vendedor del periódico pero también, desde el 1° de agosto de 1835, y por un periodo de tres meses, el director de la Sociedad. Todos hacían un poco de todo; incluso, al poderoso don Joaquín de Mier le tocó ser el tesorero.

Una particularidad del *Amigo del País* de Santa Marta es que fue el primero en Colombia que implementó la entrega a domicilio para los suscriptores. Entonces, los periódicos iban de un lado para otro, como la brisa samaria, en paquetes de cuatro páginas en formato de octavo a dos columnas y sin una ilustración pomposa en su encabezado, apenas algunas flechas que se sucedían una tras otra, como el rastro de una llanta de auto sobre la cual estaba escrito el nombre del impreso. Debajo de esto aparecía la barra con el número del trimestre publicado, la ciudad de origen, la fecha y el número del ejemplar. Esos datos aparecían escoltados por la voz de la figura imponente de Jean – Jacques Burlamaqui, el gran abogado suizo de la primera mitad del siglo XVIII, reconocido por ser abanderado del derecho natural que es el que ampara a las personas por el sólo hecho de existir y que va más allá del paquete jurídico de las sociedades. Burlamaqui, con su peluca ensortijada y su chaquetón de corte europeo, autorizaba la entrada al contenido del periódico con su eterna frase de bienvenida: “La desigualdad de conocimientos tan nociva en la sociedad, solamente puede remediarse por la Imprenta” (*El Amigo del País*, 1835, 30 de septiembre, p. 1). Así, los asociados les decían a los habitantes de la provincia para qué y para quién escribían; es decir, ilustrar a los integrantes de la servidumbre de la economía nacional, trabajadores del campo, pequeños comerciantes y artesanos, para generar riqueza.

El periódico se dividía en cuatro o cinco notas y por lo general abrían con la editorial, que se redactaba a partir de un objetivo: “Se dirigira siempre á mejorar la cosa publica, y no ofender a las personas” (*El Amigo del País*, 30 de septiembre, p. 1). Tampoco temían mostrar su independencia, pese al apoyo del Estado, al punto que no les preocupaba, por ejemplo, enaltecer al general venezolano José Antonio Páez, crítico enconado del general Santander, o reprochar las decisiones del gobierno que este encabezaba, como lo hicieron al hablar de manera mordaz del decreto del 30 de mayo de 1835: “Al censurar los actos abusivos que se cometieron en la formacion de este decreto, denominamos como uno de ellos la excepcion que se hizo del presidente y vice-presidente de la republica para que no contribuyesen con la capitacion del 4 por

ciento impuesta sobre el sueldo de todos los demás empleados y funcionarios públicos” (*El Amigo del País*, 30 de septiembre, p. 1). La segunda parte de la información contenía decretos, actividades y noticias de la Cámara Provincial y la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Marta. Otro tema era el de la moral, cuyo texto hoy día pasaría por inmoral, como cuando dijeron que “la mala educacion de la mugeres, su pasion desenfrenada al fausto y los placeres, y lo raros que son los buenos matrimonios, son razones muy poderosas que hacen preferir el celibato á unos nudos en que es tan difícil encontrar felicidad y sosiego, cuando se vive en un pais de lujo, corrupcion y de caprichos” (*El Amigo del País*, 1835, 30 de octubre b, p. 3). Esto permite inferir que en temas de género hasta el más liberal de los costeños resultaba un machista ortodoxo y lo confirma el periódico en una frase grosera que destinó para ellas: “Acuerdate siempre que Dios te ha hecho subdita de tu marido, y que el es tu guardian y natural protector” (*El Amigo del País*, 15 de diciembre, p. 4). Definitivamente, allí están las raíces del maltrato femenino que hogaño se percibe en el Caribe colombiano; es un triste SDIH: Síndrome de Deficiencia Intelectual Heredada.

Así, la política y la filosofía parecían domeñar el espacio del periódico junto a unas cortas notas de ciencia, literatura, policía y noticias provenientes de Estados Unidos, las Antillas, Francia, Inglaterra y España. La sección de cierre era la de avisos y casi siempre publicaban un sólo anuncio con un costo de medio real por cada línea publicitada; otras veces aparecía la minúscula ilustración de un barco para indicar la relación de entrada y salida de navíos así como los precios de los productos agropecuarios que transitaban por el puerto; gracias a esta sección, verbigracia, aquel que quisiera promover el sorbo incensado y embriagante del anís podía saber que la carga en grano le costaba treinta pesos (*El Amigo del País*, 30 de septiembre b, p. 4). Esa menudencia informativa hacía parte de una de las principales tareas que determinó la Cámara Provincial para la Sociedad de Amigos del País de Santa Marta, que era la de “instruir y fomentar á los agrícolas” (*El Amigos del País*, 30 de noviembre, p. 2). No se sabe quién fue el redactor de esa agroinformación, ni tampoco la fuente a partir de la cual construyeron los textos; lo cierto es que *El Amigo del País* de Santa Marta estuvo en circulación hasta el 15 de diciembre de 1835, con apenas nueve números, pero hizo más que algunos otros impresos que tuvieron mayor frecuencia, tiraje y duración. Quizás, la falta de presupuesto evitó que se hubiese podido superar las cuatro notas agropecuarias que se publicaron, sumadas a la información que iba en la sección final con los precios del agro.

Teniendo en cuenta la inexistencia de los tres ejemplares iniciales, la primera nota agropecuaria aparece en el número seis, el viernes 30 de octubre de 1835. Ese día, los habitantes de la provincia, muchos de ellos de cuño ganadero, conocieron los cuidados que exigía la crianza de una vaca. Se les dijo que las más fecundas y lecheras tenían “cabeza y cuello delgado, espalda ancha, patas cortas, piel delgada y color rojo”, parecidas al *costeño con cuernos* que se veía por allí durante esa época; también les dieron consejos prácticos como, por ejemplo, que al ternero recién parido se le debía esparcir “un puño de sal i pan desmigado para que la madre le lama i limpie” y darle a tragar una yema de huevo crudo; además, se les recomendó evitar manosear la criatura (*El Amigo del País*, p. 3). Y aunque la nota detallaba un proceso fácil de comprender y aplicar, pues carecía del lenguaje técnico y denso de otros escritos, la principal característica de este artículo es que se convirtió en el primero en preocuparse específicamente por hablar de un animal productivo y de asuntos de sanidad pecuaria.

El 15 de noviembre de 1835 *El Amigo del País* de Santa Marta complementó el tema de la vaca enseñando a realizar queso con el fin de diversificar la producción para generar ingresos extras, pues en la región existía un hato de cien mil cabezas que, según decían, se perdía por cuenta del abigeato que derivaba de la holgazanería, y por falta de exportación y un consumo interior que no era proporcional al aumento de las crías (p. 2). De acuerdo con esa información, a los ganaderos samarios no parecía irles bien, pese a que la producción bovina repuntaba en zonas como la cundiboyacense, el alto magdalena, los llanos y, especialmente, en Antioquia donde creció al 4,5 por ciento anual, pasando de 17.000 cabezas en 1807 a 115.000 en 1852 (Yepes, 2001, p.146). No obstante, se pensaba que la ganadería no generaba desarrollo socioeconómico, ya que producía pocos empleos, lo cual resultaba beneficioso para los terratenientes porque no generaba grandes costos. Por eso, es paradójico que los ganaderos que hacían parte de la Cámara Provincial o de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Marta señalaran desde el periódico a la holgazanería como causa de la baja productividad, pero que la fomentaran en sus propias haciendas. También resulta extraño que buscaran alternativas productivas como el queso sabiendo que la región estaba muy por debajo de la quesería cundiboyacense y, por ende, no podía competir. Era algo que ellos reconocían: “Los que actualmente se ofrecen al consumo publico se hallan muy distantes de la perfeccion necesaria para que sean un articulo productivo” (*El Amigo del País*, 1835, 15 de noviembre, pp. 2-3). Tal vez, por eso, querían mejorar la producción tomando como referencia “el metodo que se practica en otras naciones mas

adelantadas que la nuestra” (*El Amigo del País*, 1835, 15 de noviembre, p. 3). Esto permite concluir que lo publicado volvía a recaer en el reencauche de la agroinformación, pues allí tampoco primó la vivencia del reportero, reduciendo al periodismo agropecuario a la capacidad del redactor para adaptar una literatura que estaba fuera del contexto de la realidad del agro nacional.

Todos los artículos agropecuarios publicados en Santa Marta abarcaban algo más de una columna de las dos que había por página; así, las cuatro notas suman tres páginas, a las que se agrega una más, ya que el registro de los precios del agro ocupaba un cuarto de hoja y salió en cuatro ocasiones. En total fueron cuatro páginas entre treintaiséis publicadas, lo que arroja un 11,1 por ciento destinado al agro. Esto quiere decir que *El Amigo del País* de Santa Marta se mantuvo dentro del bajo promedio de participación agropecuaria que hubo en la mayoría de los periódicos donde se publicó durante la primera mitad del siglo XIX; sin embargo, los samarios creían que al menos intentarlo hacía la diferencia, como lo expresaron en la nota sobre el queso: “Quizás muchas de las reglas que vamos á dar serán las mismas que aquí se conocen; pero alguna circunstancia nueva o descuidada por pequeña que parezca, influye demasiado en la bondad esencial de los quesos” (1835, 15 de noviembre, p. 3). Esto era un llamado a mejorar, innovar y generar ingresos, tal como se podía leer en las últimas líneas de esa misma nota: “Despues que ya esta suficientemente endurecido, se le frota bien con manteca de Vaca ó aceite, y es esencial esta operacion para conservar la corteza en buen estado y mantener siempre fresco el queso” (1835, 15 de noviembre, p. 3). Nada del otro mundo, pero muy útil. En últimas, la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Marta se vendía a través del periódico como un símbolo de esperanza, pero también de poder, en una región en la que según Adelaida Sourdis todavía existía “el espíritu federalista en contra de la república centralista” (Citada en Rueda, 2008, p. 165). Por ende, sus decisiones así como el trabajo de la Cámara Provincial que la apoyaba se ganaron las críticas del gobierno nacional desde antes de empezar la publicación del periódico, las cuales se volvieron oficiales con la resolución del 2 de julio de 1835. Sobre ese tema la asociación dejó sus apreciaciones en la edición del 30 de noviembre de ese mismo año.

La última vez que circuló *El Amigo del País* de Santa Marta fue un martes. Se despidió publicando dos notas agropecuarias y el consabido registro con los precios del agro. Aquella vez también se pensó en el sector pecuario al ofrecer información relacionada con la oveja, lo cual era otra novedad para los samarios, y en general para la costa, ya que los primeros ovinos que

llegaron con los españoles se habían asentado en las tierras altas y frías del país. Así lo confirmaron los científicos franceses Roulin y Boussingault, quienes durante la década de 1820 registraron en sus notas de viaje que la descendencia de esas ovejas era más pequeña que la europea, tenía lana burda y vivía entre los mil y dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar; además, decían que había pocas en las regiones calientes, ya que por debajo de los mil metros “no son muy fecundas y los corderos se crían con trabajo” (1849, p. 240). Cuentan que sólo vieron algunos ovinos en los llanos del Meta y en el valle del alto y medio Magdalena, pero ninguno en la costa atlántica.

Quizás, eso motivó a los asociados en Santa Marta a considerar que la oveja era una oportunidad para acabar con la holgazanería de la región. Para ello, publicaron detalles sobre el levante y la sanidad del animal; por ejemplo, enseñaron que para alimentar a la oveja se requerían de 2 a 4 dracmas de sal, peso en el que cada unidad equivalía a 1/8 de onza o 3.594 miligramos, que se podían mezclar en el agua o con el pasto pero evitando excederse en la dosis, pues afirmaban que el sobrepeso causaba baja fertilidad (*El Amigo del País*, 1835, 15 de diciembre b, p. 4). Este asenso contradecía el concepto científico de la época y demostraba, además, que manejar información sin un conocimiento previo o claridad en el tema podía inducir al error al redactor y, por lo tanto, desinformar al productor agropecuario. También explicaron la forma adecuada para esquilmar una oveja. Decían que era necesario cortar la lana “con unas tijeras grandes muy cerca de la carne fregandoles después el espinazo con vino y aceite envuelto; y si se les ha hecho alguna cortadura se les da luego con manteca de puerco ó hez de aceite”; en otras palabras, se les refregaba el cuncho o sedimento de esas sustancias (1835, 15 de diciembre b, p. 4). Un elemento bien interesante de este artículo es que por primera vez en la historia del periodismo agropecuario colombiano se trató un asunto del resorte veterinario como lo es la cirugía de castración: “Escogese para esto un tiempo templado, y se ejecuta haciendo una incisión en la bolsa y sacando los testículos, que se desprenden por si mismos apretando la bolsa: friegase la llaga con manteca de puerco, y se le da al cordero por dos días yerva picada envuelta con salvado” (1835, 15 de diciembre b, p. 4). El relato, tan veloz como el procedimiento, podía llegar a ser un riesgo para la vida del animal, pues el redactor no planteó alternativas o soluciones posibles ante las dificultades o consecuencias que se pudiesen presentar. De todos modos, en esa información, olorosa a estiércol de aprisco, la ciencia médica y el agro convergieron maravillosamente en un mismo lugar y momento para abrirle las puertas al futuro.

El segundo artículo agropecuario publicado en ese número proponía otra novedad: Un producto agrícola llamado ñame de frisol. Cuentan que era una planta originaria de Martinica y que la Sociedad de Amigos de Jamaica la promovió en el *Cronicle* de la isla mediante una memoria escrita por don Santiago Macfa. Ese texto llegó a manos de un hombre que residía en la villa de Santa Cruz de Mompo, integrante de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Marta, quien lo tradujo y lo envió para ser publicado en el periódico de la asociación. En él se describe al ñame de frisol como un arbusto que crecía en todos los terrenos y climas, y tenía la ventaja de dar cosecha a los cinco o seis meses de plantada la semilla. Allí, describen el modo de siembra advirtiendo que al final no era su fruto lo que se consumía, por ser venenoso, sino los nudos que se formaban en la raíz y, además, promocionaban algunos de los usos que podían tener: “Cortadas en revanadas y secadas al Sol, en una troja ó en un horno por cuyo medio se obtiene una arina parecida á la del platano verde. De este modo es un excelente sustituto de la arina de diferentes cereales y mezclada con la del trigo se obtiene un buen pan” (1835, 15 de diciembre c, p. 2). Publicitar ese alimento resultaba valioso, pues la asociación estaba segura de su potencial productivo y comercial: “Persuadida de las ventajas que producirá en nuestros pueblos el ñame de frisol, ha pedido la semilla á Jamaica, y luego que nos sea remitida, la pondremos en manos de los agricultores para que pronto produzca nuestro fertil suelo una muestra mas de cuya utilidad no nos queda la menor duda” (1835, 15 de diciembre c, p. 2). Y así como el ñame de frisol parecía importante para la provincia de Santa Marta también lo era para el periodismo agropecuario, puesto que otro de los reconocimientos de *El Amigo del País* de Santa Marta es el haber sido el primero que enseñó los métodos de producción rural promoviendo su aprovechamiento en la industria artesana; es decir que el periódico fue pionero en la enseñanza de la explotación del campo con una visión de empresa que tres años después, un poco más madura y completa, continuó *El Labrador i Artesano* de Bogotá. En definitiva, el impreso samario estuvo a la vanguardia de la agroinformación.

No obstante, el mar del atlántico parecía intranquilo y bravucón; se movía batuqueando sus aguas aceradas, mientras se quejaba usando todos los acentos que había aprendido luego de casi cuatrocientos años de singlar sobre su lomo las viejas carabelas y los pomposos galeones. Esa vez cuestionó la realidad como si fuera todo un sevillano: “Ehto tíoh, ¿poh qué vienen ahora ablá de la taleh ovehah s’ehte vientre ehtá peshao e peseh i gambah por montoneh pa’ disfrutá?”. Y el viento, ese correveidile incansable, ese experto en colarse por doquier, el que todo lo sabe sin

preguntar nada, aterrizó en la costa llevando aquel lamento de alta mar y lo dejó esparcido entre arenas y llanuras, y lo metió entre los cabellos de los cocos y bajo los cascos de un ganado esmirriado y perezoso. “Mumumuuuuuy equivocados están los que buscan leche donde ni siquiera hay carne”, dijo un buey ojeroso y envejecido por el calor y las moscas y por el cansancio del rebusque en la caza de pasturas con algo de vida. Un eral cercano replicó: “Pooobres las tetas que caen en esas manos rudas que buscan enriquecerse con lo que no hay”. Y el hato en conjunto, saliendo de su eterno diálogo silencioso, y sin perder esa mirada negra, impasible e indescifrable que caracteriza a las vacas, le respondió: “¡Uuubresss!”.

Lo cierto es que hasta las mariamulatas, que no se niegan a nada si hay a cambio algunas migajas de comida, parecían querer elevar sus picos largos y afilados para arrancarse el bello plumaje azul viscoso y protestar porque las propuestas agropecuarias del *Amigo del País* de Santa Marta no lucían adecuadas frente a las necesidades de una región que desde los días de la colonia se caracterizaba por tener haciendas ganaderas, pero donde el levante estaba enfocado exclusivamente a la producción cárnica, ya que es bien sabido entre los especialistas del tema que la pobreza de las praderas, con muy poca agua y escasa materia fibrosa, hace que el ordeño sea una labor poco rentable y que lo extraído termine siendo apenas para el consumo de la misma hacienda. Así que el periódico, al proponer el fomento de la actividad ganadera en función de la producción de carne sin hacer la diferencia para enfrentar la competencia en el resto del país; al pretender la elaboración de quesos donde casi no se producía leche y lo que se ordeñaba no tenía la calidad necesaria por su baja densidad grasa; al tratar de promover la cría de ovinos montañosos muy cerca del mar; al aventurarse con plantas ajenas al ambiente natural del país en lugar de estudiar y buscar recursos en sus propias tierras y aguas, hace pensar que el esfuerzo de *El Amigo del País* de Santa Marta era improductivo e inocente y desnudaba, una vez más, el desconocimiento del sector entre quienes empujaban su desarrollo a través del periodismo.

La propuesta agroinformativa de los samarios hubiera caído muy bien, por ejemplo, entre los ganaderos de la sabana de Bogotá, donde los pastos verdes y húmedos llenan de gloria esas ubres sonrosadas e infinitas que se elevan como si cada una de ellas fuera una luna nueva huyendo de la noche y de las nubes que algunas veces cargan estampadas en su piel; por ende, los quesos que sus leches paren, suaves y cremosos, tienen la calidad suficiente para exornar cualquier taza de chocolate capitalino. Tristemente, los redactores de *El Amigo del País* de Santa Marta obviaron la oportunidad que había en producciones propias que enriquecían sus aguas y sus campos, como

las flechas hacendosas de la caña o los cafetales que permanecen adornados como eternos árboles de navidad o las matas de plátano, agotadas de cargar en su cuello racimos de dinero amarillo, mientras imitan la paciencia del tabaco que se encorva como un anciano para aguantar el peso de su tesoro mortal. Todas esas plantas, así como otras de menor valor productivo, existían en la provincia de Santa Marta, pero permanecían en el olvido.

Sin embargo, con sus virtudes y defectos, y el yugo de la inexperiencia y la incertidumbre que causa el periodismo, lo cierto es que *El Amigo del País* de Santa Marta cumplió con tratar de fomentar y formar el sector agropecuario de la región. Por eso, resulta paradójico que la Sociedad de Amigos del País de Medellín, diez años después, en 1845, no hubiese considerado entre los objetivos primordiales de la asociación y en los de su periódico el promocionar el agro en Antioquia, tal como lo hizo su hermano mayor en Santa Marta o la ancestral Matritense en España; por el contrario, prefirió enfocarse principalmente, y desde el principio, en el tema minero. La intención no era descabellada debido al potencial de la región, pero con tierras tan productivas la minería no podía ser exclusiva. Por lo mismo, hubo algo de esperanza cuando los redactores adujeron que la asociación había sido creada para “sostener i defender, por todos los medios legales i decentes, los derechos del pueblo i con el de procurar el progreso de la civilizacion i de la industria” (*El Amigo del País*, 1845, 15 de diciembre, p. 1). En aquel tiempo, esa última palabra indicaba que la agroinformación podría ser tenida en cuenta en el periódico; pero al final no resultó como se esperaba, ya que mientras en Santa Marta circularon nueve ediciones con cuatro artículos procampo, en Medellín apenas hubo dos en veintisiete números.

La asociación de los amigos del país en la capital antioqueña era de carácter liberal y marcadamente antijesuítica. Fue fundada en 1845 por un grupo de dieciséis personas, entre las que se encontraban reputados políticos, periodistas y empresarios de esa ciudad como don Nicolás Florencio Villa, don Francisco Eladio Restrepo, don Juan Santamaría, don Román de Hoyos, don Pedro Antonio Restrepo Escobar, los hermanos Tomás y Elías Uribe Santamaría, don Evaristo Zea y los ciudadanos ingleses William H. Jerwis y Tyrrel Moore, además de los dos líderes de la Sociedad: don José María Faciolince y don Juan de Dios Restrepo. Este último nació en Amagá el 23 de agosto de 1823, pero vivió treinta de sus setenta y un años de vida en el Valle del Cauca. Él fue quien concibió la idea de conformar un grupo capaz de fomentar la economía, la industria y el progreso social, bajo la influencia ideológica de don Florentino González y don Ezequiel Rojas, quienes fueron sus maestros durante su triste periplo de estudios

superiores en Bogotá entre 1840 y 1844, de donde se marchó amargado huyendo del frío, del rector tiránico y “patan” que asfixiaba la vida de los bartolinos por esos días, y también de la vida cultural y académica de los bogotanos que se enfocaba exclusivamente a pensar en asuntos de política:

A pesar de que nos portabamos adentro i fuera de las áulas tan bien como el mejor, éranos imposible esquivar mil ofensas inmerecidas, i mil inurbanos tratamientos de parte del susodicho rector. Faltónos la paciencia, pues ya no eramos muchachos de escuela, porque teníamos 18 años de edad, i estábamos acostumbrados á que se nos tratase como caballeros. Considerando por otra parte, que nuestra salud estaba mui resquebrajada, i no teniamos inclinacion á la carrera politica, ni apreciabamos en dos higas el grado de doctor, tuvimos á bien decir adios al rector i al plan, i volvernos tranquilamente á nuestra casa (*El Amigo del País*, 1846, 15 de octubre, p. 3).

Al final, y a pesar de sus apreciaciones, don Juan de Dios terminó convertido en un abogado con amplia vocación por el periodismo, profesión en la que se destacaba por su actitud frentera y directa. Sin embargo, en *El Amigo del País* de Medellín no pudo hacerlo de tiempo completo, como él quería, ya que desde 1844 fue víctima de una afección en sus ojos que le impedía acercarse adecuadamente al placer de las letras. Al respecto, él recuerda con cierto dolor lo difícil que le resultaba cumplir con su labor en el periódico:

A tal punto de tener, cuando hemos querido imponernos de un periodico, ó contestar una carta, que valernos de alguno de nuestros amigos, ó de otra persona cualquiera, para que nos saque del apuro. Añádese á esto, que dos años para acá hemos vivido la mayor parte del tiempo en el campo, en el cual escribimos actualmente. Permaneciendo, pués, casi siempre ausentes de Medellin, i teniendo la vista medio perdida, nos ha sido materialmente imposible ser redactores principales i correjidores de ningun periódico. A lo mas habremos escrito media docena de articulos para el Amigo del País (*El Amigo del País*, 1846, 15 de octubre, p. 3).

La enfermedad ocular no le impidió a don Juan de Dios rebuscarse la vida y, por eso, incursionó en negocios de agricultura, industria y comercio. Sin embargo, el destino castigó sus palabras juveniles y con el tiempo terminó inmiscuido en lo que menos le gustaba: la vida política, actividad que le trajo desventuras, como el arresto que padeció por su acercamiento con

el general Tomás Cipriano de Mosquera en 1860, pero también le concedió alegrías y una de ellas fue su labor consular en Nueva York una década después. Hay quienes afirman que él tenía un “espíritu descontentado y misántropo” (Ardila y Vizcaino, 2008, p. 64); no obstante, la mayoría de quienes lo conocieron destacan a un hombre muy elocuente, culto y con inmejorables cualidades literarias que le permitieron dejar huella en la historia del país a través de Emiro Kastos, que fue su seudónimo más conocido: “Su pupila transparente veía mucho y se proyectaba con soltura y sin mayor esfuerzo. Su estilo era vigoroso y picante en los ensayos sobre costumbres, mentalidades, arte, teatro, política nacional e internacional, filosofía, historia regional, geografía, minería, administración, economía, desarrollo industrial, viajes por el país y el exterior, posición de los jóvenes en la Nueva Granada y semblanzas de personalidades de la época” (León, 2012). Esa polimatía aseguraba la calidad informativa de los periódicos en los que trabajó y, particularmente, en el que representaba a la Sociedad de Amigos del País de Medellín, donde él firmaba sus artículos como Juan Algarrobo.

Por su parte, don José María Faciolince Duque tuvo que hacer mucho en poco tiempo, ya que el calendario de su vida infortunadamente sólo tenía la mitad de las páginas. Por eso, aprovechó su título como doctor en derecho y ciencias políticas, obtenido en 1837, para cumplir a cabalidad el encargo de servir al pueblo medellinense, actividad que empezó bien temprano untándose las manos de tinta como escribiente de la Secretaría de Gobierno de la provincia de Antioquia con apenas catorce años de edad. Gracias a su formación también llegó a dictar sentencias siendo juez de la república en 1844, creó ordenanzas como diputado en 1848, ejecutó políticas en el cargo de secretario de gobierno de la provincia de Medellín en 1849, defendió la ley como fiscal en 1850 y dirigió al pueblo ostentando el título de gobernador de la provincia de Medellín entre el 20 de octubre de 1851 y el 11 de abril de 1853, además de todos los compromisos que tenía como abogado y periodista. Fue un hombre incansable desde el día que nació en la capital Antioqueña el 22 de octubre de 1816 hasta su temprana partida, cuando llegó a los treintaiséis años y once meses de edad, un brumoso 19 de septiembre a las cuatro y treinta de la tarde, en el municipio de Rionegro.

Cuentan que sus restos fueron embalsamados por sus amigos para congelar en el tiempo al caballero de porte agradable y de maneras suaves que todos recordaban y al insigne servidor público a quien ponían al mismo nivel de los grandes referentes liberales de la farándula capitalina del momento, pues se decía que “el Dr. José María Facio Lince fue para Antioquia lo

que para Cundinamarca y en general para la República, el Dr. Lorenzo María Lleras; el educador por excelencia, el director de la juventud en el estudio, el repúblico probo de los sabios y patrióticos consejos” (Restrepo citado en Latorre, 2006, p. 283). Esas características radicaban, de acuerdo con los señores Francisco Uribe y Ricardo Rodríguez Roldán, en que don José María había descubierto como pocos esa fuerza mística que se oculta al interior de las palabras:

El orador dominaba entonces como un soberano en su trono. La fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la elegancia de su estilo, y en general todo lo que constituye un verdadero núcleo de una composición literaria, dominaron en sus discursos; y por esto la simple lectura de uno de ellos, aun sin el realce que sólo él sabía darles, cautiva al lector y da a conocer al hombre nacido para dominar en las asambleas y en los comicios populares (Citados en Latorre, 2006, p. 189).

Entonces, el ilustre semblante tenía tras de sí un perfil revolucionario. Eso lo llevó a vestirse de prisionero político durante la guerra de los Supremos para defender su pasión por la justicia social, guiado, quizás, por esa rebeldía iluminada que yace en el mundo de los francmasones y que él aprendió a domesticar con éxito. Era “el Gran Maestro”, según su tataranieta, el escritor Héctor Abad Faciolince, quien lo destaca como fundador, en 1847, de la Logia de los Caballeros Racionales, grupo que aun se niega a desaparecer y pervive sostenido apenas por la mística de sus únicos siete miembros (Abad, 2004, diciembre, p. 174). Seguramente, ese acercamiento con la masonería venía desde sus días como estudiante en el Colegio San Bartolomé de Bogotá, donde terminó la formación que había comenzado en el Colegio Académico de Medellín, institución que con el paso de los años se convirtió en la Universidad de Antioquia.

Y este es un punto para destacar, pues don José María quería hacer un aporte al pueblo neogranadino partiendo de una perspectiva diferente a la política, tal como lo hizo en su momento don Rufino Cuervo Barreto, al tratar de buscar soluciones para los problemas del país adentro de las aulas y no en el cañón de las armas. Así, con esfuerzo y ganas, logró cumplir un destacado papel en la educación antioqueña, en especial por la labor que realizó a través de su amado colegio, donde tuvo que asumir retos importantes como rector y profesor de analogía latina y lengua castellana, siendo, además, quien lideró al grupo de alumnos y exalumnos que logró retirar a los jesuitas de la administración de esa institución en 1847, pese a que con ello por poco traiciona sus propios ideales:

Dicha resistencia incluyó un estruendoso estallido de petardos en el interior del claustro. Menos de dos años permanecieron los jesuitas al frente del colegio. Facio Lince no sólo logró la salida de los religiosos sino que recibió la dirección de aquél, la cual aprovechó para introducir nuevas materias como el inglés, la lógica y las matemáticas, economía política y derecho de gentes, geografía, cosmografía y cronología, física y mecánica. Su rectoría duró hasta 1851, aunque con una breve interrupción (García, 2005).

Ese interés pedagógico lo plasmó también en su papel como redactor en *El Amigo del País* de Medellín y en *El Censor*, impreso que fundó en 1847 y que luego convirtió en el balcón desde donde defendió a brazo partido la candidatura presidencial del general José Hilario López y la abolición de la pena de muerte. Tres años antes de su deceso, en 1850, escribió en *El Medellinense*, periódico donde solía firmar con el seudónimo Véritas, el cual hizo parte de la larga lista de apelativos que usó: Agorero, Bruto, Castellanos, Davina, Delio, Demócrito, Fabio, Jerardin, Quecunque, Quidan y Tulio. Eran tantos, que parecía como si durante toda su vida hubiese cambiado de nombre cada tres años.

Alguno de esos seudónimos fue el que se sentó junto a Emiro Kastos para planear la creación de la Asociación de Amigos del País de Medellín. Ese día, los dos hombres se quitaron las máscaras y quedaron frente a frente revelando los rostros de dos personas que destilaban un espíritu ilustrado: don José María con su cara redonda y los cabellos de lechuga, los ojos grandes y expresivos y el bigote delgado, trazado como con un fino pincel, sobre un trozo de barba reducida apenas al mentón; era todo un dandi decimonónico. Al otro lado, don Juan de Dios elevaba su nariz delgada y afilada, quizás para enarbolar la barba de sabio con la que daba volumen a una cara alargada y de mirada aguda, coronada por un casco de pelo abundante que estaba dividido por una línea al extremo izquierdo de la cabeza, permitiéndole extender su cabellera sobre una amplia frente y caer por un costado como el torrente que sobrepasa un roca blanca y lisa.

Los dos hombres hablaron sin mucho rodeo y se pusieron de acuerdo para echarse cruces contra las cruces. Ellos creían que Dios, Nuestro Señor, estaba de su lado. No eran templarios, ni cruzados, pero sí caballeros de la libertad que usaban la capacidad creativa y el espíritu de lucha que los identificaba para fusionarse y multiplicarse en la asociación que fundaron. Para ello, como lo había enseñado Tocqueville, decidieron crear un periódico que representara sus ideas y

los uniera; fue así como nació, el 15 de diciembre de 1845, *El Amigo del País* de Medellín, el cual se parecía más al modelo convencional de los periódicos colombianos del momento que al formato original de *El Amigo del País* de Madrid, ya que mientras en este último se redactaban, traducían y admitían “artículos relativos á agricultura, artes, comercio, economía, estadística, administración, ciencias, beneficencia e instrucción pública” y se incluían “noticias de los descubrimientos útiles, de los nuevos establecimientos industriales de cualquiera clase, y de las obras y escritos de utilidad general” (1844, p. 3), desde *El Amigo del País* de Medellín se emprendían “campañas contra la superchería, el fanatismo y el espíritu clerical del medio, lo que les acarreó enfrentamientos no sólo con la iglesia sino con la congregación de artesanos católicos, formada por iniciativa de los jesuitas en 1845” (González, 2007, p. 37). Y este es un punto que no era negociable dentro la esencia que la Matritense logró esparcir como polen a través de sus páginas: “Solo las materias de religión y política quedan escluidas de este periódico” (1844, p. 3). Lo cierto es que a los amigos del país en la capital antioqueña parecía importarles muy poco la idea de convertirse en polo para la promoción del desarrollo socioeconómico de su región y sólo se preocupaban por ser un fortín político y usar el periódico como arma para su enconada guerra contra la Compañía de Jesús y sus promotores en el gobierno, empezando con el entonces gobernador de la provincia de Antioquia, don Mariano Ospina Rodríguez, el mismo que trajo a esa congregación de regreso al país siendo ministro de educación.

Cuenta María Cristina Arango de Tobón que los redactores principales, los esbirros escogidos para adelantar el plan de liberación antijesuítica y defender las libertades y la democracia, eran don Nicolás Florencio Villa y don Francisco Eladio Restrepo (2006, p. 28). Ellos hicieron notar la posición belicosa del periódico desde la primera página del primer número, en el que amenazaron a los jesuitas aclarando que *El Amigo del País* de Medellín no era un periódico de oposición y tampoco de afecto hacia el gobierno nacional, y que propenderían por defender los derechos de los ciudadanos, incluyendo los temas de fe, pues, según decían, no iban a perdonar a los religiosos que querían “hacernos retrogradar muchos años atrás” (1845, 15 de diciembre, p. 1). Paradójicamente, también prohibían cualquier ofensa contra la iglesia católica.

Lo triste es que por ningún lado se hacía referencia a su interés por el sector agropecuario, pese a que en el prospecto expresaron su deseo de impulsar el conocimiento y la industria. Sin embargo, lo publicado demuestra que se referían a la minería, actividad que por primera vez fue

acogida por el periodismo en desmedro del agro, y confirma que su objetivo era hacer política con una actitud crítica, mesiánica y doctrinaria: “En las columnas de este periódico hallarán cabida las producciones, de todo aquel que por medio de la prensa quiera quejarse de la arbitrariedad del poder público, de las injusticias del poder judicial, de los ataques del poderoso contra el débil” (1845, 15 de diciembre, p. 1). De esta manera, se atribuían el derecho a controvertir el actuar de cualquiera, en especial de los jesuitas, de quienes decían, por ejemplo, que apelaban a la corrupción y a la manipulación para alcanzar el poder, tal como lo hicieron en Francia, de donde fueron expulsados por el parlamento parisino. Los antioqueños argumentaban que en esa oportunidad se señaló a la Compañía de Jesús de “introducir bajo el velo de una institución religiosa *un cuerpo político*, cuya esencia consiste en poner en juego una actividad continua para llegar por toda clase de medios directos ó indirectos, ocultos ó públicos primeramente á una independencia absoluta i sucesivamente á la usurpacion de toda autoridad” (*El Amigo del País*, 1846, 1° de enero b, p. 3). A todas luces, buscaban defender la aspiración liberal a detentar el poder político y, por ende, a través del periódico querían eliminar todo aquello que obstaculizara su camino; el primer paso era evitar que la grey de San Ignacio de Loyola se apoderara del sistema educativo colombiano. Para ello, los redactores llegaron a decir que los jesuitas admitían en sus colegios a niños en calidad de internos “para formar cadaveres que correspondan a su tenebrosa política” (*El Amigo del País*, 1846, 15 de agosto, p. 1). Asimismo, denunciaban que el método de control que ejercían los religiosos era calculador y peligroso, pues al tener en su poder al hijo también llegaban a la madre; a través de ella, se apoderaban de la familia y al final, terminaban controlando el núcleo social apoderándose de toda la comunidad para instaurar su gobierno.

Los asociados excusaron su actitud ante la necesidad de atender lo que llamaban los “negocios públicos”, es decir, la administración pública, porque la mayoría de los 56.800 antioqueños, de los cuales 9.684 residían en Medellín, sólo se preocupaban por desarrollar sus labores de industria y permanecían totalmente ajenos a los asuntos del acontecer político, tema que tenía un peso social importante en esa época (*El Amigo del País*, 1846, 1° de noviembre, p. 4). Por ende, según el primer artículo de su reglamento, se proponían llenar ese vacío a través de actividades como el periodismo: “El objeto de la sociedad es sostener i defender moralmente los fueros del pueblo Neo-granadino; é impedir por todos los medios legales i decentes, que la ignorancia i el fanatismo entraben la marcha creciente de la civilizacion” (*El Amigo del País*,

1846, 1° de enero, p. 1). Allí mismo, confesaron que ellos no eran ramificación de ninguna otra asociación, lo cual aclara las razones de su disidencia frente a los objetivos propuestos por los periódicos relacionados con las sociedades de amigos del país antecesoras y, por lo tanto, en aras de la libertad que defendían, se asumían como determinantes de su propia voz y estilo.

Y esa sensación de estar frente a un medio de carácter político se ratifica desde la ilustración de su encabezado, que era una versión del escudo nacional que representó al país entre 1834 y 1861, muy similar al actual, aunque en el emblema de aquel tiempo el istmo de Panamá se ubicaba de forma vertical y no horizontal como en el presente, y en lugar de banderas laterales estaba acompañado por dos diosas griegas tenantes: Atenea, símbolo de sabiduría y libertad, al costado derecho y Temis, la deidad de la justicia, al izquierdo. Todo el conjunto iba sobre un manto que parece representar un pequeño bosque con montañas; quizás, copiando la imagen de una vista aérea de alguna porción del paisaje antioqueño.

*El Amigo del País* de Medellín viajó por las elevaciones y llanuras de esa región durante trece meses. Cada uno de sus ejemplares se podía adquirir en la tienda de don José Antonio Escovar, aunque los últimos tres números fueron vendidos por don Carlos A. Moreno. El periódico circulaba quincenalmente; sin embargo, el número siete salió un día diferente: el 11 de marzo de 1846. Los demás se publicaban el primero y el quince de cada mes, según se podía leer en un párrafo informativo que iba a un costado de la imagen de Atenea, cuya figura, como si fuera una modelo del presente, parecía anunciar que el periódico se conseguía por la módica suma de cinco reales el trimestre o a un real cada ejemplar. Ese precio de venta se mantuvo invariable durante todo el tiempo de publicación. El resto del encabezado era el mismo de siempre: La ilustración arriba, ocupando una buena porción del margen superior, y debajo iba el nombre del periódico en letra grande y en perspectiva, copando el ancho de la página. A continuación, aparecía la ciudad de origen, la fecha de publicación y la frase de costumbre, que en este caso era de Louis Philippe Conde de Ségur o, tal vez, la de su hijo Philippe Paul Conde de Ségur, ya que no es claro quién de ellos la emitió. Ambos eran políticos e historiadores franceses y la expresión que salió de aquella familia para incrustarse en el pecho de *El Amigo del País* de Medellín era un llamado a rodear al gobierno de la razón: “La verdadera devoción es tolerante como la verdadera filosofía; la hipocresía i la superstición son fanáticas e intolerantes”. Es claro que el mensaje hacía parte de la ideología antijesuítica del periódico, la cual llegó a tener una sección propia, llamada *Jesuitas*, que muchas veces aparecía introducida por una sentencia del conde francés Maximilien

Sebastien Foy, el gran general prerrevolucionario y napoleónico, quien decía que “el jesuitismo es una espada cuya empuñadura está en Roma i la punta en todas partes” (*El Amigo del País*, 1846, 15 de enero, p. 1). Esa sección no se mantuvo como tal por mucho tiempo, pero no faltó un sólo día en que el impreso no dedicara mínimo un artículo para criticar bajo cualquier pretexto y título la existencia de la Compañía de Jesús.

Dicho tema iba de consuno con otras secciones que le daban a *El Amigo del País* de Medellín un cierto aire de magazín. Había noticias extranjeras, variedades, avisos publicitarios y los remitidos, que eran artículos enviados por los ciudadanos. Además, publicaban información extraída de otros medios con noticias curiosas y relatos cortos y entretenidos de carácter costumbrista y poca trascendencia, como la historia del hombre que se compadecía así mismo por la esposa y la cuñada que el destino le impuso: “Mi cuñado está al perder la chaveta, i cuando él y yo nos juntamos á lamentar nuestra suerte es para alquilar balcones el oírnos, ó mas bien para llorar i compadecernos, porque él con su loca i yo con mi beata ya estamos á punto de tirar ó de que nos tiren piedras; i si Dios no lo remedia, vamos á parar a una jaula” (1846, 15 de agosto b, p. 4). El resto lo componían noticias con los hechos acaecidos en Medellín, textos de opinión sobre teatro, literatura y poesía, y varias columnas que usó la asociación para defenderse de los ataques que le hacían a través de cartas o notas escritas en otros periódicos.

También abrieron algunos espacios para el agro y la ciencia. En una edición se refirieron al descubrimiento de las máquinas de propulsión y otro día publicaron un artículo en la que enseñaron a reducir la temperatura de los líquidos haciendo hielo artificial, hecho con el cual, seguramente, descrestaron a muchos antioqueños:

Tómese un cubo de unos tres ó cuatro pies de diámetro, i lleno de agua colóquese en él una herrada [cubo de madera más ancho en la base que en la boca ] de un pie de diámetro poco mas ó menos, de manera que sus orillas estén mas elevadas que las del cubo, i llénese igualmente de agua. Póngase despues en la herrada, una botella, una cafetera, ú otro cualquier vaso que contenga el líquido que se quiera congelar. Importa mui poco que el agua esté fría ó caliente, pues se conseguirá el efecto aunque se caliente hasta los 70 grados Farenheit. Hecho esto, se comenzará á echar sal amoniaco en el agua del cubo. Si el calor es de 70 grados perderá 26 en disolución; de manera que se reducirá a 44 (1846, 15 de octubre b, p. 4).

Un suceso que podría pasar inadvertido, pero que vale la pena resaltar, es que *El Amigo del País* de Medellín quizás se convirtió en el primer periódico en Colombia donde hubo una noticia de carácter deportivo. Apareció en un par de párrafos en la sección de *Avisos* el 1° de marzo de 1845; allí se describían algunas ventajas de la esgrima, con el fin de anunciar la llegada del profesor Pierre Chabriel: “Superfluo sería recomendarlo como un ramo indispensable de buena educación, i como aventajado ejercicio para los literatos i personas de vida sedentaria: los beneficios de este arte son incuestionables i no necesitan ponderarse” (p. 4). No obstante, hay que mencionar que en octubre de 1809 el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* publicó una serie de artículos que enseñaban las técnicas de la natación, actividad que no se planteaba como deporte o ejercicio sino como parte del conocimiento que toda persona debía tener.

La otra novedad fue el tema de la industria minera, el cual llevó a los redactores a promover la derogación de la ley que prohibía la extracción y el libre comercio del oro publicando algunas notas informativas sobre el asunto, además del único suplemento que realizaron y que salió con el número seis, el 1° de marzo de 1846. Para completar las curiosidades, hay que decir que a diferencia de los impresos del ayer y del presente *El Amigo del País* de Medellín no tenía una nota editorial, pero se da por sentado que los artículos redactados en contra de los jesuitas eran los llamados a ocupar esa posición.

La mayoría de las notas publicadas en este periódico eran cortas y tenían un estilo muy cercano al lenguaje literario y coloquial, pues contaban historias de personas buenas enfrentando la sevicia de unos cuantos villanos. Estos últimos por lo general eran los religiosos, que casi se podían denominar como la banda de Loyola, mientras que los buenos siempre resultaban ser los aguerridos antioqueños que se hacían llamar Amigos del País; ellos hablaban por los que usaban sombrero panza de burro arriando burros con panza de sombrero, hombres y mujeres de quienes se decía que eran tan pobres y desvalidos que tenían que dormir en humildes lechos de palos que iban amarrados unos contra otros y sobre los cuales se tendía “un colchon de paja forrado en lienzo” (1846, 1° de septiembre, p. 3). Aquellos ilustres caballeros representaban la voz de esa ruralidad anónima y colorida que habitaba en los pueblos y las campiñas y que seis años después inmortalizó en acuarelas el inglés Henry Price acompañando a la Comisión Corográfica de don Agustín Codazzi. En últimas, *El Amigo del País* de Medellín era como una novela en la que el lector podía esperar con ansiedad quincenal, entrega tras entrega, el avance del melodrama del jesuita y su víctima, tal como ocurrió con las tres ediciones en las que se relató lo ocurrido con el

sacerdote que le negó los santos óleos a un habitante del campo simplemente porque este no quiso donar sus posesiones a la Compañía de Jesús. Ese era el mayor atractivo de este impreso de entretenida lectura, con sus títulos cortos y caracteres claros y grandes; infortunadamente, entre la edición número diez y la once, el periódico migró hacia un diseño que transformó al lector en otro personaje, llevándolo a padecer con una letra menuda que pronto desgastaba la mirada.

No obstante, una lectura fatigosa también podía ser un buen remedio para alejarse cuando las páginas se ponían agrias y aparecía un lenguaje presuntuoso y hasta grosero, lleno de ironía, agresividad y revanchismo, como el día que se refirieron a los bogotanos calificándolos de “respetables cotudos” (*El Amigo del País*, 1846, 1° de mayo b, p. 4). En otra oportunidad, al comentar las palabras de un ciudadano anónimo que pedía desde la capital de la república la aprobación de la ley de la extracción del oro y el arreglo del sistema monetario, lo cual iba en contra de la posición del periódico, le replicaron con una actitud atrabiliaria: “Señor autor del cuaderno, si U. recibe un sueldo de la nación para divertirnos, tome de la casa de moneda un par de cubiletes de plata ó de oro, i no salga á la escena con sus asquerosos cocos negros” (*El Amigo del País*, 1846, 1° de mayo, p. 3). Esto no era más que el resultado de una libertad de expresión que le permitía a los periódicos seguir siendo armas heredadas de una lucha ideológica cargada de un fanatismo incontenible.

Toda la información de *El Amigo del País* de Medellín iba a dos columnas en formato de cuatro páginas, aunque alguna vez fue de cinco y en un par de oportunidades llegó hasta ocho, y se imprimía en un octavo de pliego con un tamaño de 29,5 x 20,5 cm en el taller de don Manuel Antonio Balcázar. El periódico no tenía un orden preestablecido para organizar los temas; sin embargo, tal como sucedió en algunos otros impresos, la agroinformación iba invariablemente en la última columna de la página final, de lo cual se deduce que se consideraba un contenido de baja importancia. El primero de los dos artículos publicados apareció apenas en la edición número doce, que circuló el 1° de junio de 1846. Era una corta noticia sobre una investigación de un francés apellidado Daguerre que se presentaba como de gran utilidad para el agro, pues planteaba la existencia de un método por el cual se podía “hacer adquirir á un árbol tierno en tres meses el mismo desarrollo que adquiriría naturalmente en tres ó cuatro años” (1846, 1° de junio, p. 4). Esa receta casi mágica e imposible para la época, tenía como esencia un procedimiento muy sencillo a partir de un injerto que aseguraba buenos resultados en el crecimiento de la planta. El segundo texto se imprimió quince días después, el 15 de junio de 1846, y resultaba

muy propicio para los agricultores de la zona noroccidental de Antioquia, ya que se trataba de una de las actuales insignias productivas de la región del Urabá, que por supuesto no son los muertos cultivados durante años, y con mucho éxito, en la guerra de los narcotraficantes, paramilitares, guerrilla y Ejército Nacional, sino el muy versátil, dulce y amigable plátano, ese fruto que parece vivir aun después de desgajado, a diferencia de algunos infortunados que andan muertos desde mucho antes de ser asesinados y ofrendados en trozos al caudal ciego de los ríos.

En 1846 el plátano aun no era un producto básico en la mesa de los colombianos; sin embargo, sus características ya empezaban a darle ese reconocimiento que tiene hoy día desde el mismo momento en que muestra su cuerpo fálico revestido con la dureza juvenil de un tono verde que se vuelve biche en un santiamén para buscar entregarse con cara de patacón al rito festivo y aromático del tomate y la cebolla o mantener su dignidad hasta cubrirse de oro, muy productivo y exitoso, con el fin de convertirse en una flor de pétalos abiertos que se sostiene con la mano o engalanar un plato con filetes de exquisita dulzura. Ese plátano es el mismo que de vez en cuando prefiere esperar y entregarse a la negra vejez desde donde puede disfrutar la paz del sauna con el incienso de la canela y la panela o ser el anfitrión de la parrilla donde se tiende a conversar largos ratos con trozos de carne y tripa, tan vetustos y sabrosos como él. Hablar del plátano en *El Amigo del País* de Medellín no sólo resultaba un gozo sino también un plan novedoso, ya que es un producto del que nadie había hablado antes en la historia del periodismo agropecuario colombiano y, por lo tanto, promover su desarrollo era una decisión acertada por cuanto se impulsaba un producto necesario que ya tenía un antecedente de cultivo en la región.

El artículo se tituló de una forma tan sencilla que lo decía todo en una sola palabra: “Platano”. Según se puede leer al final del texto, el contenido de la nota se tomó de *El Liberal* de Caracas, que a su vez lo había reciclado de un periódico proveniente de la Isla de Granada; esto indica, como había ocurrido antes en los impresos de Santa Marta y Bogotá, con excepción, quizás, de *El Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, que en Medellín también se extendía ese inmenso vacío de casi medio siglo en cuanto a la creación de información propia, situación que se originó mientras el campo era colonial y estaba en manos de la iglesia católica que era la albacea del conocimiento pero no lo compartía para poder controlar a la sociedad rural en beneficio propio. Por ende, el sector agropecuario terminó escrito, construido e interpretado a partir de realidades ajenas y, además, supeditado a lo aprendido como terratenientes o hacendados por parte de redactores que eran abogados, lo cual tampoco apalancaba progreso. Así, mientras el mundo se

solazaba con el desarrollo industrial de mitad de siglo, Colombia aun vivía como una aldea donde no existía una voz que liderara y representara al campo y asumiera el reto de escribir desde su experiencia para ser guía de otros y avanzar. Tal vez, por eso, *El Amigo del País* de Medellín terminó por apelar a fuentes externas para publicar agroinformación y tan sólo le alcanzó el ánimo para redactar un par de artículos.

Una consecuencia de no valorar el agro, ignorando que es una suma de procesos, se ve reflejada en que el artículo sobre el plátano no abordó el tema por el principio, como era lo debido, ya que en lugar de iniciar con los pormenores de la siembra y desarrollo de la planta, empezó por el final enseñando la forma de cosecharla. Se preguntarán algunos, así como seguramente lo hicieron los antioqueños de aquella época: ¿Y acaso lo que se cosecha no es el racimo? “Eh, Ave María, eso es muy cierto”, responden los amigos del país de Medellín; pero la novedad, el plus de vanguardia de esta información, es que los redactores demostraban que la mata de plátano servía para mucho más que envolver tamales, pues la fibra extraída del tronco tenía uso en la producción de tejidos artesanales e, incluso, creían que podía llegar a poseer la misma uniformidad y lustre que la seda; además, resultaba un insumo útil para la producción de papel. Por eso, es una lástima que se enfocaran sólo en el final del proceso, ya que hubiera sido interesante enseñar la forma adecuada para sembrar y cultivar el plátano, de modo que tanto la fruta como la fibra pudieran tener la calidad requerida para cumplir con sus objetivos productivos.

Sin embargo, es plausible el ejercicio periodístico por todo lo que representaba la propuesta, que no sólo era prometedora sino de implementación práctica: “Luego que la fruta esta en estado de sazón, córtese la mata, sin dividirla completamente, por el centro entre las ramas i la raíz, dejándose que la parte superior caiga, para coger la fruta sin lastimarla. En seguida se corta la mata cerca de la raíz, i se trasportan las dos partes del bástago á las oficinas. Allí se abren por la mitad de punta á apunta, i se saca el corazón para obrar sobre él separadamente” (1846, 15 de junio, p. 4). La extracción de la fibra de la mata de plátano se realizaba con la ilusión de presentar una alternativa que pudiera ayudar a mejorar las condiciones económicas de la población, sobre todo porque el mercado principal era Inglaterra: “Si asi sucediere, el beneficio que obtendría esta colonia sería mui considerable, porque el plátano constituye su principal renglon de consumo vegetal, i á la vez se aprovecharía la fruta i la fibra de la mata; á lo que se agrega que no estariamos tan espuestos como con otros artículos á la competencia” (1846, 15 de

junio, p. 4). Con esto, querían decir que el manejo de lo novedoso como herramienta de desarrollo se podía convertir en una ventaja económica; además, sin querer, plantearon una cualidad importante del periodismo agropecuario, que desde esa óptica debía ser visto como una propuesta de mejora para romper las rutinas.

Al finalizar el artículo del plátano quedó la promesa de hablar sobre otra novedad, que era la extracción de la harina de yuca, la cual nunca se cumplió. Por ende, no hubo más información agropecuaria en *El Amigo del País* de Medellín, excepto algunas menciones fugaces en medio de artículos ligados a otros frentes informativos, como el día que se refirieron a la crisis de los productores de papa en Irlanda por la pérdida de sus cosechas o cuando dijeron que los ingleses habían creado un tributo para la entrada de granos a su territorio, situación que consideraban un perjuicio para los agricultores neogranadinos; en otra ocasión, invitaron al gobierno nacional a crear impuestos para algunos productos agropecuarios así como para la extracción del oro a cambio de eliminar la ley que afectaba a los mineros; finalmente, a mediados de octubre de 1846, hicieron eco a una solicitud de la Cámara Provincial de Antioquia que pedía al presidente Tomás Cipriano de Mosquera permitir la libertad de cultivo y exportación del tabaco. Eso fue todo lo se dijo referente al agro durante treintaicinco números, hasta el 15 de octubre de 1847, cuando el periódico salió de circulación sin que haya información que aclare el motivo de su desaparición. Sin embargo, esta pudo estar relacionada con la pérdida de protagonismo y la cuasi desaparición de los jesuitas en Colombia, quienes eran nutricia de ese impreso, situación que también había ocurrido un poco antes con *La Tarde de los Agricultores i Artesanos*, periódico que pertenecía a dicha congregación religiosa.

Quizás, *El Amigo del País* de Medellín no aportó mucho a la formación del agro, pero dejó una lección muy interesante para la historia del periodismo el día que dijo que el periódico resultaba más democrático que el libro porque es menos denso y costoso, y su nobleza y bondad permiten manejarlo al antojo del lector sin el resquemor que causa la sacralidad del libro; por eso, “es leído por el pobre i por el rico, en el palacio i en la cabaña; se encuentra al alcance de todo el mundo, i las ideas consignadas en él filtran hasta las últimas clases de la sociedad: es por consiguiente su influencia mas poderosa i efectiva” (1846, 15 de junio, p. 1). Algo que sin duda es un fuerte argumento en contra de los profetas que hoy día leen cuentas bancarias y líneas erizadas en tableros estadísticos para anunciar la desaparición del papel en favor de la tecnología, representada en teléfonos inteligentes y tabletas electrónicas. Es como un anciano que estorba y

se deja en el geriátrico a la espera de su muerte, desechando todo lo que encierra después de tantos siglos de experiencia. Por lo tanto, cuando el periódico se vuelva un espíritu digital perderá esas características que resaltaban los amigos del país de Medellín, ya que en un mundo donde la igualdad socioeconómica es una utopía, siempre va a existir una parte con derecho a disfrutar de la información, pues tiene cómo hacerlo valer, y otra que lo perderá simplemente por ser pobre e integrar el grupo condenado a la parte constitucional que sólo habla de los deberes. Entonces, cuando desaparezca un periódico gratuito como el *ADN* y el periodismo se ponga de espalda a las personas que no tienen cómo costear una información digna y completa, que no existe ni en la televisión ni en la radio, dejará de ser representante de la democracia y perderá su sentido emblemático de libertad y equidad. El mejor ejemplo es el campo colombiano, que tras dos siglos de independencia aun carga el lastre del atraso colonial por ausencia casi total de ilustración.

Por eso, *El Amigo del País* de Medellín, pensando en términos de justicia social, quería colonizar todos los pliegues de la comunidad antioqueña para poder protegerla, pese a creer que su discurso no estaba aportando lo necesario por ser un periódico de provincia lleno de carencias, lejano del acontecer político e intelectual que residía en Bogotá y sin periodistas dedicados exclusivamente al impreso; de ahí su inconformismo: “Redactado, pues, bajo la influencia de tan adversas circunstancias, no debe estrañarse si algunas veces sus columnas solo contienen noticias de poca importancia, ó artículos puramente de interés local” (1846, 15 de junio, p. 3). No obstante, como sucede con todos los periódicos del siglo XIX, su valor histórico es muy grande, pues consignó palabras que todavía son valiosas para entender una parte del devenir colombiano y, por supuesto, para reflexionar sobre la intervención del periodismo en él. En el caso de la agroinformación, aunque su participación fue baja, paradójicamente los redactores de *El Amigo del País* de Medellín consideraban de vital importancia usar los medios impresos para mejorar la calidad de vida de los habitantes del campo, siendo, además, el complemento ideal para una educación débil o nula en las zonas rurales del país:

Después que han aprendido estas primeras nociones los jóvenes de las clases pobres, vence precisados á volver á las rústicas tareas de los campos ó á las ocupaciones del taller, i no teniendo libros para ejercitarse en la lectura i continuar adelantando, olvidan lo que sabían i tornan á su primitiva ignorancia. Mas no sucedería así si siempre encontrasen á la mano periódicos científicos é industriales, en los cuales estuviesen tratadas las materias con suma sencillez i claridad.

Leeríanlos al principio raras veces, pero encontrando en ellos, los agricultores recetas para sus familias i métodos propios para sacar mayores productos á sus campos, los artesanos descubrimientos nuevos i procedimientos mas faciles para ejercer sus respectivas industrias, los mineros esplicaciones sobre el laboreo de las minas i todos noticias i anécdotas curiosas; al ver, decimos, que en ellos encontraban utilidad i pasatiempo, los consultarían con frecuencia, poco á poco adquirirían necesidad de leerlo, una vez conseguido esto ya estaba hecho todo, pues de antemano debe considerarse civilizada la persona que á la lectura ha tomado gusto (1846, 1° de agosto, p. 1).

Ese fue el gran mensaje que dejó *El Amigo del País* de Medellín para la generación de periodistas agropecuarios que tendría la misión de dibujar la cara del campo colombiano en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, en retrospectiva, esas palabras resumen un esfuerzo estéril de cincuenta años, del que también había hecho parte la comunidad agraria del país, integrada por personas como Sagrario Lozano y su hijo Antonio, el artesano ebanista, quien en los días finales de 1850 decidió cruzar el puente sobre el río Bogotá y caminar hasta el municipio de Funza, donde trece calendarios atrás había perdido el rastro de su madre. Tenía veinticinco años y quería exorcizar lo que había sucedido aquella noche poco después de que Sagrario sucumbiera entre el fango, enferma, ante el aleteo execrable de la gran polilla. Aquel hombre necesitaba liberarse de ese recuerdo para continuar con su vida, ahora que sabía que por ley ya era un adulto con derechos y, además, leía y garrapateaba como cualquier señorito ilustrado.

A pesar de los años, cuando pasó frente a la casa donde ocurrió su desgracia la encontró igual de vieja y lúgubre como la primera vez. Había un niño parado en la puerta y se vio reflejado en aquella menuda figura, como si estuviera regresando en el tiempo; incluso, alcanzó a creer que en realidad nunca se había marchado de allí y que Sagrario aun estaba adentro respirando la humedad acre de las paredes azules. Antonio prefirió cerrar los ojos, pero al hacerlo cayó en cuenta que se había marchado sin despedirse de ella; por eso, sintió terror al pensar en atravesar el umbral y verla tendida sobre la estera de fique. ¿Qué le diría? ¿La recordaría? ¿Buscaría resolver la duda que lo acompañó mientras crecía y le arrancaba a golpes la carne a la madera? Sin embargo, más que la madeja de preguntas que se le agolpaba detrás de los dientes, lo que realmente lo atormentaba era esa figura impresa en sus ojos, aquel último rostro compungido que se había rehusado a contemplar sin la influencia del amor idealizado entre madre e hijo. Pero ese

día, al enfrentar su recuerdo, al buscar lo que quedaba de ella bajo la pátina del tiempo, sufrió al encontrarla tan delgada y demacrada, como si también se hubiera envejecido en su memoria. Y no se veía así por su eterna cojera, ni por haber cargado en su espalda tantas jornadas de trabajo; no, ella había tenido el final anticipado de muchos colombianos de esa época, víctimas de una vida en la pobreza del campo.

En ese momento, Antonio también recordó las quejas de su madre por un malestar estomacal que vivió durante el viaje final desde la villa de San Miguel de las Guaduas hacia Bogotá, así como el leve dolor de cabeza que se le había vuelto costumbre, como si fuera un segundo sombrero, y del cual solía culpar a lo que llamaba la llenura de hambre. Esa misma cefalea fue la que se hizo presente en las últimas horas que se supo de ella cuando parecía que todos los males del mundo se hubieran puesto de acuerdo para cercenarle la vida a mordiscos como si fueran lobos hambrientos. Aquella noche Sagrario había vomitado tanto que hasta palabras putrefactas votó en medio del delirio febril, al tiempo que se retorció de dolor abrazando su vientre con la poca fuerza que le quedaba. La pobre mujer temblaba con los ojos cerrados y de vez en cuando se quejaba y soltaba alaridos cargados de lágrimas que se incrustaban como agujas en el pecho de su hijo. “Esh mi culpaa, esh mi culpaa”, murmuraba, y giraba sobre su eje y respiraba profundo y sudaba y parecía dormir una pesadilla y morir y elevarse sobre su dolor por un momento para luego caer y empezar de nuevo. Mientras tanto, “Antonico”, como un fantasma en una esquina, la observaba estupefacto, petrificado, impertérrito.

Y así estuvo hasta que un largo grito emanó de la boca de Sagrario y expulsó al niño lejos de su tormento. Él huyó llorando y arrastrando el zurrón que ella le había pedido que cuidara, pues le había dicho que allí guardaba con recelo aquello que podía salvarle la vida en el futuro. El niño obedeció y con su tesoro entre las manos corrió primero hacia el occidente, golpeando en una, dos y tres casas, sin que nadie se asomara por ningún lado. Luego, regresó al oriente donde no había sino sombras y sus pasos parecían desbocados hacia la nada; sin embargo, esta vez no se detuvo. Se marchó por ese sendero buscando una respuesta que nunca encontró y dejando en lontananza la única voz que escuchó, que no era más que el eco grandilocuente del latido de los perros surcando la noche y que parecía ser el mismo que ahora, tanto tiempo después, lo recibía junto al pequeño que lo observaba con curiosidad desde la puerta de la vieja casa.

¿Qué le sucedió a Sagrario? La verdad estaba lejos de saberse, pues su cuerpo nunca apareció. Algunos decían que en su delirio se había arrojado al río Bogotá; otros pensaron que al salir tras

su hijo, enferma y de noche, cayó en un pastizal y terminó devorada por las gigantescas ratas silvestres de la sabana. También rondaba la creencia de que se había convertido en un espanto que recorría las haciendas buscando al niño perdido y, por eso, cada vez que un pequeño amanecía con fiebre y cefalea se decía que sufría el mal de la quejosa, puesto que ella los acariciaba antes de mirarles el rostro. Pero todo era puro cotilleo. Tampoco se entendía el tipo de enfermedad que la había devastado; nadie podía hacerlo, pues aun no se conocía que por estar en contacto con la vacada podía ser víctima de alguna de las enfermedades infectocontagiosas del ganado o las plagas que lo rondaban durante ese siglo y de las cuales no existen muchas referencias históricas. Por ende, cuando se metía como un suspiro para hurtar leche en las madrugadas, la pudo afectar la peste bovina o pudo haber sido víctima del carbunco bacteriano, conocido como ántrax, o a lo mejor fue la fiebre de tejas, llamada coloquialmente ranilla o peste de rayo porque producía la muerte súbita de la res. También estaban el mal de la pierna negra o carbón sintomático y la anaplasmosis o huequera, denominaba así porque tenían que cortar los cachos del bovino por la mitad para permitir que por allí drenara la infección que lo afectaba. Quizás, la verdadera culpable fue la terrible *Escherichia Coli*, una bacteria que por siglos ha hecho parte de la flora gastrointestinal humana y de otros seres vivos como el ganado, descubierta por el pediatra Theodore Von Escherich en 1885 y bautizada inicialmente con el nombre de *Bacterium Coli*. Esta bacteria se vuelve enemiga cuando proviene de un intestino ajeno y se adquiere mediante agua o vegetales contaminados con excrementos y en manos no lavadas tras salir del baño. “La carne de vaca suele ser la principal fuente de infección, y puede encontrarse en las ubres de las vacas y llegar a la leche que no esté pasteurizada” (*El Tiempo*, 2011, 5 de junio, p. 18). La *Escherichia Coli* produce dolor abdominal, diarrea, fiebre, náuseas y vómito y puede conducir a la muerte.

Pero Sagrario no sabía nada de eso. Era tal la falta de información que aun a principios del siglo XX las enfermedades de los bovinos se paliaban con lo que tuviera el ganadero a la mano, ya que las primeras vacunas llegaron al país sólo hasta 1910, tal como lo afirman los investigadores José Polo Acuña y Sergio Paolo Solano. Ellos cuentan, por ejemplo, que en 1887 los bolivarenses intentaban sanar la peste del rayo de una forma muy particular: “Se debe desangrar el animal correctamente al hacer una incisión en la vena principal en el cuello, y mientras la sangre está saliendo el sudado animal debe ser bañado con agua fría; el baño, que consta de cuatro onzas de sal de mesa y diez onzas de jugo de limón, debe administrársele

seguido por una gran cantidad de agua” (2011, pp. 18 -19). Igual sucedía con las garrapatas, una plaga que todavía es un lastre para la ganadería; estas se eliminaban con “un unguento espeso como la mantequilla de corozo, el petróleo crudo, manteca de cerdo mezclada con azufre, manteca de caimán, pulpa de totumo, tabaco masticado” (2011, p. 15). El largo uso de esa sabiduría popular es una muestra más de la niebla que se apoderó del sector pecuario durante el siglo decimonono y de la cual no se liberó la agroinformación. Por eso, si Sagrario hubiese querido aprender sobre sanidad animal en alguno de los periódicos de su tiempo, como herramienta para proteger su vida, habría tenido que sentarse a esperar más de setenta años hasta el día que apareció la primera revista veterinaria del país; por lo mismo, era imposible que su hijo pudiera hallar las explicaciones adecuadas para entender lo que ocurrió con ella.

Luego de un rato, Antonio se alejó de la vetusta casa, de la mirada escrutadora del niño y de los fantasmas de los perros que salieron a su encuentro. Trató de hallar el lugar donde su madre había caído, pero no pudo recordarlo; entonces, prefirió buscar un paraje en medio de la nada, cerciorándose, ante todo, que desde allí se pudiera ver la cara de Monserrate y Guadalupe como a ella le gustaba. Luego, cavó un pequeño hueco usando una simple estaca y la fuerza de sus manos astilladas. No era muy profundo. Allí dejó un paquete que iba forrado con un cuero sucio y ajado, y atado con una endeble hilaza de fique. Adentro estaban todos los periódicos que Sagrario atesoró durante su vida y que fueron lo único que le quedó de ella tras la noche de su trágica huída. Sólo dejó para él un pequeño cuadernillo de hojas sueltas que estaba escondido entre los impresos y en el cual ella había transcrito la novena al Cristo de las Aguas, el mismo Señor de los Milagros de Buga, que había publicado en 1819 un fraile franciscano llamado Francisco G. Rodríguez. Para Sagrario todo es posible mientras se pueda creer y lo que no alcanza la sabiduría humana Dios lo puede; ese era el mensaje que asimismo subyacía entrelíneas en el naciente periodismo agropecuario colombiano que ella aprendió a esperar.

Por lo tanto, comunicar es un acto de fe. Y en aquel paquete convivían conocimiento y oración unidos por el uso de la palabra como instrumento para creer en algo que no se veía y en alguien que no se conocía; entonces, la fe era el verdadero tesoro que Sagrario legaba a su hijo. De ahí que al enterrar los viejos y amarillentos papeles, Antonio sepultaba a su madre ausente honrándola con añoranza, pero también con esperanza, porque enterrar es un sinónimo de sembrar. En ese hueco Antonio dejó una parte importante de su vida y de la historia del periodismo colombiano; quizás la mejor, la más importante; allí quedaron dormitando los huesos

de las letras que atestiguaron la construcción de la patria, atentas a la mano de un dios o quizás un salvador que pudiera resucitarlas. Y las palabras, siempre profetas, sabían que eso sucedería, pues poco después todo volvió a empezar y llegó una nueva aventura de botánicos soñadores para redescubrir el campo colombiano y con ello germinaron nuevos nombres y nuevas oportunidades para multiplicar ilusiones en *los papeles de la abundancia*. Todo esto se hizo como estaba escrito gracias a la mano de un dios, don Juan de Dios Carrasquilla, y de un salvador, don Salvador Camacho Roldán, quienes dieron vida a la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), institución alrededor de la cual se forjó una nueva etapa en esta historia, cuyo capítulo es simiente de la siguiente cosecha...

## *Sexto capítulo*

### **CONCLUSIONES DE UNA ERA**

¿La agricultura pues, que utilidades, y bienes no nos traerá si es hija legítima, y compañera de la paz? (Astigarraga, 1792, 2 de marzo, p. 32).

El campo, con sus cultivos, sombras y secretos, es la mayor obra de arte que se haya creado; su reflejo inmarcesible, multiplicado alegremente bajo la caricia del sol y la lluvia, y la mano del padre y del hijo como uno solo, vive en esa armonía que florece en la nostalgia iluminada que se cuele por los acordes de piano en la *Rapsodia sobre un tema de Paganini* del viejo Rachmaninov, quien usa la magia de sus dedos en el *andante cantabile*, la famosa variación dieciocho de aquella obra, para hacer ver lo más antiguo y eterno como si fuera nuevo, como si detrás de cada elemento del mundo aun se escondiera un rastro de esperanza. Al singular la melodía no puedo contener la sensación de libertad y una idea rebota y se anticipa al epílogo de esta investigación: el periodismo agropecuario es un vocero de paz y bienestar. Sin embargo, las rutas de la historia agraria del país han estado muy lejos de esa realidad y, por el contrario, la campaña colombiana ha sido vista desde siempre como un mito mudo de vida mendicante en medio de una sociedad sumergida en los destellos de un delirante caos urbano.

Por eso, para labrar las conclusiones de esta era, de ese retazo de calendario cosechado por el tiempo entre 1800 y 1850, he tenido que volver a la ciudad, una y otra vez, a esa porción del pasado llamada hoy día Candelaria, en el centro oriente de Bogotá, buscando los vestigios de aquella sociedad de vecindario que le dio la bienvenida al siglo XIX, cuando la capital colombiana era apenas un puñado de casas que albergaba a casi todo el país en una cuadrícula de ciento noventa y cinco manzanas. Así, siguiendo el trazo amontonado de algunas de esas líneas, he recorrido las calles del inveterado barrio colonial husmeando el pasado de nuestras campañas entre la luz blanquecina que llena los ojos por cuenta del cielo y las paredes cansinas, mientras atravieso la multitud errante que se mueve de manera mecánica e incontrolada, entrando y saliendo, agitada, anónima, introvertida y silenciosa, como si toda ella hiciera parte de un inagotable hormiguero desde el cual todavía se sigue construyendo una nación que se desconoce.

Y entre tanta gente que se ve por aquellas calles, pocas veces el visitante puede darse cuenta que los verdaderos anfitriones de ese lugar son otros, en realidad los de siempre, los que nunca se han ido; allí han estado, hechos papel, recuerdo y leyenda, sin que nadie los note. Algunas veces se ven por ahí rondando los andenes para guiar y acompañar a los desprevenidos y solitarios y en otros momentos se aburren y simplemente se anclan en las esquinas a disipar el olor a orines y a sangre, a ostentación y pobreza, acumulados durante varios siglos entre las cenizas que ha ido dejando la inagotable hoguera de las pasiones políticas colombianas. No obstante, el mayor aporte de esos seres ocultos y olvidados, fantasmas con acento extraño y canto en las palabras, es el de ser los testigos de algo que nadie ha visto y que sólo las hojas pálidas de los libros polvorientos se atreven a afirmar; por eso, he hablado con ellos y he reído, me he sorprendido, me he enojado, he sufrido su dolor y su angustia, y también me he asustado. Gracias a esos personajes que aun viven atorados en el tiempo este viaje se ha convertido en un ameno ejercicio de escucha atenta alrededor de sus historias cargadas del acontecer fantástico de los viejos días, como un cura licencioso que se sienta a devorar con sus oídos morbosos las vidas anchas de los más réprobos y gozones.

Lo más extraño es que he transitado con ellos a través de los años perdidos preguntando por esas vastas tierras plagadas de animales y camas de siembra, también llamadas eras, que permanecían incrustadas en forma de letras y papel entre los ladrillos dormidos del barrio y siempre llegamos al mismo sitio, la casa del Marqués de San Jorge, donde esta historia comenzó. Suena paradójico, pero es cierto, al mirar el rostro de perro viejo, sabio y sereno de aquel cansado edificio de dos plantas no me queda la menor duda de que el periodismo agropecuario es de origen citadino y que fue una actividad concebida, formada, investigada, escrita e impresa en intramuros; así se ha hecho desde siempre en este país y después de doscientos trece años aun hay muchos agroperiodistas que se niegan a romper con una tradición perezosa inaugurada por las manos de don Jorge Tadeo Lozano y su primo el padre José Luis de Azuola y Lozano en ese mismo lugar, la famosa casona de la esquina de Lesmes, y en la Imprenta Patriótica de don Antonio Nariño, ubicada en aquellos días en el “local de planta baja en el fondo de la acogedora plazuela de San Carlos, pocos metros arriba de la Plaza Mayor y diagonal a la iglesia de la Compañía [de Jesús]” (Ruiz, 1990, p. 83). Es claro que la Candelaria fue el epicentro de la agroinformación durante sus primeros cincuenta años de vida porque allí se crearon ocho de los diez periódicos fundados en ese periodo, con los cuales se buscó sacar provecho a esa actividad

agropecuaria que don Jorge Tadeo llamó “la primera y mas noble de todas las artes” (Citado en Pacheco, 1984, p. 73). Además, como los dos impresos que no se hicieron en Bogotá tampoco se salieron del marco urbano que los originó, que eran Santa Marta y Medellín, la conclusión inicial que deja la búsqueda de la definición de este perfil informativo es que el periodismo agropecuario colombiano ha sido una actividad de urbe con identidad propia.

Este primer acercamiento a la raíz de la agroinformación colombiana va de la mano con una segunda conclusión, la cual se puede configurar rápidamente a través de una sencilla conjetura: Su origen se dio a pocos metros de la mítica Plaza de Bolívar, alrededor de la cual siempre se han asentado las principales fuerzas políticas y económicas del país, y, al mismo tiempo, surgió en el seno de una familia aristocrática. Esto quiere decir que el periodismo agropecuario se anidó y creció en las entrañas del poder y, desde ese día, y durante mucho tiempo, vivió totalmente dependiente de él; por lo tanto, también era un ejercicio de élites. Esa es una realidad que se puede palpar al agrupar a los fundadores, directores y redactores de los impresos que albergaron este tipo de información durante el primer decalustro del siglo XIX, entre los que había personas muy distinguidas de la sociedad neogranadina colonial así como sus descendientes nacidos en un país democrático, todos ilustrados con vocación política y presidenciables, como el caso de don Jorge Tadeo Lozano, quien precisamente fue el primer presidente de la república. Por ende, no es atrevido afirmar que el periodismo agropecuario colombiano es un concepto cuya simiente no solamente era urbana y de elite sino también política. A eso hay que sumarle, como ocurría con todo el periodismo de la época, que la agroinformación era una labor exclusivamente masculina.

Y es precisamente esa relación de por sí inequitativa y antípodas entre el agro y el poder la que terminó por darle no sólo vida sino significado a esa información en el país durante sus primeros cincuenta años. Hoy día, lo poco que se realiza en los medios de comunicación no dista mucho de lo que se hacía antes, pero, infortunadamente, el viejo tridente: campo, política y prensa, se ha desvirtuado aun más, convirtiéndose, principalmente, en eje informativo de otras realidades y otros ideales. Lo confirma, por ejemplo, ese periódico mustio que permanece colgado en una puerta como un atrapamoscas de tienda o encarcelado en una ventana, cual pasajero de bus articulado, entre revistas y avisos y junto a otros impresos de dudosa reputación, o aquel que duerme arrullado en un semáforo por alguien que quizás nunca aprendió a leer. Allí, en la primera página, el periódico informa que los diálogos de paz entre el gobierno nacional y los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), tenían como punto

de partida la discusión sobre el tema de la tenencia y el uso de la tierra; más adentro dice: “Aunque las Farc aceptan ya la convivencia de cultivos agroindustriales con los de pequeños propietarios, siguen en contra de las alianzas de unos y otros para producir. Le dan prioridad a la economía campesina, sobre la base de que lo primordial es asegurar la alimentación interna. El Gobierno defiende la idea de que se cultive también para exportar” (*El Tiempo*, 2013, 27 de enero, p. 8). Este es un tema de pétalos y espinas que se debate alrededor de una mesa, como en un juego de naipes en el que se ha ido apostando ese inmenso país que nunca ha dejado de ser rural, fuente de ingresos y oportunidades o de riquezas como dijeron muchas veces los ilustrados de la época virreinal. Tristemente, es una negociación en la que no han estado presentes aquellos directamente afectados y tan sólo se ha reportado su existencia para ventilar las supuestas necesidades rurales que surgen en medio del juego político y a las que el periodismo ha hecho eco pero sin plantear soluciones prácticas que pudiesen hacer algún aporte al desarrollo, que es lo que realmente necesita el campo colombiano. Esto ratifica que las comunidades rurales nunca han tenido voz y tampoco aparecen como determinantes de su propio destino sino que son un botín hecho con figuras de plastilina en la búsqueda de primacía de una ideología y de una lealtad que huele a urna de votación como ha sucedido con el tejemaneje del paro campesino del 2013 y 2014. Eso mismo ocurrió en el ocaso de siglo XVIII y durante toda la primera mitad del XIX, cuando por cuenta de un interés político oculto y del periodismo, incluyendo la agroinformación, apenas se evidenció la tácita existencia de los llamados campesinos, hombres y mujeres que, en realidad, y lejos del tono peyorativo, despectivo y casi obsceno con que se pronuncia el término actualmente, deben ser denominados como trabajadores del campo o trabajadores agropecuarios, con todo el respeto, dignidad y gratitud que merecen.

En los orígenes del periodismo se decía que “el deber fundamental del periodista erudito era contribuir al progreso de la ciencia y a la felicidad del hombre” (Hébert, 2010, septiembre, p. 148); sin embargo, aquel artículo de prensa, así como la información que se socializa en ese mismo sentido a través de la televisión, la radio o la internet, demuestra que la relación prensa y poder no se usa para ayudar a los habitantes de las zonas rurales a construir su propio destino y mucho menos para proveerlos de elementos informativos mediante los cuales pudiesen adquirir, con sentido pedagógico, conocimientos de utilidad para su trabajo o sus actividades cotidianas. Por el contrario, el periodismo actual carece del interés y del enfoque adecuado para hacer el aporte justo y muchas veces se divisa al campo apenas como una anécdota, un espacio en el que

se buscan noticias con sabor a ciudad, como si el morbo de la información contemporánea quisiera validar que todo lo que ocurre en el lado asfaltado es lo mismo que se vive entre montañas, selvas y andurriales; es como si sólo se pretendiera confrontar los dos mundos. No se redacta para los trabajadores agropecuarios, se escribe sobre ellos para el divertimento de los ciudadanos, tal como ocurría con los cronistas de indias que entusiasmaban a los europeos con sus historias llenas de fantasía y elocuencia. Infortunadamente, la agroinformación de la primera mitad del siglo XIX tampoco fue la excepción, pues la narración periodística sobre aquella parte aun desconocida del país, pese a presentar su interés por capacitar al lector y mostrarse útil y novedosa, convirtió de a ratitos al campo colombiano en algo exótico y llamativo.

Pero, ¿cómo llegó un periodismo elitista, urbano, político y excluyente a representar al rural, empobrecido, servil y humilde sector agropecuario y desde allí a transformarse en un aliado del naciente círculo de poder nacional? Hay que empezar por mencionar que durante las primeras cinco décadas del siglo XIX la vida de la sociedad colombiana giró en torno a una corona; todo parte de ahí: En los primeros diez años se unieron para tratar de arrebatársela a los españoles; la segunda década, cuando ya la obtuvieron, se dividieron para pelear y definir quién debía poseerla; luego, del año veinte al treinta, se dedicaron a repudiar a todo aquel que ellos creían que la tenía; en los años treinta, hicieron lo posible para desconocer su valor simbólico y en los cuarenta, simplemente empezaron a olvidarla. Por ende, es lógico que todo lo publicado entre 1800 y 1850 estuviese marcado por el tinte político. No obstante, en medio de ese hacinamiento de palabras cargadas de idealismo, crítica y vindicación, el periodismo agropecuario logró camuflarse y abrir un pequeño espacio donde cada texto se podía concebir como un agente de cambio; sin embargo, requería de mucho esfuerzo hacer valer su verdadera vocación, pues, ante el campeo del analfabetismo rural, las intenciones de la agroinformación se volvían inútiles y al final terminaban encausadas en el mismo sentido en que iban los demás impresos.

Entonces, intentar capacitar a los trabajadores del campo en la labor agropecuaria, a través de un periódico, parecía una tarea titánica y utópica, casi como el pensamiento socialista que sustentaba esta información, ya que en medio de tanta tertulia y agite político el interés que mostraban los ilustrados por el tema agro se veía disminuido cuando la tarea necesitaba llevarse a la práctica, puesto que ellos tenían otras prioridades y ciertas debilidades que les impedían dedicarse a hacer una buena pedagogía en el campo. Ellos no tenían un plan adecuado al objetivo ni sabían del asunto, ni siquiera conocían los diversos paisajes de la nación o a sus habitantes y

mucho menos sus infinitas posibilidades; tampoco se metieron de lleno a copar todos los vacíos que había en la escasa producción agropecuaria existente en el país. Los promotores del periodismo agropecuario sólo tenían presente que el agro y su gente hacían parte del nuevo discurso socioeconómico de la clase dirigente desde el momento en que se volvieron necesarios para sus fines; es claro que la existencia de la agroinformación no era arbitraria. Por lo tanto, si no existían expectativas sobre la posibilidad de lograr el aprovechamiento de ese tipo de información a partir de su característica esencial, debido a las condiciones sociales del público objetivo, ¿para qué la publicaban? ¿Acaso, querían transformar al periodismo agropecuario en una herramienta para construir una red de aliados anónimos? ¿Repetían, tal vez, un modelo que estaba de moda en Europa? ¿Quizás, sólo jugaban a llevar al papel lo que aprendían en sus tertulias gracias al influjo de una educación y un gobierno menos constrictores? Lo único cierto es que durante esa época la sociedad ponía todo lo valioso en las páginas de un periódico; por ende, si la información agropecuaria estaba allí era porque detrás de ello había alguna intención importante.

Todo apunta a que en el momento en que la élite colonial invistió a sus nuevos líderes y luego los catapultó al poder en la época republicana, también les dio la potestad de reemplazar a la autoridad divinizada que ellos y sus antepasados habían jurado amar o defender; entonces, sentarse en el viejo trono era contagiarse por un instante de la sensación que deja el rorar del halo regio. Pero para poder cumplir con tal destino y disfrutar de ese perfume, requerían, necesariamente, de una grey dispuesta a aceptarlo; esa mayoría estaba en las zonas rurales y había que conquistarla. Por ende, el sólo hecho de publicar agroinformación y socializarla entre los terratenientes y los trabajadores del campo, les fuera útil o no, era suficiente para ganar su confianza, pues con ella se les daba el reconocimiento que nunca antes habían tenido, aprovechando que por siglos se les había enseñado a no existir por ser sirvientes, esclavos o salvajes a los que apenas les alcanzaba para vivir en “un reducido y pequeño conjunto de miserables ranchos, chozas y bohíos” (Caballero citado en Alarcón, 2005, p. 308). Por eso, les hablaban de ciudadanía y de derechos que antes parecían irrealizables, y los hacían visibles retratando su mundo con palabras a través de un papel periódico cuyo valor social hacía que aparecer en una de sus páginas fuese como salir hoy día en televisión en horario triple A para decir que ellos existían y que las riquezas que ambicionaban unos pocos también eran de ellos, amén de resaltar la importancia de su trabajo en el progreso de la economía del país, tal como lo

decía en tiempos de la colonia don Juan Antonio Mon y Velarde, oidor de Santafé, visitador y gran reformador de Antioquia: “Si el labrador no tiene a quien vender se arruina, y el marinero y artesano si no tiene a quien comprar, cesa en la industria o trabajo y necesita vender sus obras a precios excesivos” (Citado en Ibáñez, 1999, p. 10). De igual forma lo veía el *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, uno de los primeros periódicos agropecuarios de España, promovido por el rey Carlos IV: “Sin labradores, sin artes y oficios, no solo no puede florecer el estado, pero ni existir” (1797b, p. 3). Por su parte, en Colombia, los republicanos decían que “la agricultura es el fundamento de la riqueza pública, la base mas sólida del comercio, y la que presta, enfin, la materia sobre la que deben trabajar las artes para darle forma, y el comercio para darle movimiento” (*Eco del Tequenthama*, 1829, 29 de noviembre, p. 68). Así, desde el inicio, y sin importar la ideología gobernante, la producción agropecuaria era vista como el fundamento de todo. No obstante, como se dice coloquialmente, del dicho al hecho había un gran trecho, pues se hablaba pero no se actuaba y nadie le daba al agro el sitio que merecía; infortunadamente, todas esas expresiones se convirtieron en parte de una estrategia política que ha permanecido vigente hasta ahora para que aquel que busque el poder sepa sacar provecho de ella, como ocurrió, de forma oportunista, en las campañas de los candidatos a la presidencia de la república en el 2014.

En conclusión, al introducir en los periódicos información para el fomento del agro se invitaba a los habitantes de las zonas rurales a generar cierta lealtad hacia esos líderes mesiánicos que llegaban ofreciendo el espejismo de la riqueza a cambio del respeto que antes tenían el rey y sus cortes, creando en esa relación un nuevo tipo de sumisión donde ellos serían súbditos libres que los seguirían ciegamente en su ascenso al trono de la democracia y conformarían, con sentido de pertenencia y amor de patria, la fuerza que los ilustrados necesitaban para defender sus proyectos políticos y económicos, no a través del voto, porque los trabajadores agropecuarios sólo pudieron sufragar desde 1851; ni aumentando los cultivos para generar ingresos a costa del agro, pues el Estado se mantenía a punta de minería, impuestos y tabaco; sino desde lo militar, usándolos inicialmente como respaldo dentro de sus planes separatistas y, posteriormente, motivándolos para asegurar el poder ante la amenaza latente que representaba España para las posesiones que cada quien obtuvo tras la independencia, ya que muchos habían recibido tierras por su participación en la guerra. De esta manera, también ganaban prosélitos para respaldar la lucha ideológica de los dos grupos políticos que surgieron en esa época. Esto se intentó, sin

resultados comprobables, tanto con los dos impresos pro agro en los días de la colonia como en aquellos que circularon durante la vida republicana. Un ejemplo claro es *El Labrador i Artesano*, periódico de 1838, cuya información agropecuaria representaba el esfuerzo que hacían los liberales para acoger políticamente a los labradores y artesanos educándolos con “el propósito de encontrar apoyo, especialmente de los artesanos para la elección de José María Obando, candidato presidencial del grupo santanderista” (Zambrano citado en Escobar, 1990, p. 102). Por esta razón, a la luz de lo vivido en los primeros cincuenta años del siglo XIX, el periodismo agropecuario colombiano también se podría definir como una estrategia política.

Toda esta situación cabe dentro el pensamiento del sociólogo francés Francis Balle, mediante el estudio que hizo sobre su homólogo y compatriota Jean Stoetzel, padre de la aplicación científica en el análisis de los sondeos de opinión pública, en el que resalta el papel que tiene el periódico como “enlace social”, pues, según dice, “los acontecimientos registrados por el diario permiten y simbolizan la pertenencia de cada cual a su grupo” y, además, “conforman los materiales privilegiados de la conversación mundana” (1991, pp. 412 - 413). Entonces, es válido pensar que los periódicos que privilegiaban la información agropecuaria aprovechaban, verbigracia, la publicación de la enseñanza del método de cultivo del trigo, lo cual significaba acompañamiento en la búsqueda de riquezas, para imprimir en la siguiente página el acontecer político y económico y poner el país así en boca de los habitantes rurales forjando los primeros amagos de opinión pública, que era un valor determinante de poder y, por supuesto, el verdadero interés de cada publicación.

Es ahí donde juega un papel importante el periódico de sabios francés, que fue el modelo misceláneo donde se originó el periodismo agropecuario en el siglo XVII, ya que se presentaba como un medio inofensivo para cualquier gobierno, puesto que sólo pretendía formar lectores y generar en ellos la necesidad de aprender y adquirir herramientas para mejorar sus condiciones de vida a partir de diversas opciones informativas, tal como lo mencionaba en su “Prólogo” uno de sus émulos, el *Diario curioso, erudito, económico y comercial* de Madrid, en 1786: “El despertar la aplicación y gusto al estudio en todas las clases de ciudadanos, está en diversificar la instrucción, en darla ligeramente, y descargada de todo fastidio, y en una palabra en mezclar lo serio con lo jocoso, lo árido con lo ameno, y lo penoso con lo deleytable. A este fin los tratados científicos se reducen quanto es posible, ó se interpolan con noticias entretenidas, se cortan con otras materias de naturaleza muy diversa” (Thevin, 1786b, p. 10). Por lo tanto, se puede afirmar

que la publicación de información variada era muy importante porque los directores de los periódicos aseguraban un rango mayor de lectores, pero también podían aprovecharla para intercalar entre las cosas interesantes las cosas interesadas. En el caso colombiano, esto resultaba clave porque el salpicón de noticias le permitía a los líderes regionales con objetivos comunes hablar sin verse, como decía Tocqueville, y, a la vez, controlar a la población rural al transmitirle de manera oral, ya fuera narrando o leyendo directamente del impreso, la información entretenida junto con el mensaje que necesitaban sembrar.

Así, es claro que el periodismo agropecuario era apenas un señuelo. “Ni aquellos ni nosotros hemos intentado jamás formar con estos Papeles un hombre docto, y consumado en alguna ciencia, ni nos hemos propuesto dar en cualquiera de los asuntos que tratamos quantos preceptos y nociones son necesarias para llenar todas sus partes”, decía el *Diario curioso, erudito, económico y comercial* de Madrid (Thevin, 1786b, p. 8). Y ese era el mismo pensamiento de los redactores colombianos, a quienes no les interesaba formar ilustrados con pies de barro, ni enriquecerlos, sino mostrarse como reformadores al mejorar las costumbres de trabajo para que esas personas perfeccionaran sus labores agropecuarias con la intención de beneficiar al terrateniente y al grupo político al que este pertenecía. Eso es lo que se pretendía desde que se empezó a publicar agroinformación en el país y lo que se heredó del periodismo español, en especial de los grupos asociados como la Vascongada y la Matritense, pues se sabía que quien tenía el poder económico controlaba el poder político. Infortunadamente, la escasa agroinformación que se publicó en los primeros cincuenta años del siglo XIX y las pobres cifras que presentó el sector en ese mismo tiempo demuestran que en ese juego político, por falta de políticas ajustadas a la realidad, el país perdió de vista la esencia del periodismo agropecuario y la oportunidad que ofrecía para ayudar a incrementar la producción y generar mayores ingresos, lo cual podía redundar en ganancias para el terrateniente y los trabajadores y, de paso, empujar la economía, que era donde radicaba el verdadero beneficio, pues no hay mejor propaganda para un gobierno que un bolsillo con dinero, una mano con trabajo y un estómago lleno. Así, ganaban todos.

No obstante, esa percepción espuria que le dio la historia fue la que eclipsó la verdadera definición del periodismo agropecuario, aquella que siempre ha estado ahí para darle ese sentido único que lo presenta a simple vista como baluarte del desarrollo a través de una estructura narrativa diferente y con un estatus importante frente a otras líneas informativas. Esa identidad, enmascarada inicuaente, nunca pudo florecer y continuó oculta y diluida aun más con el paso

de los años hasta pasar casi al olvido en la actualidad, pese a que siempre existió claridad en la conciencia ilustrada sobre la importancia de narrar el agro, ya que en general el periodismo del siglo veintiuno, alejado de su carácter político y social de antaño, se transformó en un producto de competencia comercial que actúa bajo las leyes del mercadeo, arrodillado a la estética tecnológica y supeditado al juego de la oferta y la demanda. Es un modelo que en el caso de la información agropecuaria se opone a su esencia y la descarta. Y aunque hay algunos casos en los que el viejo espíritu de la agroinformación cobra vida en los medios de comunicación de hogaño, lo que se comunica se reduce a un trabajo apenas intuitivo, pues los redactores, a ciencia cierta, no parecen entender lo que significa realmente construir esta clase de información. Tal vez, el problema radica en que las facultades de comunicación nunca hablan de periodismo agropecuario y, por lo mismo, no se incluye en el currículo académico ningún tipo de enseñanza que propenda su buen quehacer. Parece ser que escribir sobre la labor agropecuaria resulta hoy día una actividad de segunda categoría y carente de sentido práctico en medio de esa falsa percepción mundana de una sociedad urbana y exclusiva que se cuele día tras día a través de los medios de comunicación y sus pantallas de concreto.

Es una visión que ha estado presente desde que se escribió la primera línea el martes 23 de junio de 1801 en el *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*, fecha que por demás marca un hito histórico para el país, ya que señala al periodismo agropecuario colombiano como uno de los pioneros en Latinoamérica en el desarrollo de este tipo de información, superando a *El Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata*, que poco antes, el 27 de mayo de 1801, publicó en la capital argentina un artículo titulado *Agricultura*, en el que el fundador y editor del periódico, don Francisco Antonio Cabello y Mesa, con base en un contexto histórico, presentó algunas definiciones sobre el agro para tratar de exaltar su importancia, aunque sin promover nada de carácter productivo en él. Incluso, una semana antes, ese periódico había registrado una nota enviada por uno de sus suscriptores con el fin de enseñar a proteger el cuero en bruto de la incidencia de la polilla; sin embargo, era una información sucinta que iba destinada a los comerciantes que exportaban el material o a los artesanos que lo procesaban, y a la que el mismo editor dio descrédito al final del texto, por lo cual parece carecer de toda utilidad y veracidad (1801, 20 de mayo, p. 144). Además, si fuera por antecedentes en cuanto a informaciones que hablaban del agro pero no eran agroinformación, hay que decir que casi una década antes, el 2 de marzo de 1792, circuló en el

*Papel periódico de Santafé de Bogotá* un artículo titulado “Disertación sobre la agricultura. Destinada a los habitantes del Nuevo Reyno de Granada”, redactado por el padre Luis Astigarraga. Esto ratifica a Colombia como el segundo país en hablar del agro, mucho después de que lo hiciera el *Diario Literario de México*, el cual, gracias al padre José Antonio de Alzate y Ramírez, estrenó el periodismo agropecuario en el territorio latinoamericano el 4 de mayo de 1768, mediante la publicación de un artículo sobre el cultivo del cacao. Por lo tanto, el artículo del *Correo curioso* bogotano, en el que se explicaba detalladamente la forma en que se debía cultivar el trigo, se puede considerar como el primero en comunicar las bondades de la agroinformación en Suramérica y el segundo en hacerlo dentro de la América española.

Aquel fue un gran momento porque el texto primigenio evidenciaba en esencia que en el encuentro impoluto entre el periodismo y el campo la información agropecuaria lograba sacudirse del manoseo político que la obligaba a rodearse de palabras densas, demasiado reflexionadas y con dudoso beneficio. Así, al desconectarse del resto de información, el periodismo agropecuario dejaba ver su verdadero rostro, ese que se forjó a la sombra del contexto científico y colonial del país, y que determinó un carácter independiente capaz de comulgar con lo político, lo económico y lo científico, en el cual se congregaban, a su vez, los aspectos geográfico, ambiental y botánico, sin dejarse dominar por ninguno de ellos. Todos se beneficiaban de la agroinformación y la nutrían al mismo tiempo: Desde la política, por ser la base ideológica que determinaba el objetivo con el que se publicaba, y en lo económico, porque obligaba a que la propuesta informativa alentara la producción estratégica, como en el caso del cultivo del trigo, la linaza, el cacao, algunos frutales o el levante vacuno y ovino, que eran importantes por ser generadores de materia prima para el fomento de la labor artesanal y, sobre todo, por su atractivo para movilizar el comercio exterior.

En cuanto a la relación que existía con la parte científica, se puede afirmar que era bastante estrecha y dependiente, pues el periodismo agropecuario se ha alimentado de ella desde su origen para impulsar procesos de mejora en el sector, tal como lo afirma con bastante acierto el economista e investigador Albert Berry: “El avance de la productividad agrícola depende más que todo de las investigaciones y la difusión tecnológica” (*El Tiempo*, 2013, 13 de marzo, p. 22). Sin embargo, durante los primeros años de vida de la agroinformación su encuentro con la ciencia tuvo un múltiple fin, ya que, por un lado, fue vital para reconocer las cualidades del territorio y empezar a darle fronteras al país y, por otra parte, se intentó sacar provecho de las

ventajas que había en el descubrimiento y estudio de nuevas especies como excusa para motivar el círculo expansivo y multiplicador de la producción: Tierra-fruto-riqueza-poder-tierra. Igualmente, la ciencia le podía mostrar a la comunidad rural que el trabajo agropecuario iba rezagado con respecto del mundo preindustrializado y, por lo tanto, estaba en capacidad para decirles si realizaban mal los procesos o de manera anticuada. Esto también era útil para indicarle al productor agropecuario cuánto dinero perdía, amén del manejo abusivo de la España colonial y de los recolectores de impuestos para quedarse con las ganancias de lo poco que se producía. Seguramente, allí surgió la excusa perfecta para impulsar una revolución, ya que en el seno de la agroinformación los hombres de ciencia y jurisprudencia podían entender que estaban obligados a construir una nueva nación, lo cual indica que los líderes políticos eran los únicos beneficiados con los papeles de la abundancia.

Por todo esto, es claro que el trabajo de los periodistas agropecuarios tiene una gran responsabilidad, pues son permanentes constructores de patria. Además, el compromiso es doble, ya que al intervenir en la producción el agroperiodista se convierte en parte de la cadena y, por lo tanto, también funge como un trabajador más en la cuadrilla de labor, siendo el punto de partida de toda la actividad como determinador de una hoja de ruta productiva que aporta el qué y el cómo de la tarea a realizar; por ende, quien se acoge a su consejo pone buena parte de su bienestar y el futuro de todo un proyecto económico en la certeza de su pluma, hecho que incide directamente sobre la vida no sólo de una persona sino de un indeterminado grupo, casi siempre integrantes de una misma familia. Cualquier error, por pequeño que sea, puede terminar siendo toda una catástrofe socioeconómica. Sin embargo, en el primer hemisiglo del decimonónico los que ejercían el periodismo agropecuario no pensaban en las consecuencias de su trabajo y su objetivo primordial apenas giraba en torno a la necesidad de generar sentido de pertenencia hacia su causa patriota. Por lo tanto, no mediaba ningún criterio que impulsara a los redactores a realizar una reflexión o un análisis juicioso de las necesidades reales de la comunidad objetivo para ofrecer una guía pertinente, aunque esta nunca llegase a ser utilizada. Sólo hubo un par de excepciones, que fueron los artículos sobre el cultivo del trigo y la linaza, en los que abarcaron el método de producción de principio a fin y eran adecuados para la región donde se publicaron, que comprendía buena parte de la actual sabana de Bogotá. No obstante, la novedad que representaba dicha información frente a la rutina ancestral hacía que los trabajadores agropecuarios no se arriesgaran a creer en las promesas que ofrecía el papel periódico, creando

así un obstáculo difícil de superar debido también a la talanquera que representaba el analfabetismo; por ende, se requería de un método para realizar la capacitación, una estructura narrativa para comunicarla y un intermediario para llevar a cabo la socialización. En el primer punto, los directores y redactores de la agroinformación, que muchas veces resultaban siendo la misma persona, tuvieron que recurrir al esquema protocolario del manual que aprendieron de la prensa europea y que fue usado durante la colonia por la Iglesia católica para realizar su evangelización. Este modelo cobró mayor fuerza con el inicio de la vida republicana, pues a través de él se promovían valores nacionalistas con el fin de proteger al Estado y limpiar las huellas del pasado colonial, tal como lo afirma Luis Alfonso Alarcón Meneses:

Manuales de urbanidad y catecismos republicanos constituían para la época, conjuntamente con los manuales de moral y buenas costumbres y los textos geográficos, los tipos de libros o textos más utilizados en la escuela para difundir el ideario modernizador de corte liberal. Estos libros insistían en mostrar las bondades de la República, las razones para su defensa, trascendencia de la nación y del hombre convertido ahora en ciudadano, así como también aleccionaba a los estudiantes, a través del consejo moral y el aprendizaje memorístico, para que reconocieran, valoraran y analizaran la importancia y el cumplimiento de las reglas de urbanidad, como fundamentos de toda “sociedad civilizada” (2005, p. 179).

Infortunadamente, los prometedores artículos publicados entre 1800 y 1850 usaron un método narrativo apropiado pero fallaron al apelar muchas veces a un lenguaje muy técnico, que obviamente no encontraba consonancia con el nulo bagaje intelectual de los trabajadores agropecuarios, lo cual podía fomentar, aun más, el desinterés por la información ofrecida. Otros textos eran simplemente inútiles, pues sus propuestas novedosas no parecían ser lo suficientemente atractivas para romper con los cultivos tradicionales ni sus procesos de vernácula heredad y algunos de ellos no encajaban con el contexto social o el marco geográfico en el que se intentaban reproducir. Por ende, es válido decir que la agroinformación colombiana fue una apuesta arriesgada y vanguardista que no logró hallar eco y tuvo que permanecer allí, de página a página, desconectada de la realidad agraria y cumpliendo con un deber, una formalidad, un acto de presencia para respaldar los intereses políticos y comerciales de los directores de los impresos, sus socios y sus líderes ideológicos, quienes aprendieron a sacar provecho de un campo pobre que no estaba preparado para evolucionar. Era como si la agroinformación hubiera

nacido antes de tiempo y ese carácter prematuro la obligó a subsistir con un perfil bajo y austero y sirviendo para otros fines, mientras llegaba su momento; lamentablemente, se convirtió en una bella durmiente a la que un día olvidaron besar.

Por otra parte, aunque los redactores parecían querer lavar su conciencia aduciendo que por el sólo hecho de publicar cualquier cosa en relación con el tema agropecuario estaban cumpliendo con sus principios liberales, tampoco pueden ser señalados, pues la verdad es que ellos no estaban preparados para realizar ese papel, ya que pertenecían a otra área del conocimiento y su actividad cotidiana estaba muy lejos de la campaña nacional. Además, el surgimiento de la agroinformación coincidió con el nacimiento del periodismo en el país y, por lo tanto, era algo nuevo socialmente y desconocido en su quehacer, como si fuera un juego de ideas y palabras al acierto y error que buscaba consolidar un estilo propio y un nicho de seguidores. Por ende, existía un motivo que excusaba los defectos y vacíos del contenido, lo cual hace aun más difícil creer que hubiera podido quedar algún residuo importante de información en las prácticas agropecuarias de las comunidades que de alguna forma se beneficiaron de la información publicada. Tal vez, eso permite explicar el bajo número de notas impresas y los pocos periódicos que optaron por hacer visible este tipo de periodismo, situación que se puede constatar en el hecho de que entre los diez impresos que circularon con agroinformación en los primeros cincuenta años del siglo XIX sólo hubo uno que dedicó la totalidad de sus páginas a tratar el tema, pese a su corta existencia, que fue *El Cultivador Cundinamarqués; ó periódico de la industria agrícola, y de la economía doméstica*. Este impreso, único y efímero, no lucía muy práctico para lo que realmente necesitaban, ya que no llevaba consigo información política ligada a sus objetivos, como sí ocurrió con los otros; sin embargo, todos sabían que era un periódico del gobierno y eso ya decía mucho.

Aquel inconstante y bajo interés por el agro que hubo en los inicios del periodismo agropecuario también se puede percibir en los largos lapsos de tiempo que hubo entre las publicaciones, puesto que el promedio fue de cinco años e incluso hubo una oportunidad en que la ausencia llegó a sumar tres lustros. Además, al detallar los diez periódicos proagro que se imprimieron en ese medio siglo se pudo encontrar que seis contaban con uno o dos artículos, amén de la corta vida que tuvieron en general, pues cinco de ellos circularon entre dos y seis meses, dos más se acercaron a un año, uno desapareció casi a los dos años, otro alcanzó tres años y medio y sólo uno superó el lustro. En conclusión, en esos diez impresos se publicaron 2.500

páginas, de las cuales 368 tenían agroinformación; esto indica que su participación fue apenas del 14,72 por ciento (ver la Tabla 1). Esa cifra expresa el por qué el periodismo agropecuario no logró incrustarse de forma permanente en la vida de una sociedad que, paradójicamente, en su mayoría era rural. Y así como no se debe inculpar a los redactores de la baja estadística tampoco se le puede achacar el problema al texto en sí, puesto que si hay algo que vale la pena rescatar es que la estructura narrativa mostraba un estilo original que facilitaba la entrega del mensaje, ya que tenía un carácter instructivo o pedagógico, con un discurso activo que no se desarrollaba alrededor del *qué* sino del *cómo hacer o ejecutar*. Por ende, al ser hijo del método científico, el texto se volvía descriptivo, cronológico y concreto; de ahí que sus líneas sean cortas y sin un tono ampuloso, tal como lo recomendaba *El Propagador de la libertad*, un periódico barcelonés del siglo XVIII en el que los redactores se autodenominaban “Profesores y Periodistas de las Aldeas” y creían en la importancia de usar un lenguaje apropiado para lograr una comunicación certera con la comunidad rural.

Ellos afirmaban que “por medio de cortos y fáciles discursos, escritos en estilo claro y sencillo se puede distribuir en el campo la instrucción que falta: pero es preciso que lo que se diga esté al alcance de los lectores á quienes se destina”. Además, agregaban que para lograr tal fin el redactor debía inmiscuirse en el imaginario de aquellos que se sirven de la información, pues, según decían, el “arte de propagar y popularizar las ideas exige una imaginación que remonte á las causas, que observe los efectos, que abraze el todo y separe los pormenores: en una palabra debe ser la obra de un filósofo capaz de profundizarlo todo, y de un escritor bastante hábil para simplificarlo todo” (1835, enero, p. 5). Por esta razón, el periodista agropecuario no sólo debe ser hábil con el lenguaje para hacer mucho con poco, sino que debe tener muy desarrollada su capacidad de observación y escucha, y mostrar, ante todo, un alto nivel de empatía para poder introducirse, comprender y transformar un mundo que le es ajeno.

Lamentablemente, la agroinformación en Colombia entre 1800 y 1850, pese a su origen ilustrado con fundamento en la literatura científica, botánica y humanista, y a su finalidad popular y rural, nunca se acercó a los parámetros que propalaban los periodistas catalanes y, por el contrario, todo lo hizo a la distancia, de manera superficial y a través de un lenguaje que desconocía el vocablo productivo de los trabajadores del campo; por lo tanto, carecía de respuesta popular, ya que nunca pudo conciliar el término técnico y grandilocuente con la palabra coloquial, hecho que era como intentar ajustar el brillo del zapato en la aspereza de un

pie calloso y acostumbrado a caminar sin ataduras. Esa disyuntiva derivó en una falta de ecuanimidad en el mensaje que yacía en los textos publicados y muy seguramente distanció y distorsionó el poco interés que se hubiera podido generar alrededor del tema; eso motivo la necesaria presencia de un traductor, alguien que aterrizará los conceptos al lenguaje rural, un mediador que tuviera la capacidad de permear la cultura y la visión obtusa de los llamados rutineros del campo.

Es claro que a los redactores agropecuarios no sólo les faltó un poco más de sensibilidad para generar contenidos sino también posibilitar un diálogo mondo y lirondo con aquellos que se beneficiarían de su trabajo. Don Lorenzo María Lleras, uno de los primeros promotores del periodismo agropecuario en el país, escribió que “un sistema de educación republicana debe comprender á todos, ser igual para todos, i promover el adelantamiento físico, moral é intelectual de todos” (*El Cachaco de Bogotá*, 1833, 26 de mayo, p. 7). Por eso, los ilustrados, quienes resultaban ser los únicos beneficiados con un texto agroinformativo que no necesitaban, pues ellos no sembraban ni criaban animales, fueron los que tuvieron que cumplir con el papel de intermediación y encargarse de leer el periódico a los que no sabían hacerlo. Así, al asumir esa misión pedagógica, se le daba continuidad a la atávica y funesta dependencia que los habitantes del campo tenían de los ilustrados para poder actuar, pensar o existir, coartando con ello su libertad y prolongando el analfabetismo, la holganza y el famoso rutinismo rural. Era otro palo en la rueda del desarrollo social del país, tal como lo pensaba el Libertador Simón Bolívar: “La instrucción es la felicidad de la vida; y el ignorante que siempre está próximo a revolverse en el lodo de la corrupción, se precipita luego infaliblemente en las tinieblas de la servidumbre” (Citado en Carrillo, 2004, p. 48). Tristemente, la tarea que se hizo a través del periodismo agropecuario apuntaba, de una u otra forma, hacia ese mismo lodo.

Entonces, allí es donde surgen las incongruencias y las dudas que deja la ideología ilustrada, tanto colonial como republicana, frente al agro: ¿Antes de invitar a los habitantes del campo a recorrer textos complejos no era más lógico iniciarlos en la lectura y escritura y educarlos en lo básico para que luego ellos mismos pudieran apropiarse de la información que necesitaban? ¿Acaso, el periodismo agropecuario iba dirigido más bien a fortalecer exclusivamente a las minorías para tener asegurado tanto el control de las tierras productivas como la vida de las comunidades maleables que las habitaban? Esto último no es para nada descabellado, como se había mencionado algunas páginas atrás, pues ser prosélito en la democracia o servil y esclavo en

la monarquía era casi lo mismo. Por eso, la propuesta de seguir a los ilustrados no resultaba difícil de aceptar, ya que esas personas estaban genéticamente predispuestas para obedecer; de esta forma, no sólo continuaban siendo parte de la servidumbre social, como lo advertía el Libertador, sino que al convertirse en servidumbre política también adquirían el rótulo de cifra y empezaban a sumar dentro del número de integrantes de la sociedad, con derechos o sin ellos, que podían ejercer de garantes del proceso de traspaso de poder de la monarquía a la república así como de una libertad en la que no querían ser incluidos, porque para ellos la independencia se convirtió en sinónimo de hambre al tener que mantenerse por sus propios medios para poder sobrevivir y pagar impuestos. Ellos no querían aprender, sólo necesitaban ser acogidos y protegidos. Por lo tanto, si el periodismo agropecuario colombiano tenía un significado subrepticio para los redactores y, por otro lado, no representaba nada para los trabajadores del agro, no queda duda que publicarlo era parte de una estrategia política.

No obstante, de las dificultades que presentó el lenguaje agroinformativo en aquel intenso primer decalustro del siglo XIX se puede deducir una enseñanza valiosa: La formulación del principio técnico es necesaria, pero siempre debe ir precedida por la explicación del mismo en términos comprensibles para que el trabajador agropecuario, de manera práctica, pueda entenderlo, identificarlo, relacionarlo e incrustarlo en su diálogo cotidiano y, de paso, aumentar sus conocimientos. Por lo tanto, el periodismo agropecuario exige el desarrollo de una habilidad que conduzca al redactor a ser cómplice tanto de la fuente como del objetivo; es decir, aparecer lo suficientemente ilustrado para interactuar con los que desde la ciencia generan información para el beneficio rural y ser el eslabón más apropiado para llevarla a los que la van a utilizar en el terreno. Por otro lado, también debe ser un jornalero más y meterse al cultivo con su información y hablarles al oído, codo a codo, a esos incansables hombres a los que debe ver con respeto como si fueran sus entrañables amigos, sus pares, sus buenos compañeros, para que ellos le pierdan el miedo a la novedad y se motiven a adoptar procesos de cambio en el desarrollo de sus actividades productivas. Aquí juega un papel importante el tema de resultados, pues culturalmente lo que es bueno para uno lo es para todos; entonces, hay que mostrar con hechos ejemplares que lo que se propone sirve. Eso genera confianza y credibilidad, que fue lo que faltó en la agroinformación que circuló en aquel tiempo.

Entonces, para poder cumplir con su deber ser, el periodismo exige como condición que se redacte a partir de uno de los legados más importantes de don Francisco José de Caldas, quien

alguna vez escribió: “Las producciones naturales de los países que abraza esta costa, tienen un lugar en ella, y hemos escrito su nombre en los lugares en que los hemos visto. Esto á mas de dar una idea de lo físico del país, interesa á la historia natural y al comercio” (1819, p. 36). Con esas palabras el gran sabio dejó en claro que para lograr una acertada descripción de los procesos la agroinformación se debe hacer con las manos sucias; es decir, hay que ir al terreno no sólo a generar confianza sino, literalmente, a untarse de campo haciendo comunidad con los agrotrabajadores y los técnicos del sector para poder entender su espacio y escribir como si se hiciera con la misma tinta de la tierra, aprovechando lo que Peter Burke llama “la cualidad mágica de las palabras” (1993, p. 43). Burke y Asa Briggs afirman, además, que “las intenciones, estrategias y tácticas mediáticas de los comunicadores necesitan estar en todo momento relacionadas con el contexto en el cual operan junto con los mensajes que comunican” (2002, pp. 16-17); por lo tanto, y siguiendo la propuesta del sabio Caldas, a partir del registro de la experiencia de alguien que ha vivido y conocido de primera mano los avatares de la labor agraria, con sus momentos de gloria y sus días de desgracia, y tomando como base uno o varios casos de trabajadores exitosos, la agroinformación tiene la obligación de transformar esa mirada *in situ* en un relato que atestigüe una historia ejemplar para ayudar a otras personas a empezar una actividad o a mejorar o renovar una producción en condición adversa. Eso permite mostrar un periodismo agropecuario con una dimensión diferente a la imagen política de antaño y, por ende, se puede empezar a redefinir como una actividad con compromiso social, sustentada en un par de palabras: Observación e intervención.

En consecuencia, el periodista agropecuario debe ir y hurgar con su mirada, intelecto y conciencia y luego traducir y moldear la información, junto con el respaldo del concepto técnico, para regresarla al campo convertida en un mensaje con moraleja, como si le dijera al público: “*Esto se hace así para que no le pase a usted*”. Y para ello, el redactor organiza la idea partiendo del *qué es lo que sucede* precedido del *cómo se supera, se logra o se hace*; por ende, implica el planteamiento de un problema y a continuación la posible solución, tal como lo enseñaron los pioneros de la agroinformación en el país, manteniendo con ello la estructura jerárquica y descriptiva que da el *paso a paso* de la receta informativa. De esta manera, el discurso agropecuario puede generar interés y una conexión más íntima con los trabajadores agropecuarios porque se convierte en la herramienta emblemática de las diversas realidades que enfrentan día tras día y, a su vez, permite que ellos puedan interiorizar el mensaje más

fácilmente, pues se les hace sentir que están representados en lo que se publica; así, pueden creer y aprender. Esto quiere decir que a pesar de su rigidez el periodismo agropecuario también es emocional, ya que refleja una forma de ser y hacer a partir de la interacción del redactor con la atmósfera, la actividad y sus protagonistas, y en ese sentido todo el ejercicio se vuelve propositivo, puesto que la finalidad de la agroinformación es capacitar para mejorar o corregir, mirada desde la cual también se introduce como una invitación a construir.

Por lo tanto, mediante la agroinformación no se denuncia, no hay escándalo; todo gira en torno a una realidad que requiere transformación para jalonar crecimiento sin llegar a ser detonante de opiniones o movimientos sociales; es decir, no es noticia de grandes titulares, sólo una conciencia que refleja una necesidad a la que se apresura a dar la mejor respuesta a través de un modo posible y capaz que permita, además, quebrar la impávida incredulidad de los trabajadores del campo. Y es en este punto donde el periodismo agropecuario converge de una forma más intensa con la información científica para poder andar en la senda del desarrollo que promete; por esta razón, siempre debe primar la agroinformación cuyo texto debevela la intencionalidad de estar a la vanguardia, redescubriendo, renovando o proponiendo novedades que contribuyan a crear rompimientos en las creencias culturales de la labor rural, de modo que animen a los productores y trabajadores agropecuarios a ser más atrevidos e innovadores y ya nunca más los rutineros de antaño.

Para ello es necesario escuchar a Burke cuando dice que “la escritura es una variedad específica de la lengua hablada que tiene sus propias reglas, las cuales varían según el tiempo, el lugar, el que escribe, el supuesto lector, el tema (dominio) y, en no menor medida, el género literario” (1993, p. 31). La historia ha expresado que el periodismo agropecuario en Colombia mostró en sus primeros cincuenta años de vida unas características que lo han provisto de un estilo particular para permitir el trascender del mensaje. Una de ellas, que surge entre lo bello y lo honroso que hay en la creación de este tipo de información, es la libertad que tiene el redactor para realizar su trabajo de la mano con quienes son los protagonistas y, a la vez, consumidores de sus palabras, ya que a diferencia de otro tipo de informaciones, como por ejemplo, la deportiva, en la que una entrevista con un futbolista interesa tanto a sus colegas como a la masa de seguidores informes de esa actividad, en la agroinformación el texto sólo le sirve al que está inmerso en el tema; entonces, no es un contenido dirigido a un público general porque requiere ser muy específico para poder alimentar una necesidad. Y en ese contexto, pareciera que el

periodismo agropecuario, más que un puente, fuese un espejo que atrapa y refleja un sinfín de posibilidades mientras se despoja maravillosamente de su neutralidad para condolerse y transformarse en un apoyo real para la labor del trabajador agropecuario, lo cual permite validar el compromiso social de esta información: Con ellos, por ellos y para ellos. De todo esto surge una duda: ¿Qué tan eficiente pudo haber sido el proceso de capacitación a través de un periodismo que desconocía sus propias cualidades y de algo tan novedoso como un periódico, cuya lectura es principalmente una práctica individual, en medio de una comunidad rural analfabeta que ha cimentado su conocimiento sobre una tradición oral, teniendo en cuenta, además, que los redactores y el público objetivo andaban cada uno por su lado sin ningún tipo de interacción entre ellos, como sucedió durante la primera mitad del siglo XIX?

Inicialmente, hay que recordar que el manejo de la economía y el sector agropecuario del país estuvieron bajo el control de la Iglesia Católica durante varios siglos; de ahí que cuando salía a la luz pública algún impreso con agroinformación a los religiosos no les quedaba difícil asumir la misión de comunicarlo. Por eso, muchos de ellos, comprometidos con los postulados de la ilustración y la libertad, fueron los encargados de llevar su contenido a los agrotrabajadores, leerles y darles las pautas necesarias en el rango de sus capacidades, y luego archivar y proteger los ejemplares leídos. Entonces, por su experiencia, ellos parecían los más indicados para adelantar esa tarea; casos ejemplares son el padre Eloy de Valenzuela y su relación con el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* al igual que los sacerdotes de la vasta región cundinamarquesa entre 1833 y 1837. Vale la pena abrir un paréntesis en este punto para resaltar la importancia de los países bajos, particularmente de los holandeses, por haber sido los primeros en acudir a los guías espirituales, en su caso los pastores religiosos, para capacitar a las comunidades agropecuarias durante el siglo diecisiete. Y en esa misma época, con su interés por enseñar diversas materias útiles a sus pobladores, esa región fue la que inspiró la idea de crear el periódico de sabios en Francia y, además, se convirtió en la simiente de la actividad agropecuaria actual, pues algunos de sus prácticos y efectivos sistemas agroproductivos, en especial los que se ejecutaron en el área de Flandes, fueron llevados, desarrollados e implementados en el siglo XVIII por la Gran Bretaña y desde allí se esparcieron durante el siglo XIX por el resto del continente europeo y en tierras americanas. Por ende, la actividad agropecuaria moderna que se realiza en gran parte del mundo, así como el periodismo agropecuario que la cubre, le deben su existencia al país de los tulipanes. Entonces, es claro que el modelo holandés era el más indicado

para adelantar la tarea instructiva en la campaña colombiana, en especial porque desde la llegada de los españoles a América los sacerdotes habían sido, paralelamente a sus actividades de fe, un brazo importante para los intereses políticos de la monarquía debido a su amplia incidencia en el pensamiento y manejo de la conciencia humana; incluso, hoy día, con tantas herramientas tecnológicas dispuestas para comunicar e informar, los sacerdotes católicos aun son requeridos para el auxilio de los objetivos gubernamentales o de los grupos civiles como las ONG:

Dicha institución presta un invaluable servicio en lugares que apenas rozan las instituciones del Estado, lo que le permite ofrecer mucho más que socorro espiritual a numerosas comunidades. Tanto es así que el Gobierno, en más de una ocasión, ha encontrado en las diócesis locales y en los programas de la Conferencia Episcopal un gran aliado para ejecutar sus programas sociales. El caso más reciente es el convenio firmado con el Ministerio de Agricultura para fortalecer la implementación de la ley de restitución de tierras (*El Tiempo*, 2013, 7 de febrero, p. 22).

Por eso, una de las reflexiones que arroja esta historia es que había un objetivo subrepticio detrás de la misión social de los religiosos y su manejo de los contenidos periodísticos, el cual iba ligado a esa primera definición que relacionaba a la agroinformación con una estrategia política. Primero que todo, hay que tener en cuenta que los periódicos con agroinformación que hicieron parte de la era colonial, tanto el *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá* como el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, llegaban apenas a un reducido número de personas que no superaba los cincuenta suscriptores en promedio. La mayoría de ellos eran residentes en una Bogotá que parecía adormecida por el canto de bisagra de sus 4.517 puertas y el cóctel de dialectos de origen español que circulaba en los diálogos de los cerca de veintidós mil habitantes que ocupaban la ciudad en 1801 (*Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*, 1801, 24 de marzo, p. 22). Esa cifra, a todas luces, indica que en realidad, y en medio de una sociedad donde campeaba no sólo el analfabetismo rural sino también el urbano, eran muy pocos los que podían disfrutar del periodismo agropecuario, teniendo en cuenta, además, que en esa misma época en Bogotá sólo había unas quince instituciones educativas y en siete de ellas apenas estudiaban alrededor de ochocientos niños (Vergara, 1858d, pp. 26 - 29). Y entonces, ¿para qué serviría enseñar a cultivar el campo mediante un periódico que llegaba a manos de un minúsculo grupo de ciudadanos a quienes les interesaba todo menos convertirse en trabajadores del agro? Aparentemente, la respuesta es

obvia: Para nada. Ya en 1841 lo decía el profesor español don Juan Jimeno en una disertación sobre la calidad de la educación en su país: “¿Cómo ha de florecer la agricultura si la gente del campo no está prevenida para leer y entender lo que diga un libro ó un periódico sobre el conocimiento de las buenas ó malas tierras, el modo y la época de abonarlas, qué terreno ama privilegiadamente cada planta, y en fin sobre tantas cosas tan necesarias, que nuestros labradores ni aun se presumen que esten escritas en ningun libro?” (*Boletín oficial de Instrucción Pública*, p. 20). Es claro que esa inquietud no sólo era válida en España sino también en Colombia y quienes ejercieron el periodismo agropecuario con seguridad comprendían el problema; sin embargo, no dudaban en publicar. Esto ratifica que la agroinformación hacía parte de un proyecto ajeno a su esencia; incluso, se puede interpretar que su carisma era útil para conspirar, puesto que seis de los diez impresos proagro fueron publicados por grupos o personas en oposición a quienes controlaban el poder político en el momento que iniciaron su publicación, lo cual, de paso, permite concluir que dicho contenido tenía un carácter social y revolucionario por naturaleza.

Quizás, en aras de aprovechar esa característica, los líderes ilustrados buscaron a los sacerdotes como mediadores para propiciar resultados eficientes y eficaces en la búsqueda de apoyo para sus fines políticos, tal como lo pensaba don Antonio Nariño, quien destacaba la capacidad que ellos tenían para manejar al pueblo (Palacios y Safford, 2002, p. 178). Similar pensamiento esgrimió don Jorge Tadeo Lozano cuando expresó que esa institución fue la gestora de la libertad, pues, según dijo, “la revolución que nos emancipó, fue una revolución clerical” (2012, p. 240). Vale la pena resaltar que entre los integrantes de las órdenes religiosas que cumplieron un roll importante en la gesta independentista al igual que en la consolidación de la república estaban los dominicos. Por lo tanto, la Iglesia se podía considerar en aquel tiempo como un músculo poderoso políticamente que tenía a su haber el control no sólo de la conciencia de las comunidades en las que actuaba sino también el de la economía nacional, pues manejaba una buena parte de la actividad agropecuaria, ora como terrateniente, ora como poseedora del conocimiento para desarrollar las labores del campo. Aquello era, como lo calificó alguna vez un rey español, el gobierno del púlpito.

Por lo tanto, resultaba lógico que los sacerdotes fueran los llamados a capacitar el sector, pero también los más propicios para inocular el mensaje de esos revolucionarios intelectuales que se

presumían dueños exclusivos de un país ajeno y que convirtieron los postulados del socialismo en el nuevo evangelio de la democracia. Para ello, los redactores del periodismo agropecuario usaron como bandera el discurso fisiócrata de Quesnay, Turgot y Du Pont, con el que buscaban refrendar aquella idea según la cual los pobres son bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos; allí incluían a todos esos habitantes rurales que tantas veces y por tanto tiempo habían sido despreciados y parecían “no existir, excepto en los cuadros de costumbres, en los relatos de viaje o en la crónica quejosa de los periódicos” (Bejarano, 1987, p. 25). Entonces, se les hizo creer que el espacio en lo más alto de la pirámide no estaba destinado al rey y a sus cortes sino que por naturaleza les pertenecía a ellos; por lo tanto, les dijeron que vivían en un país lleno de riquezas, un país posible con menos impuestos; un país que ofrecía una mejor vida, pues la tierra y sus frutos también les pertenecían. Por lo tanto, para hacer efectiva su predestinación, los trabajadores del campo debían prepararse y mejorar su actividad productiva, pues tener conocimiento y habilidades para obrar sobre la campiña les daba el derecho a gobernarlo y sacarle provecho. En últimas, y en todos los tiempos, ellos eran los ungidos para ser reyes en la pirámide invertida.

Eso significaba que para lograr estar en el cielo que se les ofrecía necesitaban hacer un cambio radical en la estructura sociopolítica y, por ende, debían liberarse del control gubernamental que se los impedía, situación que sólo parecía posible mediante una intervención de consuno con aquellos hombres que se proponían como sus líderes, quienes, además, demostraban poseer la suficiente fuerza para lograrlo, pues había que tener valor y entereza para atreverse a terminar con casi tres siglos de monarquía. Infortunadamente, el precio fue alto, ya que la revolución exigía sacrificios por la patria y en ese sentido el campo terminó siendo el chivo expiatorio, el mártir que liberó al país sin que nadie reclamara por tener que poner no sólo el escenario de guerra sino también las víctimas, puesto que los hijos de la triste campiña fueron los que integraron el primer ejército republicano bajo la creencia de que “un hombre pobre está espedito para todo, y es el revolucionario mas audaz y sanguinario” (*Eco del Tequenthama*, 1829, 18 de octubre, p.12). Esos hombres y mujeres fallecieron cuando se atrevieron a darle un nuevo uso al machete, ya que transformaron una herramienta que cosechaba vida en un arma para sembrar la muerte. Bien lo decía don Rufino Cuervo Barreto: “La agricultura no prospera sino al abrigo de la paz. La guerra y las conmociones quitan el arado al labrador para que abrace el fusil” (*Eco del Tequenthama*, 1829, 25 de octubre, p. 26). Lamentablemente, con ellos murió

el campo colombiano y los pocos sobrevivientes se quedaron sin nada porque la gloria y el cielo prometido por los ilustrados fueron a parar a sus propias manos al reclamar su derecho sobre las riquezas sólo por estar en la larga la fila de sucesión detrás de la primera línea política, social y económica del viejo país colonial. Desde entonces, sus apellidos se incrustaron en la vida nacional, al punto que varios de ellos aun rondan los pasillos de los cuatro poderes del Estado.

Con la entrada de los aires republicanos la sociedad descubrió entre el polvo de las ruinas de la guerra que la información agropecuaria había sobrevivido, pero ya no era la misma. Reapareció gracias al esfuerzo y a la inquietud atávica por el agro de don Rufino Cuervo Barreto, quien durante la década de 1820, y en medio de un país rural que paradójicamente casi no tenía campiña, consiguió fundar los periódicos *La Miscelanea* y el *Eco del Tequenthama*, cada uno con un par de artículos agropecuarios que resultaron suficientes apenas para mantener la esperanza de crear un campo productivo y, por supuesto, para mantener vigente al periodismo que se encargaba de impulsarlo. No es claro cuál fue el mecanismo usado para difundir su contenido entre las comunidades rurales y no se sabe si esas personas pudieron conocer dicha información o servirse de ella, puesto que al cambiar el contenido del texto su narrativa se hizo menos pedagógica y más analítica, lo cual no le restaba utilidad para los agropecuarios, porque tenía el tono de una nota editorial con carácter propositivo. Seguramente, la información iba dirigida sólo a los líderes políticos del momento, pues lucía como un llamado de auxilio para favorecer al agro y en el cual no cabía aquel que no tuviera poder. Parecía muy poco, pero esa flama se mantuvo viva hasta 1833, cuando apareció bajo el horizonte plomizo del país aquella bandada emplumada y canora, encabezada por el general Francisco de Paula Santander, para darle a Colombia un nuevo panorama y al periodismo agropecuario el único y verdadero impulso que recibió durante la primera mitad decimonónica, por encima, incluso, del que obtuvo en 1801 cuando nació. Ese hecho sólo volvió a repetirse, por última vez en aquel siglo, treintaicinco años después, en 1868.

No obstante, fue durante la década de los veinte cuando entró en escena la agroinformación como vehículo para defender la pertinencia de la labor agropecuaria, tal como se puede observar en un aparte de *La Miscelanea*: “No podremos desentendernos de las ventajas de la agricultura, de la justicia con que esperamos del gobierno la proteccion que demanda este arte, que aumenta la poblacion, estiende la riqueza publica, da vida a las artes y movimiento al comercio, forma la moral de la nacion, y fomenta el establecimiento de las sociedades, dando existencia a las leyes

que las mantienen, y fuerza a la autoridad y poder que las sanciona” (1825, 9 de octubre, p. 13). Sin duda alguna, el periodo que transcurrió entre el periodismo agropecuario de la Nueva Granada española y el que se dio en los primeros años republicanos no resultó ser el mejor y casi marcó la desaparición de esta información. De ahí la importancia de esos artículos de opinión que publicó don Rufino, ya que evitaron que el incipiente interés por la agroinformación desapareciera totalmente. Además, como el periodismo agropecuario nació para ser un ejercicio ilustrado con el fin de apropiarse del territorio y controlar el poder comercial, sólo pudo empezar a consolidar esa imagen mesiánica en busca del medro de las comunidades rurales en pleno albor progresista en la década de los treinta de aquel siglo.

Y es que la muerte del Libertador abrió un nuevo discurso alrededor del campo, pues los liberales progresistas del general Santander pudieron expandir libremente su voz, hecho que redundó en una mayor y mejor participación de la agroinformación en la búsqueda y construcción de la nueva nación. Por lo tanto, la década de 1830 marcó la salida del túnel, algo así como el renacimiento del periodismo agropecuario y su regreso al pueblo, convirtiéndose en una época dorada, ya que se publicaron cuatro impresos bajo su impronta y respaldo; es decir, el cuarenta por ciento de los que se conocieron en ese primer hemisiglo. También fue una etapa importante porque la agroinformación dejó ver todas sus características y cualidades, entre las que se destaca el haberse convertido en la máxima expresión para el beneficio de las materias primas de origen agropecuario, ya que el mensaje se enfocaba en la promoción de dos procesos diferentes pero complementarios, que son la producción y el procesamiento: Enseñaba a cultivar la linaza y a convertirla en lino; a criar ganado, proteger la leche ordeñada y fabricar queso; a producir trigo, cosecharlo y llevarlo al molino para generar harina. Y esto es clave, pues esa conjunción no sólo fortaleció la cadena productiva y comercial, sino que determinó que aquel modelo debía ser la columna vertebral del periodismo agropecuario.

Por otro lado, con la llegada de los santanderistas al poder este tipo de información volvió al modelo narrativo original con el esquema de receta. Sin embargo, el mensaje tuvo una leve variación, imperceptible a simple vista, puesto que en medio del argumento productivo se incluyó otro, entre líneas, que propendía por su existencia como un derecho ciudadano; por ende, se comenzó a presentar la agroinformación como una herramienta de desarrollo comercial, pero también como una fuerza capaz de mejorar la calidad de vida de las personas, en especial lo que atañe al aspecto educativo que era bandera del pensamiento liberal del momento. Eso fue

fundamental para elaborar un periodismo práctico que tenía como cualidad el hecho de que ya no sólo se vendía como información para edificar patria a través del agro sino para saber, hacer y existir. Entonces, era un periodismo con un carácter político, revolucionario, vanguardista, social y humanista.

Todo eso sucedió gracias al encuentro de dos hechos: Por un lado, los liberales santanderistas obtuvieron el control del gobierno y, por el otro, los sacerdotes de la iglesia católica asumieron un rol activo e ideológico en asuntos de política, convirtiéndose en rivales o aliados de los nacientes partidos políticos. Fue en ese momento cuando la tarea de capacitación rural que se realizaba mediante el periodismo agropecuario se volvió política de Estado y pasó de los religiosos a manos de las autoridades civiles, como los alcaldes o los dirigentes de cada región, y la iglesia quedó relegada a ser apenas albacea del material publicado. Esa situación involucró mucho más a la agroinformación dentro del concepto de estrategia política, pues el redactor con ayuda del intermediario, es decir, el que se encargaba de leer el periódico, podía tener a su alcance una buena oportunidad para ejercer influencia y manejo de la opinión pública, ya que ante el auditorio inerme cada impreso se convertía rápidamente en un discurso panfletario.

Esto permite confirmar que durante aquella década la eficiencia del periodismo agropecuario tampoco resultó tan útil como se esperaba en lo referente a la capacitación rural, pero sí lo fue para la actividad proselitista, ya que la información política no requería captar, memorizar y apropiarse procesos en una sola lectura como sí ocurría con la agroinformación; por el contrario, fomentaba fácilmente pasiones fermentadas con cierto morbo, las cuales no necesitaban mucho combustible para incendiarse. Por lo tanto, es evidente que el esquema usado no era el más adecuado para alentar el gusto por el conocimiento entre los habitantes del campo; sin embargo, hay una particularidad que vale la pena rescatar en esta parte de la historia y es que las actividades que se hicieron para la socialización de los contenidos del periódico en plaza pública determinaron que el periodismo agropecuario más que una práctica de lectura era un ejercicio de oído; es decir, que fue el modelo más primitivo de la radio en Colombia, cuando la información y el locutor visitaban físicamente a su audiencia.

De esta forma, y aunque sin resultados visibles, los liberales progresistas lograron hacer un aporte importante en la evolución de la propuesta agroinformativa, ya que ellos, aparte de masificar por ley la circulación del periodismo agropecuario e impulsar la práctica productiva de consuno con el aprovechamiento industrial de los recursos que se obtenían de ella, plantearon su

contenido como un instrumento donde todos ganaban: Los trabajadores del campo, porque no sólo jugaban a probarse en el rol de nuevos ciudadanos sino que a través del periódico se les invitaba a subir un peldaño más y pasar de ser unos miserables labradores a prósperos microempresarios del artesanado; por su parte, el progresismo santanderista se abonaba la grey que necesitaba para trascender democráticamente ante la fuerza que tenía el partido de los liberales retrógrados o ministeriales. En esa perspectiva se inscribieron *El Constitucional de Cundinamarca*, *El Cultivador Cundinamarqués*, *El Amigo del País* de Santa Marta, *El Labrador i Artesano* y, unos años después, *El Amigo del País* de Medellín. La única excepción fue *La Tarde de los Agricultores*, el último de los periódicos con agroinformación durante el primer decalustro del siglo XIX; no obstante, era un impreso conservador y de origen religioso, y su contenido se publicó con un estilo editorial. Todo esto revela otra particularidad del periodismo agropecuario en Colombia: Su carácter político, revolucionario, vanguardista, social y humanista se explica en su conciencia liberal y, por ende, no resulta extraño que haya sido cultivado, principalmente, en el seno del liberalismo nacional.

Pese a esto, hay algo que fue reiterativo en las dos etapas en que se dividió la historia del periodismo agropecuario entre 1800 y 1850 y es que ni la inquietud científica ni la filosofía política liberal, ya fuera progresista o conservadora, contemplaron las necesidades de los trabajadores del campo; por lo tanto, el contenido publicado era arbitrario como si el agro estuviera integrado única y exclusivamente por tierra, agua, plantas, frutos y animales. Fue un olvido tan grosero que la comunidad agropecuaria ni siquiera era considerada como un personaje menor dentro de la narración; por ende, excluían sus modos de vida, sus historias ejemplares, sus huellas culturales en relación con la labor productiva. Tristemente, los redactores no entendían que esa también era una forma de construir país y que al comprender sus realidades podían intervenirlas y ofrecerles la información más propicia para su bienestar económico y social, pues ir en búsqueda de lo útil, de aquello que reparara, era tener la posibilidad de conciliar la sabiduría de la ciencia con el conocimiento y la experticia que vive en la voz atávica de los sabios con pies de barro y que ha sido acumulada en el tiempo con la bendición del sol, la lluvia y el viento; por lo mismo, tampoco se promovió la introducción y uso de herramientas o maquinaria novedosa para la mejora de la actividad agropecuaria. Esto, quizás, diluyó la verdadera importancia y capacidad de influencia de la agroinformación y se perdieron oportunidades valiosísimas, en

especial cuando evolucionó bajo la idea santanderista hacia un texto con intenciones más ambiciosas, como ocurrió con *El Labrador i Artesano*.

Entonces, es evidente que no había una preocupación real por el tema en los promotores del periodismo agropecuario o quizás eran víctimas de una ignorancia mayor que la de sus supuestos alumnos, lo cual les impedía hacer una mejor propuesta. En cualquier caso, esa situación es resultado de otro importante elemento a tener en cuenta, que no sólo es semilla de la esencia política y económica de dicha información sino también su origen, y permite comprender mejor las intenciones que subyacían a su existencia en el país. Para ello, es necesario, primero, reconocer que los postulados del socialismo, y en especial el pensamiento de los filósofos franceses, tuvieron una gran influencia en el desarrollo de la información agropecuaria, situación que no es fortuita y se debe a la injerencia directa de la masonería europea, razón por la cual se puede afirmar que la agroinformación colombiana es, ante todo, hija de esta ideología.

Todo sucedió gracias al aporte lejano e impremeditado de dos connotadas figuras de esa cofradía en España: Don Pedro Rodríguez de Campomanes y don Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda. Este último era reconocido por su cercanía con la corona española, en la que fue protagonista durante la segunda mitad del siglo dieciocho mientras gobernaba el rey Carlos III así como en el mandato de su hijo el rey Carlos IV. Junto al primero de ellos, fue testigo de su favorecimiento hacia “todas las corrientes progresistas de la época, sobre todo las que tenían alguna relación con las artes y las ciencias”; entre ellas, Carlos III aprobó, con excesivo disimulo, la existencia de la masonería, que en ese momento estaba integrada por muchos hombres de su círculo de gobierno (Sánchez, 2009, p. 163). Se cree que esta inigualable posición otorgó a los líderes masones la oportunidad de hablarle al oído al monarca y propiciar cambios determinantes en la península ibérica. Por ejemplo, se sabe que el conde de Aranda fue el autor intelectual de la salida de los jesuitas del reino español y promotor de un plan estratégico para convertir a las colonias hispanas en reinos independientes, pero gobernados por sangre real española. También, como integrante del Consejo de Castilla, órgano consultivo del rey, y junto a Rodríguez de Campomanes, impulsó la creación de las Sociedades de Amigos del País emulando a la Sociedad Vascongada de Amigos del País fundada en 1764 por el también masón don Javier María de Munibe e Iduque, más conocido como el conde de Peñaflorida, quien creó la suya a usanza de las sociedades técnicas y científicas que observó en su viaje por Francia y de las que tuvo conocimiento que existían en Inglaterra (Soucy, 2006, p. 70). Y él estaba en lo cierto,

porque en la gran isla, y motivada por la ilustración escocesa, surgió la precursora de este tipo de asociaciones, llamada Sociedad de los Pioneros para el Conocimiento de la Agricultura de Escocia, fundada en 1723 por Lord Cathcart. Al igual que ella, todas tenían como objetivo primordial el control del comercio a través del desarrollo agropecuario; por lo tanto, se consideraba importante implementar actividades de capacitación para cumplir eficazmente con ese fin y entre ellas estaba la creación de periódicos o memorias informativas que circularan en las comunidades rurales. Por tal motivo, la agroinformación que se desarrolló en Colombia nació siendo parte de una estrategia económica impulsada por los integrantes del círculo masón criollo; sin embargo, como el principal problema que ellos enfrentaban no era la falta de dinero sino poder de decisión, optaron por usar la agroinformación como parte de una estrategia política para obtenerlo, lo cual, en últimas, podría redundar en más riquezas para ellos.

Entonces, tenían que escribir para los que no sabían leer, aprovechando que las palabras son poder y el poder se refleja en hechos; por ende, las palabras son acciones. Y aunque las sociedades de amigos del país en España nunca hablaron de un esquema narrativo en especial para lograr sus fines, el estilo que se usó y que identifica al periodismo agropecuario fue el que se implementó por primera vez en Madrid en un artículo publicado el miércoles 4 de noviembre de 1755 en los *Discursos Mercuriales ó Memorias sobre la agricultura, comercio, marina, y artes liberales, y mecanicas*. En ese texto se describió el método adecuado para el cultivo del pino y refleja el pensamiento pedagógico de don Juan Enrique de Graef, fundador, director y redactor del periódico, quien consideraba vital la participación de este tipo de información en la producción agropecuaria; además, ese impreso era uno de los hijos del periódico de sabios francés:

Cómo podrá un Labrador fundar esperanzas de recoger abundantes frutos de este Reyno, fino tiene inteligencia perfecta de lo que pertenece á la botánica, que es parte de la natural Ciencia? El que sembrare sus praderías con defseo de coger copiofo fruto de Heno, fin saber las plantas, ó yerbas que crecen, y se producen facilmente, ó las que corresponden á la qualidad del terreno, perderá tiempo, y fatiga. Para sembrar bien, y con ventaja á cualquier prado, ó dehesña de elevado suelo, se debe conocer antes las yerbas, que son propias, y gratas para ello, y que por su propia naturaleza se crian en semejantes parajes (*De Graef, 1755, 4 de noviembre, pp. 171-172*).

Aquella duda planteada por de Graef, el *cómo podrá*, era pábulo del ideal que habitaba en los amigos del país. Sin embargo, esa inquietud, trasladada al periodismo agropecuario de la primera mitad del siglo XIX en Colombia, casi siempre aparecía rodeada de una serie de elementos ideológicos que amasaban una respuesta más política que productiva y que de entrada se anticipaba a la voz que subsanaba realmente el problema planteado, erigiéndose como un código de hermandad que marcaba a todo aquel que pasara por sus manos aun cuando se desconociera su significado. Esto se hizo a través del lenguaje simbólico, que es esencial en la masonería, y que estuvo presente como ornamento en la presentación de varios de los periódicos que publicaron agroinformación en Colombia.

Dicha característica se puede observar, principalmente, en el encabezado de portada de los impresos masones. Allí registraban ilustraciones ligadas a sus principios al igual que lo hacían con las frases que usaban de eslogan, las cuales casi siempre estaban integradas apenas por tres palabras independientes entre sí, tal como lo hacían las logias para identificar sus valores. Esa influencia también se notaba en las citas filosóficas que respaldaban la ideología de los periódicos y en muchos de los textos políticos que rodeaban las notas agropecuarias, relación que se ilumina aun más cuando se hurga en la vida privada de los promotores y redactores del periodismo del agro colombiano, pues la mayoría, con excepción, tal vez, de don Rufino Cuervo Barreto, estaban ligados a la masonería. Por eso, como decía Tocqueville, y ante los riesgos que les representaban las reuniones secretas, el periódico era la mejor forma de estar juntos sin verse; lo demuestra el pionero de la agroinformación, el *Diario Literario de México*, que llevaba impresa en sus páginas la cruz de los templarios, figura que por siglos se ha relacionado con los masones y que más que un símbolo parecía ser un punto de encuentro en el papel.

Así que el agro, como parte esencial de una economía rural y artesana, fue vital para la masonería, tanto la de origen inglés como la española, a la hora de encauzar las miradas y generar apoyo tras el objetivo comercial e independentista que se promovía en la época colonial o la posterior defensa de las tesis liberales en medio de los vaivenes de la naciente democracia; en ambos tiempos se apuntaba a lo mismo: Poder y dinero. Entonces, quien poseía el campo se apoderaba de toda la nación y se quedaba con lo que afuera querían, especialmente en el Reino Unido y Estados Unidos, que era el control del comercio nacional para permitir la entrada de sus manufacturas y la salida de materias primas producidas en el país, lo que implicaba no sólo ganancia política para los títeres locales sino también posición de absoluto dominio para quienes

se apropiaban del mercado. Por ende, develar un mundo desconocido, ayudar a reconstruir el que ya existía y fortalecer en plenitud las oportunidades comerciales del campo, todo esto acompañado, además, por una información política que abanderaba ideales progresistas, pudo haber convertido al periodismo agropecuario en la pequeña y silenciosa mecha en medio del polvorín que nadie vio durante los días finales de la colonia. En conclusión, *los papeles de la abundancia* ayudaron a liberar y consolidar la república, mientras sembraban entrelíneas ilusiones de patria para poder cosechar dulces sentimientos de patriotismo.

Es una situación que contrasta con la forma romántica en que debía entregarse la agroinformación, según don Francisco Mariano Nipho, el gran patriarca del periodismo español:

El modo mas seguro de inspirar un buen cultivo general del Campo en todos los que viven, y alimentan á otros con tan fatigoso exercicio, sería comunicarse unos á otros fraternal, y amorosamente los descubrimientos, y el efecto de las experiencias: darse noticia recíprocamente de su suelo, y qué frutos produce cada uno con felicidad, mediante este, ó aquel cuidado: explicar individualmente la situación, qualidad, y otras circunstancias físicas de las tierras: su debilidad, ó vigor natural: sus aguas, ó falta de ellas: qué ríos pasan a cierta distancia: que uso se hace para el riego, de sus raudales: qué inconvenientes embarazan su direccion para el beneficio de los Campos, que por este defecto padecen la inasistencia, y desamparo de valdíos, y otras muchas noticias de este género (1779c, pp. 188 - 189).

El amor que plantea Nipho no es más que la conciencia del valor que tiene el transmitir conocimiento, sobre todo porque va dirigido a un grupo humano que requiere un apoyo decidido, ya que tiene una tasa de escolarización baja o inexistente y vive en una actitud pasiva, conservadora y mecánica que sólo es reactiva cuando existe de por medio un beneficio, aunque este no fuese necesariamente de carácter monetario, tal como lo mencionó don Rufino Cuervo Barreto el 12 de febrero de 1838:

Los cultivadores de tabaco son en la Nueva Granada, como en otras partes, personas de mui poca fortuna i que carecen de capitales para hacer las anticipaciones que exige el cultivo. Por esta consideración les hace la República avances de dinero para que puedan trabajar con desahogo sin distraerse en buscar otros medios de subsistencia. Quíteseles este auxilio i se les verá descuidar el

cultivo de las plantaciones i entregarse á la merced de los que viven esplotando la miseria ajena (p. 12).

Así también lo pensaba el historiador francés Marc Bloch conocido junto a Lucien Febvre por ser los padres de la Escuela de los Anales, una corriente del pensamiento fundada en 1929 y mediante la cual la historia se empezó a escribir desde la realidad sociológica, antropológica, económica, geográfica o psicológica de los hechos, rompiendo con el viejo esquema de narrar los acontecimientos exclusivamente desde lo político o lo bélico; Bloch dijo que las transformaciones agrícolas se habían dado desde las esferas del poder social o económico y que a través del tiempo “la iniciativa raramente procedió de los campesinos” (citado en Bejarano, 1987, p. 120). Paradójicamente, los trabajadores del campo siendo tan laboriosos resultaban, al mismo tiempo, pasivos en demasía. Por eso, ayer como ahora, si a ellos no les servía o no les llegaba la agroinformación, pues no pasaba nada, simplemente no la contradecían, tampoco la exigían y seguían en lo suyo, en su verdad, esa que asumían como natural por haber sido heredada. Para infortunio del periodismo agropecuario, ellos, al igual que los redactores, tampoco estaban preparados para la llegada de ese fenómeno social llamado periódico. Al fin de cuentas, desde su origen, el periodismo agropecuario colombiano terminó comportándose como un vendedor de seguros o de tarjetas de crédito o enciclopedias, que debe convencer a su cliente de la necesidad de algo que para esa persona no tiene ninguna importancia.

Por ende, la relación con los trabajadores agropecuarios exige perseverancia y evitar hacer la tarea simplemente por cumplir, tal como les ocurrió a los ilustrados de la postindependencia en Colombia. Tristemente, el ideal periodístico propuesto tanto por don Juan Enrique de Graef como por don Mariano Nipho no se cumplió a cabalidad en el país durante los primeros cincuenta años del siglo XIX; se puede percibir en la brevedad e irregularidad que caracterizaba la publicación de la agroinformación así como en el carácter funcionalista que presentaba, ya que, al margen del utilitarismo político que vivió, el objetivo esencial de mejorar la producción, aumentar los ingresos y generar bienestar se realizaba sin medir las consecuencias de lo que se planteaba y sin entrar en análisis rigurosos de la situación productiva que vivía el campo colombiano de modo que les permitiera generar información verdaderamente útil; por el contrario, se apegaban a contenidos que obtenían de la literatura agronómica europea pensando,

quizás, que si servían allá debían tener aplicación en el ambiente productivo país. Es claro que en esa época lo que contaba era publicar creyendo que lo demás lo hacía la tierra.

Sin embargo, es justo decir que ese enfoque tan obtuso no se presentó todo el tiempo. En los días coloniales la visión de quienes fungían como agroperiodistas tuvo una tendencia más hacia lo estructuralista, puesto que abordaban el tema agropecuario como una suma de variables interconectadas entre sí en medio de un mundo desconocido e irremediamente atractivo que se hacía necesario explorar para poder llegar a comprenderlo. Y desde allí, desde lo local, desde lo tangible y comprobable, tomando como base la literatura agronómica y el periodismo europeo, se construyó la agroinformación que se imprimió en las páginas de los dos periódicos que fueron publicados en ese periodo. Seguramente, esa relación entre el periodismo y la literatura científica, botánica y agronómica, bajo la luz estructuralista, fue la que terminó por ratificar la presentación de los contenidos en el esquema de receta; un estilo que, ante todo, respondía al clamor del mismo agro, que determinó cómo quería y debía ser contado. Esto facilitó el trabajo de los primeros periodistas agropecuarios debido a la vocación ilustrada y científica que tenían, a diferencia de los redactores republicanos, quienes buscaban defender sus intereses en el sector desde el evangelio de la libertad, tratando de comunicar algo que les resultaba ajeno y muy poco interesante desde lo estético y lo investigativo, ya que en su mayoría eran hombres de letras y leyes que husmeaban tímidamente en esa franja oscura y espesa que se suspendía más allá de las fronteras urbanas y a la que se acercaban sólo con el fin de argumentar la posesión del territorio que le habían arrebatado a los españoles.

Por lo mismo, a los republicanos no parecía interesarles aterrizar la agroinformación que publicaban; es decir, ambientar un poco más la propuesta dentro de la realidad del país. Y eso ocurría simplemente porque esos redactores provenían de un modelo de pensamiento rígido que contemplaba al otro como un ser anónimo. Por este motivo, consideraban que era suficiente para impulsar el desarrollo del campo el disertar alrededor del tema o el uso de un recetario informativo de carácter pedagógico pero universal. ¿Y, entonces, la segunda voz del proceso, la que se encarga de aclarar las menudencias en aras de liberar los procesos de toda duda que los obstara, dónde quedaba? Ladera y sabana no son lo mismo y definitivamente Europa no es Colombia; por lo tanto, quedaba en el limbo la etapa de resolución de las inquietudes que pudieran surgir al confrontar la información técnica que era publicada, leída y oída frente a lo que se vivía en la rudeza de la práctica cotidiana. Además, como el contenido de los textos no era

propio, seguramente esto llevaba a que la agroinformación terminara siendo valorada desde la interpretación que de ella pudiera hacer cada persona.

Por esta razón, nadie estaba en capacidad de afirmar que la escucha pasiva, hecha en un espacio fuera de contexto, como la plaza de un pueblo o el salón de una casona, iba a permitir que los trabajadores agropecuarios aprendieran algo en concreto al mismo tiempo que se adaptaban al modelo de socialización de la información, que es el de la mítica ágora, donde los ciudadanos de la Grecia antigua se reunían para oír hablar de la polis, la política y el comercio. De igual forma, era poco confiable pensar que el aporte que hacían el alcalde, el líder de un partido político o el cura de cada pueblo, para comunicar y explicar la agroinformación, fuera el más apropiado, sobre todo cuando no se podía dar por sentado que esas personas tenían el conocimiento o la experticia para hacerlo. Lo peor es que los habitantes rurales, tanto los coloniales como los republicanos, carecían del bagaje intelectual necesario y, por ende, así como no estaban preparados para ser habitados culturalmente por el periodismo, tampoco lo estaban para convertirse de la noche a la mañana en aprendices. Por eso, muy seguramente, los trabajadores agropecuarios prefirieron seguir con sus rutinas de tradición mientras que el periodismo agropecuario se limitaba a ser apenas un registro, un montón de palabras que podían durar un rato en la memoria y que al final, como los sueños, pasaban sin ninguna trascendencia. Por ende, se puede afirmar que el periodismo agropecuario colombiano, durante sus primeros cincuenta años de vida, también resultó víctima de una cultura de pereza intelectual inmanente a toda la nación. Paradójicamente, fue la mayor derrota de una ilustración que logró emancipar un continente a través de un modelo irracional como la guerra, pero no pudo acabar con la ignorancia rural usando sus propias virtudes.

En últimas, el ideal planteado por los jóvenes ilustrados durante el final de la colonia para construir información desde adentro, transformar al país en protagonista mediante un periódico y buscar alternativas de desarrollo a través de la ciencia, murió ahorcado y convertido en un charco de sangre en alguna plazuela de Bogotá. Por eso, el periodismo agropecuario que renació con el surgimiento de la vida republicana no pasó de ser un pastiche, una suma de resúmenes que llevaron a que la agroinformación y los impresos que la consentían se convirtieran en una mera extensión de un libro y en una excusa simple para argumentar el carácter liberal de los nuevos líderes y su nascente modelo de gobierno. Una vez más, la agroinformación se presentaba como una estrategia comercial ligada a intereses políticos. En conclusión, entre 1800 y 1850, el

periodismo agropecuario que llegó al país para ser investigador y determinador de una tendencia de vida opima pasó a convertirse en un compilador de información que cambió su esencia fisiócrata por el dulce veneno de un capitalismo incipiente y reproductor de pobreza, el cual iba atado al guiño de las nuevas fuerzas de poder. Así, la agroinformación abandonó la propuesta de desarrollo que vendía en los días de la colonia para dejarse arrollar por una apertura económica que la ignoraba en tiempos de libertad, mientras gateaba dando tumbos contra las paredes de unas políticas gubernamentales livianas, inconclusas e inconvenientes.

Y es que al cambiar la visión política del país la democracia quiso obliterar las líneas asfixiantes del pasado monárquico llevándose lo malo con lo bueno. Por fortuna, el rescate del agro dio pie al resurgimiento de un periodismo agropecuario moribundo que al igual que el campo fue actor y víctima de un momento coyuntural en la historia del país así como de las circunstancias políticas ulteriores a la independencia, pues lo que se decía, hacía o enseñaba en Colombia en torno al agro, desde el año veinte y por las siguientes tres décadas, dimanaba de líderes políticos y militares con formación jurídica y, por lo tanto, su comprensión del trabajo rural parecía reducirse apenas a lo que lograban vislumbrar a través de la filosofía y las leyes. Esa era una situación que los trabajadores agropecuarios sabían, percibían y lamentaban:

Si otras veces los negocios agrarios han sido desatendidos, es acaso porque los hombres de gabinete no conocen nuestros males; porque no saben lo que es anochecer y amanecer al rigor del sol, del aire y de la lluvia; porque no saben lo que es esperar el alba en torno de los sembrados á la inclemencia de la escarcha ó de los uracanes; porque no saben el dolor que se experimenta al ver despues de todos estos sufrimientos, un diezmero devorado de ambicion arrebatar lo que se ha salvado de las plagas, sin que sea bastante manifestarle que no ha habido productos en el año (*Invitacion a los agricultores*, 1833, 9 de febrero, p. 8).

Infortunadamente, en las primeras cinco décadas de vida del periodismo agropecuario colombiano ningún agrónomo hizo parte de la creación de su contenido y tan sólo un químico, don Jorge Tadeo Lozano; un astrónomo botánico sin precedentes, don Francisco José de Caldas, y un médico botánico, don José María Quijano, fueron el único aporte científico para el impulso y desarrollo de la agroinformación durante aquel tiempo. Es importante rescatar que la ideología caldista fue clave por ser inspiradora de un trabajo informativo que trascendió y cuyo mayor auge se sintió en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la ciencia y el periodismo, siguiendo el

ejemplo de los países vanguardistas, se hicieron indispensables para intentar explicar un mundo empujado por el desarrollo de la tecnología industrial, en el que, por supuesto, estaba incluido el agro. Eso se logró gracias a los pocos compañeros o colaboradores de la Expedición Botánica que sobrevivieron tanto a la guerra como a la mano vindicadora del pacificador Pablo Morillo y pudieron mantener y transmitir su legado. Uno de ellos fue, precisamente, el doctor Quijano, quien sin llegar a emular la grandiosa labor del sabio Caldas se convirtió en el principal redactor agropecuario en los primeros años del periodo republicano, siendo, además, el hombre diferente en medio del resto de los directores y escritores de dicha información, pues la mayoría eran abogados y eso determinó una visión diferente alrededor del tema. De hecho, Colombia, como nación democrática, ha sido regida por la dictadura de la teoría jurídica, pues una buena cantidad de sus presidentes y congresistas han pertenecido a esa profesión, privando al país de una mirada más humanista y con una mayor apertura hacia esa suma de realidades sociales que año tras año, siglo tras siglo, naufragan en silencio en medio del estricto, incensado y grandilocuente dogma del pensamiento jurisprudencial.

Algo que nunca han querido aceptar la política y el derecho es que en la calle se habla el lenguaje de la calle; es decir, el lenguaje del hambre, la soledad y la pobreza... “regáleme una moneíta bacán”; el lenguaje del abuso y el desempleo... “no se preocupe, nosotros lo estamos llamando”; el lenguaje de la enfermedad y el dolor... “lo sentimos, no hay agenda”; el lenguaje del triunfo y la derrota... “¡no!, esto es un robo”; el lenguaje del ladrón... “bajescé ‘elo que tenga”, y el del corrupto... “yo les prometo”; el lenguaje del miedo, el del guerrero y las armas... “comoiga mi te’ente”; el lenguaje de la playa y el de la montaña... “eh, ave maríaa”; el lenguaje de la alpargata y el que atraviesa la barriada... “mucha güeva”; el lenguaje silencioso del que carga un libro entre las manos y el lenguaje del que no se quita la camiseta de su equipo de fútbol favorito... “entons queé marica, ¿apostamos el palo?”; el lenguaje de la familia... “quiubo papi” y también el de la espiritualidad... “Amén”; el lenguaje de la fiesta, el de las interminables horas de trabajo, el de los buses repletos de gente que no se habla... “vengo a robarles un minuto de su apreciable tiempo”; el lenguaje ignorante del analfabeta y el del que se las da de profesional; el lenguaje que sabe a licor y el que huele a perfume; el lenguaje del que ama... “te amo”, y el lenguaje del que goza... “ahhh”; el lenguaje añejo del viejo y el incomprensible lenguaje del joven... “¿tienes *face* o hablamos por guasap?”; el lenguaje de la muerte y el de aquel que sufre buscando la voz de los que se han ido para siempre...

Allí, en el clamor de esas voces inagotables, la Constitución y las leyes a veces se hacen intangibles, engorrosas o inexistentes para las personas y, por ende, la norma y la necesidad se desoyen mutuamente y cada una anda por su lado. Entonces, el libro magno, como si fuera una custodia sagrada y llena de piedras preciosas, permanece escondido en un altar iluminado, mientras el ciudadano vive buscando sus páginas, ciego, en medio de la niebla de la desinformación y la injusticia, y simplemente el uno y el otro no trascienden entre sí porque los límites obligados de la ley no pueden abarcar las fronteras invisibles de la complejidad humana, tan común y tan particular al mismo tiempo. Y los políticos, como zorros en gallinero, han aprendido a beneficiarse de ello. Ahora, si eso ha ocurrido en medio de comunidades con derechos es muy difícil pensar que se haya dado un diálogo justo con aquellas que teniendo también sus derechos adquiridos no los hacían valer o simplemente les eran negados, como en el caso de los hombres y mujeres rurales de la primera mitad del siglo XIX, lo cual impidió que se diera una interacción fluida y eficaz que les ofreciera verdaderas oportunidades para lograr algún nivel de bienestar y evitara que terminaran convertidos en meros instrumentos de intereses ajenos. Un ejemplo notable es el fin de la esclavitud que proclamó el Libertador Simón Bolívar a principios de la década de los veinte y que sólo se logró casi tres décadas después. Es claro que tanto en derecho como en política el mundo perfecto es aquel que ellos pueden incrustar en un pedazo de papel.

Así, a través de la historia del país, el espíritu del Estado legalista imaginado se ha impuesto al realismo del Estado social de derecho. Esto es una de las principales esquirolas del proceso independentista, pues sus principios democráticos fueron propiciados por una sociedad cuyos líderes habían sido forjados en una cultura y un sistema educativo colonial constrictor y circunscrito exclusivamente a la filosofía y el derecho; es decir, se aferraban únicamente a la tradición del pensamiento antiguo como rector de las situaciones y no a la capacidad de observación y lectura social como eje determinante de reflexiones prácticas en las que primaran soluciones o propuestas ajustadas a la realidad. Según M. de Vigneul-Marville, también conocido bajo el nombre de Bonaventure d'Argonne, “un periódico sabio sólo podía ser elaborado por ‘un hombre muy docto y muy laborioso, con muy notable amplitud de mente y una facilidad admirable por escribir sobre toda clase de tema’” (Citado en Hébert, 2010, Septiembre, p. 143). Infortunadamente, los ilustrados coloniales que optaron por explorar y comunicar las virtudes de la ciencia como modelo de desarrollo a partir de una mirada diferente de la

cotidianidad, hombres vitales en la promoción de la libertad, murieron por ella dejando el nacimiento, construcción y sostenimiento de la futura Colombia en las páginas del derecho y en la poco confiable conciencia castrense. Hay que acotar que las personas que lograron atravesar las sombras de la muerte y salir ilesos para refundar el país resultaron siendo también padres del periodismo republicano; por ende, se puede decir que esta profesión es igualmente fruto del pensamiento jurisprudencial y, por lo tanto, el periodismo agropecuario, hijo de la masonería, recibió el espíritu inexorable de las leyes para regir la vocación constructiva de la ciencia que desde un principio había en él. De ahí surge una inquietud: ¿De qué manera pudo haber influido esa mirada tan particular del derecho en la visión científica del periodismo agropecuario y, con ello, en el contenido publicado así como en su estructura o composición?

Lo primero que adquirió la agroinformación fue un carácter más universal, puesto que no se construyó desde la experiencia directa del periodista sobre el terreno sino que se refugió en el brillo opaco de la madera dormida de un escritorio y en el olor a papel viejo de los libros que se convirtieron en fuente de información. Eso hizo que se perdiera el contacto con la realidad del campo colombiano y, por lo mismo, que se obviara la oportunidad de hacer más eficiente y asertivo el resultado de su contenido. Además, las luces del derecho hicieron intrascendente la labor científica, pues, de cierta manera, sacaron de contexto la información publicada, ya que por un tiempo se perdió el esquema de receta para dar paso a un texto discursivo y analítico sobre la problemática que existía en relación con las comunidades rurales y la productividad de sus tierras; infortunadamente, en él ya no primaba la capacidad descriptiva y de asombro, típica de las memorias científicas, sino la actitud rígida del abogado que por costumbre asume todo desde una posición crítica, filosófica y política. En general, el periodismo agropecuario que redactaron los juristas entre 1800 y 1850 no llevaba respuestas, sólo trataba de imponer modelos que no eran propios y, por ende, no siempre se ajustaban a las necesidades de la campaña nacional. Además, promover la agroinformación no sólo se sustentaba en el deseo de progreso del país o en las intenciones subrepticias surgidas en los avatares del poder, también tenía como asidero el hecho de que la mayoría de los directores o redactores de los impresos eran líderes políticos y a la vez hacendados o terratenientes y, quizás, por ese motivo, les preocupaba llamar la atención a través del periodismo para convertir al agro en política de Estado, incentivar alguna siembra o hablar de mejoras para el sector que pudieran beneficiarlos y, en consecuencia, abrir mercados

para sus tierras y los productos agropecuarios que cosechaban, tal como había sucedido en la colonia con don Jorge Tadeo Lozano. Todo eso implicaba múltiples ganancias.

Al igual que los Lozano, muchos de los grandes terratenientes del primer decalustro del siglo XIX solían arrendar parte de sus tierras a los trabajadores del campo para que las habitaran, las cultivaran y consiguieran su alimento; esas personas pagaban un canon que no sólo incluía dinero sino parte de lo que cosechaban o a veces compensaban con tiempo de trabajo en los cultivos de sus arrendadores, quienes apelaban a un tipo de feudalismo flexible que les permitía tener señorío sobre una buena cantidad de personas. Por eso, el caso de esa connotada familia es diciente, pues siendo dueños de la mayoría de los terrenos de la sabana de Bogotá promovían en su periódico el cultivo del trigo, que hacía parte de su negocio, y así podían arrendar las tierras, cobrar su ganancia más una parte del producto y comprar el resto de la cosecha, ya que eran los dueños del único molino en la zona, mediante el cual, seguramente, pretendían producir la harina necesaria para monopolizar el mercado local y fortalecerse en la búsqueda de espacios de comercio en el resto de la Nueva Granada, pues la que se consumía en la mayor parte del virreinato, principalmente en la producción de un alimento básico como el pan, venía del exterior. De esta forma, todo redundaba en su propio beneficio, puesto que podían sacar rédito económicamente y mantener su hegemonía social, situación que permite palpar, además, de qué manera el periodismo agropecuario tallaba la estrategia económica en la otra cara de la moneda política. Esto argumenta la promesa que había en el encanto del espíritu fisiócrata y en la voz de los viejos filósofos, según la cual el agro era la riqueza del Estado y la base de la economía y de la supervivencia de la sociedad, concepto que representa una característica definitiva de la agroinformación, quizás la más valiosa, por encima de ser una actividad de carácter político, vanguardista, social, humanista, masona, liberal, revolucionaria y productiva, que es su vocación para ayudar a producir dinero.

Por esa misma razón, la información del agro algunas veces trataba de ir acompañada por artículos complementarios que generaran opinión e incidieran en aquellos que debían tomar las decisiones necesarias para promover el desarrollo de las actividades agropecuarias; entonces, allí surgían propuestas como la rebaja de impuestos, la construcción o arreglo de caminos o la regulación de políticas económicas y de comercio exterior que empujaran al sector y propendieran por la defensa del producto nacional. Infortunadamente, todo fue insuficiente y, tras cincuenta años de existencia, la agroinformación no pudo ayudar a posicionar el estandarte

del campo colombiano como uno de los pilares del Estado. Una de las talanqueras fue el triple periodo de gobierno retrógrado o ministerial que hubo entre 1837 y 1849, pues se anularon y olvidaron políticas del gobierno progresista que los antecedió, entre las que estaba la publicación de información agropecuaria, y eso pudo haber contribuido a que en el mismo lapso de tiempo tanto el espacio dedicado en los periódicos como la frecuencia de publicación disminuyeran radicalmente, al punto que en la década del cuarenta se publicaron apenas tres artículos proagro. Esos años también marcaron la transición económica y política del país entre la sociedad agropecuaria y la preindustrial de la segunda mitad del siglo XIX, la cual se dio a través del artesanado, que para entonces era la expresión urbana de lo rural y se convirtió en el respaldo social que resultó determinante para los liberales en la recuperación del poder político durante las elecciones de 1849. Y aunque no existen pruebas que indiquen alguna incidencia de los habitantes de las zonas rurales en dicho triunfo es claro que el periodismo agropecuario que publicaron los líderes de ese partido en la década de 1830 cumplió el papel de aglutinador de los trabajadores agropecuarios entorno a ese ideal político. Lamentablemente, al finalizar 1850 ya no se hablaba del tema en ningún impreso del país y no se sabe si en esos primeros cincuenta años de vida de la agroinformación algún artículo publicado le permitió a alguien volverse rico mediante el agro, tal como se prometía, o a lo menos le sirvió para poner a producir sus tierras de manera opima. Por lo tanto, y en términos generales, frente al deber ser de este contenido, hay que decir que el periodismo agropecuario fue una misión frustránea.

Además, la poca atención que se daba a la campaña nacional era muestra de lo que ocurría con el periodismo que la narraba, pues tenían una relación de codependencia en la que una victoria o una derrota de alguno de ellos resultaba siendo, al mismo tiempo, la victoria o la derrota del otro. Por otra parte, los políticos y los periodistas, que para la época venían siendo casi lo mismo, no parecían querer escribir sobre el agro, ya que esa actividad era intrascendente debido a su arraigada y rancia visión colonial del campo y su gente y porque la imagen del hombre culto, digno de la élite intelectual, se construía únicamente alrededor de la exposición de ideas filosóficas y políticas que ellos mismos se encargaban de dejar impresas para la posteridad en muchos de sus periódicos. Por ende, estar cerca al círculo político suponía la posibilidad de unirse del perfume tornasolado del poder, mientras que rodearse de pobreza o de la servidumbre, es decir, del proletariado rural, era, quizás, arriesgarse al contagio de ese almizcle lastimero que viste a los habitantes del campo y que de manera infame sólo depara desprecio y

sumisión, aroma que dimana de la mugre y el sudor de trabajo que se apodera de aquellos cuerpos disminuidos y extraños que lucen como si hubieran sido hechos con trozos del mismo campo; aroma que se incrusta en sus apellidos, que se hereda inicualemente y se difunde como un panfleto que tras varios siglos aun los sacrifica y discrimina, incluso desde el mismo periodismo, ya que muchos informadores hoy día prefieren caminar las alfombras rojas de la farándula, el poder y el deporte a hundirse en el barro y el estiércol que alimenta a todo un país.

No obstante, hay que decir en defensa de la agroinformación que en la primera mitad del decimonónico fueron muy pocos los que se aventuraron a ejercer el roll de periodistas agropecuarios, no más de quince personas, y la mayoría no contaba con la vocación necesaria para hacer un buen trabajo, sumándose a la supina que campeaba en las zonas rurales, donde la inercia y la falta de entusiasmo por aprender, creyendo que todo se sabía, terminó por no exigir la presencia de *los papeles de la abundancia* y, por lo tanto, descalificaba la competencia que estos ofrecían para revitalizar la productividad del campo, dejando sin respaldo cualquier esfuerzo para redimir su valía en la conciencia de la sociedad colombiana. Así, el periodismo agropecuario, que había contribuido a liberar y construir una república, pasó a ocupar el puesto polvoriento y oscuro donde residen los héroes olvidados de la patria; es decir, los mismos que lo escribieron y publicaron. En conclusión, el periodismo agropecuario ha sido un periodismo paria. A parte de todo, la pequeña marea de la revolución industrial que alcanzó a llegar al país a mediados del siglo XIX trajo consigo las luces de una ciencia renovada que abanderaba un interés más vanguardista, pues vivir el desarrollo de la tecnología era más atractivo, productivo y rentable que enfrentar los azares de la ruralidad, amén del crecimiento constante de una sociedad que adoraba ser urbana y que desde siempre había idolatrado lo europeo y hacía todo lo posible por estar a la altura de una vida cada día más cosmopolita, enarbolando un terrible complejo de inferioridad que ha sido obstáculo para el desarrollo ideal del país y que todavía se mantiene muy vigente en muchas de sus regiones, relegando a la campiña a ser considerada parte del cuerpo social sólo cuando sus pobladores se toman las vías para exigir la ayuda del Estado y reclamar sus derechos o simplemente cuando salen a ofrecer sus productos al turista que llega pero que los sigue observando a través de una pantalla en el recuadro que enmarca cada ventana del auto y que divide rigurosamente las dos realidades, como si se acudiera a una presentación mediática donde ellos son parte de un espectáculo que no vale la pena mirar.

Así, la llegada del trabajo industrial determinó el principio del fin del empleo rural, ya que habitar en las principales ciudades empezó a tener un valor agregado, un plus que, paulatinamente, le daba a los trabajadores el derecho de convertirse en el epicentro de la vida moderna y que reducía el país a ser todo aquello que cupiera dentro de las fronteras urbanas. Entonces, el periodismo agropecuario ya no contaba para nada, ni siquiera para la demagogia política y, además, para su infortunio, las puertas de los periódicos se abrieron a las expresiones novísimas del periodismo científico, el cual desbancó el poco interés socioeconómico que había en la agroinformación. Lamentablemente, esa situación se vive todavía, pues escribir para los hijos agro se sigue viendo como una labor de segunda mano que no vende pauta o no genera la audiencia ni el *rating* requeridos para ser considerada útil y su rostro ha sido borrado de tal manera por el paso del tiempo que se llega a confundir fácilmente con la información económica o con la de carácter científico. Por eso, las huellas que dejó la información agropecuaria durante los primeros cincuenta años del siglo XIX demostraron que la familiaridad y complementariedad que existe entre esas áreas no exime la necesidad de crear en la práctica una línea divisoria que trace con claridad las fronteras de uno u otro lado. Por ejemplo, un artículo que reporta el desarrollo de una investigación realizada por un grupo de científicos para mejorar el sistema de cultivo de una planta y en la que se registran los motivos de dicho trabajo, los antecedentes, el proceso y los resultados que arroja, es periodismo científico; pero si esa información se usa como base o referencia para construir un discurso donde se registre la propuesta partiendo del problema y las conclusiones de la investigación, se expliquen los beneficios y se enseñe la forma de trasladar esa información a través de acciones o actividades dentro de la zona de siembra, con el fin de mejorar, corregir, innovar o generar una labor pionera, lo que hoy día se conoce como el paquete tecnológico, esto se convierte en periodismo agropecuario. En otras palabras, toda información relacionada con el agro y que se estructure como un recurso pedagógico y productivo se puede considerar periodismo agropecuario.

Y allí se plantea el otro lindero. La agroinformación no habla de negocios, no establece análisis económicos o macroeconómicos, no maneja cifras o estadísticas, pues esa parte es del resorte del periodismo económico. Al periodismo agropecuario le toca la complejidad de lo simple, lo comprensible, lo bello y lo tangible que es enseñar a producir vida; es un periodismo que no piensa, simplemente hace. Y desde ese punto de vista se enmarca a través de tres palabras: Proceso, pedagogía y producción, pilares que redundan en beneficio del trabajador

agropecuario y que además definen y justifican la existencia de dicha información. No obstante, el contenido en sí no impide que el periodismo del agro pueda ser abordado desde diversos géneros, ya que da cabida tanto a una crónica como a un reportaje, una entrevista o una noticia, siempre y cuando no se pierda de vista la variable de las tres pes. Lo que haya allí, sobre las líneas y entre ellas, debe ser productivamente útil para quienes laboran en una granja o dependen de ella.

Infortunadamente, la distorsión que se hizo de la esencia que hay en la agroinformación así como el encasillamiento político que recibió durante la primera mitad de siglo XIX, amén de cierto desprecio intelectual, llevó a que se malinterpretaran sus características y se desaprovecharan las cualidades que residen en ella. Sus promotores nunca entendieron por qué el periodismo agropecuario es básicamente un ejercicio de instrucción y que por eso nació para ser leído, oído e implementado, pues también es información para hacer; por lo tanto, su carne no es una historia sino una receta. Tampoco se percataron que sin importar el que haya sido de élite política ilustrada, con un carácter vanguardista, social, humanista, masón, liberal, revolucionario, demagógico, productivo y rentable, la agroinformación debía ser ante todo propositiva, puesto que sólo pretendía ser un apoyo para mejorar; por esa razón, ellos no supieron que es constructora e innovadora y que la responsabilidad social que abandera la hace sensible y emotiva. Esos hombres no intuyeron que en tiempos políticos no todo debía ser política y que cada elemento que da forma al periodismo agropecuario apunta hacia un mismo lado: Generar ingresos. En otras palabras, nunca entendieron que el periodismo agropecuario es la pedagogía de la riqueza rural, ya que para nadie es un secreto que detrás de las labores del agro hay un fin netamente comercial y económico.

Y en esa época sí que era válida la aplicación de ese concepto, pues a la agroinformación le tocó inaugurarse con el origen, el proceso y el fin de la guerra de independencia, la cual arrasó con la campaña nacional, y luego vivió el difícil inicio de la vida republicana, tal como lo relató don José Antonio Cualla en 1831: “Se han agotado estas fuentes de nuestra riqueza durante los veinte y un años de revolucion y agitacion que hemos experimentado, mientras que por otra parte nuestras necesidades actuales se han aumentado á la vez que la industria minera no habiendo progresado en proporcion á la decadencia en la agricultura ella ha sido insuficiente é inadecuada á sostener todo el peso del comercio extranjero” (1952, p. 53). Por ende, no resulta para nada extraño que recuperar el agro hubiese sido una necesidad urgente para la sociedad colombiana de

aquella época; no obstante, y por cosas del destino, dicha carencia terminó anclada en un ideal político para generar poder, que es lo que se deduce entrelíneas, menoscabando con ello la capacidad de la agroinformación para producir dinero, que es lo que realmente se lee en cada renglón. Lamentablemente, en la Colombia de la primera mitad del siglo XIX primaban los juicios de interpretación sobre las verdades que se podían ver.

Pese a esto, y por fortuna, el espíritu con que se idealizó al periodismo agropecuario desde una óptica económica, tal como lo planearon hace casi doscientos cincuenta años las asociaciones de amigos del país en España, sin perder de vista el enfoque ilustrativo que recibió de su raíz en *Le Journal des Sçavans* o periódico de sabios francés, aun pervive como una marca indeleble. Entonces, al descascarar esa circunstancia política que se apoderó de la agroinformación entre 1800 y 1850, ¿qué queda? ¿Cuál es la definición real que surge después de todas estas páginas? ¿Qué debería saber un periodista del presente alrededor de ese sentido primigenio de la información del agro cuando tenga que sentarse a escribir un artículo sobre el tema? Pues lo principal que debe entender es que el periodismo agropecuario, como pedagogía de la riqueza rural, es una ideología política de desarrollo económico. Por ende, es toda aquella información que sea útil para enseñarle al trabajador del campo a cuidar su bolsillo; es decir, a cultivar su propio bienestar. De ahí que la agroinformación le debe mostrar la forma de ganar dinero a partir de tres pautas: Debe enseñarle cómo invertirlo, cómo multiplicarlo y cómo protegerlo a través de la labor agropecuaria.

Entonces, el periodista agropecuario que recibe la bendición para redactar un texto que pueda propiciar los beneficios de esa definición debe recordar antes lo que sabiamente escribió don Francisco José de Caldas: “No usurpemos los derechos de la posteridad, aspiremos á merecer su reconocimiento, ó á lo menos que no se nos reprenda de pereza” (1819, p. 29). Al igual que él hay que actuar con la pasión del niño que descubre y la sapiencia del científico que entiende cómo racionalizar y encauzar esa fuerza para bien de los demás. Por eso, y a diferencia de lo que ocurre con la mayor parte del periodismo actual, quien hace parte de *los papeles de la abundancia* no debe andar detrás de la gloria y el aplauso como si fuera un discípulo de ese periodismo “clarkeniano” que se eleva con su egocentrismo protagónico y una actitud soterrada de todopoderoso y salvador del mundo. Sólo debe ser un trabajador incansable y comprometido con el bienestar de los hombres y mujeres del campo, siendo parte de ellos y como ellas, para exaltar su valor y hacer justicia, especialmente con el género femenino, pues hoy día, como hace

más de dos siglos, cumple de manera silenciosa una misión importantísima que pocas veces es reconocida. Ellas son las viudas de la guerra, las madres de la independencia, las mujeres que han sostenido económica y socialmente al país en sus momentos más difíciles. Por lo tanto, escribir para el sector agropecuario exige un pensamiento activo y consciente de las realidades de una sociedad que, aunque sabe sufrir, siempre necesita de un aporte honesto, ya sea bajo el sol, la lluvia o la niebla, al igual que lo vive cada habitante del mundo rural, para tratar de buscar que la información que se genere pueda ayudar a que el campo progrese realmente y reciba el sitio que merece, sin olvidar que la naturaleza a veces parece cerrar los ojos, pero en realidad nunca duerme...

## LISTADO DE REFERENCIAS

- Abad Faciolince, H. (2004, diciembre). Cómo es por dentro una tenida masónica. Relato en dos actos. Revista *Soho*, (58), pp. 174 – 177. Bogotá D.C.
- Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (ACCEFYN). (1978). *Cartas de Caldas*. Bogotá: ACCEFYN.
- Acosta, J. (Comp.). (1849). *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. París: Lasserre. Recuperado el 13 de septiembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false](http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false)
- Afanador Llach, M.J. (2007, julio-diciembre). La obra de Jorge Tadeo Lozano: Apuntes sobre la ciencia ilustrada y los inicios del proceso de independencia. *Historia Crítica*, (34). Recuperado el 5 de junio de 2011 de: <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/254/index.php?id=254>
- Agencia Europa Press. (2013). Jean Ziegler, exrelator de la ONU: “Un niño que muere de hambre es un niño asesinado. Diario *epsocial*. Recuperado el 8 de mayo de 2013 de: <http://www.europapress.es/epsocial/entrevistas/noticia-jean-ziegler-exrelator-onu-nino-muere-hambre-nino-asesinado-20120604100007.html>
- Agencia de Noticias UN. (2012, 5 de diciembre). Crean electrodomésticos para cultivos urbanos del futuro. Bogotá D.C.: Unimedios, Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 21 de mayo de 2013 de: <http://www.agenciadenoticias.unal.edu.co/detalle/article/crean-electrodomesticos-para-cultivos-urbanos-del-futuro.html>
- Agudelo Velásquez, L. et al. (2010). *Historia que no cesa; la independencia de Colombia 1780-1830*. Bogotá: Universidad del Rosario. Recuperado el 4 de enero de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=fEJeiGz4i5kC&pg=PA158&dq=padre+guti%C3%A9rez%2Bguaduas&hl=es&sa=X&ei=KqsQT4GyA8Tx0gHYnujKAw&ved=0CD0Q6AEwAg#v=onepage&q=padre%20guti%C3%A9rez%2Bguaduas&f=false>
- Agüera Carmona, E. (2008). Domesticación y origen de la doma y manejo del caballo. Universidad de Córdoba, Facultad de Veterinaria. Recuperado el 30 de mayo de 2013 de: [http://www.uco.es/servicios/comunicacion/media/k2/doc/informacion/memoria/2008/0/Ap\\_0\\_2.pdf](http://www.uco.es/servicios/comunicacion/media/k2/doc/informacion/memoria/2008/0/Ap_0_2.pdf),

- Alarcón Herrera, R. (2004). *La huella de los Templarios. Ritos y mitos de la Orden del Temple*. Barcelona, España: Robinbooks. Recuperado el 17 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=Zappmu6Td-QC&pg=PA51&lpg=PA51&dq=el+caballo%2Bs%C3%ADmbolo&source=bl&ots=FOPjxZSC6X&sig=VY98iV41eQZViHcdAlyY2ZztGPM&hl=es&sa=X&ei=3AgGUL23HYLq0gGZ6dz1CA&ved=0CFgQ6AEwBzg8#v=onepage&q=el%20caballo%20s%C3%ADmbolo&f=false>
- Alarcón Meneses, L.A. (2005). *Ciudadanía y nación en los textos escolares colombianos del siglo XIX. Independencia y transición a los estados nacionales en los países andinos: Nuevas perspectivas*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander / Organización de Estados Americanos.
- Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría General. (2012) *Constitución Política del Estado de Nueva Granada de 1832*. Bogotá D.C. Recuperado el 22 de octubre de: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=13694>
- Álvarez, J. (trad.). (2010). *Diccionario Universal de Agricultura*. Tomo 2. Madrid. Recuperado el 14 de noviembre de: [http://books.google.com.co/books?id=J0VT0jhvqZMC&pg=PA337&dq=olivier+de+serres&hl=es&ei=YjDjTNSsH4GB8gaq1-TnDg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CEEQ6AEwBQ#v=onepage&q=olivier%20de%20serres&f=false](http://books.google.com.co/books?id=J0VT0jhvqZMC&pg=PA337&dq=olivier+de+serres&hl=es&ei=YjDjTNSsH4GB8gaq1-TnDg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CEEQ6AEwBQ#v=onepage&q=olivier%20de%20serres&f=false)
- Amaya, J.A. (1995, enero - junio). El aporte del diplomático sueco Hans Jacob Gahn (1748-1800) a la formación de la biblioteca de historia natural de José Celestino Mutis (1732-1808). *Revista Historia Crítica*, (10). Recuperado el 18 de junio de 2010 de: <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/181/1.php>
- Ames, C.; Sagristani M. y Alesso M. E. (comp.). (2009). *Estudios interdisciplinarios de historia antigua V. II*. Córdoba, Argentina: Encuentro – Brujas. Recuperado el 12 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10353003&p00=jenofonte>
- Arango de Tobón, M.C. (2006). *Publicaciones periódicas en Antioquia. 1814 – 1960, del Chibalete a la rotativa*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad EAFIT. Recuperado el 5 de octubre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=ZnP48TJGkJIC&pg=PA27&lpg=PA27&dq=sociedad+de+amigos+del+pa%C3%ADs+de+medell%C3%ADn%2B1845&source=bl&ots=5C44d2ot8m&sig=gfsNFSqKrMkfDBzkmKJeAmyFqdI&hl=es&sa=X&ei=G0F\\_UIGqHc6-2AWO\\_IDwCQ&ved=0CCUQ6AEwAQ#v=onepage&q=sociedad%20de%20amigos%20del%20pa%C3%ADs%20de%20medell%C3%ADn%201845&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ZnP48TJGkJIC&pg=PA27&lpg=PA27&dq=sociedad+de+amigos+del+pa%C3%ADs+de+medell%C3%ADn%2B1845&source=bl&ots=5C44d2ot8m&sig=gfsNFSqKrMkfDBzkmKJeAmyFqdI&hl=es&sa=X&ei=G0F_UIGqHc6-2AWO_IDwCQ&ved=0CCUQ6AEwAQ#v=onepage&q=sociedad%20de%20amigos%20del%20pa%C3%ADs%20de%20medell%C3%ADn%201845&f=false)

- Arberola Romá, A. y Bernabé Gil, D. (1998 -1999). Tercianas y calenturas en tierras meridionales valencianas: Una aproximación a la realidad médica y social del siglo XVIII. *Revista de Historia Moderna*. Universidad de Alicante, pp. 96 – 97. Recuperado el 5 de septiembre de 2011 de: [http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/4768/1/RHM\\_17\\_06.pdf](http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/4768/1/RHM_17_06.pdf)
- Arboleda, G. (1933). *Historia contemporánea de Colombia, desde la disolución de la República de ese nombre hasta la época presente*. Tomo 1. Cali, Colombia: América.
- Ardila, J. y López, E. (1983). *Origen y desarrollo histórico del subsector de pequeños productores agropecuarios en Colombia*. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (Oficina Colombia).
- Ardila A., Héctor M. y Vizcaíno, I. (2008). *Hombres y mujeres en las letras colombianas*. Bogotá: Magisterio. Recuperado el 15 de octubre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=W2hcVra7ZScC&pg=PA64&lpg=PA64&dq=juan+de+dios+restrepo%2Bamag%C3%A1&source=bl&ots=64yE1WbWUr&sig=2ayD1WuMH6N1njYqHy6eugwCwdk&hl=es&sa=X&ei=WmyAUN\\_cKY-68wTplIDwDQ&ved=0CFoQ6AEwDA#v=onepage&q=juan%20de%20dios%20restrepo%2Bamag%C3%A1&f=false](http://books.google.com.co/books?id=W2hcVra7ZScC&pg=PA64&lpg=PA64&dq=juan+de+dios+restrepo%2Bamag%C3%A1&source=bl&ots=64yE1WbWUr&sig=2ayD1WuMH6N1njYqHy6eugwCwdk&hl=es&sa=X&ei=WmyAUN_cKY-68wTplIDwDQ&ved=0CFoQ6AEwDA#v=onepage&q=juan%20de%20dios%20restrepo%2Bamag%C3%A1&f=false)
- Argemí d'Abadal, L. (1993). La revolución agrícola en España. *Historia de la ciencia y de la técnica*. Madrid: Akal, (29). Recuperado el 26 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=cF5urT23vA8C&pg=PA23&lpg=PA23&dq=Lavoisier%2Bagricultura&source=bl&ots=PXW3Em3Rqa&sig=TpvPaLSMJtxTvzpSXn\\_AlMA4tJo&hl=es&ei=IhbwTJbkJ4Kdlgeo0PHADA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDEQ6AEwBDgU#v=onepage&q=Lavoisier%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=cF5urT23vA8C&pg=PA23&lpg=PA23&dq=Lavoisier%2Bagricultura&source=bl&ots=PXW3Em3Rqa&sig=TpvPaLSMJtxTvzpSXn_AlMA4tJo&hl=es&ei=IhbwTJbkJ4Kdlgeo0PHADA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDEQ6AEwBDgU#v=onepage&q=Lavoisier%2Bagricultura&f=false)
- Aristizábal, L.H. (1988). El nacimiento del Cachaco. *Las tres tazas. De Santafé a Bogotá, a través del cuadro de costumbres*. Boletín cultural y bibliográfico. Bogotá D.C., 25, (16). Recuperado el 30 de noviembre de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol16/tres.htm>
- Aristizábal, M. (2006, Enero - abril). La iglesia y la familia: Espacios significativos de educación de las mujeres en el siglo XIX. *Revista Convergencia*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México, año 12, 37. Recuperado el 20 de enero de 2012 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/Doc?id=10117736&ppg=34>
- Aristizábal Montes, P. (2004). *Autobiografías de mujeres*. Manizales, Caldas: Universidad de Caldas. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=EJK4ARDb4mQC&pg=PA34&lpg=PA34&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lillas&source=bl&ots=dyA66Lgh\\_Z&sig=4JOCK3eHoyARlFIV7wo9-](http://books.google.com.co/books?id=EJK4ARDb4mQC&pg=PA34&lpg=PA34&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lillas&source=bl&ots=dyA66Lgh_Z&sig=4JOCK3eHoyARlFIV7wo9-)

- [TemSVM&hl=es&sa=X&ei=YRf-T8KOB8ja0QH7pz9Bg&ved=0CFUQ6AEwBzGU#v=onepage&q=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lleras&f=false](http://www.artehistoria.jcyl.es/v2/obras/17073.htm)
- Artehistoria. (2013). Los pilares de la sociedad. Recuperado el 22 de agosto de 2013 de: <http://www.artehistoria.jcyl.es/v2/obras/17073.htm>
- Asimov, I. (2007). *Historia y cronología del mundo*. Barcelona, España: Ariel. Recuperado el 1° de diciembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=HaexyuaZfVoC&pg=PA428&dq=lavoisier%22la+rep%C3%ABblica+no+necesita+cient%C3%ADficos%22&hl=es&ei=dcL2TJuvOYOBIAeC6Pz-BQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDIQ6AEwAg#v=onepage&q=lavoisier%22la%20rep%C3%ABblica%20no%20necesita%20cient%C3%ADficos%22&f=false](http://books.google.com.co/books?id=HaexyuaZfVoC&pg=PA428&dq=lavoisier%22la+rep%C3%ABblica+no+necesita+cient%C3%ADficos%22&hl=es&ei=dcL2TJuvOYOBIAeC6Pz-BQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDIQ6AEwAg#v=onepage&q=lavoisier%22la%20rep%C3%ABblica%20no%20necesita%20cient%C3%ADficos%22&f=false)
- Asociación de Biotecnología Vegetal Agrícola (Agro-Bio). (2014). Cultivos genéticamente modificados en Colombia. Mapa. Recuperado el 15 de julio de 2014 de: <http://agrobio.org.co/fend/index.php?op=YXA9I2JXbDQmaW09I016UT0=>
- (2009). *Biotecnología, mitos y realidades*. Bogotá D.C.: Agro-Bio.
- Asociación Española para la cultura, el arte y la educación (Asocae). (2010). El Neolítico. 3ª parte. Recuperado el 3 de noviembre de 2010 de: [http://www.natureduca.com/agro\\_hist\\_neolitico3.php](http://www.natureduca.com/agro_hist_neolitico3.php)
- Astigarraga, L. (1792, 2 de marzo). Disertación sobre la agricultura. Dirigida á los habitantes del Nuevo Reyno de Granada. *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Bogotá, (55), p. 32. Recuperado el 10 de abril de 2013 de: [http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santafe-de-bogota/v2/Papel%20periodico\\_no55\\_baja.pdf](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santafe-de-bogota/v2/Papel%20periodico_no55_baja.pdf)
- Ávila y Lugo, J. (2004). *Introducción a la economía*. México D.F.: Plaza y Valdez – Universidad Autónoma de México – Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Aragón. Recuperado el 18 de septiembre de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=vqe1mvHmluAC&pg=PA75&dq=la+fisiocracia+era&hl=es&sa=X&ei=t788UrbcMo3s9ATq54DQAw&ved=0CE0Q6AEwBg#v=onepage&q=la%20fisiocracia%20era&f=false>
- Azuola Lozano, J.L. (1824). El doctor Asuola a Colombia, desea salud y bendición del cielo. Recuperado el 15 de junio de 2011 de: [http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos\\_user/digitalizados/fpineda\\_196\\_pza18.pdf](http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos_user/digitalizados/fpineda_196_pza18.pdf)
- Balle, F. (1991). *Comunicación y Sociedad: Evolución y análisis comparativo de los medios*. Bogotá D.C., Colombia: Tercer Mundo Editores.

- Bargalló, E. (2005). *Mesopotamia*. Barcelona, España: Parramón Editores. Recuperado el 4 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=ovHw8qyuMc0C&pg=PT19&lpg=PT19&dq=mesopotamia%2Byugo&source=bl&ots=sQDlo\\_CMVD&sig=Nz1-4gE7ZeETyDJcvsHZes7Ta3M&hl=es&ei=VInUTML2MsT7lwfKlsSOBQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CDEQ6AEwCA#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ovHw8qyuMc0C&pg=PT19&lpg=PT19&dq=mesopotamia%2Byugo&source=bl&ots=sQDlo_CMVD&sig=Nz1-4gE7ZeETyDJcvsHZes7Ta3M&hl=es&ei=VInUTML2MsT7lwfKlsSOBQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CDEQ6AEwCA#v=onepage&q&f=false)
- Barrera, C. (coord.). (2008). *Historia del periodismo universal*. Barcelona, España: Ariel, 2ª ed. Recuperado el 9 de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=cYP-fpY8ehoc&pg=PA70&dq=suscriptores%2Bdiario+de+lima&hl=es&ei=XrJATtfSJYK2tgfo5fWtCQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDEQ6AEwA8#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=cYP-fpY8ehoc&pg=PA70&dq=suscriptores%2Bdiario+de+lima&hl=es&ei=XrJATtfSJYK2tgfo5fWtCQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDEQ6AEwA8#v=onepage&q&f=false)
- Barrera Orrego, H. (2007) Prólogo. En Restrepo, J.M., *Ensayo sobre la geografía*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, pp. 7 – 30. Recuperado el 12 de diciembre de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=M0suPf8Nbxcc&pg=PA4&lpg=PA4&dq=ensayo+sobre+la+geograf%C3%ADa%2Brestrepo%2Bsemanario+del+nuevo&source=bl&ots=oYAptOJr7r&sig=T0P0Q7ckskJ5X6fqXxmOKXisfC4&hl=es&sa=X&ei=uiupUv-uNIWswa9jYICICQ&ved=0CD8Q6AEwBA#v=onepage&q=ensayo%20sobre%20la%20geograf%C3%ADa%20restrepo%20semanario%20del%20nuevo&f=false>
- BBC Mundo. (2014, 11 de febrero). Las exportaciones de miel mexicana, ¿amenazadas por la soya transgénica? Sección Ciencia. Recuperado el 14 de julio de 2014 de: [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/02/140211\\_ciencia\\_miel\\_mexicana\\_amv.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/02/140211_ciencia_miel_mexicana_amv.shtml)
- Bejarano, J.A. (1987). *Ensayos de historia agraria en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC.
- Bergeron, L., Furet, F. y Kosellet, R. (1994). *La época de las revoluciones europeas 1780- 1848*. Madrid, España: Siglo XXI. Recuperado el 9 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=uNtB1J4cdcAC&pg=PA181&lpg=PA181&dq=revoluci%C3%B3n+industrial%2Binglaterra%2Bludismo&source=bl&ots=mnSIHbc4Xy&sig=z93N1-2ggblHfIpaTRxZz2G1kqk&hl=es&sa=X&ei=ZbhPUJqNCsfG0AG2y4DQBA&ved=0CDcQ6AEwAg#v=onepage&q=revoluci%C3%B3n%20industrial%2Binglaterra%2Bludismo&f=false>
- Berry, A. (2013, 13 de marzo). “Se necesita un cambio a favor de la pequeña agricultura”. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes Leer, p. 22.
- Biedermann, H. (1993). *Diccionario de símbolos*. Barcelona, España: Paidós, 2ª ed. Recuperado el 10 de agosto de 2011 de: <http://books.google.com.co/books?id=cabAEAxOGBYC&pg=PA215&dq=granada+s%C3%AD>

- [mbolo&hl=es&ei=GpxFToz5Eceutwfl0OjpBQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDcQ6AEwAw#v=onepage&q=granada%20s%C3%ADmbolo&f=false](http://books.google.com.co/books?id=J5YDhPs1vD0C&pg=PA19&dq=burke%2Bel+cuarto+pod er&hl=es&sa=X&ei=lm4MUrWYM5DU9ASCr4DoAQ&ved=0CEwQ6AEwBg#v=onepage&q= burke%2Bel%20cuarto%20poder&f=false)
- Bilbeny, N. (2012). *Ética del periodismo*. Barcelona, España: Ediciones de la Universidad de Barcelona. Recuperado el 13 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=J5YDhPs1vD0C&pg=PA19&dq=burke%2Bel+cuarto+pod er&hl=es&sa=X&ei=lm4MUrWYM5DU9ASCr4DoAQ&ved=0CEwQ6AEwBg#v=onepage&q= burke%2Bel%20cuarto%20poder&f=false>
- Bohórquez, J. (2008). Intelectuales, discursos y prácticas: la incorporación de las representaciones sobre economía durante el proceso de independencia neogranadino (1780-1816). Recuperado el 17 de junio de 2010 de: [http://www.icanh.gov.co/recursos\\_user/documentos/editores/200/InformeFinalBohorquez2008.pdf](http://www.icanh.gov.co/recursos_user/documentos/editores/200/InformeFinalBohorquez2008.pdf)
- Boletín Oficial de Instrucción Pública* (1841). Orden del regente del reino reponiendo a D. Joaquin Magaz en una cátedra de cánones de la Universidad de Valladolid. Tomo 2. Madrid. Imprenta Nacional. Recuperado el 10 de febrero de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=JNQDtzkYf00C&pg=PA20&lpg=PA20&dq=el+labrador+y +artesano%2Bperi%C3%B3dico&source=bl&ots=8fbpw6w-x&sig=o8maNniVDVbVGsLdne6ieRC-vbU&hl=es&sa=X&ei=ncAAUNinMsPq6wGkyaWMBw&ved=0CDDoQ6AEwAjhQ#v=onepage &q=el%20labrador%20y%20artesano%20peri%C3%B3dico&f=false>
- Borda, J.J. y Vergara, J.M. (1860). Señor Andrés María Marroquín. *La lira Granadina: Colección de poesías nacionales escojidas y publicadas*. Bogotá: Imprenta el Mosaico. Recuperado el 2 de marzo de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/liragran/liragran65.htm>
- (1860b). El Chocolate. *La lira Granadina: Colección de poesías nacionales escojidas y publicadas*. Bogotá: Imprenta el Mosaico. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/liragran/liragran66.htm>
  - (1860c). Señor Lorenzo María Lleras. Elisa. *La lira Granadina: Colección de poesías nacionales escojidas y publicadas*. Bogotá: Imprenta el Mosaico. Recuperado el 15 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/liragran/liragran49.htm>
- Bourdieu, P. (2013). *La sociología de la cultura*. Recuperado el 1º de agosto de 2013 de: <http://www.gisxxi.org/wp-content/uploads/2011/04/LA-SOCIOLOG%C3%8DA-DE-LA-CULTURA.pdf>
- Boussingault, J.B. (2005). Las Memorias de un naturalista y científico que cedió a la tentación de ser observador y crítico social. Koppel de León, A. (Trad.). *Memorias*. Bogotá: Credencial Historia.

- Recuperado el 29 de noviembre de 2010 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov0.htm>
- (2005b). Paso de la cordillera central por el Quindío. *Memorias*. Bogotá: Credencial Historia. Recuperado el 30 de noviembre de 2010 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov16a.htm>
  - (2005c) Paso de la cordillera central por el Quindío. *Memorias*. Cap. 15, parte 2. Bogotá: Credencial Historia. Recuperado el 30 de noviembre de 2010 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov16c.htm>
  - (2005d). Mi formación - La revolución francesa – Napoleón - El espanto de la guerra - Humboldt – Preparativos de viaje. *Memorias*. Introducción, parte 6. Bogotá: Credencial Historia. Recuperado el 22 de marzo de 2012 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memov1/memov2f.htm>
- Boussingault, J.B. y Roulin, F.D. (1849). *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales: ó colección de memorias sobre física, química e historia natural de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela, presentadas á la Academia de Ciencias de Francia*. Paris: Lasserre. Recuperado el 1° de octubre de 2011 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=wVNhAAAAIAAJ&pg=PA227&dq=boussingault%20Animales&hl=es&ei=moL1TLODKcP58AbUjMGjBw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDoQ6AEwBQ#v=onepage&q=boussingault%20animales&f=false](http://books.google.com.co/books?id=wVNhAAAAIAAJ&pg=PA227&dq=boussingault%20Animales&hl=es&ei=moL1TLODKcP58AbUjMGjBw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDoQ6AEwBQ#v=onepage&q=boussingault%20animales&f=false)
- Boutelou, C. (1817). *Elementos de Agricultura*. Tomo primero. Madrid, España: Oficina de don Francisco Martínez Dávila. Recuperado el 7 de agosto de 2013 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=i2oWBe5pyBwC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=agricultura+es+el+arte&source=bl&ots=ie85SAZ5VD&sig=JSbhwpiggvalpc-LqUQIarMq1gw&hl=es&sa=X&ei=L-cCUpebFI\\_Q8wS\\_p4CgAw&ved=0CFMQ6AEwBzge#v=onepage&q=agricultura%20es%20el%20arte&f=false](http://books.google.com.co/books?id=i2oWBe5pyBwC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=agricultura+es+el+arte&source=bl&ots=ie85SAZ5VD&sig=JSbhwpiggvalpc-LqUQIarMq1gw&hl=es&sa=X&ei=L-cCUpebFI_Q8wS_p4CgAw&ved=0CFMQ6AEwBzge#v=onepage&q=agricultura%20es%20el%20arte&f=false)
- Briggs, A. y Burke P. (2002) *De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación*. Editorial Taurus.
- Bronowski, J. (1979). *El ascenso del hombre*. Estados Unidos de América: Fondo Educativo Interamericano.
- Burke, P. (1993). *Hablar y Callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Editorial Gedisa.
- Cáceres, H. (1987). *Jorge Tadeo Lozano*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

- Cacua Prada, A. (1968). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Fondo Rotatorio de la Policía Nacional.
- Cabal, J.M. (1810). Vacuna. *Continuación del Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Memoria 4. Bogotá: Imprenta Real de Santafé de Bogotá, pp. 15 – 17. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: [http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos\\_user/digitalizados/fpineda\\_6\\_pza4.pdf](http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos_user/digitalizados/fpineda_6_pza4.pdf)
- Caballero, J.M. (2010). *Diario de la Independencia*. Bogotá D.C.: Colección Bicentenario de América Latina, Fundación para la Investigación y la Cultura, FICA. Recuperado el 8 de junio de 2011 de: [http://www.bicentariodelasamericas.org/libros\\_descarga/libro\\_caballero.pdf](http://www.bicentariodelasamericas.org/libros_descarga/libro_caballero.pdf)
- Cairns, T. (1991). *El Poder para el pueblo*. Madrid: Akal. Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=3jelyOsficQC&pg=PA14&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=PSjvTMipEoKC8ganmvmbDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEIQ6AEwBg#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false](http://books.google.com.co/books?id=3jelyOsficQC&pg=PA14&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=PSjvTMipEoKC8ganmvmbDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEIQ6AEwBg#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false)
- Caldas, F. J. de (1910). *Otro Opúsculo de Caldas en que se relata el viaje de Quito á las costas del océano pacífico por Malbucho hecho en julio y agosto de 1803*. Quito: Imprenta del Clero.
- (1849). Nota. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. París: Lasserre. Recuperado el 13 de septiembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false](http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false)
  - (1819). *Ensayo de una memoria sobre un nuevo método de medir las montañas, por medio del termómetro, y el agua hirviendo: seguida de un apéndice que contiene algunas observaciones muy importantes y útiles para la mejor inteligencia de dicha memoria*. Burdeos: Imprenta Lawalle.
  - (1811). *Almanaque de las Provincias Unidas del N. R. de Granada para el año bisiesto de 1812. Tercero de nuestra libertad. Calculado por don Francisco Josef de Caldas y Tenorio, Director del Observatorio Astronómico de Santafé de Bogotá*. Santafé de Bogotá, Imprenta Patriótica de Nicolás Calvo, pp. 1 – 49. Recuperado el 28 de agosto de 2014 de: [http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos\\_user/fquijano/fquijano\\_9\\_pza3.pdf](http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos_user/fquijano/fquijano_9_pza3.pdf)
  - (1810). Sobre el modo de cultivar la cochinilla. *Continuación del Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Memoria 3. Santafé de Bogotá: Imprenta Real de Bruno Espinosa de los Monteros, pp. 1 – 18. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: [http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos\\_user/digitalizados/fpineda\\_20\\_pza2.pdf](http://www.bibliotecanacional.gov.co/recursos_user/digitalizados/fpineda_20_pza2.pdf)

- (1809, 24 de diciembre). Nuevo plan del Semanario para el año 1810. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (51), pp. 401 – 408.
  - (1808, 19 de junio). Continuación del discurso. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (25). p. 130. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr25.pdf>
  - (1808, 28 de febrero). Discurso sobre la educación. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (9), p. 69. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr09.pdf>
  - (1808, 7 de febrero). Conclusión del discurso. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (6), p. 44. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr06a.pdf>
  - (1808, 17 de enero) Continuación del núm. 2. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada..* Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (3), p. 17. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr03.pdf>
  - (1808, 10 de enero) Continuación del núm. 1. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (2). p. 11. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr02.pdf>
  - (1808, 3 de enero). Estado de la geografía del Vireynato de Santafé de Bogotá con relación a la economía y al comercio. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá, Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (1), pp. 1 – 2. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr01.pdf>
  - (1807, 4 de octubre). A solicitud de D. Bruno Espinosa de los Monteros, impresor Real de esta Ciudad ha concedido licencia el Superior Gobierno para que se imprima un nuevo papel periodico, cuyo plan, y aviso se me ha entregado por Secretaria con orden de que lo publique en los terminos siguientes. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr00.pdf>
- Calero y Moreira, J. (1790). Prospecto del papel periódico intitulado Mercurio Peruano de historia, literatura y noticias públicas. *Mercurio Peruano*, 1, p.7. Recuperado el 26 de septiembre de 2011

de:

[http://books.google.com.co/books?id=E7IoAAAAYAAJ&pg=PP13&dq=diario+de+lima+curioso+erudito&hl=es&ei=vk6BTbPFYzAtgeO6JTXAQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFIQ6AEwCDgK#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=E7IoAAAAYAAJ&pg=PP13&dq=diario+de+lima+curioso+erudito&hl=es&ei=vk6BTbPFYzAtgeO6JTXAQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFIQ6AEwCDgK#v=onepage&q&f=false)

Caloca Carrasco, E. (2003) *Recuento histórico del periodismo*. México D.F.: Instituto Politécnico Nacional. Recuperado el 8 de agosto de 2013 de:

<http://www.libros.publicaciones.ipn.mx/PDF/1307.pdf>

Calva, J.L. (Coord.). (2007). Educación, ciencia, tecnología y competitividad. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de:

[http://books.google.com.co/books?id=0QIadte8Yg8C&pg=PA158&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=b\\_XuTKbBGsmr8AaWx-XUDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDUQ6AEwBDgK#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false](http://books.google.com.co/books?id=0QIadte8Yg8C&pg=PA158&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=b_XuTKbBGsmr8AaWx-XUDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDUQ6AEwBDgK#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false)

Camacho Roldán, S. (2012). Capítulo XII: Estado social. Costumbres. *Mis memorias*. Bogotá. Recuperado el 25 de julio de 2012 de:

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memor/memor12.htm>

– (2012b) Capítulo IX. *Mis memorias*. Bogotá. recuperado: 8 de julio de 2012 de:

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memor/memor9.htm>

– (1897) *Notas de Viaje: Colombia y Estados Unidos de América*. Bogotá-Paris: Librería Colombiana - Garnier Hermanos. Recuperado el 25 de octubre de 2012 de:

<http://archive.org/details/notasdeviajesta00camarich>

Camilloni, I. (2014, 24 de mayo). Entrevistada por Silva Herrera J. en “Agua en ciudades no puede convertirse en sinónimo de desastre”. *El Tiempo*. Bogotá D.C., debes leer, p. 29.

Cantú, C. (1854). *Historia Universal*. Madrid, España: Imprenta de Gaspar y Roig Editores. Recuperado

el 8 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=t-85AQAIAAJ&pg=PA419&lpg=PA419&dq=acta+diurna+urbis%2Bjulio+cesar&source=bl&ots=aEr0JVQG1y&sig=OAAw-g6rhNn0RYekgp6vBeJKPX0&hl=es&sa=X&ei=Z5MFUrgko5LZBYT5gbgD&ved=0CDIQ6AEwA#v=onepage&q=acta%20diurna%20urbis%20julio%20cesar&f=false>

Carbonell, E. (2009, 16 de marzo). A caballo por la historia. *El Mundo*. Madrid, España. Recuperado el 9 de noviembre de 2010 de: <http://www.elmundo.es/elmundo/2009/03/16/sapiens/1237192488.html>

Carrillo Batalla, T. E. (2004). *Pensamiento económico de Colombia en tiempos de Bolívar*. Caracas, Venezuela: Fundación Alberto Adriani.

- Castillo, R.; Estrella, J. y Tapia, C. (edits.). (1991). *Técnicas para el manejo y uso de recursos genéticos vegetales*. Quito, Ecuador: Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias (INIAP). Recuperado el 27 de mayo de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=h34zAQAAMAAJ&pg=PA23&dq=origen+del+trigo%2Bdiez+mil+a%C3%B1os&hl=es&sa=X&ei=glmlUKupF\\_PK0AG97oHIDg&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q=origen%20del%20trigo%20diez%20mil%20a%C3%B1os&f=false](http://books.google.com.co/books?id=h34zAQAAMAAJ&pg=PA23&dq=origen+del+trigo%2Bdiez+mil+a%C3%B1os&hl=es&sa=X&ei=glmlUKupF_PK0AG97oHIDg&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q=origen%20del%20trigo%20diez%20mil%20a%C3%B1os&f=false)
- Caso, A. (1987). *La Existencia como economía, como desinterés y como caridad*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto Politécnico Nacional. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10406045&p00=lavoisier>
- Castellano, N. (2012, mayo) El libro de los muertos: el viaje al más allá. Revista *Historia Nacional Geographic*. España: Ediciones RBA, (102), p. 2. Recuperado el 6 de agosto de 2013 de: [http://www.nationalgeographic.com.es/articulo/historia/grandes\\_reportajes/7058/libro\\_los\\_muertos.html](http://www.nationalgeographic.com.es/articulo/historia/grandes_reportajes/7058/libro_los_muertos.html) y [http://www.nationalgeographic.com.es/articulo/historia/grandes\\_reportajes/7058/libro\\_los\\_muertos.html?page=2](http://www.nationalgeographic.com.es/articulo/historia/grandes_reportajes/7058/libro_los_muertos.html?page=2)
- Castillo O. y González E. (2007). La gastronomía: una mirada transversal y un conocimiento transdisciplinario. Recuperado el 23 de septiembre de 2010 de: [http://gastronomia.unimet.edu.ve/Congreso/ponencias\\_files/Ponencia%20Ernesto%20y%20Ocarina.pdf](http://gastronomia.unimet.edu.ve/Congreso/ponencias_files/Ponencia%20Ernesto%20y%20Ocarina.pdf)
- Centro de Investigación y Educación Popular. (1998). *Economía: Industria de quimeras. Esplendor de la tierra y las manos. Colombia país de regiones*. Tomo 2. Santafé de Bogotá: Cinep, Colciencias. Recuperado el 19 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/geografia/region2/cap2a.htm>
- Centro Virtual de Noticias de la Educación* [cvne]. (2013, 17 de septiembre). Experto brasileño en innovación para el agro mañana en Colombia. Ministerio de Educación de Colombia. Recuperado el 8 de julio de 2014 de: <http://www.mineduccion.gov.co/cvn/1665/w3-article-328946.html>
- Chapman Quevedo, W. (2008). Sociabilidades y prácticas políticas en Popayán, 1832- 1853. *Historia Caribe*. Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Redalyc), 5, (13), pp. 179 – 207. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/937/93751307.pdf>
- “Charles Twonshend”. (2010). Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de: [http://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/townshend\\_charles.htm](http://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/townshend_charles.htm)

- Clement, J.P. (1979). Índices del Mercurio peruano: 1790 -1795. *Revista Fenix*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, (26 – 27). Recuperado el 26 de septiembre de 2011 de: [http://bvirtual.bnp.gob.pe/BVIC/Captura/upload/fenix\\_web/026\\_027\\_fenix\\_bnp.pdf](http://bvirtual.bnp.gob.pe/BVIC/Captura/upload/fenix_web/026_027_fenix_bnp.pdf)
- (2009). Jaime Bausate y Mesa, el Diario de Lima. Recuperado el 10 de abril de 2011 de: <http://limanorte.wordpress.com/2009/01/22/jaime-bausate-y-mesa-el-diario-de-lima/>
- Cobiella N., (2010) La Rueda. Recuperado el 10 de noviembre de 2010 de: <http://www.educar.org/inventos/rueda.asp>
- Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú: Simón Bolívar, para servir a la historia de la independencia de Suramérica.* (1830). Tomo 21. Caracas: Imprenta de G.F. Devisme. Recuperado el 14 de noviembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=ty8CAAAAYAAJ&pg=PA85&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFUQ6AEwCA#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ty8CAAAAYAAJ&pg=PA85&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFUQ6AEwCA#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false)
- Colmenares, G. (1984). Los jesuitas: modelo de empresarios coloniales. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 21, (2). Recuperado el 17 de julio de 2013 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti3/bol2/jesuitas.htm>
- Colombia, Autoridad Nacional de Acuicultura y Pesca (AUNAP) – FAO. (2013). *Diagnóstico del estado de la acuicultura en Colombia*. Bogotá D.C.: RM Gráficos. Recuperado el 5 de junio de 2014 de: [http://www.aunap.gov.co/files/Diagnostico\\_del\\_estado\\_de\\_la\\_acuicultura\\_en\\_colombia.pdf](http://www.aunap.gov.co/files/Diagnostico_del_estado_de_la_acuicultura_en_colombia.pdf)
- Colombia, Banco de la República. (1975). “Índice de la ‘Gaceta de Colombia’”, 6 de septiembre 1821 – 29 de diciembre de 1831. *Gaceta de Colombia*. Bogotá: Talleres gráficos del Banco de la República, 5, (494 – 556). Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=D2BDAQAIAAJ&pg=PA78&lpg=PA78&dq=eco+del+tequendama&source=bl&ots=-0ymlWyhbx&sig=qspW1EE1NK2XXNsyLAXUsbbR37U&hl=es&ei=Ix68TuLrMIO2tge1pqyBw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDYQ6AEwBDgK#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false](http://books.google.com.co/books?id=D2BDAQAIAAJ&pg=PA78&lpg=PA78&dq=eco+del+tequendama&source=bl&ots=-0ymlWyhbx&sig=qspW1EE1NK2XXNsyLAXUsbbR37U&hl=es&ei=Ix68TuLrMIO2tge1pqyBw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDYQ6AEwBDgK#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false)
- Colombia, Banco de la República y Biblioteca Luis Ángel Arango. (2011). El libro y la imprenta en la cultura colombiana 2. *Incunables Bogotanos: Siglo XVIII*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República. Recuperado el 12 de abril de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/incu/incu0b.htm>
- Colombia, Congreso de la República de Colombia. (2010). Ley del 13 de octubre de 1821 sobre enajenación de tierras baldías y creación de oficinas de agrimensor. *Historia Hoy, aprendiendo*

- con el bicentenario de la independencia: Economía en la independencia*. Bogotá D.C.: Ministerio de Educación de Colombia, Colección Bicentenario. Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229\\_economia.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229_economia.pdf)
- (1840). Decreto del 28 de julio de 1823, Aprobando las contratas celebradas en Paris por el ministro Zea, con los señores Rivero, Boussingault, Roullin, Bourdon y Goudet, para el establecimiento de un museo y una escuela de minería en la capital de la República. *Cuerpo de leyes de la República de Colombia*. Caracas: Imprenta de Valentín Espinal. Recuperado el 30 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=2SVFAAAAYAAJ&pg=PA167&dq=boussingault%2Bzea&hl=es&ei=3Gn1TPeuKISKlwfZ3Km-BQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDoQ6AEwBQ#v=onepage&q=boussingault%2Bzea&f=false](http://books.google.com.co/books?id=2SVFAAAAYAAJ&pg=PA167&dq=boussingault%2Bzea&hl=es&ei=3Gn1TPeuKISKlwfZ3Km-BQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDoQ6AEwBQ#v=onepage&q=boussingault%2Bzea&f=false)
  - (1840b). Ley del 18 de marzo de 1826, sobre organización y arreglo de la instrucción pública. *Cuerpo de leyes de la República de Colombia*. Caracas: Imprenta de Valentín Espinal. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=2SVFAAAAYAAJ&pg=PA299&lpg=PA299&dq=cuerpo+de+leyes+de+la+rep%C3%ABblica+de+colombia+1825&source=bl&ots=bEXS9pa042&sig=D\\_XrPhjGMwDHFqy02cDZ-XAau3Xo&hl=es&sa=X&ei=gwKLUI\\_dIY-88wSk4oGgCQ&ved=0CB8Q6AEwAA#v=onepage&q=cuerpo%20de%20leyes%20de%20la%20rep%C3%ABblica%20de%20colombia%201825&f=false](http://books.google.com.co/books?id=2SVFAAAAYAAJ&pg=PA299&lpg=PA299&dq=cuerpo+de+leyes+de+la+rep%C3%ABblica+de+colombia+1825&source=bl&ots=bEXS9pa042&sig=D_XrPhjGMwDHFqy02cDZ-XAau3Xo&hl=es&sa=X&ei=gwKLUI_dIY-88wSk4oGgCQ&ved=0CB8Q6AEwAA#v=onepage&q=cuerpo%20de%20leyes%20de%20la%20rep%C3%ABblica%20de%20colombia%201825&f=false)
- Colombia, Consejo de Estado, Sala de Negocios Generales. (1925). *Codificación nacional de todas las leyes de Colombia desde el año 1821, hecha conforme a la ley 13 de 1912*. Tomo 5, años 1833 – 1835. Bogotá: Imprenta Nacional. Recuperado el 25 de octubre de 2012 de: <http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?u=1&num=25&seq=9&view=1up&size=100&id=uc1.b501361#page/25/mode/1up> y en: <http://catalog.hathitrust.org/Record/006084305>
- Colombia, Consejo Nacional de Acreditación (CNA). (2014). Estadísticas e indicadores: Programas acreditados. Bogotá D.C.: Ministerio de Educación Nacional. Recuperado el 15 de agosto de 2014 de: <http://menweb.mineducacion.gov.co/cna/Buscador/BuscadorProgramas.php>
- Colombia, Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria (Corpoica). (2013). EFICAT. Recuperado el 22 de mayo de 2013 de: [http://www.corpoica.org.co/sitioweb/Eficat/menu\\_prin.asp](http://www.corpoica.org.co/sitioweb/Eficat/menu_prin.asp)
- Colombia, Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2014). Reloj de población. Bogotá D.C. Recuperado el 7 de junio de 2014 de: [http://www.dane.gov.co/reloj/reloj\\_animado.php](http://www.dane.gov.co/reloj/reloj_animado.php)

- (2014, 30 de mayo). Principales indicadores del mercado laboral. Abril 2014. *Boletín Técnico*, p. 18. Bogotá D.C. Recuperado el 6 de junio de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol\\_ech\\_abr\\_14.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol_ech_abr_14.pdf)
- (2014,8 de mayo). Trabajo Infantil: Octubre – diciembre de 2013. *Boletín de Prensa*, p. 6, 10 y 11. Bogotá D.C. Recuperado el 18 de agosto de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/jobinfantil/bol\\_trab\\_inf\\_2013.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/jobinfantil/bol_trab_inf_2013.pdf)
- (2014, 21 de marzo). Pobreza monetaria y multidimensional 2013. *Boletín de Prensa*, p. 1 y 25. Bogotá D.C. Recuperado el 7 de junio de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones\\_vida/pobreza/bol\\_pobreza\\_13.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/bol_pobreza_13.pdf)
- (2014, 20 de marzo). Cuentas trimestrales – Colombia. Producto Interno Bruto (PIB). Cuarto trimestre del 2013 y total anual. Página 5. Bogotá D.C. Recuperado el 6 de junio de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/pib/bol\\_PIB\\_IVtrime13.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/pib/bol_PIB_IVtrime13.pdf)
- (2014, 19 de marzo). Encuesta Nacional de Calidad de Vida 2013. *Boletín de Prensa*, p. 19. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones\\_vida/calidad\\_vida/Boletin\\_Prensa E CV 2013.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/calidad_vida/Boletin_Prensa_ECV_2013.pdf)
- (2014, 19 de marzo b). Encuesta Nacional de Calidad de Vida 2013. *Anexos*, cuadros 33 y 38. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de: <https://www.dane.gov.co/index.php/es/estadisticas-sociales/calidad-de-vida-ecv/87-sociales/calidad-de-vida/5399-encuesta-nacional-de-calidad-de-vida-2013>
- (2014, 11 de marzo) Fuerza Laboral y Educación Año 2013. *Boletín de Prensa*. Página 4. Bogotá D.C. Recuperado el 14 de agosto de 2014 de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/especiales/educacion/Bol\\_edu\\_2013.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/especiales/educacion/Bol_edu_2013.pdf)
- (2014, 20 de febrero). Cuentas trimestrales de Bogotá D.C. Producto Interno Bruto (PIB). Primer, segundo y tercer trimestre del 2013. Página 3. Bogotá D.C. Recuperado el 4 de abril de 2014 de: [http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/pib/Bogota/Bol\\_PIB\\_Bta\\_III\\_trim\\_13.pdf](http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/pib/Bogota/Bol_PIB_Bta_III_trim_13.pdf)
- (2014, 14 de febrero). Exportaciones según CIU Rev. 3. Total Nacional. Enero – diciembre 2013/2012p. *Colombia, exportaciones totales, según agregación CUCI Rev. 3 2006 – 2014 (marzo)*, cuadro 6. Bogotá D.C. Recuperado el 5 de junio de 2014 de: <https://www.dane.gov.co/index.php/comercio-exterior/exportaciones>
- (2014, 13 de febrero). Comportamiento del mercado laboral por sexo: Trimestre octubre – diciembre 2013. *Boletín de prensa*. Página 5. Bogotá, D.C. Recuperado el 15 de febrero de 2014 de: [http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech\\_genero/bolsexo\\_oct\\_dic13.pdf](http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech_genero/bolsexo_oct_dic13.pdf)

*Colombia Info*. (2010). Economía y sociedad coloniales. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de:  
<http://www.colombia.com/colombiainfo/nuestrahistoria/economia.asp>

- (2010b). Población y sociedad esclavista. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de:  
<http://www.colombia.com/colombiainfo/nuestrahistoria/esclavista.asp>

Colombia, Instituto Colombiano Agropecuario (ICA). (2014). Censos 2013. Recuperado el 2 de junio de 2014 de: <http://www.ica.gov.co/Areas/Pecuaría/Servicios/Epidemiología-Veterinaria/Censos-2013.aspx>

- (2013, 11 de junio). El ICA incentiva en los agricultores la producción ecológica. Recuperado el 5 de julio de 2014 de: <http://www.ica.gov.co/Noticias/Agrícola/2013/El-ICA-incentiva-en-los-agricultores-la-produccion.aspx>

Colombia, Jardín Botánico de Bogotá (JJB). (2013). Proyecto 319. Recuperado el 16 de mayo de 2013 de:

[http://www.jbb.gov.co/jardin/index.php?option=com\\_content&view=article&id=130:proyecto-319&catid=22:plan-desarro](http://www.jbb.gov.co/jardin/index.php?option=com_content&view=article&id=130:proyecto-319&catid=22:plan-desarro)

Colombia, Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, (MADR). (2014). Resolución número 0187 de 2006. Bogotá D.C. Recuperado el 4 de julio de 2014 de:  
<http://www.ica.gov.co/getattachment/efc964b6-2ad3-4428-aad5-a9f2de5629d3/187.aspx>

- (2010). Una política integral de tierras para Colombia. Recuperado el 2 de octubre de 2010 de:  
[http://www.minagricultura.gov.co/archivos/ministro\\_jc\\_restrepo\\_tierras\\_2.pdf](http://www.minagricultura.gov.co/archivos/ministro_jc_restrepo_tierras_2.pdf)

Colombia, Ministerio de Educación Nacional (MinEducación). (2014). Matrícula total educación básica y media. *Estadísticas sectoriales de educación básica y media*. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de: <http://bi.mineduccion.gov.co:8380/eportal/web/planeacion-basica>

- (2014b). Instituciones de educación básica oficial y no oficial. *Estadísticas sectoriales de educación básica y media*. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de:  
<http://bi.mineduccion.gov.co:8380/eportal/web/planeacion-basica/sedes>

- (2014c). Rendición de cuentas octubre 2012 – noviembre 2013. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de: [http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-337490\\_archivo\\_pdf\\_rendiciondecuentas2013.pdf](http://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-337490_archivo_pdf_rendiciondecuentas2013.pdf)

- (2014d). Metodología. *Estadísticas sectoriales de educación básica y media*. Bogotá D.C. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de:  
<http://bi.mineduccion.gov.co:8380/eportal/web/planeacion-basica/metodologia2>

- (2013). “¿Qué es Escuela Nueva?”. *Colombia Aprende*. Recuperado el 14 de junio de 2013 de:  
<http://www.colombiaaprende.edu.co/html/home/1592/article-94519.html>

- (2009). ¿Qué son los Ceres? Recuperado el 12 de junio de 2013 de:  
<http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-187077.html>
- Colombia, Museo Nacional de Colombia. (2009). Nacimiento museo. Bogotá D.C. Recuperado el 17 de marzo de 2012 de:  
<http://www.museonacional.gov.co/index.php?pag=home&id=6%7C43%7C90&PHPSESSID=202c30f911bf0eac7e515b424d03a1fa>
- Colombia, Observatorio Laboral para la Educación. (2013). Resultados de las condiciones laborales de los graduados de educación superior 2001-2012 y los certificados de educación para el trabajo y el desarrollo humano 2010-2012 (Documento técnico). Bogotá D.C.: Ministerio de Educación Nacional. Recuperado el 8 de agosto de 2014 de:  
[http://www.graduadoscolombia.edu.co/html/1732/articles-334303\\_documento\\_tecnico\\_2013.pdf](http://www.graduadoscolombia.edu.co/html/1732/articles-334303_documento_tecnico_2013.pdf)
- Comellas, J.L. (2010). La Guerra civil europea (1914-1945). Madrid, España: Rialp. Recuperado el 6 de diciembre de 2010 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=6sYOKiDwPs4C&pg=PA231&dq=frases%2Bchurchill&hl=es&ei=gEH9TMIxJyWB-3r1KUF&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEEQ6AEwBg#v=onepage&q=frases%2Bchurchill&f=false](http://books.google.com.co/books?id=6sYOKiDwPs4C&pg=PA231&dq=frases%2Bchurchill&hl=es&ei=gEH9TMIxJyWB-3r1KUF&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEEQ6AEwBg#v=onepage&q=frases%2Bchurchill&f=false)
- Constain, J.E. (2012, 4 de octubre). Predecir el pasado. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes Leer, p. 17.
- Constancio, F. (2011). Francisco José de Caldas. *Rasgos Biográficos de los próceres*. Recuperado el 19 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepultural.org/node/22381>
- Constitucional Caraqueño*. (1824, 13 de septiembre). El Constitucional. Caracas, lunes 13. Caracas: Imprenta de José Núñez de Cáceres, (1), p. 4. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de:  
<http://saber.ucab.edu.ve/handle/123456789/26579>
- Constitucional de Cundinamarca*. (1837, 27 de agosto). Despedida del constitucional. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 6, (309), p. 365.
- (1837, 4 de junio). Industria domestica. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 6, (297), p. 318.
  - (1837, 19 de abril). Requisitoria. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 6, (286), p. 272.
  - (1836, 24 de abril). Lotería. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 5, (239), p. 78.
  - (1836, 13 de febrero). Cacao cultivado. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 5, (233), p. 46.
  - (1836, 24 de enero). Rifa de un potrero. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 5, (227), p. 18.
  - (1835, 13 de diciembre). Hospital de Caridad. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 4, (221), pp. 185-186.
  - (1835, 15 de febrero). Relacion de mando. Presentada por el señor Dr. Rufino Cuervo a su sucesor. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 4, (178), pp. 26 -27.

- (1834, 14 de diciembre). Rifa. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 3, (169), p. 210.
- (1834, 2 de noviembre). Tesorería de Bogotá. Relación del ingreso i egreso de caudales de la Tesorería Provincial de hacienda de Bogotá, en la semana que principió el lunes 20 de octubre i concluye hoy día de la fecha. Data. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 3, (163), pp. 181 – 183.
- (1834, 26 de octubre). Contrata. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 3, (162), p. 180.
- (1834, 12 de octubre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 3, (160), p. 168.
- (1834, 21 de septiembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 3, (157), pp. 154 – 155.
- (1833, 22 de septiembre). Ciudadanos Diputados de la Cámara de Provincia. Población i riqueza. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (105), pp. 149 – 152.
- (1833, 1° de septiembre). Observaciones hechas en los Cantones de Fusagasugá, La Mesa i Guaduas, acerca de la localidad, temperatura i producciones útiles para la agricultura i la Historia natural, por los individuos que comisionó el Gobierno en el mes de Julio con el objeto de reconocer los sitios mas á propósito para el establecimiento de un Lazareto. (Continuación). Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (102), pp. 139 – 140.
- (1833, 25 de agosto). (Continuación). Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (101), pp. 135 – 136.
- (1833, 28 de julio). Observaciones hechas en los Cantones de Fusagasugá, La Mesa i Guaduas, acerca de la localidad, temperatura i producciones útiles para la agricultura i la Historia natural, por los individuos que comisionó el Gobierno en el mes de Julio con el objeto de reconocer los sitios mas á propósito para el establecimiento de un Lazareto. Cantón de Fusagasugá. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (97), pp. 118 - 120.
- (1833, 7 de julio). Corridas de toros. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (94), p. 108.
- (1833, 8 de marzo). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (76), p. 33.
- (1833, 24 de febrero). Remedio para preservar de las hormigas los árboles frutales. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (75), p. 32.
- (1833, 24 de febrero b). El Gobernador de la Provincia. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 2, (75), p. 29.
- (1832, 16 de septiembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 1, (52), pp. 205 – 206.
- (1832, 12 de agosto). Productos indijenas. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, 1, (47), p. 187.

- (1832, 1° de julio). Colombia, – Estado de la Nueva Granada. - Secretaria del Interior i Relaciones Exteriores. – Bogotá, á 30 de mayo de 1832 – 22. S. E. el Vicepresidente del Estado, encargado del Poder Ejecutivo, ha espedido el decreto siguiente en esta fecha. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (41), p. 161.
  - (1832, 24 de junio). Trigo. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (40), p. 159.
  - (1832, 1° de abril). Renuncia. Al Sr. Gobernador de Bogotá. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (28), pp. 109 – 110.
  - (1832, 25 de marzo). Colombia, – Estado de la Nueva Granada. - Secretaria del Interior i Relaciones Exteriores. – Bogotá, á 24 de marzo de 1832. Al Sr. Gobernador de esta provincia. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (27), p. 106.
  - (1832, 4 de marzo). Unos campesinos sobre el comercio, agricultura e industria. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (24), p. 96.
  - (1832, 5 de febrero). Cultivo de la vainilla. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (20), pp. 78 – 79.
  - (1832, 15 de enero). Enfermedades que padece el trigo. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (17), pp. 67 – 68.
  - (1832, 1° de enero). Parte Oficial. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (15), p. 57.
  - (1831, 11 de diciembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (12), p. 48.
  - (1831, 4 de diciembre). Variedades. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (11), p. 44.
  - (1831, 27 de noviembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (10), p. 39.
  - (1831, 20 de noviembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (9), p. 31.
  - (1831, 20 de noviembre b). Al Sr. Prefecto del Departamento de Cundinamarca. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (9), pp. 31 – 32.
  - (1831, 20 de noviembre c). Circular á los sres. Jueces políticos de esta provincia. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (9), p. 32.
  - (1831, 20 de noviembre d). Caminos. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (9), p. 32.
  - (1831, 30 de octubre). Parte Oficial. Cementerios. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (6), p. 21.
  - (1831, 25 de septiembre). Prospecto. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, *I*, (1), p. 1.
- CONtextogadero*. (2014). “El 98% del ganado en pie que exporta Colombia va a Venezuela”. Noticias Fedegán. Bogotá D.C. Recuperado de 5 de junio de 2014 de: <http://www.fedegan.org.co/noticias/el-98-del-ganado-en-pie-que-exporta-colombia-va-venezuela>

- Corazón González, R. (2001). *La verdad, un consenso posible*. Madrid, España: Rialp. Recuperado el 29 de julio de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=2tKpSDhCWgEC&pg=PA130&lpg=PA130&dq=ilustraci%C3%B3n%2Bdeismo%2Bnaturalismo&source=bl&ots=iiot2I-5AI&sig=SsxTvbtoSwZrZIKyTXjklza5s&hl=es&sa=X&ei=hCD4UYucJYrs8wTJmoHoAg&ved=0CCkQ6AEwADge#v=onepage&q=ilustraci%C3%B3n%20deismo%20naturalismo&f=false>
- Cordovez Moure, J.M. (2012). El 7 de marzo de 1849. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Tomos 3 y 4. Bogotá D.C. Recuperado el 10 de octubre de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/remini/remini11.htm>
- (2012). Corrida de Gallos. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Tomos 3 y 4. Bogotá D.C. Recuperado el 10 de octubre de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/remini/remini8.htm>
- Cualla, J.A. (1952). *Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada con un apéndice relativo al de Bogotá*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo del Economía Nacional.
- Cubero, J.I. (2002). *Introducción a la mejora genética vegetal*. Madrid, España: Mundi – Prensa Libros S.A. Recuperado el 27 de mayo de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=R7BbEm3uQ2kC&pg=PA18&lpg=PA18&dq=Harlan%2Borigen&source=bl&ots=I30lOeTzha&sig=gWDenQ5W2weB3ZtY9-DHBuVYh8&hl=es&sa=X&ei=MCSIUZWIEu2J0QHRhIDYBg&ved=0CFoQ6AEwCQ#v=onepage&q=Harlan%2Borigen&f=false>
- Cuervo, A. y Cuervo R. J. (2012). *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Año Cuervo.
- (1892). Gobernación de Bogotá. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 6, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 3 de diciembre de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu6.htm>
  - (1892b). Gobernación de Bogotá (Parte administrativa). *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 7, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 10 de enero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu7.htm>
  - (1892c). Estudios y primeros destinos. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 1, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 20 de enero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu1.htm>
  - (1892d). Recuerdos íntimos. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 6, tomo 2. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 25 de enero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/viruno/viruno5.htm>

- (1892e). La miscelánea. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 3, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 28 de febrero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu2.htm>
  - (1892f). El Eco del Tequendama. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 5, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 28 de febrero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu5.htm>
  - (1892g). “El Argos” y “La libertar y orden”. *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época*. Cap. 9, tomo 1. Paris: A. Roger & F. Chernoviz. Recuperado el 8 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/virucu/virucu9.htm>
- Cuervo, L.A. (1918). *Epistolario del doctor Rufino Cuervo (1826 -1840)*. Vol. 22. Bogotá: Biblioteca de Historia Nacional, Academia Nacional de Historia de Colombia e Imprenta Nacional.
- Cuervo Barreto, R. (1843). *Documentos oficiales para la historia y la estadística de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla.
- (1843b). Ejecución de las últimas disposiciones legislativas sobre hacienda i cuenta del tesoro. *Documentos oficiales para la historia y la estadística de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla.
  - (1842, 14 de junio). *Carta a don Lino de Pombo*. Bogotá, p. 2.
  - (1838). *Memoria sobre la renta del tabaco, que el director de ella, Dr. Rufino Cuervo, presenta al Sr. Secretario de Estado del despacho de Hacienda de la Nueva Granada en 1838*. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora.
  - (1833). *Preceptos útiles sobre la conservación de la salud y la asistencia de los enfermos*. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora.
  - (ca. 1821). *Tratado de Moral por el señor Rufino Cuervo para el curso de filosofía que dictó en el Colegio del Rosario en el trienio de 1822 a 1825, á la edad de veinte años*. Bogotá. [Inédito].
- David Hinestroza, A. et al. (2008). *Siembra hortalizas, cultiva sonrisas*. Pasto, Departamento de Nariño: Corpoica.
- Daza, J.C. (1997). *Diccionario de Francmasonería*. Madrid, España: Akal. Recuperado el 17 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=hUUH5pX1jG8C&pg=PA257&lpg=PA257&dq=h%C3%A9rcules%20mazo%20masoner%C3%ADa&source=bl&ots=kyRRD3tKjC&sig=SsKxldgZVHaB0kxpzbY4BQmceLo&hl=es&sa=X&ei=au8FUJqQO-jR6gGKjzbSCA&sqi=2&ved=0CFEQ6AEwBQ#v=onepage&q=h%C3%A9rcules%20mazo%20masoner%C3%ADa&f=false>

- De Acosta, J. (1998). *Historia Natural y Moral de la Indias, en que se trataban las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales de ellas: y los ritos, y ceremonias, leyes, y gobierno, y guerras de los indios*. Sevilla, España: Ediciones Cultura Hispánica de la AEC.
- De Azúa, F. (2008, 13 de septiembre). Inicuo paso primitivo. *El País*. Madrid, España. Recuperado el 3 de junio de 2013 de: [http://elpais.com/diario/2008/09/13/opinion/1221256813\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2008/09/13/opinion/1221256813_850215.html)
- De Francisco Zea, A. (2004). *Juan de Dios Carrasquilla, hombre de ciencia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia - Academia Nacional de Medicina. Recuperado el 1º de octubre de 2012 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=M7A6xiQIM5kC&pg=PA81&lpg=PA81&dq=el+cultivador+cundinamarqu%C3%A9s&source=bl&ots=fWN61woNje&sig=whwkgX3YKctDw\\_Fld5ifTS3Wsgk&hl=es&ei=KhjDTrjKY7MtgfO6aHeDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CFEQ6AEwBQ#v=onepage&q=el%20cultivador%20cundinamarqu%C3%A9s&f=false](http://books.google.com.co/books?id=M7A6xiQIM5kC&pg=PA81&lpg=PA81&dq=el+cultivador+cundinamarqu%C3%A9s&source=bl&ots=fWN61woNje&sig=whwkgX3YKctDw_Fld5ifTS3Wsgk&hl=es&ei=KhjDTrjKY7MtgfO6aHeDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CFEQ6AEwBQ#v=onepage&q=el%20cultivador%20cundinamarqu%C3%A9s&f=false)
- De Graef, J.E. (1755, 4 de noviembre). Principios de la economía, fundados sobre la ciencia natural y sobre la física. *Discursos Mercuriales ó Memorias sobre la agricultura, marina, comercio, y artes liberales, y mecanicas*. Madrid, España, (3), pp. 7 – 8 Recuperado el 18 de febrero de 2013 de: <http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=7960>
- (1755, 1º de octubre). Discurso preliminar. *Discursos Mercuriales ó Memorias sobre la agricultura, marina, comercio, y artes liberales, y mecanicas*. Madrid, España, (1), p. 37 y 57. Recuperado el 15 de agosto de 2012 de:  
<http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/consulta/registro.cmd?id=7960>
- De Plaza, J.A. (1850). *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*. Bogotá: Imprenta del Neo – Granadino. Recuperado el 8 de agosto de 2011 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=JJ8vFjSWjzsC&pg=PA461&lpg=PA461&dq=ezepeleta%2Bnari%C3%B1o&source=bl&ots=IZq2gfMyBz&sig=6le\\_1RzRx6GHhIXCT\\_hAM6TEF7U&hl=es&ei=n4IBTrLTHoL50gGZ\\_J27CQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CC8Q6AEwAzgK#v=onepage&q=ezepeleta%2Bnari%C3%B1o&f=false](http://books.google.com.co/books?id=JJ8vFjSWjzsC&pg=PA461&lpg=PA461&dq=ezepeleta%2Bnari%C3%B1o&source=bl&ots=IZq2gfMyBz&sig=6le_1RzRx6GHhIXCT_hAM6TEF7U&hl=es&ei=n4IBTrLTHoL50gGZ_J27CQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&ved=0CC8Q6AEwAzgK#v=onepage&q=ezepeleta%2Bnari%C3%B1o&f=false)
- Del Diestro, A. (trad.). (1836). *Espíritu de la Enciclopedia*. Vol. I. Habana, Cuba: Imprenta de Terán. Recuperado el 17 de noviembre de 2010 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=b08HAAAAQAAJ&pg=PT55&dq=denis+diderot%2Bagricultura&hl=es&ei=R43kTIm3DISs8AaSofylCw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CD8Q6AEwBTgK#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=b08HAAAAQAAJ&pg=PT55&dq=denis+diderot%2Bagricultura&hl=es&ei=R43kTIm3DISs8AaSofylCw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CD8Q6AEwBTgK#v=onepage&q&f=false)

- Delacroix, E. (2014). *La liberté guidant le peuple*. Recuperado el 28 de enero de 2014 de: [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Eug%C3%A8ne\\_Delacroix\\_-\\_La\\_libert%C3%A9\\_guidant\\_le\\_peuple.jpg](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Eug%C3%A8ne_Delacroix_-_La_libert%C3%A9_guidant_le_peuple.jpg)
- Derry, T.K. y Williams, I.T. (2002). *Historia de la tecnología desde 1750 hasta 1900 II*. Madrid: Siglo XXI. Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=6gyQ3YgEx88C&pg=PA995&dq=sistema+norfolk%2Bpa%C3%ADses%2Bbajos&hl=es&ei=liLvTMK4FYep8AaotsSFDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFUQ6AEwCQ#v=onepage&q=sistema%20norfolk%2Bpa%C3%ADses%2Bbajos&f=false](http://books.google.com.co/books?id=6gyQ3YgEx88C&pg=PA995&dq=sistema+norfolk%2Bpa%C3%ADses%2Bbajos&hl=es&ei=liLvTMK4FYep8AaotsSFDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFUQ6AEwCQ#v=onepage&q=sistema%20norfolk%2Bpa%C3%ADses%2Bbajos&f=false)
- Diario Constitucional de Barcelona*. (1820, 13 de marzo). Catalanes. España: Imprenta Nacional del gobierno por Dorca, (1). Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: <http://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=10006001230>
- Díaz de la Serna I. (2009, enero-junio). El Artículo ‘América’ en la enciclopedia de Diderot y D’Alembert. Primera parte. *Red de Revista científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Redalyc)*. Universidad Nacional Autónoma de México, 4, (1). Recuperado el 22 de noviembre de 2010 de: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/1937/193714464005.pdf>
- Díaz López, Z. et al. (2010). Curas del Arzobispado. *Quién es quién en 1810. Primera Parte. Guía de forasteros del Virreinato de Santa Fe para el primer semestre de 1810*. Bogotá: Escuela de Ciencias Humanas, Universidad del Rosario y Universidad Industrial de Santander. Recuperado el 10 de julio de 2011 de: [http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/guia\\_de\\_forasteros/curas\\_de\\_santa\\_fe.htm](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/guia_de_forasteros/curas_de_santa_fe.htm)
- Díaz Piedrahíta, S. (2007, Agosto). Algunas anécdotas del Libertador. *Revista Credencial Historia*. Núm. 212. Bogotá. Recuperado el 15 de marzo de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/agosto2007/anecdotalibertador.htm>
- (1973, diciembre). Apuntes para la biografía de José Jerónimo Triana. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Bogotá: ACCEFYN, 14, (54), pp. 81 -83. Recuperado el 11 de julio de 2012 de: <http://www.accefyn.org.co/revista/Volumen%2014/54/81-83.pdf> y <http://www.accefyn.org.co/revista/Volumen%2014/54/index.htm>
- Diez de la Cortina M. E. (2005). *Historia de la filosofía: filosofía griega, filósofos presocráticos*. Cibernous. Recuperado el 11 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10084074&p00=tales%20miletto>
- Dino, M. (2010). *Las ideas políticas: Ilustración y revolución*. Estados Unidos: Firms Press. Recuperado el 30 de julio de 2013 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/Doc?id=10360833&ppg=15>

Domínguez, J.C. (2014, 20 de abril) El patrimonio genético del país pasaría a manos de Corpoica. *Portafolio.co*. Economía y negocios. Recuperado el 8 de julio de 2014 de: <http://www.portafolio.co/economia/patrimonio-genetico-colombia-corpoica>

*Eco del Tequenthama*. (1829, 20 de diciembre). Ensayo sobre los contravenenos de la víbora. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (11), pp. 91-104.

- (1829, 13 de diciembre). Aviso. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (10), p. 88.
- (1829, 13 de diciembre b). Epitafios. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (10), p. 88.
- (1829, 6 de diciembre). Inflación de los pulmones de un recién nacido. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (9), p. 80.
- (1829, 6 de diciembre b). Aviso. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (9), p. 80.
- (1829, 29 de noviembre). Agricultura. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (8), pp. 65-68.
- (1829, 22 de noviembre). Memoria sobre las aguas minerales de Ketáme, en el canton de Cáqueza, de la provincia de Bogotá, examinadas en el mes de octubre de 1829. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (7), pp. 58-62.
- (1829, 15 de noviembre). Política. Poder ejecutivo. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (6), pp. 51 y 59.
- (1829, 8 de noviembre). Comercio. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (5), pp. 41- 43.
- (1829, 8 de noviembre b). Carta sobre la educación de la mujer. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (5), pp. 44- 45.
- (1829, 8 de noviembre c). Cuychunchullo. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (5), pp. 45-46.
- (1829, 1° de noviembre). Política. Bogotá: Imprenta de Roderick y Salazar, (4), pp. 36 - 40.
- (1829, 25 de octubre). Paz y garantías. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (3), p. 26.
- (1829, 18 de octubre). Política. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (2), pp. 9 – 12.
- (1829, 18 de octubre b). Correspondencia del Jeneral Córdoba. Bogotá: Imprenta Roderick y Salazar, (2), pp. 12 – 16.

Eco, U. (2005). *La misteriosa llama de la reina Loana*. Bogotá D.C., Colombia: Lumen.

*Educación Superior*. (2012, Abril). Formación técnica y tecnológica para el desarrollo productivo. Núm. 20, p. 17. Bogotá D.C.: Ministerio de Educación Nacional. Recuperado el 10 de junio de 2013 de: [http://www.graduadoscolombia.edu.co/html/1732/articles-305554\\_Boletin.pdf](http://www.graduadoscolombia.edu.co/html/1732/articles-305554_Boletin.pdf)

*El Amigo del País*. (1846, 1° de noviembre). Movimiento de población en el canton de Medellín desde el 1° de setiembre de 1845 a 31 de agosto de 1846. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (22), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_022.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_022.pdf)

- (1846, 15 de octubre). Remitido. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (21), pp. 2 – 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_021.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_021.pdf)
- (1846, 15 de octubre b). Metodo facil para helar los licores sin hielo ó para hacer hielo artificial en el verano. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (21), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_021.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_021.pdf)
- (1846, 1° de septiembre). Como va el mundo. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (18), pp. 1 – 3. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_018.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_018.pdf)
- (1846, 15 de agosto). La Araña i sus hilos. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (17), pp. 1 – 3. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_017.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_017.pdf)
- (1846, 15 de agosto b). Mi mujer i mi cuñada. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (17), pp. 3 – 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_017.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_017.pdf)
- (1846, 1° de agosto). Los periódicos. Su influencia en la sociedad. III. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (16), pp. 1 – 2. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_016.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_016.pdf)
- (1846, 15 de julio). Los periódicos. Su influencia en la sociedad. I y II. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (15), pp. 1 – 3. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_015.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_015.pdf)
- (1846, 15 de junio). Platano. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (13), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_013.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_013.pdf)
- (1846, 1° de junio). Variedades. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio Balcázar, (12), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_012.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_012.pdf)
- (1846, 1° de mayo). El cubiletero descubierto. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio Balcázar, (10), pp. 2 – 3. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_010.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_010.pdf)
- (1846, 1° de mayo b). Variedades. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio Balcázar, (10), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_010.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_010.pdf)

- (1846, 1° de marzo). Esgrima. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (6), p. 4. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_006.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_006.pdf)
- (1846, 15 de enero). Jesuitas. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (3), p. 1. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_003.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_003.pdf)
- (1846, 1° de enero). Cuatro palabras. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (2), p. 1. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_002.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_002.pdf)
- (1846, 1° de enero b). Supresion de los Jesuitas en Francia. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (2), p. 3. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_002.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_002.pdf)
- (1845, 15 de diciembre). Prospecto. Medellín, Colombia: Imprenta de Manuel Antonio de Balcázar, (1), p. 1. Recuperado el 3 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839\\_n\\_001.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283839_n_001.pdf)

*El Amigo del País*. (1844). A los amigos del País. Tomo 1. Madrid, España: Sociedad Económica Matritense, Imprenta y librería de don Ignacio Boix. Recuperado el 16 de octubre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=CdpLAAAAYAAJ&pg=PA272&lpg=PA272&dq=el+amigo+del+pa%C3%ADs%2Bmadrid&source=bl&ots=k2hqheEs1i&sig=m4ycdLbG6\\_18ljOYx5I4Af7IpAY&hl=es&sa=X&ei=2DWDUPKODIXo9ASvqYH4AQ&ved=0CEIQ6AEwBQ](http://books.google.com.co/books?id=CdpLAAAAYAAJ&pg=PA272&lpg=PA272&dq=el+amigo+del+pa%C3%ADs%2Bmadrid&source=bl&ots=k2hqheEs1i&sig=m4ycdLbG6_18ljOYx5I4Af7IpAY&hl=es&sa=X&ei=2DWDUPKODIXo9ASvqYH4AQ&ved=0CEIQ6AEwBQ)

- El Amigo del País*. (1835, 15 de diciembre). Reglas matrimoniales para las mujeres. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (9), p. 4. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_09.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_09.pdf)
- (1835, 15 de diciembre b). Oveja. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (9), pp. 3 – 4. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_09.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_09.pdf)
  - (1835, 15 de diciembre c). Indicacion importante. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (9), p. 2. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_09.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_09.pdf)
  - (1835, 30 de noviembre). Censura. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (8), pp. 1 – 3. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_08.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_08.pdf)

- (1835, 15 de noviembre). Queso. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (7), pp. 2 – 3. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_07.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_07.pdf)
  - (1835, 30 de octubre). Vaca. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (6), p. 3. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_06.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_06.pdf)
  - (1835, 30 de octubre b). Moral. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (6), p. 3. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_06.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_06.pdf)
  - (1835, 15 de octubre). Sociedades subalternas de Amigos del País. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (5), p. 2. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_05.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_05.pdf)
  - (1835, 15 de octubre b). Censo de esta población. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (5), p. 2. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_05.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_05.pdf)
  - (1835, 30 de septiembre). Decreto 30 de mayo de 1835. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (4), p. 1. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_04.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_04.pdf)
  - (1835, 30 de septiembre b). Precios corrientes de 30 de setiembre de 1835. Santa Marta, Colombia: Imprenta de Antonio Locarno, (4), p. 4. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838\\_n\\_04.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr283838_n_04.pdf)
- El Argos*. (1838, 23 de septiembre), Intolerancia. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, (44), pp. 174 – 175. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/blabr1127385\\_n\\_044.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/blabr1127385_n_044.pdf)
- El Castellano.org*. (2010). Etimología: el origen de las palabras. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://www.elcastellano.org/palabra.php?id=960>
- El Cachaco de Bogotá*. (1834, 19 de enero). Remitido. Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, (45), p. 186.
- (1833, 1° de agosto). ¿Qué quiere decir cachaco? Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, (11), p. 43.
  - (1833, 30 de junio). Lei sobre libertad de derechos de esportacion. Bogotá: Imprenta de Andrés Roderick, (6), p. 24.
  - (1833, 30 de junio). Teatro. Bogotá: Imprenta de Andrés Roderick, (6), p. 24.

- (1833, 26 de mayo). ¿Qué clase de educación corresponde á una República? Bogotá: Imprenta de Andrés Roderick, (2), pp. 7 – 8.
- (1833, 19 de mayo). Prospecto. Bogotá: Imprenta de Andrés Roderick, (1), p. 1.

*El Cultivador Cundinamarqués*. (1832, 1° de mayo). Concluye el artículo del num.º anterior. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (7), p. 61.

- (1832, 1° de mayo). Método de hacer la cuerda de paja. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (7), p. 66.
- (1832, 1° de marzo). Continuación del artículo de injertos suspendido en el num. Anterior. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (5), p. 49.
- (1832, 1° de marzo b). Método para salar carnes en salmuera. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (5), p. 51.
- (1832, 15 de febrero). Injertos. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (4), p. 42.
- (1832, 1° de enero). Prospecto. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (1), pp. 1-3.
- (1832, 1° de enero b). Agricultura. Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarsa, (1), pp. 3-6.

*El Eco del Tequendama*. (1829, 11 de octubre). Introducción. Bogotá: Imprenta de Roderick y Salazar, (1), p. 1.

- (1829, 11 de octubre b). Política. Bogotá: Imprenta de Roderick y Salazar, (1), p. 3.

El-Hage Scialabba, N. y Hattam, C. (eds.). (2003). Conceptos y temas generales de la agricultura urbana. Capítulo 1. *Agricultura orgánica, ambiente y seguridad alimentaria*. Roma: FAO. Recuperado el 22 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/005/y4137s/y4137s03.htm#bm03.1>

*El Labrador i Artesano*. (1839, 24 de febrero). Tolerancia. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (23), p. 90. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_23.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_23.pdf)

- (1838, 30 de diciembre). Circular. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (16), p. 60. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_16.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_16.pdf)
- (1838, 25 de noviembre). Sesión de la Sociedad Democrática tenida el lunes 19 del corriente. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (11), p. 41. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_11.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_11.pdf)

- (1838, 18 de noviembre). Continúa i concluye la Memoria sobre el cultivo i beneficio de la linaza i cáñamo &c. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (10), p. 40. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_10.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_10.pdf)
- (1838, 28 de octubre). Democracia. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (7), pp. 26 – 27. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_7.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_7.pdf)
- (1838, 28 de octubre b). Continua la Memoria sobre el cultivo i beneficio de la linaza i cáñamo &c. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (7), p. 28. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_7.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_7.pdf)
- (1838, 21 de octubre). Memoria sobre el cultivo, i beneficio de la linaza i cáñamo, sacada de las de Suarez, del Semanario de Agricultura i Artes, i de los Diccionarios de Economía, i Bomare; para beneficio de los pobres que quieran cultivarlos. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (6), p. 24. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_6.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_6.pdf)
- (1838, 14 de octubre). Metodo para platear en cobre. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (5), p. 20. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_5.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_5.pdf)
- (1838, 7 de octubre). Responsabilidad. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (4), p. 16. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_4.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_4.pdf)
- (1838, 7 de octubre b). A los señores Dr. Lorenzo M. Leras, i Dr. Juan N. Vargas secretarios de la Sociedad Democrático – Republicana”, [carta del general Francisco de Paula Santander]. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (4), p. 14. Recuperado el 25 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_4.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_4.pdf)
- (1838, 30 de septiembre). Primera. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (3), p. 10. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_3.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_3.pdf)
- (1838, 30 de septiembre b). A los señores secretarios &c., Tercera. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (3), p. 11. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [en línea], núm. 3, disponible en: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_3.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_3.pdf)
- (1838, 30 de septiembre c). Editorial. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (3), p. 12. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_3.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_3.pdf)

- (1838, 16 de septiembre). Prospecto. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (1), p. 1. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_1.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_1.pdf)
  - (1838, 16 de septiembre b). Estatutos de la Sociedad Democrático – Republicana de artesanos i labradores progresistas de la provincia de Bogotá. Bogotá: Imprenta de Juan N. Triana, (1), pp. 3 – 4. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa\\_1127378\\_1.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/brblaa_1127378_1.pdf)
- El Propagador de la libertad.* (1835, Enero). Barcelona: Imprenta de J. Verdaguer, (1), pp. 1 – 5. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros\\_por\\_mes.cmd?anyo=1835&idPublicacion=6088](http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?anyo=1835&idPublicacion=6088)
- El Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata.* (1801, 20 de mayo). Nuevo y utilísimo invento para presebar los Cueros al pélo de polilla, sin las precisas, continuas, y costosas faenas de apaléo que hasta hoy se acostumbra en este Vireynato. Buenos Aires: Imprenta Real de Niños Expositos, (15), p. 144. Recuperado el 25 de enero de 2013 de: <http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=npj.32101025281492#page/143/mode/1up>
- El Tiempo.* (2013, 6 de agosto). ¿Cambiaría el filete por una hamburguesa de laboratorio? Bogotá D.C. Debes saber, p. 2.
- (2013, 18 de mayo). La ciudad se está tragando el campo. Bogotá D.C. Debes saber, p. 9.
  - (2013, 7 de febrero). Sacerdotes, en riesgo. [Editorial]. Bogotá D.C. Debes leer, p. 22.
  - (2013, 27 de enero). Latifundio, eje del pulso de Gobierno y Farc en Cuba. Bogotá D.C. Debes saber, p. 8.
  - (2012, 21 de septiembre). Economía hizo el quite a la debilidad mundial. Bogotá D.C. Debes saber, p. 2.
  - (2012, 23 de abril). US\$ 1 millón para analizar los gases de las vacas. Bogotá D.C. Debes saber, p. 20.
  - (2011, 9 de octubre). El país tienen ad vez más terratenientes. Bogotá D.C. Debes saber, p. 8.
  - (2011, 11 de junio). Rosita dará leche como la humana. Bogotá D.C. Debes saber, p. 9.
  - (2011, 5 de junio). Abecé de la bacteria que asusta al mundo. Bogotá D.C. Debes saber, p. 18.
  - (2011, 4 de Mayo). Bogotá D.C. Portada, p. 1.
  - (2010, 25 de noviembre). Estrategia para evitar que los jóvenes migren del campo. Bogotá D.C. Debes saber, p. 17.

- El Tiempo.com*. (2013, 6 de noviembre). Colombia puede sembrar cinco veces más el área que cultiva. Bogotá D.C. Economía y negocios. Recuperado el 5 de junio de 2014 de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13163778>
- El Universal.com.co*. (2011, 28 de marzo). Sonia Osorio, la embajadora cultural de Colombia. Cartagena. Recuperado el 1° de febrero de 2012 de: <http://www.eluniversal.com.co/sonia-osorio1/sonia-osorio-la-embajadora-cultural-de-colombia-16769>
- El Vapor*. (ca. 1833). Prospecto. Barcelona: Imprenta de A. Bergnes y Comp. Página. 1. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros\\_por\\_mes.cmd?idPublicacion=4097](http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?idPublicacion=4097)
- Elías Caro, J.E. (2008). El desarrollo portuario de Santa Marta y su incidencia en el crecimiento económico y social de la ciudad: 1770 – 1860. Santa Marta: Universidad del Magdalena. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: <http://www.um.es/ixcongresoaehe/pdfB9/El%20desarrollo%20portuario.pdf>
- Enciso Recio, L. M. (2009). Francisco Mariano Nihpo. Recuperado el 8 de agosto de 2011 de: [http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco\\_Mariano\\_Nipho](http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Mariano_Nipho)
- Engels, F. (2011). *Del socialismo utópico al científico*. Buenos Aires, Argentina: Tecnibook. Recuperado el 15 de agosto de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=UmgFudYNdMUC&printsec=frontcover&dq=socialismo+ut%C3%B3pico+franc%C3%A9s&source=bl&ots=BLZL60eK\\_v&sig=batueMqzxrYLkiH9mhepadbBBDQ&hl=es&sa=X&ei=DopTUK6hOo-O8wSMu4GICQ&ved=0CCoQ6AEwAA#v=onepage&q=socialismo%20ut%C3%B3pico%20franc%C3%A9s&f=false](http://books.google.com.co/books?id=UmgFudYNdMUC&printsec=frontcover&dq=socialismo+ut%C3%B3pico+franc%C3%A9s&source=bl&ots=BLZL60eK_v&sig=batueMqzxrYLkiH9mhepadbBBDQ&hl=es&sa=X&ei=DopTUK6hOo-O8wSMu4GICQ&ved=0CCoQ6AEwAA#v=onepage&q=socialismo%20ut%C3%B3pico%20franc%C3%A9s&f=false)
- Escartín E. y Velasco F. (2010). Quesnay y los conceptos generales de la Fisiocracia. Departamento de Teoría Económica y Economía Política, Universidad de Sevilla. Recuperado el 23 de noviembre de 2010 de: <http://personal.us.es/eeg/FisiocraciaReduc.pdf>
- Escobar, E. (2012, 2 de octubre). La tiranía de los doctores. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 17.
- (2012, 7 de febrero). Los libros amigos. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 17.
- Escobar Rodríguez, C. (1990), *La revolución liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Fondo de Publicaciones FUAC y Ediciones Fondo Editorial Suramérica.
- España, G. (2003). El ciclo del nitrógeno. *Jean Baptiste Boussingault, el padre de la agricultura moderna*. Bogotá D.C.: Panamericana-Colciencias. Recuperado el 29 de noviembre de 2010 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/ciencias/boussingault/16.pdf>

- Espinosa R. (2010). Cuando las cosas se pagaban con bueyes. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://www.zocalo.com.mx/seccion/opinion-articulo/cuando-las-cosas-se-pagaban-con-bueyes/>
- Etimología de la Lengua Española*. (2007). Feudo. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://etimologia.wordpress.com/category/germanico/>
- FAOSTAT. (2013). Recuperado el 23 de abril de 2013 de: <http://faostat.fao.org/site/573/DesktopDefault.aspx?PageID=573#ancor>
- Federación Nacional de Arroceros (Fedearroz). (2013). Estadísticas Arroceras: Área, producción y rendimientos. Recuperado el 14 de noviembre de 2013 de: [http://www.fedearroz.com.co/new/apr\\_public.php](http://www.fedearroz.com.co/new/apr_public.php)
- Federación Nacional de Ganaderos (Fedegán). (2014). Producción. Recuperado el 2 de junio de 2014 de: <http://www.fedegan.org.co/estadisticas/produccion-0>
- (2012). La ganadería colombiana y las cadenas láctea y cárnica. Recuperado el 28 de abril de 2013 de: [http://portal.fedegan.org.co/pls/portal/docs/PAGE/PORTAL/ESTADISTICAS1/CIFRAS%20DE%20REFERENCIA/1-%20SECTOR%20GANADERO\\_%20CIFRAS%20REFERENCIA%20\(SEPTIEMBRE\\_2012\).PDF](http://portal.fedegan.org.co/pls/portal/docs/PAGE/PORTAL/ESTADISTICAS1/CIFRAS%20DE%20REFERENCIA/1-%20SECTOR%20GANADERO_%20CIFRAS%20REFERENCIA%20(SEPTIEMBRE_2012).PDF)
- Fernandes, M. (2012, 5 de abril). El Abrelatas. *Carrusel*. Núm. 1573, p. 40.
- Fletcher, O. (2012, 19 de octubre). La ‘agricultura vertical’, de la ciudad a la ciudad. *The Wall Street Journal Americas*, en *El Tiempo*, p. 12.
- “Flor de Lis”. (2010). Recuperado el 8 de agosto de 2011 de: <http://www.elherbolario.com/noticia/785/HIERBAS-M%3%81GICAS-Y-TRADICI%3%93N/flor-lis.html>
- Floristán Samanes, A. (Coord.). (2008). *Historia moderna universal*. Barcelona, España: Ariel. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=fd24ISwYmH8C&pg=PA708&lpg=PA708&dq=jethro+tull%20agricultura&source=bl&ots=CXm24N67b\\_&sig=iKTo6Pti3tDT2BPPkGHYn8sKEDU&hl=es&ei=67jxTJrRDYeglAfYpvmwCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFE\\_Q6AEwCDgK#v=onepage&q=jethro%20tull%20agricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=fd24ISwYmH8C&pg=PA708&lpg=PA708&dq=jethro+tull%20agricultura&source=bl&ots=CXm24N67b_&sig=iKTo6Pti3tDT2BPPkGHYn8sKEDU&hl=es&ei=67jxTJrRDYeglAfYpvmwCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFE_Q6AEwCDgK#v=onepage&q=jethro%20tull%20agricultura&f=false)
- Folch Verdugo, F. (2000). *Sobre símbolos*. Santiago de Chile: Universitaria S.A. Recuperado el 7 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=PP4Rbqss-zIC&pg=PA151&lpg=PA151&dq=laurel%20Bs%3%ADmbolo&source=bl&ots=2ED7r-DX54&sig=ia9Rf->

[0BOxOvC2oiafg8LXTerqY&hl=es&sa=X&ei=5QVuUKTVGoTK9QSdqIDYBw&ved=0CCsQ6AEwAA#v=onepage&q=laurel%2Bs%C3%ADmbolo&f=false](http://www.unicef.org/spanish/media/media_73565.html)

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). (2014, 20 de mayo). Es posible salvar cada año las vidas de casi 3 millones de recién nacidos, dice Unicef. Nueva York: Centro de Prensa Unicef. Recuperado el 9 de junio de 2014 de: [http://www.unicef.org/spanish/media/media\\_73565.html](http://www.unicef.org/spanish/media/media_73565.html)

– (2012). *Committing to child survival: A promise renewed*. Nueva York: Unicef. Recuperado el 8 de mayo de 2013 de: [http://www.unicef.es/sites/www.unicef.es/files/ChildSurvival\\_PromiseRenewed.pdf](http://www.unicef.es/sites/www.unicef.es/files/ChildSurvival_PromiseRenewed.pdf)

– (2012b). *Niñas y niños en un mundo urbano. Estado Mundial de la infancia 2012*. Nueva York: Unicef. Recuperado el 9 de mayo de 2013 de: [http://www.unicef.org/spanish/sowc2012/pdfs/SOWC%202012%20Main%20Report%20LoRes%20PDF\\_SP\\_03132012.pdf](http://www.unicef.org/spanish/sowc2012/pdfs/SOWC%202012%20Main%20Report%20LoRes%20PDF_SP_03132012.pdf)

– (2004). *Por una niñez bien nutrida: -Comunicación para la acción-*. Tercera edición. Unicef Colombia. Recuperado el 5 de abril de 2012 de: [http://www.unicef.org.co/pdf/nutri4\\_pg55-126.pdf](http://www.unicef.org.co/pdf/nutri4_pg55-126.pdf) y <http://www.unicef.org/colombia/conocimiento/nutri.htm>

Forero Vargas, J.A. (2011). Francisco José de Caldas. *La Rochela*. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 12 de septiembre de 2011 de: [http://www.larochela.unal.edu.co/invitados\\_04.html](http://www.larochela.unal.edu.co/invitados_04.html)

Fuentes, C. (2011, Agosto). De hoy para mañana, de las transformaciones políticas de ayer a las presentes. *Lecturas*, en *El Tiempo*, p. 8.

Fuentes, J.F. (2001). Identidad individual y conciencia de clase en la prensa española de la segunda mitad del siglo XVIII. En Aubert, P. y Desvois J.M. (Comps.). *Les élites et la presse en Espagne et en Amérique Latine: Des Lumières a la seconde guerre mondiale*. Madrid, España: Casa de Velázquez - Maison des Pays Ibériques - UMR Telemme, Universidad de Provenza. Recuperado el 19 de julio de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=60yNRTUDKh0C&pg=PA27&lpg=PA27&dq=el+labrador+y+artesano%2Bperi%C3%B3dico&source=bl&ots=V6CNbBWA-d&sig=forK14PZHqu0lh\\_e9qjHWaRDGP4&hl=es&sa=X&ei=J2L\\_T7fDHal30gG04734BA&ved=0CEkQ6AEwBA#v=onepage&q=el%20labrador%20y%20artesano%20peri%C3%B3dico&f=false](http://books.google.com.co/books?id=60yNRTUDKh0C&pg=PA27&lpg=PA27&dq=el+labrador+y+artesano%2Bperi%C3%B3dico&source=bl&ots=V6CNbBWA-d&sig=forK14PZHqu0lh_e9qjHWaRDGP4&hl=es&sa=X&ei=J2L_T7fDHal30gG04734BA&ved=0CEkQ6AEwBA#v=onepage&q=el%20labrador%20y%20artesano%20peri%C3%B3dico&f=false)

*Gaceta de Colombia*. (1831, 2 de octubre). Estado que manifiesta la entrada i salida de caudales, de esta tesorería departamental de Cundinamarca, en la semana que principió el lunes 19 y concluye hoy 24 de setiembre. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (541), p. 2. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_541.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_541.pdf)

- (1831, 29 de septiembre). Decreto del poder ejecutivo. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (540), p. 1. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_540.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_540.pdf)
  - (1831, 29 de septiembre b). [Nota sin título]. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (540), p. 4. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_540.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_540.pdf)
  - (1831, 15 de septiembre). Avisos. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (536), p. 5. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_536.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_536.pdf)
  - (1831, 15 de septiembre b). Renuncia del señor Márquez. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (536), p. 1. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_536.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_536.pdf)
  - (1831, 11 de septiembre). Decretos del poder ejecutivo. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (535), p. 1. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_535.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_535.pdf)
  - (1831, 28 de agosto). Horrendo fratricidio. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (531), p. 3. Recuperado el 3 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_531.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_531.pdf)
  - (1831, 14 de agosto). República de Colombia. Ministerio de Interior i Justicia. Bogotá agosto 9 de 1831. Al señor prefecto de... Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (529), p. 4. Recuperado el 27 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_529.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_529.pdf)
  - (1831, 12 de junio). Presidente de la República. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (520), p. 1. Recuperado el 25 de enero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_520.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_520.pdf)
  - (1830, 4 de julio). Nombramientos. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (472), p. 3. Recuperado el 1° de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013\\_n\\_472.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr1142013_n_472.pdf)
  - (1828, 17 de julio). Gran Convención. Bogotá: Imprenta de José Antonio Cualla, (360), p. 1. Recuperado el 16 de marzo de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/blabr1142013\\_n\\_360.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/revista/blabr1142013_n_360.pdf)
- Gaceta de Madrid.* (1830, 30 de Marzo). Américas Españolas. Madrid: Imprenta Real. Núm. 38. Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: <http://books.google.com.co/books?id=c8aNgrAvnAC&pg=PA159&lpg=PA159&dq=eco+del+te>

- [quendama&source=bl&ots=tp6ca7LzTX&sig=dxLrqKBPT78V1URwY6QxTIvafW4&hl=es&ei=gEi8TtvnHdK3twe-9qjfBw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=3&ved=0CCYQ6AEwAjy#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false](http://books.google.com.co/books?hl=es&ei=gEi8TtvnHdK3twe-9qjfBw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CCYQ6AEwAjy#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false)
- Gaitán Bohórquez, J. (2002). *Huestes de Estado. La formación universitaria de los juristas en los comienzos del Estado colombiano*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=GZTgg0A\\_nGUC&pg=PA97&lpg=PA97&dq=florentino+gonz%C3%A1lez%2Bprofesor%2B1840&source=bl&ots=jth2S4t7Te&sig=8F-bMw9nUmRnmwQfsWyIyIACVka&hl=es&sa=X&ei=F1CHUIGREYjA8AT844HYBA&sqi=2&ved=0CBwQ6AEwAA#v=onepage&q=florentino%20gonz%C3%A1lez%20profesor%201840&f=false](http://books.google.com.co/books?id=GZTgg0A_nGUC&pg=PA97&lpg=PA97&dq=florentino+gonz%C3%A1lez%2Bprofesor%2B1840&source=bl&ots=jth2S4t7Te&sig=8F-bMw9nUmRnmwQfsWyIyIACVka&hl=es&sa=X&ei=F1CHUIGREYjA8AT844HYBA&sqi=2&ved=0CBwQ6AEwAA#v=onepage&q=florentino%20gonz%C3%A1lez%20profesor%201840&f=false)
- Gaitán Bohórquez, J. y Malagón Pinzón, M. (2008, enero-junio). Opinar en tiempos de guerra. El aborto temprano de la libertad de cátedra en la vida republicana colombiana. *Revista Estudios Socio-jurídicos*. Bogotá, 10, (1), pp. 377- 400. Recuperado el 13 de abril de 2012 de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/733/73310112.pdf>
- Galindo, A. (2012). La revolución de 1860 – Batalla de San Agustín -. La espada del general Mosquera. *Recuerdos históricos: 1840 – 1895*. Colección Jorge Ortega Torres, Fondo Rafael Serrano, Colección Orlando Fals Borda. Recuperado el 12 de agosto de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/recuergalin/recuergalin9.htm>
- Garcés, J. E. (1972). *Desarrollo político y desarrollo económico: Los casos de Chile y Colombia*. Santiago de Chile: Andrés Bello. Recuperado el 17 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=BqoSfxDNijUC&pg=PA124&lpg=PA124&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lillas&source=bl&ots=0Js6LsY2hr&sig=EoyhVyjgis6jM6G2CMyhfbkDGN8&hl=es&sa=X&ei=ehj-T6GFA-mO0QHx07GLBw&ved=0CDgQ6AEwAjge#v=onepage&q=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lillas&f=false>
- García Estrada, R. (2005). Universidad de Antioquia, dos siglos de historia. En 1803, Colegio Franciscano. En 1871, universidad del Estado soberano. *Revista Credencial Historia*. Bogotá, (167). Recuperado el 16 de octubre de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre2003/curioso.htm>
- García Mera, L. C. (2011). El gobierno del hogar, el negocio doméstico y la fábrica culinaria: el provecho de ingredientes y productos en el siglo XIX como elemento de consolidación nacional. *Historia Hoy, aprendiendo con el bicentenario*. Recuperado el 14 de noviembre de 2011 de:

- [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-242801\\_proyecto\\_documento.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-242801_proyecto_documento.pdf)
- Gaviria Liévano, E. (2002). *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio*. Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=WA8P0eYmP-4C&pg=PA259&lpg=PA259&dq=sociedades+democr%C3%A1ticas%2Blabradoros%2Beuropa%2B1830&source=bl&ots=JKtGbFSLU\\_&sig=KfE3EnZtUyjD1DwhOxzfia-ujbg&hl=es&sa=X&ei=hOf9T9TmC4q88ATqngXhBg&ved=0CDAQ6AEwAA#v=onepage&q=sociedades%20democr%C3%A1ticas%20labradoros%20europa%201830&f=false](http://books.google.com.co/books?id=WA8P0eYmP-4C&pg=PA259&lpg=PA259&dq=sociedades+democr%C3%A1ticas%2Blabradoros%2Beuropa%2B1830&source=bl&ots=JKtGbFSLU_&sig=KfE3EnZtUyjD1DwhOxzfia-ujbg&hl=es&sa=X&ei=hOf9T9TmC4q88ATqngXhBg&ved=0CDAQ6AEwAA#v=onepage&q=sociedades%20democr%C3%A1ticas%20labradoros%20europa%201830&f=false)
- Ghosh, P. (2012, 29 de junio). La cerámica más antigua del mundo. *BBC Mundo*. Recuperado el 28 de mayo de 2013 de: [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/06/120628\\_ceramica\\_antigua\\_china\\_cocina\\_alcohol\\_jgc.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/06/120628_ceramica_antigua_china_cocina_alcohol_jgc.shtml)
- Gifford, R.C. (1993). *La ingeniería agrícola en el desarrollo: Formulación de una estrategia para la mecanización*. Vol. 1. Roma: FAO. Recuperado el 30 de mayo de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=dM2HIAT20MgC&pg=PA7&dq=mesopotamia%2Binvent%C3%B3+el+arado&hl=es&sa=X&ei=TiypUbfYBuOSiQLq8oGYBQ&ved=0CDsQ6AEwAzgK#v=onepage&q=mesopotamia%2Binvent%C3%B3%20el%20arado&f=false>
- Gil, R. (1993). *Periodismo, historia y teoría*. Vol. 1. Barcelona, España: Clie. Recuperado el 13 de agosto de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=pUmtJB3nRC4C&pg=PA47&lpg=PA47&dq=Th%C3%A9ophraste+Renaudot,+considerado+el+primer&source=bl&ots=HnR5auqbOY&sig=6uWNhAPyV7T5b4Q\\_ntUr-d\\_DEaI&hl=es&sa=X&ei=th0MUua5JsHc2QWfhYGwCg&ved=0CFEQ6AEwBw#v=onepage&q=Th%C3%A9ophraste%20Renaudot%2C%20considerado%20el%20primer&f=false](http://books.google.com.co/books?id=pUmtJB3nRC4C&pg=PA47&lpg=PA47&dq=Th%C3%A9ophraste+Renaudot,+considerado+el+primer&source=bl&ots=HnR5auqbOY&sig=6uWNhAPyV7T5b4Q_ntUr-d_DEaI&hl=es&sa=X&ei=th0MUua5JsHc2QWfhYGwCg&ved=0CFEQ6AEwBw#v=onepage&q=Th%C3%A9ophraste%20Renaudot%2C%20considerado%20el%20primer&f=false)
- Giovannini, G. (1987). *Del pedernal al silicio: historia de los medios de comunicación masiva*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Godoy y Álvarez, M. (1796, 28 de noviembre). Carta. [Carta dirigida al prelado eclesiástico de España]. San Lorenzo, España, pp. 4 – 7. Recuperado el 29 de julio de 2013 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003318436&search=&lang=es>
- Goicoetxea Marcaida, A. y Martínez Sigüenza, M. N. (1991). La botánica y la medicina en la iconografía de Martínez Compañón. *Revista del Príncipe de Viana*. España, 52, (193), pp. 181 – 186. Recuperado el 26 de septiembre de 2011 de:

<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=15914>

y

<http://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=1060>

Gómez, J.A. (1970). Cartilla de cundinamarqueses ejemplares. *Folletos colombianos*, (70). Bogotá: Publicaciones de la Gobernación de Cundinamarca, Secretaría de Educación, Sección de extensión cultural.

- (1970). Cartillas de cundinamarqueses ejemplares. *Folletos colombianos*, (70). Bogotá: Publicaciones de la Gobernación de Cundinamarca, Secretaría de Educación, Sección de extensión cultural.

Gómez González, J. (2005, Junio). Quijano Manuel María: 1782 -1851. *Compumedicina.com*, 6, (107). Recuperado el 20 de enero de 2012 de: [http://www.compumedicina.com/historia/hm\\_010605.htm](http://www.compumedicina.com/historia/hm_010605.htm)

Gómez Lema, S. (2014, 23 de junio). El resurgimiento del campo en medio de Bogotá. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Sección bogotá, p. 11.

González Escobar, L.F. (2007). *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: Crecimiento y modelos urbanos 1775 – 1932*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Arquitectura, Escuela del Hábitat – CEHAP. Recuperado el 15 de octubre de 2012 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/2226/1/Luis\\_Fernando\\_Gonzalez.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/2226/1/Luis_Fernando_Gonzalez.pdf)

González Mora, F. (2004). *Reducciones y haciendas jesuíticas en el Casanare, Meta y Orinoco ss. XVII y XVIII: Arquitectura y urbanismo en la frontera oriental del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá D.C., Colombia: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado el 19 de julio de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=rHW1tENED\\_AC&pg=PA85&dq=la+pragm%C3%A1tica+sanci%C3%B3n+de+1767&hl=es&sa=X&ei=AW\\_rUaHhM5Da8ATumYGICw&ved=0CDYQ6AEwAjgy#v=onepage&q=la%20pragm%C3%A1tica%20sanci%C3%B3n%20de%201767&f=false](http://books.google.com.co/books?id=rHW1tENED_AC&pg=PA85&dq=la+pragm%C3%A1tica+sanci%C3%B3n+de+1767&hl=es&sa=X&ei=AW_rUaHhM5Da8ATumYGICw&ved=0CDYQ6AEwAjgy#v=onepage&q=la%20pragm%C3%A1tica%20sanci%C3%B3n%20de%201767&f=false)

González, B. (1991). Groot y la caricatura política. *José Manuel Groot: (1800-1878)*. Cap. V. Bogotá: Banco de la República. Recuperado el 1° de febrero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/groot/groot3a.htm>

González Enciso, A. (2008). *Más allá de la división del trabajo*. España: Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA). Recuperado el 24 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10268751&p00=%22ilustraci%C3%B3n%20escocesa%22>

González Pérez, M. y Rueda Enciso, J.E. (Comp.). (2008). *Investigación interdisciplinaria, urdimbres y tramas*. Bogotá: Magisterio y Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Maestría en

- investigación interdisciplinaria en ciencias humanas. Recuperado el 2 de marzo de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=jXXyz0LaZXIC&pg=PA72&dq=carnaval+de+bogot%C3%A1%2Bcolonia&hl=es&sa=X&ei=p91XT66hFI71ggfqxrnpDA&ved=0CFwQ6AEwCTg8#v=onepage&q=carnaval%20de%20bogot%C3%A1%2Bcolonia&f=false>
- González, J.M. (2001). Una aproximación al estudio de la transformación ecológica del paisaje rural colombiano: 1850-1990. *Naturaleza en disputa: Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850-1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto colombiano de antropología e historia (Icanh).
- González Pérez, M. (Coord.). (2011). *Fiestas y nación en América Latina*. Bogotá: Intercultura. Recuperado el 25 de febrero de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=gimifuH68CMC&pg=PA121&dq=francisco+miranda%2Bel+colombiano&hl=es&sa=X&ei=QjVRT7L8CYiOgwfb6bjXDQ&ved=0CEsQ6AEwBjgy#v=onepage&q=francisco%20miranda%2Bel%20colombiano&f=false>
- Gordillo Restrepo, A. (2003). Élités y modernidad cultural en Colombia. Instituto Pierre Renouvin. Boletín núm. 17. Recuperado el 16 de junio de 2010 de: <http://ipr.univ-paris1.fr/spip.php?article215>
- Graziano da Silva, J.; Nwanze, K. F. y Cousin E. (2014). Menos hambre no es suficiente. *Sala de Prensa FAO*, Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe. FAO. Recuperado el 18 de junio de 2014 de: <http://www.rlc.fao.org/es/prensa/opinion/menos-hambre-no-es-suficiente/>
- Gredilla, A.F. (2009). *Biografía de José Celestino Mutis*. Valladolid: Maxtor. Recuperado el 12 de abril de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=CqtAnbiZ6YkC&pg=PA229&lpg=PA229&dq=mutis%2Bjos%C3%A9+luis+azuola&source=bl&ots=Xw\\_VSPYAJy&sig=gh9pXO7rN7MNUtCXRXdSquj45s&hl=es&ei=WuGkTbPOIeri0gHi2\\_H2CA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CDoQ6AEwBg#v=onepage&q=mutis%20jos%C3%A9%20luis%20azuola&f=false](http://books.google.com.co/books?id=CqtAnbiZ6YkC&pg=PA229&lpg=PA229&dq=mutis%2Bjos%C3%A9+luis+azuola&source=bl&ots=Xw_VSPYAJy&sig=gh9pXO7rN7MNUtCXRXdSquj45s&hl=es&ei=WuGkTbPOIeri0gHi2_H2CA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CDoQ6AEwBg#v=onepage&q=mutis%20jos%C3%A9%20luis%20azuola&f=false)
- Guhl, E. (trad.). (2010). Codazzi, la presencia de Europa en el sur y el centro de América en el siglo XIX. En Schumacher, H., *Codazzi, un forjador de la cultura*. Bogotá D.C.: Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol). Recuperado el 30 de noviembre de 2010 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/geografia/codaz/codaz1.htm>
- “Guía temática. Objetos, inventos y materiales”. (2003). Recuperado el 10 de noviembre de 2010 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/matapa/matapa18.htm>
- Guillamet, J. (2008). De los orígenes del periodismo moderno a la era liberal y democrática. En Barrera, C. (coord.). *Historia Universal de Periodismo*, (pp. 41 – 76). Barcelona, España: Ariel. Recuperado el 12 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=cyP->

[fpY8ehoC&pg=PA57&dq=historia+del+periodismo%2Brelaciones%2Bcada+seis+meses&hl=es&sa=X&ei=KNsKUuWeCaiM2QW4vYC4Aw&ved=0CCwQ6AEwAA#v=onepage&q=historia%20del%20periodismo%2Brelaciones%2Bcada%20seis%20meses&f=false](http://books.google.com.co/books?id=yVOxUZKkgLkC&pg=PA57&dq=historia+del+periodismo%2Brelaciones%2Bcada+seis+meses&hl=es&sa=X&ei=KNsKUuWeCaiM2QW4vYC4Aw&ved=0CCwQ6AEwAA#v=onepage&q=historia%20del%20periodismo%2Brelaciones%2Bcada%20seis%20meses&f=false)

Guillén de Iriarte, M.C. (2008). *Los Estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario 1826 – 1842*. Bogotá: Centro de Investigaciones, Estudios y Consultoría, CIEC, Universidad del Rosario. Recuperado el 31 de julio de 2012 de:

[http://books.google.com.co/books?id=yVOxUZKkgLkC&pg=PA252&lpg=PA252&dq=marcelino+laverde%2Bbogot%C3%A1%2B1840&source=bl&ots=srZAIQzuJA&sig=5bySj2iblMZgJA2n-IoPM-i-](http://books.google.com.co/books?id=yVOxUZKkgLkC&pg=PA252&lpg=PA252&dq=marcelino+laverde%2Bbogot%C3%A1%2B1840&source=bl&ots=srZAIQzuJA&sig=5bySj2iblMZgJA2n-IoPM-i-ZxY&hl=es&sa=X&ei=bGIYUMj8K4fv0gGdpYH4BA&ved=0CDIQ6AEwAQ#v=onepage&q=marcelino%20laverde%20bogot%C3%A1%201840&f=false)

[ZxY&hl=es&sa=X&ei=bGIYUMj8K4fv0gGdpYH4BA&ved=0CDIQ6AEwAQ#v=onepage&q=marcelino%20laverde%20bogot%C3%A1%201840&f=false](http://books.google.com.co/books?id=yVOxUZKkgLkC&pg=PA252&lpg=PA252&dq=marcelino+laverde%2Bbogot%C3%A1%2B1840&source=bl&ots=srZAIQzuJA&sig=5bySj2iblMZgJA2n-IoPM-i-ZxY&hl=es&sa=X&ei=bGIYUMj8K4fv0gGdpYH4BA&ved=0CDIQ6AEwAQ#v=onepage&q=marcelino%20laverde%20bogot%C3%A1%201840&f=false)

Guinzo, A. (1998). Las Aporías de la utopía. Progreso y primitivismo en Diderot. *Anales del seminario de historia de la filosofía*. Madrid, España: Servicio de publicaciones Universidad Complutense de Madrid, (14). Recuperado el 23 de noviembre de 2010 de:

<http://revistas.ucm.es/fsl/02112337/articulos/ASHF9797110043A.PDF>

Gutiérrez de Alba, J.M. (1878). *Tratado elemental de agricultura y ganadería*. Bogotá.

Gutiérrez, J. (2011). *El Señor Miguel Lozano de Peralta y Varaes, Maldonado de Mendoza, y Olaya, I° Marqués de San Jorge de Bogotá*. Museo de Arte Colonial. Recuperado el 18 de mayo de 2011 de: <http://curaduriacolonial.wikispaces.com/Marqu%C3%A9s+de+San+Jorge>

Gutiérrez Ramos, J. (2007, enero - junio). Acción política y redes de solidaridad étnica entre los indios de Pasto en tiempos de la independencia. *Revista Historia Crítica*. Bogotá: Universidad de los Andes, (33). Recuperado el 20 de febrero de 2012 de: <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/176/index.php?id=176>

– (1998). *El Mayorazgo de Bogotá y el marquesado de San Jorge: riqueza, linaje, poder y honor en Santa Fé, 1538 – 1824*. Bogotá: Cultura Hispánica.

– (1995). Sinforoso Mutis, precursor y prócer de la independencia. *Sinforoso Mutis y la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Fondo para la protección del Medio Ambiente. Recuperado el 13 de julio de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/sinforoso/asinfor1.htm>

– (1995b). Tres escritos de Sinforoso Mutis sobre la Expedición Botánica: No 2, Memoria sobre la Expedición Botánica publicada en el Semanario del Nuevo Reino de Granada (1810). *Sinforoso Mutis y la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Fondo para la protección del Medio Ambiente. Recuperado el 16 de septiembre de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/sinforoso/asinfor3.htm>

- Gutiérrez, R. (2000, Septiembre). Estratificación social, cultural y violencia en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*. Núm. 7. Recuperado el 17 de junio de 2010 de: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/146/1.php>
- Hébert, S. (2010, septiembre). José Antonio de Alzate y Ramírez. Un empresa periodística sabia en el nuevo mundo. En Poupene Hart, C. y Navallo, T. (edits.). *Tinkuy, Boletín de Investigación y Debate. Periodismo antiguo en Hispanoamérica: Relecturas*. Montreal: Universidad de Montreal – Facultad de Artes y Ciencias, Departamentos de literatura y lenguas modernas, Tinkuy, (14), pp. 139 – 158. Recuperado el 13 de agosto de 2013 de: [http://littlm.umontreal.ca/fileadmin/Documents/FAS/litterature\\_langue\\_moderne/Documents/2-Recherche/Tinkuyn.14\\_001.pdf](http://littlm.umontreal.ca/fileadmin/Documents/FAS/litterature_langue_moderne/Documents/2-Recherche/Tinkuyn.14_001.pdf)
- Hernández, C. R. (2003). *Vértigo comunicacional, caos global. Mundialización, pluralismo e intolerancia en la cultura democrática*. Caracas, Venezuela: Alfadil. Recuperado el 19 de septiembre de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=3ae7JFdxbl8C&pg=PA125&lpg=PA125&dq=alexis+tocquerville%2Bsocialismo%2Besclavitud&source=bl&ots=d\\_O2DgPD67&sig=SIH5BtA2YMrxVBbsiEA8yFE5f7M&hl=es&sa=X&ei=-2BvUIj6CYXi8gTV4YHgBw&ved=0CFEQ6AEwBzgK#v=onepage&q=alexis%20tocquerville%2Bsocialismo%2Besclavitud&f=false](http://books.google.com.co/books?id=3ae7JFdxbl8C&pg=PA125&lpg=PA125&dq=alexis+tocquerville%2Bsocialismo%2Besclavitud&source=bl&ots=d_O2DgPD67&sig=SIH5BtA2YMrxVBbsiEA8yFE5f7M&hl=es&sa=X&ei=-2BvUIj6CYXi8gTV4YHgBw&ved=0CFEQ6AEwBzgK#v=onepage&q=alexis%20tocquerville%2Bsocialismo%2Besclavitud&f=false)
- Herrero Cecilia, J. (2006). *Teorías de pragmática, de lingüística textual y de análisis del discurso*. Murcia, España: Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha. Recuperado el 25 de julio de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=z6kYZSzl4AC&pg=PA129&dq=el+discurso+expositivo+es&hl=es&sa=X&ei=8K7xUZP-LYP28gSgjIB4&ved=0CEEQ6AEwBA#v=onepage&q=el%20discurso%20expositivo%20es&f=false>
- Hinestroza Llanos, A. (2010). Santa Marta y el río Magdalena. *La Aspillera*. Recuperado el 25 de octubre de 2012 de: <http://laaspillera.blogspot.com/2010/09/santa-marta-y-el-rio-magdalena.html>
- Hobsbawn, E. y Rudé, G. (2009). *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*. Madrid, España: Siglo XXI. Recuperado el 9 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=M9KXfeUgVqYC&pg=PA12&lpg=PA12&dq=revoluci%C3%B3n+industrial%2Binglaterra%2Bludismo&source=bl&ots=Al61SfOSPX&sig=1Chizp2jSX3OwLkIk16mOoK1ZM&hl=es&sa=X&ei=ZbhPUJqNCsfG0AG2y4DQBA&ved=0CEoQ6AEwBQ#v=onepage&q=revoluci%C3%B3n%20industrial%20inglaterra%20ludismo&f=false>

- Houtart, F. (Comp.). (2004). *Globalización, agricultura y pobreza*. Quito: Abya-Yala. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=n068wU84BxEC&pg=PA100&dq=jethro+tull%2Bagricultura&hl=es&ei=3svxTMXjHcmr8AaErfXNDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDcQ6AEwBA#v=onepage&q=jethro%20tull%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=n068wU84BxEC&pg=PA100&dq=jethro+tull%2Bagricultura&hl=es&ei=3svxTMXjHcmr8AaErfXNDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDcQ6AEwBA#v=onepage&q=jethro%20tull%2Bagricultura&f=false)
- Ibáñez, P.M. (1891). *Crónicas de Bogotá*. Tomo 2, cap. 33. Recuperado el 30 de julio de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/book/export/html/71448>
- (1891b). *Crónicas de Bogotá*. Tomo 2, cap. 33. Recuperado el 10 de julio de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cronicas/capi32.htm>
  - (1891c). *Crónicas de Bogotá*. Tomo 2, cap. 33. Recuperado el 22 de marzo de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cronicas/capi28a.htm>
  - (1891d). *Crónicas de Bogotá*. Tomo 2, cap. 33. Recuperado el 22 de marzo de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cronicas/capi33.htm>
- Ibáñez, S. (1999). *Manos libres: Desarrollo de la artesanía en Colombia*. Bogotá: Taller cinco.
- “Incunables bogotanos siglo XVIII”. (2011). (16). Recuperado el 6 de julio de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/incu/incu6p.htm>
- Invitación a los agricultores*. (1833, 9 de febrero). Bogotá: Imprenta de Nicomedes Lora, pp. 1 – 8.
- Iriarte, A. (1999). *Ojos sobre Bogotá*. Bogotá D.C.: Sociedad de Mejoras y Ornato - Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Recuperado el 3 de noviembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=B8pf15meCKgC&pg=PA119&lpg=PA119&dq=august+le moyne%2BBogot%C3%A1+en+1839&source=bl&ots=7tPUE2h9u6&sig=xCl1tRNTnQqBGjNfilqSSp7GobHI&hl=es&ei=Pg3XTpbrG4SugQfDobXuDg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&sqi=2&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=B8pf15meCKgC&pg=PA119&lpg=PA119&dq=august+le moyne%2BBogot%C3%A1+en+1839&source=bl&ots=7tPUE2h9u6&sig=xCl1tRNTnQqBGjNfilqSSp7GobHI&hl=es&ei=Pg3XTpbrG4SugQfDobXuDg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&sqi=2&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q&f=false)
- Jaramillo Uribe, J. (2001). Etapas y sentido de la historia de Colombia: El periodo colonial: Los orígenes. *Colombia Hoy*. Bogotá: Biblioteca Familiar de Colombia Presidencia de la República, Banco de la República. Recuperado el 8 de marzo de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo4.htm>
- (2001b). Etapas y sentido de la historia de Colombia: La vida social y las costumbres. *Colombia Hoy*. Bogotá: Biblioteca Familiar de Colombia Presidencia de la República, Banco de la República. Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: <http://banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo4.htm>
- Jarrín Ochoa, P. (2006). *El Sistema mundo capitalista y América Latina*. Cuenca, Ecuador: Universidad de Cuenca. Recuperado el 9 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=iTkLLT4eg4AC&pg=PA78&lpg=PA78&dq=revoluci%C3>

[http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-06-2003/abc/Opinion/elogia-de-los-multicopistas\\_184862.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-06-2003/abc/Opinion/elogia-de-los-multicopistas_184862.html)

Jiménez Lozano, J. (2003, 1º de junio). Elogio de los multicopistas. *ABC.es*. Madrid, España. Recuperado el 10 de agosto de 2013 de: [http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-06-2003/abc/Opinion/elogia-de-los-multicopistas\\_184862.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-06-2003/abc/Opinion/elogia-de-los-multicopistas_184862.html)

Jurado Jurado, J.C. (2010). Pobreza y nación en Colombia, siglo XIX. *Revista de Historia Iberoamericana*, 3, (2). Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: [http://revistahistoria.universia.cl/pdfs\\_revistas/articulo\\_130\\_1293464198468.pdf](http://revistahistoria.universia.cl/pdfs_revistas/articulo_130_1293464198468.pdf)

Kalmanovitz, S. (2008, segundo semestre). Consecuencias económicas de la independencia en Colombia. *Revista de Economía Institucional*, 10, (19), pp. 207 -233. Recuperado el 20 de febrero de 2012 de: <http://www.economiainstitutional.com/pdf/No19/skalmanovitz19.pdf>

Kapuscinsky, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista*. México: Fondo de Cultura Económica - Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano - Fundación Proa. Recuperado el 7 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=l6uHZIzuMbkC&printsec=frontcover&dq=qu%C3%A9+es+el+periodismo&hl=es&sa=X&ei=FxcDUtCzMpTm8wSkwIDoCw&ved=0CDsQ6AEwAzgU#v=onepage&q=qu%C3%A9%20es%20el%20periodismo&f=false>

Kiersch, B. (2013). Reutilizando el agua para alimentar al mundo. Roma: FAO. Recuperado el 6 de junio de 2013 de: <http://www.rlc.fao.org/fr/presse/opinion/reutilizando-el-agua-para-alimentar-al-mundo/>

Kitto, H.D.F. (2010). *Los griegos*. Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires. Recuperado el 12 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10378560&p00=jenofonte>

Kriedte, P. (1994). Feudalismo tardío y capital mercantil. Barcelona, España: Crítica. Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=kvxzv71eWPcC&pg=PA92&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=uvruTPedCMH38Aatoc2cDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCQQ6AEwADgK#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false](http://books.google.com.co/books?id=kvxzv71eWPcC&pg=PA92&dq=sistema+norfolk&hl=es&ei=uvruTPedCMH38Aatoc2cDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCQQ6AEwADgK#v=onepage&q=sistema%20norfolk&f=false)

*La Bandera Tricolor*. (1827, 7 de enero). Conclusion. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (26), p. 108. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_026.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_026.pdf)

- (1826, 31 de diciembre). Movimiento de la población. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (25), p. 105. Recuperado el 10 de abril de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_025.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_025.pdf)
  - (1826, 25 de diciembre). A los autores del Iris del Magdalena, La De-Rota Batida, La Lanza llanera y otros papeles del mismo tenor. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (24), p. 99. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_024.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_024.pdf)
  - (1826, 17 de diciembre). Dos palabras. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (23), p. 95. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_023.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_023.pdf)
  - (1826, 3 de diciembre). Libertad de imprenta. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (21), p. 83. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_021.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_021.pdf)
  - (1826, 29 de octubre). Proclama del general BOLIVAR al arribar a las costas de Colombia. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (16), p. 63. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_016.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_016.pdf)
  - (1826, 1° de octubre). Poder ejecutivo de Bolivia. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (13), p. 45. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_013.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_013.pdf)
  - (1826, 30 de julio). Concluyen los extractos del discurso del Libertador. Bogotá: Imprenta Bogotana por José María Garnica, (3), p. 9. Recuperado el 22 de febrero de 2012 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814\\_n\\_003.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/blabr553814_n_003.pdf)
- La Miscelanea.*(1826, 11 de junio). Despedida de la Miscelanea. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (39), pp. 157 – 158.
- (1825, 18 de diciembre). Toros. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (14), pp. 55 – 56.
  - (1825, 9 de octubre). Comercio. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (4), pp. 13 – 14.
  - (1825, 25 de septiembre). Espana. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (2), p. 7.
  - (1825, 18 de septiembre). Prospecto. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (1), p. 1.
  - (1825, 18 de septiembre b). Sobre el cometa. Bogotá: Imprenta de F.M. Stokes, (1), pp. 1 – 2.
- “La revolución de los comuneros”. (2010). Recuperado el 17 de junio de 2010 de: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/cseiii/cseiii01.htm>
- La Rochela.* (2011). Glosario. Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 3 de agosto de 2011 de: <http://www.larochela.unal.edu.co/glosario.html#G>

*La Tarde de los Agricultores y Artesanos*. (1846, 15 de marzo). Prospecto. Bogotá: Imprenta de don José Antonio Cualla, (1), p. 1.

- (1846, 15 de marzo b). *Agricultura*. Bogotá: Imprenta de don José Antonio Cualla, (1), pp. 3 – 4.

*La República* (LR). (2013, 27 de noviembre). Colombia frente a 12 países y 6 estados. Recuperado el 8 de julio de 2014 de: [http://www.larepublica.co/patentes/colombia-frente-12-pa%C3%ADses-y-6-estados\\_86176](http://www.larepublica.co/patentes/colombia-frente-12-pa%C3%ADses-y-6-estados_86176)

Labrador Herraiz, C. y De Pablos Ramírez, J.C. (1989). *La educación en los papeles periódicos de la ilustración española*. Madrid, España: Ministerio de Educación y Ciencia – C.I.D.E. Recuperado el 22 de julio de 2013 de: [https://www.educacion.gob.es/documentos/mediascopio/archivos\\_secciones/156/Educacion\\_Papeles\\_periodicos\[1\].pdf](https://www.educacion.gob.es/documentos/mediascopio/archivos_secciones/156/Educacion_Papeles_periodicos[1].pdf)

Latorre Mendoza, L. (2006). *Historia e historias de Medellín*. Medellín: Biblioteca Básica de Medellín, Instituto Tecnológico Metropolitano. Recuperado el 15 de octubre de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=sKQ-7tTutxkC&pg=PA252&lpg=PA252&dq=jos%C3%A9+mar%C3%ADa+facio+lince&source=bl&ots=zdXnK16fL1&sig=GgcCXwugjub4wEh1CtFDStMPDBQ&hl=es&sa=X&ei=tICAUKXWDIe-9QSo14GgDw&ved=0CDIQ6AEwBDgK#v=onepage&q=jos%C3%A9%20mar%C3%ADa%20facio%20lince&f=false>

Laverde Amaya, I. (1963). Lorenzo María Lleras. *Ojeada histórico – crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*. Cap. 25. Bogotá: Banco de la República, Talleres Gráficos. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/lagreen/lagreen25.htm>

- (1963b). Lorenzo María Lleras. *Ojeada histórico – crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*. Cap. 26, parte 2. Bogotá: Banco de la República, Talleres Gráficos. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/lagreen/lagreen26.htm>

Lederman, L. y Teresi, D. (2009). *La Partícula divina*. España: Drakontos Bolsillo. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=-i-1tUPVSEC&pg=PA160&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=m2jxTP2gOYP58AaI9fThCw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEQQ6AEwBjgK#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=-i-1tUPVSEC&pg=PA160&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=m2jxTP2gOYP58AaI9fThCw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEQQ6AEwBjgK#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false)

Legrand, F. (2008). *Los Abonos*. Valladolid: Maxtor. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: <http://books.google.com.co/books?id=OWHDXW4fNkMC&pg=PA1&dq=lavoisier%2Bagricultu>

[ra&hl=es&ei=uXTxTLnhJ4Ss8Aa5-](#)

[e3jDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDkQ6AEwBTge#v=onepage&q&f=false](#)

- Le Moyne, A. (2011). Viaje y estancia en la Nueva Granada. *Historia Hoy, aprendiendo con el bicentenario de la independencia: Viajeros en la independencia*, (pp. 118 – 132). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Colección Bicentenario. Recuperado el 2 de diciembre de 2011 de: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229\\_viajeros.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229_viajeros.pdf)
- (1999). Pasajes escogidos de August Le Moyne. En Iriarte, A. *Ojos sobre Bogotá*, (pp. 120 – 140). Bogotá D.C.: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano – Sociedad de mejoras y Ornato de Bogotá. Recuperado el 28 de agosto de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=B8pf15meCKgC&pg=PA119&lpg=PA119&dq=august+le+moyne%2BBogot%C3%A1+en+1839&source=bl&ots=7tPUE2h9u6&sig=xCltrNTnQqBGjNfilqSSp7GobHI&hl=es&ei=Pg3XTpbrG4SugQfDobXuDg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&sqi=2&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=B8pf15meCKgC&pg=PA119&lpg=PA119&dq=august+le+moyne%2BBogot%C3%A1+en+1839&source=bl&ots=7tPUE2h9u6&sig=xCltrNTnQqBGjNfilqSSp7GobHI&hl=es&ei=Pg3XTpbrG4SugQfDobXuDg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&sqi=2&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q&f=false)
  - (1927). Bogotá en 1839. En Posada, E. (dir.). *Boletín de Historia y Antigüedades*. Bogotá: Academia Nacional de Historia, Imprenta Nacional, 16, (189), pp. 567 – 571.
- León Gómez, G. (2012). Restrepo, Juan de Dios, (Emiro Kastos). *Biografías*. Bogotá: Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores. Recuperado el 15 de octubre de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/emirkast.htm>
- León, Samuel S. (2011). Imitación para la distinción: El vestido de élite del siglo XVIII en la Nueva Granada. Recuperado el 18 de mayo de 2011 de: <http://curaduriacolonial.wikispaces.com/historia+del+vestido>
- Lessing, D. (2007). Prefacio. *El Cuaderno Dorado*. Madrid, España: Santillana (Punto de Lectura), pp. 9 – 27.
- Lesta Mosquera, J. y Pedrero, M. (2009). *Claves ocultas del poder mundial*. Madrid, España: Edaf. Recuperado el 17 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=HeYoFhyi6zQC&pg=PA82&lpg=PA82&dq=gorro+frigio+masoneria&source=bl&ots=QB9tpjVnYm&sig=dPaD3WI7iHGTiCt-OI0Rd-Pt3Lg&hl=es&sa=X&ei=juUFUP7nCsbl0QH77ozHCA&ved=0CEEQ6AEwBA#v=onepage&q=gorro%20frigio%20masoneria&f=false>
- Lévêque, P. (1991). *Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega*. Madrid, España: Akal. Recuperado el 27 de mayo de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=Ed6VgRbmP10C&pg=PA10&dq=creciente+f%C3%A9rtil>



- López de Mesa, L. (2012). Lleras, Lorenzo María. *Biografías. Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Círculo de Lectores. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/llore.htm>
- López del Val, J. (2011). Calambre del escribiente. Recuperado el 30 de agosto de 2011 de: <http://www.distonia-aragon.org/index.php/CALAMBRE-DEL-ESCRIBIENTE.html>
- Lorenzo, P. (2009, julio). Breve historia de la prensa escrita. *Revista médica de arte y cultura*. México D.F., p. 7. Recuperado el 9 de agosto de 2013 de: [http://www.percano.com.mx/RM\\_jul09.pdf](http://www.percano.com.mx/RM_jul09.pdf)
- Loyola, I. (2013). *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Recuperado el 17 de julio de 2013 de: [http://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1491-1556\\_Ignatius\\_Loyola\\_Constituciones\\_de\\_la\\_Compania\\_de\\_Jesus\\_ES.pdf](http://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1491-1556_Ignatius_Loyola_Constituciones_de_la_Compania_de_Jesus_ES.pdf)
- Lozano, J. T. (2012). Discurso que ha de pronunciar en la apertura del serenísimo Colegio Electoral de Cundinamarca el C. Jorge Tadeo Lozano, Brigadier de ejército, y Representante del Distrito de Chocontá. Año de 1813. *El Constitucionalismo Revolucionario 1809 – 1815*. Tomo 2, (15). Bucaramanga, Colombia: Universidad Industrial de Santander – Dirección Cultural, Colección Bicentenario. Recuperado el 20 de febrero de 2013 de: <http://cultural.uis.edu.co/files/BICENTENERIO%20%20libro%203-2%20isidro%20%202012.pdf>
- (1808, 15 de mayo). Conclusión del apéndice. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (20), pp. 187 – 188. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr20.pdf>
  - (1808, 17 de abril). Continuación del número anterior. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (16), p. 154. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr16.pdf>
- Lozano, J.T. y Azuola, J.L. (1801, 17 de noviembre). Concluye el discurso del Número anterior. *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (40), p. 158. Recuperado el 9 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo40.pdf>
- (1801, 10 de noviembre). Sobre lo útil que sería en este Reyno el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (39), pp. 153 – 155. Recuperado el 9 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo39.pdf>

- (1801, 3 de noviembre). Concluye el Calendario Rural, meses de setiembre, octubre y noviembre. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (38), p. 151. Recuperado el 16 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo38.pdf>
- (1801, 13 de octubre). (Continúa el Calendario Rural,) sobre los tratados de campo en los meses de Diciembre, Enero y Febrero. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil, de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (35), p. 137 y 139. Recuperado el 16 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo35.pdf>
- (1801, 6 de octubre). Continúa el Calendario Rural. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (34), p. 135. Recuperado el 16 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo34.pdf>
- (1801, 29 de septiembre). Discurso sobre el Calendario Rural del Nuevo Reyno. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (33), p. 131. Recuperado el 16 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo33.pdf>
- (1801, 23 de junio). Del cultivo de Trigo. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (19), pp. 73 – 74. Recuperado el 16 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo19.pdf>
- (1801, 5 de mayo). Carta Crítica. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (12), p. 46. Recuperado el 12 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo12.pdf>
- (1801, 14 de abril). Historia Natural: Duración, y tabla de probabilidades de la vida humana. *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (9), pp. 34 – 35. Recuperado el 12 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo9.pdf>
- (1801, 7 de abril). Carta de un Duende. *Correo Curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (8), p. 30. Recuperado el 10 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo8.pdf>

- (1801, 31 de marzo). Noticias sueltas. *Correo, curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (7), p. 28. Recuperado el 9 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo8.pdf>
  - (1801, 24 de marzo). Conclusión del padrón de Santafé. *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (6), p. 22. Recuperado el 1° de febrero de 2013 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo6.pdf>
  - (1801, 10 de marzo). Conversación I. de Monserrate, y Guadalupe. *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (4), p. 15. Recuperado el 10 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo4.pdf>
  - (1801, 17 de febrero). Prospecto. *Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá, (1), p. 2. Recuperado el 7 de agosto de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/correo-curioso/correo1.pdf>
- Lozano Miralles, H. (2005). La carpeta olvidada. En Eco, U. *La misteriosa llama de la reina Loana*. Bogotá D.C., Colombia: Lumen., pp. 487 – 492.
- Lucerna, M. (2005). Consecuencias del trasvase: agricultura-mundo y deterioro Ambiental. *Las transferencias agrícolas del mediterráneo a América, s. XVI al XVIII: imperialismo verde y formación de la agricultura mestiza iberoamericana*. Recuperado el 28 de mayo de 2010 de: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/lucena/transfera/transfera9.htm>
- (2005b). El fracaso de la agricultura y la adaptación al trópico. *Las transferencias agrícolas del mediterráneo a América, s. XVI al XVIII: imperialismo verde y formación de la agricultura mestiza iberoamericana*. Recuperado el 28 de mayo de 2010 de: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/lucena/transfera/transfera5.htm>
  - (2005c). El maíz entre las grandes culturas de América. Capítulo I. Recuperado el 28 de mayo de 2010 de: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/lucena/zeamayz/zeamayz3b.htm>
  - (2005d). La primera invasión agrícola: las islas atlánticas. *Las transferencias agrícolas del mediterráneo a América, s. XVI al XVIII: imperialismo verde y formación de la agricultura mestiza iberoamericana*. Recuperado el 28 de mayo de 2010 de: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/lucena/transfera/transfera3.htm>
- Magi, G. (dir.). (2009). *Egipto*. Florencia, Italia: Bonechi. Recuperado el 25 de junio de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=EBxTM\\_1-](http://books.google.com.co/books?id=EBxTM_1-)

- [XaIC&pg=PA32&dq=la+agricultura%2Bantiguo+egipto%2Btrabajo+importante&hl=es&sa=X&ei=wfbJUZvcAobW9QTW4IDwDQ&ved=0CFsQ6AEwCQ#v=onepage&q=la%20agricultura%20Bantiguo%20egipto%20Btrabajo%20importante&f=false](http://www.nationalgeographic.com.es/2011/06/01/nacimiento_religion.html)
- Mann, C. (2011, junio). Göbekli Tepe. El nacimiento de la Religión. Revista *National Geographic España*, p. 3. Recuperado el 17 de junio de 2013 de: [http://www.nationalgeographic.com.es/2011/06/01/nacimiento\\_religion.html](http://www.nationalgeographic.com.es/2011/06/01/nacimiento_religion.html)
- Margulis, L. (2003). *Una revolución en la evolución*. Valencia, España: Universidad de Valencia. Recuperado el 25 de junio de 2013 de: <http://fierasysabandijas.galeon.com/enlaces/libros/revoevo.pdf>
- Mariana, J. de (1853). *Historia general de España*. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig. Recuperado el 16 de marzo de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=ee-VKHw0ITEC&pg=PA303&dq=eco+de+padilla%2Bespa%C3%B1a%2Bliberal&hl=es&sa=X&ei=WkxxT\\_znA8Xqggfdkcle&ved=0CEQQ6AEwBQ#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ee-VKHw0ITEC&pg=PA303&dq=eco+de+padilla%2Bespa%C3%B1a%2Bliberal&hl=es&sa=X&ei=WkxxT_znA8Xqggfdkcle&ved=0CEQQ6AEwBQ#v=onepage&q&f=false)
- Marrero, J. (2011). La década de 1820: Nuevos aires liberales (6). *El Periodismo en Cuba. La Colonia*. Recuperado el 3 de abril de 2012 de: [http://www.cubaperiodistas.cu/libros\\_testimonios/periodismo\\_en\\_cuba07.htm](http://www.cubaperiodistas.cu/libros_testimonios/periodismo_en_cuba07.htm)
- Marroquín, A. M. (2012). De esmeraldas que crió... *Poesía Breve*. Recuperado el 28 de marzo de 2012 de: <http://www.poesiabreve.com/andresmarroquin.html>
- Mejía Pavony, G. R. (2000). *Los años del cambio, historia urbana de Bogotá 1820 – 1910*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e historia, CEJA. Recuperado el 20 de febrero de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=rh0HBY-UI0oC&pg=PA40&lpg=PA40&dq=Los+a%C3%B1os+del+cambio:+historia+urbana%2Bcultivo&source=bl&ots=Udxz\\_vgaLm&sig=dB\\_2v3U0SZbq83FX8O8m2bcU1Mw&hl=es&ei=zChwTtWsPIegtwe2iOWDCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=1&ved=0CBsQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=rh0HBY-UI0oC&pg=PA40&lpg=PA40&dq=Los+a%C3%B1os+del+cambio:+historia+urbana%2Bcultivo&source=bl&ots=Udxz_vgaLm&sig=dB_2v3U0SZbq83FX8O8m2bcU1Mw&hl=es&ei=zChwTtWsPIegtwe2iOWDCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CBsQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false)
- Mejía, G. y Perdomo, M.I. (comp.). (1990). *Causas y memorias de los conjurados del 25 de septiembre de 1828*. Bogotá: Fundación para la conmemoración del bicentenario del natalicio y el sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander, Biblioteca Presidencia de la República. Recuperado el 17 de abril de 2012 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/4681/1044/CAUSAS\\_Y\\_MEMORIAS\\_DE\\_LOS\\_CONJURADOS\\_DEL\\_25\\_DE\\_SEPTIEMBRE\\_DE\\_1828.html#1c](http://www.bdigital.unal.edu.co/4681/1044/CAUSAS_Y_MEMORIAS_DE_LOS_CONJURADOS_DEL_25_DE_SEPTIEMBRE_DE_1828.html#1c)
- Melo, J.O. (comp.). (2004). Los partidos en Colombia, estudio histórico-político. Capítulo II. *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Subdirección de

- comunicaciones culturales. Recuperado el 16 de enero de 2012 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/politica/origcol/cap2.htm>
- (2004b). Los partidos en Colombia, estudio histórico-político. Capítulo III. *Orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Subdirección de comunicaciones culturales. Recuperado el 16 de enero de 2012 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/politica/origcol/cap3.htm>
- Melo, L. A.; Ramos, J. E. y Hernández, P. O. (2014). La educación superior en Colombia: Situación actual y análisis de eficiencia. *Borradores de Economía*. Bogotá D.C.: Banco de la República de Colombia. Núm. 808. Recuperado el 13 de agosto de 2014 de:  
[http://www.banrep.gov.co/docum/Lectura\\_finanzas/pdf/be\\_808.pdf](http://www.banrep.gov.co/docum/Lectura_finanzas/pdf/be_808.pdf)
- Millet, J. F. (2006). *El Ángelus*. [Pintura]. Museo d'Orsay. Recuperado el 10 de junio de 2013 de:  
[http://www.musee-orsay.fr/index.php?id=851&L=3&tx\\_commentaire\\_pi%5BshowUid%5D=339&no\\_cache=1](http://www.musee-orsay.fr/index.php?id=851&L=3&tx_commentaire_pi%5BshowUid%5D=339&no_cache=1)
- Miscelanea de comercio, artes y literatura*. (1819, 1º de octubre). Prospecto. Madrid, pp. 2 – 3. Recuperado el 20 de enero de 2014 de:  
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003966680&search=&lang=es>
- Mollien, G.T. (2005). *El viaje de Gaspard-Théodore Mollien por la República de Colombia en 1823*. Cap. X. Recuperado el 22 de septiembre de 2010 de:  
<http://lablaa.org/blaavirtual/historia/vireco/vireco24.htm>
- Montiel Longhi, L. (1995). *Organización, función y ecología en los seres vivos*. San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED). Recuperado el 1º de diciembre de 2010 de:  
[http://books.google.com.co/books?id=ZPmnu1g172YC&pg=PA5&dq=el+ciclo+del+nitr%C3%B3geno&hl=es&ei=bsX2TNejEsWqlAfZgsG\\_BQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CEwQ6AEwCA#v=onepage&q=el%20ciclo%20del%20nitr%C3%B3geno&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ZPmnu1g172YC&pg=PA5&dq=el+ciclo+del+nitr%C3%B3geno&hl=es&ei=bsX2TNejEsWqlAfZgsG_BQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CEwQ6AEwCA#v=onepage&q=el%20ciclo%20del%20nitr%C3%B3geno&f=false)
- Monsalve, J.D. (1916). *El ideal político del Libertador Simón Bolívar*. Madrid, España: América. Recuperado el 14 de noviembre de 2011 de: <http://archive.org/details/elidealpolitico2mons>
- Morales Benítez, O. (2004). Cartago: su panorámica en la historia colombiana y su importancia como centro de la comarca 2: La inteligencia. *Teoría y aplicación de las historias locales y regionales*. Universidad de Caldas. Recuperado el 21 de enero de 2012 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/sociologia/histlocal/histlocal6c.htm>
- Moreno de Ángel, P. (1989). *Santander*. Bogotá: Planeta.

- Moreno Casasola, P. (1996). La civilización y las semillas. *Vida y obra de granos y semillas. Cap. 11*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. Recuperado el 14 de noviembre de 2010 de: [http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/ciencia/volumen3/ciencia3/146/hm/sec\\_13.htm](http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/ciencia/volumen3/ciencia3/146/hm/sec_13.htm)
- Mozart, W.A. (2008). Lacrimosa. En Coro de la Ópera de Viena y Orquesta Sinfónica de Viena, Karl Böhm (dir.). *Misa de Réquiem en D menor, K626*. Parte 8. Recuperado el 15 de febrero de 2012 de: <http://www.youtube.com/watch?v=G-kJVmEWWV8>
- Mustafá, A. (1998, noviembre). La alternancia, una experiencia que hace escuela. *Servicio Informativo Iberoamericano*. Buenos Aires, Argentina: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OIE). Recuperado el 18 de agosto de 2014 de: <http://www.oei.org.co/sii/entrega5/art01.htm>
- Mutis y Bosio, J.C. (2010). Discurso preliminar pronunciado en la apertura del curso de matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Fragmentos), 1762. *Historia Hoy, Ciencia y la Expedición Botánica en la independencia*, ( pp. 65 – 68). Bogotá D.C.: Ministerio de Educación Nacional, Colección Bicentenario. Recuperado el 31 de julio de 2013 de: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229\\_botanica.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229_botanica.pdf)
- Nieto, M. (2008). Carlos Linneo y su sistema sexual: “El secreto plan del trabajo del creador”. *Historia natural y política: Conocimientos y representaciones de la naturaleza americana*. Bogotá D.C. Recuperado el 26 de junio de 2013 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/historia-natural-politica/hnp-09.html>
- Nieto Olarte, M. (2011). *Orden natural y orden social, ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Servicios integrales de edición Távara. Recuperado el 15 de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=USfd2-FKZBcC&pg=PA49&dq=suscriptores%2Bdiario+de+lima&hl=es&ei=B7BATuTXMoqgtwf2jPm6CQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEEQ6AEwBg#v=onepage&q=suscriptores%20diario%20de%20lima&f=false](http://books.google.com.co/books?id=USfd2-FKZBcC&pg=PA49&dq=suscriptores%2Bdiario+de+lima&hl=es&ei=B7BATuTXMoqgtwf2jPm6CQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEEQ6AEwBg#v=onepage&q=suscriptores%20diario%20de%20lima&f=false)
- Nipho, F.M. (1779). Nota segunda. *El Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa*. Tomo 2, (pp. 210 – 211). Madrid: Imprenta de Miguel Escribano. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de: <http://digibug.ugr.es/handle/10481/8788>
- (1779b). Correspondencia que guardan entre sí Artes, Agricultura, Comercio y Ciencias. *El Estafeta de Londres y extracto del Correo General de Europa*. Tomo 2, (pp. 210 – 211). Madrid: Imprenta de Miguel Escribano. Recuperado el 28 de agosto de 2012 de: <http://digibug.ugr.es/handle/10481/8788>

- (1779c). Carta XVI. En que se lamenta el autor de esta obra de la negligencia de los Propietarios, y Ecónomos de España en no procurar el adelantamiento de la Agricultura. *El Estafeta de Londres y extracto del Correo General de Europa*. Tomo 2, (pp. 188 – 189). Madrid: Imprenta de Miguel Escribano. Recuperado el 18 de febrero de 2013 de: <http://digibug.ugr.es/handle/10481/8788>
  - (1758, 1° de febrero). *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial público y económico*. Madrid: Imprenta del Diario, (1). Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002567493&page=25&search=curioso%2C+erudito%2C+comercial+p%C3%BAblico+y+econ%C3%B3mico&lang=es>
- Nuwer, R. (2014, 4 de abril). Lo alimentos que están en peligro de extinción. *BBC Mundo*. Londres. Recuperado el 20 de junio de 2014 de: [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/04/140403\\_ciencia\\_alimentos\\_mas\\_amenazados\\_np.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/04/140403_ciencia_alimentos_mas_amenazados_np.shtml)
- Núñez Sánchez, J. (2008). Junta soberana de Quito (1809): Primer gobierno autónomo de Hispanoamérica. *Cuadernos Americanos*, (124), pp. 43 – 62. Recuperado el 21 de octubre de 2012 de: <http://www.cialc.unam.mx/cuadamer/textos/ca124-43.pdf>
- Obando, J.M. (1842). *Apuntamientos para la historia ó sea manifestacion que el general José María Obando hace a sus contemporáneos y a la posteridad, del origen, motivos, curso y progreso de la persecucion que ha sufrido y de los siguientes trastornos politicos de la Nueva Granada durante las administraciones intrusas principadas en marzo de 1837*. Lima: Imprenta del Comercio. Recuperado el 14 de noviembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=pTnBFHmSQycC&pg=PA67&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFkQ6AEwCO#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false](http://books.google.com.co/books?id=pTnBFHmSQycC&pg=PA67&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFkQ6AEwCO#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false)
- Ocampo López, J. (2012). Castillo y Rada, José María del. *Biografías. Gran Enciclopedia de Colombia*. Círculo de Lectores. Recuperado el 17 de febrero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/castjose.htm>
- (2010). *El Cura Juan Fernández de Sotomayor y Picón y los catecismos de la independencia*. Bogotá: Universidad del Rosario. Recuperado el 12 de abril de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=DcvqZq\\_99LoC&pg=PA46&dq=mutis%2Bjos%C3%A9+luis+azuola&hl=es&ei=zu-kTf6yHa2N0QGF6c3yCA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CD4Q6AEwBjgU#v=onepage&q=mutis%20jos%C3%A9%20luis%20azuola&f=false](http://books.google.com.co/books?id=DcvqZq_99LoC&pg=PA46&dq=mutis%2Bjos%C3%A9+luis+azuola&hl=es&ei=zu-kTf6yHa2N0QGF6c3yCA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CD4Q6AEwBjgU#v=onepage&q=mutis%20jos%C3%A9%20luis%20azuola&f=false)

- (1993, septiembre). José Ignacio de Márquez, el civilista. Revista *Credencial Historia*, (45). Bogotá. Recuperado el 3 de abril de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/marqjose.htm>
- Olmedo, G. (2009). *Historia Económica*. El Cid. Recuperado el 12 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10327875&p00=jenofonte>
- Opi Santa Cruz. (2004). Día del Periodista Agropecuario. Recuperado el 5 de febrero de 2010 de: <http://www.opisantaacruz.com.ar/2007/Agosto/31/diahoy/DIA/DEL/PERIODISTA>
- Oquendo, C. (2013, 19 de noviembre). “Es el mejor momento para ser periodista”. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes saber, p. 7.
- (2011, 9 de Septiembre). El científico que tuvo la fortuna de la escasez. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes saber, p. 24.
- Organización de Estados Americanos (OEA). (1972). *Organización y administración de la investigación agrícola*. Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA). Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=NcFhAAAIAAJ&pg=PA25&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=TlfxTNfoI8-p8AaJ6\\_C3Cg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDwQ6AEwBTgo#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=NcFhAAAIAAJ&pg=PA25&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=TlfxTNfoI8-p8AaJ6_C3Cg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CDwQ6AEwBTgo#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false)
- Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2014, 12 de junio). La protección social es indispensable para erradicar el trabajo infantil. *Comunicado de Prensa*. Ginebra, Suiza. Recuperado el 18 de agosto de 2014 de: [http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/media-centre/press-releases/WCMS\\_246303/lang--es/index.htm](http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/media-centre/press-releases/WCMS_246303/lang--es/index.htm)
- Ortiz Rodríguez, A. P. (2003). *Reformas Borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas 1750 – 1816*. Bogotá D.C.: Universidad del Rosario. Recuperado el 22 de septiembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=LXWwrfQsmfEC&pg=PA78&dq=tertulia+del+buen+gusto&hl=es&ei=XbqATrTgFMe3twel6JnPCQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDOQ6AEwAjk#v=onepage&q=tertulia%20del%20buen%20gusto&f=false](http://books.google.com.co/books?id=LXWwrfQsmfEC&pg=PA78&dq=tertulia+del+buen+gusto&hl=es&ei=XbqATrTgFMe3twel6JnPCQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDOQ6AEwAjk#v=onepage&q=tertulia%20del%20buen%20gusto&f=false)
- Ortiz, S. (2005, agosto). Santa Bárbara: Una tradición arrasada. *Ciudad Viva*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Recuperado el 22 de marzo de 2012 de: <http://www.ciudadviva.gov.co/agosto05/magazine/7/>
- Ortiz, V. (1855). *Historia de la revolución del 17 de abril de 1854*. Bogotá: Imprenta de Francisco Torres Amaya. Recuperado el 17 de enero de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=KHizAQAAIAAJ&pg=PA5&dq=progresistas%2Bretr%C3>

<http://www.revistadiners.com.co/nuevo/interna.php?idn=340&idm=4>

Ospina, W. (2010, junio). Este verde poema hoja por hoja. *Revista Diners*, (483). Recuperado el 21 de junio de 2010 de: <http://www.revistadiners.com.co/nuevo/interna.php?idn=340&idm=4>

Pacheco, J.G. (2007). *Agricultura, modernización y ciencias agrícolas en Venezuela. De la ilustración Borbónica a los ilustrados del gomecismo 1770 – 1935*. Venezuela: Universidad Central de Venezuela - Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Recuperado el 26 de noviembre de 2010 de:

[http://books.google.com.co/books?id=ZqYoGNiXZFsC&pg=PA39&dq=la+ilustraci%C3%B3n+escoesca%2Bagricultura&hl=es&ei=w-TuTMejKMmr8AblIznaDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CEsQ6AEwCA#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ZqYoGNiXZFsC&pg=PA39&dq=la+ilustraci%C3%B3n+escoesca%2Bagricultura&hl=es&ei=w-TuTMejKMmr8AblIznaDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CEsQ6AEwCA#v=onepage&q&f=false)

Pacheco, J.M. (2013). *Historia de la Compañía de Jesús en Colombia hasta 1977*. Bogotá, Colombia: Compañía de Jesús. Recuperado el 17 de julio de 2013 de: <http://www.jesuitas.org.co/documentos/30.pdf>

- (1984). *Ciencia, filosofía y educación en Colombia (Siglo XVIII)*. Bogotá: Ecoe.
- (1975). *La Ilustración en el Nuevo Reino*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. Recuperado el 9 de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=pTIM\\_phT1N0C&pg=PA85&dq=p%C3%A1rrocos%2Bsemanario+de+agricultura%2Brecomendaba&hl=es&ei=LftBTpffK8W\\_tgfswrCzCQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDMQ6AEwAg#v=onepage&q=p%C3%A1rrocos%20semanario%20de%20agricultura%20recomendaba&f=false](http://books.google.com.co/books?id=pTIM_phT1N0C&pg=PA85&dq=p%C3%A1rrocos%2Bsemanario+de+agricultura%2Brecomendaba&hl=es&ei=LftBTpffK8W_tgfswrCzCQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDMQ6AEwAg#v=onepage&q=p%C3%A1rrocos%20semanario%20de%20agricultura%20recomendaba&f=false)

Páez, J.A. (1829, 7 de febrero). *Manifiesto que hace á los colombianos del norte José Antonio Páez, Gefé Superior Civil y Militar de Venezuela*. Caracas: Imprenta de Valentín Espinal.

Páez Morales, G. (2006). *Familia, infancia y sociedad en la colonia neogranadina*. Bogotá: Universidad Santo Tomás. Recuperado el 2 de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=knXw8z\\_LWLUC&pg=PA119&dq=curas+santaf%C3%A9%2B1795&hl=es&ei=HUM3TozeE5OjtgfL-dj\\_Ag&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=6&ved=0CD0Q6AEwBTgo#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=knXw8z_LWLUC&pg=PA119&dq=curas+santaf%C3%A9%2B1795&hl=es&ei=HUM3TozeE5OjtgfL-dj_Ag&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CD0Q6AEwBTgo#v=onepage&q&f=false)

Padilla de Zerdán, C. (2005). Argumentación en el discurso académico escrito del español. En Vázquez, G., (coord.). *Español con fines académicos: de la comprensión a la producción de textos*, (pp. 113 – 152). Madrid, España: Edinumen. Recuperado el 25 de julio de 2013 de:

[http://books.google.com.co/books?id=PB4Bed3N\\_oMC&pg=PA118&dq=el+discurso+expositivo+es&hl=es&sa=X&ei=8K7xUZP-LYP28gSgjIB4&ved=0CF0Q6AEwCQ#v=onepage&q=el%20discurso%20expositivo%20es&f=false](http://books.google.com.co/books?id=PB4Bed3N_oMC&pg=PA118&dq=el+discurso+expositivo+es&hl=es&sa=X&ei=8K7xUZP-LYP28gSgjIB4&ved=0CF0Q6AEwCQ#v=onepage&q=el%20discurso%20expositivo%20es&f=false)

Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia: País fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Norma. Recuperado el 14 de julio de 2011 de:

[http://books.google.com.co/books?id=ETH7T9ax6ekC&pg=PA176&lpg=PA176&dq=juicio+a+nari%C3%B1o&source=bl&ots=ZogoVYCZeV&sig=Q3Vs8TlugTqY-pv3KsZOO\\_oafho&hl=es&ei=9UQeToLmC-630AHcmK3SAw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDEQ6AEwAw#v=onepage&q=juicio%20a%20nari%C3%B1o&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ETH7T9ax6ekC&pg=PA176&lpg=PA176&dq=juicio+a+nari%C3%B1o&source=bl&ots=ZogoVYCZeV&sig=Q3Vs8TlugTqY-pv3KsZOO_oafho&hl=es&ei=9UQeToLmC-630AHcmK3SAw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDEQ6AEwAw#v=onepage&q=juicio%20a%20nari%C3%B1o&f=false)

*Paleoramanoticias* (2012, 22 de junio). Resuelto el misterio de la somesticación del caballo. *Wordpress.com*. Recuperado el 2 de junio de 2013 de:

<http://paleorama.wordpress.com/2012/06/22/resuelto-el-misterio-de-la-domesticacion-del-caballo/>

Palmer, J. (2009, 1° de junio). “Oldest pottery” found in China. *BBC News*, UK. Recuperado el 27 de mayo de 2013 de: <http://news.bbc.co.uk/2/hi/science/nature/8077168.stm>

*Papel Periódico Ilustrado*. (1885, 20 de febrero). Rufino Cuervo. Bogotá: Imprenta Silvestre y Cía, 4, (85), p. 202. Recuperado el 2 de junio de 2013 de:

[http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v4/v4\\_85.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v4/v4_85.pdf)

– (1881, 28 de octubre). Máximas y pensamientos de Bolívar. Bogotá: Imprenta Silvestre y Cía, 1, (4), p. 59 y 63. Recuperado el 11 de febrero de 2012 de:

[http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v1/v1\\_04.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v1/v1_04.pdf)

Parmentier, A.A. (1791, 24 de junio). Las sementeras. *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Real, (20), p. 169. Recuperado el 17 de agosto de 2011 de:

[http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20Periodico\\_no20\\_baja.pdf](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20Periodico_no20_baja.pdf)

Patiño Rodríguez, V.M. (2002). Esbozo histórico agropecuario del periodo republicano en Colombia. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

– (1990). Nuevos renglones comerciales procedentes de América. *Historia de la cultura material en la América equinoccial*. Tomo 6, cap. XXIII. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. Recuperado el 24 de julio de 2011 de:

[http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/equinoccial\\_6\\_comercio/capitu23.htm](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/equinoccial_6_comercio/capitu23.htm)

“Patriotas fusilados por Morillo y Sámano”. (2011). En *Correspondencia de Morillo 1815 -1816*. Bicentenario de las Américas. Archivo Restrepo. Recuperado el 13 de septiembre de 2011 de:

[http://www.bicentariodelasamericas.org/index.php?option=com\\_content&view=article&id=364:patriotas-fusilados-por-morillo-y-samano&catid=258:emancipacion&Itemid=294](http://www.bicentariodelasamericas.org/index.php?option=com_content&view=article&id=364:patriotas-fusilados-por-morillo-y-samano&catid=258:emancipacion&Itemid=294)

Pelaio, G. (2011). Definición Arquitectura Sostenible: Luis de Garrido. *Círculo Verde*. Recuperado el 20 de mayo de 2013 de:

[http://www.circuloverde.com.mx/es/cont/calentamiento\\_global/Definici\\_n\\_Arquitectura\\_Sostenible\\_Luis\\_de\\_Garrido.shtml](http://www.circuloverde.com.mx/es/cont/calentamiento_global/Definici_n_Arquitectura_Sostenible_Luis_de_Garrido.shtml)

Peña C., A. (1993). Racionalidad occidental y racionalidad andina. *Cuadernos de investigación en cultura y tecnología*. Lima: Universidad de San Marcos, (2). Recuperado el 8 de noviembre de 2010 de:

[http://www.iecta.cl/biblioteca/cuadernos/html/cuaderno\\_2.htm](http://www.iecta.cl/biblioteca/cuadernos/html/cuaderno_2.htm)

Pérez, F. (1883). Situación Astronómica / División territorial. *Geografía general física y política de los Estados Unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad de Bogotá*. Cap. 2, (pp. 236 – 298). Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos. Recuperado el 18 de octubre de 2012 de:

[http://www.bdigital.unal.edu.co/5722/19/07\\_Cap02\\_Pte3.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/5722/19/07_Cap02_Pte3.pdf)

<http://www.bdigital.unal.edu.co/5722/>

Pérez Ramírez, G. (2008). *Del Vesubio al Cotopaxi: Historia memorable*. Vol. VII. Quito: Academia Nacional de Historia del Ecuador, Colección Centenario, Abya-Yala. Recuperado el 30 de noviembre de 2011 de:

[http://books.google.com.co/books?id=FhH-9aUCmw4C&pg=PA42&dq=boussingault&hl=es&ei=uHb1TOXXD4Wdlgf-qKGSBg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CC8Q6AEwAzge#v=onepage&q=boussingault&f=false](http://books.google.com.co/books?id=FhH-9aUCmw4C&pg=PA42&dq=boussingault&hl=es&ei=uHb1TOXXD4Wdlgf-qKGSBg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&ved=0CC8Q6AEwAzge#v=onepage&q=boussingault&f=false)

Philippe, V. (2010). Etimología de Pecuario. Recuperado el 24 de mayo de 2010 de:

<http://etimologias.dechile.net/?pecuario>

*Phys.org*. (2012, 27 de marzo). DNA traces cattle back a small herd domesticated around 10.500 years ago. Recuperado el 2 de junio de 2013 de:

<http://phys.org/news/2012-03-dna-cattle-small-herd-domesticated.html>

Pieper, R. (2005). México en los medios de comunicación del Sacro Imperio (siglo XVI). En Torales Pacheco, M. C. (coord.). *Alemania y México. Percepciones mutuas en impresos, siglos XVI – XVIII*, (pp. 55 – 82). México: Universidad Iberoamericana. Recuperado el 12 de agosto de 2013 de:

<http://books.google.com.co/books?id=XF7E3geYRhUC&pg=PA65&lpg=PA65&dq=los+messrelationen&source=bl&ots=nSdfflZZJS&sig=FaP5DMjt372NFxLpR-0A2lRidOs&hl=es&sa=X&ei=2gMLUvWLA7Lw2gWZmYCYCA&ved=0CEQQ6AEwBDgU#v=onepage&q=los%20messrelationen&f=false>

- Piñero, D. (2004). La tradición de los hibridólogos en los siglos XVIII y XIX. La teoría celular y su influencia en el nacimiento de la biología. En Barahona, A., Suárez, E. y Martínez, S. (comps.). *Filosofía e historia de la biología*, (pp. 367 – 378). México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias. 2ª ed. Recuperado el 15 de julio de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=vnzgLosEWwsC&pg=PA369&dq=1759%2Blinneo&hl=es&sa=X&ei=FRfnUZzuJZLY9AT82YDgCA&ved=0CDIQ6AEwATgK#v=onepage&q=1759%2Blinneo&f=false>
- Polo Acuña, J. y Solano, S.P. (eds.). (2011). *Labores ganaderas en el Caribe colombiano, 1850-1950. Historia social del Caribe colombiano*. Recuperado el 18 de noviembre de 2012 de: [http://works.bepress.com/cgi/viewcontent.cgi?article=1012&context=shawn\\_van\\_ausdal&sei-redir=1&referer=http%3A%2F%2Fwww.google.com.co%2Furl%3Fsa%3Dt%26rct%3Dj%26q%3Dcarbunco%2520bacteridiano%2520ganado%2520colombia%2520siglo%2520xix%26source%3Dweb%26cd%3D9%26ved%3D0CF4QFjAI%26url%3Dhttp%253A%252F%252Fworks.bepress.com%252Fcgi%252Fviewcontent.cgi%253Farticle%253D1012%2526context%253Dshawn\\_van\\_ausdal%26ei%3Du2yuUMHFC5Po9gTW4YHABQ%26usg%3DAFQjCNEOqHDUo-acLNgFLrpvDj5r9DMqgg#search=%22carbunco%20bacteridiano%20ganado%20colombia%20siglo%20xix%22](http://works.bepress.com/cgi/viewcontent.cgi?article=1012&context=shawn_van_ausdal&sei-redir=1&referer=http%3A%2F%2Fwww.google.com.co%2Furl%3Fsa%3Dt%26rct%3Dj%26q%3Dcarbunco%2520bacteridiano%2520ganado%2520colombia%2520siglo%2520xix%26source%3Dweb%26cd%3D9%26ved%3D0CF4QFjAI%26url%3Dhttp%253A%252F%252Fworks.bepress.com%252Fcgi%252Fviewcontent.cgi%253Farticle%253D1012%2526context%253Dshawn_van_ausdal%26ei%3Du2yuUMHFC5Po9gTW4YHABQ%26usg%3DAFQjCNEOqHDUo-acLNgFLrpvDj5r9DMqgg#search=%22carbunco%20bacteridiano%20ganado%20colombia%20siglo%20xix%22)
- Pombo, L. de (1941). *Francisco José de Caldas, estudios varios precedidos de la biografía del sabio*. Bogotá D.C.: Biblioteca del Maestro, Ministerio de Educación Nacional, Imprenta Nacional.
- Posada, E. (1909). *Obras de Caldas*. Bogotá: Academia de Historia.
- Posada Gutiérrez, J. (1865). *Memorias Histórico Políticas*. Cap. 37. Bogotá: Imprenta Focion Mantilla. Recuperado el 9 de enero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/memhist/mem36a.htm>
- Programa de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). (2014). *Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe 2013*. Roma: FAO. Recuperado el 7 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/docrep/019/i3520s/i3520s.pdf>
- (2014b). El papel de la FAO en las inversiones en agricultura. Recuperado el 18 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/investment-in-agriculture/es/>
  - (2014, 21 de mayo). Plantar una semilla, cultivar un huerto, ¡cambiar una vida! Recuperado el 8 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/zhc/detail-events/es/c/232192/>
  - (2014, 11 de abril). Aumentan las emisiones de gases de efecto invernadero de la agricultura. *Noticias FAO*. FAO. Recuperado el 18 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/218907/icode/>

- (2013, 22 de noviembre). Lanzamiento del Año Internacional de la Agricultura Familiar 2014. *Noticias FAO*. FAO. Recuperado el 18 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/207559/icode/>
- (2013). Seguimiento del mercado del arroz: Enero de 2013. Recuperado el 14 de noviembre de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/017/aq144s/aq144s.pdf>
- (2013b). Los productos forestales son esenciales en la lucha contra el hambre, insectos incluidos. *Centro de Prensa FAO*. Roma: FAO. Recuperado el 20 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/175974/icode/>
- (2013c). Desarrollan tomates transgénicos que previenen enfermedades cardiovasculares. *AGRONoticias de América Latina y el Caribe*. Roma: FAO. Recuperado el 22 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/agronoticias/agro-noticias/detalle/es/c/167929/>
- (2013d). Alemania rechaza semillas de maíz contaminada por transgénicos importada desde Chile. *AGRONoticias de América Latina y el Caribe*. Roma: FAO. Recuperado el 22 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/agronoticias/agro-noticias/detalle/es/c/175928/>
- (2013e). Los bosques y el uso de la tierra. Roma: FAO. Recuperado el 8 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/resources/infographics/infographics-details/es/c/174206/>
- (2013f). Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación 2013. Roma: FAO. Recuperado el 7 de junio de 2014 de: <http://www.fao.org/docrep/018/i3300s/i3300s.pdf>
- (2012). *El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación*. Roma: FAO. Recuperado el 6 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/017/i3028s/i3028s.pdf>
- (2012b). *Pérdidas y desperdicios de alimentos en el mundo*. Roma: FAO. Recuperado el 14 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/016/i2697s/i2697s.pdf>
- (2012c). México autoriza el primer cultivo comercial de soja transgénica. *AGRONoticias de América Latina y el Caribe*. Roma: FAO. Recuperado el 22 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/agronoticias/agro-noticias/detalle/en/c/147630/>
- (2010). El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo. Recuperado el 21 de octubre de 2010 de: <http://www.fao.org/docrep/013/i1683s/i1683s.pdf>
- (2010b). La lucha contra el hambre y la pobreza. FAO. Informes de política /Departamento de desarrollo económico y social. Recuperado el 9 de octubre de 2010 de: [http://www.fao.org/economic/es-policybriefs/briefs-detail/es/?no\\_cache=1&uid=45052](http://www.fao.org/economic/es-policybriefs/briefs-detail/es/?no_cache=1&uid=45052)
- (2010c). 925 millones de personas sufren de hambre crónica en el mundo. Recuperado el 9 de Octubre de 2010 de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/45291/icode/>

- (2009). Lina Moreno de Uribe, primera dama de la nación, y Fanny Lu visitan proyecto Telefood de la FAO. Recuperado el 27 de septiembre de 2010 de:  
<http://www.nacionesunidas.org.co/?apc=i1-----&x=56943>
- (2009b). 2050: Es esencial una mayor inversión en investigación. Recuperado el 22 de septiembre de 2010 de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/35686/icode/>

Programa de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y Programa Mundial de Alimentos (PMA). (2013). *Estado de la inseguridad alimentaria en el mundo: Las múltiples dimensiones de la seguridad alimentaria*. Roma: FAO. Recuperado el 7 de junio de 2014 de:  
<http://www.fao.org/docrep/019/i3434s/i3434s.pdf>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2011). *Colombia Rural. Razones para la esperanza*. Bogotá D.C., Colombia: Informe nacional de desarrollo humano 2011 PNUD. Recuperado el 24 de abril de 2013 de:  
[http://pnudcolombia.org/indh2011/pdf/informe\\_completo\\_indh2011.pdf](http://pnudcolombia.org/indh2011/pdf/informe_completo_indh2011.pdf)

- (2011b). *Mujeres rurales: Gestoras de esperanza*. Bogotá D.C.: PNUD. Cuaderno del Informe de Desarrollo Humano Colombia 2011.

Programa Mundial de Alimentos, (PMA). (2014). Datos del hambre. Recuperado el 9 de junio de 2014 de: <http://es.wfp.org/hambre/datos-del-hambre>

Quesada Sanz, F. (2005). Carros en el antiguo Mediterráneo: De los orígenes a Roma. *Historia del carruaje en España*. Madrid: FCC – Cinterco. Recuperado el 2 de junio de 2013 de:  
<http://www.uam.es/proyectosinv/equus/carros%20FQuesada.pdf>

Ramírez, S. (2012, 5 de agosto). Consejos solicitados. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 12.

Ramírez Bacca, R. (2012). Trabajo y agro en Colombia. Historia de la consolidación socio-laboral y productiva del café. *Todos somos historia*. Recuperado el 10 de noviembre de 2011 de:  
[http://unal.academia.edu/RenzoRamirezBacca/Papers/251990/Trabajo\\_y\\_agro\\_en\\_Colombia.\\_Historia\\_de\\_la\\_consolidacion\\_socio-laboral\\_y\\_productiva\\_del\\_cafe](http://unal.academia.edu/RenzoRamirezBacca/Papers/251990/Trabajo_y_agro_en_Colombia._Historia_de_la_consolidacion_socio-laboral_y_productiva_del_cafe)

Ramírez López, G. (2008). Estudio de la leche. *Notas de Clase*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia, Facultad de Química Farmacéutica. Recuperado el 4 de abril de 2012 de:  
<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/lms/moodle/file.php/424/Lechesyderivados2008.pdf>

Rausch, J. M. (1997). Fronteras en crisis: La desintegración de las misiones en el extremo norte de México y en la Nueva Granada, 1821 – 1849. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 33, (41). Recuperado el 4 de octubre de 2012 de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti1/bol41/fronteras.htm>

Raven, P. H., Evert, R. F. y Eichhorn, S. E. (1992). *Biología de las plantas*. Vol. 2. Barcelona, España: Reverté. Recuperado el 3 de junio de 2013 de:

<http://books.google.com.co/books?id=xvNd3udrh1YC&pg=PA381&dq=agua%2Bsemilla&hl=es&sa=X&ei=TcmuUZbyHYvk9gShy4HADw&sqi=2&ved=0CC8Q6AEwAA#v=onepage&q=agua%20semilla&f=false>

Real Academia de la Lengua (RAE), (2014). Dictador, ra. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 15 de febrero de 2014 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=dictador>

- (2013). Memoria. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 25 de julio de 2013 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=memoria>
- (2011). Hipocondría. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 6 de septiembre de 2011 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=hipocondr%C3%ADa>
- (2010). Agropecuario, ria. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=agropecuario>
- (2010b). Agricultura. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=agricultura>
- (2010c). Cultura. *Diccionario de la Lengua Española* (DRAE). Recuperado el 24 de mayo de 2010 de: <http://lema.rae.es/drae/?val=cultura>

Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. (1816). *Estatutos de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*. Madrid: Imprenta de Sancha. Recuperado el 21 de Octubre de 2012 de:

[http://books.google.com.co/books?id=2HdbQu\\_QgeIC&printsec=frontcover&dq=estatutos%2Bsociedad+econ%C3%B3mica%2Bmadrid&hl=es&sa=X&ei=G-GJUNHdBo2Q8wTvvoGgDg&ved=0CCoQ6AEwAA#v=onepage&q=estatutos%2Bsociedad%20econ%C3%B3mica%2Bmadrid&f=false](http://books.google.com.co/books?id=2HdbQu_QgeIC&printsec=frontcover&dq=estatutos%2Bsociedad+econ%C3%B3mica%2Bmadrid&hl=es&sa=X&ei=G-GJUNHdBo2Q8wTvvoGgDg&ved=0CCoQ6AEwAA#v=onepage&q=estatutos%2Bsociedad%20econ%C3%B3mica%2Bmadrid&f=false)

Remedios Contreras, P. (1988). *Catálogo de la Colección Pablo Morillo, Conde de Cartagena. Vol. II*. Madrid: Real Academia de la Historia. Recuperado el 11 de enero de 2012 de:

[http://books.google.com.co/books?id=ohJPjaGKOk8C&pg=PA273&dq=pablo+morillo%2B95%2Bjustiniano+guti%C3%A9rrez&hl=es&sa=X&ei=YYAYT\\_WkJ4uGsgKusdTKCw&sqi=2&ved=0CDEQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ohJPjaGKOk8C&pg=PA273&dq=pablo+morillo%2B95%2Bjustiniano+guti%C3%A9rrez&hl=es&sa=X&ei=YYAYT_WkJ4uGsgKusdTKCw&sqi=2&ved=0CDEQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false)

“Reseña de la obra”. (2003). *Las convulsiones*. Bogotá: Fundación Editorial Epígrafe Ltda. Recuperado el 10 de julio de 2012 de:

[http://books.google.com.co/books?id=ftW3qXPZs34C&pg=PA11&lpg=PA11&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lleras&source=bl&ots=w7QfGBeJI2&sig=3rRc7w8uLAD3ZhE5VIXJLI7B8\\_c&hl=es&sa=X&ei=2hz-T4P8G-](http://books.google.com.co/books?id=ftW3qXPZs34C&pg=PA11&lpg=PA11&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lleras&source=bl&ots=w7QfGBeJI2&sig=3rRc7w8uLAD3ZhE5VIXJLI7B8_c&hl=es&sa=X&ei=2hz-T4P8G-)

[X30gGfvuGMBw&ved=0CEUQ6AEwBDge#v=onepage&q=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lleras&f=false](http://books.google.com.co/books?id=uHkwQC5RrJQC&pg=PA75&lpg=PA75&dq=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lleras&f=false)

Restrepo, G. (2002). *Peregrinación en pos de omega: sociología y sociedad en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 10 de julio de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=uHkwQC5RrJQC&pg=PA75&lpg=PA75&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lleras&source=bl&ots=94fLY\\_OQic&sig=0OroLrQ82xWMPHeJPsG0DKDjGeQ&hl=es&sa=X&ei=9xT-T8HOBKn20gGRg-jkBg&ved=0CGAQ6AEwCTgK#v=onepage&q=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lleras&f=false](http://books.google.com.co/books?id=uHkwQC5RrJQC&pg=PA75&lpg=PA75&dq=lorenzo+mar%C3%ADa+lleras&source=bl&ots=94fLY_OQic&sig=0OroLrQ82xWMPHeJPsG0DKDjGeQ&hl=es&sa=X&ei=9xT-T8HOBKn20gGRg-jkBg&ved=0CGAQ6AEwCTgK#v=onepage&q=lorenzo%20mar%C3%ADa%20lleras&f=false)

Restrepo, J.M. (1858). *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional*. Tomo I. Besanzon, Francia: Imprenta de José Jacquin. Recuperado el 8 de marzo de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=O5wVAAAAYAAJ&pg=PA38&dq=llegaron%20Bperi%C3%B3dicos+de+europa%20nueva+granada&hl=es&ei=kpCfTefdE4S5tgfB5eWGAW&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDQO6AEwAw#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=O5wVAAAAYAAJ&pg=PA38&dq=llegaron%20Bperi%C3%B3dicos+de+europa%20nueva+granada&hl=es&ei=kpCfTefdE4S5tgfB5eWGAW&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDQO6AEwAw#v=onepage&q&f=false)

- (1849). Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reyno de Granada. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. París: Lasserre. Recuperado el 13 de septiembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false](http://books.google.com.co/books?id=JKbVAAAAMAAJ&pg=PA1&dq=semanario+del+nuevo+reino+de+granada&hl=es&ei=e3VxTs3iLIybtwf058CLCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CD0Q6AEwBDgK#v=onepage&q=semanario%20del%20nuevo%20reino%20de%20granada&f=false)

- (1809, 12 de marzo). Continuación del discurso. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros, (10), pp. 73 – 80.

Restrepo Zea, E. (2004). Introducción. *La Universidad Nacional en el siglo XIX: Documentos para su historia*, (pp. 15 – 40). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales (CES), Facultad de Ciencias Humanas. Recuperado el 15 de agosto de 2012 de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1448/2/01PREL01.pdf>

Reuters. (2008, 26 de octubre). Humans made fire 790.000 years ago: study. Thomson Reuters. Recuperado el 29 de mayo de 2013 de: <http://www.reuters.com/article/2008/10/26/us-science-fire-idUSTRE49P23S20081026>

Rey Carlos III. (1767). *Pragmatica Sancion de su Magestad en fuerza de ley para el estrañamiento de estos Reynos á los Regulares de la Compañía, ocupacion de sus Temporalidades, y prohibicion de su restablecimiento en tiempo alguno, con las demás precauciones que expresa*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta. Recuperado el 19 de julio de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=PXHi0c1gxWgC&printsec=frontcover&dq=la+pragm%C3>

- [%A1tica+sanci%C3%B3n+de+1767&hl=es&sa=X&ei=IWjrUeKkEIy89gSTwYH4DQ&ved=0CD8Q6AEwAw#](#)
- Rischkowsky, B. y Pilling, D. (edits.). (2010). *La situación de los recursos zoogenéticos mundiales para la alimentación y la agricultura*. Roma: FAO. Recuperado el 30 de agosto de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/012/a1250s/a1250s.pdf>
- Rodríguez – Arenas, M. (2007). *Periódicos literarios y géneros narrativos menores: Fábula, anécdota y carta ficticia Colombia (1792 - 1850)*. Estados Unidos de Norteamérica: Biblioteca del Congreso, Stockcero. Recuperado el 26 de septiembre de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=ULKy4WfSi\\_QC&pg=PA16&lpg=PA16&dq=tertulia+del+observatorio+astron%C3%B3mico&source=bl&ots=TqCCRCqHMm&sig=uZc79BhGXoBahyyfiRJPiCDPIoI&hl=es&ei=wraATs6uNYi3tgnPbTQCQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFUQ6AEwCA#v=onepage&q=tertulia%20del%20observatorio%20astron%C3%B3mico&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ULKy4WfSi_QC&pg=PA16&lpg=PA16&dq=tertulia+del+observatorio+astron%C3%B3mico&source=bl&ots=TqCCRCqHMm&sig=uZc79BhGXoBahyyfiRJPiCDPIoI&hl=es&ei=wraATs6uNYi3tgnPbTQCQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=9&ved=0CFUQ6AEwCA#v=onepage&q=tertulia%20del%20observatorio%20astron%C3%B3mico&f=false), y [http://books.google.com.co/books?id=ULKy4WfSi\\_QC&pg=PA219&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEsQ6AEwBg#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ULKy4WfSi_QC&pg=PA219&dq=eco+del+tequendama&hl=es&ei=qv7CTrf6EJa-tgetuu2oDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEsQ6AEwBg#v=onepage&q=eco%20del%20tequendama&f=false)
- Rodríguez Rodríguez, R.; Tabares Rodríguez, J. y Medina San Juan, J.A. (2001). *Cultivo Moderno del tomate*. Madrid, España: Mundi-prensa Libros S.A. Recuperado el 4 de marzo de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=Ujmv3wMlrlMC&pg=PA181&lpg=PA181&dq=virus+del+mosaico+del+tabaco+en+tomate&source=bl&ots=R3sMgOoocb&sig=ikhmb2BR6PPlmGPYhg72pK4hdwQ&hl=es&sa=X&ei=6WeDT9KIApDUgAfi0PzGBw&ved=0CFwQ6AEwCTgK#v=onepage&q=virus%20del%20mosaico%20del%20tabaco%20en%20tomate&f=false>
- Romero Jaramillo, D. (1994, diciembre). Cimarronaje y palenques en la Provincia de Santa Marta. Revista *Huellas*. Barranquilla: Universidad del Norte., (42), pp. 33 – 43. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: <http://manglar.uninorte.edu.co/calamari/bitstream/10738/91/3/BDC277.pdf>
- Rosales, A. (2012, 31 de marzo). Muchas personas sufren de nomofobia, el miedo a separarse del celular. *ElTiempo.com*. Bogotá D.C. Recuperado el 10 de septiembre de 2012 de: [http://www.eltiempo.com/tecnologia/actualidad/ARTICULO-WEB-NEW\\_NOTA\\_INTERIOR-11474681.html](http://www.eltiempo.com/tecnologia/actualidad/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-11474681.html)
- Rosales, A. (2003). Historia-moralidad-progreso: apuntes sobre la actualidad filosófica de ilustración escocesa. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*. Universidad de Costa Rica. Recuperado el 24 de noviembre de 2010 de: <http://revistas.ucm.es/fsl/02112337/articulos/ASHF0303110079A.PDF>

- Rubio Rodríguez, D. (2009, 25 de agosto). Reseña histórica de la Catedral. *Catedral de San Miguel Arcángel – Guaduas*, [Blog de la Catedral de San Miguel Arcángel]. Centro de Historia de la Villa de Guaduas. Recuperado el 3 de enero de 2012 de: [http://catedralsanmiguelarcangel.blogspot.com/2009\\_08\\_01\\_archive.html](http://catedralsanmiguelarcangel.blogspot.com/2009_08_01_archive.html)
- Rueda, M.I. (2012, 30 de enero). ¿Qué va de observar pájaros a escribir novelas? *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 24.
- Rueda Enciso, J.E. (2010). El Dorado dentro de la tradición antropológica colombiana. En Zerda, L. *El Dorado*, (pp. 11 – 26). Bogotá D.C.: Editorial Universidad del Rosario, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario – Escuela de Ciencias Humanas, [estudio introductorio]. Recuperado el 31 de julio de 2013 de: [http://books.google.com.co/books?id=OfPuwG6NSs4C&pg=PA11&lpg=PA11&dq=discurso+inaugural+de+jos%20C3%A9+celestino+mutis+en+la+capilla+de+la+bordadita&source=bl&ots=KLz\\_vT\\_t\\_MZ&sig=r9mUIPYrLXMQ8v4Ldq4amwIWHNM&hl=es&sa=X&ei=hc36UazwHoHk8gSF1IDYCA&ved=0CEMQ6AEwBA#v=onepage&q=discurso%20inaugural%20de%20jos%20C3%A9%20celestino%20mutis%20en%20la%20capilla%20de%20la%20bordadita&f=false](http://books.google.com.co/books?id=OfPuwG6NSs4C&pg=PA11&lpg=PA11&dq=discurso+inaugural+de+jos%20C3%A9+celestino+mutis+en+la+capilla+de+la+bordadita&source=bl&ots=KLz_vT_t_MZ&sig=r9mUIPYrLXMQ8v4Ldq4amwIWHNM&hl=es&sa=X&ei=hc36UazwHoHk8gSF1IDYCA&ved=0CEMQ6AEwBA#v=onepage&q=discurso%20inaugural%20de%20jos%20C3%A9%20celestino%20mutis%20en%20la%20capilla%20de%20la%20bordadita&f=false)
- Rueda Santos, R. (2008). Federalismo y formación estatal en los antecedentes de la Revolución de la costa. La provincia de Santa Marta entre 1830 y 1842. *Red de revistas científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal*, (REDALYC). Tomado de *Fronteras de la Historia*, 13, (1), p.p. 163 – 191. Bogotá: Ministerio de Cultura. Recuperado el 22 de octubre de 2012 de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/257/833/10896/83313107.pdf>
- Ruiz, A. (trad.). (2010). *La Economía y los medios de aumentar las rentas públicas de Atenas*. Imprenta de Benito Caro, 1876. Recuperado el 12 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=CvJITDHGb\\_gC&pg=PA53&lpg=PA53&dq=jenofonte%20Bagricultura&source=bl&ots=Lk61jnJjwE&sig=gGAj2KUvihBeVqNQfuDx6uJjpnA&hl=es&ei=LKLdTPiCKYOGlAfu64jQDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEIQ6AEwBg#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=CvJITDHGb_gC&pg=PA53&lpg=PA53&dq=jenofonte%20Bagricultura&source=bl&ots=Lk61jnJjwE&sig=gGAj2KUvihBeVqNQfuDx6uJjpnA&hl=es&ei=LKLdTPiCKYOGlAfu64jQDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CEIQ6AEwBg#v=onepage&q&f=false)
- Ruiz Martínez, E. (1991, mayo). Nariño, el precursor, también era masón y librero. *Credencial Historia*. Bogotá: Revista Credencial. (17). Recuperado el 18 de mayo de 2011 de: <http://www.banrepcultural.org/node/32775>
- (1990). *La librería de Nariño y los derechos del hombre*. Bogotá: Planeta.
- Salazar, J.M. (1884, 20 de julio). Jorge Tadeo Lozano. *Papel Periódico Ilustrado Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Silvestre y Cía, 3, (71), p. 372. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: [http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v3/v3\\_71.pdf](http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/paperi/v3/v3_71.pdf)

- Salcedo, J. (2000). Las misiones jesuitas en Colombia, la regiones del Casanare y el Meta durante el siglo XVII Y XVIII. En Negro, S. y Marzal, M.M. (edits.). *Un reino en la frontera: Las misiones jesuitas en la América colonial*, (pp. 97 – 116). Quito, Ecuador: Abya-Yala – Pontificia Universidad Católica del Perú. Recuperado el 17 de julio de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=IstZX0K7LUwC&pg=PA94&dq=historia+de+la+compa%C3%B1%C3%ADa+de+jes%C3%BA&hl=es&sa=X&ei=z5PpUeyHNNovM9gTRhYGYAw&ved=0CFgQ6AEwCTgU#v=onepage&q=historia%20de%20la%20compa%C3%B1%C3%ADa%20de%20jes%C3%BA&f=false>
- Saldaña, J. J. (coord.). (1996). *Historia social de las ciencias en América Latina*. México: Porrúa, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Recuperado el 1° de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=W3gr62s76gUC&pg=PA172&dq=eloy+valenzuela+historia&hl=es&ei=6nI3TpwAsO2twe6heHnAg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFIQ6AEwCTgK#v=onepage&q=eloy%20valenzuela%20historia&f=false](http://books.google.com.co/books?id=W3gr62s76gUC&pg=PA172&dq=eloy+valenzuela+historia&hl=es&ei=6nI3TpwAsO2twe6heHnAg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=10&ved=0CFIQ6AEwCTgK#v=onepage&q=eloy%20valenzuela%20historia&f=false)
- Samper, J.M. (2004). Un impresor famoso. *Historia de un alma*. Recuperado el 10 de diciembre de 2012 de: <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/literatura/hisalma/hisal19.htm>
- Samper Pizano, D. (2012, 22 de enero). ¿De dónde salió tanto negrito? *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 7.
- Sánchez Blanco, J. (2009). La libertad y el Estado moderno. *La libertad. Ilusiones y límites*, (pp. 117 - 154). Madrid, España: Universidad Pontifica de Comillas. Recuperado el 19 de septiembre de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=yyb88KW1S2sC&pg=PA138&lpg=PA138&dq=alexis+toqueville%2Bsocialismo%2Besclavitud&source=bl&ots=84Z0-lhkha&sig=0igkAcbG1BEpFfU3b-5-IGIuHnA&hl=es&sa=X&ei=-2BvUIj6CYXi8gTV4YHgBw&ved=0CEsQ6AEwBjgK#v=onepage&q=alexis%20toqueville%20socialismo%20esclavitud&f=false>
- Sánchez Casado, G. (2009). *Los altos grados de la masonería*. Madrid, España: Akal. Recuperado el 15 de febrero de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=U5kKxKL8rwQC&pg=PA164&dq=pedro+pablo+abarca+y+bolea%2Bmasoner%C3%ADa&hl=es&sa=X&ei=r4kiUaKeDZHk8gT1koHgCg&ved=0CDM Q6AEwAQ#v=onepage&q=pedro%20pablo%20abarca%20y%20bolea%2Bmasoner%C3%ADa&f=false>
- Sánchez de Hita, B. (2009). *José Joaquín de Clararrosa y su Diario Gaditano (1820-1822)*. Cádiz, España: Universidad de Cádiz. Recuperado el 16 de marzo de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=guwNZt2YQUsC&pg=PA125&lpg=PA125&dq=eco+de+p>

- [adilla%2B1821%2Bportada&source=bl&ots=w504CiVkSo&sig=ZKlp0gWd\\_rMxOxtBANF6v-N2g\\_s&hl=es&sa=X&ei=wC9yT4eUEcOagwfgs9Vr&ved=0CFMQ6AEwCA#v=onepage&q=ec o%20de%20padilla%2B1821%2Bportada&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ZTKN710IeRcC&pg=PA132&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=c3DxTirED4L_8AaIwdTRDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=8&ved=0CEYQ6AEwBzgU#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false)
- Sánchez Ron, J.M. (2009). *El Jardín de Newton*. Barcelona, España: Crítica. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=ZTKN710IeRcC&pg=PA132&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=c3DxTirED4L\\_8AaIwdTRDA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=8&ved=0CEYQ6AEwBzgU#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=ZTKN710IeRcC&pg=PA132&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=c3DxTirED4L_8AaIwdTRDA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=8&ved=0CEYQ6AEwBzgU#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false)
- Santos Molano, E. (2006). *Rufino José Cuervo, un hombre al pie de las letras*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Satizábal Villegas, A.E. (2004). *Molinos de Trigo en la Nueva Granada, siglos XVII y XVIII*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 17 de agosto de 2011 de: [http://books.google.com.co/books?id=QIVQSGWfrcC&pg=PA37&dq=cultivo+de+trigo%2B1790&hl=es&ei=gkBMTPzxOoGCTgfYx9SzCg&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDsQ6AEwBA#v=onepage&q=cultivo%20de%20trigo%201790&f=false](http://books.google.com.co/books?id=QIVQSGWfrcC&pg=PA37&dq=cultivo+de+trigo%2B1790&hl=es&ei=gkBMTPzxOoGCTgfYx9SzCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDsQ6AEwBA#v=onepage&q=cultivo%20de%20trigo%201790&f=false)
- Schulz-Reiss, C. (2009). *Filosofía: conocimiento básico para el diálogo*. Ediciones Arlequín. Recuperado el 11 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10328191&p00=tales%20milet o>
- Sechi Mestica, G. (2007). *Diccionario de mitología universal*. Madrid, España: Akal. Recuperado el 7 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=i2CEKUF10UkC&pg=PA191&lpg=PA191&dq=minerva%2Bgre cia&source=bl&ots=6GpUSD5HGI&sig=oJrSksxxC7GRR37yEfg1QcT9BZM&hl=es&sa=X&ei=- sFULrjIeXs0gHv05GiCA&ved=0CFYQ6AEwBjgo#v=onepage&q=minerva%20gre cia&f=false>
- Semanario Económico*. (1765, 11 de abril). Núm. 1, p. 1. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003999177&search=&lang=es>
- Semanario economico de noticias curiosas y eruditas, sobre agricultura y demas artes, oficios, &c.* (1809, 23 de marzo). Agricultura. Nociones, y principios de este arte. México: Imprenta Arizpe, (17), p. 129. Recuperado el 7 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=fo9jr43H1SMC&pg=PA129&dq=agricultura+es+el+arte&hl=es&sa=X&ei=3OECUu73JZH09gSwrIGIBA&ved=0CDYQ6AEwAg#v=onepage&q=agricult ura%20es%20el%20arte&f=false>
- Semanario de agricultura y artes dirigido á los párrocos*. (1802, 25 de noviembre). De la necesidad de enseñar agricultura. Madrid, España: Imprenta de Villalpando, (308), p. 339. Recuperado el 30

- de mayo de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=e9TcpTR0-fEC&pg=PA339&dq=el+origen+del+arado&hl=es&sa=X&ei=6B2pUbH1HoWXiQK-3ICIAQ&ved=0CFoQ6AEwCTgK#v=onepage&q=el%20origen%20del%20arado&f=false>
- (1797). Prospecto del Semanario de Agricultura y Artes. Madrid, España: Imprenta de Villalpando, pp. 7 – 16. Recuperado el 30 de mayo de 2013 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003318436&search=&lang=es>
  - (1797b). Introducción. Madrid, España: Imprenta de Villalpando., pp. 3 – 4. Recuperado el 29 de julio de 2013 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003318436&search=&lang=es>
- Serrato Ramírez, M. (2012, 22 de septiembre). La literatura habla de los vencidos. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes hacer, p. 4.
- Servicio Internacional para la Adquisición de Aplicaciones Agro-biotecnológicas (ISAAA). (2014, 13 de febrero). Situación global de los cultivos transgénicos / GM comercializados: 2013. *ISAAA Brief 46-2013: Resumen ejecutivo*. Recuperado el 14 de julio de 2014 de: <http://www.isaaa.org/resources/publications/briefs/46/pressrelease/pdf/Brief%2046%20-%20Press%20Release%20-%20Spanish.pdf> y <http://www.isaaa.org/resources/publications/briefs/46/executivesummary/default.asp>
- Shakespeare, W. (2005). *Hamlet • Macbeth • Romeo y Julieta*. Lima, Perú: Casa Editorial El Tiempo.
- Silva, Renán J. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760 – 1808: Genealogía de una comunidad de interpretación*. Bogotá: Banco de la República – Eafit. Recuperado el 27 de junio de 2011 de: <http://books.google.com.co/books?id=Zo67LKcqcgAC&printsec=frontcover&dq=Ren%C3%A1n+Silva+Los+ilustrados+de+Nueva+Granada,+1760-1808:+genealog%C3%ADa+de+una+comunidad+de+...&source=bl&ots=ehvhwQIBo&sig=Sfy7JUacTCN1qXNAD0hpOAQ7ln0&hl=es&ei=QKiwTKqPHsGAIAeO#v=onepage&q&f=false>
- Silva Herrera, J. (2014, 25 de enero). 2014, año de la ONU para la agricultura familiar. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 29.
- Soboul, A. (1980). *Problemas campesinos de la revolución 1789-1848*. España: Siglo XXI. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=5lx\\_RRKoxN8C&pg=PA66&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=dnrXTJrOKIKr8AbsoYjaCw&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=8&ved=0CEMQ6AEwBzge#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=5lx_RRKoxN8C&pg=PA66&dq=lavoisier%2Bagricultura&hl=es&ei=dnrXTJrOKIKr8AbsoYjaCw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=8&ved=0CEMQ6AEwBzge#v=onepage&q=lavoisier%2Bagricultura&f=false)
- Soboul, A.; Lemarchand, G. y Fogel, M. (1992). *El Siglo de las luces. Los inicios (1715-1750)*. Tomo 1, libro 1. Madrid, España: Akal.
- Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC). (2014). Balance y perspectivas del sector agropecuario 2013 – 2014. Bogotá, Colombia. Recuperado el 5 de junio de 2014 de:

- <http://www.sac.org.co/es/noticias/367-balance-y-perspectivas-del-sector-agropecuario-2013-2014.html>
- (2009). *La Agricultura en Colombia*. Bogotá D.C.: iM Editores.
- Soria Vasco, J. (1975). *Introducción a la agricultura de cultivos tropicales perennes*. Turrialba, Costa Rica: Centro Agronómico de Investigación y Enseñanza (CATIE). Recuperado el 7 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=C8gOAQAIAAJ&pg=PA1&dq=un+cultivo+es%2Bagricultura&hl=es&sa=X&ei=TdcCUR7pC4i89QShloDoDg&ved=0CDEQ6AEwATgK#v=onepage&q=un%20cultivo%20es%20agricultura&f=false>
- Soucy, D. (2006). *Masonería y nación. Redes masónicas y políticas en la construcción identitaria cubana (1811 -1902)*. España: Escuadra y Compás. Recuperado el 18 de febrero de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=OUF6zF9eTrEC&pg=PA70&dq=conde+de+pe%C3%B1aflorida%2Bmas%C3%B3n&hl=es&sa=X&ei=L6EiUa2TIYnM9QSTxoG4Dg&ved=0CDwQ6AEwAw#v=onepage&q=conde%20de%20pe%C3%B1aflorida%20mas%C3%B3n&f=false>
- Suárez, M.G. (1778). Sobre el modo de criar los bueyes, y sacar de este ganado las ventajas posibles para la agricultura. *Memorias instructivas, y curiosas sobre Agricultura, Comercio, Industria, Economía, Chymica, Botánica, Historia Natural, &c.* Tomo II. Madrid, España. Recuperado el 22 de julio de 2013 de: <http://archive.org/details/memoriasinstruct03suaruoft>
- Svalbard Global Seed Vault. (2014). *Information Sharing*. Noruega. Recuperado el 22 de junio de 2014 de: [http://www.nordgen.org/sgsv/index.php?app=data\\_unit&unit=sgsv](http://www.nordgen.org/sgsv/index.php?app=data_unit&unit=sgsv)
- Thevin, S. (1786, 1º de julio). *Diario curioso, erudito, económico y comercial*. Madrid, España: Imprenta de Manuel González. (1), pp. 1 – 8. Recuperado el 23 de julio de 2011 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003854245&search=&lang=es>
- (1786). *Prospecto del Diario curioso, erudito, económico y comercial*. Madrid, España: Imprenta de Manuel González, pp. 1 – 8. Recuperado el 23 de julio de 2013 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003854245&search=&lang=es>
  - (1786b). Prólogo del *Diario curioso, erudito, económico y comercial*. Madrid, España: Imprenta de Manuel González, pp. 3 – 19. Recuperado el 23 de julio de 2013 de: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003854245&search=&lang=es>
- Tirado Mejía, A. (1985). *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: Ancora.
- Thomas, F. (2012, 14 de marzo). Hacia una soledad habitada. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 20.
- (2011, 19 de noviembre). Florence Thomas ya es producto nacional. *El Tiempo*. Bogotá D.C. Debes leer, p. 22.

- Tocqueville, A. (2012). *La democracia en América*. Libro 2º, [s. d.]. Recuperado el 19 de septiembre de 2012 de: <http://archivosociologico.files.wordpress.com/2009/08/tocqueville-alexis-de-la-democracia-en-america.pdf>
- Tolima Cafetero. (2010, Mayo). Modas y costumbres de la Santafé de la independencia. Ibagué, Tolima. 21, (198), p. 4. Recuperado el 25 de julio de 2010 de: [http://issuu.com/jatruji/docs/edicion\\_198\\_tolima\\_cafetero/search](http://issuu.com/jatruji/docs/edicion_198_tolima_cafetero/search)
- Torres del Río, C. y Rodríguez Hernández, S. (edits.). (2008). *De milicias reales a militares contrainsurgentes: La institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado el 11 de julio de 2012 de: <http://books.google.com.co/books?id=PwMu1YA5Ct4C&pg=PA161&lpg=PA161&dq=jos%C3%A9+duque+g%C3%B3mez%20abogado&source=bl&ots=1Ic1K1augk&sig=jCXqJCHpC5SW9Ty45btbl6Zzm1U&hl=es&sa=X&ei=SAONT4DhJYqo8QSwzs2CDg&ved=0CGMQ6AEwBg#v=onepage&q=jos%C3%A9%20duque%20g%C3%B3mez%20abogado&f=false>
- Torres García, G. (2012). Antecedentes del curso forzoso. *Historia de la moneda en Colombia*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República. Recuperado el 15 de agosto de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/him/him7c.htm>
- Townsend Ezcurra, A. (1973). *Bolívar, alfarero de repúblicas*. Buenos Aires, Argentina: Libera.
- Tovar Pinzón, H. (2010). Destrucción de la hacienda por la guerra. *Historia Hoy, aprendiendo con el Bicentenario de la Independencia: Economía en la Independencia*. Bogotá D.C.: Ministerio de Educación Nacional, Colección Bicentenario. Recuperado el 11 de noviembre de 2011 de: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229\\_economia.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/articles-200229_economia.pdf)
- Tovar Vanegas, J.E. (2002). *Anotaciones sobre ecología*. Cali: Universidad Nacional de Colombia, Sede Palmira. Recuperado el 1º de diciembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=em\\_7ZuTSj7MC&pg=PA136&dq=el+ciclo+del+nitr%C3%B3geno&hl=es&ei=E832TK7wDYGdlgfWvq3FBQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q=el%20ciclo%20del%20nitr%C3%B3geno&f=false](http://books.google.com.co/books?id=em_7ZuTSj7MC&pg=PA136&dq=el+ciclo+del+nitr%C3%B3geno&hl=es&ei=E832TK7wDYGdlgfWvq3FBQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=4&ved=0CDMQ6AEwAw#v=onepage&q=el%20ciclo%20del%20nitr%C3%B3geno&f=false)
- Trigilio, J. y Brighenti, K. (2008). *Catolicismo para Dummies*. Indianapolis, Estados Unidos: Wiley Publishing. Recuperado el 10 de agosto de 2013 de: [http://casadejesus.edu.ar/wordpress/wp-content/uploads/Catolicismo.Para\\_.Dummies.-.Jose\\_.H.Gomez\\_.pdf](http://casadejesus.edu.ar/wordpress/wp-content/uploads/Catolicismo.Para_.Dummies.-.Jose_.H.Gomez_.pdf)
- Ulloa, F. A. de (1808, 14 de agosto). Continuación del discurso [del Ensayo sobre el influxo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reyno de Granada]. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Santafé de Bogotá: Imprenta de Bruno Espinosa de los Monteros. (33), p. 291. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/historia/semanario/senr33.pdf>

- Universidad Iberoamericana de Ciencias y tecnología. (2010). *Agricultura de precisión*. Facultad de ciencias agrarias y forestales. Recuperado el 14 de noviembre de 2010 de: <http://site.ebrary.com/lib/biblioredsp/docDetail.action?docID=10165827&p00=agronom%C3%A>  
[Da](#)
- Uscátegui, M.A. (2014, 13 de marzo). Entrevistada por Pérez Mujica, J. en “Cultivos transgénicos están presentes en 20 departamentos de Colombia”. *CONtextoganadero*. Bogotá. Recuperado el 15 de julio de 2014 de: <http://www.contextoganadero.com/reportaje/cultivos-transgenicos-están-presentes-en-20-departamentos-de-colombia>
- Valls Giménez, J.F. (1988). *Prensa y burguesía en el XIX español*. Barcelona, España: Anthropos. Recuperado el 15 de agosto de 2012 de: [http://books.google.com.co/books?id=WC-TnoCCfuYC&pg=PA214&lpg=PA214&dq=socialismo+ut%C3%B3pico+franc%C3%A9s&source=bl&ots=7RuR3LI45o&sig=vS\\_9NFEiibPAdDqD8Grs3Jgga6w&hl=es&sa=X&ei=45pTUMTDNJPm8QS99IGACQ&ved=0CFIQ6AEwBw#v=onepage&q=socialismo%20ut%C3%B3pico%20franc%C3%A9s&f=false](http://books.google.com.co/books?id=WC-TnoCCfuYC&pg=PA214&lpg=PA214&dq=socialismo+ut%C3%B3pico+franc%C3%A9s&source=bl&ots=7RuR3LI45o&sig=vS_9NFEiibPAdDqD8Grs3Jgga6w&hl=es&sa=X&ei=45pTUMTDNJPm8QS99IGACQ&ved=0CFIQ6AEwBw#v=onepage&q=socialismo%20ut%C3%B3pico%20franc%C3%A9s&f=false)
- Van Gogh, V. (2013, 29 de abril). *En el huerto*. [Pintura]. En Giraldo, O.F., “Hacia una ontología de la Agri-Cultura en perspectiva del pensamiento ambiental”. *Revista Polis*. (34). Recuperado el 10 de junio de 2013 de: <http://polis.revues.org/8773>
- Van Huis, A. et al. (2013). *Edible insects: future prospects for food and feed security*. Roma: FAO. Recuperado el 20 de mayo de 2013 de: <http://www.fao.org/docrep/018/i3253e/i3253e.pdf>
- Velásquez Toro, M. (2012). Cuervo y Barreto, Rufino. *Gran Enciclopedia de Colombia*. Recuperado el 15 de enero de 2012 de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/cuerbarr.htm>
- Vergara y Vergara, J.M. (1878). *Las Tres tazas y otros cuadros*. Bogotá: Minerva. 3ª ed.
- (1958). *Historia de la literatura en Nueva Granada: Desde la conquista hasta la independencia (1538 – 1820)*. Bogotá: A.B.C., Presidencia de la República, Biblioteca de la Presidencia de la República. Tomo 2, cap. 12. Recuperado el 16 de junio de 2010 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/22/55/capitulo\\_12.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/22/55/capitulo_12.pdf) y <http://www.bdigital.unal.edu.co/22/>
  - (1958b). *Historia de la literatura en la Nueva Granada: Desde la conquista hasta la independencia (1538 – 1820)*. Bogotá: A.B.C., Presidencia de la República, Biblioteca de la Presidencia de la República. Tomo 2, cap. 13. Recuperado el 16 de junio de 2010 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/22/61/capitulo\\_13.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/22/61/capitulo_13.pdf) y <http://www.bdigital.unal.edu.co/22/>
  - (1958c). *Historia de la literatura en la Nueva Granada: Desde la conquista hasta la independencia (1538 – 1820)*. Bogotá: A.B.C., Presidencia de la República, Biblioteca de la Presidencia de la República. Tomo 2, cap. 15. Recuperado el 20 de enero de 2012 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/22/73/capitulo\\_15.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/22/73/capitulo_15.pdf) y <http://www.bdigital.unal.edu.co/22/>

- (1858d). *Historia de la literatura en la Nueva Granada: Desde la conquista hasta la independencia (1538 – 1820)*. Bogotá: A.B.C., Presidencia de la República, Biblioteca de la Presidencia de la República. Tomo 2, cap. 10. Recuperado el 25 de agosto de 2014 de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/22/43/capitulo\\_10.pdf](http://www.bdigital.unal.edu.co/22/43/capitulo_10.pdf) y <http://www.bdigital.unal.edu.co/22/>
- Vidal, M. (2012, 30 de diciembre). Se está armando una pequeña trinca en Fedegán: Ministro de Agricultura. *ElPaís.com.co*. Cali: Colombia. Recuperado el 2 de mayo de 2013 de: <http://www.elpais.com.co/elpais/colombia/noticias/esta-armando-pequena-trinca-fedegan-ministro-agricultura>
- Viloria de la Hoz, J. (2000). *Empresarios de Santa Marta: El caso de Joaquín y Manuel José de Mier, 1800 – 1896. Cuadernos de historia económica y empresarial*. Cartagena: Banco de la República de Colombia, Centro de investigaciones económicas del Caribe colombiano. Recuperado el 25 de octubre de 2012 de: <http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/regional/cuadernos/7.pdf>
- Wild, A. (1989). *Condiciones del suelo y desarrollo de las plantas según Russell*. Madrid: Mundi-Prensa. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=gE6x5iIuhGYC&pg=PA5&lpg=PA5&dq=jethro+tull%2Bagricultura&source=bl&ots=byr4WtMDxl&sig=uWGPZ2fEvjQ5AhOhIXwpaI3qIDQ&hl=es&ei=Xb\\_xTLrGDMT6lwfug82KDQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDEQ6AEwBDge#v=onepage&q=jethro%20tull%2Bagricultura&f=false](http://books.google.com.co/books?id=gE6x5iIuhGYC&pg=PA5&lpg=PA5&dq=jethro+tull%2Bagricultura&source=bl&ots=byr4WtMDxl&sig=uWGPZ2fEvjQ5AhOhIXwpaI3qIDQ&hl=es&ei=Xb_xTLrGDMT6lwfug82KDQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CDEQ6AEwBDge#v=onepage&q=jethro%20tull%2Bagricultura&f=false)
- Weise, O. (2005). *La escritura y el libro*. Valladolid, España: Maxtor. Recuperado el 9 de agosto de 2013 de: <http://books.google.com.co/books?id=hIuRnpXVH74C&pg=PA68&lpg=PA68&dq=acta+diurna+urbis%2Bjulio+cesar&source=bl&ots=E6MehouIwq&sig=qkFV8S9NLgEgSqDnnYDDx34BA6M&hl=es&sa=X&ei=Z5MFUrgko5LZBYT5gbgD&ved=0CCkQ6AEwADgU#v=onepage&q=acta%20diurna%20urbis%20julio%20cesar&f=false>
- Wences Simon, I. (2010, enero-abril). La Relevancia sociológica de la ilustración escocesa. *Revista Internacional de Sociología*. 68, (1). Recuperado el 24 de noviembre de 2010 de: <http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/173/173>
- (2007). *Teoría social y política en la ilustración escocesa*. Madrid: Plaza y Valdez. Recuperado el 25 de noviembre de 2010 de: [http://books.google.com.co/books?id=uNixTaRBCKkC&printsec=frontcover&dq=la+ilustraci%C3%B3n+escocesa&source=bl&ots=YeHbJ1tKjZ&sig=cO9JlIyySmhpBZaywpuLCNhO8kiQ&hl=es&ei=VoPtLSzE8GqIAfG2K2MAQ&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=7&ved=0CD0Q6AEwBjgK#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.co/books?id=uNixTaRBCKkC&printsec=frontcover&dq=la+ilustraci%C3%B3n+escocesa&source=bl&ots=YeHbJ1tKjZ&sig=cO9JlIyySmhpBZaywpuLCNhO8kiQ&hl=es&ei=VoPtLSzE8GqIAfG2K2MAQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CD0Q6AEwBjgK#v=onepage&q&f=false)

- (2006, enero-abril). ¿Cívica o comercial? Paradojas de la idea de sociedad civil en Ferguson. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México. 48, (196). Recuperado el 24 de noviembre de 2010 de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/421/42119602.pdf>
- Yepes Pérez, F. (2001). Ganadería y transformación de ecosistemas: un análisis ambiental de la política de apropiación territorial. *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 – 1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icah).
- Zabala, I.M. (1970). Las Sociedades secretas: Prehistoria de los partidos políticos españoles. *Bulletin Hispanique*. 72, (1 – 2), pp. 113-147. Recuperado el 20 de marzo de 2012 de: [http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa\\_0007-4640\\_1970\\_num\\_72\\_1\\_4009](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1970_num_72_1_4009)
- Zaid, G. (2006). El Primer concepto de Cultura. Recuperado el 10 de junio de 2010 de: <http://www.letraslibres.com/index.php?art=11544>
- Zea, F. A. (1791, 15 de abril). [Sin título]. *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Real. (10) p. 77. Recuperado el 7 de septiembre de 2011 de: [http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20periodico\\_no010\\_baja.pdf](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20periodico_no010_baja.pdf)
- (1791, 22 de abril). Continuación del Número 10. *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Real. (11), p. 82. Recuperado el 7 de septiembre de 2011 de: [http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20periodico\\_no011\\_baja.pdf](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/papel-periodico-de-santa-fe-de-bogota/v1/Papel%20periodico_no011_baja.pdf)

## TABLAS

Tabla 1. Cuadro comparativo de la agroinformación publicada en Colombia entre 1800 y 1850.

NOMBRE DEL PERIÓDICO	AUTOR O AUTORES	TIEMPO DE PUBLICACIÓN	CIUDAD DE ORIGEN	No DE NOTAS AGRO	No PÁGINAS PUBLICADAS	No PÁGINAS DEDICADAS AL AGRO	PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN DE LA INFORMACIÓN AGROPECUARIA	
			DÍA DE CIRCULACIÓN		NÚMEROS PUBLICADOS	NÚMEROS DEDICADOS AL AGRO		
			FORMATO					
<i>Correo curioso, erudito, comercial y mercantil de Santafé de Bogotá</i>	Jorge Tadeo Lozano y José Luis de Azuola y Lozano	17 de febrero de 1801 – 29 de diciembre de 1801	Bogotá	8	183	24	13,11 %	
			Martes		46	8		
			Octavo					
<i>Semanario del Nuevo Reyno de Granada</i>	Francisco José de Caldas	3 de enero de 1808 – 31 de diciembre de 1809	Bogotá	21	873	108	12,37 %	15,24 %
			Domingo 20,3 x 14,5 cm		105	22		
<i>Continuación del Semanario del Nuevo Reyno de Granada</i> (1)		Enero 1810 – julio de 1811	Bogotá	10	360	80	22,22 %	
			Sin día específico		11	7		
			15 x 9,8 cm					
<i>La Miscelanea</i>	Rufino Cuervo Barreto	18 de septiembre de 1825 – 11 de junio de 1826	Bogotá	3	158	5	3,16 %	
			Domingo		39	3		
			22 x 18 cm					
<i>Eco del Tequenthama</i>	Rufino Cuervo Barreto	11 de octubre de 1829 – 20 de diciembre de 1829	Bogotá	3	104	19	18,26 %	
			Domingo		11	3		
			Octavo					
<i>Constitucional de Cundinamarca</i>	Estatal (Ordenado el 9 de agosto de 1831 y ratificado con la Ley del 4 de enero de 1832) Andrés Marroquín, Rufino Cuervo B., José María Mantilla, y José Hilario López (Directores)	25 de septiembre de 1831 – 27 de agosto de 1837	Bogotá	17	365	9	2,46 %	
			Domingo		309	18		
			41 x 25 cm					
<i>El Cultivador Cundinamarqués; ó Periódico de la industria agrícola, y de la economía doméstica</i>	Estatal (Orden gubernamental del 24 de diciembre de 1831) / Rufino Cuervo Barreto	1° de enero de 1832 – 15 de julio de 1832	Bogotá	63	112	112	100 %	
			1° y 15		12	12		
			Cuarto					

NOMBRE DEL PERIÓDICO	AUTOR O AUTORES	TIEMPO DE PUBLICACIÓN	CIUDAD DE ORIGEN	No DE NOTAS AGRO	No PÁGINAS PUBLICADAS	No PÁGINAS DEDICADAS AL AGRO	PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN DE LA INFORMACIÓN AGROPECUARIA
			DÍA DE CIRCULACIÓN		NÚMEROS PUBLICADOS	NÚMEROS DEDICADOS AL AGRO	
			FORMATO				
<i>El Amigo del País</i>	Sociedad de Amigos del País de Santa Marta	15 de agosto de 1835 – 15 de diciembre de 1835	Santa Marta	8	36	4	11,1 %
			1° y 15		9	5	
			Octavo				
<i>El Labrador i Artesano</i>	<b>Sociedad Democrática - Republicana de Labradores y Artesanos Progresistas de la Provincia de Bogotá /</b> Lorenzo María Lleras	16 de septiembre de 1838 – 24 de febrero de 1839	Bogotá	1	92	5	5,43 %
			Domingo		23	5	
			Octavo				
<i>La Tarde de los Agricultores i Artesanos</i>	La Compañía de Jesús (Jesuitas)	15 de marzo de 1846 – 12 de julio de 1846	Bogotá	1	68	1	1,47 %
			Domingo		17	1	
			25,8 x 18 cm				
<i>El Amigo del País</i>	Sociedad de Amigos del País de Medellín	15 de diciembre de 1845 – 15 de octubre de 1847	Medellín	2	149	1	0,67 %
			1° y 15		35	2	
			29,5 x 20,5 cm				
<b>TOTAL PERIÓDICOS CON INFORMACIÓN AGROPECUARIA ENTRE 1800 - 1850</b>			10	137	2.500	368	<b>14,72 %</b>
					617	86	

(1) *El Semanario del Nuevo Reyno de Granada* y la *Continuación del Nuevo Reyno de Granada* se sumaron de manera independiente por el cambio de formato que hubo de 1809 a 1810, pero en el total de periódicos con información agropecuaria así como en el porcentaje de participación de la información agropecuaria se cuentan como uno solo.

## APÉNDICES

## Anexo No 1

Copia del primer artículo con información agropecuaria que se publicó en Latinoamérica. Apareció en el número siete del *Diario Literario de México* para enseñar a cultivar cacao.

✠ No. 7.

**DIARIO LITERARIO DE MEXICO.**  
 POR D. JOSEPH ANTONIO DE ALZATE,  
 Y RAMIREZ.

MAYO 4. DE 1768. AÑOS.

*Memoria sobre el beneficio, y cultivo del Cacao.*

**L**A Agricultura tan necesaria en la vida, no necesita de encomios para exaltarla; todos conocemos las grandes ventajas, que la recomiendan, y la necesidad que ay de practicarla: Ella es, como un pingue Mayorazgo, que con los frutos que produce, recompensa sobradamente el trabajo, que se expende en su conservacion, y aumento: Los Países en que florece, tienen un tesoro constante, y muy superior á los Minerales, en quanto estos dependen de la Naturaleza, y aquellos de la industria.

Si la fertilidad tuviera voces, como se explicaria con muchos habitantes de la America, pues olvidando el que pueden ser ricos, ò à lo menos, pasar la vida con descanso, miran los Campos fertiles, que los rodèan, como si fueran Arenales de la Libia; y contentos con un corto alimento, que adquieren con poco trabajo, dexan à las Campiñas, y Bosques producir malezas, y ser el abrigo de Fieras, y animales incomodos.

¿ No es compasion, que en millares de leguas quadras, que tiene esta Nueva-España, en las Costas del Mar del Sur, tan propias para el cultivo del Cacao, se hallen infructiferas, por nuestro descuido? Y què en ellas solo permanezcan algunos rastros, para demostrar, que nuestros mayores fueron mas laboriosos? En los contornos de Colima, y Zacatula, aun se vén algunos Arboles de Cacao, que permanecen, mas por la fertilidad de la tierra, que por industria de los habitantes: No vale decir, que el poco provecho ha obligado à abandonar este cultivo,

A tivo,

tivo, porque los temperamentos de todas estas **Costas**, que se comprehenden desde el Obispado de Oaxaca, hasta el Valle de Vanderas, con ciento, ô mas leguas de extension à lo interno, poseen las circunstancias necesarias para el cultivo del Cacao, genero de tanta estimacion en nuestra America, y en la Europa, todas estas tierras son calientes, y con aguas proporcionadas para los riegos; à más de que en la mayor parte de ellas, los rocios son muy suficientes para que se crien los Cacaos, como sucede en Chulpa, territorio de Caracas, de que se hablarà despues.

La experiencia parece que manifiesta todo lo dicho, quando se vé, que en Soconusco, y Tabasco, que gozan casi el mismo temperamento, que nuestras Costas, está este cultivo bien radicado.

Es constante, que el uso del chocolate se va cada dia propagando en Europa; ¿qué beneficio no redundaria al Comercio de ambas Españas, si el ramo del Cacao no estuviera abandonado? La extraccion de este genero, seria competente, porque, el q̄ se dà en las Provincias donde se cultiva, aun no es suficiente para el consumo: Esto es lo que me ha movido à exponer la presente memoria, por si alguno quisiera valerse de mi trabajo: No ha muchos años, que en la Habana no se cultivaba el Cacao, no sé por q̄ causas; pero luego que un hombre curioso comenzó à beneficiarlo, fueron todos despertando del letargo, y empezaron à gozar de las utilidades, que ignoraban: Ojala suceda lo mismo con nuestros terrenos tan propios para este beneficio, como olvidados.

**L Cacao**, ô **Cacagual**, es un Arbol, que en su mayor altura, no crece arriba de veinte pies: Muy cerca del suelo empieza à dividirse en quatro, ô cinco ramas, y la mas gruesa, no excede de siete pulgadas; su hoja es muy parecida à la del Naranjo; tiene de longitud de quatro à seis pulgadas de diametro, de latitud de tres à quatro, y termina en punta: El color es de un verde entre obscuro, y tenicento, y no lustrosa como la del Naranjo: El Arbol no es muy poblado de hojas, y en ocasiones suele exceder el numero de mazorcas à el de aquellas: La flor es blanca, y mediana, y de su corazon nace la mazorca, como en los demás Arbo-

boles el fruto: Esta crece hasta seis, ô siete pulgadas, y engruesa de quatro à cinco: Su figura es como la de una Cidra; pero con unas costillas, entre las quales se hallan unas profundidades, mayores que en un Melón: Las mazorcas, que se dan en este Arbol, no figuen las reglas de los demás frutos; pues nacen en todo el tronco, ramas, y aun en las raizes, que por contingencia están fuera de la tierra: Esta mazorca, interin crece, es de color verde, casi lo mismo que la hoja; pero quando va fazonando, toma un color amarillo claro, y se conoce estar perfectamente madura, quando sobre el campo amarillo, se vê una mancha algo roja: El fruto antes de su madurez, contiene un licor blanco, algo transparente, y viscoso; entonces por ser muy dulce, es muy agradable al gusto; pero muy ocasionado á fiebres. (1)

El modo de sembrar el fruto, es en Almaligo, y tiene la circunstancia, de q̄ los granos q̄ han de servir para semilla, han de ser de mazorca fresca, ô à lo menos, que no pase de un mes de cortada: Quando los Arbolillos tienen media vara, los trasplantan à los parajes, que les están destinados, y es necesario sacarlos con la tierra inmediata à las raizes, porque de lo contrario perecen: Esto lo executan con un instrumento de fierro, à manera de cuchara.

La distancia en que ponen los Arboles de Cacao, es de tres à cinco varas, y siempre en hileras: Entre dos pies de Cacao, siembran uno, ô dos de Platano, y de trecho en trecho, plantan algunos Arboles de Aguacates, ô Sumpantles, (2) lo q̄ se dice es necesario para que no les dé el Sol à los Arboles del Cacao; pero si se hace observacion, se verá lo primero, el que esto mas es costumbre, que necesidad, porque los Arboles, que ponen en los sembrados de Cacao, son muy pocos, respectivamente al terreno: Lo segundo, siendo los Arboles de Platano, que se siembran entre los Cacaos, del mismo tamaño que estos,

A 2

no

[1] En Europa sucede lo mismo con las Almendras quando no han cuajado.

(2) El Sumpantle tan conocido por su madera esponjosa, y docil, es aquel Arbol, que da los Frijoles colorados, ô Chocolines: Su flor, que es roja, y llaman pitos, la usan en muchas partes por alimento: Un Arbol de estos se halla en las inmediaciones del Recogimiento de Niñas de Belea, por tan particular en esta Ciudad, merece se haga mencion, para que los curiosos se instruyan à su vista.

no pueden servir de sombra à las horas del mayor calor: Lo tercero, es constante, que en muchas partes de la America se dan los Cacaguales silvestres, y es difícil, que siempre estèn defendidos de los rayos del Sol por otros Arboles: La practica general de Caracas, es de sembrar quatro pies de Casabe, en contorno del Cacagual trasplantado: Semejante modo usan tambien en Tabasco, plantando muy cerca del Arbolillo recien puesto, una rama de Chaya, la que le sirve de sombra, interin arraiga, à la que llaman Chichigua (voz con que en estos Países se llama à la Ama de leche, ) y la cortan quando el Arbol se vé, que està en buen estado: El cuidado, que se tiene en un plantío de Cacaos, es no dexar crecer hierba, pero siempre dexando en el suelo la hoja, que cae de los mismos Arboles.

El Almatigo de Cacaos, se trasplanta quando tienen un año; à los tres comienza à dár competente fruto, y à los cinco se reputa por buen Arbol, y su valor en Caracas, es entonces de cinco pesos: En esta Provincia no dexan crecer los Arboles à mas de tres varas, y los podan, dexandoles regularmente tres ramas principales. (3)

Los enemigos, que tienen los Cacaguales, son los Monos, Loros, &c. pero hay otros, que aunque pequeños suelen causar mucho daño: Las Hormigas, que acà llamamos arrieras, en una sola noche desnudan un Arbol de todas sus hojas, por lo que se tiene especial cuidado en destruir sus hormigueros, lo que executan con Cal viva, ò polvora: Tambien hay otro enemigo, q̄ para el Cacao es mortal, este es un gusano blanquisco, que taladrando el tronco, hace perecer indefectiblemente el Arbol.

El modo con que benefician el Cacao despues de cosechado, es muy vario segun los parajes en que se cultiva; pero expondrè el de que usan en Caracas: Llegado el fruto à su madurez, lo van recogiendo, y amontonando: los Operarios van abriendo las mazorcas, lo que executan dando tres, ò quatro golpes con un cuchillo, para partir la cascara: y à que tienen suficiente nu-

me

[3] La poda es tan necesaria à los Arboles, para que fructifiquen con aumento, que un Arbol de dos varas *tajado* con metodo, fructifica mas que uno, que exceda de ocho, abandonado à todo su incremento: En lo venidero publicarè algunas reglas para la poda de Arboles.

mero desgranado, lo amontonan en el rincón de una pieza, en que ha un defague, por donde sale el jugo del Cacao, que echan à fermentar; pero con la advertencia, que para que no toque al suelo, ponen suficiente número de hojas de platano, y con las mismas cubren todo el montón; en este estado lo dexan veinte y quatro horas, y en ellas, por el defague fabricado expresamente, se expela en competente abundancia un licor avinagrado.

Pasadas las veinte y quatro horas, quando comienza el Sol à calentar, lo sacan à asolear, y lo estienden en el suelo, en donde lo están bolteando hasta el anoche: En Maracaybo usan de mayor limpieza, pues cuidan de tener unas, que llaman barbacoas, que son unos tendidos, ó tarimas de orates, ó ramas, en que lo ponen à asolear, y esto es por lo que el Cacao de Maracaybo está limpio, y no empolvado, como el de Caracas, y otros parajes, en que lo asolean arrojado al suelo: En Guayaquil (4) lo estienden sobre cueros de Reses, ú hojas de vijaguas, y parece, que no lo asolean, sino que lo dexan secar al viento.

Después que el Cacao ha estado expuesto todo el día al Sol, lo vuelven à amontonar, y lo cubren del mismo modo que diximos antes, y lo tienen en este estado quarenta y ocho heras; pasadas estas, lo exponen al Sol, hasta que este perfectamente seque: En este estado lo guardan en Bodegas, ó lo enzurronan, segun la práctica de cada País.

Las cosechas de Cacao, son dos à el año, una por noche buena, que llaman cosecha de Navidad; y la otra por San Juan: Esto es, las cosechas abundantes, porque el Arbol de Cacao, todo el año, aunque en corta cantidad, no dexa de tener flores, y frutos: En Tabasco regulan tres cosechas, que son: Alegria de Octubre, hasta Diciembre: Invernada à Marzo: Cosechas en Junio, y Julio.

El temperamento propio para estos Arboles, es el caliente, y humedo; pero la humedad no ha de ser tan abúndante, q̄ el terreno esté hecho cienega: No obstante decirlo así D. Antonio de

(4) D. Antonio de Ulloa, Relac. Hist. del Viage a la America Merid. T. 3. p. 253.

de Ulloa, hablando del Guayaquil: En la Provincia de Caracas, y Maracaybo, usan de los riegos, pero en proporcion; y en el territorio de Chutpa, q̄ está catorce leguas de Caracas, no riegan absolutamente, y se dá muy buen Cacao, únicamente con los rocios abundantes que caen: Y es observacion de los prácticos, que los Arboles de Cacao, en siendo regados mas que medianamente, dan excesivo numero de flores; pero que el fruto cae sin llegar á su madurez.

Me parece, que la mala calidad del Cacao Guayaquil, depende de la excesiva humedad, causada por industria: Es constante, segun el mismo D. Antonio de Ulloa, que el terreno de los Cacaguales, lo tienen hecho una cienega; y siendo manifesto, que el Cacao de Guayaquil es bien inferior á el de la Trinidad, Maracaybo, Caracas, y Soconusco, en que las humedades no son tan excesivas, parece se deduce, el que la demasiada humedad, es causa de esta inferioridad.

Se puede probar esto con lo que se observa en la Hortaliza, que se consume en esta Ciudad: Todos conocen la diferencia que hay entre las de la Ribera de San Cosme, y la de las Chinampas, la que únicamente depende de la demasiada humedad en un terreno; y los riegos proporcionados en el otro: Si se hace alguna reflexion sobre lo q̄ dice D. Antonio de Ulloa, en la Obra arriba citada, se verá, el que la humedad influye, aun sobre el color de la mazorca; porque en Guayaquil toma un color musco, quando está en su madurez, y en los demás parajes, en que se beneficia el Cacao, parece, segun lo arriba dicho, no toman semejante color: El Arbol del Cacao en aquel paraje, es de diez y ocho á veinte pies, que es doble altura de la q̄ tienen en los demás parajes; pues no exceden de nueve á diez.

Es evidente, que los Arboles crecen mas respectivamente en los Lugares muy húmedos; pero tambien es cierto, que la madera es menos buena, y los frutos menos gustosos: Esta descripcion, que presento, así del Arbol del Cacao, como de su beneficio, la he compuesto de los materiales que hay impresos sobre esta materia, como tambien con los informes de Sujetos prácticos, y verídicos.

**Como la semilla, que se ha de sembrar debe ser fresca, segun llevo referido, muchos pondrán la dificultad, de que no hay proporcion de conseguirla, à los que advierto, el que en las inmediaciones de Xalapa, se iba promoviendo la siembra de este genero en una Hacienda, que està al presente de cuenta de S. M. El silvestre es muy bueno para cultivarlo, y mejora con el beneficio, como todos los vejetables; y es facil, que si esta semilla no se consiguiessse silvestre, ô de la Hacienda, que dixer; de la Habana, ô Tabasco, puede venir muy buena en tiempo proporcionado para que sea util.**

No deseo mas, sino es que las Personas, que leyeren esta Memoria, y se hallaren en proporcion, practiquen lo que tengo expuesto, quando poco vãn à perder, por estar casi valdíos los terrenos proporcionados al cultivo de un genero tan util, como necessario.

*Metodo para probar la bondad de los Reloxes de bolsa.*

**L**A regla, de que regularmente se valen los q̄ quieren comprar Reloxes de bolsa, para examinar si son, ô no buenos, es tã factible, q̄ por lo comũ, despues de haverle asegurado por medio de ella, de la regularidad de estas pequeñas Maquinas, las experimentan à poco tiempo, con variaciones tan sensibles, q̄ desde luego vienen en conocimiento de la ninguna fè, que se debe dár à esta experiencia: Toda ella se reduce à traer una Muestra en la faltriquera algunos dias, y si en este tiempo se halla, que en cada veinte y quatro horas no tiene diferencia, ô que si se advierte alguna, es muy corta, esto basta para dár por cierta su bondad: El que tuviere algun conocimiento de la estructura de esta automata, se hará cargo de lo sujeta, que està à error semejante observacion: Muchas veces una Muestra, que por falta de proporcion en alguna de sus piezas, ô por su mala fabrica, deberia tener un movimiento irregular, sin embargo, se vé andar con certadamente, puesta en una cierta situacion, esto proviene, ô de la mala fabrica del caracol, (5) ô del mal escape; (6) pero si se le

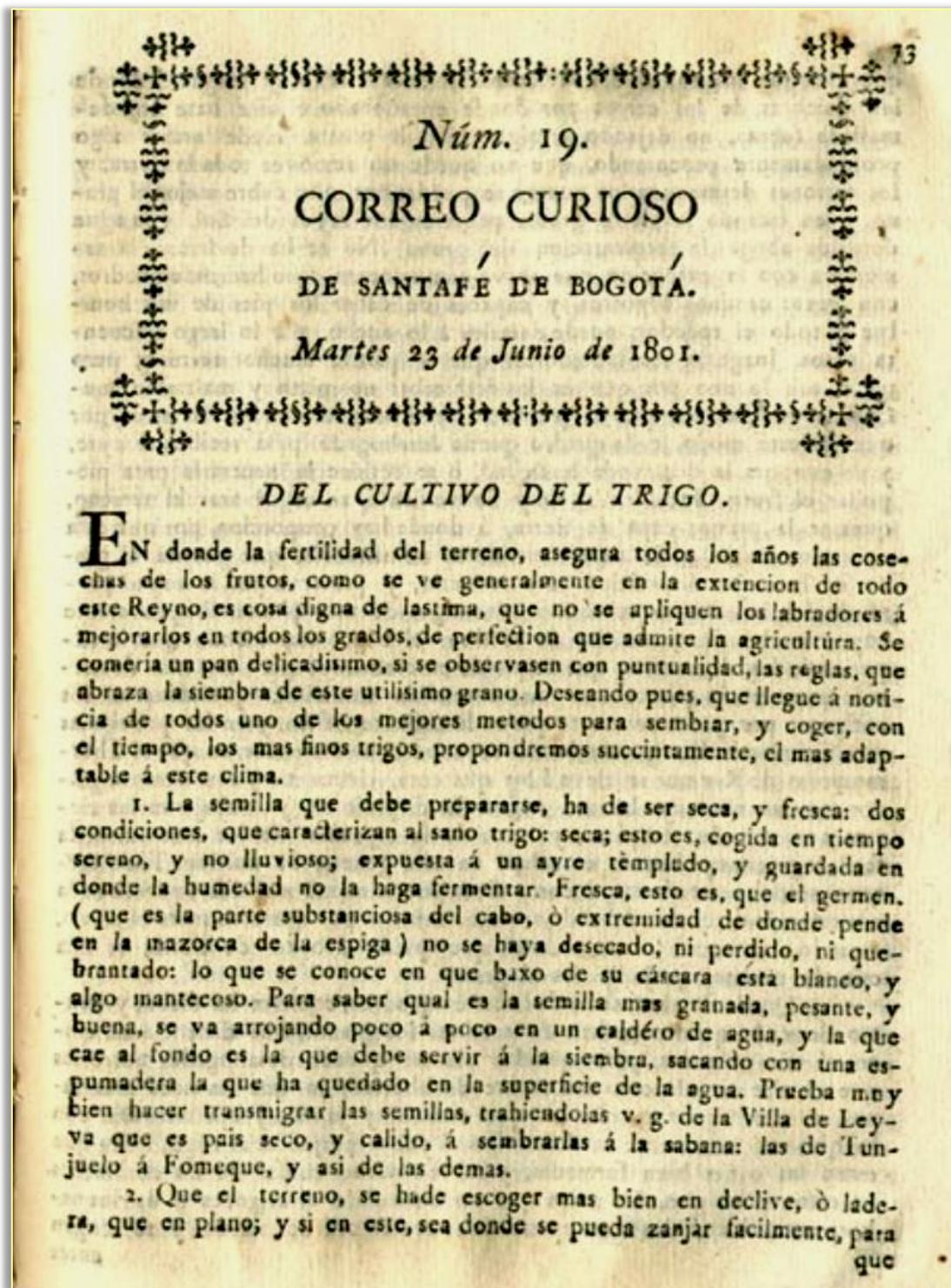
po-

(5) Quando esta pieza no esta hecha en arte, suele la cuerda en lugar de cubrirla toda, cruzarle en alguna parte.

(6) Escape llaman los facultativos à el enruento alternativo de las paletas del Arbol del Volante, y de los puntos de la Rueda Catharina. Expeçt. de la Nat. T. 14. p. 252.

## Anexo No 2

Copia del primer artículo con información agropecuaria publicado en Colombia. Apareció en el número diecinueve del *Correo curioso, erudito, económico, mercantil y comercial de Santafé de Bogotá*, cuando el país aun era una colonia española, con el fin de enseñar a cultivar el trigo.



74  
 que escurran las aguas del invierno. Ha de ser seco, y resguardado de las quiebras de los cerros por donde encañonado el aire bate con demasiada fuerza, no dejando arraigar bien la planta. Ha de ararse algo profundamente procarando, que no quede sin remover toda la tierra, y los terrones desmenuzarlos quanto se pueda; por que cubre mejor el grano, y en estando la tierra gruesa penetran los rayos del Sol, y la agua detenida ahoga la fermentacion del grano. No se ha de hacer la sementera con la extencion que se vé comunmente, sino haciendo quadros, con dexar caminos angostos, y capaces de caber los pies de un hombre á todo el rededor; puede darseles á lo ancho, y á lo largo cincuenta pasos. Juzgaran los labradores, que se pierde mucho terreno; pero no es así: lo uno por que en las deshieras no pisan y maltratan muchísimas plantas, en que se pierde la semilla, y el trabajo: lo otro, por que de este modo, cada quadro queda desahogado para recibir el ayre, y se evapora la demasiada humedad, ó se retiene la necesaria para pinjollar el fruto. Tambien es muy conveniente, antes de arar el terreno, quemar la primer capa de tierra, á donde hay proporcion, por que esta operación causa en la tierra una cierta consistencia, que guarda el grano en la mejor disposicion para reventar, y preserva por la mayor parte de los insectos, ó animalillos, enemigos de esta planta. Regularmente huyen en las tierras calidas de sembrar el trigo, suponiendo que la experiencia les demuestra, que se pierde enteramente; pero esta tan decantada experiencia parece una mal entendida tradicion, que dexaron los antiguos: por que es constante que en la ardiente Africa, y en las provincias meridionales de Europa, en donde se experimenta el calor, en que el Termometro de Reaumur se eleva á los quarenta, cincuenta, y aun sesenta grados, se dan allí muy buenos trigos. Si dispusieran, y trabajaran las tierras con metodo, limpieza, y lexos de la espesura de los montes, sería facil lograr muy buenas cosechas, en este genero de cultivo. Todo terreno se debe estercolar, ó como dicen comunmente mijadear; pero, con la advertencia de que se debe dejar secar mucho: por que si se mete el arado, estando el estiércol fresco, todo el que queda debaxo de tierra, es una cria de gusanos perjudiciales al grano.

3. Que la siembra, se ha de hacer en quadros, como se ha dicho; y dentro de cada quadro se han de sembrar los granos, á la distancia de cinco, ó seis pulgadas, para que las plantas queden desahogadas entre las que el aire circule con una suerte de libertad; lo que las hace mas sanas, y mas vigorosas, que las que están muy juntas, y apeñuscadas, con lo que reciprocamente se dañan. Toda yerba perjudica al trigo, hasta que esten las oñas bien formadas, y así conviene cuidar de las deshieras en estos principios. La unica que no hace daño al trigo, es la de los nabos; antes bien, si se antepone una sementera de nabos, y se cogen  
 antes

antes de florear, queda aquella tierra en bella disposicion para recibir el trigo; y mucho mejor, si allí mismo los ganados comiendo el nabo, han estercolado. Siempre, que se observe que algunas matas han crecido muy delgadas, ó como se explica la gente del campo, moi viches, ó que se amarillean, á la altura de cinco pulgadas, ó que se caigan al suelo, ó que se empolven, ó embarren demasiado; al instante conviene cortarlas con precaucion de no lastimar la raiz: por que se perderia del todo la mata; y si esta se vicia enteramente con alguna de las cosas dichas, debe arrancarse, valiendo mas perder unas pocas, que no exponer toda la sementera, que se vá inficionando de las que se pierden, por que se pudren y contaminan á las buenas. Quando en la caña comienza á apuntar la espiga, es muy conducente regar la sementera, si hay proporcion para ello, mayormente si mucho tiempo antes no ha llovido, y han sido fuertes los calores del Sol. Quando el trigo ha granado demasiado, el peso de la espiga, ayudada del viento, la dobla hasta el suelo; lo que impide solidarse el grano; y así en estos terrenos conviene que la semilla sea de un grano cenceño, ó enjuto, y puntiagudo, para que la bondad de la tierra iguale la fuerza de la caña con lo granado de la espiga, y pueda sostenerla.

4. Que todos saben que quando los trigos amarillean con un color de oro ya están en la sazon que pide la hoz para segarlos; pero es menester advertir, que quando se desgrana bien, y el grano es dorado, pesado, y que revolviendolo entre la mano, suena, es señal de estar para coger, y de que es buen trigo.

5. Que los segadores, por una mala habitud de lo que solo saben por rutina, desperdician no solo granos, sino espigas y matas: no llevan mas cuidado que el de cortar con prisa, para salir de la tarea. Los dueños deben dirigirlos y sugetarlos á que el corte sea bien hecho, y por consiguiente ventajoso. La una mano del segador tomando la caña, ha de quedar derecha acia arriba, y que asegure, y una todas las cañas para que reciban un igual corte: lo que trae dos conveniencias, la una, de que no se salte el grano; con hacer mayor fuerza en unas que en otras; la otra para que quedando las gavillas iguales, se acomodan mejor en los montones que despues se forman, los que bien dispuestos, duran mas sin desbaratarse, y se aprieta en grado de no salirse los granos, y que estos den su fermentacion, seden, y se consoliden. La otra mano del segador, conque maneja la hoz, ha de quedar libre, y al lado de afuera de la sementera; yá para que trahendola hasta debaxo de la muñeca de la otra mano, corte la caña, no haciendo la accion acia su cuerpo, sino acia el mismo brazo conque usa el instrumento; ya por que tropieza la hoz contra las demas matas, y le impide al brazo todo el aire, y libertad para obrar con agilidad su officio.

Para

Para lo que es trillar, limpiar, y guardar el trigo, daremos en otra ocasion las máximas que deben guardarse para que se logre la utilidad que de ellas resultan. Tambien se tratará de otros granos cuyo cultivo no pide tanta niñedad como el de el trigo. Asi mismo no podemos hablar sobre los temporales que son contrarios à los granos, como el yelo, granizo &c. ni de los tiempos proporcionados à las siembras: por que pide alguna discucion este punto, por las preocupaciones que comunmente se tienen, en perjuicio de la misma agricultura, que à mas de no sufrir arbitrarios impedimentos, por experiencias, mal observadas, y hechas sin tino, ni principios, se ha oprimido, y estrechado, à unos límites inciertos, tanto de las lunaciones, como de las estaciones mas señaladas del tiempo, en estos temperamentos.

Por fin, si los campesinos no se satisfacen de estos avisos, por no querer salir de lo que aprendieron de sus mayores, podrán primero en poco terreno, y con poca semilla, hacer sus ensayos, con lo que por sus propios ojos verán la ventaja, para coger en grande, abundantisimas cosechas.

#### AVISO AL PUBLICO.

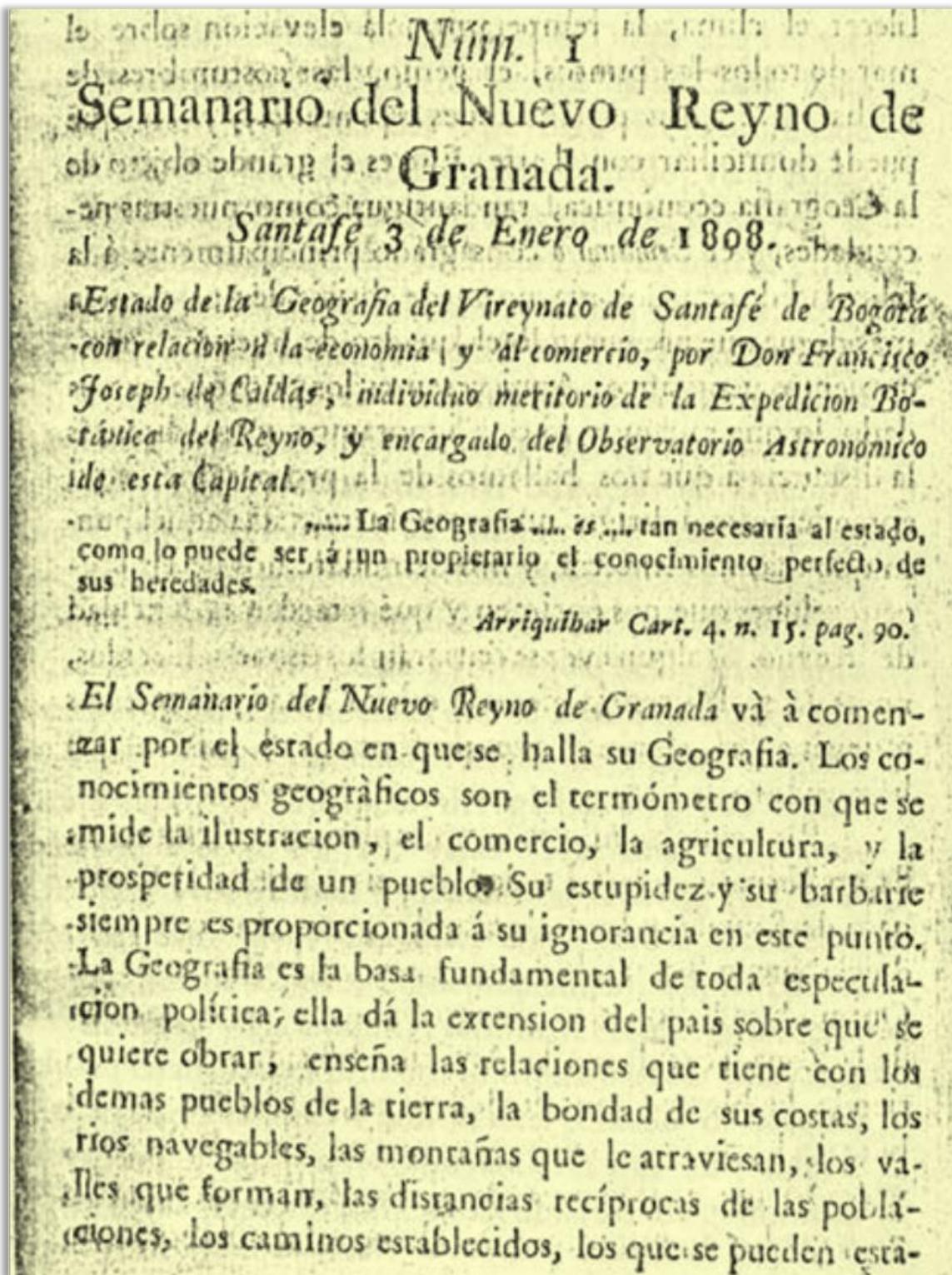
*Estando para concluirse la primera suscripcion à este Correo, que termina en 11 de Agosto del presente; se procederá à la segunda, baxo las reglas establecidas en el Prospecho, y la advertencia siguiente.*

*Los editores de este Periodico, desde que se propusieron establecerlo, no tubieron otra mira, que la del beneficio publico; y por ningun caso la de su propia utilidad: en este supuesto graduaron su precio en terminos, que moderadamente alcanzara à cubrir los costos de la empresa, aunquando se expendiera la mayor parte de sus exemplares. La experiencia, que ha hecho ver que rara vez se verifica este caso; y la mucha caristia actual del papel, parece, que nos autorizaban para subir el precio del Correo; pero deseosos de no hacer alteracion alguna, y queriendo combinar esta intencion en terminos, que no perjudique gravemente à nuestros intereses, advertimos que se continuará esta obra, en caso, que se junte à lo menos el número de doscientos, y cincuenta suscriptores; y se tirarán muy pocos exemplares mas, para su expendio por menor. Si no se lograre el completo de este núm en el tiempo, que media desde hoy hasta concluirse la primera suscripcion, se devolverá el dinero à los sugetos, que lo hayan adelantado; y se suspenderá esta empresa hasta tanto que se abarate el papel. Se admiten suscripciones en el despacho acostumbrado, y en todas las Administraciones de Correos dependientes de la Principal de esta Ciudad.*

Con Superior Privilegio: En la Imprenta Patriótica de Santafé de Bogotá.

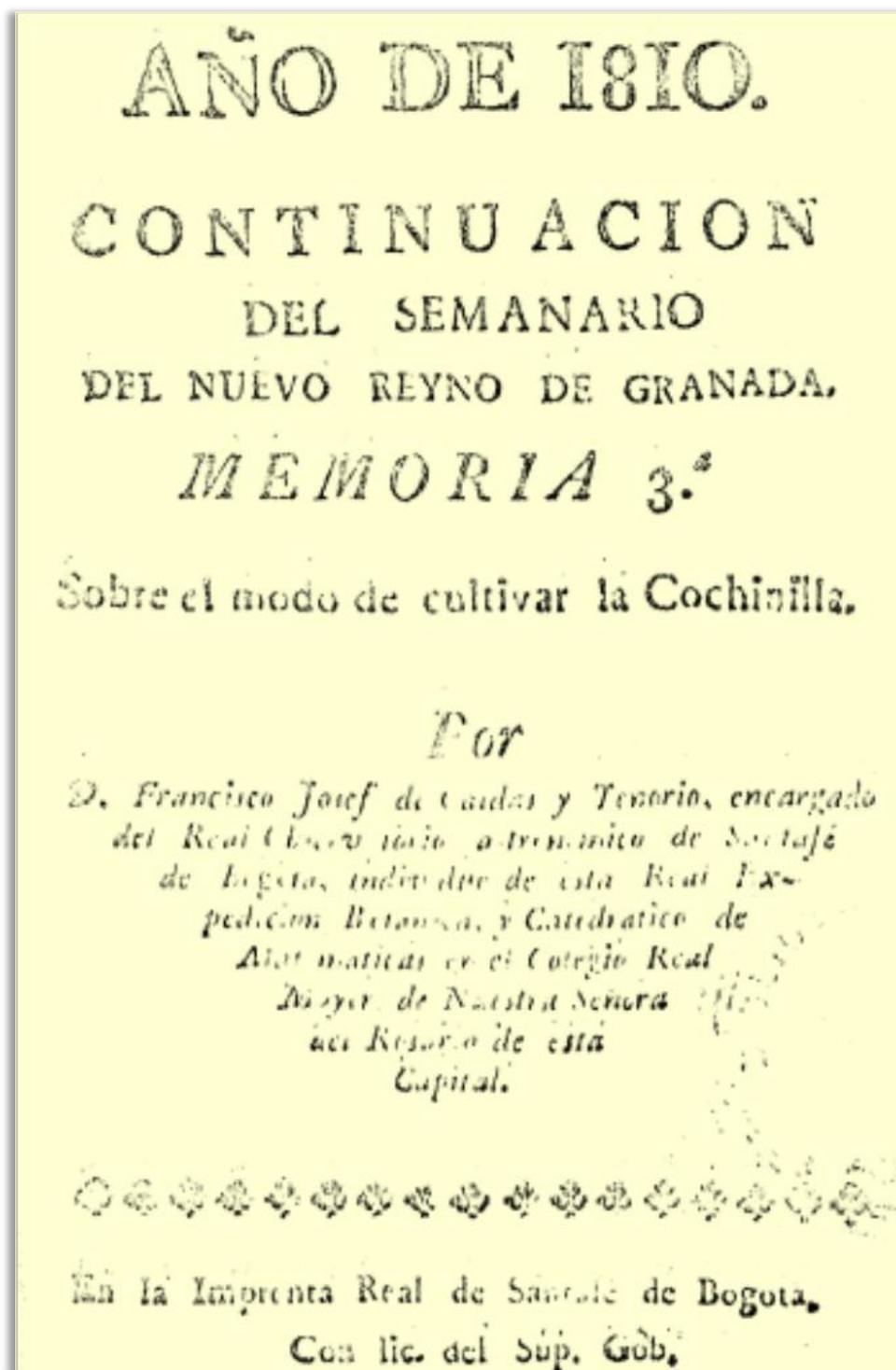
## Anexo No 3

Copia de la portada del primer número del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, publicado el 3 de enero de 1808.



## Anexo No 4

Copia de la portada y de la primera página de la memoria 3ª que explica la forma de cultivar la cochinilla, publicadas en la *Continuacion del Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, el cual empezó a circular con ese nombre desde enero de 1810.



Tienda, tienda  
Nº 201 (2)

## MEMORIA.

### SOBRE EL MODO DE CULTIVAR LA COCHINILLA.

No basta saber que el N. R de Granada produce naturalmente la misma Cochinilla que enriquece à Mexico; que su tinte es de grande estimacion y valor en Europa; y que nos interesa mucho cultivarla. Es necesario conocer el tiempo oportuno de plantar el Nopal, su cultivo, el modo de criar el insecto, de recogerlo, secarlo y empicarlo. Todo lo que sabemos sobre este objeto interesante se reduce à las instrucciones que en 1777 remitió el Exmo Sr. Bucareli al Exmo, Sr. D. Manuel Antonio Florez, formadas en Oaxaca por dos practicos experimentados en el cultivo de la Cochinilla. Apesar de ser difusas estas instrucciones, de hablar de todos los puntos esenciales, dexan mucho que de ear, y excitan dudas à que no se puede satisfacer sin acudir à Oaxaca, ò à los demas lugares en que se cultiva y recoge este tinte precioso. Los nombres vulgares, propios de esas provincias, y cuyo significado ignoramos, aumenta la dificultad e inutilizan para nosotros una buena parte de sus instrucciones, nosotros vamos à refundir todo lo que allí esta sin orden, y confusamente explicado.

#### PREPARACION DEL TERRENO.

El terreno que se destina para cultivar la Cochinilla no necesita de otro beneficio que el de quitar toda planta extraña. Es verdad que el Me-

## Anexo No 5

Copia de las dos primeras páginas del primer número de *La Miscelanea*, periódico publicado el 18 de septiembre de 1825.

## La Miscelanea.

No. 1.] BOGOTA, DOMINGO, SETIEMBRE 18, DE 1825. [Trim. 1.

### PROSPECTO.

Al presentarnos al publico como escritores, creemos de nuestro deber manifestar el objeto de este periódico, y hacer una ligera enunciacion de los principios que profesamos. Su titulo indica bastantemente la diversidad de materias que nos proponemos tomar en consideracion. La politica, la lejislacion, el comercio, la literatura, y las noticias extranjeras ocuparan un lugar preferente en nuestras lineas; amantes de la libertad y celosos de nuestros derechos, vijilaremos cuidadosamente la conducta de los magistrados para denunciar sus faltas y reclamar el cumplimiento de las leyes. Seremos libres en nuestras censuras, pero decentes en nuestras espresiones; las personas y todo lo que diga relacion a la vida privada, es una propiedad que miramos como inviolable. Combatiremos los principios que no creamos en armonia con las instituciones que nos rigen, o con las que reclaman el bien del mayor número, y como tendremos que luchar con opiniones añejas, con intereses encontrados, con preocupaciones envejecidas, y sobre todo, con hombres altivos, unos por el poder, y otros por el prestigio que los ha divinizado, es probable que encontremos enemigos en la ruta, pero esperamos de la justicia de nuestros conciudadanos que no se nos ataque con insultos y sarcasmos, por que sobre ser demasiado prohibidas estas armas, solo sirven para desnaturalizar las cuestiones.

La Constitucion de Colombia, este libro precioso que nos ha restituido al pleno gozo de nuestros mas caros derechos, sera uno de los objetos de nuestras meditaciones: la defendemos con constancia, y si alguno de sus articulos mereciere nuestra critica, sera con el solo intento de promover su reforma

en el modo y terminos que ella misma previene; pero nunca con el de provocar a la desobediencia. Nuestra opinion particular se plegara siempre a la espresion de la voluntad jeneral, y nada de subversivo al orden publico se encontrara en nuestras columnas. Como tampoco nos hemos propuesto fomentar la discordia entre los ciudadanos, declaramos: que nuestra patria es la Republica de Colombia, y que todos los hombres, cualquiera que sea el lugar de su nacimiento, sean cuales fuesen sus opiniones relijiosas, son acreedores a nuestra consideracion.

Nuestro estilo sera unas veces serio, otras jocoso, siempre libre, pero moderado. Admitiremos comunicados con tal que vengan firmados por alguna persona capaz de responder conforme a la ley. Nada escijimos por su insercion, pero nos reservamos el derecho de publicarlos o devolverlos, sin que se tenga el de pedirsenos esplicaciones sobre los motivos, y advertimos que insertaremos tal vez articulos que en su fondo no sean conformes con nuestras opiniones, y podemos desechar otros en cuya forma solamente no estemos de acuerdo. En el ultimo caso, tres dias despues de recibidos seran entregados al impresor, para que este lo haga al autor, y en uno y otro ofrecemos un secreto inviolable.

### SOBRE EL COMETA

NUMERO 12.

Es un milagro su ultimo articulo titulado; *El milagro de los cinco panes*;'' milagro decimos, porque su exactitud, imparcialidad y buena fe lo sacan del orden natural de los articulos que se escriben en periodicos. De el se deducen varios principios que el

*Cometa* nos trae de allá fuera de nuestro turbillon, y que por tanto tienen el caracter de novisimos y orijinalisimos, y que por lo mismo que lo son, no necesitan otro examen para ser colocados entre los mas luminosos de la legislacion, economia y aritmetica politicas.

Como el autor del *Cometa* es hombre de *genio* no se ha cesido a un metodo lojico en su escrito, y nos corresponde a los hombres medianos presentar su *espíritu* conforme a las reglas vulgares que el desdeña.—Manos a la obra.

#### AXIOMA I.

*La agricultura de un pais no puede recibir del gobierno otro fomento, que el directisimo de dar a cada agricultor con que tener una hermosa hacienda.*

#### COROLARIO I.

Luego cuando un gobierno popular contrata un empréstito, autorizado suficientemente, no debe ni puede hacer otra cosa (si quiere gobernar como un *Cometa*) que distribuirlo por una regla exacta de particion entre todo el que tenga manos para recibir.—(Dios lo haga que nosotros tenemos muy listas las de nuestra pertenencia).

#### COROLARIO II.

El valor de un empréstito debe ser, pues, el resultado de la multiplicacion del numero de agricultores del pais prestador por el numero de pesos que quisiera obtener el sr. agricultor que desee mas plata.

#### AXIOMA II.

*Dividida en ocho partes la poblacion de un pais, los siete son de hombres dedicados a labrar la tierra, y acreedor cada uno a su parte de empréstito, y la octava restante la constituyen los hombres hechos dedicados a todas las demas profesiones sociales, los viejos, los invalidos, los niños, las niñas, las mozas y las viejas.*

#### COROLARIO.

Luego contrayendonos a Colombia y suponiendole el *minimum* de 2,600,000 habitantes, y que el agricultor mas exijente se contentase con 100,000 pesos por no quedar reducido a comer, con perro, vaca de leche y yunta de buayos, debieron prestarse en 1824 no treinta millones, sino doscientos veinte y siete mil y quinientos millones.—La suma es un poco fuerte, pero de no haberla hallado en casa de los sres. B. A. Goldschmidt, pudo

pedirse a los sres. Bailly y Goldsmid; si estos no la tenían, se habria ocurrido a los emperadores del Mogol y de la China, y si aun S. S. M. M. eran pobres por hacer tal especulacion, el *Cometa* pudo ir a levantar el empréstito en la estrella *Sirio* u otro pais vecino.

#### APENDICE

Un *Cometa* que recorre espacios incomensurables no es mucho que descuide la exactitud, tratándose de las pequeñas distancias y extensiones terrenas; así es que el nuestro supone a Venezuela lo que no es desde 1821, y cita con enfasis el Tachira, que desde la misma fecha no tiene importancia jeografica sino en las cartas de los enemigos de Colombia.

#### CENSURAS.

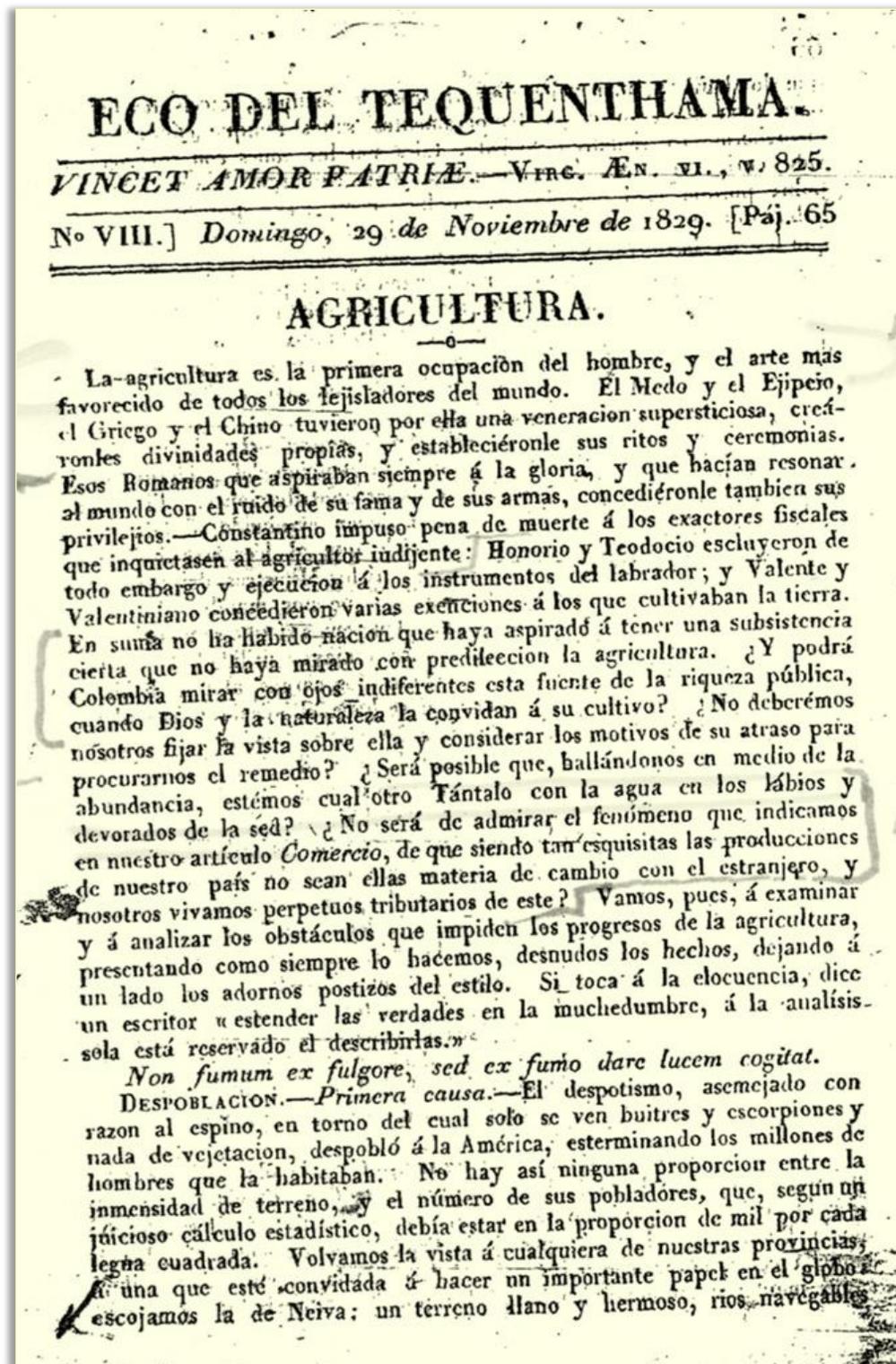
##### NOMBRAMIENTOS del PODER EJECUTIVO.

Por anuncio de la *Gaceta de Colombia*, el publico ha sido instruido de que seis de las plazas de Ministros de la Alta Corte de justicia se han honado provisoriamente por el ejecutivo con miembros del lejislativo. Así que, tendremos un tribunal supremo de justicia formado casi en totalidad con hombres que han intervenido é intervendran en la confeccion de las leyes.—Nos proponemos examinar, con el lenguaje comedido y decente que tenemos protestado, cuanta sea la inconveniencia de tales nominaciones, cuanto el desacuerdo en que ellas colocan al gobierno con los sanos principios constitucionales, y hasta que punto estan en pugna con nuestra propia Constitucion politica. Comensaremos luego nuestras observaciones por el ultimo termino de comparacion, que es el que nos concierne de mas cerca, esperando se nos haga la justicia de creer que al discutir ciertas cuestiones en abstracto, nuestra pluma no sera en manera alguna impulsada por el deseo perverso de que se hagan malignas aplicaciones. Consideramos los principios y prescindimos de las personas.

La Constitucion en su artículo 65, dice así: *No podran ser senadores ni representantes... los ministros de la Alta Corte de justicia.*—Esta es una proposicion naturalmente convertible de esta suerte: "No podran ser Ministros de la Alta Corte de

## Anexo No 6

Copia de la portada del número ocho del *Eco del Tequentham* con información sobre Agricultura. Fue publicado el 29 de noviembre de 1829.



Anexo No 7

Copia del encabezado del primer número del *Constitucional de Cundinamarca*, publicado el 25 de septiembre de 1831.



Este papel sale los Domingos. Se suscribe en las administraciones de correos, y en la tienda del Sr. Velaz. La suscripción anual vale cinco pesos, veinte reales la del semestre. Se publicarán en él los avisos que se comuniquen al respecto de dos reales por cada cinco renglones.

La prefectura dirigirá los números por los correos, a los suscriptores de fuera; y los de esta ciudad los recibirán en sus casas. En la tienda del Sr. José Antonio Velaz, calle 1.ª del comercio número 10 se venderán los números sueltos a real. Se dará lugar en este papel a los comunicados que se dirijan de algun modo al bien general.

CONSTITUCIONAL DE CUNDINAMARCA

TRIMESTRE I.

Bogotá, Domingo 25 de Septiembre de 1831.

NUM. I.

...petente para su  
...dado en Paris  
...  
...de aprecio so  
...vidor.  
... (Dr. médico.)  
... 2 de 1836.

...CADO  
...Constitucional  
...marzo de 1836  
...presente prepará  
...pílovas de plo  
...nos caña unavez  
...componen de  
...pratooloruro de  
...dorado de un  
...da antiguo  
...cantidad, que  
...bastante fuerte  
...niente. Cual ha  
...ber nevaria

CACAO CULTIVADO.

(Continuacion.)

Cuando se sirvan de posturas para formar un cacagual, deben tomarse las matas del grueso del dedo pequeño, i que no pasen de dos o tres pies de altura; se cuida de arraucarlas del semillero con bastante tierra, i de trasplantarlas al momento, con la precaucion de no dejar raíz alguna en una posicion que las obligue a encontrarse.

No se deja urecar el cacao sino hasta cierta altura, no solo para cogjer el fruto con mas facilidad, sino tambien para que sea menos castigado del viento.

El cacao regularmente florece a los diez meses de plantado. El que sale de semilla no echa flor hasta el cabo de los años.

Por cacaos están todo el año...

se causaria un  
mucho trabajo  
ciamente habia  
cho.

El objeto p  
del cacao es el  
mendras; se hac  
considerable, tan  
como en las otr  
do. Con estas al  
que se hace el  
nos traen de Am  
los especieros en  
pequeña, i en  
queno de las  
nos viene de la  
mas untoso i de  
de muestras isl  
arboles que lo  
dejan de ser de  
esta diferencia  
atribuirse sino  
cultivo i del el

(Traducido

de Nueva

Este es un extracto de la nota sobre el cultivo del cacao que fue publicada en la página 46 del número 233, el cual circuló el 13 de febrero de 1836.

## Anexo No 8

Copia de las dos primeras páginas del número nueve de *El Cultivador Cundinamarqués; ó Periódico de la industria agrícola, y de la economía doméstica*, que circuló el 1° de junio de 1832 con información sobre el añil.

Este papel sale el 1.º y el 15 de cada mes, y se vende en la tienda del Sr. Antonio Velez. Los núm. sueltos á real.



La suscripción, por semestre, vale diez reales. Las de fuera serán dirigidas al Señor Bruno Espinosa.

**EL CULTIVADOR CUNDINAMARQUÉS: ó Periódico**  
de la industria agrícola, y de la economía doméstica.

(Número 9.º) BOGOTÁ, 1.º DE JUNIO DE 1832. (Semestre 1.)

De todas las profesiones que pueden enriquecer, la Agricultura es la mejor, la mas fecunda, la mas dulce y la mas digna de un hombre libre.  
[ CÍCERÓN, 1.º de Oficios. ]

**AÑIL.**

Este producto vegetal, que hace la riqueza de otros países, se dá en abundancia en los climas cálidos de la Nueva Granada. Los vastos desiertos de Casanare, Mariquita, Neyva y Patía, cubiertos de plantaciones de añil producirían una riqueza inmensa, y en breve tiempo se verían fomentadas sus poblaciones, y se formarían otras con la utilidad y ganancias del añil. Las fabricas de Quito se proveerían de este tinte precioso, sin mendigarlo de Guatemala, y recibirían un gran fomento las del Socorro, Tunja, y Pasto. Hasta ahora solo se conoce el cultivo del añil en los valles de Cúcuta, y en algunos puntos de las Provincias del Socorro, y Velez. Antiguamente lo hubo en la Mesa de Juan Diaz, en la hacienda del Sor. Umana; pero hoy se halla descuidado este ramo im-

portante de la riqueza nacional. Indicaremos el modo de sembrarlo, cortarlo y demás preparaciones necesarias para la extracción de su tinte.

*Suelo.*—El añil es una de aquellas plantas que piden un suelo ligero, y un clima caliente. La tierra destinada para el efecto debe limpiarse bien, y secarse; pues la misma humedad que favorece á la planta en su crecimiento, es funesta á la nacencia del añil.

En las tierras donde este se ha de plantar, deben contrarse los árboles cuatro meses ántes de quemarlos. Entónces el fuego los consume mas fácilmente hasta sus troncos. Inmediatamente despues se trazan las líneas; y estando la tierra así preparada, se siembran las simientes, luego que caen las primeras lluvias; tres meses bastan para obtener una buena cosecha.

*Siembra.*—Se deben escoger las simientes, y los hoyos en que se ponen deben tener tres pulgadas de fondo, y dos pies de distancia en buen terreno, ó diez pulgadas en uno de calidad inferior. En las colonias Francesas, los hoyos no tienen mas que dos pulgadas de hondo, y seis ó siete pulgadas de distancia. La calidad del terreno lo exige así. Es la costumbre hacer estos hoyos en línea recta; pero en otras partes se hacen en lechos. En cada hoyo se echan tantos granos, como los que se pueden coger entre los dedos índice y pulgar. Despues se cubren con una pulgada de tierra. Es inútil sembrar un campo de añil, á no ser que llueva; la tierra debe haber recibido agua, ó almenos deben seguirse las lluvias inmediatamente despues de la siembra, pues de otra suerte la simiente se calienta y pudre, y se pierde todo el trabajo.

*Escarda.*—En la estación favorece la vegetación, el añil empieza á nacer al cuarto dia, y á veces al tercero. Al cabo de quince, se vé atacado por las yervas que no lo dejarían progresar, ó lo destruirían, si nó se desyervasen ó arraucasen.

El escardar, de suerte que no quede una sola yerba, es de absoluta necesidad, tanto para la abundancia de la cosecha, como para su calidad, y fabricación. Si no se atiende con preferencia á esto, se presentarán despues muchas dificultades, porque irán con el añil muchas plantas extrañas, que es necesario separar. Estas yervas dan por la fermentación un jugo, que destruye las señales de la fábrica, y por su mezcla se impide el desarrollo y reunion de las partes esenciales del añil. El que se obtiene de este modo es de mala calidad, y en menes cantidad de lo

## Anexo No 9

Copia de la portada y una página con información sobre las vacas, publicadas en el número seis de *El Amigo del País* de Santa Marta, el 30 de octubre de 1835.

**EL AMIGO DEL PAIS.**

—<<<<<<<<>>>>>>>>—

Trim. 2.º Num. 6.

SANTAMARTA Viernes 30. de Octubre de 1835—25

---

La desigualdad de los conocimientos tan nociva en la sociedad, solamente puede remediarse por la Imprenta.—BURLAMAQUI.

---

**EL AMIGO DEL PAIS** se publica el 15 y 30 de cada mes. Se suscribe a él en la administración de correos de esta ciudad a tres pesos anuales, pagando adelantados; los números sueltos se venden a real en el almacén del señor José Antonio Catalán. Los comunicados ó avisos que se dirijan valen medio real cada línea. A los suscriptores de esta ciudad se les llevará a sus casas, y a los de fuera se les enviará religiosamente por el próximo correo.

**COMETAS.**

El 13 del corriente se nos ha presentado a la vista una aza en la parte del occidente. En otros tiempos se tubo su aparición como el precursor de grandes y temibles desgracias, hasta el caso de ser el objeto de terror para los pueblos. Hoy afortunadamente se miran como planetas que giran al rededor del Sol; haremos pues una breve reseña de la historia de estos astros. En 1692 se vió uno, y en 1759, volvió a verse: en 11 de febrero de 1759 se hicieron visibles dos, y algunos se observaron por espacio de seis meses en 1773. El diario de debates que se publica en París trata al Cometa de 1759, el Cometa de Halley, y se cree que pasará al perihelio el 4 de Noviembre mediante el concepto de varios, y en el de otros, el 13. Segun estas observaciones, debió aparecer en el horizonte de este mes de Agosto, elevandose hasta el 21 de Setiembre en que llegó al cenit.

El celebre Astrónomo Olbers no piensa, que el resplandor del Cometa que actualmente se vé patentemente en Santamarta sería tan extraordinario que igualase al que apareció en 1811 por la dirección particular de su rabo. Este Cometa de 1835, está graduada su distancia de la tierra, en ocho millones de léguas. Para el año de 1832 se anunció un nuevo Cometa, pero no hemos visto confirmada su aparición; y puede ser que aquel sea, el que se nos ha hecho visible.

Muchos creen que el rabo de un Cometa, es lo que los constituye tal. Los Cometas se distinguen principalmente por el rastro de luz que suele observarse en ellos, y que se llama *barba* cuando los precede, *cola* cuando los sigue, y *cabellera* cuando los rodea. Segun las observaciones de Ticho en 1835 algunos de estos astros aparecen, sin cola, barba ni cabellera, como jeneralmente se distinguen. La ascension y dirección de las colas de los cometas, regularmente se encuentran al lado opuesto del Sol. Observaciones de tanta magnitud son debidas a la predicción de los astrónomos, y es preciso que las vanas conjeturas no hagan presagios tenebrosos de unos cuerpos celestes que en el orden natural tienen su movimiento en la órbita que nos presenta la grandeza del Criador. Por lo que pueda convenir esponemos, que Santamarta se encuentra a once y medio grados de latitud.

**POLICIA.**

No hablaremos ahora de aguas empantadas, de basureros, ni de otras materias, que aunque de mucha utilidad, no falta quien sobre ellas moleste con frecuencia los oídos de los agentes de policía. Tocaremos con la brevedad a que nos sujetan las pequeñas columnas de este papel el punto mas descuidado entre nosotros, i el que mas distingue a los pueblos cultos de los inciviles.

Desde que el hombre empezó a reflexionar sobre sus verdaderos intereses, dejó la vida errante, se reunió a otros hombres para formar sociedad, i fué entonces su primer cuidado construir una cabaña para libertarse de los rigores de la intemperie i reposar tranquilo i seguro en torno de su familia. Con este nuevo genero de vida engrandeció su espíritu, se desenvolaron sus potencias; vinieron las artes en su auxilio, i así logró establecer las relaciones de orden entre todos sus consocios; las cabañas rusticas se convirtieron en edificios regulares, i de su conjunto proporcionado resultó la belleza de las grandes ciudades que hoy admiramos.

No haremos nacer de aqui el necio pensamiento de que Santa Marta debiera estar

sensualidad huyen de unos vinculos molestos para la inconstancia: miran á las mugeres como un bien común, ó á lo menos como una conquista tan fácil de conseguir como de emprender. Los desordenes ó la facilidad de las mugeres deben necesariamente multiplicar el numero de los cortejos y de los solteros.

Por otro lado, los hombres mas sensatos temen tambien unos vinculos capaces de hacerlos infelices por toda su vida. La mala educación de las mugeres, su pasión desenfrenada al fausto y los placeres, y lo raras que son los buenos matrimonios, son razones muy poderosas que hacen preferir el celibato á unos nados en que es tan difícil encontrar felicidad y sosiego, cuando se vive en un pais de lujo, de corrupcion y de caprichos.

Sin embargo, ello es cierto que el celibe se priva de las muchas ventajas que la union conyugal puede producir. Un viejo solteron es un ser solitario que en sus enfermedades se halla por lo comun abandonado y entregado á la bonacidad de sus criados: no experimenta en sus enfermedades los cuidados y la vigilancia de su muger y de sus hijos: y pena y se consume marcado de parientes que suspiran por su herencia.

Reprimiendo el lujo, arreglando mejor los matrimonios, castigando el adulterio i la prostitucion pública, no le falta virtuoso lograra disminuir el numero de los celibes, y hacer los matrimonios mas felices, y capaces de formar ciudadanos para el estado. Deseamos que esta materia interesante no se pierda de vista en la politica del gobierno, puesto que es bien sabido que el matrimonio une al hombre mas intimamente á su pais y a la sociedad, estimula-lole al trabajo: el padre de familia es semejante á un arbol robusto que se agarra y arraiga en la tierra con muchas y profundas raíces. El efecto del celibato, por el contrario, es disolver y aniquilar el interes público, reconcentrar al hombre en sí mismo, hacerle un egoista, ó inspirarle una profunda indiferencia para con los demas: en una palabra, el soltero por lo comun es duro ó insociable, por que su corazon no llega á enternecerse y penetrarse de los multiplicados afectos que causan los tiernos nombres de esposo y padre.

#### VACA.

Las señales por donde puede venirse en conocimiento que una vaca es fecunda y lechera son estas: cabeza y enello delgado, espalda ancha, patas cortas, piel delgada y color rojo: esta es la clase mejor, y despues las negras de cuernos chicos con las tetas oco abultadas, tambien pueden escogerse

las que tengan ancha la vena lactea. Las que son hondas de vientre dan poca leche.

Debe impedirse en cuanto sea posible que el toro cubra á la vaca antes de los dos años y medio, por que no dará mas que abortones. Están preñadas 9 meses, y dan crias todos los años hasta los diez: es preciso darlas de comer mas de lo regular, y dejar de ordeñarlas un mes antes de parir; i para este tiempo debe el vaquero estar muy atento, á fin de proporcionar los socorros necesarios. Luego que haya parido se echará en el cuerpo del ternero un puño de sal i pan desmigajado para que la madre le lanta i limpie: habrá cuidado de alejar las parcas, i dar á la vaca para fortalecerla por unos pocos dias salvado de trigo ó de maiz remojado en agua caliente i una pequeña porcion de flor de azufre, procurandosele un bu en forraje.

Al ternero se le hará tragar una yema de huevo crudo, i manosearlo lo menos que se pueda: quedará junto á la madre cinco ó seis dias para que mame lo que quiera, i despues se le separa para que no mame sino á ciertas horas. A los 8 dias despues del parto se llevará la vaca á paecer, dejando el ternero en el corral; pero se le permitirá mamar antes dos veces.

Los terneros solo necesitan ser amamantados por dos ó tres meses, i si la vaca no tubiere bastante leche para criarle, debe suministrarsele leche hervida i algunos pelotones de masa de trigo ó de maiz. Como la sal contribuye mucho á mantener las vacas en buen estado, se advierte que la dosis que debe darseles en las temporadas oportunas es de 3 onzas en dos porciones al tiempo de ordeñarlas. Es tambien muy conveniente mantener en limpieza los terneros i las vacas para evitarles muchas enfermedades: al efecto debe limpiarse con frecuencia el corral: en él debe haber arboles frondosos i enramadas para preservar á los animales de los rigores de las estaciones. Las vacas deben beber dos veces al dia, i el agua ha de ser clara i caliente por la accion del sol.

*Documento importante que corre en una oja suelta.*

#### TRIUNFO.

de la verdad i de la justicia, honroso al ilustre ciudadano, jeneral Paez.

En la *gaceta de Venezuela*, número extraordinario del 26 de Agosto de 1835, se encuentra una famosa carta del jeneral Paez al jeneral disidente Monagas escrita el 18 de agosto, en que se lee el siguiente importante párrafo.

— Hai en mi vida pública un suceso, que podria servir á U. en estas circunstancias de ejemplo i regla, i me atrevo á citárselo por

## Anexo No 10

Copia de la primera y última página del número siete de *El Labrador i Artesano*, publicado el 28 de octubre de 1838, en el que apareció la segunda parte de la información sobre el cultivo de la linaza y el cáñamo.

Este periódico se publicará todos los domingos á las diez de la mañana. El tesoro de la Sociedad, Sr. Miguel Joaquin Peinado, lo distribuirá gratis á los miembros de ella, en su tienda cita en el puente de San Francisco. Allí mismo lo venderá á razon de un real cada ejemplar, i recibirá suscripciones á razon de diez reales el trimestre.

Los señores de fuera de la ciudad que deseen suscribirse, se dirigirán á dicho tesoro recibiendo la copia con ayuso franco de porte, i él cuidará de hacer las repesas del papel por los correos.



Los avisos de compras, ventas, enajenaciones &c. se insertarán á razon de 4 rs. por cada 12 líneas, i un real mas por cada 3 líneas de las que exedan de dicho número. Se hará una rebaja razonable si el aviso se hubiere de insertar mas de dos veces. Los artículos sobre ciencias, artes, política, moral, literatura i demás objetos de general interés, se insertarán gratis á juicio de los redactores.

A los individuos de fuera, que se incorporen en la Sociedad, i cumplieren con los deberes de miembros de ella se les enviará gratis este periódico.

---

## EL LABRADOR I ARTESANO.

---

*Instruir la democracia, reaninar, si es que se puede, sus creencias, acendrar sus costumbres, arreglar sus movimientos; sustituir poco á poco la ciencia de los negocios á su inesperienza, el conocimiento de sus verdaderos intereses á sus ciegos instintos; adaptar su gobierno á tiempos i lugares, modificarle segun las circunstancias i los hombres: este es el deber impuesto en la actualidad á los que encabezan la Sociedad.—Tocqueville.*

---

TRIMESTRE 1.º ] BOGOTÁ DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 1838. [ NUM. 7.º

---

### Sociedad.

En la sesion de la noche de mañana se empezará la instruccion general, dando el señor Dr. Vicente Azuero, presidente de la comision de constitucion i leyes, la primera leccion. Hai tambien muchos negocios que desvachar en la misma noche.

El lunes 5 de noviembre toca dar la leccion al Dr. Ezequiel Rojas, primer nombrado en la comision de moral i religion, por hallarse ausente el Dr. Francisco Soto, presidente de ella.

NOTAS  
mandadas publicar por la comision de la mesa por autorizacion de la Sociedad.  
DECIMA CUARTA.  
Bogotá octubre 15 de 1838.  
Señores:

Con singular aprecio recibí la carta de UU. en que me avisaron que la Sociedad democrático-republicana de artesanos i labradores progresistas de la provincia de Bogotá se habia servido nombrarme uno de sus miembros natos instructores.

Recomendable es, á la verdad, el patriotismo de los que han creado esta asociacion, i utilísimos los objetos de su establecimiento. No hai instituciones libres, ni garantias positivas, las masas populares no gozan en la debida estension de las bendiciones de la civilizacion presente, ni de las ventajas de un gobierno que realmente promueva el bien del mayor número, sino donde dichas masas conocen sus derechos i sus deberes, donde se ocupan de pensar en la cosa pública, i donde comprenden sus intereses sociales. No es tanto en los libros, como en el pensamiento

i la voluntad del pueblo, que deben estar escritas las instituciones.

Yo, pues, de acuerdo en tan laudables ideas, tengo el placer de contestar aceptando el lugar que la Sociedad me ha destinado, i ofreciendo contribuir al auxilio de la Sociedad, consagrándola mis pequeños esfuerzos.

Seame permitido disculparme de haber diferido esta respuesta hasta ahora, que ménos embarazado con ocupaciones urgentes de mi campo, me encuentro mas espedito para concurrir á las sesiones de la Sociedad.

Con particular consideracion me ofrezco á UU. como su mui atento servidor.

*Vicente Azuero.*

*Señores secretarios de la Sociedad &c.*

DECIMA QUINTA.  
Bogotá 16 de julio de 1838.

Con mucho placer he leído la comunicacion de UU. en que se sirven participarme, que esa importante Sociedad me ha nombrado *miembro nato instructor suyo*. Yo no puedo rehusar mi reconocimiento á esta muestra de confianza, i en prueba de ello i de que la aprecio, digo á UU. para que tengan la bondad de hacerlo presente á la Sociedad, que acepto con gusto este nombramiento, i que contribuiré con mis pequeñas fuerzas á que no sean de una naturaleza estéril los progresos que haga esta Sociedad recomendable bajo todos aspectos.

Esta contestacion la habia demorado porque pensaba haber pasado yo mismo á la secretaría á instruirme de los antecedentes de esta asociacion; pero una enfermedad que todavia sufro, i que no me

dos los hombres son iguales, i solo las cualidades que tienen los distinguen de los otros, como son las luces, la probidad, la consagracion al trabajo, el amor de interesado por su patria i una conducta moral irreprochable. Un honrado labrador, un laborioso artesano con estas cualidades, será mas estimable que el que se titule noble sin ellas. La verdadera nobleza está en las acciones i no en el nacimiento. De la comparacion que acaba de hacerse se vé cual de los dos principios es mas ventajoso, i el convencimiento hará que nos decidamos por el democrático.

(Continuará.)

#### MODO DE HACER INCOMBUSTIBLES LAS TELAS.

Un periódico de Londres dice, que la solucion de ácido fosfórico hace incombustibles los géneros de lino, las musolinas &c. Esto acaba de ser demostrado en el Instituto Real á satisfacion de una numerosa concurrencia. Es importante que este hecho se difunda para que llegue á conocimiento de todos. El ácido fosfórico se obtiene quemando un pedazo de fósforo en una botella, en que se recoje en forma de polvo blanco, el cual es soluble en agua con mucha facilidad.

(Evening Post.)

*Continúa la Memoria sobre el cultivo i beneficio de la linaza i cáñamo &c.*

4. La siembra de la linaza se deberá hacer aquí al mismo tiempo que las demás, procurando que no la alcancen los hielos, que la estropearian como á toda otra sementera, especialmente cuando el linar está tierno. La tierra mas á propósito es la llana, húmeda, preparada con distintos ferros, pero de mes á mes, uno, que quede desmoronada i sin terrones. Conviene comenzar por poco, i sembrar en rastros, cuya tierra, como ya trabajada, está mas suelta i esponjada. Mas si fueren tierras recién desmontadas, no se debe plantar un linar sin haber el año anterior (después de rosar, quemar i limpiar la tierra) sembrado maiz, turmas, nabos i otras legumbres, que con sus labores, i trabajos ablandan la tierra, i la disponen para el lino. En España siembran la rubia en el terreno destinado para lino; ojalá que hicieran aquí otro tanto; tendríamos ese ramo de comercio de mucho provecho, i utilidad para los tintes, pues lo que aquí se llama raíz, i con que tienen el colorada tan firme en el campo, es lo

que allá se llama rubia, i sirve para el mismo color. No hai labrador que no pueda sembrar un almud de linaza á orilla de su labranza, pues el que no lo quiera beneficiar lo puede vender en bruto á muchos compradores que quieran hacer en él una ganancia. Manejaránse con el lino, como con todas las demás siembras que están acostumbrados á hacer, i sembrando á un mismo tiempo. Siémbrese la linaza lo mismo que el trigo, pero mucho mas tupida porque así es de mejor calidad el lino, no echa retoños, ni engruesa tanto la caña. Un terreno que ocupa media fanega de trigo puede recibir mas de una de linaza.

5. Repútase por buena la linaza para semilla cuando es gruesa, aceitosa, pesada, i de un color acetrinado, i que cuando se echa en un cubo de agua cae inmediatamente á su fondo. Se tapa con el arado lo mismo que el trigo, pero mucho mas junto; tambien se arrastra un tablon de dos varas de largo con una argolla en cada punta, i estas á un timon que tengan como clavos ó estacas para que, arrastrando los bucyes este madero sobre la tierra, regada de semilla, la tape sin arrastrar la tierra; al tablon se le pondrá una manija que sirvan de mancera. Después de tapada la linaza se harán muelgas sobre el tablon, ó surcos para que no se aniegue, i esto pronto, porque la linaza nace al tercero dia; si le nacieren malas yerbas se desherbará á su tiempo como todas las demás plantas.

*Cuando se deben arrancar los linos.*

6. Esta operacion se hace cuando los linos están ya zarazos, ó hasta su perfecta madurez. Arrancándose zarazos, son las cañas tiernas, i dan hebras mas finas; ejecútase después que el lino ha floreado, i formado los botones de su semilla; pero si se desea lograr buena linaza, no se debe arrancar hasta su perfecta madurez, pues aunque la caña, i sus hebras son mas gruesas i ásperas, se halla en la mejor i mas abundante semilla una buena compensacion. Se conoce que el lino está maduro cuando sus cañas se ponen amarillas, las ojas caen por sí, los botones se ponen morenos, i la semilla toma su color. En esto han tenido los cosecheros sus opiniones: lo mejor será arrancar los linos cuando las cañas han tomado un amarillo brillante, se han caido sus ojas, i oscurecido sus cogus, pues hasta entonces está todavia vigoroso, i pasados algunos dias se secaría, i endurecería. (Continuará.)

## Anexo No 11

Copia de la portada y una página con información sobre el plátano, publicadas en el número trece de *El Amigo del País* de Medellín, el 15 de junio de 1816.

331



Este periódico se publica los días  
1.º y 15 de cada mes: la suscripción  
por trimestre vale cinco reales i ca-  
da número suelto un real: se ad-  
miten suscripciones i se venden los  
números sueltos en la tienda del  
Sor. Antonio José Escovar.

Se admiten artículos remitidos:  
estos se dirijirán cerrados i franco  
de porto a los editores por conducto  
del impresor Manuel Ant. Balcazar.  
Los avisos importantes se imprimi-  
rán gratis.

EL AMIGO DEL PAÍS.

La verdadera devoción es tolerante como la verdadera filosofía;  
la hipocresía i la superstición son fanáticas é intolerantes. SICUT.

NUM. 13.

MEDELLIN 15 DE JUNIO DE 1816.

TRIM. 3.º

---

**POLICIA.**

En una de estas tardes pasadas, me encontraba yo fastidiado del trabajo, cosa que no pocas veces me sucede, por que es mejor dormir que trabajar, aunque no para el bolsillo; estaba fastidiado como dije, i el calor que algunas veces sube de punto acá en los trópicos, me tenia acosado hasta el estremo de chorrearme el sudor de la frente gota à gota: la tarde estaba despejada i deseoso de gozar de la frescura, que à la orilla de nuestro hermoso rio, se disfruta à esta hora, por mucho que sea el calor; me encaminé à la ventura por una de estas calles que conducen al rio, sin detenerme mucho en la eleccion; por que para mi que no tengo, ni deseo tener, necesidad de ver si en la ventana tal, está la niña tal, si fulanita salió al gabinetito tal, ó si la otra irá à pasearse por la alameda nueva ó por la vieja, me pareció que tanto valia la una calle como la otra, juicio de mi que no sabia que estas calles que conducen al rio, solo lo hacen en teoria i no muchas veces en realidad! un triste desengaño me forzó à ser mas cauto en lo sucesivo!

Como iba diciendo, elegí la calle de Ayacucho: llas ya disipando mi disgusto, pues comenzaba la suave brisa que sopla del lado de occidente à menear los altares que se encuentran al salir del poblado, i à refrescar mi cuerpo agitado por los calores de junio: poco à poco me fui entregando à las dulces meditaciones que inspira la hermosura de la naturaleza i lanzándome hasta el porvenir, descubria un bellissimo cuadro de lo que dentro de algunos años será Medellín, si la paz continua i si se arroja de entre nosotros la polilla que nos destruye. Este Medellín, capital de una provincia que encierra tantos elementos de riqueza, situado en un valle hermoso i fertilisimo, con sus habitantes tan industriosos, tan activos, tan amantes del trabajo, tan celosos de su libertad: este Medellín será un emporio de prosperidad i de riqueza: ni imaginacion se iba elevando i me sacaba de la realidad, para no presentarme mas que ilusiones; pero como al paso que pensaba, tambien caminaba, de repente, pensamiento i movimiento fueron detenidos por un obstáculo inesperado, desconocido para mí! una laguna en medio de la calle! al principio creí que me habia estraviado en el camino, así como en la imaginacion; pero no señor, no me habia estraviado, i el obstáculo era real, positivo, palpable, i talpo que tuve que sentarme à un lado del camino para tomar una resolución, i no se crea que era una cosa de poco momento esta resolución: para mí era tan importante, como para un pretendiente de novia elegir la que mas le conviene, como para un jeneral formar su plan de batalla: tres medios se me presentaron para salir del apuro:

retroceder, dar un largo rodeo i tomar otra direccion para llegar al rio; pero era ya tarde i la noche se adelantaba à paso de ataque; salvar algunas cercas i atravesar varias posesiones; pero lo primero era peligroso porque las cercas eran de pocas sembradas de largas espinas, i se corria peligro; lo segundo era un ataque à la propiedad i mengua fuera, que un hombre como yo, atasease sin son ni ton las propiedades ajenas: el tercer medio era echar à un lado los calzones, por que eran de trahilla, despejar mis pies de botas i medias i procurar pasar la laguna à baò ò à nudo, porque tengo la ventaja de estar ejercitado en la natacion: tal vez este último medio seria el menos prudente; pero has de saber, lector amigo, que fué el que escogí, i me salió bien, por que aunque lleno de lodo hasta la rodilla, me puse en el otro lado.

Ansioso estaba por lograr mi objeto, que era llegar al rio, i esta ansia se habia aumentado mucho, porque el barro me impedia hasta para caminar: unos cincuenta pasos distaria del rio, cuando me sobresaltó una tremenda algazara que allí se percibió: al principio creí que era alguna desgracia; alguno que se ahogaba, alguno à quien se asesinaba: mas me inclinaba à creer aquello, porque aunque esto sea mucho mas frecuente acá entre nosotros, no obstante que con la venida de ciertos sujetos, el pueblo se ha mortajado mucho: el sitio i la hora, no eran míi à propósito para aquellas fauñas: habiendo precipitado el paso, por que soi naturalmente curioso, descubrí un grupo de unos quince ó mas jóvenes, metidos entre el rio; i los enales causaban aquel ruido: nada irregular me pareció aquello, i aun los envidié, porque ciertamente, cuando ya los años van debilitando la fuerza de los goees de la infancia i de la juventud, se siente un secreto pesar al recordar aquellos tiempos en que uno se entregaba con todo su ser à estas diversiones. Así que me lavé los pies, me puse medias, botas, calzones i me acomodé en una de las vigas que estaban junto al rio, à observar en silencio lo que pasaba à mi alrededor.

No duró mucho mi satisfacción, porque noté con disgusto, que jóvenes de familias muy distinguidas, estaban allí mezclados con algunos de la hez del pueblo, en franca confraternidad con ellos; no por que yo sea de aquellos que están apegados à las falsas ideas de nobleza; i que serian capaces de romper tres lanzas por un Don, por esto no, por que para mí el hijo de un artesano, vale tanto como el hijo de un presidente, de un ministro, de un gobernador, con tal que sea honrado; sino porque habia allí muchos que yo conocia i que estando todavia apenas salidos de la infancia, están marcados ya con vicios degradantes i basta con delitos i aun crímenes.

Desviando la vista de aquel grupo de jóvenes, me dirigí hacia las

Se admiten artículos remitidos:  
estos se dirijirán cerrados i franco  
de porto a los editores por conducto  
del impresor Manuel Ant. Balcazar.  
Los avisos importantes se imprimi-  
rán gratis.

## EL AMIGO DEL PAIS.

de espanto à todo el que por desgracia los miraba ó escuchaba.

A pocos momentos de haber desaparecido de nuestra vista aquella comitiva infernal, i deslumbrados aun por su aspecto misterioso, nos entregamos à serias reflexiones i por consiguiente à una discusion acalorada. Cansados ya de lidiar con el pensamiento i de perdernos en obscuras conjeturas, uno de los observadores dijo: apostaria mi cabeza à que es el Diabolo que ha venido à tentar las almas i à revolucionar el pueblo, con el fin de hacer caer en sus redes à los amigos del pais, ó lo que es lo mismo, à los Volterrianos. No, contestó otro, es una temeridad la tuya; los amigos del pais son católicos, i ademas, los ruidos no parecen producidos por espíritus malignos, pues hai individuos que aseguran haber visto personas de carne i hueso que marchan en direccion al colejio al tiempo que allí repican, i que estas son las que causan aquel bochinche. Yo dudo de esto tambien, contestó un tercero; i lo que creo es, que algun perro rabioso atraviesa las calles con una cadena al cuello. Disparate gritaron varios: todo puede suceder, pero à nosotros mas fuerza nos hace lo que dice el primo Diego, el cual como mas aguerrido analiza las cosas con mas pachecha. Entonces levantóse este personaje i dijo: efectivamente mis amigos, es una locura el pensar que haya duendes i que almas de otro mundo vengan à este à molestarlos: vosotros no ignorais el furor jesuitico que se ha apoderado de las gazonias de este tiempo; i sabéis tambien, que estas energúmenas mujeres abandonan antes del dia sus casas i sus familias por correr hacia el colejio à oír la misa de los RR. PP, dejando de oír las que se dicen en las iglesias del centro, por que segun ellas, las primeras son excelentes, i las segundas no tanto que digamos. Esto supuesto, no es dificil saber de donde procede el fenómeno que tanto os ha sorprendido; i para que disipeis vuestras dudas sobre este negocio, yo os invito para el domingo próximo, à fin de convenceros de la verdad de mis aserciones.

En este estado se levantó la sesion i admitimos unánimemente el desafio del primo Diego, de cuyo resultado daremos noticia à nuestros lectores.

## VARIETADES.

Se habrá muerto la *Miscelánea al orden del dia*? Por Dios que no lo dejen señores publicantes! como se reparte gratis, hai ya muchos cominos preparados para los nuevos números que salgan i las pulperas tendrán que comprar otros papeles sucios para resolver sus cotizaciones. —Dice el omnium del Dia número 356: «que hará el Amigo del Pais, cuando acabe de traducir lo que el Recreo dice de los Jemitas? lo que hace el fuego cuando le falta el combustible, es decir apagarse. Nosotras respondemos: copiaremos à otros escritores, traduciremos algunas obras clásicas, mendigaremos artículos en la prensa, nos sopla un poco, escribiremos algunos pagueltos, pero el Amigo del pais marebará, mientras dure la imprenta en Antioquia, mientras dure la prensa en nuestros bolsillos, mientras las causas de inquietudes i de alarmas para la paz i la libertad, no desaparecan de nuestra tierra.

—¿Qué hará el vanidoso muchacho que solo alcanza à escribir cuatro renglones para mandar al omnium del Dia, cuando el dia se acabe? apagada será su candela, porque él es incapaz de escribir todo un artículo, i en otros periodicos no le admitirán sus chuladas.

## PLATANO.

«Hace pocos dias que tuvimos el placer de visitar la hacienda Haasbosch de los Sres. Glen, quienes nos permitieron presenciar el proceso empleado por sus industriosos dueños para preparar la fibra del PLATANO, de la cual se han remitido recientemente à Inglaterra muestras, con la esperanza de añadir un artículo nuevo i de valor à las manufacturas tejidas de la Gran Bretaña.

«Nuestros lectores sabrán acaso que hace poco que se ha importado en Inglaterra una bella manufactura de la India i la China, bajo el nombre de YERBILLA DE SEDA, i que hasta ahora ninguna clase de lino ó cáñamo se ha podido emplear por los fabricantes para imitarla, por razon que las fibras de uno i otro artículo carecen de uniformidad en el hilo i del lustre de la seda. Si resultara que la fibra del platano posee àmbas cualidades, lo cual nos inclinamos à creer que es así por ciertas propiedades botánicas que la distinguen, i que no es del caso entrar à manifestar, es satisfactorio saber que las remesas indicadas llegarán à Inglaterra muy oportunamente, i que con ellas se harán todos los ensayos necesarios por los interesados allí, para quienes será tan importante como para los productores del platano un feliz resultado: Si así sucediere, el beneficio que obtendria esta colonia sería muy considerable, porque el platano constituye su principal renglon de consumo vegetal, i à la vez se aprovecharia la fruta i la fibra de la mata; à lo que se agrega que no estaríamos tan espuestos como con otros artículos à la competencia.

«Los Señores Glen han empleado con razon el menor trabajo posible en las muestras que han enviado à Inglaterra, limitándose à lo necesario para conservar la fibra, ellos han dejado el trabajo de batirla, espurgarla i blanquearla, para que se haga de una manera mas efectiva por el fabricante ingles.

El modo de proceder con la mata es el siguiente: luego que la fruta esta en estado de sazón, córtese la mata, sin dividirla completamente, por el centro entre las ramas i la raíz, dejándose que la parte superior caiga, para cojer la fruta sin lastimarla. En seguida se corta la mata cerca de la raíz, i se trasportan las dos partes del bástago à las oficinas. Allí se abren por la mitad de punta à punta, i se saca el corazon para obrar sobre él separadamente. Las partes exteriores se pasan por dos cilindros (como la caña cuando se muele) para sacarles el jugo: luego se echan en agua para remojarlos i que acaben de soltar el jugo, i por último se estienden en capas delgadas sobre tablas para que se sequen al sol. Conseguido esto, las capas se estienden à lo largo en pilas, i se prensan para empaquetarlas para la esportacion. Los corazones se tratan de una manera casi idéntica à la que hemos descrito.

«Recomendamos este método sencillo, porque aquí cuesta caro el trabajo: nos alegramos de saber que el tejido celular i las pequeñas fibras que se separan en la preparacion, son muy útiles para los fabricantes de papel, i probablemente obtendrán un precio suficiente para compensar el flete i los gastos de todo el trabajo.»

«El artículo que precede lo hemos tomado de una gaceta de la isla de Granada de 4 de marzo último habiéndose preparado el platano en Demetara. En otro periódico de la misma isla vemos que el precio se calcula à razón de £ 25, como 156 pesos de nuestra moneda, por tonelada inglesa de veinte quintales de 112 libras de este pais, i se dice que el flete à Inglaterra no es mas que el de un bocoí de azúcar por que la tonelada de la fibra del platano puede reducirse, con una prensa hidráulica al mismo bulto de un bocoí.

«Tambien se dice que los mismos Sres. Glen estan haciendo ensayos para preparar la fibra de la yuca, con el objeto de esportarla para Inglaterra.»

(Del Liberal de Caracas.)

Imprenta de Manuel Antonio Balcazar.

